



Thomas Bernhard

Hormigón  
Extinción

Traducción y prólogo  
Miguel Sáenz



Lectulandia

En *Hormigón*, Rudolf quiere escribir un estudio definitivo sobre Félix Mendelssohn, para ello decide ir a Palma de Mallorca, donde lo esperan reminiscencias del pasado. En *Extinción*, la novela más extensa de Bernhard y la más representativa de su obra, el narrador, Franz Josef Murau, padece la obsesión por el origen y busca superar su odio escribiendo sobre su lugar natal. Sus apuntes llevarán el título de *Extinción*, pues sólo existen para aniquilar el tema del que se ocupan. El presente volumen presenta dos obras cumbre de Bernhard, en traducciones revisadas por Miguel Sáenz, también autor del prólogo a esta edición, en el que anota: «Un Bernhard renovado, seguro de sus recursos (). Para muchos es éste el mejor Bernhard, el más accesible y claro».

**Lectulandia**

Thomas Bernhard

# **Hormigón & Extinción**

ePub r1.0

Titivillus 20.04.16

Título original: *Beton & Auslöschung. Ein Zerfall*

Thomas Bernhard, 1986

Traducción y prólogo: Miguel Sáenz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Prólogo

Reunir en un solo volumen *Hormigón y Extinción (Un desmoronamiento)* no carece de sentido<sup>[1]</sup>. Es juntar dos obras que, surgidas en el decenio de los ochenta (la primera en 1982, la segunda en fecha imprecisa, aunque publicada en 1986), presentan a un Bernhard renovado, seguro de sus recursos y dispuesto a representar brillantemente el papel que a sí mismo se ha fijado. Entre esas dos obras surgen novelas breves como *El sobrino de Wittgenstein*, *El malogrado*, *Tala...* y piezas de teatro como *Ritter*, *Dene*, *Voss*. Para muchos es éste el mejor Bernhard, el más accesible y claro.

*Hormigón* es la novela más española de Bernhard o, al menos, la más mallorquina, aunque haya que esperar muchas páginas hasta que aparezca la palabra «Palma», como «lugar ideal» para Bernhard y su trasunto Rudolf: un escritor bloqueado que tiene que atiborrarse de Prednisolon, Sandolanid y Aldactone-Saltucin para poder escribir su ensayo, largo tiempo planeado, sobre Mendelssohn Bartholdy. Luego las alabanzas a Palma de Mallorca se multiplican: «Hay tantas ciudades espléndidas en el mundo, paisajes, costas que he visto en mi vida, pero ninguna de ellas ha sido para mí nunca tan ideal como Palma». Krista Fleischmann, que lo filmó allí en 1981, ha dejado un documental («Monólogo en Mallorca») que es hoy un documento inestimable en el que aparece el Bernhard más payaso pero también más sincero y natural. Era la época en que, escritor ya famoso, podía permitirse cualquier lujo, y efectivamente se lo permitía. De principios del año siguiente, 1982, ha quedado un testimonio curioso: Bernhard, que está en Palma con unos amigos, organiza una excursión a Madrid con el fin exclusivo de pasar (muy d'orsianamente) dos horas en el Museo del Prado y almorzar en el Ritz. (Lo contó Gerda Maleta, viuda de un conocido político austríaco y una de las muchas amigas de Thomas Bernhard, en su ruborizante libro *Seteais*.)

De que Rudolf, el protagonista de *Hormigón*, es un psicópata no puede haber muchas dudas. Y la figura de su hermana, odiada y querida a la vez, parece claramente inspirada en la «tía» de Bernhard, Hedwig Stavianicek, a la que él calificaba de «ser de su vida» y que tenía treinta y siete años más que él. La anécdota final que está en el origen de *Hormigón* es también, al menos parcialmente, rigurosamente cierta. Mientras Bernhard está con Krista Fleischmann en un café del paseo del Borne, conoce a una alemana que, un par de años antes, se quedó viuda en Palma de Mallorca al estrellarse su marido contra el asfalto a los pies del balcón del (horrendo) hotel en que se alojaban en Santa Ponsa. Bernhard altera a su antojo la realidad, pero aprovecha para dejar constancia también de una Mallorca muy distinta de la paradisíaca que antes ha descrito: «... es de lo más deprimente, tomar el desayuno en un llamado comedor pestilente, con muebles de plástico rotos y sucios, que es un sótano oscuro y sin luz y con ancianos y ancianas ya extinguidos que se

arrastran penosamente con muletas, y disfrutar de la vista del mar contemplando los infranqueables muros de hormigón de las altas casas de alquiler que se alzan a sólo cinco o seis metros de la ventana»... Menos mal que más adelante escribe: «Y la isla sigue siendo la más bella de Europa, ni siquiera los cientos de millones de alemanes y los igualmente horribles y pendencieros suecos y holandeses han podido aniquilarla. Hoy es más bella que nunca».

*Extinción*, aunque comience en Roma, se podría calificar de la novela más austríaca de Bernhard, aunque hay otras obras suyas que podrían disputarle el título. Sus orígenes no son claros, por la costumbre de Bernhard de cambiar con frecuencia el título de los libros en que trabajaba (*Extinción* se llamó sucesivamente *Inquietud*, *Una familia*, *El hijo*, *Una desintegración*...) y de mentir (sobre todo a su editor Siegfried Unseld) sobre el estado de elaboración en que se encontraba cualquiera de sus obras. Lo más seguro es que, hacia 1982, *Extinción* estuviera ya básicamente terminada.

La acogida que tuvo la novela al publicarse en 1986 estuvo condicionada por el hecho de ser recibida como la obra última y definitiva (*Opus magnum*) de un autor cuya salud estaba ya demasiado quebrantada para que pudiera escribir mucho más. La mayoría de los críticos dijeron que *Extinción* era, sin lugar a dudas, lo mejor que había escrito nunca Bernhard. Para otros, la obra no presentaba más novedad que su desmesurada extensión: Bernhard había tratado ya antes, y mejor, la mayoría de los temas que ahora trataba. Al demostrarse luego que, en realidad, la última novela escrita por Bernhard era *Maestros antiguos* (1985), las opiniones se matizaron. Si *Extinción* se había publicado entonces era, sobre todo, porque fueron unos años en que Austria empezó a enfrentarse seriamente con su pasado (la elección de Kurt Waldheim como presidente federal a pesar de sus antecedentes nacionalsocialistas había suscitado un enorme revuelo). Y casi la única afirmación crítica que resultó inmovible fue la que hizo Ulrich Weinzierl, al considerar *Extinción* como «el único libro decididamente político» de Thomas Bernhard.

Hay que reconocer que, en el campo estrictamente literario, *Extinción* es un verdadero hallazgo para estudiosos y germanistas. El problema de la desintegración de un patrimonio y de una familia había aparecido ya en otros libros de Bernhard, desde la novela *Trastorno* y el relato *Ungenach* hasta el fragmento inacabado *El italiano* (quizá el antecedente más claro de *Extinción*). El lugar de los hechos es ahora la mansión / palacio de Wolfsegg, evidente encarnación de Austria misma. Y, como siempre en Bernhard, la mezcla de personajes reales, más o menos manipulados, y de personajes de pura ficción resulta desconcertante.

Con todo, *Extinción* presenta algunas de las figuras más notables de la iconografía bernhardiana. Comenzando por Maria, un homenaje claro a Ingeborg Bachmann, a la que Bernhard dedica los elogios más rendidos que dedicó en su vida a mujer alguna. El tributo que ya le había rendido en el relato breve «En Roma» de *El imitador de voces*, publicado en 1978 («En un hospital romano ha muerto la poetisa más

inteligente e importante que nuestro país ha producido en nuestro siglo»), se amplía ahora: «Estar con Maria es siempre un punto culminante, un estado de felicidad».

Otros personajes, como Spadolini, arzobispo y nuncio papal, mundano y poderoso, resultan inolvidables (han quedado muchas fotografías de Cesare Zacchi, el personaje real que inspiró a Bernhard). Por muchos conceptos, se trata de alguien inmoral y nefasto, que personifica la connivencia entre catolicismo y nacionalsocialismo, pero Bernhard no puede esconder su admiración (dice que era una persona «absolutamente fascinante»). Y hay también otros personajes fáciles de identificar: el «Visionario» (su buen amigo Alexander Uesküll-Gyllenband), el tío George (que parece una mezcla del abuelo escritor de Bernhard y de Paul Wittgenstein, el famoso «sobrino de Wittgenstein»)...

En cuanto a la madre del protagonista, es una combinación de Hedwig Stavianicek (el «ser de su vida», treinta y siete años mayor que Bernhard), Gerda Maleta (ya citada, modelo de «la Presidenta» y «la Generala» en dos obras teatrales de Bernhard) y, sobre todo, las muchas madres y hermanas estúpidas, incultas, taimadas, hipócritas y avaras que pululan por las obras de Bernhard y han servido para cimentar su merecida fama de misógino.

Sin embargo, el personaje más inolvidable de la novela es su propio «narrador», Franz-Josef Murau, en el que es imposible no reconocer a Thomas Bernhard. Murau está escribiendo un libro que llamará *Extinción*, una especie de antiautobiografía, y se confiesa abiertamente «artista de la exageración» («He desarrollado mi arte de la exageración hasta alturas increíbles»). En Roma, en su casa de la Piazza Minerva situada frente al Panteón, Murau enseña a su discípulo Gambetti (no identificable: Bernhard jamás tuvo discípulos) lo que debe y no debe leer de la literatura en lengua alemana. Y para ello le facilita una lista de cinco libros básicos, entre los que figura, con evidente coquetería, *Amras* de Thomas Bernhard. (Es curioso señalar que, en alguna de las primeras versiones de *Extinción* que hoy se guardan en el archivo de Gmunden, aparecía, en lugar de ese relato que Bernhard tanto apreciaba, la novela de Adalbert Stifter *Witico*.)

Para quien conozca ya a Bernhard, *Extinción* será una inmersión en su mundo que le traerá numerosos recuerdos. Para quien no lo conozca, un curso completo que lo dejará absolutamente exhausto pero con muchas ganas de seguir enfrentándose con la prosa del Maestro. Hans Höller ha dicho que *Extinción* es la *Comédie Humaine* de Thomas Bernhard. Yo diría que es su gran *Comédie Autrichienne*.

Miguel Sáenz (2012)

# Hormigón



De marzo a diciembre, escribe Rudolf, mientras, como hay que decir en este contexto, tenía que tomar grandes cantidades de Prednisolon para combatir mi *morbus boeck*, por tercera vez agudizado, reuní todos los libros y escritos imaginables de y sobre Mendelssohn Bartholdy, y fui a todas las bibliotecas imaginables e inimaginables, para conocer a fondo a mi compositor favorito y su obra y, ésa era mi pretensión, con la más apasionada seriedad por una empresa como la redacción de un trabajo bastante importante, científicamente irreprochable, ante el que realmente había sentido ya el mayor de los miedos todo el invierno anterior, mi propósito había sido estudiar de la forma más cuidadosa todos esos libros y escritos y sólo entonces, por fin, después de esos estudios profundos, adaptados a su objeto, precisamente el veintisiete de enero a las cuatro de la mañana, poder abordar ese trabajo mío que, según creía, dejaría muy atrás y por debajo todas las publicaciones y no publicaciones escritas por mí hasta entonces en relación con la llamada musicología, proyectado ya desde hacía diez años, pero una y otra vez no realizado, después de la partida, fijada para el veintiséis, de mi hermana, cuya presencia durante semanas en Peiskam había aniquilado inmediatamente en sus comienzos hasta el menor pensamiento de emprender mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy. La tarde del veintiséis, cuando mi hermana se había ido real y finalmente, con todos los honores derivados de sus enfermizas ansias de dominio y de esa desconfianza suya que devora sobre todo a ella misma, pero por otra parte la reanima a diario, hacia todo y en primer lugar hacia mí, y los horrores resultantes, recorrí varias veces la casa respirando, para ventilarla bien de una vez y finalmente, teniendo en cuenta el hecho de que a la mañana siguiente sería veintisiete, me puse a prepararlo todo para mi propósito, los libros, los escritos, las montañas de notas y los papeles, y a ordenarlo todo en mi escritorio exactamente según las leyes que eran siempre requisito previo para empezar un trabajo. ¡Tenemos que estar solos y abandonados de todos si queremos acometer un trabajo intelectual! Como no cabía esperar de otro modo, después de los preparativos, que me ocuparon más de cinco horas, desde las ocho y media de la tarde hasta la una y media de la madrugada, no dormí el resto de la noche, sobre todo me atormentaba continuamente la idea de que mi hermana pudiera volver por algún motivo y aniquilar mi plan, en su estado era capaz de todo, el más pequeño incidente, la menor molestia, me decía, e interrumpirá su viaje de regreso y estará otra vez ahí, no es la primera vez que la he llevado al tren de Viena, despidiéndome para meses, y dos o tres horas más tarde ella estaba otra vez en mi casa para quedarse tanto tiempo como le diera la gana. Escuchaba todo el tiempo despierto en mi cama si no estaría ella a la puerta, alternativamente escuchaba si no estaría mi hermana a la puerta y pensaba luego otra vez en mi trabajo, sobre todo en cómo empezaría ese trabajo, cuál sería la primera frase de ese trabajo, porque seguía sin saber cómo sería esa primera frase y, antes de saber cómo es la primera frase, no puedo empezar ningún trabajo, y por eso me atormentaba todo el tiempo para escuchar si no habría vuelto otra vez mi hermana y saber qué primera frase tenía que

escribir yo sobre Mendelssohn Bartholdy, una y otra vez escuchaba y me desesperaba, y una y otra vez pensaba en la primera frase de mi trabajo sobre Mendelssohn, igualmente desesperado. Durante unas dos horas pensé al mismo tiempo en la primera frase de mi trabajo sobre Mendelssohn y escuché si no habría vuelto mi hermana para aniquilar mi trabajo sobre Mendelssohn antes de haberlo empezado yo siquiera. Finalmente, sin embargo, por agotamiento, porque cada vez con más intensidad escuchaba si mi hermana no habría vuelto quizá otra vez, y al mismo tiempo con la idea de que, si realmente volvía, aniquilaría irremisiblemente mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy y, por añadidura, lo que diría la primera frase de mi trabajo sobre Mendelssohn, tuve que dormirme; me desperté espantado, eran las cinco de la mañana. Había querido comenzar mi trabajo a las cuatro, ahora eran las cinco, me espantaba aquella imprevista negligencia, mejor aún, falta de disciplina por mi parte. Me levanté y me envolví en la manta, la manta de caballo heredada de mi abuelo materno, y até esa manta con el cinturón de cuero que, lo mismo que la manta, había heredado de mi abuelo, tan fuertemente como pude, tan fuertemente que apenas podía respirar, y me senté al escritorio. Como es natural, la oscuridad era aún máxima. Me cercioré de si realmente estaba solo en la casa, salvo mi propio pulso, no oí nada. Con un vaso de agua, me tragué las cuatro pastillas de Prednisolon que me había prescrito mi internista y alisé la hoja de papel que había colocado ante mí. Voy a tranquilizarme y a empezar, me dije. Una y otra vez me dije voy a tranquilizarme y a empezar pero, cuando lo había dicho unas cien veces y, sencillamente, no podía ya dejar de decirlo, renuncié. Mi tentativa había fracasado. En el crepúsculo matutino no me fue ya posible empezar mi trabajo. La luz del sol destruyó definitivamente mis esperanzas. Me levanté y abandoné, como si huyera, mi escritorio. Bajé al vestíbulo, porque creía poder tranquilizarme allí, con el frío, porque, sentado más de una hora entera al escritorio, había caído en una excitación que casi me había vuelto loco, una excitación provocada no sólo por las tensiones espirituales sino también por las pastillas de Prednisolon que había tomado. Apreté las palmas de ambas manos contra la pared fría, método a menudo acreditado para dominar esa agitación, y realmente me tranquilicé. Tenía conciencia de haberme entregado a un tema que, posiblemente, me aniquilaría, pero sin embargo había creído que podría al menos comenzar mi trabajo esa mañana. Me equivoqué, aunque ella no estaba ya allí, sentía en todas las esquinas y rincones de la casa a mi hermana, que es el ser más enemigo del espíritu que cabe imaginar. Sólo pensar en ella aniquila en mí todo pensamiento, siempre ha aniquilado en mí todo pensamiento, ha asfixiado en la cuna todos mis planes intelectuales. Hace tiempo que se ha ido y sigue dominándome aún, pensaba, apretando firmemente las manos contra la fría pared del vestíbulo. Finalmente tuve fuerzas para quitar las manos de la fría pared del vestíbulo y dar unos pasos. También en mi proyecto de escribir algo sobre *Jenufa* fracasé, fue a finales de octubre, poco antes de que mi hermana llegara a la casa, me dije, ahora fracaso también con Mendelssohn Bartholdy, y fracaso incluso ahora que mi hermana

ya no está aquí. Ni siquiera he terminado mi esbozo *Sobre Schönberg*, ella me lo aniquiló, primero me lo destruyó y luego me lo aniquiló definitivamente, al entrar en mi habitación precisamente en el momento en que creía poder terminar de escribir ese esbozo. Pero no se puede uno defender de personas como mi hermana, que es tan fuerte y, al mismo tiempo, tan enemiga del espíritu, llega y aniquila lo que mi cabeza ha ideado con un demencial esfuerzo de memoria, sí, sobreesfuerzo de memoria durante meses, sea lo que fuere, aunque sea el más mínimo esbozo sobre el más mínimo de los temas. Y nada es tan frágil como la música a la que realmente me he entregado en los últimos años, primero me entregué a la música práctica, y luego a la teórica, al principio practiqué la práctica al máximo, luego la teórica, pero mi hermana, y todas las personas parecidas a ella, cuya incomprensión me persigue día y noche, ha aniquilado todos mis planes, me ha destruido *Jenufa*, *Moisés* y *Aarón*, mi escrito *Sobre Rubinstein*, mi trabajo sobre *Los Seis*, en general todas y cada una de las cosas que me eran sagradas. Es terrible, apenas soy capaz de un trabajo intelectual musical, surge mi hermana y me lo destroza. Como si lo orientara todo a la destrucción de mi trabajo intelectual. Como si en Viena se diera cuenta de que aquí, en Peiskam, estoy a punto de abordar un tema, cuando quiero abordar ese tema aparece ella y me lo destruye. Esas personas están ahí para rastrear la inteligencia y aniquilarla, se dan cuenta de que una cabeza está dispuesta a un esfuerzo intelectual y se dirigen aquí para ahogar ese esfuerzo intelectual en la cuna. Y si no es mi hermana, la infortunada, la perversa, la taimada, es otro de su calaña. Cuántos escritos he comenzado y luego, porque ha aparecido mi hermana, quemado. Arrojado a la estufa al aparecer ella. Nadie dice con tanta frecuencia como ella: *¿no te molestaré?*, una burla cuando no se le cae de los labios a una persona que siempre ha molestado y siempre molestará y cuya misión en la vida parece ser turbar, turbar a todos y cada uno y, con ello, *turbar*, y, en fin de cuentas, aniquilar y, una y otra vez, aniquilar lo que a mí me parece lo más importante del mundo: *un producto intelectual*. Ya cuando éramos niños intentaba en cualquier ocasión molestarme, expulsarme de mi, como lo llamaba yo entonces, paraíso intelectual. Cuando yo tenía un libro en la mano, me perseguía hasta que dejaba el libro, se salía con la suya cuando, lleno de rabia, se lo tiraba a la cara. Me acuerdo muy bien: si yo había extendido mis mapas en el suelo, mi pasión de toda la vida, ella salía de su escondite a mis espaldas, asustándome al momento, y pisaba precisamente el lugar en que había puesto toda mi atención, por todas partes donde he extendido mis queridos países y partes del mundo para llenarlos con mis fantasías infantiles, veo su pie súbita y malignamente puesto encima. Ya con cinco o seis años me refugiaba en nuestro jardín con un libro, una vez, lo recuerdo claramente, era un tomo encuadernado en azul de poesías de Novalis de la biblioteca de mi abuelo, en el que, sin comprender realmente del todo lo que había en él impreso, leía toda mi felicidad de una tarde de domingo, hora tras hora, hasta que mi hermana me descubrió y, gritando, se precipitó hacia mí, saliendo de los arbustos, y me arrancó el libro de Novalis. Nuestra hermana menor era muy distinta,

pero lleva muerta treinta años y es absurdo compararla hoy con mi hermana mayor, a la enfermiza y enferma y finalmente muerta con la siempre igualmente sana y dominadora de todo cuanto la rodea. Tampoco su marido la aguantó más que dos años y medio, y luego huyó de su abrazo a Sudamérica, al Perú, para no volver a dar señales de vida. Lo que ella tocaba lo destruía, y durante toda su vida ha tratado de destruirme. Al principio inconsciente, luego conscientemente, no ha escatimado esfuerzos para destruirme. Hasta hoy he tenido que defenderme contra esa desenfrenada voluntad de aniquilación de mi hermana mayor y no sé cómo, hasta hoy, he podido escapar de ella. Ella aparece cuando quiere, se va cuando quiere, hace lo que quiere. Se casó con el corredor de fincas, su marido, *para* expulsarlo al Perú y apoderarse por completo de su negocio de fincas. Es una mujer de negocios, ya de muy pequeña tenía disposición para ello, para la persecución de la inteligencia y el aumento de fortuna que va estrechamente ligado a ello. Que tuviéramos la misma madre nunca he podido comprenderlo. Ahora ella llevaba ya casi veinticuatro horas fuera de la casa y seguía dominándome. No podía sustraerme a ella, lo intentaba desesperadamente, pero no lo conseguía. Al pensar que, hasta hoy, ella sólo viaja en coche-cama, por principio, con sus propias sábanas, me horrorizo. Abrí por tercera vez las ventanas de par en par y ventilé toda la casa hasta que el frío que penetraba la convirtió en una pura nevera, en la que corría el riesgo de congelarme; si al principio había tenido miedo de ahogarme, ahora me angustiaba el pensamiento de helarme. Y todo por aquella hermana, bajo cuya influencia he corrido toda mi vida el peligro de ahogarme y helarme. Realmente, ella se queda en la cama en su piso de Viena hasta las diez y media de la mañana y hasta la una y media aproximadamente no va a comer al Imperial o al Sacher donde, desmenuzando su *tafelspitz* y bebiendo a traguitos su rosado, hace sus negocios con príncipes venidos a menos y, en general, con todas las altezas imperiales imaginables e inimaginables. Me asquea su existencia actual. También el día de su partida había dejado su habitación totalmente desordenada, de forma que, sólo con verla, me sentía molesto pensando en la señora Kienesberger, que no vendría hasta el fin de semana siguiente y que, desde hace más de diez años, pone orden en la casa; todo estaba enormemente revuelto, en tres grandes montones, y el cobertor en el suelo. Y aunque, como queda dicho, había ventilado ya tres veces, el olor de mi hermana seguía estando en la habitación, realmente su olor seguía estando en toda la casa, me asqueaba aquel olor. Ella tiene también a mi hermana menor sobre la conciencia, pienso a menudo, porque también ella tenía miedo continuamente de su hermana mayor, en sus últimos tiempos, probablemente, realmente un miedo mortal. Los padres hacen un niño y, con ello, traen al mundo un monstruo, pienso, que mata cuanto toca. Una vez había escrito yo un artículo sobre Haydn, no sobre Josef sino sobre Michael Haydn, cuando ella entró de pronto y me quitó de golpe la pluma de la mano. Como no había terminado el artículo, me lo echó a perder. *¡Te he echado a perder el artículo!*, exclamó totalmente encantada, y corrió a la ventana y gritó varias veces hacia fuera aquella frase infernal,

*¡te he echado a perder el artículo! ¡Te he echado a perder el artículo!* Yo no estaba preparado para aquel horrible asalto. En la mesa, ella destruía cualquier conversación ya en sus comienzos, sencillamente la interrumpía con una carcajada súbita o con alguna observación de una tontería sin límites, que nada tenía que ver con la conversación apenas comenzada. Mi padre podía aún dominarla al principio, pero mi madre estaba a su merced sin remisión. Cuando nuestra madre murió, mi hermana, todavía estábamos de pie ante su tumba, dijo en alta voz con la brutalidad más grosera: *se mató ella, sencillamente era demasiado débil para vivir. Unos son fuertes y otros débiles*, fueron sus palabras cuando salimos del cementerio. Pero tengo que liberarme de mi hermana, me dije entonces, saliendo de la casa. Inspiré profundamente, lo que al instante me provocó un ataque de tos, e inmediatamente volví a entrar en la casa y tuve que sentarme en el sillón que hay bajo el espejo, para evitar un desvanecimiento. Sólo lentamente me repuse de la irrupción del frío en mis pulmones. Me tomé dos pastillas de glicerina y, de una vez, cuatro de las píldoras de Prednisolon. Calma, calma, me dije en voz alta, observando mientras tanto las vetas del suelo, las líneas de vida de las tablas de alerce. Esa observación me devolvió el equilibrio. Me levanté con precaución y volví a subir al primer piso. Quizá consiga ahora comenzar mi trabajo, pensé. Pero precisamente cuando me sentaba se me ocurrió que todavía no había desayunado y me levanté otra vez y bajé a la cocina. Saqué leche y mantequilla de la nevera, puse también en la mesa la mermelada inglesa y me corté dos rebanadas de pan de la hogaza. Puse el agua para mi té y luego, cuando lo había preparado todo para mi desayuno, me senté a la mesa. Pero sólo el hecho de tener que comerme la mantequilla sacada de la nevera y el pan sacado del cajón me deprimía. Bebí un solo trago y salí de la cocina. Si no soportaba ya desayunar todos los días con mi hermana, ahora no soportaba desayunar solo. Me asqueaba el desayuno con mi hermana lo mismo que ahora me asqueaba desayunar solo. ¡Otra vez estás solo, otra vez estás solo, alégrate!, me decía, pero la infelicidad no se dejaba engañar de esa forma tan burda. Tan sencillamente y con una táctica tan francamente desvergonzada no se puede convertir la infelicidad en felicidad. Al fin y al cabo, con el estómago lleno no hubiera podido empezar siquiera mi ensayo sobre Mendelssohn Bartholdy, pensé, en todo caso, sólo con el estómago vacío. Tengo que tener vacío el estómago si quiero empezar un trabajo intelectual como ése sobre Mendelssohn Bartholdy. Y realmente siempre había podido empezar sólo con el estómago vacío un trabajo como aquél sobre Mendelssohn Bartholdy, nunca con el estómago lleno. ¡Cómo he podido tener la idea de empezar después del desayuno!, me dije. Un estómago vacío permite el pensamiento, un estómago lleno lo amordaza, lo estrangula de antemano. Subí al primer piso, pero no me senté enseguida a mi escritorio, desde una distancia de unos ocho o nueve metros, por la abierta puerta de aquella habitación del primer piso, de nueve metros, contemplé el escritorio, sobre todo si todo estaba en orden sobre el escritorio. Sí, todo está en orden sobre el escritorio, me dije. Todo. Examiné todo lo que había sobre el escritorio, inamovible,

incorruptible. Observé el escritorio hasta que, por decirlo así, me vi a mí mismo desde atrás sentado al escritorio, y vi cómo, como correspondía a mi enfermedad, me inclinaba hacia delante para escribir. Vi que mi postura era enfermiza, pero al fin y al cabo no estoy sano, al fin y al cabo estoy totalmente enfermo, me dije. Tal como te sientas ahí, me dije, has escrito ya unas cuantas páginas sobre Mendelssohn Bartholdy, tal vez ya diez u once páginas, así me siento al escritorio cuando he escrito ya diez u once páginas, me dije. No me movía, observando la posición de mi espalda. Esa espalda es la espalda de mi abuelo materno, pensaba, aproximadamente un año antes de su muerte. Tengo la misma posición de espalda, me dije. Inmóvil, comparaba mi espalda con la espalda de mi abuelo, pensando al hacerlo en una fotografía muy determinada, tomada sólo un año antes de la muerte de mi abuelo. Un intelectual se ve forzado de repente a esa enfermiza posición de espalda y muere poco después. Un año después, pensé. Entonces desapareció la imagen, ya no estaba sentado a mi escritorio, el escritorio estaba vacío, y la hoja de papel que había encima igualmente vacía. Si fuera ahora ahí y empezara, podría conseguirlo, me dije, pero no tenía valor para ir ahí, tenía la intención pero no las fuerzas para ello, ni las fuerzas físicas ni las fuerzas intelectuales. Estaba allí de pie, mirando a través de la puerta al escritorio y preguntándome cuándo llegaría el momento de acercarme al escritorio y sentarme y empezar mi trabajo. Escuchaba, pero no oía nada. Aunque los vecinos tienen sus casas inmediatamente al lado de la mía, no se podía oír nada. Como si, en aquel instante, todo estuviera muerto. De pronto aquel estado me resultó agradable y traté de prolongarlo tanto como pudiera. Pude prolongar y disfrutar ese estado varios minutos, la idea y la certeza de que a mi alrededor todo estaba muerto. Y entonces, de repente: *vas a ir al escritorio y a sentarte y a escribir la primera frase de tu estudio. ¡No con precaución sino con decisión!* me dije. Pero no tenía fuerzas para ello. Estaba allí de pie y apenas me atrevía a respirar. Si me siento, habrá enseguida alguna perturbación, algún incidente imprevisto, alguien llamará a la puerta, un vecino gritará, el cartero me pedirá una firma. Sencillamente tienes que sentarte y empezar, sin reflexionar, como en sueños tienes que escribir la primera frase en el papel y así sucesivamente. Por la noche, cuando todavía estaba con mi hermana, había tenido la seguridad de poder empezar mi trabajo de madrugada, cuando ella se hubiera ido por fin, escribir en el papel, de las muchas primeras frases de mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy que entraban en consideración, sencillamente la única posible y, por ello, acertada, y continuar mi trabajo, sin miramientos, cada vez más y más. En cuanto mi hermana esté fuera de la casa podré empezar, me dije una y otra vez, y lograré otra vez la victoria. Cuando el monstruo esté fuera de la casa, mi trabajo brotará por sí mismo, y convertiré todas las ideas relacionadas con ese trabajo en una sola, en mi obra. Pero ahora mi hermana llevaba ya más de veinticuatro horas fuera de la casa, y yo estaba más lejos que nunca de poder empezar mi trabajo. Ella, mi aniquiladora, seguía teniéndome en su poder. Ella guiaba mis pasos y, al mismo tiempo, oscurecía mi mente. Tras la muerte de nuestro padre, tres años después de la

muerte de nuestra madre, su brutalidad conmigo se agudizó. Siempre tenía ella conciencia de su fuerza, y al mismo tiempo de mi debilidad. Esa debilidad por mi parte la aprovechó durante toda su vida. Por lo que se refiere a nuestro mutuo desprecio, la balanza está equilibrada desde hace decenios. A mí me asquean sus negocios, a ella le asquea mi fantasía, yo desprecio sus éxitos, ella desprecia mi falta de éxito. La desgracia es que ella tiene derecho, en cualquier momento, cuando quiere, a instalarse en mi casa, esa horrible cláusula del testamento de mi padre me resulta espantosa. La verdad es que la mayoría de las veces ni siquiera se anuncia, de repente está ahí y, como si le perteneciera por completo, anda por mi casa, en la que al fin y al cabo sólo tiene un *derecho de habitación*, pero ese derecho de habitación es vitalicio y no está limitado en el espacio. Y cuando se le ocurre traer a algunos amigos dudosos, nada puedo hacer para evitarlo. Se pone a sus anchas en mi casa, como si le perteneciera a ella sola, y me arrincona, y yo no tengo fuerzas para defenderme, tendría que tener un carácter muy distinto, ser una persona totalmente distinta. Entonces no sé si se quedará dos días o dos horas o cuatro o seis semanas o incluso varios meses, porque de repente no le gusta ya la ciudad y se ha recetado a sí misma los aires del campo. La forma en que dice *mi querido hermanito* me asquea. *Mi querido hermanito*, dice, *ahora estoy yo en la biblioteca, no tú* y exige realmente que, aunque yo haya entrado ya o incluso esté en la biblioteca bastante tiempo antes que ella, deje al instante la biblioteca. *Mi querido hermanito, de qué te sirve haber estudiado todas esas bobadas, te has puesto enfermo, estás ya casi loco, eres un personaje triste, cómico*, me dijo la última noche para herirme. *Desde hace un año desvarías sobre Mendelssohn Bartholdy, pero ¿dónde está tu obra?*, me dijo. *Sólo te relacionas con muertos, yo con los vivos, ésa es la diferencia. En mi compañía hay seres vivos, en la tuya sólo muertos. Porque tienes miedo de los vivos, me dijo, porque no estás dispuesto a realizar el menor esfuerzo, el esfuerzo que hay que realizar cuando un ser quiere relacionarse con seres vivos. Estás metido en tu casa, que no es otra cosa que una cripta, y te relacionas con los muertos, ¡con madre y padre y nuestra desgraciada hermana, y con todos los que llamas grandes de espíritu! ¡Es aterrador!* Realmente tiene razón, pienso ahora, dice la verdad. Con el tiempo me he extraviado por completo en esta cripta que es mi casa. Me levanto de madrugada *en la cripta* y ando todo el día de un lado a otro por la cripta y me acuesto tarde en la noche para dormir en esta cripta. *¡Tu casa!*, me gritó a la cara, *¡tu cripta!* Al fin y al cabo tiene razón, me decía ahora, todo lo que dice es cierto, no me relaciono con un solo ser vivo, e incluso he renunciado al contacto con los vecinos, salvo cuando tengo que procurarme víveres, la verdad es que no salgo para nada de casa. Y tampoco recibo casi ya correo, porque yo mismo no escribo ya cartas. Cuando salgo para comer, apenas he entrado y me he comido mi comida, que me asquea, huyo de la posada. Así resulta que apenas hablo ya con nadie y de vez en cuando tengo la sensación de que no puedo hablar ya con nadie y de vez en cuando tengo la sensación de que no puedo hablar ya en absoluto, de que se me ha olvidado

hablar, incrédulo hago algún ejercicio de habla para comprobar si todavía puedo emitir sonidos, porque ni siquiera con la Kienesberger hablo la mayor parte del tiempo. Ella hace su trabajo y yo no le doy órdenes, a veces ni siquiera me he dado cuenta de que estaba cuando ya ha vuelto a irse. ¿Por qué he rechazado en efecto, realmente, la propuesta de mi hermana de ir a Viena unas semanas, groseramente, como si tuviera que atajar alguna ofensa malintencionada? ¿En qué clase de hombre me he convertido desde la muerte de mis padres?, me preguntaba. Me había sentado en el sillón del vestíbulo y ahora, de repente, estaba helado. La casa no estaba vacía, estaba muerta. Es una cripta, pensé. Pero si hay otras personas en ella además de mí no lo soporto en absoluto. Otra vez veía a mi hermana con malos ojos. Después de todo, ella sólo tenía para mí burla y desprecio. Me ponía en ridículo, siempre que podía, a cada instante y, cuando había ocasión de ello, delante de todos. Así, hace una semana, el martes, cuando visitábamos al llamado Ministro (¡Ministro de Agricultura y de Cultura en una pieza!), que ha hecho renovar a fondo su villa y que me resulta más repulsivo que todos los demás, dijo ante toda la reunión en el, así llamado, *salón azul* (!), *él* (¡o sea yo!) *lleva escribiendo diez años un libro sobre Mendelssohn Bartholdy y ni siquiera ha pensado la primera frase*. La consecuencia fueron unas carcajadas estrepitosas de toda aquella gente embrutecida, sentada en sus sillones repugnantemente blandos, y realmente uno de los presentes, un internista de Vöcklabruck, la ciudad vecina, preguntó quién era exactamente Mendelssohn Bartholdy. Y entonces mi hermana, riéndose diabólicamente, lanzó la palabra *compositor*, lo que provocó de nuevo unas asquerosas carcajadas en aquella gente, que son todos millonarios y embrutecidos y por añadidura condes rancios y barones seniles que, año tras año, sólo llevan pantalones de cuero impregnados de mal olor y llenan sus miserables días con su cháchara sobre la sociedad, las enfermedades y el dinero. Al instante quise dejar *aquella reunión*, pero una mirada de mi hermana bastó para que renunciase a mi propósito. Hubiera debido levantarme e irme, pensaba ahora, pero me quedé sentado y soporté aquella horrible humillación que se prolongó hasta bien entrada la noche. Después de todo hubiera sido imposible dejar a mi hermana sola en aquella reunión, que le convenía en todos y cada uno de los aspectos, se trataba precisamente de personas todas muy consideradas, con mucho, con infinitamente mucho dinero detrás y con todos los títulos imaginables, que dejaban al mundo sin aliento. Probablemente, pensaba ahora, ella olfatea algún negocio, al fin y al cabo hacía los mayores negocios con aquellos viejos condes y viejos barones que, muy a menudo, se deshacían, antes de acabar su vida, de gigantescos bocados de sus posesiones todavía más gigantescas, para aligerarse y con ello también, como es natural, aligerar a sus herederos. Naturalmente, una velada así en una casa así y con una reunión así puede significar para mi hermana un negocio de millones, pensaba, para mí no significa nada, pero al fin y al cabo tengo que tener en cuenta siempre a mi hermana. Cruza las piernas y le dice a un viejo barón una frase halagadora y completamente falsa, y se gana con ello un año entero de vida regalada, pensaba. Ya



de niña, mi hermana tenía un espíritu comercial increíblemente desarrollado. Recuerdo que, sin rodeos, pedía dinero a todos los invitados que aparecían por aquí, la gente lo encontraba original en una niña de siete u ocho años aunque hubiera tenido que repelerlos, como me repelía ya entonces a mí. Nuestros padres, naturalmente, se lo prohibían, pero ya entonces no respetaba ninguna prohibición paterna. En aquella reunión de la que acabo de hablar, animó aún al final al llamado Barón Lederer, que en realidad, como me consta, no es barón en absoluto, a que la invitara al Bristol en su próxima visita a Viena; lo que a cualquiera tenía que parecerle una desvergüenza era en realidad una grandiosa jugada de ajedrez de mi hermana, que sabía siempre exactamente cómo preparar sus negocios. Y siempre tenía éxito. Cuando hoy dice que ha podido triplicar su fortuna desde la muerte de nuestros padres, tengo que suponer que no la ha triplicado una sino tres o cuatro veces, porque en los asuntos de negocios siempre me ha mentado, simplemente por miedo de que un día pudiera tener la idea de pedirle algo. De eso no necesita tener miedo. Lo que aún tengo me bastará mientras viva, porque al fin y al cabo no viviré ya mucho, me dije, levantándome del sillón y yendo a la cocina. Como al fin y al cabo he fracasado ahora en mi propósito de empezar mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy ya muy de mañana, me dije, puedo, al fin y al cabo, sentarme en la cocina y desayunar. Mientras, de mala gana, me comía mi pan y me bebía el té, entretanto frío, no tenía ganas de hacerme otro, oí varias veces a mi hermana decir *vente a Viena conmigo, unas semanas, ya verás, te ayudará, te sacará de todo, de ti mismo*, había subrayado ella varias veces. Sólo la idea de tener que estar en Viena con mi hermana me daba náuseas. Y, aunque tenga razón cien veces, no lo haré jamás. Viena me resulta aborrecible. Recorro dos veces la Kärntnerstrasse y el Graben, arriba y abajo, y echo luego una ojeada al Kohlmarkt, y eso basta para que se me revuelva el estómago. Desde hace treinta años el mismo cuadro, las mismas personas, la misma estupidez, la misma infamia, bajeza, falsedad. Se había construido, me dijo, en el piso superior de su propia casa del Graben (!) una vivienda *lujosa* totalmente nueva, de trescientos metros, y yo tenía que verla. No pienso, pensaba, masticando mi pan duro. Había venido aquí, me dije, no sólo, como ella quería hacerme creer, para cuidar de un enfermo, posiblemente de un enfermo de muerte, lo que probablemente soy en realidad, sino de un loco, pero eso no se atrevía aún a decirlo. Al fin y al cabo me trata totalmente como a un loco, así sólo se trata a un loco, a un demente, tenía que decirme a mí mismo, masticando mi pan. Al final, sin embargo, dijo muy claramente *mi venida a tu casa, según veo, no ha servido de nada. De todas formas, he hecho algunos negocios buenos con tus vecinos*, así dijo. Desvergonzada, fría, calculadora. A ti no se te puede ayudar, a ti no puede ayudarte nadie, dijo en nuestra última comida. Tú desprecias, dijo, todo lo que hay en el mundo, todo lo que *a mí* me produce placer tú lo desprecias. Y, sobre todo, te desprecias a ti mismo. *Acusas a todos de todos los crímenes, ésa es tu desgracia*. Eso dijo realmente y no me di cuenta de toda la amplitud de aquella frase inaudita, sólo ahora me resulta claro que,

por decirlo así, dio de lleno en el clavo. A mí la vida me divierte, aunque tenga también mis penas, todo el mundo tiene esas penas, mi querido hermanito, pero tú desprecias la vida, ésa es tu desgracia, por eso estás enfermo, por eso te mueres. Y te morirás pronto si no cambias, dijo. Ahora lo oía claramente, más claramente que en el instante en que lo dijo con la frialdad que la caracteriza. ¡Mi hermana, la clarividente, absurdo! Probablemente tiene razón, en el sentido de que sería buena cosa marcharme de Peiskam por algún tiempo, pero no tengo ninguna garantía de poder empezar mi trabajo en otro lugar, por no hablar de proseguirlo. Durante la cena exclamó varias veces *¡Mendelssohn Bartholdy!*, como si con esa exclamación quisiera divertirse muy especialmente, probablemente porque sabía muy bien que, cada vez, tenía que herirme profundamente. La realidad es que, hace mucho más de diez años, le hablé de que tenía la intención de escribir algo, no dije un libro o un ensayo, *algo* sobre Mendelssohn Bartholdy. En aquella época ella no había oído hablar nunca de Mendelssohn Bartholdy, ahora, las palabras Mendelssohn Bartholdy, incesantemente pronunciadas por mí en toda ocasión, la volvían loca, no podía oírlas ya, por lo menos no viniendo de mí, me prohibió volver a pronunciar el nombre de Mendelssohn Bartholdy en su presencia, si se pronunciaba Mendelssohn Bartholdy tenía que ser por ella misma, porque eso le producía placer, ya que, después de diez años de intentos, tenía que dejarme en ridículo. Por lo demás, aborrece la música de Mendelssohn Bartholdy, lo que es muy propio de ella. *¡Cómo se puede amar a Mendelssohn cuando existen Mozart y Beethoven!*, exclamó una vez. Hubiera sido absurdo darle alguna vez una explicación de mis razones para ocuparme precisamente de Mendelssohn Bartholdy. Desde hacía ya muchos años, Mendelssohn Bartholdy habían sido ya palabras irritantes que nos separaban, por ellas chocábamos con todas nuestras oposiciones horribles, enfermizas y, por ello, atroces. Al fin y al cabo, ese Mendelssohn Bartholdy te gusta sólo porque es judío, decía ella sarcásticamente. Y quizá, en esa observación inesperada, hecha por primera vez en su última visita, tenía razón. Ella había aparecido y había arruinado mi trabajo y, al final, casi me había arruinado a mí mismo. Las mujeres aparecen y se aferran a uno y lo arruinan. Pero ¿no la había llamado yo? ¿No le había propuesto venir a Peiskam por unos días? Le había enviado un telegrama en el que la invitaba a venir a Peiskam. Verdad es que por unos días sólo, no por meses. ¡Qué lejos había llegado yo para telegrafiarla! Realmente, esperaba de ella una ayuda, no mi destrucción. Pero siempre es lo mismo: ¡le ruego, le imploro francamente una ayuda y ella me arruina! Y aunque lo sé, volví a telegrafiarla, por centésima vez metí en mi casa a mi destructora. Es verdad, le telegrafié pidiéndole ayuda, no es verdad que viniera a Peiskam sin haber sido invitada en absoluto. La verdad es siempre lo más horrible, pero es mejor atenerse una y otra vez a la verdad que a la mentira, que mentirse a sí mismo. Pero no le telegrafié que se quedara durante meses, porque mi hermana en mi casa durante meses es un infierno, y así se lo dije también, si estás aquí durante meses es un infierno, y entonces ella se rió. Mi querido hermanito, dijo, la verdad es que hubieras

degenerado si te hubiera vuelto a dejar solo tan pronto, posiblemente, ni siquiera hubieras sobrevivido. Luego guardé silencio, quizá porque en ese instante tuve conciencia de que ella tenía razón. Pero de qué sirve ahora partirme la cabeza sobre si la hice venir o no, lo que al fin y al cabo está aclarado, la realidad es, sin embargo, que en el instante en que yo estaba en condiciones de empezar mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy ella hubiera debido irse, ¡desaparecer de Peiskam! Pero una persona como mi hermana no tiene un oído tan fino como para percibir ese instante. Y yo, como es natural, no me atreví a decirle que, en el instante en que estaba en condiciones de escribir el estudio o lo que fuera sobre Mendelssohn, al fin y al cabo unas ciento cincuenta páginas probablemente o más aún, ella estaba ahí y tenía que desaparecer. Por eso la odié de repente y ella probablemente no sabía en absoluto por qué, y la maldije y perdí así la oportunidad de empezar mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy. Pero probablemente me había avergonzado de explicarle que la había hecho venir a Peiskam sólo a causa de ese trabajo todavía no empezado, es decir, por decirlo así, que era muy capaz de abusar de ella como medio totalmente primitivo para mi producto intelectual. Al fin y al cabo, el llamado intelectual pasa una y otra vez por encima de la persona a la que ha matado *para ello* y, por consiguiente, convertido en cadáver para su fin intelectual. En el instante decisivo, un, así llamado, intelectual hubiera sacrificado sin más para ese producto intelectual, hubiera abusado a muerte en su diabólica especulación, de una persona que le hiciera posible ese producto intelectual. Así, yo había pensado poder abusar de mi hermana para mi producto intelectual, pero me habían salido mal las cuentas. Al contrario, había cometido la mayor de las tonterías al telegrafiar a mi hermana en Viena: ¡*ven unos días!* Resultó que ella misma, sin mi invitación, hubiera venido a Peiskam precisamente ese día, porque estaba hasta la coronilla de Viena, de pronto, aquellas continuas reuniones, todas aquellas gentes cuya estupidez le ponían los pelos de punta, le habían causado el asco que se merecían, porque en los últimos tiempos había exagerado aquellas reuniones. Me llevaba las manos a la cabeza pensando que hubiera podido ahorrarme el telegrama porque, sin mi telegrama, probablemente hubiera tenido sin más valor para decirle, al cabo de unos días, que tenía que desaparecer otra vez. Así, sin embargo, como le había pedido que viniera a Peiskam, no había tenido ese valor, la verdad es que hubiera sido una desvergüenza sin igual rogarle que viniera y luego volverla a echar de la casa enseguida. Por lo demás, la conozco demasiado bien para no saber que, si le hubiese dicho que debía desaparecer, no habría pensado en absoluto en desaparecer. Se me hubiera reído en la cara y se hubiera instalado a sus anchas en toda la casa. Por una parte, no aguantamos, los que somos como yo, estar solos, por otra no aguantamos el estar acompañados, no aguantamos la compañía masculina, que nos aburre a morir, pero tampoco la femenina, a la compañía masculina he renunciado en general durante decenios, porque es de lo más estéril, la femenina me ataca los nervios en un plazo brevísimo. De todas formas, había confiado una y otra vez en mi hermana para salvarme del

infierno de la soledad y, dicho sea sinceramente, ella había conseguido efectivamente a menudo sacarme de mi soledad, que al fin y al cabo no es otra cosa la mayor parte del tiempo que una ciénaga negra devastadora, nauseabunda y pestilente, pero en los últimos tiempos tampoco ella tenía ya fuerzas para ello, y quizá tampoco el deseo ya; quizá dudaba también desde hacía demasiado tiempo de mi seriedad, y prueba de ello son efectivamente sus continuas bromas despiadadas a mi costa, por mi Mendelssohn Bartholdy. Desde hacía años yo no había terminado ningún escrito, a causa de mi hermana, según pretendía yo siempre, pero quizá también a causa de mi auténtica incapacidad para escribir jamás otro escrito. Lo intentamos todo para poder empezar ese texto, realmente todo y, aunque sea lo más horrible, no retrocedemos ante nada que nos permita escribir ese texto, aunque sea la mayor monstruosidad y la mayor perversidad y el más grave de los crímenes. Solo en Peiskam, rodeado de todos aquellos muros fríos, con los ojos puestos sólo siempre en los muros de nubes, no hubiera tenido ninguna probabilidad. La verdad es que había hecho los intentos más absurdos, por ejemplo me había sentado en la escalera que conduce del comedor al primer piso y había recitado unas páginas de Dostoievsky, de *El jugador*, con la esperanza de poder empezar, gracias a esa medida, mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy, pero naturalmente ese intento absurdo fracasó, terminó con unos escalofríos bastante largos y con que, durante varias horas, me revolví en la cama empapado en sudor. O bien corría al patio, inspiraba tres veces profundamente y espiraba tres veces profundamente, y luego estiraba alternativamente el brazo derecho y el izquierdo, tanto como podía. Pero también ese método me agotaba sólo. Lo intenté con Pascal, luego con Goethe, luego con Alban Berg, inútilmente. ¡Si tuviera un amigo!, me dije otra vez, pero no tenía ningún amigo y sé por qué no tengo ningún amigo. ¡Una amiga!, exclamé, de forma que resonó en el vestíbulo. Pero no tengo ninguna amiga, de modo totalmente deliberado no tengo ninguna amiga, porque entonces hubiera tenido que renunciar totalmente a mis ambiciones intelectuales, no se puede tener una amiga y al mismo tiempo ambiciones intelectuales, cuando el estado general de uno es tan malo como el mío. ¡No se puede pensar en una amiga y en ambiciones intelectuales! O tengo una amiga, o tengo ambiciones intelectuales, las dos cosas juntas es imposible. Y me decidí ya muy pronto por las ambiciones intelectuales y en contra de la amiga. Un amigo no había querido tenerlo nunca, desde el momento en que tuve veinte años y con ello, de pronto, fui un pensador independiente. Los únicos amigos que tengo son los muertos, que me han dejado su literatura, no tengo otros. Y siempre me fue difícil tener siquiera un ser humano, y por eso no pienso en absoluto en una palabra tan explotada por todos y tan nauseabunda como la palabra amistad. Y ya muy pronto, temporalmente, no tuve absolutamente ningún ser humano, todos los demás tenían algún ser humano, yo no tenía ninguno, por lo menos yo sabía que no tenía ninguno, aunque los otros pretendían continuamente que tenían alguno, decían tú tienes a alguien, cuando yo estaba completamente seguro de no tener a nadie y, quizá fuera ese pensamiento el

decisivo, el más aniquilador, el de no necesitar a nadie. Me figuraba que no necesitaba ningún ser humano, me lo sigo figurando todavía hoy. No necesitaba a nadie y, por consiguiente, no tenía a nadie. Pero como es natural necesitamos algún ser humano, porque si no, nos convertimos inevitablemente en lo que me he convertido: difícil, insoportable, enfermo, en el sentido más profundo de la palabra, insoportable. Siempre creí poder realizar mi trabajo intelectual totalmente solo, sin ninguna clase de seres humanos, lo que tuvo que revelarse como un error, pero también el que realmente necesitamos a alguien es a su vez un error, necesitamos un ser humano para ello y no necesitamos ninguno, y unas veces necesitamos a alguien y otras veces no necesitamos a nadie y otras veces necesitamos a alguien y al mismo tiempo no necesitamos a nadie, ahora, en estos días, he vuelto a tener conciencia de este hecho, el más absurdo de todos; nunca sabemos, ni sabremos, si necesitamos a alguien o no necesitamos a nadie, ni si al mismo tiempo necesitamos a alguien y no necesitamos a nadie y, como no sabemos ni nunca sabremos lo que realmente necesitamos, somos infelices y por ello incapaces de empezar un trabajo intelectual cuando queremos, cuando nos parece acertado. Al fin y al cabo, yo había creído *fervientemente* que necesitaba a mi hermana para poder empezar mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy, y cuando estuvo ahí supe que no la necesitaba, que sólo podría empezar cuando no estuviera ahí. Pero ahora se ha ido y es ahora cuando no puedo empezar mi trabajo. Al principio, la razón era que ella estaba ahí, ahora la razón es que ella no está ahí. Por una parte sobrestimamos al otro, por otra lo subestimamos y nos sobrestimamos continuamente a nosotros mismos y nos subestimamos, y cuando debiéramos sobrestimarnos nos subestimamos, lo mismo que debiéramos subestimarnos cuando nos sobrestimamos. Y realmente, sobrestimamos sobre todo, todo el tiempo, lo que nos proponemos, porque en verdad todo trabajo intelectual, como cualquier otro trabajo, se sobrestima desmesuradamente y no hay ningún trabajo intelectual en el mundo al que este mundo, en definitiva sobrestimado, no pudiera renunciar, lo mismo que no hay ningún ser humano y, por consiguiente, ninguna inteligencia, a la que no se pudiera renunciar en este mundo, lo mismo que en general se podría renunciar a todo si tuviéramos el valor y las fuerzas para ello. Probablemente lo que me falta es la máxima concentración, pensé, y me senté en la gran habitación de abajo, que mi hermana continuamente, hasta donde puedo recordar, ha llamado el *salón*, lo que constituye una horrible falta de gusto, porque en una vieja casa de campo así un salón no pinta nada. Pero también esa designación para la habitación de abajo le va a ella muy bien, en general, tiene en los labios con demasiada frecuencia la palabra *salón*, aunque ella misma, como es natural, tenga en Viena realmente un salón y dirija realmente un salón, aunque *la forma* en que dirige ese salón es algo sobre lo que yo podría escribir todo un tratado voluminoso, si tuviera ganas de ello. Así pues, en la habitación de abajo, que mi hermana llama *salón*, lo que, cada vez, me da ganas de vomitar, estiré las piernas, las estiré tanto como pude, tratando de concentrarme en

Mendelssohn Bartholdy. Pero, naturalmente, es totalmente erróneo comenzar un trabajo así con: *el tres de febrero de mil ochocientos nueve*, y así sucesivamente. Aborrezco los libros o escritos que empiezan por una fecha de nacimiento. En general, aborrezco los libros o escritos en que se procede de forma biográfico-cronológica, ése me parece el método de peor gusto y, al mismo tiempo, el menos intelectual. ¿Cómo empezaré? Es la cosa más sencilla, me dije y no comprendo que esa cosa sumamente sencilla no la haya hecho hasta ahora. ¿Tal vez he tomado demasiadas notas? ¿He anotado demasiadas cosas sobre Mendelssohn Bartholdy en esos cientos y miles de papeles que se amontonan en mi escritorio, me he ocupado en general demasiado de Mendelssohn Bartholdy, mi compositor favorito? Ya a menudo había pensado, ¿no me habré fatigado en exceso en mis investigaciones sobre Mendelssohn Bartholdy y, por ello, soy ahora incapaz de empezar mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy? Un tema fatigado en exceso no puede llevarse ya al papel, me dije, de ello tenía multitud de pruebas. No quiero enumerar todo lo que no he podido hacer por haberlo fatigado con exceso en mi cabeza. Por otra parte, la verdad era que, precisamente sobre Mendelssohn Bartholdy, aquellas investigaciones de años, cuando no de decenios, eran necesarias. Si digo que tengo todo el texto o la obra que sea en la cabeza, como es natural no puedo realizarlo ya. Así son las cosas. ¿Son así con Mendelssohn Bartholdy? Me volvía casi loco, incluso demente ya la idea de que, posiblemente, había fatigado con exceso el tema y, por ello, de nada me servía telegrafiar a mi hermana para que viniera por una parte, por decirlo así, como ángel salvador, y por otra para echarla de mi casa, y así sucesivamente. Yo había estado dos semanas en Hamburgo, dos semanas en Londres, y en Venecia, curiosamente, había encontrado los documentos más interesantes sobre Mendelssohn Bartholdy. Para protegerme del mejor modo, me había retirado enseguida al Bauer-Grünwald, a una habitación con vistas sobre los rojos tejados, que daba a la iglesia de San Marcos, y había estudiado los documentos prestados por el palacio episcopal. En Turín había encontrado papeles manuscritos del propio Mendelssohn Bartholdy sobre Carl Friedrich Zelter, y en Florencia todo un montón de cartas escritas por Mendelssohn a su hermana Cécile. De todos aquellos escritos y documentos me había hecho u ordenado hacer copias, que luego había enviado a Peiskam. Pero esos viajes de investigaciones sobre Mendelssohn Bartholdy se remontan a muchos años atrás, algunos a más de un decenio. Ya en un cuarto preparado expresamente sólo para esos escritos y documentos relativos a Mendelssohn Bartholdy había catalogado finalmente todos aquellos escritos y documentos, y a menudo había vivido solo en ese cuarto durante semanas (¡encima de la habitación verde del primer piso!). No pasó mucho tiempo sin que mi hermana bautizara ese cuarto como cuarto de Mendelssohn. Al principio, pienso, ella había hablado realmente llena de respeto y consideración de ese cuarto de Mendelssohn, pero finalmente de forma más bien despreciativa, burlona que me hería. Sólo años después había empezado yo a sacar del cuarto de Mendelssohn diversos escritos que me parecían importantes y a

llevarlos a mi escritorio, siempre en la creencia y con la esperanza de que el momento en que podría empezar mi trabajo no estaba lejos. Pero estaba equivocado. Mis preparativos duran ahora ya años, como queda dicho, más de un decenio. Quizá, así pienso, no hubiera debido interrumpir mis preparativos por nada, no acometer nada sobre Schönberg, nada sobre Reger, no considerar siquiera el esbozo sobre Nietzsche, todas esas desviaciones de mi tema, en lugar de hacer que yo madurase para Mendelssohn, me habían apartado en definitiva aún más de Mendelssohn. Y si por lo menos esos temas, que no puedo enumerar ya, me hubieran encantado algo, pero sin embargo sólo me han mostrado una y otra vez lo difícil que es realizar siquiera un trabajo intelectual, aunque sea el más breve, aparentemente el más secundario, aunque no hace falta decir que no puede existir un trabajo intelectual secundario, no tal como yo lo entiendo. En el fondo, todos esos intentos con Schönberg, Reger, etcétera, no fueron otra cosa que desviaciones de mi tema principal y además, lo que acabó por debilitarme totalmente, todos ellos se malograron. Y es una suerte que los haya aniquilado todos, esos ensayos que, en fin de cuentas, se quedaron en sus comienzos y cuya publicación, si hubiera llegado a hacerla, me lastimaría hoy profundamente. Pero siempre he tenido buen sentido para saber lo que hay que publicar y lo que no, aunque también siempre la idea de que publicar es, en general, un absurdo, si es que no un crimen intelectual o, mejor aún, un crimen capital contra la inteligencia. Al fin y al cabo, publicamos sólo para satisfacer nuestras ansias de gloria, por ninguna otra razón, a no ser por la razón, todavía mucho más abyecta, de ganar dinero, la cual, sin embargo, por las circunstancias en que he nacido, queda eliminada en mi caso, ¡gracias a Dios! Si hubiera publicado mi artículo sobre Schönberg, no me atrevería a salir ya a la calle, y tampoco si hubiera editado mi escrito sobre Nietzsche, aunque éste *no* sea un fracaso *completo*. Toda publicación es una tontería, y prueba de un desagradable rasgo de carácter. Editar la inteligencia es el más vergonzoso de los crímenes y yo no he vacilado en cometer varias veces ese crimen, el más vergonzoso de todos. Al fin y al cabo, ni siquiera fue la grosera necesidad de comunicarme, porque nunca he querido comunicar nada a nadie, con eso no tenía ninguna relación, fueron simples ansias de gloria y nada más. Qué suerte no haber editado Nietzsche y Schönberg, por no hablar de Reger, no me lo perdonaría. Si ya los otros miles y cientos de miles de escritos publicados me asquean, los propios me asquean de la forma más horrible. Pero no escapamos a la vanidad, a las ansias de gloria, entramos en ella, como si la necesitáramos, con la cabeza muy alta, aunque sabemos que nuestra forma de actuar es imperdonable y perversa. ¿Y qué pasa con mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy?, la verdad es que no lo escribo únicamente para mí solo y luego, cuando esté terminado, dejarlo estar. Como es natural, tengo la intención de publicarlo, de editarlo con todas las consecuencias. Porque creo realmente que ese texto es el texto del que puedo decir que es el más logrado o, mejor aún, el menos fracasado de los míos. ¡Desde luego que pienso publicarlo! Pero, antes de poderlo publicar, tendré que escribirlo, pensé y, con

ese pensamiento, estallé en una carcajada, en una de esas que llamo carcajadas de mí mismo a las que, con el curso de los años, me he acostumbrado a causa de mi continua soledad. ¡Sí, tienes que escribir antes ese texto para poderlo publicar!, exclamé y esa exclamación me divirtió. Realmente, mediante esa carcajada súbita me libré de mi crispación y, levantándome de un salto, fui a la ventana. Pero no vi nada. Una espesa niebla se pegaba a los cristales. Me apoyé en el alféizar y traté de distinguir, mediante una concentración continuada, los muros del otro lado del patio, pero ni siquiera con la concentración más extrema conseguí reconocer esos muros. ¡Sólo veinte metros y no veo los muros! ¡Simplemente existir en medio de esta niebla es demencial! ¡En un clima que dificulta mil veces todas y cada una de las cosas! Resultaba, como siempre en esa época del año, opresivo. Golpeé brevemente con el índice derecho en el cristal, para espantar quizá algún pájaro de fuera, pero nada se movió. Lo mismo que había dado golpecitos en la ventana con el índice, me di golpecitos luego en la cabeza y me dejé caer otra vez en el sillón. En diez años *¡ni un trabajo logrado!*, pensé. Como es natural, con ello me he vuelto indigno de crédito. Mi hermana propala por toda Viena, y precisamente allí donde tiene para mí el efecto más devastador, que soy un fracasado. Continuamente la oigo decir a todas las gentes imaginables: *mi hermanito y su Mendelssohn Bartholdy*. Sin reparo, me llama loco delante de todo el mundo. Alguien que no está ya muy bien de la cabeza, sé que ella habla así de mí y propala de mí una reputación que me perjudica enormemente. Al fin y al cabo, no retrocede ante nada para obtener dinero, es decir, para hacer sus negocios y, para no molestar a sus relaciones sociales, me llamaría cualquier cosa. No tiene escrúpulos. Y puede ser innoble. Por otra parte, siempre la he querido, a pesar de todos sus horrores. Querido y odiado, y unas veces la quería más que la odiaba y a la inversa, pero la mayor parte del tiempo la he odiado, porque siempre ha actuado contra mí, con plena conciencia, lo que quiere decir con lucidez, que nunca se le ha podido negar. Ella ha sido siempre la persona realista, lo mismo que yo la fantasiosa. Te quiero por lo fantasioso que eres, me dice bastante a menudo, pero hay más desprecio en esa observación que lo contrario. Con una persona como ella, al fin y al cabo es sólo mentira cuando dice te quiero. ¿O es que soy yo el horrible? A su marido le dijo *te quiero* hasta que él no lo soportó más y desapareció. Al Perú, realmente el fin del mundo visto desde aquí, de donde no ha vuelto ya. Los maridos engañados y embaucados y convertidos en bufones huyen desde hace siglos a Sudamérica, para no volver ya, es una realidad que tiene una tradición. *Soy una persona hecha para tener amantes*, dice mi hermana. Siempre fui poco apta para el matrimonio, dice. Tener un hombre a cuestas durante toda la vida, sólo como idea me resultaba repugnante, dice ella. No sé por qué, finalmente, me casé a pesar de todo. ¿Quizá por mis padres? me dijo. El negocio que le quedó de su matrimonio, que se ocupaba y se ocupa exclusivamente de las propiedades de millones más extensas y más escogidas de Austria, lo ha puesto en una situación, después de haberla dejado su marido, que unos, los serios, califican de repelente, pero otros de inauditamente afortunada. Yo



pertenezco por completo a los primeros, sea o no acertado, para mí la vida que mi hermana lleva ahora es vergonzosa, realmente basada nada más que en los beneficios. Al final del año una donación de millones a Cáritas, sobre la que ella misma puede leer satisfecha en los periódicos y de la que, durante semanas, puede reírse a morir, como dice ella misma, eso me repele. Un palacio que recibió de un viejo príncipe Ruspoli, muerto súbitamente por un fallo renal, al que conoció en otro tiempo en Roma y con el que, durante decenios, no sólo asistió a fiestas y mantuvo correspondencia, y del que pretende que es pariente suyo, un palacio de las proximidades de Siena, en el que, de todos modos, desde hace ya decenios las ratas mandaban, se lo legó hace dos o tres años a la Iglesia para un asilo de ancianos, en cuya construcción participó ella con dos millones de chelines. Cuando le pregunté si no iba a ir a Italia para ver el palacio terminado, me dijo tajantemente que no, que no le interesaba. En el fondo, los edificios viejos no le decían nada. Las personas viejas sí, dijo burlonamente, pero no los edificios viejos. Tengo que estar a bien con la Iglesia, hermanito mío, me dijo, y yo encontré aquel proceder y lo que ella decía al respecto repugnante en grado sumo. Pero ella es así. Siempre aparece con alguno de esos pisaverdes, que sólo se calzan en Nagy y, por añadidura, como decimos nosotros, llevan zapatos claveteados y, sólo por eso, tienen unos andares poco naturales y repelentes, y pretende que esas gentes están emparentadas con ella y, por consiguiente, también conmigo. No tengo parientes, le he dicho una y otra vez, sólo tengo parientes intelectuales, los filósofos muertos son mis parientes. Entonces ella, como siempre, se sonreía insidiosamente. Pero con la filosofía no puedes acostarte, hermanito mío, me decía ella a menudo, y entonces yo, igualmente a menudo, respondía que naturalmente que puedo, por lo menos no me ensucio al hacerlo. Esa observación hizo que ella dijera de mí una vez en mi presencia, en una reunión en Mürzzuschlag a la que ella me había arrastrado después de insistir sin pausa: mi hermanito duerme con Schopenhauer. Alternativamente con Schopenhauer y con Nietzsche, y entonces, como es natural, tuvo el éxito esperado, como siempre a mi costa. En el fondo, sin embargo, he admirado durante toda mi vida la facilidad con que mi hermana es capaz de llevar una conversación, todavía hoy o, con seguridad, todavía hoy con mucho mayor dominio, se libra de los más difíciles obstáculos sociales, si es que para ella existen siquiera esos obstáculos sociales. De dónde le viene ese talento no lo sé, porque a nuestro padre no le interesaba para nada la sociedad y a nuestra madre no le gustaban todos esos remilgos sociales, como nuestra propia madre decía siempre. El sentido comercial, que caracteriza a mi hermana más que cualquier otra cosa y del que nadie que no la conozca tanto como yo sospecha nada, lo tiene de nuestro abuelo paterno, que fue también quien acumuló nuestra fortuna, en las circunstancias más curiosas pero de todas formas y cualquiera que fuese el modo, tan grande que nosotros, mi hermana y yo, tenemos bastante para existir todavía en la tercera generación y ninguno de los dos existimos, considerándolo todo, de la forma más modesta. Porque, aunque viva en Peiskam solo,

gasto más dinero que el que otras grandes familias tienen disponible al mes, porque, por poner sólo un ejemplo, quién calienta todo el invierno nueve habitaciones y no demasiado pequeñas, sólo para él y así sucesivamente. Realmente, e incluso tomando en consideración que soy de lo más incapaz en todas las llamadas cuestiones de dinero, podría vivir aún veinte años sin tener que ganar un *groschen* y luego me quedaría siempre la posibilidad de vender poco a poco una parcela tras otra, sin afectar esencialmente la propiedad, desvalorizándola así, lo que no me hace falta en absoluto y lo que, teniendo en cuenta que al fin y al cabo sólo me queda el tiempo más breve por vivir, como consecuencia de mi enfermedad que avanza incesante e irresistiblemente, todo lo más uno o dos años, no más ni más tiempo, momento en el que mi necesidad de vivir y existir, cualquiera que sea en este mundo, debería estar realmente por completo agotada, es absurdo. La verdad es que, si quisiera, podría calificarme a mí mismo de acomodado, a diferencia de mi hermana, que es realmente rica, porque la riqueza suya que se ve no es, ni con mucho, toda, pero yo me diferencio de ella por ejemplo, muy claramente, en el aspecto ya mencionado una vez: ella hace donaciones para ir al cielo y para divertirse, contribuciones de millones a la Iglesia y a otras de esas asociaciones dudosas, mientras que yo no hago absolutamente ninguna donación ni dedico el menor pensamiento a donar nada en un mundo que se ahoga en miles de millones y finge Cáritas cuando hay la menor posibilidad de ello. Pero tampoco tengo ganas de divertirme durante semanas mediante una donación a Cáritas, por ejemplo, ni el don de deleitarme con las noticias de los periódicos sobre mi generosidad y mi amor al prójimo, porque no creo en la generosidad ni en el amor al prójimo. La llamada gente buena es totalmente hipócrita y quien proclama lo contrario o incluso lo afirma es un redomado pisoteador de seres humanos o un zoquete imperdonable. Hoy tenemos que vérnoslas con un noventa por ciento de esos redomados pisoteadores de seres humanos y con un diez por ciento de esos zoquetes imperdonables. No se puede hacer nada con los unos ni con los otros. La Iglesia, porque, para mí, se presta a ello, explota a ambos, cualquier Iglesia que sea, pero conozco demasiado bien la católica para dejarle cualquier legado imaginable, es la más astuta de todas y, dondequiera que puede, explota, y la mayor parte de su dinero lo obtiene de los pobres y pobrísimo. Pero tampoco por esos pobres y pobrísimo se puede hacer nada, y la mentira de que se podría es la más difundida y sobre todo a los políticos no se les cae de los labios. La pobreza es inextirpable y quien piensa en extirparla no se propone otra cosa que extirpar a los seres humanos como tales y, por consiguiente, también realmente a la Naturaleza. Cuanto mayores y cuanto más altas son las donaciones que mi experta hermana reparte, tanto mayores y más infernales son también sus carcajadas por ello, y quien la ha oído hablar alguna vez en relación con alguna de sus donaciones sabe cómo anda el mundo. La he oído tan a menudo que ya no quiero oírla más. Los hombres hablan constantemente de que deben y tienen que descubrir a los otros y, como dicen también continuamente con toda la abyección de sus falsos sentimientos, descubrir al

prójimo, cuando se trata única y exclusivamente de encontrarse a sí mismos, todo el mundo se encuentra ante todo a sí mismo y, como hasta ahora, apenas hay nadie que se haya encontrado a sí mismo, resulta también inimaginable que cualquiera de esos miles de millones de infortunados haya encontrado jamás a otro o, como dicen chorreando autoengaño, a un prójimo. El mundo es tan rico que realmente puede realizarlo todo, pero, con plena conciencia, lo impiden los políticos que gobiernan ese mundo. Gritan pidiendo ayuda, y diariamente arrojan por la ventana miles de millones, sólo para armas, y sin avergonzarse. No, dar a ese mundo aunque sólo sea un *groschen* es algo a lo que me niego decididamente, porque tampoco tengo esas retorcidas ansias de agradecimiento que tiene mi hermana. Esas gentes que dicen constantemente que están dispuestas a cualquier sacrificio y que lo sacrifican todo sin pausa, finalmente su vida y así sucesivamente, esos santos, que se agolpan para su sacrificio y su disposición al sacrificio como cerdos en el comedero, y que hay en todos los países y partes del mundo, ya pueden llevar todos los nombres imaginables o inimaginables, ya pueden llamarse Albert Schweitzer o Madre Teresa, me son profundamente antipáticos. Esas gentes no se proponen otra cosa que, a costa de aquellos de los que supuestamente tan bien se cuidan y que los reclaman con las manos extendidas buscando ayuda, cubrirse de páginas de gloria y dejarse colmar de condecoraciones. A esas gentes peligrosas, más egoístas y despóticas que cualesquiera otras, y en el fondo, hasta muy hondo en sus centros anímicos, ávidas de poder, que entre San Francisco de Asís y la Madre Teresa son millones y que se mueven en innumerables asociaciones religiosas y políticas de todo el mundo, día tras día, sólo por sus propias ansias de gloria, las aborrezco profundamente. El, así llamado, factor social, del que se habla ininterrumpidamente y hasta el hastío desde hace siglos, es la más innoble de las mentiras. Yo me niego, incluso a riesgo de ser mal entendido, lo que, dicho sea sinceramente, siempre me ha resultado indiferente. Mi hermana organiza, con otras, así llamadas, señoras de la mejor y más alta sociedad un bazar, y dona a los ingresos de ese bazar, en el que, ininterrumpidamente, también el Niño Jesús tiene que graznar desde un horrible altavoz, quinientos mil chelines, y no considera demasiado tonto explicarme que quiere a los más pobres y a los pobres. Pero se dio cuenta muy pronto, también o precisamente porque guardé silencio ante su hipócrita empresa, de que yo la había calado. En cambio disfruta de que el Monseñor y Presidente de Cáritas, que no es otra cosa que un viejo zorro de salón, le bese galantemente la mano. A mí me espantaría la mano de ese señor. Hace ya quince o dieciséis años, cuando yo mismo tenía cierto contacto, aunque muy escaso, con tal señor, él, el de espíritu artístico y refinado, le pidió a mi hermana que le amueblara, contra entrega en mano de ochocientos mil chelines, un piso en el Schottenring, lo que efectivamente hizo mi hermana; nada más que con muebles Renacimiento de Florencia y objetos preciosos de estilo josefino, de dos castillos de Marchfeld que habían caído en sus manos, le amuebló al Monseñor su piso. Cuando terminó, dio para él una recepción para cincuenta personas escogidas, entre las cuales la menos

importante era un conde irlandés al que, junto con Monseñor, había elegido para aquella velada sólo porque tenía unas hilanderías en la frontera entre la Baja Austria y el Burgenland, de las que ella, a toda costa, quería apoderarse, lo que, como me consta, consiguió efectivamente; en ese terreno mi hermana lo consigue todo. Por ochocientos mil chelines, que indudablemente provenían de contribuciones a la Iglesia, mi hermana le amuebló al Monseñor su piso del Schottenring, en uno de los mejores lugares, y realmente le dije a mi hermana a la cara que le había amueblado el piso al Monseñor con fondos de la Iglesia, unos ochocientos mil chelines, que serían hoy seis o siete millones. Hay que imaginárselo: el Monseñor se amuebla un piso por ochocientos mil chelines y, al mismo tiempo, hace propaganda en la radio, con un lenguaje lacrimoso y orientado al engaño hasta en sus menores detalles, de su pordiosería de Cáritas ante los más pobres de los pobres. Si no le daba vergüenza, quise saber, pero mi hermana no se avergonzaba, para ello era, como diría ella misma, demasiado inteligente y se limitó a decir: cuatrocientos mil son míos. El Monseñor ha pagado solamente cuatrocientos mil. A mí me repugnó aquella forma de actuar. Pero es característica de la llamada clase alta, y pertenecer a ella para siempre y eternamente ha sido para mi hermana, durante toda su vida, el más alto de todos los fines de la vida. Un conde tenía que ser ya muy encantador y tener infinitamente mucho dinero para que ella se dejara arrastrar siquiera a una conversación larga con él, sólo en los príncipes comenzaba para ella lo normal, y de dónde le viene esa horrible manía no lo sé. Si una persona así tiene todavía lo más mínimo que ver con la Naturaleza, me he preguntado a menudo. Por otra parte, cada una de mis consideraciones relativas a ella, en algún momento y, de hecho, de un instante a otro, se convierte en admiración. Ante una persona tan radiante, como ella misma se califica a menudo, el hermanito es impotente. La aparición de ella cambia cualquier lugar, todo, da igual dónde y cuándo aparezca, todo se transforma, y al mismo tiempo se subordina sólo a ella. Y sin embargo no es realmente bella, a menudo me he preguntado, es bella, no lo es, no puedo decir que sea bella, no lo es, es distinta de todas las demás y tiene la facultad de, si no eclipsar a todos los que la rodean, al menos hacerlos retroceder al segundo plano, a la sombra. Por lo tanto, es exactamente lo contrario de mí, que durante toda mi vida he sido insignificante. No modesto, ésa sería la palabra más equivocada, sino insignificante y además, continuamente, en el fondo, siempre reservado. Con ello me había liquidado a mí mismo con el tiempo, podría decir, lo digo porque es verdad. Tu tragedia es, hermanito mío, que siempre te quedas en segundo plano, me dice ella muy a menudo. Por otra parte, una vez me dijo que su tragedia era que ella siempre tenía que buscar el primer plano, lo quisiera o no, la empujan a ese primer plano, dondequiera que sea, en la situación que sea. Nunca es tonto lo que dice, porque en cualquier caso es mucho más sensato que lo que dicen los otros, pero, sin embargo, tantas de las cosas que dice son falsas. A veces, no sólo a veces, siempre me gustaría gritarle por las tonterías con que, indudablemente, provoca siempre por todas partes la mayor admiración. Como es natural, va a la ópera

y no se pierde ninguna ópera de Wagner, con una excepción, no va a *El holandés errante* porque, según sus propias palabras, *El holandés errante* no es una ópera de Wagner. Y cree realmente, como tantos, tener razón en ello. Los vestidos que lleva en esas ocasiones son los más sencillos de todos, todavía mucho más sencillos que los más sencillos, pero sin embargo es precisamente eso lo que hace que llame la mayor atención. Sabes, la ópera es para mis negocios lo más importante de todo, dice una y otra vez. La gente está completamente loca por la música, que no comprende en absoluto, y me compra mis géneros invendibles. Ella entiende por «mis géneros invendibles» propiedades no inferiores a mil hectáreas. O las que ella llama *cosas del distrito 1*, con las que se puede ganar sobre todo a corto plazo. Y realmente es un placer observarla durante las comidas. Todos los que la rodean se vuelven de repente, si no vulgares, al menos inferiores a ella en cualquier caso en sus modales, por ejemplo la forma de comer la sopa o la ensalada, etcétera. Tendría que ser lo que se llama una ancianísima señora de la más alta alcurnia la que pudiera realmente competir con ella. Pero qué espantoso, ser continuamente el centro de atención y que no le quiten a uno los ojos de encima, sólo puedo sentirlo por simpatía, pero sin duda es más horrible de lo que puedo imaginarme. Siempre he tenido el don de permanecer más o menos inobservado, de estar más o menos solo conmigo mismo incluso en las mayores reuniones, y por ello siempre he tenido la ventaja de poder seguir mis intenciones, mis fantasías y pensamientos como yo quería. Así pues, mi actitud en sociedad ha sido siempre para mí totalmente la más ventajosa, siempre la más útil, precisamente la que me convenía, a diferencia de la que conviene a mi hermana. Y siempre, dondequiera y cuandoquiera que ella aparezca y se convierta en el centro, parece como si fuera de la mayor naturalidad imaginable, realmente todo es natural en ella, todo lo que hace, todo lo que dice, así como todo lo que no dice y calla, se podría creer que no existe en absoluto un ser más natural que mi hermana. Como si no tuviera que preocuparse por nada, por absolutamente nada. Pero eso, naturalmente, es también un error, yo sé qué confabulado está todo lo que emprende, qué preparado todo lo que, en definitiva, presenta a toda esa gente. De la forma más natural, aunque como es natural no es verdad, da a entender continuamente a toda esa gente que, si no todo, ha leído la mayor parte, que, si no todo, ha visto la mayor parte, que, si no a toda, ha conocido y conoce bien a la mayor parte de la gente importante y famosa que realmente cuenta. Y lo da a entender sin decir expresamente nada parecido. Aunque no entiende absolutamente nada de música, en efecto, su comprensión de la música no es siquiera superficial, toda la gente cree que entiende mucho de música, y lo mismo ocurre con la literatura e incluso con la filosofía. Allí donde otros tienen que esforzarse continuamente para mantenerse, ella no necesita ocuparse absolutamente de nada, todo ocurre como ella quiere, totalmente por sí sola. Naturalmente, ella es por decirlo así culta, pero todo eso es sólo superficial, naturalmente sabe muchas cosas, más que la mayoría de la gente con que trata, aunque sólo sea de la forma más superficial, pero nadie se da cuenta. Cuando los otros tienen que convencer

continuamente, para no hundirse y ponerse en ridículo y naufragar, ella se calla sencillamente y logra su triunfo, o dice algo dicho exactamente en el momento exacto, con lo que se deduce como consecuencia que domina la escena. Nunca he visto a mi hermana derrotada. A la inversa, ella ha presenciado a menudo cómo yo he fracasado en algún aspecto, incluso realmente ridículo. Tenemos los caracteres más opuestos que cabe imaginar. Probablemente de ello se deriva precisamente también nuestra tensión. Nunca hablo de dinero, pero lo tengo, dijo ella una vez, tú no hablas nunca de filosofía, y la tienes. Esa frase prueba dónde estamos los dos y, posiblemente, como me temía, nos hemos detenido. En la casa, en todas partes, sigue habiendo huellas de mi hermana, a dondequiera que dirijo la mirada, allí estuvo, eso lo desplazó, eso lo dejó ahí, esa ventana no la cerró como es debido, todos esos vasos que andan por ahí, apurados sólo a medias, los dejó ella. Y no pienso en poner otra vez orden en todo eso que ella dejó en desorden. Sobre su cama, como arrojado furiosamente, encontré el *Combray* de Proust, estoy seguro de que no ha llegado muy lejos. Pero tampoco puedo decir que no lea nada o sólo cosas de mínima calidad, para una mujer de su edad y de su nivel y en general de su posición y disposición, alcanza una y otra vez un nivel extraordinario en lo que a lecturas se refiere. Quien lea alguna vez este esbozo se preguntará qué significa esta continua insistencia en lo relativo a mi hermana. Sí, porque mi hermana, sencillamente, me domina desde la infancia y, cuando se ha ido, necesito siempre varios días para asimilarlo, sin duda se ha ido físicamente, pero sin embargo está presente por todas partes de la forma más clara y para mí realmente más horrible, sobre todo lo estaba esa última velada, como sentía de la forma más dolorosa y de lo que tuve cada vez mayor conciencia a causa de su ausencia que seguía siendo monstruosa, precisamente porque se había ido ya, el hecho de que, unas horas después de su partida real, no puedo echarla de la casa, no se deja echar, se queda ahí lo que quiere y esa velada lo quería con monstruosa intensidad, *porque yo quería que se fuera de la casa, porque a la mañana siguiente quería empezar mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy*. Un necio que creyó poder empezar realmente ese trabajo ya unas horas después de haberse ido ella, de forma totalmente inesperada, ése soy yo realmente. Siempre he necesitado varios días después de su marcha para liberarme de mi hermana. Esa única vez esperaba tener una suerte especial. Pero no la tuve. Esa clase de suerte nunca la he tenido. Y ¿no tiene quizá razón cuando dice que mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy sólo es un ardid para justificar mi forma de vida absurda, y que él, salvo si escribe y termina algo, no tiene otra justificación? Me precipité sobre Schönberg para justificarme, sobre Reger, sobre Joachim, incluso sobre Bach, sólo para justificarme, lo mismo que me precipito ahora sobre Mendelssohn con el mismo fin. En el fondo, no tengo ningún derecho a mi forma de vida, que realmente es tan única como costosa e igualmente horrible. Por otra parte, ¿a quién tengo que rendir cuentas, salvo a mí mismo? Si por lo menos consiguiese al día siguiente empezar mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy. ¿Tengo las mejores condiciones? Las tengo y no las tengo,

por una parte las tengo, por otra no las tengo, me decía. Si mi hermana no hubiera venido, me decía, por otra parte, precisamente *porque* vino a Peiskam. Tenemos que emprenderlo todo al ciento por ciento, decía siempre mi padre, se lo decía a todo el mundo, a mi madre, a mi hermana, a mí, si no lo emprendemos al ciento por ciento, fracasamos ya antes de haber empezado siquiera. Pero ¿qué quiere decir en este caso el ciento por ciento? ¿No me he preparado al ciento por ciento para este trabajo? Quizá me haya preparado al doscientos por ciento, quizá incluso al trescientos por ciento, eso sería una catástrofe. Pero ese pensamiento era naturalmente absurdo. Tu error es, decía mi hermana, que te aíslas totalmente en tu casa, que no visitas ya en absoluto a amigos, cuando, sin embargo, tenemos tantos amigos. Decía la verdad. Pero qué quiere decir: ¡amigos! Conocemos a varias, quizá incluso a muchas personas, a algunas que todavía no han muerto o se han ido para siempre, todavía de la infancia, todos los años hemos ido muy a menudo a su casa, han venido a nuestra casa, pero no por ello, ni con mucho, son amigos. Mi hermana califica pronto a alguien de amigo, incluso a gente que apenas conoce, si eso entra en sus cálculos. Si lo pienso bien, no tengo en absoluto amigos, no he tenido nunca, desde el fin de mi infancia, ningún amigo. Amistad, ¡qué palabra más leprosa! La gente la tiene todos los días en los labios, hasta el hastío, y está totalmente devaluada, por lo menos tan devaluada como la palabra, pisoteada a muerte, de amor. Tu gran error es que no vas ya a pasear, antes salías durante horas de tu casa, ibas a través de los bosques, por los campos, a orillas del mar, y por lo menos disfrutabas de tus propias tierras. Hoy ya no sales de casa, eso es lo más perjudicial, dijo, precisamente ella, que en todas partes y por todos es conocida como poco aficionada a andar y que, en las tres semanas que estuvo aquí, ni una sola vez dio un paseo. Pero naturalmente, pienso, la verdad es que no tiene la enfermedad que yo tengo. Yo tendría que pasear. Pero nada me aburre más. Nada me fastidia más, me pesa más angustiosamente sobre corazón y pulmones que pasear. *No soy un hombre de la Naturaleza*, nunca he sido un hombre de la Naturaleza, nunca me he dejado obligar a ser ese hombre de la Naturaleza. Así se te ensancharán los pulmones, dijo ella burlonamente, bebiéndose luego un vaso lleno de jerez, *Agustín Blázquez* naturalmente, el único que es para ella suficientemente caro. Desde hace años hace que se lo traigan de España sus amantes, en Viena no se consigue, y aquí en absoluto, en esta horrorosa región. Como no eres ya católico, dijo riéndose, tampoco vas ya a la iglesia. Por consiguiente, no sales ya en absoluto al aire libre. Y por eso degeneras y te mueres. Con predilección me decía en los últimos tiempos, una y otra vez: *te mueres*. Eso me taladraba cada vez, aunque me decía a mí mismo o, por lo menos, me convencía de que no tenía nada en contra de mi propia muerte. Y se lo decía a menudo, lo que ella, a su vez, calificaba sólo de coquetería infantil. Evidentemente, hubiera sido razonable respirar aire puro, pero al fin y al cabo aquí no hay en absoluto aire puro, sólo un aire diabólico, espeso, maloliente, que además está totalmente envenenado por la química de la cercana fábrica de papel. Y a veces pienso si ese aire de la fábrica de papel no está tan envenenado que, *para*

*mí*, resulta mortal, a la larga, el hecho de que desde hace ya decenios respire ese aire envenenado por la fábrica de papel me hace pensar de repente y también esa noche, después de la partida de mi hermana, me hizo pensar si mi incapacidad para empezar mi trabajo, mi enfermedad en general y mi muerte previsible no serían imputables a ese aire envenenado por la fábrica de papel. Un hombre hereda una propiedad de sus padres y cree que tiene que quedarse toda su vida en esa propiedad hasta que muera, y no se da cuenta de que muere tan pronto porque la fábrica de papel cercana envenena día y noche el aire que respira. Sin embargo, no me dejé llevar por esas especulaciones y volví a salir al vestíbulo. Al ver el rincón en el que, cuando éramos niños, teníamos un perro, tuve que pensar, si por lo menos tuviera un perro. Pero, desde que soy adulto, he odiado siempre a los perros. Y ¿quién se ocuparía de ese perro y qué aspecto tendría ese perro, qué clase de perro tendría que ser? Entonces, precisamente por ese perro, tendría que tener en la casa a un hombre que cuidara de ese perro, y no soporto a ningún hombre, no soporto a un perro ni a un hombre. Al fin y al cabo hace ya tiempo que tendría a una persona en la casa si soportase a esa persona, pero no soporto a ninguna persona, y como es natural tampoco a ningún perro. No he llegado al perro, me decía y no llegaré al perro, reventaré pero no llegaré al perro. En este rincón, inmediatamente al lado de la puerta de entrada al patio, estaba el perro, y nosotros lo queríamos, pero hoy tendría que odiar a un animal así, continuamente al acecho. Y al fin y al cabo la verdad es que me gusta estar solo, al fin y al cabo no me siento solitario ni tampoco sufro por ello, aunque mi hermana intente convencerme continuamente de que sufro por ello, me siento feliz de estar solo, sé lo que tengo con ello, observo a los otros que no tienen esa soledad, que no pueden permitírsela, la desean durante toda la vida pero no pueden tenerla. La gente tiene un perro y es dominada por ese perro, e incluso Schopenhauer, en definitiva, no fue dominado en verdad por su mente sino por su perro. Ese hecho resulta más deprimente que cualquier otro. En el fondo, la mente de Schopenhauer no determinaba su pensamiento, sino el perro de Schopenhauer, no era la mente la que odiaba el mundo de Schopenhauer, sino el perro de Schopenhauer. No tengo que estar loco para afirmar que Schopenhauer tenía un perro, no una mente. Los hombres quieren a los animales porque ni siquiera son capaces de amarse a sí mismos. Los que son más innobles en el fondo de su alma tienen perros y se dejan tiranizar y, finalmente, destruir por esos perros. Colocan el perro en el primer lugar y el más alto de su hipocresía, que en fin de cuentas es un peligro público. Preferirían salvar a su perro de la guillotina que a Voltaire. La masa está en favor del perro, porque en su fuero más interno ni siquiera quiere realizar el esfuerzo de estar sola, lo que realmente presupone grandeza de alma, yo no soy la masa, durante toda mi vida he estado contra la masa y no estoy a favor del perro. El llamado amor a los animales ha causado ya tantas desgracias que, si pensáramos realmente en ello con la mayor intensidad, quedaríamos al instante aniquilados de espanto. No es tan absurdo como parece a primera vista que yo diga que el mundo debe sus guerras más horribles al



llamado amor a los animales de sus dominadores. Todo eso está documentado y habría que aclarar de una vez ese hecho. Esas gentes, políticos, dictadores, están dominadas por un perro y por ello precipitan a millones de personas en la desgracia y la degeneración, *aman* a un perro y maquinan una guerra mundial en la que, por ese perro, mueren millones. Sólo hay que pensar en qué aspecto tendría el mundo si una vez, ese llamado amor al prójimo se redujera por lo menos a algún porcentaje ridículo, en beneficio del amor al prójimo que, como es natural, tan sólo se llama así. La pregunta no puede ser, tengo un perro o no tengo un perro, partiendo de mi mente no estoy en absoluto en condiciones de tener un perro, que además, como me consta, hay que cuidar y atender de forma intensa, como a cualquier ser humano, que hay que cuidar y atender más de lo que yo mismo exijo, pero la Humanidad, incluidas todas las partes del mundo, no encuentra nada raro en cuidar más y atender mejor a los perros que a sus semejantes, en efecto, cuida más y atiende mejor todos esos miles de millones de casos de perros que a ella misma. Me permito calificar un mundo así de perverso y en el más alto grado inhumano y totalmente loco. Si estoy aquí, el perro está también aquí, si estoy allá, el perro está también allá. Si el perro tiene que salir, tengo que salir con el perro, etcétera. No tolero la comedia del perro, que diariamente, cuando abrimos los ojos y no nos hemos acostumbrado aún a la ceguera diaria, podemos ver. En esa comedia del perro, aparece un perro que molesta a un ser humano, lo explota y, en el curso de varios o pocos actos, expulsa a su inocente humanidad. La losa sepulcral más alta y más cara y realmente más preciosa que jamás se ha levantado en el curso de la Historia fue levantada, al parecer, para un perro. No, no en América, como habría que suponer, sino en Londres. Ver claramente otra vez ese hecho basta para mostrar al hombre en su auténtica luz de perro. La realidad es que, en este mundo, la cuestión no es ya desde hace tiempo hasta qué punto es uno humano sino hasta qué punto es canino, pero hasta hoy, cuando, en el fondo, si hubiera que hacer honor a la verdad, donde habría que decir realmente hasta qué punto es canino el hombre, se dice hasta qué punto es humano. Y eso es lo repelente. Tener un perro no se me plantea. Si por lo menos tuvieras un perro, dijo mi hermana inmediatamente antes de irse. No por primera vez, es una de esas observaciones con que, desde hace años, me irrita. ¡Por lo menos un perro! Yo no necesito perro, tengo a mis amantes, según ella. Una vez, por capricho, como creo, renunció a sus amantes y tuvo un perro, tan pequeño que, al menos en mi fantasía, hubiera podido meterse bajo sus zapatos de tacón alto. Le gustaba lo grotesco del hecho y encargó para el perro, que no merecía en absoluto ese calificativo, un abrigo de terciopelo con ribete dorado. En el Sacher admiraron el perro, y eso le resultó a ella tan repugnante que le regaló el animal a su ama de llaves, la que por su parte, naturalmente, lo regaló a su vez. Lo mismo que, al fin y al cabo, mi hermana está siempre fascinada por todo lo peregrino, pero luego, por sus buenas razones y porque, después de todo, tiene una inteligencia superior, no exagera lo peregrino tanto que, realmente, pueda considerarse ridículo. O un viaje, me dijo. Deberías hacer un viaje.

Si no te vas pronto de viaje degenerarás, perecerás. Ya veo cómo, en uno de tus rincones, te vuelves primero loco y luego degeneras. ¡Viajar! Mi afición de antes, mi única pasión. Pero la verdad es que ahora estoy demasiado débil para cualquier viaje, me dije, no hay ni que pensar en irse de viaje. ¿Y si me fuera, adónde? Posiblemente, pensaba, el mar será mi salvación. Ese pensamiento se asentó en mí, no podía apartarme ya de ese pensamiento. Me llevé las manos a la cabeza y me dije: ¡*el mar!* Tenía mi palabra mágica. Cuando viajamos, si es que no estamos aún tan extinguidos, volvemos a revivir. Pero ¿estoy en condiciones de viajar, a donde sea? Todos los viajes que había hecho habían obrado milagros. Nuestros padres nos habían llevado ya muy pronto a los niños en sus viajes y, de esa forma, ya antes de los doce y trece años habíamos visto muchas cosas. Estuvimos en Italia, en Francia, estuvimos en Inglaterra y en Holanda, conocimos Polonia y Bohemia y Moravia y, realmente, ya con trece años teníamos una estancia en Norteamérica a nuestras espaldas. Más tarde, por mi propio impulso y siempre que me ha sido posible, he hecho grandes viajes, he estado en Persia, en Egipto, en Israel, en el Líbano. He recorrido Sicilia con mi hermana y he estado semanas en Taormina, en el famoso Hotel Timeo, bajo el teatro griego, he vivido algún tiempo en Palermo, y también en Agrigento, muy cerca de la casa en donde vivió y escribió Pirandello. He estado varias veces en Calabria y, lógicamente, en cada viaje a Italia, en Roma y Nápoles y, cada primavera, he estado con mis padres y con mi hermana en Trieste y en Abbazia. Por todas partes teníamos parientes que, de todas formas, sólo visitábamos de la forma más breve, porque, lo mismo que yo, también mis padres sentían la mayor predilección por las estancias de hotel, eran, tanto mi madre como mi padre, apasionados residentes de hotel, y en los mejores y más hermosos se sentían, lo mismo que yo, más en casa que en la suya. No puedo recordar todos los magníficos palacios en que estuvimos. Ni siquiera la guerra pudo impedirnos viajar y *parar en las mejores casas*, como decía mi padre muy a menudo. De todos esos hoteles, del Seteais de Sintra y, naturalmente, del Timeo son de los que guardo el recuerdo más agradable. Cuando, no hace mucho, pregunté a mi internista si yo podía pensar en viajar me dijo *naturalmente, en cualquier momento*, pero *la forma* en que dijo ese *naturalmente* me resultó siniestra. Por otra parte, cualquiera que sea nuestro estado tenemos que hacer en todo momento lo que queremos hacer y, si queremos viajar, tenemos que viajar, sin preocuparnos de nuestro estado, aunque sea el peor, sobre todo cuando es el peor, porque entonces, al fin y al cabo, viajemos o no viajemos, estaremos perdidos, y más vale morir y haber hecho un viaje deseado y ansiado más que cualquier otra cosa que asfixiarse con ese deseo y esa ansia. Desde hacía ya año y medio no había hecho ningún viaje, la última vez estuve, porque al fin y al cabo es para mí el lugar ideal, en Palma. En noviembre, cuando la niebla nos oprime y reprime de la forma más cruel, he andado por Palma en mangas de camisa y me he tomado diariamente mi café en el famoso Borne, a la sombra de los plátanos; y precisamente en Palma me fue posible tomar las notas decisivas sobre Reger que, de todas formas, perdí después, hasta hoy no puedo decir

dónde aniquilé dos meses de largos esfuerzos intelectuales por mi propio descuido, imperdonablemente. ¡Cuando pienso sólo en comerme mis aceitunas y beberme mi vaso de agua en la terraza del Nixe Palace, no absorto sino totalmente chiflado por observar a toda aquella gente que, en esa terraza, siguen como yo sus deseos e ideas! A menudo no nos damos cuenta de que, sencillamente, tenemos que arrancarnos con toda violencia y en un instante del punto al que estamos aferrados, para poder seguir existiendo. Mi hermana tiene razón en tener en los labios continuamente la palabra viaje en mi presencia, me azota ininterrumpidamente con la palabra viaje, me digo, no sólo dice a cada instante casualmente la palabra viaje, sino que persigue ese fin determinado de salvarme la vida. Quien contempla penetra en la persona que contempla, como es natural, de forma más despiadada y más auténtica que el propio contemplado, me decía. Hay tantas ciudades espléndidas en el mundo, paisajes, costas que he visto en mi vida, pero ninguna de ellas ha sido para mí nunca tan ideal como Palma. Pero ¿y si en Palma tengo uno de mis temidos ataques, si, sin *auténtica* ayuda médica, tengo que estar echado en mi cama de hotel temiendo a la muerte? Tenemos que tomar en consideración el más horrible de los casos y hacer ese viaje *a pesar de todo*, me decía. Pero, sin embargo, no puedo llevarme todo mi montón de notas, me dije al mismo tiempo, que difícilmente caben en dos maletas, y llevar más de dos maletas a Palma es una locura. Sólo la idea de que tendría que ir con dos o incluso tres maletas a la estación y subir al tren y del tren al aeropuerto y subir allí a un avión y así sucesivamente me volvía casi loco. Pero no renunciaba al pensamiento de Palma y el Meliá, después de estar el Mediterráneo cerrado para siempre desde hace años. Me había aferrado a ese pensamiento, y a la inversa ese pensamiento se había aferrado a mí. Iba por la casa de un lado a otro, arriba y abajo, subía y volvía a bajar y no podía separarme ya del pensamiento de dejar Peiskam atrás; pero realmente la verdad es que no hacía el menor intento de liberarme de ese pensamiento de Palma, al contrario, lo atizaba ininterrumpidamente y finalmente lo exacerbé, sacando mis dos grandes maletas de viaje del arcón del vestíbulo y colocándolas al lado del arcón, como si realmente fuera a marcharme. Por otra parte, me decía, no debemos ceder enseguida a un pensamiento tan súbitamente surgido, adonde iríamos de esa forma. Pero el pensamiento estaba allí, y puse las maletas entre el arcón y la puerta y las contemplé desde un ángulo apropiado para esa contemplación. ¡Cuánto tiempo hace que no saco esas maletas del arcón!, me dije. Demasiado tiempo. Realmente, las maletas, aunque habían estado todo el tiempo desde mi último viaje, es decir, mi último viaje a Palma, en el arcón, estaban llenas de polvo, y fui a buscar un trapo para el polvo y las limpié. Eso, sin embargo, me produjo enseguida el mayor malestar. Ni siquiera había limpiado de polvo *una* maleta cuando tuve ya que apoyarme en el arcón, me había acometido un espantoso sofoco. Y en este estado piensas volar a Palma con todas las espantosas dificultades que un viaje así produce inevitablemente, y que a una persona sana no le importan lo más mínimo, pero a una enferma le exigen demasiado, posiblemente la muerte. Después de algún tiempo, sin

embargo, limpié, esta vez con más cautela, la segunda maleta, y me senté luego en el sillón de hierro del vestíbulo, que es mi sillón favorito. En una maleta los escritos sobre Mendelssohn Bartholdy, me dije, en la otra los trajes y la ropa blanca, etcétera. En la más grande, la documentación relativa a Mendelssohn, en la más pequeña, los trajes y la ropa blanca. Para qué tengo este equipaje tan elegante, me dije, que tiene por lo menos sesenta años y proviene de los últimos años de mi abuela materna, que tenía buen gusto, como prueban precisamente estas maletas tuyas. Los toscanos tienen buen gusto, me dije, eso se demuestra una y otra vez. Si me voy, me dije en mi sillón de hierro, al fin y al cabo dejaré sólo un país cuya absoluta falta de sentido no hace más que deprimirme diariamente al máximo. Cuya estupidez amenaza al fin y al cabo a diario asfixiarme, cuya tontería hará, incluso sin mis enfermedades, que yo perezca tarde o temprano. Cuyas circunstancias tanto políticas como culturales se han vuelto tan caóticas en los últimos tiempos que cada vez, cuando nos despertamos por la mañana, antes de levantarnos siquiera de la cama se nos revuelve el estómago. Cuya falta de necesidades de espíritu hace ya mucho tiempo que no desespera a un hombre como yo, sino que lo hace sólo vomitar, si he de decir la verdad. Me voy de un país, me dije en mi sillón de hierro, en el que todo lo que complacía a lo que se llama un intelectual y, si no lo complacía, le daba al menos la posibilidad de entregarse a su existencia, ha sido expulsado, eliminado, extinguido, en el que no parece reinar más que el más primitivo de todos los instintos de conservación y en el que la menor pretensión de lo que se llama un intelectual es asfixiada en la cuna. En el que el Estado corrupto y la igualmente corrupta Iglesia tiran juntos de esa cuerda interminable que, desde hace siglos, tienen arrollada en torno al cuello de ese pueblo ciego y realmente encerrado en su tontería por sus dominadores, con la mayor brutalidad y, al mismo tiempo, naturalidad, y realmente tonto. En el que la verdad es pisoteada y la mentira santificada por todos los cargos oficiales, como único medio para todos los fines. Me voy de un país, me decía en mi sillón de hierro, en el que la verdad no se comprende o, sencillamente, no se acepta, y lo contrario de la verdad es la única moneda de cambio. Dejo un país en el que la Iglesia finge y el socialismo llegado al poder explota y el arte les sigue a los dos la corriente. Dejo un país en el que un pueblo educado para la estupidez se deja tapar los oídos por la Iglesia y por el Estado la boca, y en el que todo lo que para mí es sagrado termina desde hace siglos en los cubos de basura de sus gobernantes. Si me voy, me dije en mi sillón de hierro, me iré al fin y al cabo sólo de un país en el que, en el fondo, no tengo ya nada que hacer y en el que tampoco he encontrado nunca la felicidad. Si me voy, me iré de un país en el que las ciudades apestan y los habitantes de esas ciudades están embrutecidos. Me iré de un país en el que el lenguaje es vulgar y el estado intelectual de los que hablan ese lenguaje vulgar los hace en conjunto irresponsables. Me iré de un país, me decía en mi sillón de hierro, en el que los llamados animales salvajes se han convertido en el único modelo. Me iré de un país en el que, incluso en pleno día, reina la noche oscura y en el que, en el fondo, sólo estrepitosos analfabetos ocupan el

poder. Si me voy, me dije en mi sillón de hierro, me iré sólo, al fin y al cabo, de una letrina de Europa repelente, desolada y en un estado de increíble suciedad, me decía. Me iré, me decía sentado en mi sillón de hierro, lo que quiere decir dejar atrás un país que, desde hace años, no hace más que oprimirme de la forma más pernicioso y que en toda ocasión, da igual dónde y cuándo, no hace más que ciscarse en mi cabeza de forma insidiosa y malévol. Sin embargo, ¿no es una locura, en un estado y en una condición física en general que ni siquiera me permiten dar doscientos pasos fuera de casa, pensar en un viaje a Palma?, me preguntaba, sentado en mi sillón de hierro. Y alternativamente pensaba, sentado en mi sillón de hierro, en Taormina y el Timeo con Christina y su Fiat, y en Palma y el Meliá y las Cañellas con su palacio de tres pisos y su Mercedes, y de repente, sentado en mi sillón de hierro, me veía ya recorriendo las estrechas calles palmesanas. ¡Recorriendo!, exclamé en mi sillón de hierro llevándome las manos a la cabeza, cuando en el fondo ni siquiera estoy en condiciones de andar por la casa, por no hablar de recorrer Palma; semejante idea de un enfermo como yo no sólo raya en la megalomanía, sino que ha ido mucho más allá de esa raya, se había transformado realmente en locura y, de hecho, en una locura tal que, sencillamente, no quería quitárseme ya de la cabeza; en mi sillón de hierro no había podido cortar esa locura y ni siquiera lo había intentado, al contrario, en mi sillón de hierro la llevé hasta el punto en que, de forma totalmente natural, tuve que gritar la palabra *loco*, el Meliá o el Timeo, Christina o las Cañellas, el Fiat o el Mercedes, había tenido que pensar y especular todo el tiempo en mi sillón de hierro, refrescándome incluso con esa especulación ridícula, el Meliá con sus cientos y miles de yates ante las ventanas, el aspecto de gran ciudad de Palma, el Timeo con sus buganvillas que florecen junto a la ventana, la increíble brisa del mar en el Meliá, el antiquísimo cuarto de baño del Timeo, Christina o las Cañellas, las buganvillas o la brisa del mar, la catedral o el teatro griego, pensaba en mi sillón de hierro, los mallorquines o los sicilianos, el Etna o Pollença, Ramon Llull y Rubén Darío, o Pirandello. Finalmente me dije, en este instante y precisamente porque quiero empezar mi Mendelssohn Bartholdy, necesito *una atmósfera de gran ciudad*, más gente, más acontecimientos, más turbulencia, pensaba en mi sillón de hierro, no sólo una sola calle y ésa *empinada* y por consiguiente *cansada*, no sólo un café, sino muchas de esas calles (¡y plazas!) animadas y muchos de esos cafés y, en general, tanta gente a mi alrededor como sea posible, porque nada necesito más ahora que tener gente a mi alrededor; no es que quiera tener tratos con ella, ni siquiera quiero hablar con ella, pensaba en mi sillón de hierro, pero tengo que tenerla a mi alrededor y, por todas esas razones comprensibles, me decidí por Palma y en contra de Taormina, por las Cañellas además y en contra de Christina y, en conjunto, por un clima beneficioso precisamente para mi estado de una forma totalmente decisiva, por un clima estival, que podía esperar en Palma ya en enero, pero no en Taormina, en donde febrero es todavía invernal y por añadidura llueve la mayor parte del tiempo, y el Etna, pensaba en mi sillón de hierro, se ve en febrero sólo raras veces y, cuando se

ve, está cubierto de nieve de arriba abajo y me recuerda constantemente y de la forma más perniciosa los Alpes y, por consiguiente, Austria y mi casa, lo que, en definitiva, no puede hacer más que darme náuseas una y otra vez. Pero todo eso me pareció de repente sólo una especulación absurda de un enfermo excitado e instalado en su sillón de hierro, que en primer lugar sólo me entristeció más de lo que ya estaba y que, realmente, terminó con un abatimiento. Pero no había ya escapatoria, aunque, sentado aún en mi sillón de hierro, trataba de convencerme de si no bastaría quizá con visitar sencillamente a algún vecino. De forma que me levanté y me vestí y me fui a Niederkreut, que está muy cerca, adonde incluso yo, en mi lastimoso estado, puedo llegar y en donde hay un caserón de cuatrocientos años, húmedo y de mal aspecto, habitado por un ex oficial de caballería de la Primera Guerra Mundial que, como toda esa gente, se llama barón, por consiguiente, un tipo raro. No fui allí porque el hombre me interesara especialmente, sino porque era al que podía ver de la forma más rápida y más fácil, absolutamente una curiosidad humana, cuando lo visito me tomo una taza de té y dejo que me cuente historias de la Primera Guerra Mundial, de cómo lo hirieron en el Monte Cimone y cómo estuvo tres meses en el hospital de Trieste y luego recibió la medalla de oro al valor. En el fondo cuenta siempre la misma historia y esa historia siempre igual no me la cuenta sólo a mí sino a todos los que, sea cuando sea, lo visitan. Ese hombre tiene la ventaja de saber hacer un té excelente y de que, aunque es ya muy viejo, unos ochenta y cinco años, no tiene mal aliento, porque visitar a los viejos me da miedo sobre todo a causa de su mal aliento. En general, el hombre, aunque, como queda dicho, tiene unos ochenta y cinco años, no se abandona y tiene un aspecto muy agradable. Tiene un ama de llaves que lo cuida, a la que llama Muxi, nadie puede decir qué significa eso, y que, cuando se le visita, desaparece en la cocina. Aproximadamente cada media hora asoma la cabeza por la puerta y pregunta al viejo si quiere algo. No, Muxi, dice cada vez el viejo y, cuando ella vuelve a cerrar la puerta otra vez, se inclina hacia uno y dice: *¡es más tonta que un plato de habas!* Siempre es lo mismo. Fui a ver al viejo a Niederkreut por desesperación, tengo que decir, y sólo para apartarme de la idea absurda de marcharme y, por añadidura, de marcharme a Palma, lo que indudablemente era el más absurdo de mis pensamientos en mi situación, me aproveché sencillamente de él en mi situación espantosa, para abreviar, me venía muy bien para alejar a mi Palma. Cuando tiré del cordón de la campanilla, oí los pasos del ama de llaves, que me abrió. El señor estaba en casa. Entré. *Espero no molestar*, dije al entrar en su habitación, en la que el ama de llaves había encendido la calefacción de una forma confortable, sumamente agradable, y me irrité ya mientras hacía esa observación por haber hecho precisamente esa observación, que mi hermana me hace a mí y que me exaspera más que cualquier otra observación, porque esa observación es una de las observaciones más hipócritas que existen. El caballero se puso en pie, me estrechó la mano y se volvió a sentar conmigo. Precisamente me estoy haciendo un té, dijo. Tenía un libro en la mano. Es la hora de la lectura, dijo, un libro disparatado, algo sobre Marie-

Louise, me lo ha enviado mi hermana, pero lo encuentro muy insulso. ¡Qué cosas escribe la gente, no les importan ni pizca los hechos y, en realidad, cómo se imaginan ser competentes! Yo no tenía ninguna gana de empezar una conversación con el anciano en ese sentido, pero ya al sentarme, esperando una taza de té, observé cómo me alejaba de mi plan de viaje. Al fin y al cabo, las cosas no son aquí tan imposibles, me dije, contemplando los cuadros de las paredes. Ése es mi abuelo, mariscal de campo y general en jefe de todo el frente meridional adriático, dijo el anciano, pero sin duda lo he dicho ya cientos de veces, mientras el ama de llaves traía el agua y volvía a desaparecer. Al fin y al cabo, las guerras se hacen hoy de una forma muy distinta, dijo. Básicamente distinta. Todo es hoy distinto. Levantó la tapa de la tetera, revolvió y dijo: todo está sumamente trastornado. Esa expresión la utilizaba siempre, apenas se está con él, encuentra un pretexto para hacer la observación: *todo está sumamente trastornado*. Sólo quedan trece personas vivas que hayan recibido individualmente la medalla de oro al valor del Emperador, dijo. Sólo trece, figúrese. Al principio, dijo, había pensado en legar su propiedad a su hija que vivía en Inglaterra, pero había caído en la cuenta de que sería una tontería. Entonces había pensado en legar su propiedad a la Iglesia. Sin embargo, la Iglesia lo había decepcionado y quiso por ello hacer a la asistencia social su heredera. Pero también la asistencia social, dijo ahora, era algo innoble. No existe absolutamente ninguna institución a la que quiera dejar algo. Pero tampoco ninguna persona que yo conozca. Por ello decidí hacer que me enviaran una guía de teléfonos de Londres. ¿Y con qué fin, cree usted? Hizo una pausa, me sirvió y se sirvió té y dijo: la abrí por cualquier página, después comprobé que era la página doscientos tres y puse, desde luego con los ojos cerrados, el dedo índice de la mano derecha en un punto. Cuando abrí los ojos y miré bien, vi que la punta de mi dedo se apoyaba sobre el nombre *Sarah Slother*. Me da igual quién sea esa Sarah Slother, su dirección es Knightsbridge 128. A esa dirección, da lo mismo quién o qué se esconda tras ella, dejaré todo lo que tengo. Mi querido vecino, eso me proporciona la mayor de las satisfacciones. Por lo demás, he arreglado ya la parte jurídica de ese curioso asunto. Si lo pensamos bien, la verdad es que no podemos legar nada a *una sola persona que conozcamos*, dijo. Por lo menos yo no. Yo estaba totalmente fascinado por el anciano, no lo había creído capaz de hacer algo así. Pero él había dicho la verdad. Todo lo demás de esa tarde, que se prolongó entonces con el habitual parloteo del anciano hasta la noche, no fue ya nada frente a aquella declaración suya. Pero guarde silencio al respecto, me dijo, no le he dicho nada a nadie sobre ello. Y realmente no es una broma. Es usted la única persona de la que sé que guardará para sí lo que le he dicho. Me siento muy aliviado. Sea como fuere, dijo, usted sabe lo que recibirá esa Slother. Dios santo, dijo aún, qué insidioso soy, y evidentemente se complacía en esa insidia. Cuando me fui a casa, no sólo no estaba disuadido de mi plan de viaje, sino que de repente no me parecía ya en absoluto absurdo, al contrario, de pronto tenía la impresión de que no podía prestarme a mí mismo mejor servicio que el de marcharme tan pronto como

podiera y, naturalmente, a Palma. De repente tuve el pensamiento refrescante de que, en el último momento, me catapultaba fuera de mi cripta, en el último momento de todos, y pensé que, por mucho que la maldijera, otra vez había tenido mi hermana la idea acertada. De repente estaba completamente obsesionado por mi plan de viaje. También el anciano de Niederkreut me había abierto de repente los ojos, que tanto tiempo había tenido cerrados. Si había ido a verlo para que me apartara de mi plan de viaje, por el contrario me había vuelto medio loco precisamente por ese viaje. Tienes que irte de toda esta región, no reflexionar continuamente en cómo distraerte gracias a todas las gentes imaginables e inimaginables de la vecindad, etcétera, sino marcharte, irte, lo antes posible. Mi hermana, la maldita, había vuelto a tener buen olfato. De todas formas podía elegir también irme a Viena durante cierto tiempo, al fin y al cabo no tengo por qué vivir en el piso de mi hermana, me decía, puedo ir al *Elisabeth* o al *König von Ungarn*, pero, por mucho que pensara en Viena, Palma me dominaba por completo. Qué se me ha perdido en Viena, me preguntaba y, simplemente recordando los nombres de todos los que conozco en Viena, me espantaba, con pocas excepciones, y esas excepciones no contaban ya, a causa de alguna enfermedad o porque hacía tiempo que habían muerto. Al fin y al cabo, durante años había tenido a Paul Wittgenstein, el sobrino del filósofo, pero murió finalmente, tengo que decir, de la enfermedad que lo atormentó durante años, en fin de cuentas precisamente en el momento exacto en que Viena no significaba ya realmente nada para él. Durante decenios había recorrido Viena y Viena no tenía ya nada que ver con él. Nadie era tan inteligente como él, nadie tan poético, tan insobornable en todo. Ahora que lo he perdido, no se me ha perdido ya nada en Viena. He vivido en Viena ininterrumpidamente veinte años, probablemente mi época mejor y al mismo tiempo más hermosa, pero esa época es irrepetible, por comparación todo es hoy nada más que un pobre recuelo en el que me debería dar vergüenza colaborar. Viena es hoy una ciudad totalmente proletarizada, que sólo puede inspirar a un hombre honrado burla y escarnio y el más profundo desprecio. Lo que había en ella de grande o aunque sólo fuera de notable, en comparación con el resto del mundo, ha muerto hace tiempo, la bajeza y la tontería, y la charlatanería que hace causa común con esas dos, dominan la escena. Mi Viena ha sido echada a perder radicalmente por políticos insulsos y codiciosos, y no es ya reconocible. Algunos días soplan aún vientos de antes, pero sólo por breve tiempo, enseguida la escoria que en los últimos años se ha extendido por esta ciudad lo cubre todo otra vez. El arte en esta ciudad no es más que una farsa asquerosa, la música una tarareante cantilena, la literatura una pesadilla y de la filosofía no quiero siquiera hablar, para eso incluso a mí, que no soy de los más carentes de imaginación, me faltan las palabras. Durante mucho tiempo había pensado que Viena era mi ciudad, incluso que era mi hogar, pero ahora sin embargo tengo que decir que no me encuentro en mi casa en una cloaca que los seudosocialistas han llenado hasta los bordes con su basura. Además, mi interés por escuchar la música en la práctica no es ya el de antes, prefiero leer para mí solo



mis partituras, aunque ese placer sea enormemente costoso. Pero ¿qué ofrecen ya hoy esos conciertos de la Musikverein o de la Konzerthaus? Los grandiosos directores de orquesta de antes se han convertido en toscos domadores, ansiosos de sensacionalismo, y las orquestas, bajo esos domadores, se han vuelto imbéciles. Los museos los he visto todos y el teatro es el más polvoriento de toda Europa. El Burgtheater no es hoy otra cosa que una parodia insulsa, aunque involuntaria, del teatro en general, en el que falta todo lo que tiene algo que ver con el espíritu; provincialismo, farsa. Por no hablar de los otros teatros, cuyo diletantismo cotidiano es precisamente el adecuado para una sociedad nueva, totalmente insulsa. Y naturalmente me resultaría insoportable vivir bajo el mismo techo que mi hermana, al fin y al cabo eso se ha visto precisamente ahora cuando ella estuvo en Peiskam. Ella me haría, yo le haría un infierno, uno de los dos mataría al otro en el plazo más breve. Nunca hemos podido vivir bajo un mismo techo. Pero al fin y al cabo es muy posible que mi hermana haya pensado en mí y en mi porvenir, con la mejor intención, cuando me invitó a su casa, a su piso de Viena, lo que en fin de cuentas, sin embargo, no puedo creer, porque la conozco. Por otra parte, me decía, no soy suficientemente curioso para ir a Viena sólo para inspeccionar su nuevo piso, en el que probablemente habrá un objeto precioso tras otro y en absoluto *sin* gusto, al contrario, pero precisamente eso me pondría al rojo vivo. Mira, hermanito, ese jarrón es del Alto Egipto, oigo *cómo* lo dice y espera luego lo que tenga que decir yo al respecto, aunque sabe lo que diré al respecto. Somos hermanos inteligentes que, en cuatro decenios y medio, han podido desarrollar mucho y muy bien su inteligencia, cada uno a su modo, cada uno en su propia dirección, yo en la mía, ella en la suya, hasta hoy. A Viena no tendría que llevar más que mi bolsa de viaje, porque en mi trabajo no se puede ni pensar en Viena. En cualquier caso, no en casa de mi hermana. Pero tampoco cuando vivo en un hotel, porque Viena está en contra de mi trabajo, siempre ha estado en contra de mi trabajo, en Viena nunca he conseguido hacer un trabajo, he empezado muchos trabajos en Viena pero no he terminado ninguno, lo que cada vez me ha producido un horrible efecto de vergüenza. Una vez, hace veinticinco años, pude terminar de escribir algo sobre Webern pero lo quemé inmediatamente después de haberlo terminado, porque era un fracaso. Viena ha tenido siempre en mí un efecto paralizante, aunque nunca había querido reconocerlo, me paralizaba en todas y cada una de las cosas. Y las personas que he conocido en Viena me paralizaban también, prescindiendo de dos o tres excepciones. Pero mi amigo Paul Wittgenstein murió, de su locura, bien entendido, y mi amiga Joana, la pintora, se ahorcó. Quien va a Viena y se queda en Viena y deja pasar el momento en que tiene que desaparecer otra vez de Viena se convierte en víctima sin sentido de una ciudad que quita todo a todo el mundo y no da nada en absoluto; hay ciudades, como por ejemplo Londres o Madrid, que quitan también, pero no mucho, y lo dan casi todo, Viena lo coge todo y no da nada, ésa es la diferencia. Esa ciudad se obstina en chupar a los que caen en su trampa y los chupa hasta que caen muertos. Yo me había dado cuenta de ello pronto y

había evitado Viena en lo posible. Sólo para visitar de cuando en cuando en Viena a algunas personas entrañablemente queridas por mí he ido luego a Viena, después de esos años vieneses casi ininterrumpidos. Son los menos los que tienen fuerzas para volver la espalda a Viena suficientemente pronto, antes de que sea demasiado tarde, se quedan pegados a esa ciudad peligrosa, incluso venenosa y finalmente, cansados, se dejan aplastar por ella como por una serpiente tornasolada. Y cuántos genios han sido aplastados en esa ciudad por ella, no se pueden contar. Pero a aquellos que consiguieron volverle la espalda en el momento exacto les salió siempre bien todo o, por lo menos, casi todo, como muestra la Historia y no hace falta asegurar forzosamente otra vez. Si fuera ahora a Viena, me aburriría ante todo hasta sentir asco de mí mismo, pensé. Me destruiría por decirlo así, en el más breve plazo, lo poco que tengo aún. Por consiguiente, eliminé Viena. Por corto tiempo apareció también Venecia, pero la idea de tener que estar durante meses en ese montón de piedras sin duda magníficas pero sin embargo totalmente perversas, aunque fuera en el lugar más ideal, me estremeció. Venecia es sólo para unos días, como una anciana elegante, a la que *cada vez por última vez* se visita unos días, pero no más tiempo. Ahora estaba nada más que concentrado en Palma y ya en la misma noche en que volví de Niederkreut, donde el anciano me reveló sus últimas voluntades, que me fascinaron lo mismo que antes y, en el fondo, fueron lo que más me preocupó todo el tiempo, esa misma noche comencé a pensar en qué metería en mis dos maletas que, entretanto, había subido al primer piso para dejarlas las dos totalmente abiertas sobre la cómoda de mi dormitorio. Ante todo, siempre pensando en llevar sólo lo más necesario, mi antiguo principio en materia de viajes, metí trajes, ropa blanca y zapatos. Sólo dos chaquetas, sólo dos pantalones, sólo dos pares de zapatos, me decía reuniendo lo correspondiente, y mientras tanto pensaba continuamente que debían ser chaquetas y pantalones de verano, zapatos de verano, porque en enero en Palma es ya verano, hace un tiempo más o menos veraniego, según me corregí. Todos cometen siempre el error de llevar consigo de viaje demasiada ropa y tienen que arrastrarla casi a morir y al final se ponen siempre sólo lo mismo en el lugar que sea, si son un poco razonables. Ahora, sin embargo, viajo desde hace ya más de tres decenios por mi propia iniciativa y, sin embargo, una y otra vez, me llevo siempre en el último momento demasiadas cosas, y en este viaje, que posiblemente y con probabilidad rayana en la seguridad será el último, según pensaba, no me llevaré demasiadas cosas, por lo menos tenía ese propósito. Pero ya ante la pregunta de si, además de los pantalones gris oscuro me llevaría unos marrón oscuro o unos negros, me sentía en un dilema. Al final puse sin embargo en la maleta unos marrón oscuro y unos negros. En cambio, en lo que a las chaquetas se refiere, no tenía dudas de que serían una gris y una marrón. Si resultara que en Palma necesitaba lo que se llama un traje oscuro, al fin y al cabo podría comprarme ese traje oscuro, por decirlo así un traje elegante, aunque estaba seguro de que no tendría ninguna oportunidad de vestir uno de esos, así llamados, trajes elegantes. A donde se exige ese, así llamado, traje elegante

oscuro, al fin y al cabo no voy. Y quién sabe si iré siquiera a casa de los Cañellas en mi estado, pensé. Conozco las posibilidades y las imposibilidades de naturaleza social en Palma y sus alrededores, en la isla. ¡Probablemente amo la isla precisamente porque está llena de ancianos y enfermos! Pasaré la mayor parte del tiempo en el hotel y escribiré mi trabajo. Hacer la segunda maleta no fue, como es natural, tan fácil como hacer la primera, porque hubiera necesitado una maleta dos veces más grande para meter todo lo que me parece absolutamente necesario para mi trabajo. Finalmente construí ante mí, en la mesa de la ventana, dos torres de libros y escritos sobre Mendelssohn Bartholdy: la primera se formó con los libros y escritos y otros documentos absolutamente necesarios, la otra con los *no* absolutamente necesarios, y finalmente tuve realmente ante mí sobre la mesa, uno al lado de otro, dos montones aproximadamente de igual altura. Metí los libros y escritos y otros documentos absolutamente necesarios en la segunda maleta y luego tuve sitio aún para algunos no absolutamente necesarios, con los que llené la maleta de tal forma que casi no se podía cerrar ya. Finalmente, después de haber metido también en ella mis trastos de aseo, pude encajar aún tres libros sobre Mendelssohn Bartholdy en mi maleta de ropa. Todo eso el mismo día que siguió al día en que mi hermana se marchó y realmente no volvió ya. Después de haber hecho las maletas, estaba totalmente agotado. Entretanto me había llamado el hombre de la agencia de viajes al que había llamado yo unas horas antes para saber si había todavía plaza en el avión, y me dijo que todo estaba arreglado. Incluso, después de cerrar la oficina, me enviaría mis papeles de viaje a Peiskam, me había dicho. Mi partida de Múnich a Palma estaba prevista para el día siguiente por la noche, y por consiguiente podía confiar en tener un viaje relativamente agradable. Como siempre, me había decidido a hacer ese viaje en un momento. Para las primeras horas de la mañana había llamado a la señora Kienesberger, a fin de hablar con ella de lo que ocurriría durante mi ausencia, y luego quería ir aún a Wels a ver a mi internista. Opine lo que opine él ahora, me marcharé de todas formas, me dije. Ahora, gracias a mi decisión de hacer el viaje, no me sentía tan mal como sólo la víspera, como sólo por la mañana. De todas formas por la noche, precisamente cuando, bastante tranquilizado ya por el aspecto de mis dos maletas bien cerradas, veía ya ante mí, sentado en el sillón junto a mi cama, los contornos de Palma, me llamaron de la agencia de viajes para decirme que no podría viajar hasta dos días después, así habían ocurrido las cosas. De momento no me pareció mal. Me hice el decepcionado, pero en el fondo estaba contento de aquel aplazamiento. Tu velocidad asesina ha recibido un frenazo, eso está bien, pensé. Pero hay que esperar, pensé al mismo tiempo, que entretanto, hasta dentro de dos días, no abandone mi plan ahora tan entrañablemente querido y me atenga a él, es de esperar. Me conozco demasiado bien para no saber qué voluble puedo ser y, dentro de dos días, todo puede ser totalmente distinto y haber cambiado por completo y, posiblemente, unas cuantas veces en dos días *en todo y por completo*. Pero estaba seguro de que Palma era lo acertado. Ahora puedes ir tranquilamente a tu internista,

tranquilamente al banco, tranquilamente terminar aquí. Era como si hubiera acabado una pesadilla. Cuando llamé a mi hermana y le dije: pasado mañana estaré en Palma, me he decidido fulminantemente, ella me dijo: bueno, ya ves, hermanito mío. Eso es lo más sensato, que te vayas a Palma. La segunda parte de su frase había tenido por consecuencia inmediata, otra vez, mi irritación, porque me lo había dicho en un tono de burla, pero no reaccioné y me despedí de mi hermana bastante rápidamente, no sin decirle que, en cuanto llegara a Palma y estuviera en el hotel, se lo comunicaría. Siento curiosidad por saber qué pasará con tu Mendelssohn Bartholdy, me dijo aún y, como es natural, sin que pudiera esperar de mí una respuesta. Por otra parte se despidió de mí con una observación muy simple, concretamente la de que me cuidara, lo que otra vez me conmovió. Sin embargo, yo no quería dejar que se produjera ningún sentimentalismo y sofoqué un sollozo convulsivo cuando colgué el auricular. Qué frágiles somos, pensé, todos nos llenamos la boca de palabras rimbombantes e insistimos diaria y continuamente en nuestro temple y nuestra inteligencia y, en un momento, perdemos el equilibrio y tenemos que sofocar un sollozo. Naturalmente, como siempre que he estado en el extranjero, llamaré a mi hermana todas las semanas, y a la inversa, estoy seguro de que también ella me llamará todas las semanas. Siempre lo hemos hecho así. Si estás en el Meliá, ya lo conoces, me dijo aún. Naturalmente, respondí yo. Por magnífica que fuera la perspectiva de estar ya en Palma dos días después, el miedo a lo que en verdad y en realidad me esperaba en Palma, y que al fin y al cabo yo no podía saber, era sin embargo grandísimo. No, quien emprende un viaje y se dirige una y otra vez allí donde, según cree, todo le resulta ya totalmente conocido y familiar, no puede tener ninguna seguridad; si tengo suerte, pensé, me darán mi habitación. Si tengo suerte, superaré los primeros días, en lo que a mi enfermedad se refiere, peligrosos. Si tengo suerte, podré empezar mi trabajo al cabo de pocos días. Siempre, cuando he hecho las maletas y todo está decidido antes de un viaje y, en el fondo, no puedo ya volverme atrás, he tenido miedo de sacar todas las consecuencias que se derivan de un viaje así. Entonces preferiría volver a anularlo todo. Entonces comprendo que Peiskam no es en absoluto tan horrible como me lo he imaginado durante meses, que es una casa magnífica, cómoda, con todas las ventajas imaginables, y no tiene nada, pero absolutamente nada, de cripta. Entonces amo todas sus habitaciones, todos sus cuartos, todos sus muebles de una forma especialmente insistente y recorro la casa entera, tocando con amor cada objeto. Entonces me siento agotado en mi sillón, en mi alcoba, y me pregunto si vale la pena marcharse, realizar ese monstruoso esfuerzo. Pero tengo que irme, me decía. Precisamente porque quizá sea la última vez, tengo que irme. No puedo renunciar ahora y ponerme en ridículo, sobre todo ante mí mismo, convertirme ante mí mismo en bufón. Lo hablas todo con la Kienesberger y vas al internista y coges todos los medicamentos necesarios y los guardas en la maleta y desapareces. Vuelves la espalda a esta casa y a todo lo que hay en ella y que sin embargo, como sabes muy bien, amenazaba aplastarte y asfixiarte en los últimos meses. Dejas atrás,

sin emoción, lo que te ha llevado despiadadamente al límite de tu existencia. En ese instante, me avergoncé de los sentimientos que acababa de tener por mi casa, y que inmediatamente después, sin embargo, sólo podía calificar otra vez de diabólicos. El sentimentalismo hacia mí mismo me repelió enseguida otra vez. Si no hubiera sido de decisiones rápidas en todas las cosas durante toda mi vida, como me consta, desde el principio, como me consta también, me habría quedado como paralizado en un mismo y único lugar y habría degenerado, y por eso he podido siempre sorprenderme a mí mismo, tanto si se trataba de viajes como de trabajos o de cualquier otra cosa imaginable, tenía que utilizar siempre ese efecto de sorpresa. Durante mi visita al anciano de Niederkreut había pensado aún en *no* hacer el viaje a Palma y en que quizá sería posible, mediante visitas realizadas regularmente con intervalos de unos días al anciano de Niederkreut y a otros ancianos o también jóvenes, disciplinarme de forma que, *sin* marcharme, pudiera empezar mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy. Pero, después de haber contado el anciano la historia del anuario telefónico de Londres y de su testamento con él relacionado, me resultó evidente que tenía que marcharme. *Sarah Slother*, eso se queda grabado, sin duda alguna. Pero aquella historia de Sarah Slother había sido absolutamente el punto culminante de aquel invierno austríaco todavía interminable y, en mis otras visitas, sólo me hubiera sentido profundamente decepcionado. Y lo que los otros vecinos pueden ofrecerme, lo sé, no basta para ayudarme a levantarme y, por consiguiente, para mi trabajo. Aquella historia del anciano sobre su Slother había sido sólo el momento desencadenante para decidirme inmediatamente por el viaje a Palma, que real y probablemente había sido previsto ya desde hacía tiempo por mi hermana, según pensaba yo ahora. Realmente vino a Peiskam para llevarme primero a la idea y finalmente al hecho de viajar a Palma, con seguridad, tenía que decirme ahora, no sólo con el fin de divertirse y tiranizarme, como había creído yo todo el tiempo, sino de salvarme. Había conseguido su objetivo. Mi solícita hermana mayor. En aquel instante, me desprecié. Otra vez había sido el débil. Una y otra vez desempeñaba, aunque me resistiera a ello, mi papel. Lo mismo que ella el suyo. Mientras que ella ha hecho hace tiempo su entrada en escena en Viena, yo espero mi entrada en escena en Palma. Realmente todo en nosotros era también teatral, era la horrible realidad, pero teatral. Sentado en mi sillón, observando la irresistible decadencia de mis muebles, lo mismo que de toda la habitación, pensaba con un estremecimiento en tener que pasar aquí en Peiskam el invierno, muy largo y que, como me consta, se prolonga hasta mayo como hasta la eternidad, confiado a la por mí llamada ayuda de la vecindad, al anciano de Niederkreut, por ejemplo, al ministro y a sus iguales y así sucesivamente. Por medio de todas esas gentes desde hace ya muchos años rancias y embrutecidas y al fin y al cabo ya, desde hace años, insoportables, tener que chapucearme un camino, como decimos nosotros, a través de los húmedos y fríos meses de niebla. Ese pensamiento me cubría la mente como un sudario. Tener que ponerme a merced de todas esas gentes y al mismo tiempo, sin embargo, estar solo conmigo y con mi

Peiskam, de repente otra vez taimado hasta en sus últimos rincones. Tener que seguir asqueándome de un desayuno hecho por mí mismo a otro desayuno, de una cena hecha por mí mismo a otra cena, de una decepción meteorológica a otra decepción. Tener que leer diariamente los periódicos y su porquería política local, su obtusa suciedad política y económica y ensayística. No poder sustraerme a esos periódicos y a sus asquerosos productos, porque, por otra parte, tengo que devorar diariamente con gran ansia esa suciedad de los periódicos, como si padeciera francamente una perversa gula periodística. No poder sustraerme en absoluto, aunque tenga la voluntad para ello, realmente la voluntad de *sobrevivir*, a todas esas suciedades públicas y publicadas, porque no puedo sustraerme a esa gula de ellas, a todas esas perversas historias de terror de la Ballhausplatz, donde un Canciller que se ha convertido en un peligro público da a sus idiotas de Ministros órdenes que son igualmente un peligro público. Todas esas noticias parlamentarias que ponen los pelos de punta, que diariamente me cacofonizan los oídos y ensucian mi inteligencia, y que están envueltas en la hipocresía cristiana. Tenemos que hacer las maletas tan deprisa como podamos y marcharnos, y dejar atrás este caos, me dije, observando las grietas de los muros y de los muebles y comprobando que las ventanas estaban tan sucias que ni siquiera podía ver ya a través de ellas. ¿Qué hace la Kienesberger?, me pregunté. Al mismo tiempo tuve que decirme que siempre esperamos demasiado de todo, todo nos parece hecho demasiado poco a fondo, todo nos parece nada más que imperfecto, todo sólo tentativa, nada perfección. Mi enfermiza manía perfeccionista se había manifestado una vez más. El hecho de que siempre exijamos lo más alto, lo más profundo, lo más fundamental, lo más extraordinario, donde al fin y al cabo sólo puede comprobarse siempre lo más bajo y lo más superficial y lo más corriente, es algo que pone realmente enfermo. No hace avanzar al ser humano, lo mata. Vemos la decadencia donde esperábamos el progreso, vemos la falta de esperanza donde tenemos la esperanza, ése es nuestro error, nuestra desgracia. Siempre lo exigimos todo donde, como es natural, sólo puede exigirse poco, eso nos deprime. Queremos ver a ese ser humano en la cumbre y él fracasa ya en los bajos fondos, queremos realmente conseguirlo todo y no conseguimos realmente nada. Y, como es natural, nos fijamos a nosotros mismos las más altas y las más altísimas pretensiones y, al hacerlo, olvidamos totalmente la naturaleza humana, que al fin y al cabo no está hecha para esas pretensiones más altas y más altísimas. El espíritu del siglo sobrestima, por decirlo así, al del hombre. Y al fin y al cabo fracasamos siempre también porque hemos colocado el listón unos cientos por ciento más alto de lo que nos corresponde. Y vemos, cuando miramos, por todas partes y adondequiera que dirijamos la vista, sólo fracasados, que pusieron su listón demasiado alto. Pero por otra parte, pienso, ¿adónde llegaríamos si pusiéramos el listón continuamente demasiado bajo? Contemplé mis maletas, por decirlo así la intelectual y la no intelectual, desde mi sillón, y al instante, si hubiera tenido en ese momento las fuerzas, hubiera podido estallar en una estruendosa carcajada sobre mí mismo o, muy

al contrario, en lágrimas. Otra vez más, estaba preso en mi propia comedia. Había dado un golpe de timón y otra vez sólo podía reír, o llorar, según, pero como no quería ni reír ni llorar, me puse de pie y comprobé si había guardado en el equipaje también los medicamentos debidos, los había metido en mi bolsa de medicamentos de lunares rojos, si había guardado suficiente Prednisolon y Sandolanid y Aldactone-Saltucin, abrí la bolsa de medicamentos y miré en ella y la volqué sobre la mesa de la ventana. Según mis cálculos, esa cantidad debe bastarme para unos cuatro meses, me dije, y volví a meter los medicamentos en la bolsa. Nos asquea la química, me dije, a media voz, como me he acostumbrado a hacer a causa de estar mucho solo, pero al fin y al cabo debemos a esa química, que odiamos más que cualquier otra cosa en el mundo, nuestra vida, nuestra existencia, sin esa maldita química nos habrían arrojado ya desde hace decenios al cementerio o a donde fuera, en cualquier caso no estaríamos ya en este mundo. Después de que a los cirujanos no les queda ya nada que cortarme, dependo completamente de esos medicamentos, y cada día doy las gracias a Suiza y a sus industrias del lago Lemán de que existan y, gracias a ellas, yo, lo mismo que probablemente millones de personas, deben cada día su vida y su existencia, por miserable que sea, a esas gentes, hoy denigradas por todos más que cualesquiera otras, de las cajas de cristal de las proximidades de Vevey y Montreux. Como casi toda la humanidad está hoy enferma y depende de medicamentos, haría bien en pensar que, en la más alta medida, depende al fin y al cabo exclusivamente de esa química que tanto condena. Desde hace tres decenios por lo menos no existiría yo, y no hubiera visto ni vivido todo lo que en estos treinta años he visto y vivido, y en el fondo me aferro a todo eso que he visto y vivido con todo mi corazón y con toda mi alma. Pero el hombre está hecho precisamente de tal modo que lo que más maldice es lo que lo mantiene y, en general, lo mantiene con vida. Devora las pastillas que lo salvan y desfila a cada instante, con estúpido impulso condenatorio, por las grandes ciudades, hoy degeneradas, para manifestarse precisamente en contra de esas pastillas que lo salvan; actúa continuamente, y como es natural instigado continuamente a ello por los políticos y su prensa, de forma vociferante y en cualquier caso sin pararse siquiera a pensar, en contra de los que lo mantienen vivo. Yo mismo se lo debo todo a la química, por decirlo con una sola frase, desde hace treinta años. Después de esa comprobación, guardé mi bolsa de medicamentos, y por cierto, en la llamada maleta intelectual, no en la maleta de la ropa. Hace tres días no hubiera pensado lo más mínimo, pensé volviendo a sentarme en el sillón, en dejar Peiskam, lo odiaba y amenazaba con aplastarme y asfixiarme, pero la idea de marcharme sencillamente no se planteaba, quizá precisamente porque mi hermana hacía siempre sus insinuaciones en ese sentido, es decir, el de dejar Peiskam tan rápidamente como fuera posible. Una y otra vez citaba nombres de ciudades, ahora lo comprendo, sólo para excitarme, la palabra *Adriático*, la palabra *Mediterráneo*, con tanta frecuencia la palabra *Roma* y las palabras *Sicilia* y, finalmente, también varias veces *Palma*, lo que sin embargo sólo me había hecho pensar más intensamente en

comenzar mi trabajo en Peiskam; no hace más que hablar y hablar, había pensado yo, y no se marcha, debería, bien lo sabe Dios, marcharse a donde fuera, por mí al Pacífico meridional, pero tan pronto como sea posible y para mucho tiempo, porque me había atacado ya los nervios y me preguntaba qué buscaba ella realmente en Peiskam, al que denigraba a cada instante, calificaba siempre de *la cripta*, de su desgracia y la mía, y que habría preferido, si yo hubiera estado dispuesto a ello, malvender; las casas paternas son mortíferas, decía, toda herencia paterna es mortífera, y quien tenga fuerzas para ello debe rechazar esas herencias de casas paternas y herencias paternas tan rápidamente como pueda, y librarse de ellas, porque sólo serán para él una soga al cuello y, en todo caso, le impedirán desarrollarse. Eso te gustaría, obtener provecho hasta de Peiskam, había dicho yo, sin herirle siquiera, lo que me asombró. Ahora pienso que probablemente ella se había dedicado a mí realmente por completo, para venir en mi ayuda, esa mujer horrible, como la calificaba siempre en mi interior cuando tenía oportunidad de ello. Hace ya año y medio que no sales de Peiskam, me dijo varias veces. Yo estaba furioso, porque ella no cejaba, tratando de sacarme de Peiskam. A nadie le gusta viajar tanto como a ti, ¡y ahora estás metido desde hace año y medio aquí, consumiéndote! Lo dijo con mucha calma, como un médico, pienso ahora. Aquí no podrás comenzar jamás tu Mendelssohn Bartholdy, eso te lo garantizo. Estás condenado a la improductividad. Por una parte Peiskam es una cripta, por otra, una prisión que continuamente amenaza tu vida, me dijo. Y realmente me habló entonces de repente largo rato del Timeo con entusiasmo, en donde estuvo una vez conmigo hace quince años, ¿no ves aquellas buganvillas?, me dijo. Pero todo lo que me decía me resultaba molesto. No hacía más que hablarme y hablarme sin pensar en marcharse. Hasta que, sin embargo, le resultó demasiado tonto, porque tuvo que comprender que no se me podía convencer para que me marchase otra vez de Peiskam para salvarme, y se fue. Pero ahora se había salido con la suya, ahora había seguido yo su idea, había reunido de repente todas mis fuerzas, me iré realmente, pensé. Pero para llegar a esa decisión y a ese resultado, es decir, Palma, *ella* tenía que haberse marchado antes. Ahora yo me comportaba con ella como si ir a Palma fuera ocurrencia mía, invención mía, decisión mía. Con ello no sólo le mentía a ella, lo que como es natural no era posible, porque ella leía en mi interior, sino también, sobre todo, a mí mismo. Tú eres y sigues siendo el loco, pensé. El día de la partida hacía doce grados bajo cero todavía a las ocho de la mañana. El día anterior había estado en casa la Kienesberger y yo había hablado con ella de todo lo necesario, sobre todo de que no dejara enfriarse la casa, tres veces por semana, aunque no excesivamente, debía encender la calefacción como era debido, le había dicho, porque nada hay más horrible que volver a una casa totalmente vieja y fría y al fin y al cabo yo no sabía cuándo volvería, pensaba que dentro de tres meses, de dos meses, de cuatro meses, y le dije a la Kienesberger dentro de tres o cuatro semanas y le encargué que limpiara por fin las ventanas, cuando hubiera cedido el frío, sacara brillo a los muebles, lavase la ropa blanca,



etcétera, y sobre todo le pedí que limpiara el patio y, si caía nieve, la quitase a ser posible inmediatamente, para que la gente creyera que yo estaba allí y no fuera, por esa razón había instalado también en la habitación del oeste de arriba lo que se llama un mecanismo de relojería en una lámpara, que da luz varias horas por la noche y por la mañana, eso lo dejo en marcha siempre cuando me voy de viaje; le dije tantas cosas a la Kienesberger que, de pronto, tuve horror de mí mismo, porque, aunque en realidad me había interrumpido ya, tenía todavía en los oídos mi propia y espantosa verborrea sobre cómo había que planchar y colocar las camisas y amontonar el correo que el cartero arroja por la ventana siempre abierta del lado de levante, a la llamada habitación de la prensa del maestro, cómo tenía que sacar brillo a las escaleras, cómo tenía que sacudir las alfombras, cómo tenía que quitar las telas de araña por todas partes detrás de las cortinas y en sus profundidades, etcétera. Que no tenía que decir a los vecinos adónde había ido yo, eso no le interesaba a nadie, que posiblemente regresaría mañana, en cualquier caso mi vuelta era posible a cada instante, que tenía que deshacer las camas y airear los colchones y volver a poner sábanas limpias, etcétera. Y que nunca y por ningún concepto debía tocar nada en mi escritorio, pero eso se lo había dicho ya mil veces y siempre había respetado estrictamente esa orden mía. En el fondo, la Kienesberger es, desde hace decenios, la única persona con la que hablo, me digo, aunque también eso es realmente una exageración desmesurada y hay que refutarlo inmediatamente, pero tengo la sensación de que es la única con la que durante un tiempo bastante largo, incluso larguísimo, muy a menudo, sin exagerar, de meses, tengo contacto verbal abundante. Vive con un marido sordomudo (!) en una casita de una sola planta en el lindero del bosque, no lejos del pueblo, y sólo tiene que andar diez minutos para llegar a mi casa. Ella misma tiene dificultades de habla, y eso es una garantía de que no chismorrearé demasiado, pero no es por naturaleza chismosa, hace catorce años que viene a mi casa y en esos catorce años no ha habido ninguna discordancia entre ella y yo, todo el mundo sabe lo que eso significa. Y a menudo pienso que, al fin y al cabo, sólo tengo a esa persona de confianza, por lo demás a nadie. Y quizá ella lo presiente o lo sabe también. Al fin y al cabo, no es que le dé continuamente órdenes y normas de comportamiento, al contrario, muy rara vez quiero algo y la mayor parte del tiempo la dejo totalmente tranquila y si, porque no es posible de otro modo, hace ruido al trabajar, me marcho de la casa unas horas o me retiro durante ese tiempo sencillamente al llamado pabellón de caza. Una catástrofe, pienso, si un día la Kienesberger deja de venir, por la razón que sea, y a cada instante puede presentarse de repente una razón para ello; pero probablemente ella sabe tan bien como yo lo que tiene en mí y a la inversa, y ésa es la relación más conveniente, cuando cada uno puede decirse que obtiene tanto como el otro que lo necesita. Tiene tres hijos y a veces me cuenta, de pie en el vestíbulo, la historia de sus vidas, cómo se desarrolla su prole, qué enfermedades tienen, qué torturas tienen que soportar en el colegio, qué se ponen para ir en trineo y cuándo se duermen y se despiertan otra vez y qué les da de comer los martes y qué

los sábados, y cómo reaccionan ante todas y cada una de las cosas, las madres, tengo que decirme cada vez en esas ocasiones, observan a sus hijos penetrantemente, cuando son madres como la Kienesberger, y no los miman demasiado ni demasiado poco, ella educa a sus hijos al no pensar siquiera en esa educación de sus hijos, practica de una forma ideal lo que otros tienen que idear primero en su fanatismo especulativo y no fracasa donde los otros tienen que fracasar. En contraposición a todas mis anteriores encargadas de la casa, que no eran otra cosa que torpes maritornes, su forma de ser es de lo más cuidadosa. ¿Dónde se encuentra aún algo así?, me pregunto. Mirando por la ventana, tengo que decidirme a ponerme en el viaje mi abrigo de piel, ropa interior de abrigo y medias de lana, porque nadie se enfría tan fácilmente y cae gravemente enfermo enseguida como yo. Desde que se manifestó mi *morbus boeck*, no puedo permitirme ningún enfriamiento, aunque todos los años me enfrío gravemente tres o cuatro veces y estoy siempre por ello a punto de perecer. A causa del Prednisolon, mis resistencias son nulas. Si me enfrío, hacen falta muchas semanas para que me reponga de un enfriamiento así. Por eso no temo a nada tanto como a un enfriamiento. Y una pequeña corriente de aire basta para hacerme guardar cama durante semanas, por eso vivo al fin y al cabo en Peiskam, la mayor parte del tiempo, con miedo de enfriarme, y ese miedo de enfriarme, que raya en la locura, es probablemente también la causa de que me cueste tanto comenzar cualquier trabajo intelectual bastante largo; cuando tantos miedos se concentran de repente en una persona, para esa persona todo está continuamente por completo a punto de quebrarse. Me pongo el abrigo de piel y la ropa interior de más abrigo y las medias de más abrigo, porque tengo que ir a la estación y en Múnich de la estación al aeropuerto, y quién sabe, me dije, qué tiempo hará en Palma; cuando hace año y medio, en noviembre, volví en avión de Palma, había una tormenta de nieve y me congelé totalmente y a mi regreso estuve en Peiskam dos meses en la cama, y el efecto de ir a Palma para reponerme quedó de golpe nulo de pleno derecho a causa de ese enfriamiento; en lugar de volver más fresco y más fuerte, como deseaba y como había tenido también que suponer, volví a Peiskam enfermo de muerte y la gente que me vio entonces no me reconocía, por desgracia no me reconocía en el sentido más triste, no en el de que tuviera mucho mejor aspecto y estuviera mejor que al marcharme a Palma. El abrigo de piel y el gorro de piel y la abrigada bufanda inglesa, me dije. ¡Doce grados bajo cero!, estaba asustado. Pero si luego se produce el contraste deseado, me dije, si en Palma no hace como aquí doce grados bajo cero sino doce grados sobre cero o incluso mucho más, quizá hasta dieciocho o incluso veinte grados, como es muy posible en Palma en esta estación del año, a finales de enero, mi provecho será tanto mayor; intencionadamente no dije alegría, como es corriente en esas ocasiones, sino provecho, para contener un tanto la exuberancia de mis deseos. Entonces, con dieciocho o veinte grados, obtendré mi provecho de Palma, me dije, incluso con el tono exacto de mi hermana, que pronuncia esa palabra de provecho de forma tan incomparable, yo había aproximado mi tono casi al suyo, cuando dije la

palabra provecho en relación con la temperatura de Palma, me pareció como si la hubiera pronunciado ella en relación con sus negocios. ¡Ay, eso da otra vez un provecho razonable!, dice efectivamente muy a menudo y, por lo demás, se calla la cuantía real y, en general, la forma en que acaba de obtener otra vez precisamente un provecho. Y si en Palma, de pronto, hace demasiado calor, me dije, llevaré el abrigo de piel al brazo, en viajar sólo con el abrigo de *loden*, como había tenido la intención, no hay ya que pensar. Y colgué el abrigo de *loden*, que había sacado del armario el día anterior, otra vez en el armario, y saqué mi abrigo de piel. Cuántos abrigos de piel he tenido, pensé en esa ocasión, pero todos esos abrigos de piel los he regalado poco a poco, me he deshecho de ellos con violencia, me digo, porque con cada uno de esos abrigos de piel estaba relacionada alguna ciudad visitada por mí, porque uno lo compré en Varsovia, otro en Cracovia, un tercero en Split, un cuarto en Trieste, siempre precisamente allí donde, de repente, había tenido frío de forma imprevista y donde he creído que me pondría enfermo o incluso que sin abrigo de piel me congelaría. Regalé una gran parte de esos abrigos a la Kienesberger. Sólo me quedé con el abrigo de piel que me compré en Fiume hace veintidós años, mi abrigo de piel favorito. Lo sacudí y lo puse sobre la cómoda. Cuánto tiempo hace que no llevo este abrigo de piel, pensé. No era tan costoso como los otros que regalé, es pesado, pero es mi abrigo de piel favorito. Desde hace decenios está en el armario, y así huele también, me dije. Amamos prendas de ropa muy determinadas y nos separamos de ellas cuando casi se nos caen del cuerpo, de rotas y raídas que están, porque esas prendas de ropa nos recuerdan algún viaje y algún viaje especialmente hermoso y alguna experiencia especialmente hermosa. Por eso podría, efectivamente, de todas las prendas de ropa que aún tengo, que en su mayoría las he rechazado, regalado, quemado, como siempre, contar una historia, en realidad siempre sólo una hermosa historia. De las prendas de ropa que estaban relacionadas con una experiencia triste o incluso espantosa no tengo ya ninguna, me separé de ellas tan rápidamente como pude porque no soportaba abrir el armario y, por ejemplo, que una bufanda, aunque costosa, me recordara algún horror. Desde hace tiempo sólo guardo prendas de ropa que me recuerdan algo satisfactorio, por lo menos algo agradable, pero tengo no pocas que me recuerdan un sentimiento de felicidad muy alto y que al verlas significan para mí realmente, todavía después de años, incluso después de decenios, tengo que decirme, la más grande felicidad. Pero sobre eso se podría escribir realmente un libro entero. Cuando perdemos a un ser querido, conservamos siempre alguna de sus prendas de ropa, por lo menos mientras podemos percibir todavía en ella el olor de la persona perdida y realmente hasta nuestra muerte, porque creemos todavía que ese vestido nos trae su olor, aunque desde hace tiempo no sea más que imaginación. Por eso he conservado siempre un abrigo de mi madre, pero nunca he revelado ese secreto, a nadie, tampoco a mi hermana. Ella sólo se hubiera burlado de ese hecho. El abrigo de mi madre cuelga en un armario por lo demás vacío y cerrado por mí con llave. Pero no pasa semana sin que abra el armario y huela el abrigo. Me

puse mi abrigo de piel y comprobé que me sentaba bien. *Todavía* me sentaba bien, tuve que decirme, después de haberme visto en el espejo con él, porque en los últimos años, según me parecía, había adelgazado quedándome al menos en la mitad. El *morbus boeck* que se había manifestado nuevamente, los enfriamientos que se repetían todos los años, el estado de debilidad general y permanente que resultaba de ellos y luego, una y otra vez, el mismo ritmo de hinchamiento a causa del demasiado Prednisolon y de adelgazamiento a causa, una y otra vez, de la necesaria disminución e incluso supresión del Prednisolon. Ahora acababa precisamente de adelgazar y sólo esperaba volver a hincharme, porque hacía dos semanas había empezado otra vez con grandes dosis de Prednisolon, ahora tomaba ocho tabletas diarias. Que ese método de sobrevivir no podría soportarlo ya mucho tiempo me resultaba claro. Pero reprimía ese pensamiento, lo reprimía aunque estuviera ahí ininterrumpidamente, lo reprimía ininterrumpidamente porque estaba ininterrumpidamente ahí. Me he acostumbrado a ello. Naturalmente, el abrigo de piel se ha pasado de moda, pensé delante del espejo, pero precisamente me resultaba agradable que se hubiera pasado de moda, por otra parte, la verdad es que nunca he llevado trajes de moda, los aborrecía desde el principio y los sigo aborreciendo todavía hoy. Tiene que darme calor, me decía, qué aspecto tiene es, en el fondo, totalmente indiferente, tiene que cumplir su finalidad y todo lo demás es indiferente. No, nunca había llevado encima nada de moda, lo mismo que tampoco había tenido nunca nada de moda en la cabeza. Por eso la gente prefería decir de mí, está pasado de moda que está a la moda, o incluso es *moderno*, esa palabra repulsiva. Al fin y al cabo siempre me había preocupado poquísimamente la opinión pública, porque siempre tenía que ocuparme de la forma más fatigosa de la mía propia y, por consiguiente, no tenía tiempo para la opinión pública, no la aceptaba ni la acepto todavía hoy y nunca la aceptaré. Me interesa lo que dice la gente, pero, antes que nada, no hay que tomárselo en absoluto en serio. Así es como mejor me va. Ya me veo en Palma bajando del avión y con el cálido viento africano en la cara, me dije. Y me echo el abrigo de piel por los hombros y de repente siento otra vez las piernas ligeras, una inteligencia clara, etcétera, y no esta falta de esperanza que me destroza en la mente y en todo el cuerpo. Naturalmente, es posible también que todo resulte un engaño infame. ¡Cuántas veces me ha pasado! Me he marchado de viaje para meses y, al cabo de dos días, he vuelto otra vez, cuanto más equipaje me he llevado tanto más deprisa he vuelto a estar en casa, si me llevaba equipaje por lo menos para dos meses, estaba otra vez en casa a los dos días y así sucesivamente. Y me he puesto en ridículo sobre todo ante la Kienesberger, a la que había dicho que era para meses y fueron sólo dos días, a la que dije para medio año y fueron sólo tres semanas. Entonces me avergonzaba y durante días enteros iba sólo de un lado a otro de Peiskam con la cabeza gacha, pero sólo me avergonzaba delante de la Kienesberger y de nadie más, porque, entretanto, todos los demás me resultan más indiferentes que indiferentes. Entonces no tenía ninguna explicación, porque la palabra *desesperación* hubiera sido tan ridícula como la palabra *loco*. Con eso no

podía irle a una persona como la Kienesberger, con esas palabras apenas puede el hombre convencerse a sí mismo, por no hablar de a una persona tan difícil como la Kienesberger, que es cualquier cosa menos sencilla; continuamente, todos tienen la expresión de personas sencillas en los labios y nadie es más difícil y en verdad más complicado que las llamadas personas sencillas. A ellas no se les puede ir con palabras como *desesperación* y *loco*. Las llamadas personas sencillas son en verdad las más complicadas y cada vez me resulta más difícil entenderme con ellas, en los últimos tiempos he interrumpido casi totalmente mi trato con ellas, desde hace ya mucho tiempo no me resulta posible el trato con las personas sencillas, es superior a mis fuerzas, con las personas sencillas no sé ya cómo comportarme. Realmente he renunciado totalmente al trato con las personas sencillas que, como queda dicho, son las más difíciles de todas, porque me resultaba demasiado fatigoso y no quiero que me comprendan por el rodeo de la mentira. Y también que las personas más sencillas son en el fondo las más exigentes me resulta también claro. Nadie es tan exigente como las personas sencillas y he llegado al punto en que no puedo permitírmelas. Apenas puedo permitirme ya a mí mismo. Acuso a mi hermana de que se va de viaje por varias semanas o por meses y luego, posiblemente unas horas más tarde, vuelve a aparecer, y yo soy exactamente igual, me voy de viaje por largo tiempo y dos días más tarde estoy otra vez ahí. Con todas las consecuencias, que sólo pueden ser horribles. Los dos somos así, nos acusamos mutuamente durante decenios de imposibilidades y no podemos renunciar a esas imposibilidades, esas variabilidades, esas veleidades, esas inestabilidades, de las que existimos los dos, mi hermana y yo, de las que siempre hemos existido, lo que a todos los demás les ha atacado siempre los nervios y lo que a todos los demás los ha fascinado igualmente una y otra vez, y por eso han buscado también, una y otra vez, el trato con nosotros, en el fondo a causa de esa veleidad, variabilidad, inestabilidad y falta de fiabilidad, con eso atraemos siempre los dos a todos los demás. La gente busca a los que excitan, los que ponen nervioso, los inconstantes, los que a cada instante son distintos y la mayoría de las veces a cada instante totalmente opuestos. Y durante toda la vida los dos, mi hermana y yo, nos hemos preguntado qué es lo que queremos y no podemos decir, hemos buscado algo y finalmente todo lo imaginable y no lo hemos encontrado, hemos querido siempre obtenerlo todo por la fuerza y no lo hemos conseguido, o lo hemos conseguido y en el mismo instante lo hemos vuelto a perder. Es, según pienso, una antiquísima herencia, no paterna ni materna, una herencia antiquísima. Pero la Kienesberger al fin y al cabo ni siquiera se sorprende ya cuando, dos días después de mi partida para tres o cuatro meses, me encuentra otra vez en casa deshaciendo las maletas. No se sorprende ya de nada que a mí se refiera, ¡una persona tan sencilla y un sismógrafo tan infinitamente despierto!, pienso. Pero de repente todo habla sólo en favor de ese viaje y de Palma y de mi trabajo: afuera, fuera de Peiskam, realmente no me atrevo a decirlo, mientras que sin embargo me atrevo a pensarlo, *hasta que acabe ese trabajo, posiblemente incluso lo termine por completo*. Esa partida de Peiskam es

lo que más odio. Voy de habitación en habitación, bajo y vuelvo a subir, atravieso el patio, sacudo las diversas puertas y portales, pruebo las fallebas y en general todo lo que hay que probar en una partida así y, una vez que he comprobado los cerrojos de las puertas, no sé si las ventanas están con cerrojo, esa interrupción abrupta de mi estancia en Peiskam, y desde hace decenios sólo interrumpo abruptamente mis estancias en Peiskam, me vuelve loco y me siento contento de que nadie me vea en esa ocasión, de que no haya testigos de mi total desorden exterior e interior. Qué ideal sería si ahora, en este instante, pudiera empezar mi trabajo en mi escritorio, pensaba, qué ideal sentarme y escribir la primera frase que desencadenaría todo lo demás y luego, durante semanas, quizá durante meses concentrarme nada más que en ese trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy y activarlo y acabarlo, *qué ideal, qué ideal, qué ideal*, pero el escritorio está limpio y con esa limpieza me he privado de todos los requisitos para comenzar al instante mi trabajo, posiblemente, con esos abruptos arreglos de partida y reservas, etcétera, me he privado de todo, posiblemente no sólo de mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy, en general de todo, ¡quizá de la última probabilidad de sobrevivir! Me aferré a las jambas de la puerta de mi cuarto de trabajo, para calmarme, y me tomé el pulso, pero no pude percibirlo en absoluto, como si en aquel momento hubiera perdido el oído, me pareció, y apoyé tan fuertemente el cuerpo y la cabeza contra las jambas que hubiera podido gritar de dolor. Al final, me dije otra vez, todavía sin la cabeza clara ni mucho menos, cuando creo haberlo comprobado todo, sobre todo todas las conducciones de agua y las eléctricas, me dejo caer en el sillón, pero inmediatamente vuelvo a ponerme en pie de un salto porque me he olvidado de cerrar el depósito de agua caliente, lo que no puedo pedirle a la Kienesberger, y vació el gran cesto de la ropa sucia para arrojar sobre la mesa de la colada toda la ropa sucia, montañas de cuatro semanas, como cabe imaginar en mi situación en que, realmente, varias veces al día estoy totalmente sudado, todas esas prendas de ropa además con el olor de las inmensas cantidades de Aldactone-Saltucin que tengo que tomar para desaguar y, por consiguiente, para descargar mi corazón; me asqueó sacar aquellas prendas de ropa del cesto para echarlas sobre la mesa de la colada, aunque o precisamente porque era mi propia ropa, comencé, sin darme cuenta de que posiblemente también eso indicaba locura, a contar todas esas piezas de ropa, lo que como es natural era un absurdo total, pero, cuando tuve conciencia de esa absurdidad, había alcanzado ya un grado máximo de agotamiento y me costó esfuerzo volver a subir al primer piso para sentarme otra vez en mi sillón. La desgracia de los hombres es al fin y al cabo que siempre se deciden por algo que en fin de cuentas está totalmente *contra* su voluntad, y cuando consideraba ahora mejor, sentado en mi sillón, mi abrupta decisión de dejar Peiskam atrás para volar a Palma, en donde al fin y al cabo tengo a las Cañellas en su palacio del Borne, me parecía totalmente dirigida contra mí, no comprendía esa decisión mía, pero ahora, eso lo veía, con todas aquellas condiciones ya reunidas, no era posible volverme atrás, tenía que irme, por lo menos intentar comenzar mi trabajo en Palma,

por lo menos intentarlo, continuamente me repetía esas palabras, por lo menos intentarlo, por lo menos intentarlo. ¿Para qué, precisamente en las últimas semanas, he hecho tapizar el sillón de ese terciopelo francés, si ahora no me siento en él y disfruto del sillón, me decía, de qué me sirven la nueva lámpara de mesa, la nueva persiana, si me marchó, posiblemente a un nuevo infierno? Mientras me cercioraba de si había metido realmente todo lo necesario, por lo menos todo lo absolutamente necesario, en mi maleta y en la pequeña bolsa de viaje de mi abuelo, sin la cual no viajo nunca, traté de tranquilizarme, pero pensaba al mismo tiempo cómo puedo tener siquiera la idea, en mi actual disposición de ánimo, de poder tranquilizarme, realmente era una idea absurda por mi parte, que me había hundido totalmente en mi sillón y hasta tenía la sensación de no poderme levantar ya. Y una persona así al fin y al cabo medio muerta vuela a Palma, me dije varias veces, otra vez a media voz, como se ha convertido en costumbre mía imposible de erradicar, lo mismo que las personas de edad, que están solas durante años y sólo esperan a poder morir por fin, yo era ya una de esas personas de edad, mientras estaba allí sentado en mi sillón, un anciano, ya más al otro lado, del lado de los muertos, que del de los vivos, tenía que haber hecho con seguridad una impresión lastimosa en mi observador, que no estaba allí, si es que no quiero calificarme a mí mismo de observador de mí mismo, lo que sin embargo es una tontería, porque soy mi observador, me observo realmente a mí mismo desde hace años, si es que no desde hace decenios ininterrumpidamente, no vivo más que en la observación de mí mismo y en la contemplación de mí mismo y como es natural, por ello, en la maldición de mí mismo, la negación de mí mismo y el escarnio de mí mismo. Vivo desde hace años en ese estado de maldición de mí mismo, de negación de mí mismo y escarnio de mí mismo, en el que, en definitiva, tengo que refugiarme siempre para salvarme. Sólo me pregunto todo el tiempo: ¿salvarme de qué? ¿Es realmente tan malo eso de lo que yo me quiero salvar continuamente? No, no es tan malo, me decía, y continuaba enseguida otra vez con la observación de mí mismo y la maldición de mí mismo y el escarnio de mí mismo. Al fin y al cabo no quiero otra cosa que prolongar el estado en que me encuentro, que me lleva directamente fuera del mundo, según pensaba, lo que sin embargo no me atrevía realmente a decirme a mí mismo, juego con ese estado y juego con ese estado tanto como quiero. Tanto como quiero, me repetía ahora, escuchando luego, pero no oí nada. Los vecinos, pensé, me consideran desde hace muchos años loco, ese papel, porque se trata de un papel en este teatro más o menos insoportable, me está inmejorablemente cortado a la medida. Tanto tiempo como quiera, volví a decirme, de repente me gustó escucharme, lo que era algo nuevo en ese instante, porque desde hacía ya años odiaba mi voz, aborrecía ese órgano mío. ¿Cómo puedo pensar, aunque sólo sea por un instante, en tranquilizarme, pensaba, cuando todo está en mí tan lleno de agitación? Y probé con un disco, mi casa tiene la mejor acústica que cabe imaginar y la llené con la sinfonía Haffner. Me senté y cerré los ojos. ¡Qué sería de todo sin la música, sin Mozart!, me dije. Una y otra vez es la música lo que me salva. Mientras

que, una y otra vez, resolvía por mí mismo con los ojos cerrados el enigma matemático de la sinfonía *Haffner*, lo que siempre me ha producido el mayor de los placeres, me calmé realmente. Precisamente Mozart es para mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy el más importante, a partir de Mozart se me aclara todo, pienso, tengo que partir de Mozart. ¿Le he dado a la Kienesberger el dinero que le corresponde? Sí. ¿He metido también en la maleta todos los medicamentos? Sí. ¿He metido en la maleta todos los libros y escritos necesarios? Sí. ¿He inspeccionado el pabellón de caza? Sí. ¿Le he dicho a mi hermana que no tiene que pagarme el precio de empapelar su habitación de Peiskam, que en un principio le reclamé? Sí. ¿Le he dicho al jardinero cómo tiene que podar los árboles en enero? Sí. ¿Le he dicho al internista que ahora, de noche, tengo también dolores en el lado derecho del tórax y no sólo en el izquierdo? Sí. ¿Le he dicho a la Kienesberger que no debe abrir las persianas del lado de levante? Sí. ¿Le he dicho que, desde luego, tiene que encender la calefacción durante mi ausencia, pero no *demasiado*? Sí. ¿He quitado la llave del pabellón de caza? Sí. ¿He pagado la cuenta del empapelador? Sí. Me preguntaba y me respondía. Pero el tiempo no quería pasar. Me levanté y bajé al vestíbulo y examiné mis maletas, quería saber si estaban suficientemente bien cerradas, y comprobé las cerraduras. ¿Por qué me hago todo esto?, me pregunté. Me senté en la habitación de abajo que da a levante y contemplé el retrato de mi tío, que en otro tiempo fue embajador en Moscú, como puede verse en el retrato. Pintado por Lampi, la verdad es que tiene un valor artístico mucho mayor que el que en un principio supuse. Me encanta ese retrato, mi tío me recuerda a mí. Pero se ha vuelto más viejo de lo que me volveré yo, pensé. Tenía ya puestos mis zapatos de viaje, todo lo que llevaba me resultaba demasiado, todo me estaba demasiado estrecho o era demasiado pesado. Y por añadidura el abrigo de piel, pensé. ¿No será mejor sumergirse en Voltaire, como me había propuesto, en mi querido Diderot, que irme de repente y dejar todo lo que, en el fondo, me resulta tan querido? La verdad es que no soy ese ser sin sentimientos que ven en mí muchos, porque quieren verme así, porque muy a menudo me muestran también así, porque muy a menudo no me atrevo tampoco a mostrarme como soy. Pero ¿cómo soy? La especulación sobre mí mismo me había invadido otra vez. No sé cómo, pero de repente pensé que hace veinticinco años, es decir, poco más de veinte, era miembro del Partido Socialista. ¡Para partirse de risa! Mi afiliación no duró mucho. Lo mismo que con todo lo demás, al cabo de unos meses rompí. ¡Que una vez quisiera hacerme fraile! ¡Que realmente tuviera un día la idea de convertirme en sacerdote católico! ¡Y que diera una vez ochocientos mil chelines para los hambrientos de África! ¡Y que eso sea cierto! En su momento consideraba todo eso como lógico, como natural. Hoy no tengo con ello la menor relación. ¡Que un día creyera poderme casar! ¡Tener hijos! ¡Quizá el Ejército!, pensé incluso una vez, ¡General, mariscal de campo, como uno de mis antepasados! Absurdo. No hay nada por lo que, un día, no lo hubiera dado todo. Pero todas esas especulaciones se disolvieron, si no en la nada, al menos en la ridiculez. Pobreza,



riqueza, iglesia, ejército, partidos, instituciones de beneficencia, todo ridículo. Sólo me quedó en fin de cuentas mi propia miseria, de la que no se puede sacar ya demasiado. Pero está bien que sea así. Ninguna doctrina surte ya efecto, todo lo que se dice y se predica cae en lo ridículo, para ello ni siquiera hace falta mi desprecio, ya no, en absoluto. Si conocemos realmente el mundo, se trata nada más que de un mundo lleno de errores. Pero sin embargo nos separamos de él de mala gana, porque, a pesar de todo, hemos seguido siendo bastante ingenuos e infantiles, pensaba. Qué suerte, me dije, haberme hecho medir la tensión ocular. ¡Treinta y ocho! No debemos hacernos ilusiones. En cualquier momento podemos zozobrar. Cada vez más sueños en que los hombres vuelan, saliendo por la ventana y volviendo a entrar, hombres hermosos, plantas como nunca he visto, con hojas gigantescas tan grandes como paraguas. Tomamos todas las medidas de precaución, pero no para vivir sino para morir. Fue una decisión súbita la de dar a mi sobrino novecientos mil, para confesar también ahora ese hecho, a fin de que, como él dice, pueda arreglarse un consultorio adaptado a las relaciones actuales. ¿Qué quiere decir adaptado a las relaciones actuales? Por una parte fue una insensatez darle por nada esa suma, al fin y al cabo bastante elevada, por otra, ¿qué podemos hacer con el dinero? Cuando mi hermana se dé cuenta de que he vendido los terrenos de Ruhsam, al fin y al cabo no estaré ya ahí. Ese pensamiento me tranquiliza. He metido en la maleta mi Voltaire, y mi Dostoievsky, una decisión acertada. Antes tenía unas relaciones muy buenas con las gentes sencillas, a las que hace mucho tiempo sólo llamo las así llamadas gentes sencillas, pero mi enfermedad lo ha cambiado todo, ahora no las visito ya, ahora huyo de ellas, cuando puedo, me escondo de ellas. Irse de viaje entristece, pensaba entretanto. Las así llamadas gentes sencillas, como por ejemplo los leñadores, tenían mi confianza, y ellas se fiaban de mí. Me pasaba la mitad de la noche con los leñadores. ¡Durante decenios sólo ellos tuvieron mi simpatía! Ahora ya no me ven. Y en verdad nosotros, que estamos echados a perder en el fondo para todo lo sencillo, sólo importunamos a esas gentes, sólo les hacemos perder el tiempo, cuando estamos con ellas, no les servimos de nada, sólo las perjudicamos. La verdad es que ahora sólo los disuadiría de todo aquello de que dependen, del Partido Socialista por ejemplo o de la Iglesia católica, los dos hoy, como siempre, asociaciones sin escrúpulos para explotar a los hombres. Pero es básicamente falso decir que sólo el débil de espíritu es explotado, todos son explotados, eso, por otra parte, es también tranquilizador, es la compensación, quizá sólo así funcionan las cosas. ¡Si pudiera no leer los asquerosos periódicos que se publican aquí, que no son periódicos sino sólo papeles sucios, publicados por advenedizos codiciosos, si pudiera no ver ya lo que aquí me rodea!, me dije. Un sofisma, como veo ahora, venía, mientras estaba sentado en mi sillón esperando la partida, detrás de otro. Al fin y al cabo dejo un país totalmente arruinado, una forma de Estado repugnante, del que uno se espanta cada mañana. Primero lo explotaron y desecharon los llamados conservadores, ahora los llamados socialistas. Un zoquete recalcitrante, en calidad de viejo canciller

megalómano, imprevisible, un peligro público. Cuando un hombre dice que sus días están contados se vuelve ridículo. Realmente, ¿por qué no he escrito ya a nadie, y me he apartado también de mi correspondencia?, antes, si no necesariamente de buena gana, escribía al menos regularmente. De forma totalmente inconsciente renunciamos a todo y desaparece. ¿Fue mi estado, que se empeoraba cada vez más, lo que hizo a mi hermana aguantar tanto tiempo en Peiskam y no, como creía yo, que Viena de repente la aburriera? Si le preguntaba, recibiría en la cabeza alguna de sus encantadoras mentiras. Pred-ni-so-lon, lo dije unas cuantas veces muy lentamente y exactamente de la forma que acabo de escribir, para mí. Los médicos no penetran mucho más allá de la superficie. Son negligentes en todo, y precisamente eso, la negligencia, es lo que reprochan continuamente a sus pacientes. Los médicos no tienen conciencia, sólo hacen en nosotros sus necesidades médicas. Pero nosotros nos refugiamos una y otra vez en ellos, porque no podemos creer en esa realidad. Si llevo yo mismo esas maletas, aunque sea el trayecto más corto, eso puede significar mi fin, me dije. Como en los viejos tiempos, gritamos por decirlo así la palabra mozo, pero ya no hay mozos. Los mozos se han extinguido. Cada uno agarra sus cosas como puede. El mundo se ha enfriado unos grados, no quiero calcular exactamente cuántos, los hombres son mucho más crueles, más despiadados. Pero todo eso es una evolución totalmente natural, con la que teníamos que contar y que, como no somos tontos, habíamos previsto. Sin embargo, los enfermos no se alían de buena gana con los enfermos ni los viejos de buena gana con los viejos. Se escapan corriendo unos de otros. Hacia su perdición. Todo el mundo quiere vivir, nadie estar muerto, todo lo demás es mentira. Al final se sientan en un sillón, en algún sillón de orejas, y se inventan una existencia, que han existido, y que, sin embargo, no tiene que ver lo más mínimo con su propia existencia. Sólo debería haber seres felices, se dan todas las condiciones para ello, pero sólo hay infelices. Sólo lo comprendemos demasiado tarde. Mientras somos jóvenes y no nos duele nada, no sólo creemos en la vida eterna, sino que la tenemos. Luego el derrumbe, luego el derrumbamiento, luego las lamentaciones por ello y el fin. Siempre es igual. En otro tiempo tenía ganas de engañar al fisco, ni siquiera tengo ya ganas de ello, me dije. Dejo que todo el que quiera me mire las cartas. En este instante pienso así. En *este* instante. La cuestión es sólo, en realidad, cómo pasar el invierno en lo posible sin dolores. Y la primavera, mucho más cruel aún. Y el verano lo hemos odiado siempre. El invierno nos priva entonces otra vez de todo. *Entonces dejó ver el pecho más hermoso que la naturaleza había formado nunca, Zadig.* No sé por qué recordé precisamente esa frase, que me hizo reír. Tampoco es necesario, sólo el hecho de que me riera de forma totalmente imprevista es decisivo. Por una cosa de la que no tenía por qué avergonzarme. Periódicamente entramos en excitaciones, que a veces pueden durar semanas y no se pueden hacer cesar, y de repente desaparecen. Existimos ya desde hace bastante tiempo en una tranquilidad. Pero no podemos decir con seguridad cuándo ha comenzado esa tranquilidad. Durante años había bastado con ir a los leñadores y

hablar con ellos de su trabajo. ¿Por qué no basta ya ahora desde hace tiempo? Dos horas en línea recta y otra vez de vuelta en invierno, diariamente, una pequeñez, todo imposible hoy, pensé. Los métodos baratos se han gastado todos, visitas, leer periódicos, etcétera, y tampoco la lectura de la llamada gran literatura tiene el efecto que en otro tiempo tuvo. Temíamos de repente el chismorreó, sobre todo el que chismorrear ininterrumpidamente los periodistas de suplementos literarios llamados conocidos y famosos pero tanto más repulsivos. Y nos hemos dejado cubrir de ese repulsivo chismorreó durante años, durante decenios. Es verdad que nunca me he encontrado en la situación de tener que pignorar mis pantalones para poder poner un telegrama, como Dostoievsky, lo que quizá haya sido después de todo una ventaja. Relativamente independiente, podría decir. Y sin embargo, como todos, encadenado y aprisionado. Más empujado por el asco que obsesionado por la curiosidad. Siempre hablábamos de ideas claras, pero nunca tuvimos ninguna, no sé de dónde viene esta frase, quizá de mí mismo, pero la he leído en alguna parte, quizá se encuentre un día entre mis notas. Decimos notas para no tener que avergonzarnos, aunque en secreto creamos que esas frases que calificamos muy vergonzosamente de notas son algo más. Pero de todo lo que nos afecta creemos, siempre, que es algo más. De esa forma nos mantenemos sobre el abismo del que tampoco sabemos la profundidad. Al fin y al cabo es indiferente, ya que en cualquier caso es mortal, lo que nos consta. Antes hacía siempre preguntas a los otros, hasta donde puedo acordarme, la primera pregunta con seguridad a mi madre, y finalmente llevé a mis padres al borde de la locura con mis preguntas, de pronto me preguntaba sólo a mí mismo y eso solamente cuando estaba seguro de tener ya preparada una respuesta para mi pregunta. Cada individuo es un virtuoso en su instrumento, todos juntos una cacofonía insoportable. Esa palabra, *cacofonía*, era, por cierto, la palabra favorita de mi abuelo materno. Y la expresión que odiaba más y más profundamente era la expresión *materia de reflexión*. Una de sus palabras favoritas era, por cierto, la palabra *carácter*. Por primera vez, durante esas reflexiones, pensé en lo sumamente cómodo que es mi sillón, hace sólo tres semanas un trasto, y ahora, después de haber estado en el tapicero, un mueble de lujo. Pero de qué me sirve, si ahora me marchó. Interiormente me defendía ya con mucha fuerza contra mi partida. Pero realmente no podía anularla ya. Y además, no quería tampoco ceder al sentimiento de aquel instante de estar apegado a pesar de todo a Peiskam, y encontrar en realidad todo lo demás sólo penoso, inútil. Un par de zapatos negros y un par de marrones, me dije, y otro para el tiempo absolutamente tormentoso. Cuando camine a lo largo del muelle, lo que siempre me ha gustado hacer. Pero naturalmente no había ni que pensar en caminar. Bajarás muy lentamente al muelle y harás tus observaciones y verás hasta dónde puedes llegar. Los primeros días de un cambio de clima tan radical son los más peligrosos, no debes abusar de tus fuerzas, me dije. La gente, como he podido ver con espanto por mí mismo, se levanta a las nueve de la mañana, se mete bajo la ducha y corre a un partido de tenis, cae redonda y a las dos de la tarde está ya en el

cementerio. El sur aparta enseguida a sus muertos. Todo despacio, levantarse despacio, desayunar despacio, ir despacio a la ciudad, pero mejor no ir ya el primer día a la ciudad, sino sólo bajar al muelle. Entonces respiré profundamente y me enderecé tanto como pude y luego, por agotamiento, me dejé caer en mi sillón. Por viejos que seamos, esperamos siempre un cambio, me dije, una y otra vez un cambio decisivo, porque estamos muy lejos de tener las ideas claras. Todos esos cambios decisivos se remontan a decenios, pero entonces no nos dimos cuenta de que eran esos cambios decisivos. Los amigos de antes, o están muertos y han vivido una vida infeliz, se han vuelto locos antes de morir, o viven en alguna parte y no me interesan ya. Todos se han quedado atascados en sus ideas y, entretanto, se han hecho viejos, y en el fondo, aunque, como me consta, se debatan furiosamente aquí o allá, han renunciado. Si nos los encontramos, hablan como si no hubiera pasado el tiempo en los últimos decenios y hablan por lo tanto en el vacío. Hubo un tiempo en que realmente cultivé mis amistades, como suele decirse. Pero todo eso se rompió en algún momento y, prescindiendo de que, de cuando en cuando, leo en los periódicos algo de éste o de aquél, a los que en otro tiempo consideraba indispensables, alguna tontería, alguna insulsez, no sé ya nada de ellos. Casi todos han fundado una familia, como suele decirse, han hecho sus negocios y se han construido casas y han tratado de asegurarse por todas partes y, con el transcurso del tiempo, se han vuelto carentes de interés. No los veo ya y, si los veo, no tenemos nada más que decirnos. Uno insiste ininterrumpidamente en que es artista, otro, científico, un tercero, comerciante de éxito, y eso me pone ya malo, sólo con verlos y mucho antes aún de que abran la boca, de la que sólo brotan cosas triviales y, una y otra vez, sólo leídas y ninguna propia. Es inimaginable que esta casa estuviera en otro tiempo llena de gentes que yo mismo había invitado y que, durante largas noches enteras, bebieron a gusto y comieron a gusto y se rieron a gusto. Que no solamente me gustaran las reuniones, sino que las diera también, que realmente pudiera divertirme en esas reuniones. Pero hace ya tanto tiempo que no se puede reconocer huella alguna. ¡Esta casa está pidiendo a gritos gente!, exclamó mi hermana hace muy poco. ¡Has hecho de ella una cripta! No comprendo en absoluto cómo has podido evolucionar en un sentido tan espantoso. Aunque dicho patéticamente, lo decía en serio y me llegó a lo más hondo. Hoy todas esas personas sólo me atacaban los nervios. Y realmente fui yo quien durante años entretuve y enseñé también a todas esas personas, aunque inútilmente. Al final lo consideran a uno un necio. No sé si primero se presentó la enfermedad o mi repentina aversión hacia toda clase de reuniones, si primero se presentó mi aversión a ellas y, a partir de esa aversión mía, pudo desarrollarse la enfermedad, o si primero fue la enfermedad y, a partir de esa enfermedad, se desarrolló mi aversión hacia esa sociedad y hacia esas reuniones y hacia la sociedad en general, no lo sé. ¿Había ahuyentado a todas esas personas o se habían apartado ellas de mí? No lo sé. ¿Había interrumpido yo mi trato con ellas o a la inversa? No lo sé. La verdad es que una vez tuve la idea de escribir sobre esa gente, pero luego renuncié a esa idea, me

resultaba demasiado absurdo. Un día pensamos realmente en esas gentes y de repente las odiamos, no podemos hacer otra cosa que odiarlas y las apartamos o a la inversa, porque en un instante las vemos muy claramente, tenemos que apartarnos de ellas o a la inversa. La verdad es que durante decenios estuve en la creencia de que no podía estar solo en absoluto, de que necesitaba a todas esas gentes, pero en realidad no necesito a todas esas gentes, me las he arreglado muy bien sin ellas. Al fin y al cabo sólo vienen para aliviarse y descargar sobre mí toda su miseria y todo su pesar y la porquería relacionada con ellas. Creemos, cuando las invitamos, que nos traen algo, como es natural algo animador y renovador, pero sólo nos quitan todo lo que tenemos. Nos empujan en nuestra propia casa contra algún rincón, del que en definitiva no hay ya escapatoria y nos chupan de la forma más desconsiderada hasta que dentro de nosotros no hay más que asco hacia ellos; entonces se despiden y nos dejan plantados y otra vez solos con todos nuestros horrores. Al traerlos a nuestra casa, traemos a casa al fin y al cabo sólo a nuestros torturadores, pero no tenemos otra elección que dejar entrar en nuestra casa una y otra vez precisamente a los que nos desnudan totalmente y, cuando estamos desnudos delante de ellos, se ríen de nosotros. Quien piense así no puede extrañarse naturalmente de que, con el tiempo, se quede totalmente aislado, de que un día esté totalmente solo, ¡y todo lo que eso significa, en sus últimas y ultimísimas consecuencias! Durante toda nuestra vida hacemos una y otra vez borrón y cuenta nueva, aunque sabemos que no estamos en condiciones de hacerlo. Cuando tenemos esa enfermedad pensamos que todas esas gentes son demasiado ruidosas. ¡Y no se dan cuenta de ello! Lo brutalizan todo. Se levantan ruidosamente y durante todo el día van ruidosamente de un lado a otro y vuelven a acostarse ruidosamente. Y hablan ininterrumpidamente de una forma demasiado ruidosa. Están tan interesados por sí mismos que no se dan cuenta en absoluto de que continuamente hieren a los otros, a los enfermos, lo que hacen, todo lo que dicen, hiere a los que son como nosotros. De esa forma empujan al enfermo cada vez más al segundo plano, hasta que no se le ve ya. Y el enfermo se retira él mismo a *su* segundo plano. Pero toda vida, toda existencia pertenece sólo a uno y, de hecho, a ese individuo, y ningún otro tiene derecho a aplastar, apartar y alejar de la vida esa existencia. Andamos totalmente solos, a lo que al fin y al cabo tenemos derecho. Como es natural. En el único momento posible, es decir, cuando murieron mis padres, no me di cuenta de que, como mi hermana, hubiera debido volver la espalda a Peiskam, realmente hubiera debido venderlo y, *con ello, salvarme*, pero no tuve fuerzas para ello, un abatimiento de años después de la muerte de mis padres me hizo imposible tomar ninguna iniciativa, ni siquiera pude empezar unos estudios, sí, inicié varios estudios, *varios al mismo tiempo* y, como hubiera podido prever, fracasé enseguida en todos esos estudios. Me propuse hacer unos estudios de matemáticas, unos estudios de filosofía, pero pronto me repelieron las matemáticas, pronto la filosofía, por lo menos las matemáticas que se enseñan en la universidad, la filosofía que se enseña allí y que, al fin y al cabo, no puede enseñarse en absoluto. Luego fue

de repente la música lo que, en el sentido más exacto de la palabra, me entusiasmó y a la que me dediqué de cabeza. Me levanté del sillón y miré el reloj y volví a sentarme, incapaz de hacer nada antes de mi partida, y por eso volví a dejarme caer en mis fantasías. Las universidades me rechazaron, me matriculé en varias, eso era algo natural para mi padre, pero sólo asistí a ellas un tiempo brevísimo, asistí en Viena, Innsbruck, finalmente Graz, que he odiado toda mi vida, estaba absolutamente decidido a empezar y terminar allí unos estudios y fracasé ya desde el principio mismo. Por una parte, porque esas universidades, con su papilla científica revenida desde hace siglos, me revolvieron inmediatamente el estómago y al mismo tiempo, naturalmente, la cabeza, y por otra porque no soporté ninguna de esas ciudades, ni Innsbruck, ni Graz, ni Viena a la larga. Todas esas ciudades, que como es natural conocía ya antes, aunque no a fondo, me deprimieron de la forma más aterradora y la verdad es que son, sobre todo Graz, repugnantes poblachos provincianos, cada una de ellas se considera el ombligo del mundo y cree tener el monopolio del espíritu, sí, pero se trata sólo del totalmente primitivo espíritu pequeñoburgués; en esas ciudades conocí la insulsez de los pobres de espíritu que enseñan filosofía y cultivan la literatura, nada más, y el hedor de la torpe vulgaridad de esas cloacas austríacas me quitó de antemano el apetito de una estancia más prolongada que no fuera de lo más breve. Y en Viena no quería permanecer tampoco más de lo absolutamente necesario. Pero, para decir la verdad, debo sin embargo a la ciudad de Viena el haber llegado a la música, de la forma más ideal, tengo que decir. Por mucho que desprecie y maldiga esa ciudad y por muy repulsiva que me haya sido siempre la mayor parte del tiempo, le debo en definitiva el acceso a nuestros compositores, a Beethoven, a Mozart, al propio Wagner y naturalmente a Schubert, que de todos modos me resulta difícil de nombrar entre los que acabo de enumerar, y le debo naturalmente ante todo la música nueva y novísima de esta ciudad, de la que mi padre me hablaba sólo como de la más desvergonzada. Schönberg, Berg, Webern, etcétera. Y que en mis casi veinte años vieneses me convertí totalmente en el hombre de ciudad que tuve que ser siempre luego, lo quisiera o no, mis años vieneses, primero con mi hermana, luego solo, primero en el centro de la ciudad, en casa de mi tío de Döbling, y en la Hasenauerstrasse, donde tenía una casa entera para mí, mis años vieneses me estropearon definitivamente para Peiskam. Me hicieron Peiskam en el fondo imposible. No fui nunca el hombre natural que resulta necesario para vivir en Peiskam. Pero la enfermedad me sacó finalmente de las salas de concierto y me empujó a Peiskam, a causa de mis pulmones tuve que separarme de Viena, lo que quería decir de todo lo que para mí tenía entonces algún valor. Esa separación no la he superado nunca. Pero si me hubiera quedado en Viena no habría existido más que el tiempo más breve. Peiskam había estado vacío casi veinte años después de la muerte de nuestros padres, había quedado abandonado a la Naturaleza. Nadie había creído que nadie pudiera instalarse nunca otra vez en Peiskam, pero un día, sin embargo, me instalé yo otra vez, abrí de par en par las ventanas hacia todas las

direcciones y, por primera vez desde hacía años, dejé entrar otra vez en la casa el aire fresco y, con el tiempo, me la hice habitable. Pero me siguió resultando extraña, si soy sincero, hasta hoy, pensé. Había tenido que renunciar a Viena y a todo lo que para mí representaba, es decir, a todo, precisamente en el momento en que creía estar ligado de una vez para siempre, de forma inseparable, a esa ciudad a la que sin duda odiaba ya entonces y, como me consta, he odiado siempre, pero al mismo tiempo he querido más que a cualquier otra. Al fin y al cabo sólo envidio hoy a mi hermana porque puede vivir en Viena, eso es lo que continuamente me irrita contra Viena, la envidia, lo que me arrastra a las mayores injusticias y, en definitiva, incluso villanías contra mi hermana, mi envidia porque ella puede vivir en Viena y, por añadidura, como me consta, de la forma más agradable y feliz, y no yo. Si se trata de elegir alguna parte, así pienso siempre, entonces sólo en Viena, en ninguna otra ciudad del mundo, pero me he cerrado Viena, me la he hecho definitivamente imposible. Y no merezco ya esa ciudad, pensaba. Y por primera vez escuché en Viena una obra de Mendelssohn Bartholdy, a saber, *Los cómicos ambulantes*, en la sala de la Musikverein, una obra y una interpretación que tuvieron en mí un efecto fundamental. En aquella época no sabía todavía por qué esa obra era tan penetrante, hoy lo sé. A causa de su genial perfección. Pero un día tuve incluso la idea de ir a la Escuela Superior de Minas de Leoben, no porque quizá me interesase de repente por las riquezas del suelo, sino a causa de la situación de Leoben, en las montañas de la Estiria y, en aquella época al menos, conocida aún por su aire especialmente puro, pero que hoy está tan contaminado como en todas partes. Porque ya cuando no tenía aún veinte años los médicos me habían aconsejado insistentemente que viviera en el campo y no en la ciudad, pero en aquella época hubiera preferido morir enseguida, de la forma que fuera, en la ciudad, antes que irme al campo. La idea de estudiar en Leoben, al fin y al cabo, la tuve sólo una vez, de todos modos fui a Leoben, para enterarme de más cosas de las que ya sabía sobre las posibilidades de unos estudios de minas, pero, en cuanto me bajé del tren en Leoben, el lugar me repelió. En un lugar así sólo puedes perecer, pero no existir un día más de lo necesario, me dije entonces, y realmente no me fue necesario estar ni un día en Leoben, y ese mismo día volví a Viena, desde donde había querido inspeccionar Leoben. Ya cuando estuve al otro lado del Semmering se apoderó de mí una sensación de opresión, en mi cabeza y en todo mi cuerpo. Cómo es posible que haya gente que aguante en pequeñas ciudades como Leoben, había pensado entonces, y en definitiva, sólo en nuestro país, hay unos cientos de miles que existen sin rechistar toda su vida en poblachos como Leoben. Pero la idea de iniciar quizá unos estudios en Leoben no había partido en el fondo ante todo de mí, esa idea la había tenido mi abuelo materno, que había estudiado en otro tiempo ingeniería de minas, de todos modos no en Leoben sino en Padua, lo que sin duda es una diferencia inmensa. Y una vez pensé ir a Inglaterra, posiblemente será a Oxford o a Cambridge, había pensado, para situarme enseguida con esa idea en las filas de nuestras inteligencias más destacadas, de las que algunas

de las más importantes han estudiado efectivamente en Inglaterra y por consiguiente en Oxford y en Cambridge y han enseñado luego allí y, como el idioma inglés no me planteaba ninguna dificultad, creía, de camino hacia Inglaterra, estar en el buen camino. Pero no había contado con el clima inglés, en cualquier caso no con el de Oxford y Cambridge, que produce un efecto todavía más devastador en portadores de enfermedades como yo y aniquila de antemano en esas personas todo esfuerzo, cualquiera que sea la dirección en que se oriente. Estuve sólo diez días en Inglaterra, cuando me había despedido de mis padres para por lo menos medio año, y todavía hoy se me presenta con todo su peso el abatimiento en que me encontré cuando, sólo diez días después de mi partida hacia Inglaterra, estaba otra vez en Peiskam. Entonces me puse realmente en ridículo, pero ya entonces la culpa era de mi enfermedad, que proliferaba dentro de mí aunque todavía no se hubiera declarado. Después de ese revés, que naturalmente sólo me había dejado una imagen bastante equivocada de Inglaterra y de Londres, había renunciado a todas las posibilidades en el extranjero y me había concentrado totalmente en las que me habían quedado en el país, pero esas posibilidades, entre Viena por una parte e Innsbruck por otra, habían sido totalmente inaceptables. Como tampoco quería desempeñar el papel del estudiante descarriado, al que no pocas veces se ven empujadas precisamente personas como yo, con un origen como el mío, me decidí por la posibilidad que, en mi opinión, era la mejor, es decir, la de no estudiar en absoluto, en cualquier caso no en una escuela oficial, y creí ser suficientemente fuerte y con carácter para, de esa forma, poder desarrollarme en lo que se llama una vía espiritual. Además, de repente había comprendido también que, salvo la música, nada en el mundo me atraía en mayor grado y que, por ello, todo, salvo la música, carece para mí de sentido. Así se explican mis años vieneses. Y en lo que se refiere a la música, desde el instante en que la descubrí por mí, fui de lo más receptivo. Una vez, gracias a conocer a un redactor amigo de mi padre, hubiera podido entrar en la redacción de *Die Presse*, pero mi instinto a pesar de todo muy bueno me protegió de semejante perversidad. Visité diariamente, mientras vivía con mi hermana en el llamado Stubenring, todas las bibliotecas imaginables y me reuní con las personas útiles para mis estudios y, por consiguiente, musicalmente cultas, que más o menos pronto se encontraron por sí mismas, porque, poco a poco, se habían hecho indispensables para mis investigaciones. De esa forma, no sólo conocí los libros y trabajos de teoría musical más importantes, sino también a una serie de los que habían escrito esos libros y obras y obtuve de ello el mayor provecho. De paso, me ocupaba de las producciones artísticas de los vieneses en general e iba casi todos los días a un concierto o a la ópera. Pronto alcancé un grado tan alto de independencia musical que pude restringir primero mis visitas a la ópera y luego también mis visitas a los conciertos, siempre había en los programas demasiadas repeticiones de lo mismo, al fin y al cabo eso fue siempre lo característico de Viena, el que muy pronto no tuviera ya nada que ofrecer a los ansiosos de cosas nuevas y, por ello, realmente interesantes. Además, en mi época vienesa, no tocaban como



antes diariamente las más variadas orquestas de todo el mundo, sino siempre las mismas y, por buenas que fueran y son en el fondo, tenía y tengo siempre la impresión de que las mismas orquestas tocaban siempre lo mismo, aunque siempre tocaran y toquen algo distinto. Pero una persona que se ha decidido por la música tiene su sitio como es natural, todavía hoy, en Viena. Sin embargo, la atmósfera de esa ciudad no puede soportarse en absoluto un tiempo bastante largo, prescindiendo de que los médicos me dijeron claramente que Viena era para mí *el clima más perjudicial de todos*. En conjunto, he pasado más de veinte años en Viena, en rigor, sólo con la música. De pronto me bastó y me volví a Peiskam. Naturalmente, ese paso me condujo a un callejón de salida, del que estas notas son también testimonio. Si en Peiskam, en donde me recogieron a las dos de la tarde, hacía todavía once grados bajo cero, a mi llegada a Palma, donde escribo estas notas, el termómetro señalaba ya dieciocho grados sobre cero. Pero, como es natural, mi estado no había mejorado por ese hecho, al contrario. Tuve miedo de no sobrevivir a la primera noche en el hotel. Quien conoce esta enfermedad sabe de qué hablo. Hice bien en permanecer en la cama, con las cortinas corridas, todo el día que siguió a mi llegada. No había ni que pensar en deshacer las maletas. Como es natural, sabía de antemano lo que significa un cambio tan abrupto de clima, pero no me había esperado un estado tan digno de compasión. Me limité a quedarme realmente el día entero en la cama y beberme dos veces un vaso de agua, pero eso sólo porque tenía que tomarme mis pastillas. Probablemente en la recepción habían visto enseguida lo mal que estaba, y no habían puesto dificultades y me habían dado la habitación que deseaba. Desharé mis maletas *muy lentamente*, me dije, mientras, estirado sobre la cama, observaba el techo de la habitación y podía continuar mis fantasías donde las había interrumpido en Peiskam. El vuelo, como todos los vuelos que había soportado ya antes, había sido el horror de los horrores. De una forma que en realidad no debía, me levanté sin embargo la segunda noche, hacia las tres de la madrugada, y comencé a deshacer mis maletas, y al hacerlo comprobé que no estaba en absoluto tan débil como había creído. Me gustan esas habitaciones grandes, normalmente destinadas a dos personas, que tienen además un gran baño y una antesala no menos grande y desde las que se puede ver no sólo la ciudad vieja sino también, al mismo tiempo, el mar. Y que son absolutamente tranquilas. Por la mañana oigo sólo cantar a los gallos, algunos golpes sordos del astillero allí abajo, ladridos de perros y quizá también a alguna madre regañando a un hijo travieso. No tengo aquí la impresión de estar aislado de la gente del país, aunque a mí, que realmente vivo en una habitación tan espléndida en medio del lujo y ellos en la ciudad vieja debajo de mí, precisamente en lo contrario de ese lujo, me separa de ellos casi todo. Mi enfermedad, así pienso, disculpa ese lujo. Pero en el fondo no tengo ya ningún escrúpulo, me digo. Al final de la vida, los escrúpulos son de lo más ridículo. Después del primer desayuno comencé a deshacer mis maletas. Primero la maleta de los trajes y la ropa blanca. Además, había sacado algunos trajes o prendas de ropa blanca y los había guardado en el armario, me vi otra

vez arrojado a la cama. Una falta de aliento como no había sentido en mucho tiempo me causaba las mayores dificultades. Atribuí ese estado al abrupto cambio de clima, que al fin y al cabo tiene al principio un efecto devastador en los sanos, por no hablar de alguien como yo. Pero finalmente había deshecho la primera maleta y me puse a deshacer la segunda, es decir, aquella en donde estaban todos los libros y escritos que había llevado para mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy. Al principio no sabía dónde meter los libros y escritos y pensaba dónde meter éste y dónde meter aquél, hasta que tracé un plan sobre *cómo* colocar esos libros y escritos sobre la mesa y en el armario y seguí ese plan mientras deshacía realmente el equipaje. Me preguntaba mientras tanto si tenía sentido siquiera emprender *aún* un trabajo como mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy. Por una parte me decía que emprender un trabajo así carece de sentido, por otra me decía *tienes que emprender ese trabajo, cueste lo que cueste*. Pero ¿justifican sólo los preparativos de un decenio, porque al fin y al cabo hace ya ese tiempo que me preparo para ese trabajo, comenzar un trabajo así, cuando se encuentra uno en un estado de agotamiento tan total como en el que yo me encuentro? Decía alternativamente que *nada* justifica un trabajo así y que *todo* justifica un trabajo así. Lo mejor era renunciar a seguir planteándose la cuestión del sentido o la falta de sentido de un trabajo así, y renuncié a ello e hice como si estuviera decidido a emprender realmente el trabajo tan pronto como pudiera. ¿Debía precisamente ahora, tan cerca de mi objetivo, tirarlo todo por la ventana, aniquilarme todo aquello de lo que, en fin de cuentas, dependía toda mi existencia, el delgado hilo de ese poco de esperanza de realizar finalmente, a pesar de todo, el trabajo? Escribiré ese trabajo, aunque no pueda empezar inmediatamente, al fin y al cabo lo había previsto y nunca lo había creído, porque al fin y al cabo no estoy tan loco, si no es hoy, mañana, si no es mañana, pasado mañana, y así sucesivamente. Al fin y al cabo, sólo a causa de ese trabajo he cargado con ese viaje, me dije. Me convencí a mí mismo, lo ordené todo sobre mi escritorio de forma que en cualquier momento pudiera empezar el trabajo y me senté en el balcón, en el sillón de hierro pintado de blanco, y luego volví a echarme en la cama y alterné durante varias horas, hasta que acabó el día, entre el sillón del balcón y la cama, y a la inversa. Hacia la noche me fui a la ciudad. En un principio había tenido la intención de ir sólo hasta el muelle, y quizá hasta el restaurante de pescado del muelle, que conozco muy bien de otras veces y donde siempre he comido inmejorablemente, y así pasé la Lonja hasta llegar al llamado *Borne*, que en vida de Franco, es decir, desde la victoria de los fascistas hasta su caída, sólo se llamaba *Paseo del Generalísimo*, y me senté, porque hacía tanto calor pero sin embargo de la forma más imprudente, como tuve que decirme, en la terraza de café situada frente a la casa de los Cañellas, en donde durante años, incluso casi durante decenios, me he organizado mi comida fría, realmente siempre la misma, compuesta de jamón y queso y aceitunas y un vaso de agua, y pensé de repente con los ojos cerrados, sentado en aquel sillón de mimbre viejísimo pintado de blanco, mientras me tomaba un gran café exprés y el sol brillaba a través de los

plátanos, por desgracia todavía desnudos, en el nombre de aquella joven de Múnich a la que dirigí la palabra aquí en el *Borne* en mi última estancia en Palma y que luego, después de haberla invitado a tomar un café conmigo precisamente en aquella terraza en la que ahora estaba sentado en el sillón de mimbre con los ojos cerrados, me contó su horrible historia. *Anna Härdtl* se llamaba aquella joven. Y no fui yo quien le dirigí la palabra en el *Borne* sino al revés, ella a mí. Sea como fuere. Yo iba con una de las hijas de los Cañellas, a la que conozco de Viena, donde estudió música (piano, con el famoso Wührer) y que tiene una perfumería frente al café, riéndome por algún motivo que ya no recuerdo, por la avenida de plátanos, y pronuncié el nombre de *Anna*, esa *Anna* pronunciada por mí de pronto con voz fuerte se refería a una chica que conocimos en una visita a Andraitx, en una de las muchas excursiones de tarde que he hecho en los últimos años con las hijas de los Cañellas y que siempre recordamos con agrado. Cuando pronuncié ese *Anna*, ya no sé por qué tan fuerte, con tanto *¡ruido!*, y por tal razón, audible desde lejos, una joven que caminaba delante de nosotros se volvió súbitamente y dijo: *¿Sí?* Y luego, con la mayor confusión: *yo me llamo Anna*. Se había vuelto espontáneamente porque creía que la llamaban. La súbita contemplación de la joven había cambiado completamente mi humor y el de mi acompañante. Me había sentido espantado al contemplar a la joven. Evidentemente llevaba luto y daba una impresión de trastorno y miseria. No es mi estilo entablar conversación con una persona desconocida en un instante, para eso me faltan todas las condiciones, pero cuando vi el rostro de la joven, al instante y realmente sólo por un sentimiento instantáneo no de compasión sino de consternación inmediata ante un rostro tan desesperado, le dije a la joven si no quería sentarse a tomar un café en una terraza con nosotros, es decir, la hija de los Cañellas y yo; apenas había formulado la invitación, me lo reproché, porque había hecho esa invitación en un tono que hasta posiblemente heriría a la joven, nada protector, y me arrepentí ya de haber formulado siquiera la invitación, pero en ese instante la verdad es que no podía ya retirarla, ni lo que había dicho, y por eso repetí mi invitación en otro tono, según me pareció al principio más apropiado, pero que sin embargo era también totalmente desacertado, como volví a pensar entonces. Para mi sorpresa, la joven que se había presentado como *Anna Härdtl* accedió enseguida. Era agradable volver a hablar con personas después de varios días, dijo, y todo lo que dijo después fue dicho por una persona interiormente totalmente turbada y perturbada, vivía en Santa Ponça, había dicho, y luego algo de un fallecimiento, luego algo de un consulado cerrado, luego algo de una comida cara, de una habitación fría, todo aquello sonaba, ya mientras nos dirigíamos hacia el café, como dicho por una persona que está a punto de volverse loca. Apenas estuvimos sentados los tres en la terraza, tuve conciencia de toda aquella situación sumamente penosa y no supe ya en absoluto cómo tenía que reaccionar, después de haberme dejado totalmente en la estacada la menor de las Cañellas, que no comprendía nada de lo que acababa de ocurrir y se limitaba a mirar indiferentemente a la calle por la ventana, lo que yo no comprendía,

porque podía verse qué clase de persona se sentaba con nosotros a la mesa, y que era la más desesperada que cabe imaginar. Para la menor de las Cañellas que, como en general todas las españolas, no estaba acostumbrada a estar sentada de repente a una mesa con una persona extraña, toda la situación era penosa. Y yo me avergonzaba, sin poder decir palabra, buscando las palabras pero sin encontrar ninguna, y me reprochaba el haber forzado posiblemente de una forma francamente brutal a una persona a hacer algo que no quería, esa joven no quiere quizá sentarse a una mesa conmigo ni con la Cañellas, que no podía importarle nada, para tomar un café; sólo porque, con mi tono, si no grosero por lo menos nada delicado, la había puesto más o menos con mi invitación ante el hecho de tomar con nosotros café en la terraza, me avergonzaba y no estaba en condiciones de entablar conversación, de pronunciar una sola palabra, por no hablar de mostrar interés por lo que fuera que la joven había dicho con la mayor desesperación y desorientación. Así se sienta ahí una persona a la que he obligado a ello, pensé. La menor de las Cañellas, sin embargo, debía sentirlo de la misma forma, porque durante cierto tiempo no me dirigió una sola vez la mirada. Pero, pensando en mi vergüenza, yo no tenía ninguna posibilidad de salir de aquella situación que había provocado. De pronto le pregunté a la joven, por puro nerviosismo, su nombre, aunque me había dicho ya su nombre enseguida, después de haberla invitado al café. Pero ella lo repitió gustosa: *Anna Härdtl*. Yo no estaba a la altura de la situación. De forma que los tres nos quedamos callados y sabiendo cada uno en secreto por qué, y no podía desconocerse lo penoso que era aquel conjunto de circunstancias. De pronto oímos decir a Anna Härdtl lo siguiente: a finales de agosto había venido a Santa Ponça para pasar dos semanas, con su marido y un hijo de tres años, porque, después de haber abierto un negocio de artículos eléctricos en Trudering, un suburbio al este de Múnich, los dos, como también el niño, estaban totalmente agotados, sobre todo por las incesantes molestias, que los atormentaban, de las autoridades, que no los habían dejado en paz durante la apertura de ese negocio. No podía imaginarme, había dicho ella, todo lo que habían tenido que soportar ese año antes de la apertura del negocio y hasta entonces, lo más horrible era querer ser independiente, lo más imposible, hoy todavía mucho peor que nunca. Y su marido, eso lo había dicho ella enseguida desde el principio mismo, había sido de lo más difícil. Cuando ella dijo había sido supe enseguida que llevaba luto por su marido, hasta entonces no lo había comprendido. Su marido sólo tenía veintitrés años, dijo, procedía de Núremberg, de una familia pobre, mientras que ella procedía de una, según ella, más acomodada de las proximidades de Rosenheim. Su marido había estudiado en una escuela de ingeniería de Núremberg y había terminado efectivamente sus estudios en esa escuela de ingeniería, aunque ya se habían conocido y, por ello, para él había sido de lo más difícil seguir estudiando, pero finalmente lo consiguió, porque, si hubiera dejado de ir a la escuela de ingeniería, los pagos mensuales que su padre le hacía, de lo más exiguo naturalmente, según dijo ella, se habrían interrumpido, pero su marido hizo acopio de fuerzas y pudo terminar

realmente sus estudios de ingeniería *con éxito extraordinario*, según dijo ella, un semestre antes de lo que hubiera sido realmente preciso. Por ella había empezado el negocio de Trudering, lo que había sido idea de ella, porque tenía miedo de que su marido se pudriera en una oficina y porque era también mejor para aquella familia recién fundada tener su propio negocio que ir a una oficina, sobre todo la palabra *independencia* le había fascinado más que cualquier otra, pero había caído en la trampa de esa palabra. Su marido no había considerado una degradación ser en adelante un pequeño comerciante y no, como siempre en los suburbios, un empleado respetado, posiblemente de algún servicio público, en donde tendría garantizados unos ingresos durante toda la vida, al contrario, había hecho suyos inmediatamente los deseos de su esposa y pensado que, como comerciante, podría finalmente, mediante su trabajo e inteligencia, convertirse un día de pequeño comerciante insignificante en gran comerciante, incluso importante, si no le faltaba la suerte y podía confiar en su mujer. Después de esa decisión los dos habían podido alquilar y arreglar y finalmente abrir aquel local en Trudering. Pero aquellos acontecimientos tan rápidamente descritos por mí y vistos de forma igualmente rápida en el Borne, con los ojos cerrados, en el calor de la tarde, habían durado más de un año, que la joven calificó de desesperado, porque además de todos los horrores oficiales llegó el niño y luego, probablemente como consecuencia de todo, también una extraña enfermedad, una enfermedad latente, aunque no peligrosa sí desagradable y que le producía en todo el cuerpo manchitas pardas, de las que los médicos decían que nunca habían visto unas manchas así en un cuerpo. Pero finalmente los dos, con ayuda de los padres de la joven, que habían ayudado con una suma elevada, no más exactamente precisada sin embargo por la joven, habían podido abrir su negocio. Sin embargo, cuando estuvo abierto, comenzaron realmente las dificultades, dijo la joven, y yo lo oía otra vez claramente, sentado en mi sillón del Borne, su tono, todo. Los suministradores no querían suministrar a crédito y, sin embargo, las existencias debían ser tan grandes como fuera posible, luego suministraban algo equivocado o una mercancía defectuosa, como lo expresaba ella, a menudo llegaban una serie de cajas en las que había aparatos medio destruidos, porque los transportistas eran muy chapuceros y, en general, nadie aceptaba ya hoy ninguna responsabilidad por nada. Por una parte, estaba ocupada todo el día con el niño, por otra había tenido que ayudar todo el día en el negocio a su marido que, a diferencia de ella, que había ido en otro tiempo a una academia de comercio, curiosamente en Erlangen, probablemente porque tenía allí parientes, era tan poco entendido en el aspecto comercial que rayaba en la irresponsabilidad. Pero en ese sentido no podía hacer ningún reproche a su marido, porque *ella* lo había obligado más o menos a empezar el negocio y renunciar a su verdadera profesión, que era la de ingeniero eléctrico. Quizá fue equivocado por mi parte y el mayor de los errores, dijo, apartar a mi marido de su camino al fin y al cabo ya trazado y obligarlo a emprender ese negocio. Como es natural, no habían previsto las verdaderas dificultades, aunque habían estado

preparados para las mayores y, además, tenían tan buena voluntad y estaban en un período tan valeroso de esperanza de superar todas las dificultades que se les presentaran, por grandes que resultaran. Sin embargo, su marido, y eso sólo lo había comprobado ella cuando era ya demasiado tarde, era de lo más inadecuado para cualquier clase de independencia. Eso no lo había sabido ella, aunque hubiera tenido que verlo, porque al fin y al cabo había vivido con él suficiente tiempo antes de tomar la decisión de abrir el negocio de Trudering, pero quizá, según ella, vi todo eso pero sin querer verlo. Se lo había imaginado tan bonito, ser una comerciante en Trudering, en el fondo sin grandes aspiraciones y sencillamente feliz con su marido y sus hijos. No le habían salido bien las cuentas. A su marido lo había apartado de su camino y al niño, a causa de la participación de ella en el negocio, le faltaron la atención y el cuidado absolutamente indispensables para su educación. El niño se dio cuenta de cómo nos habíamos extraviado, dijo ella. La hija de los Cañellas, que al principio había querido despedirse pero a la que yo había rogado que se quedara, escuchaba ahora de repente con atención lo que decía la joven Anna Härdtl, naturalmente no mostraba ninguna emoción, lo que hubiera sido realmente pedir demasiado, pero me pareció entonces al menos llena de comprensión. Además, dijo la joven, el negocio había estado en una de las mejores calles de Trudering. Le costaba trabajo no romper a llorar, pero por otra parte la verdad es que yo no tenía la intención de distraerla de su infelicidad, que hasta entonces no nos había revelado en toda su extensión, porque la verdad es que ahora yo quería saber qué era lo que había pasado realmente entonces y luego. La joven, como es natural, no estaba en condiciones de hacer un relato cronológico y tal como ahora lo escribo es mucho más lógico de lo que ella pudo contar. Mis padres estaban demasiado lejos para poder ocuparse de nuestro hijo, dijo. Mi madre no quería hablar con mi marido; su madre, como todas las madres de hijas casadas, tenía la manía de que el marido de ella le había quitado a su hija, se la había arrancado de las manos y, de hecho, de una forma totalmente ilegal. En el fondo estábamos abandonados de todos y sólo teníamos las dificultades del negocio, dijo. Entonces, en el punto más alto del no-aguantar-más, según ella misma, tuvo la idea de ir en avión a Mallorca, con su marido y su hijo, para pasar unas semanas. No había contratado el viaje más barato, pero sí, sin embargo, casi el más barato, la habitación debía tener un balcón desde el que pudiera verse el mar, había sido su única exigencia, y a finales de agosto, es decir, hacía más de año y medio, había volado de Múnich a Mallorca. Sabe usted, dijo, al fin y al cabo sólo tengo veintiún años, y luego no pudo seguir hablando. *Fue en el Hotel París*, dijo, en el que estábamos alojados. Me lo había imaginado todo distinto. No pudo decir *en qué* distinto, ni siquiera cuando le pregunté en qué distinto pudo decirlo. Cuando por primera vez después de su llegada, muy de mañana, se metió con el niño en el mar, le dio asco. Y también al niño. Habían alquilado dos tumbonas y habían estado varias horas en silencio, inmediatamente debajo de los muros del hotel, en esas tumbonas, con otras mil o dos mil personas. No habían podido hablar en absoluto, porque junto

al hotel había unas obras que les impedían toda conversación. Habían intentado dejar el hotel, pero no fue posible, en ninguna parte encontraron alojamiento. Por eso, finalmente, pensaron ya al segundo día en volver a Múnich, pero tampoco pudieron hacerlo, porque no se podía conseguir plaza en el avión. De día y de noche teníamos que taponarnos los oídos, dijo, y de puro asco no nos metimos ya en el agua sino que fuimos hacia el interior, pero allí casi nos morimos de calor y de peste. Y ni por un instante escapaban al ruido, sólo por agotamiento podían dormirse siempre en una habitación de paredes tan delgadas que oían cuando en la habitación de al lado alguien se revolvía en la cama. Cuando abría la puerta del armario, dijo, veía el exterior, porque la parte de atrás del armario no era más que el muro de hormigón ya agrietado por la intemperie, no más espeso de diez centímetros. De noche había tales corrientes de aire que los tres nos enfriamos. También el niño se nos puso enfermo. Durante el día nos refugiábamos en el bar, en donde, aunque el aire estaba viciado, resultaba soportable. Teníamos pensión completa, dijo, pero no podíamos comernos la comida. Al quinto día ocurrió, dijo. Ella, sin duda otra vez por agotamiento, se había dormido hacia las dos de la madrugada y se había despertado luego hacia las cinco. Asustada. Estaba muy oscuro, dijo. Como mi marido no estaba en la cama y el niño dormía, me levanté y salí al balcón. Pero en el balcón no estaba mi marido. Volví a echarme en la cama, pero enseguida volví a levantarme y salí al balcón y tuve ya un presentimiento horrible, dijo, y miré por el balcón hacia abajo. Sobre el hormigón, debajo del balcón, había un cadáver, cubierto con una manta. Enseguida supe que era mi marido, dijo la joven. En el vestíbulo del hotel le dijeron que habían encontrado el cadáver ya a las tres de la madrugada sobre el suelo de hormigón, con la cabeza totalmente destrozada. El director del hotel le había dicho que no había querido despertarla y asustarla y por eso había esperado a que ella bajara al vestíbulo, como había ocurrido ahora. Si se trataba realmente de su marido, y de eso no había ninguna duda, y podía identificarlo sin reservas, él se ocuparía inmediatamente de todas las demás gestiones. La joven había podido hacer su relato de repente con mucha calma y yo tuve la impresión de que precisamente porque la había inducido a hacer ese relato se había calmado, pensaba ahora. Como si hubiera ocurrido ayer, volví a oírla hablar. Sin decir palabra había subido a buscar a su hijo al octavo piso, el ascensor estaba estropeado, como casi siempre en los hoteles baratos, y cogió al niño y volvió a bajar con el niño al vestíbulo. Entretanto, según ella misma, se habían congregado ya muchos curiosos, aunque sólo eran alrededor de las seis. Había aparecido un médico, la policía, y luego habían metido el cadáver de su marido en un coche fúnebre que habían hecho venir de Palma y se habían ido con él. Ella se había quedado entonces sentada en el vestíbulo, totalmente desinteresada de los acontecimientos, incapaz durante media hora de volver a levantarse y apretando a su hijo contra el cuerpo. Luego se había ido a su habitación y no la había dejado ya en dos días. Cuando al segundo día, hacia el mediodía, bajó al vestíbulo, le dijeron que su marido había sido enterrado en el cementerio de Palma, y le pusieron en la mano

un papel con el número de la sepultura. Eso fue todo. Fue en taxi al cementerio y, después de una desesperada búsqueda de horas, encontró la tumba. Había hecho un calor terrible y ella sólo había deseado una cosa, morir al instante. Pero como es natural su deseo no se cumplió. Para espanto suyo, ni siquiera habían enterrado a su marido solo, sino que lo habían metido, cadáver contra cadáver, con una *Isabella Fernández* muerta una semana antes, en uno de esos cajones de hormigón que sirven de sepultura, a una altura de siete pisos, y son necesarios y corrientes en los países meridionales, por falta de sitio. Así estaba con su hijo, dos días ya después de la muerte de su marido, del que nadie sabía por qué razón ni cómo había caído al vacío desde el balcón del Hotel París, ante una sepultura hormigonada hacía tiempo, en la que ni siquiera estaba inscrito el nombre de él, sólo el nombre de una mujer totalmente extraña para ella, de setenta y dos años, y el número picoteado en la amarillenta lápida de mármol que era el número de su marido. También ese relato lo hizo la joven, que entretanto había encargado otro café, con mucha calma. Entonces se levantó de pronto y dijo que, en realidad, había estado a punto de ir al cementerio, como todos los días, llevaba ya ahora siete en Palma e iba todos los días al cementerio, en el que se orientaba ya muy bien. Hubiera preferido quedarse aquí en Palma, porque en Alemania sólo sería desgraciada. Entretanto había estado ya dos veces en Palma, a causa de los aspectos jurídicos que había tenido para ella aquel triste acontecimiento. Al principio había creído poder confiar en el consulado alemán, pero ese consulado la había dejado totalmente en la estacada, y finalmente había considerado un atrevimiento ser molestado por Anna Härdtl, y la joven había renunciado a seguir acudiendo al consulado, pero entonces había caído en manos de un astuto abogado palmesano, que sin duda lo arregló todo, pero le costó no sólo toda su fortuna sino además una suma elevada, que tomó a préstamo en un banco de Múnich. Sin embargo, lo más extraño de todo el asunto había sido que por parte de la policía, en aquel caso, no había habido la menor relación con Anna, nunca había hablado con nadie de la policía y sólo le habían enviado la cuenta de la empresa funeraria. Mucho después me dijo la hija de los Cañellas que, por un instante, había creído que al fin y al cabo podía tratarse de un asesinato, aunque ese pensamiento resultó completamente absurdo y además no volvimos a pensarlo. El hecho era, sin embargo, que las rejas del balcón del Hotel París de Santa Ponça sólo tienen setenta centímetros de altura y realmente están prohibidas también según la ley española y lo más probable es que el joven Härdtl saliera sólo un instante al balcón, para tomar el aire, posiblemente sólo para encender un cigarrillo y, quizá todavía en lo que se llama duermevela, cayera al vacío por encima de la reja del balcón, directamente al hormigón que había bajo el balcón. Entretanto se había iniciado un procedimiento, dijo ahora la joven Härdtl, ya de pie y a punto de ir al cementerio, pero no tenía idea siquiera de *qué clase* de procedimiento. Había traído una fotografía de su marido de Múnich que quería mostrarnos, y nos mostró la fotografía, en la que aparecía un joven de pelo oscuro, un adolescente como millones de otros, sin nada de



extraordinario, delgado, de rasgos tristes, más bien un tipo meridional, pensé, no bávaro. Y entonces no fui yo quien tuvo la idea o la monstruosidad de preguntar a la joven Härdtl si tenía algún inconveniente en que nosotros, la menor de las Cañellas y yo, la acompañásemos al cementerio, sino la Cañellas. No sé qué se proponía con ello, probablemente había querido tener pruebas, la contemplación casi directa de la tragedia, de la que ahora, aunque era ya mucho, habíamos vuelto a tener sólo unas insinuaciones más bien torpes. Los tres subimos entonces por Jaime III y tomamos luego un taxi hasta el cementerio. El cementerio de Palma es gigantesco y al principio, al menos para las ideas centroeuropeas, causa una impresión insólitamente extraña y por ello siniestra, recuerda más bien el Norte de África y el desierto, y yo pensé, aunque siempre había pensado que me daba igual, que *allí* no quería ser enterrado. La joven Härdtl no sabía ya por qué entrada del cementerio tenía que entrar el taxi y realmente el taxi se detuvo en el punto más equivocado. De forma que la joven comenzó a vagar apresuradamente, perdiéndonos continuamente, unas veces en una dirección, otras en otra, sin soltar de la mano la fotografía de su marido muerto y sin encontrar la sepultura. Finalmente, le rogué que preguntara a las personas que había delante del depósito de cadáveres, del que brotaba un olor de putrefacción indescriptible, dónde estaba la sepultura de su marido muerto. Sin embargo, ella no estaba en condiciones de hacerlo. Le quité la foto y le dije a uno de los hombres de abrigo de plástico grises que había delante del depósito el número de la sepultura y él señaló en una dirección determinada, en la que fuimos entonces los tres, la joven Härdtl delante y nosotros detrás, la situación no hubiera podido ser más penosa ni más repulsiva, pero al fin y al cabo nosotros lo habíamos querido así, lo habíamos provocado así y no tanto, según creo, por compasión como por curiosidad, incluso probablemente por afán de sensacionalismo, a lo que había contribuido mucho al final la menor de las Cañellas. Al final estuvimos ante uno de aquellos miles de cubos de mármol hormigonados, en el que pudimos leer el nombre, recientemente grabado, de *Isabella Fernández*. La joven Härdtl tenía ahora lágrimas en los ojos y trató de fijar a la lápida de mármol la foto de su marido que había traído, lo que al principio no consiguió. Sin embargo, yo tenía por casualidad un resto de cinta adhesiva en el bolsillo y sujeté con ella la foto al mármol. La joven Härdtl había escrito con lápiz bajo el nombre de *Isabella Fernández* el nombre de su marido, es decir, *Hans Peter Härdtl*, la lluvia había borrado algo ese nombre, pero todavía podía leerse claramente. La gente pobre, dijo, o la que se ve afectada súbitamente por una desgracia así y no sabe hacerse entender bien, si se muere, va a parar, ya el mismo día, a uno de esos cubos de hormigón situados en alto, que a menudo no están destinados sólo a dos sino a tres cadáveres. Por todas partes, de las lápidas de mármol hormigonadas, colgaban ramilletes de flores de plástico pequeños o grandes. El cementerio entero estaba lleno del olor del depósito de cadáveres. Al principio, había pensado yo, ahora dejaremos sola a la joven Härdtl, pero luego me pareció mejor llevarla otra vez en taxi a la ciudad y, cuando ella comenzó a llorar a lágrima viva,

apartamos la vista avergonzados y miramos hacia abajo, al desierto que había detrás del cementerio. Al cabo de unos cinco minutos no tuvo ya fuerzas para estar allí y nos rogó que la sacáramos del cementerio. Salimos y, como no se veía ningún taxi por parte alguna, encargamos uno por medio del portero del manicomio que había contiguo al cementerio, en un gran parque lleno de palmeras. Volvimos a la ciudad, pero entonces decidimos llevar a su hotel a la joven, que hacía ahora la impresión más triste que cabe imaginar. Otra vez había buscado como alojamiento un hotel horrible, pensé, pero al mismo tiempo que al fin y al cabo no le quedaba otra solución, porque, como sencillamente no poseía otra cosa que su horrible desgracia, no tenía otra opción que ir a aquel espantoso *Hotel Zenith*, que es el más venido a menos de toda Cala Mayor y en el que, sobre todo, confinan a las viudas alemanas de setenta a noventa años sus hijos de Alemania, con la segunda intención de deshacerse de ellas definitivamente y de la forma más barata. Doce semanas en un hotel así con pensión completa no cuestan tanto como vivir decentemente media semana en Alemania, me digo. Decenas de miles de viudas alemanas encuentran todos los años en Navidades, bajo el árbol de Navidad, lo que se llama un *vale de invernada*, lo que se llama una *estancia prolongada*, como ofrecen las agencias de viajes a centenares en todos los hoteles imaginables entre los más horribles de Mallorca, y son enviadas de viaje a Mallorca, de donde, y ése es el secreto de sus hijos y costeadores de los vales, no volverán ya a ser posible y, si vuelven, lo harán nada más que como lo que llaman un *joschi*, lo que en la jerga de las agencias de viaje equivale a un cadáver envasado en una bolsa de hielo. Naturalmente, conozco también esa Mallorca y esa Palma. *Vivir en el Zenith* es de lo más deprimente, tomar el desayuno en un llamado comedor pestilente, con muebles de plástico rotos y sucios, que es un sótano oscuro y sin luz y con ancianos y ancianas ya extinguidos que se arrastran penosamente con muletas, y disfrutar de la vista del mar contemplando los infranqueables muros de hormigón de las altas casas de alquiler que se alzan a sólo cinco o seis metros de la ventana. *¿Vive ahí?*, dije yo, cuando dejamos bajar a la joven Härdtl. No hubiera debido decirlo, porque la consecuencia de mi *¿Vive ahí?* fue un violento ataque de llanto que brotó de ella. Como hubiera sido imposible interrumpir para siempre el contacto con aquella joven desesperada, realmente sola en su terrible desgracia, con aquel ataque de llanto, los dos, la menor de las Cañellas y yo, decidimos llevar a la joven Härdtl la tarde siguiente al *escenario*, ¡según su propio calificativo!, de su desgracia, ella nos lo rogó y no pudimos decirle que no, aunque supiéramos que con ello nos adentraríamos aún más en una situación ya apenas soportable. En mi hotel, como es natural, no dormí, el encuentro con la joven Härdtl se había convertido en una pesadilla casi insoportable. A las once en punto, como habíamos convenido, la menor de las Cañellas y yo recogimos a la Härdtl en el Hotel Zenith. Si se quisiera describir esa clase de hoteles, que son construidos y explotados casi exclusivamente por codicia, habría que decidirse a describir una letrina para personas, lo que no es mi intención. Fuimos, ahora en el coche de la menor de las Cañellas, a Santa Ponça y nos

dirigimos enseguida al Hotel París, que naturalmente no conocíamos. Anduvimos entre dos muros de hormigón, contruidos a sólo metro y medio uno del otro y evidentemente por dos propietarios, nos abrimos paso por decirlo así y de repente nos encontramos en un lugar desde el que podía verse precisamente el balcón desde el que el joven Härdtl cayó al vacío. Ahí arriba está el balcón, dijo la joven Härdtl, mostrándonoslo. Y ahí abajo estaba tendido, dijo. Nadie dijo nada más. Nos volvimos a abrir paso de vuelta entre los muros y subimos al coche. En silencio volvimos en coche a Palma, dejando antes a la joven en su Hotel Zenith. Nunca la volvimos a ver. Nos resultó imposible. Por otra parte, no habíamos quedado ya en nada con ella. Además, ella quería volver en avión a Múnich al día siguiente. Todavía veo su cara cuando se despidió. Siempre veré esa cara. La menor de las Cañellas, chica inteligente; que entretanto, ¡a los veinticuatro años!, ha conseguido ya dar un concierto de Chopin en Zaragoza y otro en Madrid, y ser invitada ya a los Festivales de Salzburgo, me propuso ir hasta las cercanías de Inca, para cenar allí. Recuerdo que estuvimos hasta las dos de la madrugada y que, lo que no había hecho desde hacía más de veinte años, bailé con ella. Me desperté con esa imagen en mi sillón de mimbre del Borne y miré hacia las ventanas de los Cañellas que tenía enfrente. Tenían luz y por consiguiente estaban en casa. Pero hoy, ya hoy, no me presentaré, me dije, y quién sabe si me presentaré siquiera. ¡Un hombre en mi estado! Ya veré. Llegaba el crepúsculo, me levanté, pagué y volví a mi hotel, lentamente, como corresponde a un enfermo. En el muelle hablé con algunos pescadores. Pero sólo brevemente, para seguir mi camino enseguida. Vemos tanta tristeza, me dije en el camino hacia el Meliá, *cuando* miramos, vemos la tristeza y la desesperación de los otros, mientras que los otros ven las nuestras. Quiere venirse a vivir a Palma, esa joven desgraciada, pensé, para estar en la proximidad más próxima de su joven marido muerto. Pero ¿cómo y de qué vivirá en Palma? Si, como dice, no puede vivir ya ahora en Alemania, aquí tampoco podrá en absoluto. Como es natural, tampoco ahora podía quitarme de la cabeza el pensamiento de aquella joven y me pregunté cuál podía ser realmente la razón de que inmediatamente en el Borne, es decir, en cuanto me senté en el sillón de mimbre al lado de la calle, hubiera vuelto a enfrentarme con aquella tragedia, por qué me había dejado realmente enfrentar con ella. Hubiera debido concentrar todas mis energías en mi Mendelssohn Bartholdy, pero mi pensamiento en ese trabajo mío se me había olvidado ya a causa de la tragedia de la Härdtl, que al fin y al cabo, como tuve que pensar enseguida otra vez, se remonta en realidad a más de dos años, y quizá sólo ahora me afecta realmente esa tragedia, mientras que la joven Härdtl, la verdadera víctima, y su hijo, posiblemente en estos momentos hace ya tiempo que la han superado, también eso sería posible, pensé lógicamente. Realmente, después de mi última estancia en Palma no había vuelto a pensar en la Härdtl y en su desgracia, nunca la había recordado. Ahora, sin embargo, por el hecho de haberme sentado en el Borne en el sillón de mimbre, para tranquilizarme y también para descansar realmente, ella estaba otra vez de repente en

mi cabeza y no hacía más que taladrarla, volviéndome casi loco. En el camino del hotel, había querido al principio llamar aún a la puerta de las Cañellas, pero luego había podido dominarme y no había llamado, en el camino del hotel pensé entonces que había querido ya tres o cuatro veces comenzar en Palma mi Mendelssohn Bartholdy y nunca lo había conseguido. *En ninguna parte* lo había conseguido. Ni en Sicilia, ni en el lago de Garda, ni tampoco en Varsovia, tampoco en Lisboa, ni en el Mondsee. En todos esos lugares y muchos más había intentado una y otra vez comenzar mi Mendelssohn Bartholdy, a todos esos lugares había ido en el fondo sólo, una y otra vez para empezar mi Mendelssohn Bartholdy, y me había quedado en ellos tanto tiempo como había podido, inútilmente. Con ese pensamiento, como es natural, mi camino hasta el hotel me deprimió. De pronto, un aire espeso y maloliente, un aire opresivo, tuvo la culpa de un súbito ahogo, que me hizo detenerme en el pequeño parque que hay delante del Club Náutico, incluso tuve que sentarme en uno de los bancos de piedra que allí hay, para tranquilizarme. Esos ataques de ahogo se me producen de pronto, nunca sé por qué, por qué razón momentánea, y entonces me trago dos o tres píldoras de glicerina, del tubito de cristal que llevo conmigo ininterrumpidamente, a dondequiera que vaya. Pero de todas maneras hacen falta cinco o diez minutos para que hagan su efecto. Cómo se ha deteriorado sin embargo mi estado en comparación con mi última estancia, pensé. Si me vieran los Cañellas se asustarían. Por otra parte, pienso, no se ve en mí realmente *mi verdadero estado*, que difícilmente podría ser peor, o me lo imagino al menos. Hacerlo todo lentamente, todo con prudencia, me dije, prudentemente, éstas eran las palabras más insistentes de los internistas. Pero no renunciaré, pensé. Precisamente ahora no. Al principio el aire es espléndido, aromático, revivo por completo y, en un instante, me golpea como a un perro. Lo conozco. Pero, de todas las condiciones climáticas que conozco, las de Palma son las mejores. Y la isla sigue siendo la más bella de Europa, ni siquiera los cientos de millones de alemanes y los igualmente horribles y pendencieros suecos y holandeses han podido aniquilarla. Hoy es más bella que nunca. ¿Y qué lugar y qué región y qué lo que sea, pensé, no tiene siempre su reverso? Es una suerte haberme marchado de Peiskam y haber empezado en Palma de nuevo. Es un nuevo comienzo, pensé, y me levanté del banco de piedra y seguí mi camino. Las palmeras, que recordaba tan grandes, eran ahora mucho mayores aún, de unos veinte metros de altura, y todas tenían aproximadamente a la mitad de su último tercio superior una ligera curvatura. Qué espléndidas brillaban las luces de los buques de pasaje desde el gran puerto. *Hotel Victoria*, leí, también allí me había alojado en otro tiempo, pero ahora, en los últimos años, toda la repulsiva jauría de los llamados nuevos ricos se ha lanzado sobre él, haciéndolo insoportable. *No, nunca más en el Victoria*, me dije. Ahora caminaba, unos quince minutos después de mi ataque de ahogo, con mucha ligereza a lo largo del muelle y, de forma totalmente inconsciente, había vuelto a adoptar mi vieja costumbre: contaba los mástiles de los barcos de vela y de los yates, fondeados aquí a millares, la mayoría pertenecían a ingleses que querían vender sus

barcos y casi uno sí y otro no tenían un letrero de *for sale*; ahora también Inglaterra ha abdicado definitivamente, dije en alta voz. Sin embargo, la frase me divirtió, aunque hubiera podido ponerme más triste de lo que ya estaba. En el hotel no fui enseguida a mi habitación, sino que me quedé sentado en el vestíbulo. Si vemos a una persona desconocida, me dije, desde un lugar en el vestíbulo realmente ideal, queremos saber enseguida quién puede ser y de dónde ha salido. A esa curiosidad puedo ceder del mejor modo en los vestíbulos de los hoteles, y en cualquier estancia de hotel la convierto siempre en mi juego favorito. ¿Quizá sea ingeniero? ¿O, más exactamente, constructor de centrales eléctricas? ¿Quizá sea ése médico, internista o cirujano? ¿Y ése comerciante al por mayor? ¿Y ése bancarrota? ¿Un príncipe?, en cualquier caso, venido a menos. De esa forma puedo estar sentado durante horas en el vestíbulo de un hotel, preguntándome quién es éste o aquél, y finalmente quiénes son todos los que pasan por el vestíbulo. Si estoy cansado, me voy a mi habitación. Aquella noche, sólo a causa del paseo por el Borne y vuelta y, sobre todo, por la catástrofe de aquella Hårdtl, que no había podido quitarme de la cabeza en todo el tiempo, estaba completamente agotado. Antes me llevaba un vaso de *whisky* a la habitación, ahora sólo un vaso de agua mineral. Pensé, me dormiré, pero no me dormí. La verdad es que era una suerte que me hubiera echado el abrigo de piel por los hombros, pensé, con seguridad me hubiera enfriado sentado en el Borne. Cuando tenemos las frases en la cabeza, pensé, todavía no tenemos la seguridad de poder llevarlas al papel. Las frases nos dan miedo, al principio nos da miedo la idea, luego la frase, luego el no tener ya posiblemente esa frase en la cabeza cuando queremos anotarla. Muy a menudo escribimos una frase *demasiado pronto*, y otras veces *demasiado tarde*; tenemos que escribir la frase en el momento exacto, de otro modo se pierde. Mi trabajo sobre Mendelssohn Bartholdy es al fin y al cabo *un trabajo literario*, me dije, *no un trabajo musical*, mientras que, sin embargo, es un trabajo totalmente musical. Nos dejamos cautivar por un tema y estamos cautivos de él muchos años, decenios y, llegado el caso, nos dejamos aplastar por un tema así. Porque no lo acometemos suficientemente pronto o porque lo hemos acometido demasiado pronto. El tiempo nos lo aniquila todo, da igual lo que hagamos. Coloqué los libros y escritos necesarios para mi trabajo en el escritorio que me habían puesto en la habitación del hotel, tan ordenadamente, que en definitiva pudiera confiar también en la exactitud, es decir, en la legitimidad de su ordenación. Probablemente sólo por eso no he podido comenzar mi trabajo una y otra vez, porque los libros y escritos no estaban bien ordenados en mi escritorio, me dije. Antes de ir a mi habitación, les di a todos una propina, según creo, muy generosa, tenía la impresión de que todos la consideraron tan elevada como yo. Al fin y al cabo siempre lo han hecho todo por mí, son tan amables como siempre. Desde hace treinta años vengo a Palma y desde hace más de diez años al Meliá, esa gente conoce al Austríaco. Cada vez he dicho a mi llegada que escribiría un trabajo sobre mi compositor favorito, pero hasta hoy no lo he escrito. Cuando llego a mi habitación setecientos treinta y cuatro,

hay ya un montón de papel sobre el escritorio. Cuando me marché, el montón de papel no existe ya, porque lo he escrito todo, aunque lo haya ido tirando poco a poco. ¡Quizá tenga suerte este año!, me dije. Salí al balcón, pero la luz cruda que bañaba la catedral me cegó y me retiré definitivamente por esa noche a mi habitación, corrí las cortinas y creí, como queda dicho, poder dormir, pero naturalmente no me pude dormir. Cuando ella vino a Palma en avión por primera vez después de la muerte de su marido, se enteró con espanto a su regreso de que, entretanto, habían limpiado su negocio de Trudering, salvo algunos objetos sin valor. El seguro que había concertado cuando vivía aún su marido no pagó, porque ella no había protegido su negocio de acuerdo con las normas de seguridad, según la Härdtl. Luego la demandó una empresa norteamericana, de la que había tenido la mayoría de los aparatos en depósito, será un proceso de millones, según la joven Härdtl. Pero a una persona así, pensé, llevaba ya echado en la cama tres horas, sin poder dormir, no se la puede ayudar. Hay realmente millones de esas naturalezas desgraciadas, a las que no se puede salvar de su desgracia. Van, mientras viven, de desgracia en desgracia, sin que se pueda hacer nada para remediarlo. Una persona así es la joven Härdtl, pensé. Me levanté y puse el libro de Moscheles, que estaba al lado derecho del escritorio, sobre el libro de Schubring, en el lado izquierdo, debajo del libro de Nadson. Luego volví a echarme en la cama. Pensé en Peiskam, que probablemente estaba totalmente nevado y con hielo. Cómo había podido pensar siquiera que ese invierno podría permanecer aunque sólo fuera unas semanas en Peiskam. La verdad es que soy muy testarudo, pensé. He agotado totalmente Peiskam y todo lo que con él se relaciona, pensé. *No olvidar a Johann Gustav Droysen, pensé. 1844, terminación del concierto para violín en mi bemol, pensé.* Me levanté y anoté esa frase, para volver a echarme enseguida. *Primera representación del Elias en Birmingham, 26 de agosto de 1846, recordé,* y otra vez me levanté y fui al escritorio e hice la oportuna anotación. Cuando encontramos a una persona como la Härdtl, pensé, que es *tan* desgraciada, nos decimos enseguida que nosotros mismos no somos *tan* desgraciados como creemos, al fin y al cabo tenemos un trabajo intelectual. Pero ¿qué tiene esa joven, salvo un niño de tres años de un hombre que se le murió a los veintitrés, y de qué forma? Realmente, nos consolamos inmediatamente ante una persona *todavía* más desgraciada. Y nuestra enfermedad, incluso nuestra enfermedad mortal, no es casi nada. En lugar de escribir sobre Mendelssohn, escribo estas notas, pienso y: tengo que llamar a Elisabeth, mi hermana, en Viena. Hasta las dos y media de la madrugada no me dormí, pensaba en mi trabajo, *diez años aplazado, desplazado,* pensaba y en cómo lo empezaría por la mañana, con qué frase, y de repente tuve una serie de, así llamadas, primeras frases en la cabeza. Y a la joven Härdtl. Su desgracia es, me dije, haber obligado al joven Härdtl, su marido, a renunciar a una carrera de ingeniero y a ocuparse de un negocio que no le convenía, y por añadidura, por la razón que fuera, haberlo convencido para hacer aquel viaje a Mallorca. Una idea horrible, pensé, ¡ir a Palma a finales de agosto! La ciudad y la isla entera sólo son bellas en invierno, pero

entonces son más bellas que cualquier otra cosa en el mundo. Sólo había dormido dos horas y a las cinco y media me desperté con este pensamiento: tengo ahora cuarenta y ocho años y estoy hartado. Al final no tenemos que justificarnos, ni a nosotros mismos ni a nada. No nos hemos hecho a nosotros mismos. Y, en lugar de abordar a Mendelssohn, lo que al fin y al cabo me había propuesto sin falta y para lo que en el fondo tenía de repente, como había creído a las tres y media de la madrugada, las condiciones ideales, al despertarme no pensé más que en la joven Härdtl. El caso no me dejaba en paz y me levanté ya a las seis menos cuarto con un dolor de cabeza quizá relacionado también con un inminente cambio de tiempo, porque no quería exponerme de ningún modo a una depresión previsible y que realmente me acometería con seguridad, entre el estar echado y el de levantarme. La joven Härdtl no me dejaba en paz y, como es natural, esa mañana no estaba en absoluto en condiciones de comenzar mi trabajo sobre Mendelssohn. Tengo que ir tan rápidamente como pueda al cementerio, me dije, no sé por qué razón de repente con una decisión espantosa. Encargué ya antes de las siete un taxi y me dirigí al cementerio. Allí no tuve ninguna dificultad para encontrar el último lugar de reposo del joven Härdtl. En pocos minutos estuve allí. Pero, para mi estupefacción, no estaban ya en la lápida de mármol correspondiente, empotrada en el hormigón, lo mismo que hacía sólo año y medio, los nombres de *Isabella Fernández* y *Hans Peter Härdtl*, sino, cincelados ya los dos en el mármol, *Anna* y *Hans Peter Härdtl*. Me di la vuelta al instante y me dirigí rápidamente al portero del cementerio que prestaba servicio junto al depósito de cadáveres. Después de haberle podido hacer comprender muy claramente mi pregunta y, según pude ver, incluso muy bien en español, el portero pronunció varias veces la palabra suicidio. Corrí al manicomio de enfrente para hacer venir un taxi, lo que desde el cementerio no era posible y volví inmediatamente al hotel. Corrí las cortinas de mi habitación, escribe Rudolf, me tomé varias pastillas de somnífero y no me desperté hasta veintiséis horas más tarde, con la mayor angustia.

# **Extinción**

## **Un desmoronamiento**



«Siento la muerte que me aprieta sin pausa la garganta o los riñones. Pero yo estoy hecho de otro modo: para mí es una por todas partes.»

MONTAIGNE

## El telegrama

Después de la conversación con mi alumno Gambetti, con quien me reuní el veintinueve en el Pincio, escribe Murau, Franz-Josef, a fin de convenir las fechas de mayo para nuestras lecciones y cuya gran inteligencia me sorprendió también entonces, a mi regreso de Wolfsegg, entusiasmandome incluso de una forma tan animadora que, muy en contra de mi costumbre de ir directamente por la Via Condotti a la Piazza Minerva, y de un humor cada vez más alegre también al pensar que, desde hacía ya tiempo, me había afincado realmente en Roma y no en Austria, fui a mi nuevo piso por la Flaminia y la Piazza del Popolo, a lo largo de todo el Corso, y recibí, hacia las dos de la tarde, el telegrama en que me comunicaban la muerte de mis padres y de mi hermano Johannes. *Padres y Johannes muertos en accidente. Caecilia, Amalia.* Con el telegrama en las manos, fui serenamente y con la cabeza clara a la ventana de mi cuarto de trabajo y miré abajo, a la totalmente desierta Piazza Minerva. Había dado a Gambetti cinco libros, que estaba convencido le serían útiles o necesarios en las próximas semanas, y le había encargado que estudiara esos cinco libros de la forma más atenta y con la detención que el caso exigía: *Siebenkäs* de Jean Paul, *El proceso* de Franz Kafka, *Amras* de Thomas Bernhard, *La portuguesa* de Musil y *Esch o la anarquía* de Broch, y pensaba ahora, después de haber abierto la ventana para poder respirar mejor, que mi decisión de dar a Gambetti precisamente esos cinco libros y no otros había sido acertada, porque, en el curso de nuestras lecciones, le resultarían cada vez más importantes, y de forma muy discreta le había insinuado que, la próxima vez, analizaría con él las *Afinidades electivas* y no *El mundo como voluntad y representación*. Hablar con Gambetti había sido también para mí ese día, de nuevo, un gran placer, después de las conversaciones con mi familia en Wolfsegg, fatigosas, torpes y reducidas sólo a unas necesidades cotidianas totalmente privadas y primitivas. Las palabras alemanas cuelgan del idioma alemán como pesos de plomo, le dije a Gambetti, y oprimen en todo caso el espíritu hasta un nivel nocivo para ese espíritu. El pensamiento alemán, como el habla alemana, se paraliza muy rápidamente bajo el peso humanamente indigno de ese idioma, que reprime todo lo pensado antes de que se exprese siquiera; bajo el idioma alemán, el pensamiento alemán sólo ha podido desarrollarse difícilmente y nunca por completo, a diferencia del pensamiento latino en los idiomas latinos, como prueba la historia de los esfuerzos seculares de los alemanes. Aunque estimo más el español, probablemente porque me resulta más familiar, aquella mañana me dio Gambetti otra vez una valiosa lección sobre la facilidad y la ligereza y la *infinitud* del italiano, que se encuentra con el alemán en la misma relación que un niño de familia acomodada y feliz, criado de una forma completamente libre, y otro oprimido, golpeado y, por consiguiente, *mal* tratado, de la más pobre de las familias pobres. Por ello deben valorarse tanto más los logros de *nuestros* filósofos y escritores. Cada palabra, le dije, tira inevitablemente hacia abajo de su pensamiento, cada frase, sea lo que fuere lo

que se hayan atrevido a pensar, los aplasta contra el suelo, aplastando así siempre *todo* contra el suelo. Por eso también su filosofía y también sus poemas son como de plomo. De pronto le cité a Gambetti una frase de Schopenhauer de *El mundo como voluntad y representación*, primero en alemán y luego en italiano, intentando probarle a él, Gambetti, lo pesadamente que descendía la balanza en el platillo alemán simulado por mi mano izquierda, mientras, por decirlo así, el italiano de mi mano derecha ascendía bruscamente. Para mi diversión y la de Gambetti, dije diversas frases de Schopenhauer primero en alemán y luego en mi propia traducción italiana, dejándolas así claramente en evidencia, para todo el mundo, pero sobre todo para Gambetti, con la balanza de mis manos, y desarrollando luego poco a poco un juego, llevado por mí a sus últimas consecuencias, que terminó finalmente con frases de Hegel y un aforismo kantiano. Desgraciadamente, le dije a Gambetti, las palabras pesadas no son siempre las de más peso, lo mismo que las frases pesadas no son siempre las de más peso. Pronto mi juego me agotó. De pie ante el Hotel Hassler, hice a Gambetti un breve relato de mi viaje a Wolfsegg, que al final me pareció a mí mismo demasiado detallado, incluso, realmente, demasiado verboso. Había intentado hacer para él una comparación entre nuestras dos familias, contraponiendo el elemento alemán de la mía al italiano de la suya, pero en definitiva no hice más que enfrentar la mía y la suya, lo que tenía que deformar mi relato y, en lugar de ilustrar a Gambetti, molestarlo de una forma desagradable. Gambetti es buen oyente y tiene un oído muy fino, educado por mí, para el fondo de verdad y la lógica de cualquier exposición. Gambetti es alumno mío y, a la inversa, yo soy alumno de Gambetti. Aprendo de Gambetti por lo menos tanto como Gambetti de mí. Nuestra relación es la ideal, porque tan pronto soy yo el profesor de Gambetti y él es mi alumno, como es Gambetti mi profesor y yo soy su alumno, y muy a menudo ocurre que ninguno de los dos sabemos si es Gambetti en ese momento el alumno y yo el profesor o a la inversa. Entonces se ha establecido nuestra *situación ideal*. Oficialmente, sin embargo, sigo siendo el profesor de Gambetti, y me pagan para enseñar a Gambetti, más concretamente, me paga el acaudalado padre de Gambetti. Dos días después de volver de la boda de mi hermana Caecilia con el fabricante de tapones de botellas de vino de Friburgo, su marido y actualmente mi cuñado, tengo que volver a hacer mi bolsa de viaje, ayer mismo deshecha, que no he guardado aún y he dejado en la silla junto a mi escritorio, y regresar a Wolfsegg, que en los últimos años se me ha vuelto en definitiva más o menos repugnante, pensé, mirando todavía desde mi ventana abierta a la Piazza Minerva, y el motivo no es ahora ridículo y grotesco, sino horrible. En lugar de hablar con Gambetti del *Siebenkäs* y de *La portuguesa*, tendré que ponerme en manos de mis hermanas, que me aguardan en Wolfsegg, en lugar de hablar con Gambetti de las *Afinidades electivas*, tendré que hablar con mis hermanas del entierro de mis padres y mi hermano y de su herencia. En lugar de pasear con Gambetti de un lado a otro por el Pincio, tendré que ir a la alcaldía y al cementerio y a casa del párroco y pelearme con mis hermanas por las formalidades del entierro.

Mientras volvía a guardar en la bolsa la ropa blanca que había sacado la noche anterior misma, traté de aclararme las consecuencias que tendrían la muerte de mis padres y la muerte de mi hermano, sin llegar a ninguna conclusión. Pero, como es natural, tenía conciencia de lo que la muerte de esas tres personas que me estaban más próximas, al menos sobre el papel, exigía de mí ahora: todas mis fuerzas, toda mi firmeza. La calma con que había llenado poco a poco la bolsa con lo que necesitaba para el viaje, haciéndome cargo al mismo tiempo de mi porvenir inmediato, trastornado por esa desgracia indudablemente espantosa, sólo me resultó inquietante mucho después de haber vuelto a hacer la bolsa. La pregunta de si había querido a mis padres y a mi hermano, y que había rechazado enseguida con la palabra *naturalmente*, quedó sin respuesta no sólo en el fondo, sino realmente. Desde hacía ya tiempo no tenía con mis padres ni con mi hermano lo que se llama una buena relación, sino sólo una relación tensa, en los últimos años nada más que indiferente. De Wolfsegg y, por consiguiente, tampoco de ellos, no quería saber nada hacía ya tiempo, y a la inversa tampoco ellos querían saber nada de mí, ésa es la verdad. A partir de esa conciencia, nuestra mutua relación se había basado más o menos en la necesidad de su existencia. Pensé, tus padres te echaron hace veinte años no sólo de Wolfsegg, al que hubieran querido encadenarte para toda la vida, sino también de sus sentimientos. Mi hermano me envidió sin pausa, durante estos veinte años, mi marcha, mi *independencia megalómana*, como me dijo una vez, esa *despiadada libertad*, y me odió. Mis hermanas, en su recelo hacia mí, fueron siempre más lejos de lo permitido entre hermanos, y me persiguieron también con su odio desde el momento en que volví la espalda a Wolfsegg y, por consiguiente, también a ellas. Ésa es la verdad. Levanté la bolsa, era, como siempre, demasiado pesada, y pensé que, en el fondo, resultaba completamente superflua, porque tengo de todo en Wolfsegg. ¿Para qué cargar con esa bolsa? Decidí irme a Wolfsegg sin bolsa, y volví a sacar lo guardado y lo puse ordenadamente en el armario. Queremos como es natural a nuestros padres e igualmente como es natural a nuestros hermanos, pensé, otra vez de pie junto a la ventana y mirando a la Piazza Minerva, que seguía desierta, y no nos damos cuenta de que, a partir de un instante determinado, los odiamos, en contra de nuestra voluntad pero de la misma forma natural con que antes los queríamos, por todas las razones de las que sólo años, a menudo también sólo decenios después, tenemos conciencia. El momento exacto en que no queremos ya, sino que odiamos, a nuestros padres y nuestros hermanos no podemos determinarlo ya y tampoco nos esforzamos ya por averiguar ese momento exacto, porque en el fondo nos da miedo hacerlo. Quien deja a los suyos en contra de la voluntad de ellos y, por añadidura, de la forma más implacable, tiene que contar con su odio y, cuanto mayor era antes su amor por nosotros, tanto mayor es, cuando hemos hecho lo que habíamos jurado, su odio. Durante decenios he sufrido por su odio, me decía ahora, pero desde hace años no sufro ya, me he acostumbrado a su odio y ya no me hiere. E, inevitablemente, su odio hacia mí ha suscitado mi odio hacia ellos. Tampoco ellos sufrían ya, en los

últimos años, por mi odio. Despreciaban a *su romano*, como yo los despreciaba en calidad de *wolfsegguianos*, y en el fondo no pensaban ya en absoluto en mí. Me llamaban siempre sólo *charlatán* y *parlanchín*, parásito que los explotaba y explotaba al mundo entero. Yo sólo disponía para ellos de la palabra *imbéciles*. Su muerte, sólo puede tratarse de un accidente de coche, me dije, no cambiaba nada en esa situación. No tenía que temer ningún sentimentalismo. Ni siquiera me temblaron las manos al leer el telegrama y mi cuerpo no se estremeció ni por un instante. Comunicaré a Gambetti que mis padres y mi hermano han muerto y que interrumpiré las lecciones unos días, pensé, sólo unos días, porque no estaré en Wolfsegg más de unos días; una semana bastará, incluso si las formalidades se complican imprevisiblemente. Por un instante pensé en llevarme a Gambetti, porque tenía miedo de la superioridad numérica de los *wolfsegguianos* y quería tener al menos a alguien a mi lado con quien estuviera en condiciones de defenderme contra el ataque de los *wolfsegguianos*, a *alguien que me conviniera* y fuera mi compañero en una situación desesperada y posiblemente sin salida, pero inmediatamente renuncié a esa idea, porque quería evitar que Gambetti se enfrentara con Wolfsegg. De otro modo él vería que todo lo que le había dicho en los últimos años sobre Wolfsegg era anodino en comparación con la verdad y la realidad que tendría ocasión de ver. Unas veces me decía, me llevaré a Gambetti, y otras, no me lo llevaré. Al final decidí no llevármelo. Además, con Gambetti despertaría en Wolfsegg demasiada sensación y una sensación que, en fin de cuentas, me resultaría probablemente repugnante. A alguien como Gambetti no lo comprenden en absoluto en Wolfsegg. Incluso a extranjeros totalmente inofensivos se los ha recibido siempre en Wolfsegg sólo con repulsión y odio, siempre han rechazado todo lo extranjero, jamás se han *relacionado* al instante con algo extranjero o con alguien extranjero, como es mi costumbre. Llevarme a Gambetti a Wolfsegg significaría ofender a Gambetti de una forma totalmente consciente y, en definitiva, herirlo profundamente. Yo mismo apenas estoy en condiciones de hacer frente a Wolfsegg, por no hablar de una persona y un carácter como los de Gambetti. El enfrentamiento de Gambetti con Wolfsegg podría llevar realmente a una catástrofe, pensé, cuya víctima decisiva no sería más que el propio Gambetti. La verdad es que hubiera podido llevarme ya antes a Gambetti a Wolfsegg, pensé, pero por mis buenas razones no lo hice nunca, aunque me decía muchas veces que no sólo podría ser útil para mí ir a Wolfsegg con Gambetti, sino también para el propio Gambetti. Mis relatos sobre Wolfsegg hubieran tenido así, gracias a la visita personal de Gambetti, una autenticidad imposible de conseguir con él de otra forma. Hace ahora quince años que conozco a Gambetti y no me lo he llevado ni una sola vez a Wolfsegg, pensé. Posiblemente él piensa al respecto de una forma distinta, me dije ahora, por razón de lo insólito que resulta, como es natural, no haber invitado y llevado a alguien con quien tengo un trato más o menos íntimo desde hace quince años, ni una sola vez en esos quince años, al lugar de donde procedo. ¿Por qué, realmente, no he dejado mirar a Gambetti, en esos largos quince años, *los naipes de*

*mi país?*, pensé. Porque siempre he tenido miedo de ello y sigo teniendo miedo de ello. Porque quiero protegerme de que conozca Wolfsegg y, por consiguiente, de que conozca mi origen, por una parte, y porque quiero protegerlo *a él* contra ese conocimiento, que posiblemente sólo tendría en él un efecto devastador. Durante estos quince años de nuestra relación nunca he querido exponer a Gambetti a Wolfsegg. Aunque, una y otra vez, me hubiera sido sumamente agradable no ir solo a Wolfsegg sino en compañía de Gambetti y pasar con Gambetti mis días de Wolfsegg, siempre me he negado a llevarme a Gambetti. Naturalmente, Gambetti hubiera ido conmigo a Wolfsegg en cualquier momento. La verdad es que siempre ha esperado mi invitación. Pero nunca lo he invitado. Un entierro no es sólo una ocasión triste, sino también completamente repugnante, me dije ahora, no voy a pedir precisamente en esta ocasión a Gambetti que vaya conmigo a Wolfsegg. Le comunicaré que mis padres han muerto, sin tener aún la confirmación, le diré que han fallecido en un accidente de coche con mi hermano, pero no le diré ni palabra de que debiera acompañarme. Hace sólo dos semanas, antes de ir a Wolfsegg para la boda de mi hermana, le hablé a Gambetti de mis padres con la mayor brutalidad y dije de mi hermano que tenía un carácter más o menos malo y era un imbécil incorregible. Describí Wolfsegg como un baluarte del embrutecimiento. El espantoso clima que reina en la región de Wolfsegg y siempre ha reinado sobre todas las cosas, transmitiéndose a los seres humanos que se ven obligados a vivir o, mejor, a existir en Wolfsegg y que, como ese clima, son de una brutalidad francamente aniquiladora del ser humano. Pero al mismo tiempo mencioné las ventajas absolutas de Wolfsegg, los hermosos días de otoño, el frío del invierno y el silencio del invierno, que amo más que cualquier otra cosa, en los bosques y valles que lo rodean. Dije que, sin duda, la Naturaleza es despiadada, pero también totalmente clara y espléndida. Que, sin embargo, de esa Naturaleza totalmente clara y espléndida no se dan cuenta ya los hombres que la habitan, porque en su embrutecimiento no están en condiciones de hacerlo. Si no existieran los míos sino sólo las paredes en que viven, le dije entonces a Gambetti, tendría que considerar a Wolfsegg como un lugar afortunado para mí, porque conviene más que cualquier otro a mi espíritu. *Pero no puedo suprimir a los míos porque quiera*, le dije. Claramente me oigo decir esa frase, y el horror que encerraba ahora, a causa de la muerte real de mis padres y mi hermano, hizo que repitiera otra vez en alta voz esa frase, todavía de pie junto a la ventana y mirando abajo a la Piazza Minerva. Como había repetido ahora bastante fuerte y con un efecto francamente teatral la frase dirigida entonces a Gambetti con la mayor aversión hacia los interesados, *Pero no puedo suprimir a los míos porque quiera*, como si fuera un actor de teatro que tuviera que ensayar esa frase porque hubiera de declamarla ante un gran público, la desactivé al instante. De repente no fue ya aniquiladora. Esa frase, sin embargo, *Pero no puedo suprimir a los míos porque quiera*, pronto se abrió paso de nuevo hasta el primer término y me dominó. Me esforcé por hacerla enmudecer, pero no se dejaba sofocar. No sólo la dije, sino que la parloteé varias veces para mí, a

fin de hacerla ridícula, pero, después de mis intentos de sofocarla y hacerla ridícula, sólo se hizo más amenazante. De repente tenía un peso que ninguna frase mía había tenido. Con esa frase no podrás competir, me dije, con esa frase tendrás que vivir. Esa constatación produjo súbitamente un alivio en mi estado. Pronuncié otra vez la frase, *Pero no puedo suprimir a los míos porque quiera*, como la había pronunciado delante de Gambetti. Ahora tenía la misma significación que entonces ante Gambetti. En la Piazza Minerva no había, salvo las palomas, alma viviente. De pronto tuve frío y cerré la ventana. Me senté ante el escritorio. Sobre mi escritorio estaba todavía el correo, entre él una carta de Eisenberg, una carta de Spadolini, el arzobispo y *amante* de mi madre, y una nota de Maria. Las invitaciones de las distintas instituciones culturales romanas y también todas las demás invitaciones privadas las tiré inmediatamente al cesto de los papeles, y también algunas cartas que, ya con la ojeada más superficial, revelaron ser cartas de amenaza o súplica de gentes que querían recibir de mí dinero o explicaciones sobre lo que realmente me proponía lograr con mi forma de pensar y de vivir, que se referían a algunos artículos de periódico que he publicado en los últimos tiempos y que no parecen bien a esas gentes, porque, como es natural, están pensados y escritos contra esas gentes, naturalmente cartas de Austria, escritas por gentes que me persiguen hasta Roma con su odio. Desde hace años recibo esas cartas, que no están escritas en absoluto, como creía al principio, por locos, sino por personas realmente adultas, por decirlo así, jurídicamente sin reproche, que me amenazan con, entre otras cosas, perseguirme y matarme por mis publicaciones en los más diversos periódicos y revistas, no sólo en Fráncfort y Hamburgo, sino también en Milán y Roma. Que arrastro continuamente a Austria por el barro, dicen esas gentes, que denigro a mi país de la forma más desvergonzada, que atribuyo a los austríacos una mentalidad católico-nacional-socialista innoble y abyecta, cuando en verdad esa mentalidad católico-nacional-socialista no existe en absoluto en Austria, según escriben esas gentes. Austria no es innoble y no es abyecta, *siempre* ha sido sólo *bella*, escriben esas gentes, y el pueblo austríaco es un pueblo honrado. Esas cartas las tiraba siempre inmediatamente, y también lo hice esa mañana. Sólo guardé la carta de Eisenberg, la invitación de mi compañero de estudios, actualmente rabino de Viena, para encontrarnos en Venecia, en donde tiene cosas que hacer a finales de mayo, según me escribe, y que tenía intención de ir conmigo al *Teatro Fenice*, no como hace un año, según me escribe, a *algo así como la Historia del Soldado de Stravinsky*, sino al *Tancredo* de Monteverdi. Aceptaré naturalmente la invitación de Eisenberg, le responderé enseguida, pensé, pero *enseguida* significa *después de mi regreso de Wolfsegg*. Pasear con Eisenberg por Venecia ha sido siempre para mí un gran placer, pensé, en general, estar con Eisenberg. Cuando viene a Italia, aunque sólo sea a Venecia por unos días, me lo anuncia, pensé, me invita y siempre, como dice él, a una *diversión sumamente artística*, indudablemente el *Tancredo* en La Fenice lo es, pensé. Me habían enviado un ejemplar justificativo del *Corriere della Sera*, en el que

se ha publicado mi breve artículo sobre Leoš Janáček. Abrí el periódico lleno de expectación, pero mi artículo, para empezar, no estaba en un lugar destacado, lo que enseguida me puso de mal humor, y en segundo descubrí en él, ya en una primera lectura rápida, una serie de erratas imperdonables, o sea, lo más horrible que me puede pasar. Tiré el *Corriere* y leí otra vez lo que Maria me había escrito en la nota que había echado en mi buzón. Mi gran poetisa escribe que el sábado quiere ir a comer conmigo, *contigo solo*, por lo demás ha escrito nuevos poemas *para ti*, como escribe ella. Mi gran poetisa es en los últimos tiempos francamente productiva, pensé, y abrí el cajón en que guardaba algunas fotografías de mi familia. Contemplé atentamente la fotografía en que mis padres, precisamente en la Estación Victoria de Londres, suben al tren de Dover. Yo les había hecho esa fotografía sin que lo supieran. Me habían visitado a mí, que en mil novecientos sesenta estudiaba en Londres y, después de una estancia en Inglaterra de quince días, que los había llevado a Glasgow y Bristol, habían ido a París, en donde los esperaban mis hermanas que, por su parte, desde Cannes, donde habían visitado a nuestro tío Georg, habían ido a París para encontrarse con mis padres. En mil novecientos sesenta tenía yo aún, sin duda, una relación al menos tolerable con mis padres, pensé. Había deseado estudiar en Inglaterra y ellos no se habían opuesto en lo más mínimo, porque tenían que suponer que, después de mis estudios en Inglaterra, volvería a Viena y finalmente a Wolfsegg, para satisfacer su deseo de que dirigiera y explotara Wolfsegg junto con mi hermano. Pero ya entonces no tenía intención de volver a Wolfsegg, realmente sólo había ido a Inglaterra y a Londres con la única idea de no volver jamás a Wolfsegg. Odiaba la agricultura, la pasión de mi padre y de mi hermano. Odiaba todo lo relacionado con Wolfsegg, porque lo único que había importado en él eran sus ventajas económicas para la familia, y nada más. En Wolfsegg, desde que existe y está en manos de mi familia, no se habían interesado más que por su rentabilidad y por cómo, con el tiempo, podían obtener ganancias aún mayores de sus terrenos productivos, es decir, de su agricultura, que al fin y al cabo, todavía hoy, abarca dos mil hectáreas, y de sus minas. No tenían otra cosa en la cabeza que la explotación de sus propiedades. Es verdad que fingían siempre ocuparse también de otras cosas además de su codicia económica, y que se interesaban por la cultura, incluso por las artes, pero la realidad había sido siempre deprimente y vergonzosa. Es verdad que tenían miles de libros en las bibliotecas de Wolfsegg, que alberga cinco bibliotecas, y que quitaban el polvo a esos libros, con regularidad absurda, tres o cuatro veces al año, pero nunca habían leído esos libros de esas bibliotecas suyas. Conservaban las bibliotecas siempre relucientes, para, sin tener que avergonzarse, poder enseñárselas a sus invitados y poder vanagloriarse ante esos invitados y exhibir sus preciosas ediciones, pero de todos aquellos miles, incluso decenas de miles de cosas preciosas no hacían jamás personalmente el uso que hubiera sido lógico. Las cinco bibliotecas de Wolfsegg, cuatro en el edificio principal, una en las dependencias, fueron ya creadas por mis tatarabuelos, mis padres no habían añadido un solo volumen. Se



decía que nuestras bibliotecas eran, juntas, tan preciosas como la biblioteca del convento de Lambach, famosa en el mundo entero. Mi padre no leía ningún libro, mi madre hojeaba sólo de vez en cuando viejos libros de ciencias naturales, para deleitarse con los grabados de espléndidos colores que adornaban esos libros. Mis hermanas no entraban siquiera en las bibliotecas, a no ser para mostrárselas a invitados que hubieran expresado su deseo de ver nuestras bibliotecas. La fotografía que hice de mis padres en la Estación Victoria muestra a mis padres en una edad a la que todavía viajaban y no los atormentaba ninguna enfermedad. Llevaban precisamente unos impermeables recién comprados en Burberry y colgados del brazo paraguas nuevos, igualmente comprados en Burberry. Como continentales típicos, se mostraban más ingleses que los ingleses y hacían por ello una impresión más grotesca que fina y distinguida, y la verdad es que, cada vez, al ver esa fotografía, había tenido que reírme, pero ahora se me habían pasado las ganas de reírme de ella. Mi madre tenía un cuello un poco demasiado largo, que no se podía considerar ya bello y, en el instante en que le había hecho la foto, como precisamente estaba subiendo al tren, lo estiró unos centímetros más aún, redoblando así la simple ridiculez de la foto. El porte de mi padre fue siempre el de un hombre que no puede ocultar su mala conciencia hacia el mundo entero y se siente mal por ello. Entonces, cuando hice la foto, llevaba el sombrero un poco más calado sobre la frente que de costumbre, lo que le hace parecer en mi foto mucho más torpe de lo que era en realidad. Por qué he guardado precisamente esa foto de mis padres no lo sé. Un día descubriré la razón, pensé. Puse la foto en el escritorio y busqué la hecha a orillas del lago de Wolfgang, hace sólo dos años, que muestra a mi hermano en el barco de vela que tiene todo el año en Sankt Wolfgang, en un cobertizo arrendado a los Fürstenberg. El hombre de la foto es un ser amargado, al que ha echado a perder el vivir solo con sus padres. Su atuendo deportivo oculta sólo con dificultad las enfermedades que se han apoderado ya totalmente de él. Su sonrisa, como queda dicho, es atormentada, y esa foto sólo la pudo hacer su hermano, es decir, yo. Cuando le di una copia de la foto, la rompió sin comentarios. Puse la foto que muestra a mi hermano junto a la foto en que mis padres, en Londres, suben al tren de Dover, y contemplé las dos un buen rato. Quisiste a esas personas mientras ellas te querían y luego las odiaste desde el instante en que te odiaron. Como es natural, nunca pensé que yo los sobreviviría, al contrario siempre fui de la opinión de que, un día, sería yo quien moriría primero. La situación que se ha producido ahora es una situación en que *nunca* había pensado, he pensado una y otra vez en todas las demás situaciones posibles, pero nunca en ésta. Me había imaginado muchas veces y había soñado también muchas veces que me moriría, los dejaría detrás de mí, los dejaría solos sin mí, los liberaría de mí con mi muerte, nunca que ellos me dejarían atrás. El hecho de que *ellos* estuvieran muertos ahora y no yo no era sólo en ese instante para mí de lo más imprevisto imaginable, sino que era para mí algo *sensacional*. Ese elemento sensacional, ese algo sensacional elemental era lo que me chocaba, no realmente el hecho en sí, que ahora estuvieran muertos y desde

luego irreversiblemente. Mis padres como pareja, aunque realmente siempre impotente en todo, para mí demoníaca durante toda la vida, se habían reducido de repente, de la noche a la mañana, a aquella foto grotesca y ridícula que ahora tenía sobre el escritorio y contemplaba con la mayor insistencia y desvergüenza. Lo mismo que la foto de tu hermano. Durante toda tu vida has temido a esas personas más que a nada, y has convertido ese temor en la mayor monstruosidad de tu vida, me dije. Durante toda tu vida, aunque lo hayas intentado una y otra vez, no has podido sustraerte a esas personas, todos tus intentos en ese sentido han fracasado, en definitiva, fuiste a Viena para escapar de ellas, a Londres para escapar de ellas, a París, a Ankara, a Constantinopla, finalmente a Roma, en vano. Han tenido que morir en un accidente y quedar reducidos a ese ridículo pedazo de papel que se llama fotografía para que no puedan hacerte ya daño. Tu manía persecutoria ha terminado, pensé. Eres libre. Por primera vez, al ver la fotografía que lo muestra en Sankt Wolfgang en un barco de vela, sentí compasión de mi hermano. Ahora parecía en la foto mucho más cómico aún que en mi contemplación anterior. Mi insobornabilidad en cuanto a esa contemplación me asustó. También mis padres resultaban cómicos en la foto que los muestra en la Estación Victoria. Los tres resultaban ahora, delante de mí en el escritorio, apenas de diez centímetros de altura y con una vestimenta de boda y una actitud grotesca del cuerpo que indica una actitud igualmente grotesca del espíritu, todavía más cómicos que en mi contemplación anterior. La fotografía sólo muestra el instante grotesco y cómico, pensé, no muestra al ser humano como ha sido en resumidas cuentas durante toda su vida, la fotografía es una falsificación perversa y solapada, toda fotografía, cualquiera que sea el fotografiado, cualquiera que sea el representado, es un atentado absoluto contra la dignidad humana, una monstruosa falsificación de la Naturaleza, una innoble atrocidad. Por otra parte, encontraba las dos fotos monstruosamente características de los fijados en ellas, tanto en el caso de mis padres como en el de mi hermano. Ahí están, me dije, como realmente son, ahí estaban como realmente eran. Hubiera podido llevarme también de Wolfsegg y conservar otras fotografías de mis padres y de mi hermano, pero me llevé y conservé ésas porque reproducen a mis padres y mi hermano, en el instante en que hice esas fotografías, exactamente como son realmente mis padres, como es realmente mi hermano. No me dio la menor vergüenza esa constatación. No era casualidad que no hubiera destruido precisamente esas fotografías, llevándomelas incluso a Roma y guardándolas en mi escritorio. Aquí no tengo a unos padres idealizados, me dije, aquí tengo a mis padres como son, como eran, me corregí. Aquí tengo a mi hermano como fue. Los tres eran tan tímidos, tan innobles, tan cómicos. Al fin y al cabo, pensé, no hubiera tolerado una falsificación de mis padres y de mi hermano en mi escritorio. Sólo las imágenes reales, las verdaderas. Sólo lo absolutamente auténtico, por grotesco que sea, posiblemente hasta repugnante. Y precisamente esas fotos de mis padres y de mi hermano le mostré una vez a Gambetti, hace un año, todavía recuerdo dónde, en el café de la Piazza del Popolo. Él miró las fotos sin hacer ningún

comentario. Recuerdo sólo que, después de haber mirado las fotos, me preguntó: *¿son muy ricos tus padres?* A lo que yo respondí: *sí*. Sé todavía que luego me resultó penoso haberle mostrado siquiera esas fotos. Precisamente *esas* fotos no hubieras debido mostrárselas jamás, pensé entonces. Había sido una tontería. Había y hay innumerables fotos que representan a mis padres realmente *serios*, como suele decirse, pero no corresponden a la imagen que me he hecho de mis padres durante toda la vida. También de mi hermano hay esas fotografías serias, y también son falsificaciones. A Gambetti nunca le había mostrado esas falsificaciones. Por lo demás, casi no hay nada que odie más en el mundo que enseñar fotografías. No muestro ninguna ni me dejo mostrar ninguna. Que mostrara a Gambetti la foto de mis padres en la Estación Victoria fue una excepción. ¿Qué me proponía con ello? Gambetti, por su parte, nunca me había mostrado fotografías. Naturalmente, conozco a sus padres y a sus hermanos, y no hubiera tenido ningún sentido mostrarme fotos en que estuvieran representados, nunca se le hubiera ocurrido. En el fondo, odio las fotografías y nunca hubiera tenido la idea de hacer fotografías, dejando aparte esa excepción de Londres, de Sankt Wolfgang, de Cannes, en mi vida he tenido un aparato fotográfico. Desprecio a la gente que fotografía continuamente y se pasea todo el tiempo con su aparato fotográfico al cuello. Continuamente buscan un motivo y fotografían todas y cada una de las cosas, hasta lo más absurdo. Continuamente no tienen en la cabeza otra cosa que representarse a sí mismos, y siempre de la forma más repulsiva, de lo que sin embargo no se percatan. Fijan en sus fotos un mundo perversamente deformado que no tiene otra cosa en común con el real que esa deformación perversa de la que son culpables. La fotografía es una manía innoble que, poco a poco, abarca a la Humanidad entera, porque ésta no sólo está enamorada sino chiflada de la deformación y la perversidad, y realmente, a fuerza de fotografiar, con el tiempo toma ese mundo deformado y perverso por el único verdadero. Los que fotografían cometen uno de los crímenes más innobles que pueden cometerse, al convertir a la Naturaleza, en sus fotografías, en algo perversamente grotesco. Las personas son en sus fotografías muñecos ridículos, desviados hasta lo irreconocible, incluso mutilados, que miran asustados su innoble objetivo, embrutecidos, repugnantes. La fotografía es una pasión abyecta que abarca todos los continentes y todas las capas de población, una enfermedad que ha acometido a la Humanidad entera y de la que nunca podrá curarse ya. El inventor del arte fotográfico es el inventor de la más misántropa de todas las artes. A él le debemos la deformación definitiva de la Naturaleza y del hombre que existe en ella, convirtiéndolos a ella y a él en su caricatura perversa. Todavía no he visto en ninguna fotografía a un ser humano natural, lo que quiere decir real y verdadero, como no he visto tampoco en ninguna fotografía una Naturaleza real y verdadera. La fotografía es la mayor desgracia del siglo xx. Contemplar fotografías me ha producido más asco que cualquier otra cosa. Pero, me dije ahora, por deformados que aparezcan mis padres y mi hermano en esas únicas fotografías hechas por mí con el aparato fotográfico

propiedad de mi hermano, muestran, cuanto más las contemplo, tras la perversidad y la deformación, la verdad y la realidad de los, por decirlo así, captados en la fotografía, porque no me preocupo de las fotos y de los representados en ellas, como los muestra la foto con su deformación y perversidad innobles, sino como yo los veo. *Mis padres en la Estación Victoria de Londres*, escribí en el reverso de la foto. En la segunda, que muestra a mi hermano en Sankt Wolfgang, *Mi hermano haciendo vela en Sankt Wolfgang*. Metí la mano en el cajón y saqué una foto en la que mis hermanas Amalia y Caecilia posan ante la villa de Cannes que mi tío Georg, hermano de mi padre, compró con el dinero con que su hermano, después de la muerte de mis abuelos, le pagó de una vez, como suele decirse, y colocó varios paquetes de acciones tan hábilmente en muchas partes de Francia, que pudo vivir de ello no sólo francamente bien sino incluso con cierto lujo, como le correspondía. Fue el que tuvo más suerte, a diferencia de su hermano, mi padre, pensé ahora contemplando la fotografía, en la que mis hermanas muestran sus rostros más o menos burlones. Mi tío Georg murió hace cuatro años tan súbitamente como su hermano, mi padre, verdad es que como consecuencia de un ataque cardíaco que le sorprendió en el parque de su villa, mientras se disponía precisamente a inspeccionar sus rosas que, en el curso de los últimos años de su vida, se habían convertido en su única pasión. A los treinta y cinco años había podido ya huir de Wolfsegg y retirarse a la Riviera con una gran suma de dinero y un montón de libros. Amaba la literatura francesa y el mar y estaba totalmente absorbido por esas dos predilecciones. A menudo pienso que tengo mucho de mi tío Georg, en cualquier caso más que de mi padre. También yo he amado durante toda mi vida la literatura y los libros y el mar. También yo me fui de Wolfsegg, siendo más joven incluso que él. *Mis hermanas Amalia y Caecilia ante la villa del tío Georg*, había escrito en la fotografía. La última vez que estuve en Cannes fue en mil novecientos sesenta y ocho. Visitaba a mi tío Georg por lo menos una vez al año. Unos días con él en su villa me sentaban siempre bien. Para consternación de nuestra familia, dejó heredero universal a su portero, que siempre le sirvió fielmente y al que llamaba siempre cariñosamente *mi buen Jean*. Varias veces estuvo mi tío Georg en Roma, en la ciudad que, lo mismo que yo, amaba más que todas las ciudades del mundo y más alto situaba. Gambetti y mi tío Georg se entendieron bien, muchas veladas al aire libre en la Piazza del Popolo o, cuando llovía, en el Café Greco, conversaban *sobre todo lo imaginable*, sobre todo sobre arte, pintura. Mi tío Georg era un coleccionista de arte apasionado y, como me consta, invirtió los rendimientos de su patrimonio, en gran parte, en adquirir cuadros y esculturas de artistas contemporáneos. Como tenía buen gusto y un instinto totalmente extraordinario en lo que se refiere al valor de las obras de arte que prefería, con su pasión de coleccionista amasó pronto, además del propio, un segundo patrimonio importante, que puede calificarse sin temor de patrimonio de millones. Los artistas desconocidos que protegía, después de haberlos más o menos descubierto, al comprar él sus obras y darlos a conocer al mismo tiempo, se hacían pronto famosos. Mi tío

Georg no tenía ningún interés por el *primitivo espíritu mercantil* de mi familia, en el fondo odiaba la Naturaleza explotada todos los años en el campo y despreciaba en conjunto las tradiciones seculares de Wolfsegg, tanto si se trataba de la producción de carne y grasa, cuero y madera y carbón, o de la caza, que era lo que más profundamente aborrecía, pero que era practicada por su hermano, mi padre, y su sobrino, mi hermano, como la primera de todas las pasiones imaginables. Entre todas las pasiones aborrecibles, era la caza la que *más* profundamente aborrecía. Mientras sus padres, mis abuelos, se entregaban a la caza, lo mismo que mi padre, su hermano, se entregaba a la caza, mi tío Georg se había negado siempre a ir de caza. Como yo, no comía carne de caza y, mientras el resto de la familia estaba de caza, se encerraba en alguna de las bibliotecas, para distraerse, mediante una lectura intensiva, de los excesos cinegéticos de la familia, *mientras mataban ciervos, yo me sentaba en la biblioteca tras los postigos bien cerrados de las ventanas, a fin de no tener que oír sus disparos*, decía, *y leía a Dostoyevski*. Mi tío Georg amaba la literatura rusa como yo, sobre todo a Dostoyevski y Lermontov, y a menudo decía cosas muy inteligentes sobre esos autores rusos y se ocupaba una y otra vez de los dos revolucionarios Kropotkin y Bakunin, a los que, en lo que se refiere a la literatura memorialista, consideraba los más altos, y fue él quien me introdujo en la literatura rusa como especialista perfectamente conocedor de la literatura rusa, para quien el ruso era tan corriente como el francés y a quien yo mismo debo mi amor por la literatura rusa, y luego también por la francesa. Lo mismo que, en general, debo una gran parte de mi patrimonio intelectual a mi tío Georg. Él, mi tío Georg, me abrió ya muy pronto, por decirlo así, los ojos para el resto del mundo, me hizo observar que, además de Wolfsegg, y que, además de Austria, hay algo más, algo mucho más grandioso aún, algo mucho más gigantesco aún y que el mundo no se compone sólo, como comúnmente se supone en general, de una sola familia, sino de millones de familias, no sólo de un solo lugar, sino de millones de esos lugares, y no sólo de un solo pueblo, sino de muchos cientos y miles de pueblos y no sólo de un solo país sino de muchos cientos y miles de países, que son, todos y cada uno, los más hermosos e importantes. Toda la Humanidad es infinita con todas sus bellezas y posibilidades, decía mi tío Georg. Sólo el estúpido cree que el mundo acaba donde él mismo acaba. Sin embargo, mi tío Georg no me introdujo sólo en la literatura, abriéndome la literatura como *paraíso sin fin*, también me introdujo en el mundo de la música, abriéndome los ojos a todas las artes. Sólo cuando tenemos una noción exacta del arte tenemos también una noción exacta de la Naturaleza, decía. Sólo cuando podemos *utilizar correctamente* nuestra noción de arte *y por consiguiente disfrutar* de ella, podemos utilizar también correctamente la Naturaleza y disfrutar de ella. La mayoría de los hombres no llegan a tener jamás una noción del arte, ni siquiera la más simple, y por eso tampoco comprenden jamás la Naturaleza. La contemplación ideal de la Naturaleza presupone una noción ideal del arte, decía. Las personas que pretenden ver la Naturaleza, pero no tienen una noción del arte, ven la Naturaleza sólo

superficialmente y nunca de forma ideal, es decir, en toda su infinita grandeza. El hombre de espíritu tiene la posibilidad, primero, de llegar a una noción ideal del arte pasando por la Naturaleza, para llegar a la forma ideal de ver la Naturaleza pasando por la noción ideal del arte. Mi tío Georg no me hacía correr como mi padre, en nuestros viajes por Italia, de una columna a otra, de un monumento a otro, de una iglesia a otra, de un Miguel Ángel a otro, y jamás me llevó a ninguna obra de arte. Precisamente por eso debo a mi tío Georg mi comprensión del arte, porque no me empujaba, como mis padres, de una obra de arte célebre a otra, sino que me dejaba siempre tranquilo en relación con todas esas obras de arte, llamando sólo mi atención sobre el hecho de que existen y de dónde se las puede encontrar, pero no, como hacían mis padres conmigo, golpeándome la cabeza a cada instante contra alguna columna o contra algún muro romano o griego. Por el hecho de que los míos, salvo mi tío Georg, me habían golpeado la cabeza, ya en mi temprana infancia, contra las llamadas antigüedades famosas del mundo, con su característica brutalidad tosca, pronto volvieron mi cabeza insensible a toda clase de arte, y no me lo acercaron con ello sino que me asquearon. Tuve que emplear muchos años para volver a arreglar mi cabeza, que ellos habían embrutecido golpeándola contra esos cientos y miles de obras de arte. Si ya de niño, en el que mis padres nunca vacilaron en meter toda clase de cosas sin criterio alguno, hasta la máxima saciedad, hubiera estado bajo el influjo de mi tío Georg, pensaba, habría tenido una gran ventaja. Al principio, sin embargo, dicho sea brevemente, tuve que ser aniquilado casi totalmente por mis padres, para luego, cuando tenía ya más de veinte años y, según parecía, estaba perdido sin remedio, ser curado sin embargo por mi tío Georg. Con prudencia y con precaución. Cuando comprendí lo que significaba mi tío Georg para mí y para mi desarrollo y para toda mi evolución, casi era ya demasiado tarde para un tratamiento. Sin embargo, a mi fuerza de voluntad para salir de la desgracia de Wolfsegg, es decir, de la desgracia causada en mí por mis padres, así como a la clarividencia de mi tío Georg, debo en fin de cuentas mi salvación. Al hecho de no tener que llevar de mayor una existencia como la de todos los míos, salvo mi tío Georg, sino la opuesta a ellos, como mi tío Georg. Durante toda su vida odiaron a mi tío Georg, en los últimos decenios sin esconderlo ya en absoluto, con el tiempo lo trataron exactamente como a mí, pensaron de él lo mismo que de mí, lo engañaron como a mí. Pero él no dependía de su atención. Un buen día se sentó en el tren, después de haber puesto orden en sus finanzas, y se fue a Niza. Allí durmió a gusto primero durante unas semanas, para buscar luego totalmente descansado, como decía siempre una y otra vez, algún lugar conveniente para él. Ese lugar tenía que estar junto al mar, en un gran jardín, con el aire más puro y, por otra parte, tener las mejores comunicaciones. En Wolfsegg recibieron con amargura sus primeras tarjetas postales. Veían al tío Georg repanchigándose al sol, paseándose a orillas del mar con todos los trajes de lino imaginables, naturalmente hechos a medida en París, y en sus sueños, que como es natural sólo eran siempre pesadillas, él, al que durante toda su vida sólo habían

calificado de *miserable inútil*, entrar una y otra vez por los portales de los bancos de los lugares elegantes de la Riviera, para cobrar los intereses de una fortuna que aumentaba por sí sola de día en día. Eran demasiado estúpidos para creer siquiera en una existencia espiritual. Mi tío Georg llevaba una existencia espiritual, como prueban algunos centenares de cuadernos totalmente llenos. La estrechez de miras del hombre centroeuropeo, que, como suele decirse, vive para trabajar en lugar de trabajar para vivir, en lo que resulta totalmente indiferente qué es lo que debe entenderse por trabajo, había atacado ya muy pronto los nervios a mi tío Georg, que había sacado las consecuencias de sus reflexiones. Quedarse estancado no lo convencía. El hombre tiene que dejar entrar aire puro en su cabeza, decía una y otra vez, lo que quiere decir que, una y otra vez, y de hecho diariamente, tiene que dejar entrar el mundo en su cabeza. En Wolfsegg nunca había dejado entrar aire puro en su cabeza y, por consiguiente, tampoco al mundo. Rígidos y anquilosados se quedaban, tal como habían sido engendrados, sobre su herencia, sin otro fin que cuidar siempre únicamente de que esa herencia, como un gigantesco conglomerado de propiedades, se consolidase sola cada vez más, y de ningún modo se disgregara. Con el tiempo, todos habían adquirido la rigidez y la solidez y la dureza absoluta de ese conglomerado de propiedades, sin darse cuenta. Habían estado siempre fundidos con ese conglomerado de propiedades en una unidad que provocaba miedo y asco, y no se daban cuenta. Pero mi tío Georg se dio cuenta. No quiso tener nada que ver con ese conglomerado de propiedades. Esperó sólo el momento apropiado, probablemente incluso ideal para separarse de ese conglomerado de propiedades de Wolfsegg. Verdad es que, como me consta, le propusieron no llevarse su herencia de Wolfsegg y contentarse con una renta casi segura. Su clarividencia impidió a mi tío hacer semejante tontería. Gente como los míos son de lo más falto de escrúpulos, sobre todo hacia los miembros de su familia, llegado el caso. No retroceden en definitiva ante ninguna infamia. So capa de sus sentimientos cristianos y grandiosidad y sociabilidad no son más que avaros y, como suele decirse, pasan por encima del cadáver de quien sea. Mi tío Georg, desde el principio, no encajaba en sus planes. Realmente lo temían, porque los caló muy pronto. Ya de niño, los había descubierto haciendo sus atrocidades y siempre, sin temor, les había hecho notar esas atrocidades suyas, les había mostrado valientemente esas atrocidades, al parecer, según se dice, era *el niño más temido* de Wolfsegg. Clarividente desde el principio, convirtió al parecer en una de sus pasiones tempranas el desenmascarar a los suyos. Los acechaba ya siendo pequeño y los enfrentaba con sus ignominias. Al parecer, ningún niño hacía en Wolfsegg tantas preguntas, exigía tantas respuestas. A mí mismo los míos me reprochaban siempre que un día sería como mi tío Georg. Como si se tratase del más repulsivo de todos los hombres, me decían a cada instante: *tú serás como tu tío Georg*. Pero no servía de nada que me advirtieran contra mi tío Georg, porque desde el principio no había querido en Wolfsegg a nadie más que a mi tío Georg. ¡Tu tío Georg es un monstruo!, me decían a menudo. ¡Tu tío Georg es un parásito! ¡Tu tío

Georg es una vergüenza para nosotros! ¡Tu tío Georg es un criminal! La lista de epítetos espeluznantes que tenían siempre dispuestos para mi tío Georg nunca tuvo en mí el efecto deseado por ellos. Cada tantos años él venía de visita desde Cannes por unos días, rara vez por unas semanas, y entonces yo era el más feliz de los hombres. Cuando el tío Georg estaba en Wolfsegg era mi gran momento. De pronto, Wolfsegg era algo distinto de lo cotidiano. Entonces Wolfsegg se convertía en una gran ciudad. De repente se ventilaban las bibliotecas, los libros iban de un lado a otro, la música llenaba las habitaciones que, de ordinario, no eran más que cuevas frías, oscuras y totalmente silenciosas. De pronto, las habitaciones, que en general parecían repulsivas, resultaban cómodas y acogedoras. Las voces, que de ordinario sólo se oían en Wolfsegg en un tono áspero, áspero o sofocado, sonaban de repente naturales por completo. Podía uno reírse, y hablar también en las conversaciones con un volumen normal, no sólo cuando se trataba de dar órdenes a los criados. ¿Por qué habláis siempre francés delante de los criados?, decía con irritación mi tío Georg a mis padres, es ridículo. Ante esas observaciones por su parte, yo era el más feliz de los hombres. ¿Por qué no abris las ventanas con este tiempo tan espléndido?, decía. Mientras que, de ordinario y de forma especialmente deprimente en los últimos años, en la mesa sólo se hablaba de cerdos y bueyes, de carretadas de madera y de precios favorables o desfavorables de almacén, de repente caían palabras como Tolstoi o París o Nueva York o Napoleón o Alfonso XIII o Meneghini, Callas, Voltaire, Rousseau, Pascal, Diderot. La verdad es que no veo lo que como, decía mi tío sin cumplidos, y entonces mi madre se levantaba de un salto de la mesa y abría las contraventanas. Tienes que abrir más aún esas contraventanas, le decía mi tío Georg, para que pueda ver la sopa. ¿Cómo podéis existir todo el tiempo en esta penumbra?, preguntaba. ¡Vivís en un museo!, decía. Todo parece como si no se hubiera utilizado durante años. ¿Para qué tenéis esa magnífica vajilla en los armarios, si no se come en ella? ¿Esa preciosa plata vuestra? Yo admiraba al tío Georg. Con él no podía haber en ningún caso aburrimiento de ninguna clase. No se sentaba, como los otros, rígido y envarado en la mesa, sino que a cada instante se dirigía a alguno de nosotros, para preguntarle algo o decirle alguna verdad o hacerle algún cumplido. Deberías llevar más azul, le decía a mi madre, el gris no te sienta bien. Parece como si estuvieras de luto. Sin embargo, hace ya quince años que murió nuestro padre. Tú, le dijo a mi padre, haces el efecto de que fueras tu propio *empleado*. Ante lo que tuve que soltar la carcajada. Cuando traían la comida, lo que en nuestra casa se desarrollaba siempre en un silencio casi completo, él bromeaba con las muchachas que la traían, lo que mi madre soportaba sólo difícilmente. No pasará mucho tiempo, decía sin preocuparse de la presencia de las muchachas que traían la comida, antes de que ya no haya nadie que os sirva. Entonces, de repente, reviviréis. Hay algo revolucionario en el aire, decía. Tengo la sensación de que vendrá algo que volverá a despertar todo un poco a la vida. Mi padre, ante esas observaciones, sacudía la cabeza, mi madre se limitaba a mirar fijamente a la cara a mi tío, como si no tuviera ningún escrúpulo en mostrarle



su aversión. En los países mediterráneos, así mi tío Georg, todo es muy distinto, decía. No daba más detalles. Cuando yo, que tenía entonces diecisiete o dieciocho años, quise saber qué era distinto, en los llamados países mediterráneos, de nosotros, los de la Europa central, me dijo que un día me lo aclararía, cuando yo mismo visitara esos países mediterráneos. En los países mediterráneos la vida vale cien veces más que aquí, decía. Como es natural, yo estaba ansioso de saber por qué. Los centroeuropeos se presentan como muñecos, no como seres humanos, todo es crispado, decía mi tío Georg. Nunca se mueven naturalmente, todo es en ellos rígido y, en definitiva, ridículo. E insoportable. Como su idioma, que es lo más insoportable. Lo alemán es lo más insoportable, decía. A mí me entusiasmaba que dijera *los países mediterráneos*. Es un choque, decía él, volver aquí. No le molestaba lo más mínimo haber quitado el apetito con sus observaciones a los que le oían. ¡Y qué comida más espantosa!, exclamaba. En Alemania y Austria y también en la llamada Suiza alemana ¡la comida no es una comida, es una bazofia! La tan alabada cocina austríaca no es más que una frescura. Una violación del estómago y del cuerpo entero. Necesito dos semanas para reponerme en Cannes de la cocina austríaca. ¡Y qué es un país sin mar!, exclamaba, sin desarrollar la idea. Cuando bebía un sorbo de vino, arrugaba la nariz. Como podía ver yo claramente, tenía que objetar algo también a las aguas minerales austríacas, que por lo común se califican en general de muy buenas, pero no hacía al respecto ningún comentario. Debía de aburrirse infinitamente en Wolfsegg, eso pensaba yo entonces ya, por aquello de que él tenía más ganas, es decir, de sostener una conversación interesante, que no se producía en Wolfsegg nunca. A veces, al menos en los primeros días de su estancia, hacía un intento, y arrojaba sobre la mesa por ejemplo, más o menos inesperadamente, la palabra Goethe; pero ellos no sabían qué hacer con ella. Por no hablar de palabras como Voltaire, Pascal, Sartre. Como no podían seguirle, tal como sentían continuamente, se contentaban con su aversión hacia él, que aumentaba de día en día, y que finalmente, hacia el fin de su estancia, se convertía siempre en odio abierto. Continuamente le daban a entender que ellos trabajaban duramente, mientras que él había convertido en contenido de su jornada y, al parecer, en ideal de toda su vida el no hacer nada y el especular con ese no hacer nada. Sabes, me dijo una vez, la verdad es que no vengo a Wolfsegg por mi familia, sino sólo por las paredes y el paisaje, que me recuerdan mi infancia. Y por ti, me dijo tras una pausa. En su testamento determinó que no quería ser enterrado en Wolfsegg, como habían creído los suyos y los míos, sino en Cannes. Quería que lo enterraran junto al mar. Acicalados más o menos pomposamente y, por lo tanto, de forma completamente provinciana, se apresuraron a ir a su entierro en Cannes, esperando una enorme fortuna y, como ya he señalado, tuvieron que conocer y llevarse a casa *la mayor desilusión de su vida*, así mi madre una y otra vez. El buen Jean, hijo de un pobre matrimonio de pescadores de Marsella, heredó más de veinticuatro millones de chelines en acciones y por lo menos una fortuna dos veces mayor en bienes inmuebles. Su colección de obras de arte la dejó mi tío Georg a los

museos de Cannes y Niza. En la lápida que el buen Jean encargó para él debían figurar sólo su nombre y las siguientes palabras: *en el momento oportuno, dejó atrás a los bárbaros*. Jean siguió estrictamente las instrucciones de mi tío Georg. Cuando hace un año mis padres, de camino hacia España, visitaron su tumba, se irritaron tanto, al parecer, que mi madre juró después no volver a visitar la tumba del tío Georg, consideraba la inscripción funeraria una monstruosa vergüenza y, al parecer, después de volver a Wolfsegg hablaba siempre, únicamente, del crimen de su cuñado, mi tío Georg. Con mi tío Georg di los paseos más largos y más interesantes por los alrededores de Wolfsegg, con él fui a pie hasta Ried en la región de Inn y hasta Gmunden en la otra dirección. Siempre tenía tiempo para mí. Saber que en el mundo hay otras cosas además de vacas, criados y días legalmente feriados que hay que respetar estrictamente se lo debo a él. Le debo el haber aprendido, no sólo a leer y escribir, sino también, realmente, a pensar e imaginar. Es mérito suyo el que sin duda valore muy alto el dinero, pero no lo más alto, y que considere a la Humanidad fuera de Wolfsegg no sólo como un mal necesario, lo mismo que los míos durante toda su vida, sino como un acicate para toda la vida, para enfrentarme con ella como la monstruosidad más grande y más apasionante. Mi tío Georg me descifró la música y la literatura, y me acercó los compositores y autores como seres vivos, y no sólo como estatuas de yeso a las que hay que quitar el polvo tres o cuatro veces al año. Le debo el haber abierto nuestros libros, según parecía para siempre y eternamente encerrados en nuestras bibliotecas, y haber empezado a leerlos y no haber interrumpido hasta hoy esa lectura, y el haber aprendido finalmente a filosofar. Debo a mi tío Georg el no haberme insertado en definitiva mecánicamente en la noria monetaria y económica de Wolfsegg y haberme convertido en un hombre que puede calificarse francamente de libre. No haber hecho solamente estúpidos, así llamados, viajes de estudios, como acostumbraban a hacer mis padres y como hice yo también los primeros años con mis padres, a Italia y Alemania por ejemplo, a Holanda y a España, sino haber aprendido y disfrutado hasta hoy la ciencia de viajar como uno de los mayores placeres que puede ofrecer el mundo. Gracias a mi tío Georg no he conocido ciudades muertas, sino muy vivas, no he visitado pueblos muertos, sino vivos, no he leído escritores y poetas muertos, sino vivos, no he oído música muerta, sino viva, no he mirado cuadros muertos, sino vivos. Él, y nadie más, no me adosó los grandes nombres de la Historia como pálidas calcomanías de una Historia igualmente pálida, sino que me los presentó siempre como personas vivas sobre un escenario vivo. Mientras mis padres me presentaban diariamente el mundo como un mundo totalmente aburrido, que me paralizaba poco a poco la cabeza, como un mundo en el que, en el fondo, no valía la pena existir, mi tío Georg me presentaba al contrario ese mismo mundo como un mundo siempre y en todo momento sumamente interesante. Así, ya de muy pequeño, yo había tenido siempre la elección entre dos mundos, entre el de mis padres, que siempre había considerado carente de interés y nada más que molesto, y el de mi tío Georg, que parecía componerse sólo de

aventuras prodigiosas, en el que nunca se podía uno aburrir y en el que, realmente, se tenía siempre ganas de vivir eternamente, en el que era algo lógico pensar que nunca acabaría, lo que a su vez tenía automáticamente por consecuencia que se quisiera vivir eternamente en él, lo que quiere decir, interminablemente. Mis padres, por decirlo de una forma simple, habían aceptado siempre todo, mientras que mi tío Georg no había aceptado nunca nada. Mis padres, desde su nacimiento, habían vivido siempre sólo de acuerdo con las leyes prescritas por sus antecesores y nunca habían tenido la idea de hacerse sus leyes propias y nuevas, para vivir de acuerdo con esas nuevas leyes hechas por ellos, mi tío Georg había vivido sólo de acuerdo con sus propias leyes, las hechas por él. Y esas leyes hechas por él mismo las había derogado a cada momento. Mis padres habían seguido siempre sólo el camino que les estaba prescrito y nunca se les hubiera ocurrido abandonar ese camino ni por un momento, mi tío Georg sólo siguió su propio camino. Mis padres, para dar otro ejemplo más de la contraposición en que estaban con mi tío Georg, aborrecían lo que se llama no hacer nada, porque no podían imaginarse que un hombre de espíritu no conoce en absoluto el no hacer nada, no puede permitírselo en absoluto, que un hombre de espíritu vive precisamente con la mayor tensión y con el mayor interés cuando, por decirlo así, se abandona al no hacer nada, porque ellos no sabían qué hacer con su auténtico no hacer nada, porque en su no hacer nada realmente no pasaba nada, porque en verdad y en realidad no eran capaces en absoluto de pensar, por no hablar de desarrollar un proceso espiritual. Para el hombre de espíritu, el llamado no hacer nada no es posible en absoluto. El no hacer nada de ellos, sin embargo, era un verdadero no hacer nada, porque en ellos no se hacía nada cuando no hacían nada. El hombre de espíritu, sin embargo, es precisamente de lo más activo cuando, por decirlo así, no hace nada. Pero eso no se puede hacer plausible para los que auténticamente no hacen nada, como mis padres y, en general, los míos. Por otra parte, tenían sin embargo una sospecha de la clase de no hacer nada de mi tío Georg, y precisamente porque tenían esa sospecha lo aborrecían, porque sospechaban que su no hacer nada, como era otro no hacer nada distinto, incluso un no hacer nada precisamente contrario, no sólo podía resultar peligroso sino que era siempre peligroso. El que no hace nada, en calidad de hombre de espíritu, es realmente a los ojos de los que entienden por no hacer nada realmente no hacer nada, porque en ellos, cuando no hacen nada, no pasa nada, el mayor peligro y, por consiguiente, el más peligroso. Lo aborrecen porque, como es natural, no pueden despreciarlo. Ya a los cuatro años fue al parecer mi tío Georg al pueblo de Haag, distante nueve kilómetros, para explicar allí, a personas completamente desconocidas, que él era de Wolfsegg, pero no tenía intención de volver a Wolfsegg. Los haaguenses, comprensiblemente desconcertados ante aquel extraño niño, devolvieron al parecer al pequeño Georg, de lo más reacio que cabe imaginar, a sus padres en Wolfsegg. La mayor parte del tiempo, sus padres y las demás personas que lo vigilaban tenían que atarlo más o menos como un perrito a Wolfsegg, para evitar sus desapariciones. Ya en su más

temprana infancia había tomado la decisión de no permanecer en Wolfsegg más tiempo del absolutamente indispensable. Pero naturalmente aguardé el momento, me dijo un día en Cannes, en que pude liberarme de Wolfsegg realmente sin lucha, lo que quiere decir con todos los medios necesarios para una libertad total. Wolfsegg en sí, es al fin y al cabo maravilloso, decía, pero los nuestros me lo han hecho siempre horrible. Mi hermano, tu padre, me dijo una vez, tiene al fin y al cabo un carácter débil. Realmente es una persona encantadora, pero resulta inaguantable. Y tu madre, mi cuñada, es una persona codiciosa que se casó con tu padre sólo por cálculo. Al fin y al cabo, ha salido realmente de la nada. Que en otro tiempo, como se dice, fuera bonita es algo que hoy no puede verse ya. Tu padre, en el fondo, no es avaro. Pero tampoco antes de que tu padre conociera a tu madre me entendía con él, éramos opuestos en todo. Desde luego, es bondadoso, todavía hoy, pero, no te enfades conmigo, es un estúpido. Tu madre lo domina por completo. Sin embargo, de colegial era el mejor. Todo lo que hacía era excelente. Presentaba los mejores trabajos. Era querido, yo no. Siempre obtenía las mejores notas. Pero, aunque llevábamos la misma ropa, yo siempre parecía más elegante. No sé por qué. Pero esto te lo digo sólo porque en el fondo he querido siempre a tu padre, mi hermano, decía el tío Georg. Realmente, también cuando estuvo la última vez en Roma, sólo hablaba de que había querido a su hermano más que a nadie en el mundo, en realidad lo seguía queriendo, si por lo menos esa mujer, tu madre, dijo, no hubiera aparecido. Las mujeres aparecen y apartan al hombre con quien, en definitiva contra la voluntad de ese hombre, se han casado, de sus buenas cualidades, en realidad de todo su buen carácter, y lo aniquilan o lo convierten al menos en pelele suyo. Tu madre convirtió a tu padre en su pelele. Dios mío, exclamó mi tío Georg, ¡cómo hubiera podido desarrollarse tu padre de haber tropezado con otra mujer! No conozco a ningún ser más contrario a las musas que tu madre, dijo. Va a la ópera, pero no entiende lo más mínimo de música. Mira un cuadro, pero no entiende nada de pintura. Miente, pretendiendo leer libros, pero no lee ninguno. Y sin embargo parlorea continuamente en la mesa, dijo, y denigra cuanto la rodea, con completo desatino. Al mismo tiempo, ella tendría que saber cómo se coloca el dinero para que produzca por sí solo dinero, y no de esa forma estúpidamente enfermiza que practica y que tu padre ha hecho suya. El tío Georg aludía así a su propia habilidad para hacer dinero y aumentarlo constantemente. Es casi increíble que procedamos de una sola y mismísima bragueta, tu padre y yo, decía con frecuencia. Yo siempre he tenido muchas ideas, dijo, tu padre no ha tenido jamás una idea. Yo he viajado, porque tenía ganas de ello y pasión, tu padre no ha sentido jamás la menor necesidad de viajar, y ha viajado siempre porque había que hacerlo, siguiendo los planes estúpidos que otros habían hecho para él, nada más que personas odiosas que se llamaban siempre conocedoras del arte. Tienes que ir a Roma y entrar en la Capilla Sixtina, le decían, y él cogía el tren e iba a Roma y entraba en la Capilla Sixtina. Tienes que ver el Giorgione que hay en la Accademia y se llama *La Tempesta*, le decían, y él cogía el tren e iba a Venecia y contemplaba el cuadro de

Giorgione que se llama *La Tempesta*. Le decían: tienes que ir a Verona a contemplar la tumba de Romeo y Julieta, y él iba allí y la contemplaba. La Acrópolis, le decían, tienes que verla sin falta, y él iba a Atenas y contemplaba la Acrópolis. Tienes que ver Rembrandt, le decían, tienes que ver Vermeer, tienes que ver la iglesia catedral de Estrasburgo y la catedral de Metz. Él iba a todas partes y contemplaba lo que le habían recomendado, esos, así llamados, concededores del arte. Y qué gente más espantosa era siempre la que le recomendaba todo aquello, dijo el tío Georg, unas horribles cabezas pequeñoburguesas con título de catedrático, que sólo se acercaban a él para pasar unos días gratis en nuestro hermoso Wolfsegg. Aquellos horrorosos personajes de Viena a los que invitaba siempre, catedráticos de universidad, historiadores de arte, etcétera, porque creía que eran personas cultivadas. Aquellos espantos de Salzburgo y de Linz, que los fines de semana apestaban Wolfsegg con su olor repulsivo, así llamados filósofos, sabios, abogados, que sólo lo explotaban. Venían con toda su patulea y se atiborraban durante el fin de semana, soltando en la mesa sus disparates pseudocientíficos. Y luego aquellos asquerosos médicos que hacía venir de Vöcklabruck o de Wels. Que lo arruinaron intelectualmente. Tu padre tuvo siempre la equivocada opinión de que los títulos académicos rimbombantes eran garantía de cierta capacidad intelectual respetable. En eso se equivocó siempre. Durante toda mi vida he odiado todos esos títulos y a los que llevan esos títulos. Me resultan más repugnantes que cualquier otra cosa. En cuanto oigo: ¡catedrático de universidad!, me pongo malo. Un título así, al fin y al cabo, es precisamente la prueba de ser un zoquete especialmente insólito. Cuanto más enorme suena un título así, tanto más zoquete es quien lo lleva. ¡Y por añadidura su mujer, tu madre! Al fin y al cabo procede precisamente de donde siempre se ha pisoteado el intelecto. Y en los decenios en que ha estado casada con tu padre ha perfeccionado mucho más ese arte. Pero tu padre nunca ha sido nadie que pensara por sí mismo, nunca ha tenido posibilidad de ello. Siempre admiraba a los otros, que él creía que pensaban, y dejaba que esos otros pensarán por él. Naturalmente, siempre se ha hecho la vida fácil. Pero esa facilidad no ha pasado por él sin dejar huella. No se ha desarrollado. Lo siento, dijo mi tío Georg, pero tu padre es un hombre especialmente tonto. Y precisamente un hombre especialmente tonto así necesitaba tu madre, que siempre fue taimada. Visto así, tus padres fueron siempre una pareja ideal, dijo. Todavía lo oigo muy bien, estábamos sentados al aire libre en la Piazza del Popolo, y el tío Georg estaba ya a última hora de la tarde tan comunicativo como nunca, porque, muy en contra de su costumbre, se había bebido ya por la tarde varios vasos de vino blanco. Precisamente porque siempre he querido a tu padre, mi hermano, y todavía hoy le quiero, me permito hablarte así de él, dijo el tío Georg, eso lo sabes. Siempre había deseado para tu padre otra mujer distinta de tu madre, pero en fin de cuentas, me dijo súbitamente mirándome al mismo tiempo, consternado, ella es después de todo tu madre. Quizá sea un error, me dijo, que hayas venido a mí. Quizá hubieras sido más feliz sin mí, quién sabe. A eso yo le había dicho sólo que *no*. Él estaba en el Hôtel de la Ville, su

hotel favorito junto a la escalera de la Piazza di Spagna, desde donde sólo tenía que andar unos pasos para llegar al Café Greco. Por lo menos una vez al año venía a Roma, cuando Cannes me ataca los nervios, decía cada vez. Una vez al año Cannes le atacaba los nervios. París no me gusta, decía a menudo, Roma me gusta siempre. También porque sé que tú estás en Roma. En una ciudad a la que se quiere se tiene siempre a alguien a quien se quiere, dijo. Es una lástima que Roma se haya vuelto tan ruidosa. Pero todas las ciudades se han vuelto ruidosas. Aunque en la foto que muestra a mis hermanas Amalia y Caecilia delante de la villa de él, no se ve para nada al tío Georg, al contemplar la fotografía había pensado continuamente, más o menos, sólo en él. Me había ocupado de él. Había tratado de apartarme con él del telegrama de Wolfsegg, cuyo horror total no había podido medir aún. Mis padres muertos, definitivamente muertos, mi hermano Johannes muerto. Todavía no estaba en condiciones de enfrentarme con ese hecho ni con sus consecuencias. Mi tío Georg hubiera sido para mí en esos momentos el mejor apoyo. No tenía que pensar el pensamiento de qué me pasaría ahora. Puse entonces las tres fotografías una encima de otra sobre mi escritorio, de forma que, aunque no aparezca para nada en ellas, porque la foto al fin y al cabo sólo muestra a mis dos hermanas en Cannes, mi tío Georg quedaba situado encima y, por consiguiente, sobre mis padres, por decirlo así en primer lugar y, bajo mis padres, mi hermano Johannes. De golpe estaban todos muertos. ¿Qué era, me preguntaba, lo que los unía entre sí y conmigo? En el Hôtel de la Ville, en donde ocupaba naturalmente la mejor y más hermosa de todas las habitaciones, mi tío me dijo una vez que él tenía que querer a su familia, aunque se viera obligado a aborrecerla. Exactamente con esas palabras caracterizó su relación con los suyos y los míos. A su hermano, mi padre, lo quería y despreciaba al mismo tiempo. A su cuñada, mi madre, la aborrecía desde luego como su cuñada, pero la respetaba como madre mía y de mi hermano Johannes. Llegarán a muy viejos, me dijo una vez, esa gente llega a muy vieja, su estupidez los protege como una coraza con el paso de los años, no mueren de pronto como nosotros. Se equivocaba. Tienen enfermedades que duran toda la vida, que prolongan más aún su vida en lugar de acortarla, por penosas que sean, no enfermedades mortales que aparecen y derriban a los hombres. Sus intereses no los consumen, sus pasiones no los enloquecen, porque no las tienen. Su calma y, en definitiva, su indiferencia regulan a diario su digestión, de forma que pueden contar con llegar a la ancianidad. En el fondo, no hay nada en el mundo que los atraiga ni nada que los repela. No llevan nada tan lejos que pueda debilitarlos lo más mínimo. En el momento en que se dieron cuenta de que yo era entre ellos un elemento perturbador, dijo mi tío Georg, me excluyeron de su comunidad, primero en secreto y luego abiertamente. En el fondo, hubieran pagado en definitiva cualquier precio, incluso el más alto, por deshacerse de mí. De forma muy natural yo había asumido una función en Wolfsegg que ellos no podían aceptar, yo era quien continuamente les señalaba sus defectos, a quien no se escapaba nada de su debilidad de carácter, quien los descubría en cualquier oportunidad como débiles

de carácter. Cómo se asombraron, dijo mi tío Georg, cuando les hice notar un día que no habían abierto nuestras bibliotecas en seis meses y que yo exigía el acceso a esas bibliotecas. Cuando yo decía *nuestras bibliotecas*, la gente se asombraba siempre, porque todos los demás, en el mejor de los casos, hubieran podido decir *nuestra biblioteca*, ya que sólo tenían una biblioteca, nosotros teníamos cinco, pero con aquellas cinco bibliotecas nos habíamos quedado, sin embargo, intelectualmente en el camino, dijo mi tío Georg, de una forma mucho más vergonzosa que aquellos que sólo tenían una biblioteca. Uno de nuestros tatarabuelos había creado aquellas cinco bibliotecas, de las que yo también he estado orgulloso durante toda mi vida, sin duda un loco, como se decía siempre en Wolfsegg, un *chiflado del intelecto* que podía y quería permitírselas, en lugar de crear en nuestros edificios por todas partes salones, que sólo sirvieran para difundir el aburrimiento y la estupidez, había instalado bibliotecas, y con la mayor comprensión de la literatura. Un día, así mi tío Georg, irrumpí por así decirlo en aquellas bibliotecas dormidas, lo que no me pudieron perdonar en toda su vida. Pero después de irme yo de Wolfsegg volvieron a cerrar las bibliotecas sin volver a poner los pies en ellas durante años, hasta que corrió la voz de que existían y tuvieron que mostrárselas a los curiosos, para no perder la cara. En Wolfsegg no se utilizaba nada, dijo mi tío Georg, hasta que, de repente, yo lo utilicé todo. Yo me sentaba en sillones en los que durante decenios nadie se había sentado, abría las puertas de armarios que durante decenios nadie había abierto, bebía de vasos en los que durante decenios nadie había bebido. Incluso recorría pasillos que durante decenios nadie había recorrido. Desde el principio fui el curioso al que tenían que temer, dijo el tío Georg. Y había empezado a hojear nuestros papeles de siglos, que estaban almacenados en el desván en grandes cajas y de los que ellos habían tenido siempre conocimiento, pero nunca habían examinado más de cerca. Temían hacer descubrimientos desagradables. A mí, me dijo el tío Georg, me interesó siempre todo y, como es natural, me interesaban sobre todo nuestros orígenes. Me interesaba la historia, pero no como les interesaba *a ellos* nuestra historia, por decirlo así, sólo como páginas gloriosas amontonadas a cientos y miles, sino en su totalidad. Lo que ellos no habían osado nunca, mirar dentro y al fondo de los horribles abismos de su historia, lo había osado yo. Eso los irritó contra mí. *Ese Georg* se había convertido en definitiva en Wolfsegg en una expresión aterradora, dijo mi tío. Tenían miedo de que el niño que yo era pudiera dominarlos, y no a la inversa. Mis padres, tus abuelos, dijo, me encadenaron a Wolfsegg y me amordazaron. Eso es precisamente lo que no hubieran debido hacer nunca. Y tus padres no aprendieron nada del fracaso de mis padres, es decir, de tus abuelos, al contrario, utilizaron métodos todavía mucho más desafortunados para tratar contigo. Pero por otra parte, dijo, ¿qué hubiera sido de ti si no se hubieran portado contigo como se portaron? Esa pregunta no había que responderla, se respondía sola. Cuando te veo, dijo mi tío Georg, siempre me veo en el fondo a mí. Tú has seguido exactamente la misma evolución. Tú te separaste de ellos, te apartaste de su camino, les volviste la espalda, te sustrajiste a ellos en el

momento oportuno. Lo mismo que no me han perdonado, no te perdonan. Dios santo, dijo, lo que para mí es Cannes es para ti Roma. Así podemos terminar con Wolfsegg, desde lejos. Cuando pienso en aquellas paralizantes veladas con los míos, en las que las frases más logradas, en el momento en que se pronunciaban, se perdían en el aire. Se diga lo que se diga, no lo comprenden. Se sugiera lo que se sugiera, no lo toman en consideración. Cuando lee un periódico tu padre, es el *Oberösterreichische Landwirtschaftszeitung*<sup>[2]</sup>, cuando lee un libro, es el *Libro de Balances*. Y van, porque tienen que aprovechar su abono, al teatro en Linz y ven alguna comedia espantosa sin avergonzarse, y van a esos conciertos ridículos en la llamada Brucknerhaus, en la que reinan las notas más desafinadas con el máximo volumen. Esas gentes, quiero decir tus padres, dijo, no sólo han sacado un abono para teatros y conciertos, viven también su vida por abono, van también a diario a su vida, como a un concierto repulsivo en el que sólo las notas desafinadas dominan, y viven porque es algo que se hace, no porque lo quieran, porque sea su pasión, su vida, no, sino porque han sido abonados a ella por sus padres. Y lo mismo que en el teatro aplauden en los momentos equivocados, aplauden también en su vida en los momentos equivocados y manifiestan su júbilo continuamente en su vida, lo mismo que en el concierto, cuando no hay nada para manifestar júbilo, y contorsionan de la forma más repulsiva sus rostros arrogantes cuando debieran reírse de buena gana. Y lo mismo que las obras que ven por abono son una catástrofe y del más bajo nivel, también su vida es una catástrofe y del más bajo nivel. Por otra parte, dijo, poco a poco debería darnos igual lo que hacen, lo que han hecho de su existencia no nos afecta. ¿Y quién dice que nosotros hayamos seguido el buen camino? Tampoco somos de lo más felices. Y siempre hemos estado sólo buscando un ideal, sin encontrarlo. La realidad es que todos hemos buscado siempre un camino para acercarnos más, y con ellos nos hemos alejado cada vez más unos de otros, cuanto mayores han sido nuestros intentos de volver a acercarnos, tanto más nos hemos alejado unos de otros. Nuestros intentos en ese sentido, dijo, terminaron siempre únicamente en la amargura. Sólo hemos renunciado siempre a nuestros intentos porque, de otro modo, nos hubiéramos asfixiado con nuestros reproches, dijo. Nuestro error es que nunca nos hemos resignado a que Wolfsegg no nos afecte ya, es *su* Wolfsegg, dijo, *no nuestro* Wolfsegg. Les hemos querido imponer y obligar a un Wolfsegg que es nuestro Wolfsegg pero no el suyo, en lugar de dejarlos en paz. Nos hemos mezclado siempre en su Wolfsegg, cuando hubiéramos hecho mejor en dejarlos hacer. Nos pagaron por completo, y con ello hubiéramos tenido que darnos por contentos para siempre. No tenemos ya ningún derecho a Wolfsegg, dijo. Yo contemplaba detenidamente la fotografía en que mis dos hermanas tienen unos veintidós o veintitrés años. Sus rostros burlones se han vengado de ellas, pensé. Se han quedado solas, no han tenido fuerzas para evadirse de Wolfsegg. Esos rostros burlones eran su única arma, contra su entorno, contra sus padres a los que no podían escapar, pero ante esos rostros se asustaban también los hombres que ellas querían tener. Mis hermanas no fueron



bonitas, nunca, en ningún momento, pensé. Pero tampoco eran interesantes. No se han desarrollado, han seguido siendo las tontas palurdas que eran entonces. Sólo que, unos veinte años después, esos rostros burlones no son ya frescos sino que se contraen por sus muchas arrugas amargas. Más o menos son feas. Quizá sea Caecilia más bondadosa que Amalia. A la codicia que tienen de su madre vino a añadirse la amargura. Al principio, las dos eran aficionadas a la música y mi tío Georg intentó convertirlas en músicas, intento lastimoso que tenía que fracasar. Les faltaba perseverancia, no les importaba nada la música, y por ello su sentido musical se perdió lógicamente, sólo les bastaba para actuar como suplentes en el coro de la iglesia. Ya a los cuatro, los cinco años, su madre les puso *dirndl*<sup>[3]</sup>, siempre del mismo corte y el mismo dibujo, dentro de los que, con el tiempo, se atrofiaron. Las dos son enfermizas, pero es el estado enfermizo heredado de su madre, que indica una vida larga. Tosen continuamente, no las conozco de otra forma, unas veces tosen en Wolfsegg de arriba abajo y otras de abajo arriba, pero esa tos no hay que tomarla en serio, no es mortal, es como si esa tos fuera su única pasión, su entretenimiento más cómodo en la vida. En esa tos, parece, se ha refugiado su talento musical. También en sociedad tosen continuamente. No tienen nada que decir, pero tosen sin cesar. Cada una de ellas lleva al cuello una cadena de plata heredada de nuestra abuela y, cuando les preguntan qué son, pronuncian ante todo la palabra *católicas*. Fueron enviadas las dos a cursos de cocina en Bad Ischl, porque se pensaba que aprenderían allí la cocina imperial, pero ninguna de ellas aprendió a cocinar en Bad Ischl, cocinan todavía peor que nuestra madre que, cuando la cocinera está de vacaciones en Aschau del Danubio, se pone siempre en ridículo. Sopa de patata es lo único que nuestra madre hace bien. Pero a ninguno de nosotros nos gusta la sopa de patata. Sólo mi padre la come con pasión, al menos lo pretende. Mis hermanas fueron siempre, como suele decirse, bien educadas, lo que no cambia nada el hecho de que fueron también siempre de lo más taimado que cabe imaginar. Si una cogía un libro en la mano, la otra se lo quitaba de la mano de un golpe. Nunca se las veía separadas, siempre a las dos. Se llevan un año de diferencia, pero se presentan como gemelas. Si digo que siempre las he querido, eso no quiere decir que no las haya odiado siempre también. Cuando fuimos adultos, como es natural las odié más que quise, posiblemente, pienso ahora, no me ha quedado más que el odio. Siempre estuvieron decepcionadas de mí. Siempre hablaban de su hermano, como me consta, sólo mal, sobre todo en sociedad, cuando, como debían suponer, eso tendría un efecto devastador contra mí. ¡Cuántas cosas se han inventado sobre mí, para denigrarme! Las personas tontas tienen siempre un efecto mucho más devastador que las otras, pienso. Que las haya querido siempre no quiere decir que no las haya maldecido siempre también. Su madre, desde el principio, las encadenó a ella y no las soltó ya. No podían hacer ningún viaje, no podían ir a ningún baile, incluso cuando tenían ya unos veinte años, tenían que seguir pidiendo permiso si querían ir a Lambach al llamado *mercado de los jueves*. Sólo recibían siempre el dinero de bolsillo suficiente

para que sus gastos no pudieran ser muy grandes, la mayoría de las veces sólo les bastaba para una bebida y un pedazo de pan. Por principio, sus zapatos sólo eran hechos a medida por el zapatero de Schwanenstädt, que había hecho ya los zapatos de nuestros abuelos, y por eso estaban siempre pasados de moda y, con el tiempo, hicieron que mis hermanas adquirieran una forma de andar bastante torpona, que luego, cuando tuvieron oportunidad de comprarse zapatos en Viena, conservaron también. No puedo decir cuál de las dos es más inteligente. No puedo decir que Caecilia tenga mejor gusto que Amalia. No puedo decir que Amalia sepa más que Caecilia. Sus voces son tan parecidas que es difícil saber cuál de las dos ha llamado cuando una de las dos llama. Como, por principio, siempre se han presentado juntas y ninguna de las dos ha sentido nunca, eso parece, la necesidad de separarse de la otra, tampoco han encontrado en todo este tiempo un hombre *conveniente*. En efecto, incluso creo que jamás habían pensado en casarse hasta que Caecilia hizo el año pasado su viaje a la Selva Negra. A Titisee, donde vive nuestra tía. Allí conoció al fabricante de taponos para botellas de vino. Caecilia se casó y, con ello, se granjeó el odio de su hermana Amalia. Amalia se fue del edificio principal y se instaló en la Casa de los Jardineros. Después de la ceremonia de la boda en la iglesia sólo apareció brevemente en el llamado banquete que vino a continuación, e inmediatamente se fue y no se la ha visto más. Por lo que sé de ella, pienso, no ha vuelto a salir de la Casa de los Jardineros. Hasta la noticia de la muerte. Como su sentido teatral es mucho más marcado que el de su hermana, sin duda salió gritando de la Casa de los Jardineros y corrió al edificio principal, pienso. Pero naturalmente no puedo saber cómo fue en realidad. Probablemente en el momento de la desgracia el marido de Caecilia estaba todavía en Wolfsegg, porque al fin y al cabo tenía la intención de no volver a la Selva Negra ni a Friburgo hasta quince días después, pensé. Dicen que nuestra tía de Titisee *patrocinó*, como suele decirse, el matrimonio de Caecilia. Es típico que Caecilia creyera poder quedarse en Wolfsegg incluso después de la boda. Qué esfuerzo debió costarle a mi madre convencerla para que se fuera a Friburgo con su marido, cuando nuestra madre había jurado en secreto no dejar irse nunca de Wolfsegg a ninguna de mis hermanas, ya que, durante toda su vida, temió la soledad. Mis dos hermanas debían quedarse en Wolfsegg, a fin de que, en cualquier caso y en cualquier momento, como debía pensar, pudiera perder a una de las dos sin tener que estar luego completamente sola. Nuestra madre previó siempre las cosas con mucha anticipación y sobre todo siempre, en primer lugar, consideró todo lo que a su propio futuro se refería. Perder a su marido, mi padre, lo había hecho entrar siempre en sus cálculos, *entonces tendré todavía a mis hijas, si mis dos hijas no están ya un día en Wolfsegg*. Ésa era su idea, que había llevado aún más lejos: *si una de mis hijas se va, tendré todavía a la otra*. Estaba furiosa con Caecilia y lo dejó ver también durante todos esos días de la boda, pero, astuta como es, no, como era, se guardó de mostrar abiertamente su furia y su odio súbito hacia la tráfuga, al contrario, no perdía oportunidad de fingir cuánto se alegraba de *esa feliz unión*, como decía a cada

momento. Sólo ahora era la madre feliz que siempre había querido ser, decía, resultaba realmente repulsivo para los iniciados. Por añadidura, se hizo fotografiar por su yerno en todos los rincones y recovecos de Wolfsegg, ella que nunca, por decirlo así, se había dejado fotografiar por un extraño, en todas las posturas ridículas e incluso desvergonzadas imaginables, según pienso, y a cada instante abrazaba a su yerno y pedía a este o aquel de los circunstantes que hiciera una foto del abrazo. Su talento de actriz alcanzó sin duda en esa boda sus más altas cumbres. ¡Y precisamente de la Selva Negra!, exclamaba. ¡Siempre me ha gustado Friburgo! ¡Y el Titisee! Su mal gusto no conocía límites. En secreto nada deseaba más ardientemente que la pronta disolución de la unión de Caecilia con su más o menos palurdo marido, que probablemente no sabía él mismo cómo había llegado a todo aquello, fuera por lo que fuera. Ella nunca fue melindrosa en su forma de pensar. Puede ser muy bien, pienso, que nuestra tía del Titisee se vengara de mi madre, al casar a su sobrina Caecilia con el fabricante de tapones para botellas de vino, porque nada resulta más evidente que el hecho de que nuestra tía del Titisee es responsable de ese matrimonio grotesco. Nunca pudo sufrir a mi madre, y ahora triunfaba. Mi madre, mientras adoptaba posturas de la forma más repugnante durante esa boda, sin duda pensaba ya en cómo destruir ese matrimonio importuno de la forma más rápida. En su cabeza trabajaba ya ese mecanismo de destrucción, mientras mostraba a los invitados presentes en la boda la imagen de una madre colmada de felicidad por aquel matrimonio. ¡Que el tío Georg no haya podido vivir esto!, exclamaba. Mi padre se comportó durante todos esos días de forma bastante indiferente, ocupándose de sus asuntos, la mayor parte del tiempo en la Granja y en el bosque, esas fiestas lo habían repelido siempre y sólo por su mujer y porque ella lo había obligado siempre a ello, las había soportado. Fue, como suele decirse, durante todo el tiempo, la calma personificada. Continuamente pensaba yo que, de repente, se había vuelto viejo, sin fuerzas, y no se interesaba por nada. Pero no puedo decir que lo compadeciera. Con mis hermanas, pienso, tuve de niño una relación normal, aunque no especialmente buena, de adulto una relación siempre mala y ahora, después de la muerte de nuestros padres y de Johannes, temía enfrentarme con ellas. Me crearán las mayores dificultades, pensé. No podré soportar sus rostros burlones de la foto y luego amargados, su forma de hablar, su forma de andar, su forma de vestirse y de no perder ocasión de prorrumpir en acusaciones contra mí, cuando no hay nada de que acusarme. Siempre me reprocharon que hubiera rechazado a Wolfsegg, que hubiera ofendido a nuestros padres, los hubiera herido más o menos mortalmente, y ahora, después de la muerte de nuestros padres, lo harían sin duda con mayor desvergüenza aún. No retrocederán ante ninguna acusación, aunque sea la más absurda, la más innoble, pensé. De nada servirá que me contenga, que me aparte tanto como pueda de su camino, continuamente estarán ahí, echándome la culpa de toda la desgracia. A mí e, incluso tanto tiempo después de su muerte, al tío Georg. No perderán ocasión de decir que yo volví locos a nuestros padres, dementes, que los herí mortalmente. Aunque no tenga nada que ver conmigo.

Ya cuando vivían era yo continuamente culpable de su desgracia, y no sólo de la desgracia de nuestros padres, sino también de la de ellas. El que yo, según su teoría, me fuera de Wolfsegg volviendo la espalda a Wolfsegg fue la causa de que, entre otras cosas, ellas se vieran encadenadas a Wolfsegg, de que tuvieran que atrofiarse en Wolfsegg, de que no pudieran desarrollarse en absoluto, no pudieran casarse, etcétera. De que todo el ambiente en Wolfsegg en los dos últimos decenios, precisamente desde el momento en que me fui de Wolfsegg y finalmente a Roma, se ensombreciera de una forma espantosa. De que nuestro padre y también Johannes enfermaran y de que nuestra madre, además de sus jaquecas de toda la vida, contrajera también una enfermedad del estómago y una enfermedad de los riñones. De que el estado de salud de todos empeorara tanto. De que en Wolfsegg no se renovara ya nada. Incluso el que en esos dos decenios no se hicieran ya reparaciones en el tejado sería culpa mía, siempre, cuando penetraba la lluvia, me echaban la culpa, cuando tenían que correr al desván con sus bayetas y cubos para enjugar el agua. Antes, cuando yo estaba todavía en Wolfsegg, todo había sido siempre tan divertido, desde el momento en que desaparecí y me fui a Roma no lo fue ya. De repente no habían oído ya música en Wolfsegg, por ejemplo. Wolfsegg enmudeció, según me dijo una vez Amalia, por ti, por tu testarudez, que te ha empujado hasta Roma, porque yo, como se atrevió a decirme, no tenía ningún sentido de la responsabilidad, no sentía amor por nuestros padres, siempre había odiado a nuestros padres, *siempre había odiado* a nuestros padres, mientras que ellas los *habían querido siempre*. Todo su dinero, que les hubiera correspondido también a ellas, lo habían invertido nuestros padres por decirlo así en mí, quitándoselo a ellas. A causa de mi costosa forma de vida, según Caecilia, yo había reducido su subsistencia, y en definitiva era culpable de la pérdida de valor cada vez más funesta de su herencia, etcétera. Se atrevieron incluso a afirmar que yo no había estudiado ni me había buscado para ello los sitios para estudiar más caros de Europa más que para atarlas lo más corto posible. Por qué tiene que ser Londres, Oxford, se preguntaban una y otra vez, cuando Innsbruck hubiera bastado también. Me llamaban continuamente, hasta donde puedo acordarme, su hermano megalómano que dilapidaba su dinero, aunque se trataba de mi dinero, puede decirse mejor del dinero de nuestros padres. Yo iba siempre por ahí con la ropa más cara, mientras que ellas tenían que llevar la más simple a causa de mi fanfarronería. Eres *tú* el responsable de nuestros andrajos, me dijo una vez mi hermana Amalia. Al principio todos echaban la culpa a mi tío Georg, y luego a mí. Hasta mi hermano se había atrevido a reprocharme mi forma de vida, Wolfsegg no estaba en condiciones de financiarme de una forma tan dispendiosa, según sus palabras. Yo no había dado crédito a mis oídos, pero había oído perfectamente bien. Mis hermanas y mi hermano, en gran parte, repetían sólo las observaciones de nuestros padres que tenían que escuchar durante todo el año, si yo estaba en Wolfsegg, daban libre curso a su maligna locuacidad contra mí, sin contenerse. Mis hermanas y mi hermano habían calificado en todo momento mi vida de inútil y mi existencia, de forma totalmente

abierta, de superflua entre todas, intentando impedir que nuestros padres me enviaran mi asignación mensual, y pidiendo en cualquier caso a nuestros padres que la redujeran drásticamente. Todo el tiempo los habían importunado para que, como yo mismo los oí decir, *acabaran de una vez* conmigo, no dejaran que yo hiciera con ellos lo que quisiera, así mi hermana Caecilia una vez durante un té tomado con mi madre una tarde en el llamado cenador, al que yo había llegado, por pura casualidad, antes de lo anunciado. Constantemente tenía que ser testigo de sus impertinencias hacia mí, secretas o no, hasta donde puedo recordar, las atormentaba la idea de que yo recibía más que ellas y de lo que me correspondía y, en su opinión, llevaba una vida mejor y más agradable de la que, según su opinión, me hubiera correspondido nunca. *¿Pero quién es él?*, se preguntaban a cada instante, *¿qué se imagina?* Si estaba callado en la mesa, no les parecía bien, si hablaba en la mesa, tampoco les parecía bien. Estás siempre *callado*, me reprochaban, o *tú* eres el que hablas siempre. Si me quedaba en casa, me decían todo el tiempo: *¿por qué no sales?*, si salía, me decían todo el tiempo: *¿por qué no te quedas en casa?* Si me ponía un traje claro, querían que llevara uno oscuro, si llevaba uno oscuro, querían que me pusiera uno claro. Si hablaba con el médico en el pueblo, decían llenas de reproches: habla continuamente con el médico y habla con el médico mal de nosotras. Si no hablaba con el médico, decían: ni siquiera habla con el médico. Si decía que prefería Roma a París, decían inmediatamente que sólo alababa Roma porque ellas la aborrecían. Si decía que no quería postres, se aplicaban a ellas mismas esa manifestación sobre los postres, aunque, al hablar de los postres, no había pensado en absoluto en ellas, dijera lo que dijera, en sus oídos lo decía siempre contra ellas. Con el tiempo, sólo por esa razón no podía aguantar ya en Wolfsegg. Si sentía ganas de ir al lago, me acusaban de ir continuamente al lago, lo que era absurdo, porque todo lo más una vez al año tenía ganas de ir al lago, a diferencia de mi hermano, que de verdad iba al lago continuamente, cada dos o tres días y en el verano todavía más a menudo, pero no se les ocurría siquiera acusar a mi hermano. Si iba al bosque, a sus ojos era un loco, si iba al bosque mi hermano, lo encontraban completamente normal. Si *una vez* pedía en un mesón un *martini*, decían enseguida: pide *siempre un martini caro*. Si les enviaba de algún lugar una tarjeta postal, decían enseguida: sólo nos envía esa tarjeta postal para molestarnos. Él puede permitirse ir a Cannes, a Lisboa, a Madrid, a Dubrovnik, nosotras no. Por eso perdí pronto la costumbre de enviarles tarjetas postales. Sin embargo, cuando no recibieron ya tarjetas postales mías, dijeron: no nos envía tarjetas postales, es demasiado tacaño para eso. Durante cinco o seis días estaban furiosas conmigo porque, con el mayor frío invernal, había ventilado mi habitación para no asfixiarme, me reprochaban que, al abrir la ventana para dejar entrar aire fresco, derrochaba su dinero, en unos tiempos en que el dinero era tan escaso y la leña tan cara. Nunca me perdonaban que ventilara mi habitación en invierno, porque no puedo existir en habitaciones sin ventilar ni mucho menos dedicarme a mi trabajo intelectual. Prefieren asfixiarse casi a comprender que ventile mi habitación cuando

estoy en Wolfsegg, cuando, sin dificultad, tienen madera de calefacción para mil años. Cuando volví por primera vez de Roma a Wolfsegg, creyendo que me esperaban con la mayor alegría, en el primer momento dije ya lo magnífica que es Roma en febrero, porque se puede uno sentar al aire libre vestido muy ligeramente y tomar un café. Inmediatamente se pusieron furiosas por el hecho de que yo, en febrero, en Roma, tomase un café al aire libre, y todo el tiempo me reprocharon que estuviese *siempre* al aire libre tomando café, mientras ellas, no sólo en febrero, sino durante todo el año, tenían que *trabajar duramente*. ¡No te imaginas lo que tenemos que trabajar en Wolfsegg!, decían a cada instante. No podemos permitirnos nada, absolutamente nada. ¡Tú vives en medio del lujo, mientras que nosotras tenemos que matarnos para poder mantener Wolfsegg! En los dos decenios que llevo fuera de Wolfsegg, mis hermanas se han acostumbrado a utilizar conmigo un repugnante tono protector, que sencillamente no puedo aceptar. Por qué tienes que ir en avión, cuando el tren cuesta sólo la tercera parte, me ilustró la última vez mi madre, y mis hermanas estuvieron de acuerdo inmediatamente, con toda bajeza, con ese reproche ridículo. Lo mismo que, ya de pequeñas, me atacaban con sus voces agudas y chillonas, haciendo causa común con su madre, me atacan ahora con sus repulsivas voces de vieja, que me perforan la cabeza cuando las oigo. Nuestra madre decía alguna bajeza, y mis hermanas recogían esa bajeza, sin pensar, y la triplicaban. Nunca me hubiera atrevido a presentar a Gambetti ese espantoso Wolfsegg, pienso, y durante todos estos años me guardé de invitarlo nunca a Wolfsegg. Lo que le he dicho hasta ahora sobre Wolfsegg, pienso, es una ingenuidad perversa en comparación con las condiciones reales y verdaderas que allí reinan. Nunca hubiera podido dejar que Gambetti echara una ojeada a aquel infierno demente. En el pueblo mis hermanas tampoco eran queridas, yo sólo oía, cuando oía lo que se decía, las cosas más desagradables sobre ellas. Tampoco mi madre era bien vista en el pueblo. Sin embargo, a mi padre lo apreciaba la gente, y lamentaban en secreto que tuviera que existir con esa mujer y con esas hijas. Con mi hermano Johannes tenían que colaborar en nuestra explotación agrícola y forestal y en las minas de carbón, si lo hacían con gusto no lo sé. Pero él no era un hombre absolutamente inabordable. En el fondo, tampoco era tan orgulloso como se ha dicho siempre. De todas formas, no era de trato amable. Más por timidez que por orgullo, se mostraba la mayor parte del tiempo arrogante, lo que sin embargo no era. A diferencia de mi madre y de mis hermanas, siempre tuvo, como mi padre y como yo, por cierto, también, buenas relaciones con la población y, sobre todo, sabía hacerlos trabajar para él. Mis hermanas sin embargo, eso puedo decirlo tranquilamente, eran poco queridas por todos. Tampoco intentaron nunca hacerse querer. No sólo era cómico el que, incluso a una edad avanzada, aparecieran siempre las dos, sino repulsivo, no sólo grotesco, sino realmente repugnante. Y el que, también a una edad avanzada, siguieran vistiéndose de la misma forma. Todavía hoy, no son totalmente más que las marionetas, de voces espantosamente chillonas, de su madre. Cuando alguna vez accedían a remendarme los calcetines, lo hacían con

puntadas tan grandes que era imposible llevar esos calcetines, y además con un color que no iba en absoluto con el color de los calcetines, por ejemplo, remendaban unos calcetines verdes, sin más, con lana roja, y se molestaban profundamente cuando, en lugar de darles las gracias, les tiraba a la cara, lleno de horror, su espantoso trabajo. También encontraba especialmente tonto ver a mis hermanas andar por ahí continuamente en traje típico de la Alta Austria de un raro mal gusto, y también los llamados *dirndl*, que la costurera de nuestra madre tenía que hacer dos veces al año, me repelían. Cuando iba a Wolfsegg desde Roma y corrían a recibirme con esos *dirndl*, tenía que dominarme cada vez para no sentirme enfermo ya en los primeros segundos. De niñas, llevaban trenzas, y más tarde se hicieron un moño en la nuca con el cabello. Entretanto, aquel moño rubio se les ha vuelto canoso. Recuerdo que, ya de niñas, no podían soportar que me sentara en el jardín con un libro. No me dejaban en paz, me llamaban, lo que siempre me ha parecido sumamente repulsivo, *genio fracasado*, lo que habían aprendido del vocabulario de su madre, y me atronaban los oídos con ese adjetivo desvergonzado hasta que tiraba el libro, me levantaba de un salto y me refugiaba en mi habitación. Busco, en relación con mis hermanas, cosas agradables, pero no encuentro ninguna. Sin duda, con el tiempo podría contar algo de ellas que las presentase de una forma más favorable, pero es tan poco en comparación con los horrores que me unen a ellas que no vale la pena mencionarlo. Tengo que decir que mi verdad sobre ellas, que durante toda mi vida sólo me han atormentado y me han envidiado hasta el aire que respiro, ni siquiera me asusta. Cometería una falsificación grosera si callara ahora todas esas bajezas y tormentos suyos conmigo. No se lo merecerían ni me lo merecería yo. Siempre me he comprado, un par de veces al año, para estar fresco y para mi propia diversión, uno de esos sombreros de paja romanos, que ofrecen siempre en el Trastevere por una bagatela y que, más ligeros que todos los demás, son los que mejor protegen del calor romano, que muchos días puede ser realmente insoportable. Cuando, una vez, fui a Wolfsegg con uno de esos sombreros de paja baratos y, por consiguiente, como creía aún entonces, *a casa*, mi madre me pidió explicaciones precisamente por ese sombrero de paja que llevaba puesto. Que si tenía que comprarme uno de aquellos costosos sombreros de paja, cuando había una crisis económica catastrófica y apenas se podía mantener Wolfsegg. Esto sólo como ejemplo de las monstruosidades de los míos que, cuando pienso en ello, apenas han conocido las palabras vergüenza, sensibilidad o consideración. Y que nunca han experimentado la menor necesidad de mejorar, y desde hace ya decenios se han estancado, contentándose con ello. Mientras que yo he hecho siempre todo lo posible por perfeccionarme, por absorber y atraer hacia mí todo lo que podía absorber y atraer hacia mí, ellos no hicieron el menor esfuerzo en ese sentido. Lo mismo que la mayoría de los académicos creen, al terminar sus estudios académicos, que han hecho lo suficiente por su existencia y no tienen que esforzarse ya más por ampliar sus conocimientos y reconocimientos y su carácter, porque creen haber alcanzado ya la culminación de su existencia, como por ejemplo

la mayoría de los médicos que conozco, los míos, después de terminar el bachillerato, el llamado bachillerato de letras, no se preocuparon de nada más, estancándose durante toda su vida en ese punto realmente insatisfactorio por completo. Sin embargo, esa actitud es repulsiva, creer que no es necesario ya enriquecer el espíritu, superfluo ampliar los conocimientos, los que sean, una pérdida de tiempo la formación continua del carácter. Han dejado ya muy pronto de ampliar sus conocimientos y de formar su carácter, al dejar el instituto, o sea, antes ya de sus veinte años renunciaron al trabajo en sí y se dieron por contentos con lo logrado, sobreestimándose a sí mismos groseramente. Mientras que mi tío Georg, por ejemplo, se esforzó durante su vida por ampliar sus conocimientos, fortalecer su carácter y aprovechar completamente sus posibilidades al máximo, ellos no tuvieron ningún interés por eso, en un momento en que ni siquiera habían alcanzado el nivel mínimo aceptable de desarrollo. Ya alrededor de los veinte años renunciaron, tengo que decir, no dejaron penetrar nada más en ellos, no se sometieron a fatiga alguna, retrocedieron ante cualquier esfuerzo por mejorarse. Sin embargo, seguir ampliando los conocimientos y formando y fortaleciendo el carácter mientras se existe es algo lógico. Porque quien deja de ampliar sus conocimientos y de fortalecer su carácter, y por consiguiente de trabajar en sí mismo, para hacer de sí mismo todo lo que pueda, ha dejado de vivir, y ellos dejaron de vivir ya todos alrededor de los veinte años, a partir de entonces no hacen más que vegetar hasta extinguirse, como tengo que decir, hastiados, como es natural, de sí mismos. Sólo cada cien años, pienso, han engendrado a un hombre como mi tío, un carácter tan extraordinario, y precisamente a ese hombre y carácter extraordinario lo persiguieron con su aversión y su odio mientras vivió. Al contemplar las fotografías en que aparecen, pienso que hubieran podido hacer muchas cosas y posiblemente lo máximo, y que sin embargo no hicieron nada de sí mismos, por pura comodidad. Se contentaron con el trajín cotidiano que no exigía de ellos más que la estupidez tradicional que les era innata. No pusieron nada en juego, no arriesgaron nada, ya en sus años más jóvenes se abandonaron, como suele decirse. Nunca utilizaron las posibilidades que indudablemente tuvieron siempre, como todo el mundo. Y si, para no volver a hablar enseguida de mí, alguno de ellos utilizaba alguna vez sus posibilidades y las de ellos, como mi tío Georg, lo atormentaban con su incomprensión y su envidia. Mis hermanas se quedaron estancadas en el momento de dejar el instituto. Con la cabeza muy alta salieron del instituto, con su diploma de estudios en la mano como garantía, para toda la vida, de algo extraordinario, cuando en el mejor de los casos sólo se trataba de una garantía de su extraordinaria estrechez de miras, y se estancaron. Hoy, a sus casi cuarenta años, están estancadas al nivel de sus diecinueve años, y todo en ellas es más o menos ridículo y, a su edad, como es natural, no lamentable sino insulso. Pero también nuestro padre se estancó muy pronto, después de terminar en la llamada Escuela de la Madera, a la que fue en Wiener Neustadt, creyó haber alcanzado la culminación de su existencia, y a partir de entonces no hizo más que



degenerar. A los veintidós años se estancó, quedándose paralizado y atrofiándose. Y mi hermano Johannes se estancó también el día en que terminó en la Escuela Forestal de Gmunden, y no se desarrolló más. Como el noventa por ciento de la Humanidad, creía también que su bien ganado diploma de estudios del último centro al que había ido era la culminación de su vida. Así lo consideran la mayoría de los hombres, lo que es para volverse loco. Salen del colegio y se quedan estancados y no se esfuerzan más. Y se derrumban, como puede decirse. Y el hombre que no se esfuerza es indudablemente el más repugnante, el hombre al que, si lo contemplamos, no podemos contemplarlo sin la mayor repulsión. Nos deprime, con el tiempo no sólo hace que nos sintamos infelices, sino furiosos. Nos oponemos a él sin que eso sirva para lo más mínimo. Los hombres, según parece, se esfuerzan sólo mientras esperan estúpidos diplomas con los que triunfar en público; en cuanto tienen suficientes de esos estúpidos diplomas, se abandonan. En su mayoría sólo viven para conseguir diplomas y títulos, por ninguna otra razón y, una vez que, a su juicio, han logrado un número suficiente de diplomas y de títulos, se dejan caer sobre el blando lecho de esos diplomas y títulos. No tienen, al parecer, ningún otro fin en la vida. No tienen, según parece, ningún interés por tener una vida propia e independiente, sólo por esos diplomas y títulos, bajo los que la Humanidad corre desde hace ya siglos el riesgo de ahogarse. No persiguen en absoluto la independencia y la autonomía, ni su propio desarrollo natural, sino sólo esos diplomas y títulos, y serían capaces de morir en cualquier momento por esos diplomas y títulos, si se los entregaran y dieran sin condiciones, ésa es la verdad desnuda y deprimente. Aprecian tan poco la vida en sí que sólo ven los diplomas y títulos, nada más. Cuelgan esos diplomas y títulos en las paredes de sus pisos, en los pisos de los maestros carniceros y de los filósofos, de los pinches de cocina y de los abogados y jueces cuelgan los diplomas y títulos, y miran fijamente esos diplomas y títulos durante toda su vida con ojos ansiosos, que se les han quedado así de mirar continuamente con ansia esos diplomas y títulos. En el fondo, nunca dicen de sí mismos: soy este hombre o aquél, sino soy este título o aquél, soy este diploma o aquél. Y no se tratan con este hombre o aquél, sino sólo con este diploma o aquél y con este título o aquél. Por eso podemos decir sin más que, en la Humanidad, no son los hombres los que se relacionan entre sí, sino sólo los diplomas y títulos, los hombres son en la Humanidad, dicho sea toscamente, indiferentes, sólo son importantes los títulos y diplomas. Desde hace siglos no vemos hombres, sino sólo títulos y diplomas. No es al señor Huber a quien se encuentra en el café, sino al título de doctor Huber, no se va a comer con el señor Maier, sino con el ingeniero titulado del mismo nombre. Al parecer, sólo han alcanzado su objetivo cuando no son ya un hombre sino un ingeniero diplomado, cuando no son ya, como creen, sólo la señora Müller, sino la señora del Consejero del Tribunal. Y tampoco reciben en sus oficinas a una señorita, sino a un excelente diploma. Esa manía de los títulos y diplomas está difundida sin duda en toda Europa, pero ha alcanzado indudablemente en Alemania y, sobre todo, en Austria un grado tan monstruoso y

grotesco que resulta agobiante. Hace poco le dije a Gambetti que los austríacos y los alemanes no valoran a los hombres sino sólo los títulos y diplomas, en efecto, llegan incluso a creer que no surge el hombre hasta el momento en que ha obtenido un título o recibido un diploma, antes no es hombre. Gambetti encontró esa afirmación mía demasiado crasa, la llamó exagerada, pero en el curso de nuestras lecciones le probaré aún que en absoluto exagero y que eso no ocurre sólo en Austria, como vuelvo a pensar precisamente, sino en toda Europa y, con el tiempo, con aterradora rapidez, ocurrirá también en el mundo entero. Pero esa manía de diplomas y títulos no es, naturalmente, una invención de este siglo, los hombres los han perseguido siempre. Como se valoraban a sí mismos demasiado poco, un día, hace ya siglos, se presentaron como diplomas y títulos para poder existir a sus propios ojos. Mi tío Georg decía muy a menudo: siempre que voy a Austria, creo, cuando me siento en el tren, que sólo van sentados títulos de catedrático y de doctor en el compartimento, no hombres, que sólo van por las calles hordas de diplomas, no jóvenes, sólo consejeros áulicos, no ancianos. Lo mismo que mi padre su diploma de estudios de la Escuela de la Madera, también mi hermano, su hijo Johannes, había colgado de la pared su diploma de estudios de la Escuela Forestal de Gmunden, sobre su escritorio y con un grueso marco, como si fuera un retablo. Consideraban la terminación de esos estudios suyos, sin duda necesarios pero sin embargo completamente ridículos, como la culminación de su vida. Y mis hermanas cloqueaban a cada instante la palabra *bachillerato*, sin que nadie les hubiera preguntado nada. El mundo entero padece la enfermedad de los diplomas y títulos, que imposibilita toda vida natural. Pero en los países latinos no se ha llegado aún, en absoluto, a esa situación austríaca y alemana sumamente deprimente, decía mi tío Georg. Y yo creo que en ellos no se impondrá esa situación germano-austríaca. Esos pueblos no han sido ni son tan limitados. En esos pueblos la vida natural está aún muy difundida, mientras que entre nosotros se ha extinguido ya casi totalmente. Desde hace siglos no es ya posible en Alemania y en Austria llevar una vida realmente natural, porque ha sido devorada y extinguida por la manía de los diplomas y los títulos. Con mi hermano Johannes tuve una buena relación de pequeño; con sólo un año de diferencia, él es, no, era el mayor, y fuimos, hasta que entramos en la escuela y nacieron nuestras hermanas, buenos amigos. Pero ya en la escuela nuestros caminos se separaron. Ya a los seis años, pienso, cada uno de nosotros fue en la dirección que luego determinaría toda su vida, en realidad cada uno de nosotros fue exactamente en la dirección opuesta a la del otro. Mientras Johannes penetraba cada vez más profundamente en el campo y el bosque y la selva, yo, con la misma decisión, me alejaba precisamente del campo y del bosque y de la selva y, por consiguiente, él se adentró cada vez más profundamente en Wolfsegg, mientras que yo me alejé cada vez más de Wolfsegg; él, en definitiva, no fue sólo penetrado por Wolfsegg sino pronto dominado y, según pienso, aspirado y devorado, y yo, en definitiva, por el mundo exterior a Wolfsegg. Mientras que las palabras favoritas de mi hermano no fueron poco a poco más que *trigo, cerdos, abetos y pinos*,

las mías fueron *París, Londres, Cáucaso, Tolstoi, Ibsen*, etcétera, y pronto no sirvió ya de nada que él intentara una y otra vez entusiasmarme con sus palabras favoritas, lo mismo que no servía de nada interesarlo por las mías. Mientras que yo, siguiendo el ejemplo de nuestro tío Georg, pasaba la mayor parte del tiempo en nuestras bibliotecas, a él se le encontraba la mayor parte del tiempo en los establos, él esperaba en el establo a que una vaca pariera por fin, mientras yo me ocupaba en la biblioteca de desentrañar una frase de Novalis y, lo mismo que él en el establo el nacimiento del ternero, yo aguardaba, con la misma impaciencia, que el pensamiento de Novalis naciera en mi cabeza. Al terminar el bachillerato se compró un velero, mientras que yo utilicé la suma recibida por terminar con éxito mis estudios para hacer un viaje a Anatolia con mi tío Georg. Mientras que yo utilizaba cada minuto libre, cuando mi tío Georg estaba aún en Wolfsegg, para estar con él, mi hermano apenas se interesaba por mi tío, siempre se unía a mi padre, acompañaba a mi padre a los campos, a los bosques, a las minas, a las administraciones de las pequeñas ciudades de los alrededores. Desde el principio yo había visto en nuestro tío Georg mi maestro, él, Johannes, el suyo en nuestro padre. Tampoco estaba yo continuamente cerca de mi madre, como mi hermano, y aborrecía francamente que, de pequeño, él estuviera constantemente pegado a sus faldas. Yo nunca estuve pegado a las faldas de mi madre, y apartaba siempre de ella la cabeza cuando hacía el gesto de besarme. Él exigía sin cesar que su madre lo besara. A menudo, yo dejaba de noche nuestra habitación común, mientras él dormía, para ir a ver a nuestro tío Georg y hacerme relatar algún cuento, de los que, para mí, él inventó centenares, relatándomelos. Mi hermano no se atrevía a infringir las reglas de Wolfsegg, yo las infringía continuamente. Yo me iba de casa cuando quería, él no, yo bajaba al pueblo cuando quería, para observar a las gentes que vivían allí, para estar entre ellas, él no. Yo hablaba con los lugareños cuando quería, él no hablaba con ellos si no se lo autorizaban. Finalmente, yo me arreglé muy pronto ya mi habitación a mi gusto, él nunca hubiera tenido la idea de hacer lo mismo. Sus libros escolares estaban siempre limpios, su letra de los cuadernos escolares era caligráfica, mis libros escolares estaban sucios, mi letra era desaliñada, casi ilegible. En las comidas mi hermano aparecía siempre puntualmente, mientras que yo tenía siempre dificultades con la puntualidad. Yo lo arrastraba a aventuras, él a mí, a la inversa, jamás. Las aventuras a las que yo lo arrastraba terminaban la mayoría de las veces con alguna herida y con gritos por su parte, porque fue siempre el más torpe, se caía a menudo en algún arroyo, en algún estanque, tropezaba con una raíz, se arañaba con las ramas el rostro o las piernas, yo jamás. Si le decía, ves esto o aquello allí lejos, él no lo veía, porque era miope, a diferencia de mí, que siempre he tenido muy buena vista. Yo aprendí, como suele decirse, sin darme cuenta y en un momento a montar en bicicleta, él necesitó mucho tiempo para poder sostenerse siquiera en la bicicleta. Corriendo, no podía seguirme. Si teníamos que atravesar algún río a nado, la mayoría de las veces él fracasaba y renunciaba. Por eso, muy pronto, se instaló en él ya no un odio contra mí,

pero sí un vivo sentimiento de estar postergado que lo hizo sufrir siempre y que, finalmente, degeneró en un odio cada vez más abierto, casi en un *odio desenfrenado*. Yo, por ejemplo, bajaba al pueblo en tres minutos, él necesitaba para ello cinco. En la escuela él era el más atento y, cuando el maestro lo llamaba, se ponía en pie de un salto inmediatamente, mientras que yo, como suele decirse, era de lo más distraído y, cuando el maestro me llamaba, la mayoría de las veces no lo oía, lo que como es natural me acarreaba un castigo. Amigos no tuvimos ninguno de los dos en los primeros años de escuela, porque no podíamos llevar a casa compañeros de escuela. Después de terminar la escuela, teníamos que subir inmediatamente del pueblo a Wolfsegg. Pero en años posteriores, cuando pudimos llevar amigos a Wolfsegg, tuvimos los dos exactamente los que concordaban con nuestras aficiones, los más opuestos, como lo éramos nosotros mismos. Mi hermano dormía siempre muy profundamente y, por la mañana, estaba siempre descansado, yo padecía ya de niño insomnio. Yo tenía los sueños más delirantes, más excitantes, él no. Él tenía que buscar largo tiempo en el mapa para encontrar un lugar determinado, yo no. A mí me gustaban los mapas más que cualquier otra cosa. Los desplegaba ante mí y hacía grandes viajes, visitaba las ciudades más famosas y surcaba los mares en mis buques soñados. Mi hermano se interesaba por algo muy distinto: se acurrucaba en un rincón de la cuadra y observaba a las bestias. Cuando el Circo Medrano se instaló en el pueblo bajo su carpa, teníamos cinco o seis años de edad, yo no perdía oportunidad de estar en el pueblo y observar a la gente del circo, sobre todo me interesaban los trapecistas. Me sentaba durante horas en algún rincón inadvertido y los admiraba mientras se ejercitaban en su arte apasionante. Mi hermano no se interesaba en absoluto por el circo. En invierno yo observaba, hasta quedarme medio congelado, a los jugadores de *curling*<sup>[4]</sup> del pueblo, y pronto pedí mi propio disco, para poder participar en el *curling*, lo que al principio me fue severamente prohibido, aunque pronto burlé la prohibición y, por mi propia cuenta, como suele decirse, bajaba al pueblo. No perdía oportunidad de ir al pueblo, en cuanto pude andar me sentí fascinado por él, por aquellas personas para mí nuevas, distintas. Mi hermano no sentía ese interés, no lo podía inducir de ningún modo a acompañarme en mis visitas al pueblo. Hubiera tenido que cometer una infracción, a lo que no se atrevía y ya muy pronto rehusaba por principio. Yo entraba sin cumplidos en todas las casas del pueblo y me presentaba y hablaba con la gente. Me hacía amigo de ellos, observaba el desarrollo de su jornada, participaba en sus diversiones lo mismo que en sus trabajos y, cuanta más gente conocía en mis correrías por el pueblo, que tiene más de cuatro kilómetros de largo, tanto mejor. Sobre todo aprendía a conocer a las gentes sencillas y cómo vivían y trabajaban y celebraban sus fiestas. Hasta los cuatro o cinco años no había sabido que había otras personas además de las de Wolfsegg, cada vez más, cientos, miles, cientos de miles, millones, como pronto descubrí. Visitaba a los artesanos y los observaba en su trabajo, al tornero, al zapatero, al carnicero, al sastre. Iba a ver a la gente pobre y me sorprendía lo amistosos que eran conmigo, porque

siempre había creído que eran intolerantes, como me los habían pintado siempre los míos, obstinados, inabordables, insensibles, retorcidos y taimados. Pero descubrí que eran más amables que nosotros los de allí arriba en Wolfsegg, que eran *ellos* los amables y los abordables, no nosotros, que eran *ellos* los alegres y no nosotros, a los que de repente, en contraposición a la gente del pueblo, encontraba inabordables, insensibles, retorcidos y taimados. Los míos habían calificado el pueblo de peligroso para mí, y yo descubrí que no corría el menor peligro en el pueblo. Entraba sin cumplidos por todas las puertas y miraba por todas las ventanas, y mi curiosidad no tenía límites. Mi hermano no participaba jamás en mis correrías sino que, por el contrario, me delataba a mis padres, *ha estado otra vez en el pueblo*, decía, y no se avergonzaba de mirar tranquilamente cómo me castigaban por mi falta, mi madre me azotaba con un vergajo de buey que tenía dispuesto, mi padre me abofeteaba. Mientras que a mí me pegaban muy a menudo con el vergajo de buey, no puedo recordar que a mi hermano le pegaran jamás con él, ni tampoco que recibiera ninguna bofetada de mi padre. A mí me interesaba siempre lo distinto, a mi hermano no, pensé contemplando la foto en que aparece en un velero en el lago de Wolfgang. Una vez le dije a Gambetti que mi hermano había sido siempre muy apegado, yo jamás. Le había explicado a Gambetti lo que yo entendía por *apegado* en ese caso. En la mesa, mi hermano *estaba* siempre callado y nunca se atrevía a hacer preguntas, mientras que yo hacía preguntas a cada instante en la mesa, como me reprochaban siempre mis padres, *las preguntas más inimaginables*. Yo quería saberlo *todo*, nada debía quedar sin respuesta. Mi hermano comía muy tranquilamente, yo siempre he comido con prisas, hasta hoy. Mi paso era un paso rápido, que debía llevarme a mi objetivo lo más rápidamente posible; el de mi hermano lento, por no decir *circumspecto*. También cuando yo escribía, escribía siempre deprisa y, por ello, descuidadamente, como queda dicho, casi de forma ilegible; él escribía siempre despacio, tranquilamente. Cuando íbamos a confesarnos, él estaba siempre mucho tiempo en el confesionario, mientras que yo, apenas entraba, salía otra vez. Yo había hecho rápidamente el recuento de los muchos pecados que, como debía creer, tenía, él necesitaba para sus pocos pecados por lo menos el doble de tiempo. También me vestía siempre muy deprisa por la mañana, cuando todavía compartíamos la misma habitación, aproximadamente hasta los siete años; apenas me había levantado, estaba ya lavado y vestido, él necesitaba por lo menos tres veces más de tiempo. Realmente, él era más parecido en todo a nuestro padre que a nuestra madre, mientras que yo fui desde el principio como mi madre, en cualquier caso en lo que a la rapidez y la inquietud, en lo que a la curiosidad y la capacidad de comprensión se refiere. Era lógico que mis redacciones fueran ya en la escuela primaria mejores que las suyas, pero eso no quería decir que yo recibiera por ello las mejores notas, al contrario, por esas redacciones mías indudablemente mejores recibía siempre las peores notas, lo que, con maestros como los que teníamos y que, en general, daban más importancia a la forma exterior que al contenido en lo que a redacciones se refería, no era de extrañar.

Yo elegía siempre temas interesantes, como yo mismo decía siempre, exóticos, cuando se trataba de temas libres, mi hermano los más sencillos, que desarrollaba y exponía también sencillamente, pero no sólo sencillamente sino también aburrida y prolijamente, mientras que los míos eran redactados siempre de una forma complicada e interesante, como puede probarse en cualquier momento por los cuadernos escolares que hay dispersos por todas partes en nuestros desvanes de Wolfsegg en cajones y cajas de cartón. A mi hermano le interesaba menos dar entrada en su cabeza cada vez a más conocimientos, para volverse de esa forma cada vez más inteligente, procuraba sobre todo quedar bien con el maestro que fuera, lo que nunca fue mi propósito, al contrario, nunca me llevé bien con mis maestros, como suele decirse. Mis maestros tampoco me querían, porque tratar conmigo les resultaba demasiado difícil, mientras que siempre quisieron a mi hermano, su falta de complicaciones. Y también porque, en cualquier caso, obedecía al instante. Yo era muy a menudo impaciente y recalcitrante con mis maestros, y tampoco me mordía la lengua, él se sometía siempre a todas las órdenes y nunca se rebelaba, mientras que yo me rebelaba casi diariamente y, con ello, me atraía francamente la hostilidad de los maestros. Lo mismo que a los míos en casa, preguntaba siempre también a mis maestros todo lo imaginable, y con ello los enfurecía, como hoy sé, pero casi siempre los abrumaba. Como es natural, me recibían con la misma desconfianza que yo les manifestaba. A diferencia de mi hermano, que siempre creyó en su autoridad, yo nunca había creído en su autoridad, mi tío Georg me había descrito ya a los maestros muy pronto como lo que en verdad son realmente, unos hipócritas crispados, que no hacen más que descargar sobre sus alumnos los perversos humores que no pueden descargar en casa con sus mujeres. Los maestros son, de todos los, así llamados, cultos, los más peligrosos y los más abyectos, me inculcó ya muy pronto mi tío Georg, están, en lo que a bajeza se refiere, en el mismo nivel que los jueces, que están todos en un nivel muy bajo de la sociedad humana. Los maestros y los jueces son los más innobles servidores del Estado, decía mi tío Georg, toma nota de ello. Tenía razón, he tenido a menudo esa experiencia, y no cientos sino miles de veces. No se puede confiar en ningún maestro, como tampoco en ningún juez, diariamente aniquilan, sin escrúpulos ni freno, por repugnante capricho y puro deseo de vengarse de su vida infeliz y fracasada, muchas de las existencias que se les confían, y encima les pagan por ello. La objetividad de los maestros es, como la objetividad de los jueces, una mentira innoble e hipócrita, decía mi tío Georg, y tenía razón. Cuando hablamos con un maestro, llegamos pronto a la conclusión de que, al estar descontento consigo mismo, es un personaje destructor de hombres, incluso, en fin de cuentas, destructor del mundo, lo mismo que cuando hablamos con algún juez. Mi hermano confiaba siempre al principio en todo el mundo, y por eso se sentía siempre ofendido cuando defraudaban su confianza en casi todos los casos; yo, a la inversa, no confiaba al principio en casi nadie, y por eso mi confianza se ha visto raras veces defraudada. Por pura confianza defraudada, sus sentimientos se agriaron ya muy

pronto, y muy pronto adquirió, *tomó posesión*, tengo que decir, de los rasgos faciales de su padre agriado y, en conjunto, defraudado por la vida, como se toma posesión de una propiedad. En general, fue muy rápidamente semejante a su padre en todas y cada una de las cosas. Cuántas veces he pensado, la verdad es que tu hermano anda como tu padre, se sienta como tu padre, se levanta como tu padre, come como tu padre y ordena también sus palabras en frases largas y prolijas, exactamente como su padre. Dentro de treinta años, he pensado a menudo, *será* como tu padre. Había adoptado absolutamente todas las costumbres de su padre, y por tanto también del mío. Se convirtió muy pronto, como su padre y el mío, en *un hombre cómodo*, que sólo fingía estar siempre activo, cuando en realidad era la inactividad misma, presentaba la imagen de un hombre del que había que decir que estaba ininterrumpidamente activo, que trabajaba sin pausa, que nunca se permitía un instante de descanso, y todo eso, naturalmente, nada más que por su familia, que deseó siempre verlo como él se presentaba, pero la familia tomaba en serio la imagen que él presentaba y no se daba cuenta, o sencillamente no quería darse cuenta, de que sólo estaba contemplando a un actor, en ningún instante a quien se parapetaba detrás de ese actor en medio de su comodidad innata; en realidad, mi hermano trabajaba tan poco como mi padre, sólo representaba siempre ese trabajo ininterrumpido admirado por todos y ese celo ininterrumpido en el trabajo que los dejaba contentos y que, en definitiva, también a él lo contentaba, porque de repente tampoco fue capaz ya de ver que sólo interpretaba para su familia ese celo en el trabajo suyo, pero carecía realmente de él. Mi padre interpretó durante toda su vida al agricultor inmensamente trabajador, si es que no obsesionado por el trabajo, que no descansa jamás un solo instante, porque no puede permitirse ese descanso por puro *sentido familiar*, lo mismo que mi hermano, que tomó de mi padre esa actuación totalmente fiel a la realidad, los dos comprendieron pronto que bastaba con fingir trabajar, sin trabajar realmente. En el fondo, no hicieron más que perfeccionar todo lo posible, durante toda su vida, esa actuación suya que pasaba por trabajo, y alcanzaron un alto grado de competencia en ese ámbito, por no decir en ese arte. La mayor parte de la Humanidad, sobre todo en la Europa central, finge trabajar, hace la comedia del trabajo ininterrumpido y perfecciona hasta una edad avanzada esa comedia del trabajo, que tiene tan poco que ver con el trabajo real como la comedia auténtica y real con la vida auténtica y real. Sin embargo, como los hombres prefieren siempre ver la vida como comedia y no como la vida misma, que en fin de cuentas les parece demasiado fatigosa y árida, como una humillación desvergonzada, prefieren hacer la comedia a vivir, hacer la comedia a trabajar. Por eso nunca he estimado mucho el trabajo de mi padre, que ha sido siempre muy estimado por todos, porque la mayoría de las veces no era más que una comedia, lo mismo que el trabajo de mi hermano, que observó con la mayor finura esa comedia de su padre para representarla con una perfección aún mayor en un entorno admirativo. Pero no sólo en las llamadas clases más altas se hace hoy únicamente, la mayoría de las veces, la comedia del trabajo en

lugar de hacerlo realmente, también entre el llamado pueblo llano está muy difundida esa comedia, la gente hace por todos los rincones y recovecos la comedia de la actividad, cuando en realidad no hace más que haraganear y no hace nada, y la mayoría de las veces además, en lugar de ser útil, causa los mayores daños. La mayoría de los trabajadores y artesanos creen que basta con ponerse un mono azul, sin hacer absolutamente nada, por no hablar de alguna actividad útil, hacen la comedia del trabajo y su atuendo es el mono azul llevado ostentosamente durante el día entero, con él corren por todas partes sin interrupción, y realmente sudan también a menudo en él, pero ese sudor es falso y, por ello, perverso y basado sólo en un trabajo de comedia, no real. También el pueblo ha descubierto hace tiempo que hacer la comedia del trabajo es más rentable que hacerlo realmente, aunque, con gran diferencia, no más sano, al contrario, y hace sólo la comedia del trabajo en lugar de hacerlo realmente, con lo que de pronto los Estados, como vemos, se encuentran al borde de la ruina. En verdad y en realidad, en el mundo no hay más que actores que hacen la comedia del trabajo, no trabajadores. Todo es una comedia, y nada se hace realmente. Cuando observaba a mi padre en su trabajo, pensaba muy a menudo: sólo hace la comedia, no trabaja en absoluto, y lo mismo ocurre en lo que se refiere a mi hermano. Al fin y al cabo, no les reprocho que, en realidad, sólo finjan su trabajo y tomen el pelo a su entorno, lo mismo que el resto de la Humanidad también al suyo, pero no deberían afirmar con cualquier pretexto, me decía siempre, que *se matan* trabajando. Y eso, además, *por la familia* y, en casos especiales, también *por la Patria*. Puedo decir sin miedo que nuestro padre hizo su trabajo en Wolfsegg siempre fácilmente, y lo mismo mi hermano. No se agotaron. En sus manos, Wolfsegg se convirtió en verdad en un Wolfsegg degenerado en todos los sentidos. Mi tío Georg tenía razón cuando me dijo un día: tu padre y tu hermano son unos astutos; fingen ante el mundo ser los robots de la familia, mientras que, en realidad, han convertido a Wolfsegg en su escenario campestre francamente confortable, en el que nos toman por tontos. No somos nosotros los que los explotamos, sino ellos a nosotros. Y encima nos dejamos engañar por su hipocresía. A menudo le basta al agricultor abrir la puerta de su patio y dejar salir del mundo de su mala conciencia, por esa puerta abierta, algunos gruñidos de cerdo, por decirlo así como si pusiera la radio, y pasa por honrado y trabajador. Y la Humanidad es realmente tan tonta que se deja engañar por esos métodos. Millones se visten por la mañana de dril y son considerados trabajadores a jornada completa, lo que quiere decir personas que trabajan, cuando no son otra cosa que un ejército de vagos redomados, que sólo causan daños y arruinan el mundo, y que sólo piensan en su estómago, nada más. Pero los intelectuales son realmente demasiado tontos para verlo, decía mi tío Georg. Para ellos, la peor entrada en escena de un trabajador o un artesano holgazán, siempre que lleve su mono azul, en el escenario totalmente falso del trabajo, es ya motivo de mala conciencia. Los intelectuales son personajes episódicos insignificantes y sin influencia, en ese escenario del trabajo, sin escrúpulos y deletéreo, en el que desde hace ya más de



medio siglo se representan continua y triunfalmente el trabajo y la actividad de la forma más insidiosa, de un *modo* que produce escalofríos. Pero no tengo nada en contra, así mi tío Georg, de que la gente no quiera trabajar, de que la Humanidad no quiera trabajar, sólo hace falta que reconozca abiertamente su pereza y no represente a diario su repugnante comedia del trabajo. Tu padre y tu hermano son, en ese escenario del trabajo, protagonistas destacados. Y tu madre es, en lo que a Wolfsegg se refiere, la directora artística del conjunto. Mis hermanas, pienso, se acostumbraron ya de pequeñas a un histérico dar saltitos que finalmente, en su edad madura, han convertido en una de sus características más notables, dan saltitos todo el día, no andan, dan saltitos para salir de la cocina al pasillo y vuelta y para entrar en el llamado salón y otra vez vuelta, realmente no andan, dan saltitos, veo que dan saltitos y que han seguido siendo las niñas que eran hace treinta años, cuando en realidad andan naturalmente, pero yo las sigo viendo dar saltitos cuando andan, no puedo verlas andar sin ver que, en el fondo, siguen dando saltitos de forma igualmente histérica que cuando eran muy pequeñas, niñas que daban saltitos todo el día por Wolfsegg con sus largas trenzas. Tienen cuarenta años y el pelo canoso y las sigo viendo dar saltitos. Cuando por fin me escapaba de ellas, me sorprendían de pronto dando saltitos y no me dejaban en paz, me soltaban unas risitas que me penetraban y me volvían medio loco con sus risitas. No sólo cantaban el día entero precisamente las canciones que yo aborrecía, sino que todo lo hacían siempre contra mí, fuera lo que fuera. Como si hubieran sido criadas por mis padres *de forma totalmente deliberada contra mí*, bailoteaban siempre a mi alrededor, daban vueltas en torno a mí y se precipitaban contra mí hasta en mis sueños. A menudo me despertaba de algún sueño en el que querían matarme. A mi hermano lo dejaban en paz, no les excitaba atormentarlo, mientras que no conocían placer mayor que inducirme a la desesperación. Su actitud hacia mí era siempre sólo maligna y habían convertido en método esa actitud maligna hacia mí. Yo estuve durante mucho tiempo, sin remedio, en sus manos. Me espiaban también continuamente y se regocijaban con los castigos que tenía que sufrir de mis padres a causa de sus acusaciones, observaban con malvada alegría cuando mi madre me golpeaba en la cabeza con el vergajo de buey, cuando mi padre me abofeteaba, durante esos correctivos no podían esconder sus innobles risitas. No puedo decir cuál de mis hermanas era la más endiablada, porque unas veces Amalia era incitada contra mí por Caecilia, y otras Caecilia por Amalia. En aquella época comprendí ya que el llamado sexo débil era mucho más fuerte y despiadado, en el sentido de que experimentaban el mayor placer al atormentarme más o menos sin freno. El talento inventivo de mis hermanas para atormentarme era inagotable, cada día era capaz de encontrar nuevas posibilidades de tortura, con un refinamiento cada vez mayor, con una infamia cada vez mayor. Ya muy pronto mis hermanas se conjuraron contra mí. A ellas las creían, a mí no, valía su palabra, la mía no. De forma que yo también pensaba en vengarme. Las encerraba en la despensa oscura y sin aire, las empujaba al estanque, les daba un empujón de forma que

cayeran cuan largas eran con sus vestidos de domingo blancos y se ensuciaran y sangraran de arriba abajo. La perspectiva de un castigo horrible no me impedía vengarme de su bajeza, de una u otra forma cruel. Las llevaba al bosque y me escapaba, dejándolas muertas de miedo, sin preocuparme de sus gritos. Pero las crueldades que ellas me infligieron fueron las primeras, y mucho más monstruosas desde el principio que las mías. En la foto veo todas esas crueldades muy claramente, en sus rostros está su historia, todo lo que ellas son. Aquellas niñas crueles se convirtieron poco a poco en adultas igualmente crueles. Las niñas no eran ya bonitas, de adultas no son más que feas. No es posible decidir cuál de las dos se parece más a mi padre, cuál a mi madre, las dos lo tienen, como es natural, *todo* de nuestros padres, pero en más grosero. En la mesa se sientan como muñecas, dominadas por su parloteo siempre igual de decenios. Se sientan al mismo tiempo y se levantan de un salto al mismo tiempo, y si una va al retrete, la otra corre también. Las mujeres no saben estar solas, ni siquiera en el retrete. En invierno se sientan la mayor parte del tiempo en el sofá en su habitación y nos hacen jerséis de punto que no nos van bien a ninguno y siempre son un fracaso, y que eran también los más feos que había visto nunca. O bien las mangas eran de distinta longitud, o la espalda demasiado ancha, el talle demasiado estrecho, y lo mismo el escote y además el conjunto de un punto demasiado ancho y descuidado, porque, como es natural, nunca podían concentrarse. El color de la lana que elegían para sus labores era siempre del peor gusto. Nos obligaban a mi hermano y a mí a probarnos aquellos jerséis a medio acabar y tiraban y estiraban en todas direcciones, pretendiendo que su labor de punto era *un éxito*, cuando, de forma totalmente evidente, había sido echada a perder desde el principio porque era un indescriptible trabajo de aficionado. En Navidades, todos teníamos bajo el árbol sus espantosas labores de punto, y teníamos que ponérmolas con las más increíbles contorsiones de nuestros reacios cuerpos, y por añadidura admirarlas. En Nochebuena todos se sentaban siempre en Wolfsegg con aquellas chapuceras labores de punto de nuestras hermanas, como si fueran mutilados. Como si nuestras hermanas, chifladas por sus labores, se hubieran empeñado en ridiculizarnos con aquellas labores de mal gusto. Como si hubieran fornicado durante semanas y meses con la lana. Durante meses, antes de Navidades, en Wolfsegg sólo imperaba la lana. En Nochebuena todos nos veíamos metidos por nuestras hermanas en aquellas lanas espantosas, y por añadidura teníamos que darles aún nuestras gracias más efusivas. Siempre he aborrecido las labores de punto hechas en casa, como lo cocinado en casa, como, en general, todo lo hecho en casa. También los tarros de conservas son para mí una pesadilla, y en Wolfsegg no sólo los había en las despensas sino también, siempre, en las habitaciones, sobre los armarios, cientos de tarros de conservas. La perspectiva de tener que comerme en los próximos decenios la mermelada acumulada en esos tarros, etiquetada por mi madre y mis hermanos, se había traducido ya muy pronto en un aborrecimiento permanente contra todas las conservas y, especialmente, contra las mermeladas en general. Teníamos siempre también en las despensas

cientos de tarros con muslos de pollo, faisán y paloma, cuyo amarillo opaco, cada vez que lo veía, me asqueaba. Aunque, con el tiempo, cada vez se necesitaba menos mermelada, cada vez se consumían en Wolfsegg menos de los llamados encurtidos, mi madre y mis hermanas hacían cada vez más conservas y encurtidos; realmente, estaban poseídas por una manía de conservas y encurtidos, hasta donde puedo recordar, y no era posible curarlas ya de esa manía de las conservas y encurtidos. Con pan duro hacían todas las semanas pan rallado y guardaban galerías enteras de tarros con pan rallado, que nunca se utilizaba, porque en Wolfsegg apenas se empanaba ya nada, porque sencillamente no comíamos ya filetes, no pedíamos ya ni comíamos cocina vienesa. La mayoría de las veces era una cocina parisense, de acuerdo con el gusto de nuestra madre, que imponía su gusto en Wolfsegg en todas y cada una de las cosas. Si se miraba a Wolfsegg, el gusto de mi madre era claramente el dominante. Inmediatamente después de su entrada en Wolfsegg había eliminado todo lo que era de mi padre e impuesto lo suyo, y así mi *casa paterna*, tengo que decirlo, se convirtió muy pronto en *casa materna*, no para mejor, como prueban las innumerables aberraciones en todos los espacios de Wolfsegg y no sólo en los espacios, todo en Wolfsegg, también los jardines, cayó poco a poco bajo el influjo de mi madre y, en definitiva, degeneró hace ya tiempo bajo ese gusto. Durante siglos fueron los jardines de Wolfsegg plantaciones cuidadas de acuerdo con planes estrictamente observados, hasta que mi madre los cambió también radicalmente, una Naturaleza, como me consta y como prueban viejos grabados, amplia y generosa, alrededor de Wolfsegg, se convirtió en una plantación estúpidamente aburrida, bastante convencional, por no decir pequeñoburguesa. Todo lleva, por decirlo así, la firma de mi madre. Su manía de grandezas, tengo que decirlo, lo empequeñeció todo poco a poco. Una mujer, por decirlo así, salida de la nada no tiene por qué ser siempre una catástrofe para una propiedad como Wolfsegg, pero mi madre lo fue. Mi padre, hombre debilucho, nunca tuvo las fuerzas ni el carácter necesarios para refrenar la manía de grandezas y la insensatez de su mujer. Al contrario, aprobó y consideró siempre como lo más sensato todo lo que esa mujer, nuestra madre, deseaba, saludó y aclamó cada una de sus aberraciones del gusto como algo bueno, destacado, si es que no grandioso, y de esa forma la justificó cada vez más en su creencia de ser *la salvadora de Wolfsegg*, de lo que siempre presumió luego. Cuando, en verdad, nuestra madre fue siempre para Wolfsegg el ser más dañino. Y a mis hermanas las convirtió mi madre ya muy pronto en sus ayudantes incondicionalmente obedientes que, siempre que tenían oportunidad de ello, difundían e imponían el mal gusto de su madre. Mis hermanas se convirtieron con el tiempo en las dos portavoces más peligrosas de nuestra madre. Esas portavoces estaban de pie, yacían y se sentaban siempre al acecho. Esas hermanas son capaces de ensombrecer por completo un escenario en sí feliz, le dije una vez a Gambetti. Una madre así y unas hermanas sin carácter así pueden, en una propiedad como Wolfsegg, transformar cada día en noche, si lo quieren. Y, juntas, han ensombrecido tantos días, años incluso en Wolfsegg. Nos han apagado a todos sencillamente la luz, porque así

lo querían. Un hombre como mi padre, le dije a Gambetti, se casa con una mujer y, con ello, apaga la luz. Entonces no vive ya como antes, sino que anda a tientas solo, bastante torpemente, en la oscuridad, lo que regocija a los causantes del ensombrecimiento. Al principio, los hombres como mi padre dejan una relación y mucho más un matrimonio para más tarde, cada vez para más tarde, hasta que de pronto, porque creen que, si no, estarán perdidos y serán objeto de burla, caen en la trampa de alguna mujer astuta, trampa que inmediatamente se cierra, revelándose como mortal, le dije a Gambetti. Mi padre, a diferencia de mi tío Georg, estaba hecho para el matrimonio, dije, pero nunca con una mujer como mi madre. Se casó con su destructora y traidora. Queremos naturalmente a nuestra madre, le dije a Gambetti, pero sin embargo vemos su bajeza y su voluntad de destrucción. El elemento infame interviene, le dije a Gambetti, el moral se hace ridículo. Pero naturalmente existe el ejemplo inverso: entra una mujer en escena y lo salva *todo* realmente. Pero *esa mujer, nuestra madre*, no era más que aniquiladora. Por otra parte, le dije a Gambetti, al fin y al cabo es posible que yo piense así, mientras que las cosas son totalmente distintas, posiblemente a la inversa, y que, sin esa mujer, mi madre, la desgracia que se abatió sobre Wolfsegg *fuera aún mayor*. Mi tío Georg llamaba muy a menudo a las circunstancias que se produjeron en Wolfsegg a causa de mi madre *su mayor suerte*. *Me han salido perfectamente las cuentas*, decía a menudo. Y yo mismo tengo que decirme que mis propias cuentas me han salido bien. Al fin y al cabo es probable que yo también hubiera evolucionado de una forma completamente distinta si Wolfsegg hubiera evolucionado de otra forma, es decir, sin mi madre, con otra mujer de mi padre distinta. No sería quien soy si Wolfsegg hubiera sido distinto. Como, en líneas generales, sobre todo con la posibilidad de vivir en Roma, puedo calificarme de hombre completamente feliz, le dije a Gambetti, no tengo ninguna razón para hablar continuamente de Wolfsegg como de una catástrofe. Posiblemente, le dije entonces a Gambetti, por un sentimiento de culpabilidad, por la sencilla razón de ser independiente de Wolfsegg tal como es, con una brutalidad bastante marcada, como tengo que reconocer. Odiamos, como sabemos, a los que nos alimentan, y más o menos por esa razón odio Wolfsegg, le dije a Gambetti, porque al fin y al cabo Wolfsegg me alimenta, que yo tenga o no derecho a ello es indiferente. Al fin y al cabo sólo odiamos cuando no tenemos y porque no tenemos razón. Para mí se ha convertido en costumbre pensar (¡y decir!) continuamente que mi madre es repulsiva, mis hermanas lo son también, y tontas, mi padre débil, mi hermano un pobre necio, todos son unos zoquetes. Esa costumbre es un arma que, en el fondo, es una infamia con la que probablemente sólo se trata de tranquilizar una mala conciencia. De igual modo, le dije a Gambetti, ellos podrían caer sobre mí, ponerme continuamente en la picota, convertirme en el malo en que yo, con el paso del tiempo, los he convertido. Nos acostumbramos muy fácil y muy rápidamente a odiar, a condenar, sin preguntarnos si nuestro odio y nuestra condena tienen, con el tiempo, la más mínima justificación. En conjunto, se trata de *pobres gentes*, de las que, como nos conocemos

a nosotros mismos, tenemos que tener ante todo compasión, porque ellas, como nosotros, viven de la forma más lamentable, tienen que vivir su existencia lamentable, lo quieran o no. Tienen que arreglárselas con ella, le dije a Gambetti. Por qué nos encarnizamos siempre, por decirlo así, siempre más y ante todo con las insuficiencias, con los defectos, y no con las cualidades, cuando se trata de los otros, le dije a Gambetti. Sin embargo, la contemplación de las fotos me hizo recaer, mis hermanas me parecieron sencillamente los seres ridículos que son. No dudaba de su ridiculez. Pero ¿merecen que las califiques de *repugnantes*?, me dije. ¿En estos momentos? Me avergoncé, pero enseguida tuve que decirme que, al fin y al cabo, no podemos salir de nuestra cabeza y persistí en mi opinión de que mis hermanas eran *ridículas y repugnantes*. Lo que se llama una tragedia familiar, me dije, no justifica al fin y al cabo que falsifiquemos radicalmente la imagen de esa familia. Que cedamos a una actitud súbitamente sentimental que nos empuje incluso más o menos a renunciar, realmente sólo otra vez por egoísmo. Un accidente, aunque sea el más horrible, no nos autoriza al fin y al cabo a falsificar la cabeza, a falsificar el mundo, a falsificarlo todo, a hacer causa común, dicho sea brevemente, con la hipocresía. He visto a menudo que, de muertos que durante toda su vida eran considerados repugnantes y repulsivos, de repente se hablaba como si en su vida hubieran sido repelentes o repulsivos. Esa falta de gusto la he encontrado siempre penosa. La muerte de un hombre no lo convierte al fin y al cabo en otro, no le da mejor carácter, no hace de él un genio si era un zoquete, un santo si fue durante toda su vida un monstruo. Tenemos que soportar *como es natural* un accidente así, que sobrellevarlo con todos sus horrores, y también con la certeza de que no ha cambiado en su verdadera imagen a aquellos que han tenido ese accidente mortal. No hay que hablar mal de los muertos, dice la gente, y es algo hipócrita y mentiroso. Cómo puedo, de alguien que durante toda su vida ha sido siempre espantoso, que ha tenido un carácter totalmente abyecto, afirmar súbitamente tras su muerte que no era alguien espantoso, de carácter abyecto, sino de repente alguien bueno. Esa falta de gusto la presenciamos todos los días cuando alguien muere. Lo mismo que no deberíamos dudar en decir a su muerte, ese hombre bueno ha muerto, no deberíamos dudar tampoco en decir ese innoble, ese abyecto ha muerto. Ha muerto con todos sus defectos, deberíamos decir, y con todas sus cosas agradables, con todas sus cosas maravillosas en cualquier caso. La muerte no debe corregir en modo alguno la imagen que tenemos de alguien. Él quedará en nosotros como era, deberíamos decirnos, y dejarlo en paz. A Gambetti le dije que, en mucho tiempo, no iría a Wolfsegg, y *ahora tengo que volver al instante*. No puedo ver ya Wolfsegg, le dije, no soporto ya sus muros, y a las personas tan poco como a los muros, y su clima se me ha vuelto definitivamente imposible. No había pensado que me resultaría imposible tan rápidamente, le dije. A mis padres no los soporto ya, pero a mi hermano y a mis hermanas tampoco, las que más me atacan los nervios son mis hermanas. Llevo ya demasiado tiempo en Roma, en el extranjero en general, me he convertido en extranjero, me resulta insoportable estar sin aversión

en Wolfsegg, aunque sólo sea una hora. No puedo imaginarme estar nunca en Wolfsegg un tiempo bastante largo. No tengo ya ninguna relación con Wolfsegg. Aborrezco todo lo que guarda relación con Wolfsegg. La historia de Wolfsegg me pesa *de una forma aniquiladora*, a la que no quiero exponerme ya. Y ahora tengo que volver al instante a Wolfsegg. ¡Y en qué circunstancias! ¡En qué circunstancias más horribles!, me dije. No han pasado cuatro horas desde que le dije a Gambetti que preferiría no ir nunca más a Wolfsegg. Se me ha vuelto imposible. Todo es allí mentira, Gambetti, le dije, allí reina una artificiosidad insoportable que no puede usted imaginarse, Gambetti. Esas gentes son sordas a todo lo que tanto significa para mí, a la Naturaleza, al arte, a todo lo esencial. No leen libros, no escuchan música, hablan todo el día sólo de lo más superfluo, de lo más trivial. Con ellas no es posible la más mínima conversación útil, sólo la más deprimente. Si digo algo, no comprenden lo que digo. Si les explico algo, me miran fijamente con una indiferencia total. No tienen el menor gusto. Cuando les hablo de Roma, que sin embargo es un centro mundial, le dije a Gambetti, se aburren. Cuando les hablo de París, cuando les hablo de literatura, sobre pintura. No puedo mencionar ningún nombre importante para mí sin temer que no lo hayan oído nunca. Todo es allí paralizante e, incluso en verano, frío de una forma que hace que continuamente me hiele. Usted no sabe que esa gente no tiene en la cabeza más que lo más primitivo. Dinero, caza, Gambetti, verduras, trigo, patatas, madera, carbón y nada más. Mi madre habla continuamente de sus acciones que, como dice constantemente, ha colocado *de la forma más desafortunada*, mi padre tiene ininterrumpidamente en los labios la palabra *almacén*, mi hermano cree que el centro del mundo es su velero, y su *Jaguar*. Tiene que imaginarse que allí sólo entra y sale la gente más repulsiva, gente estúpida, ridícula, sin interés, de esas espantosas ciudades pequeñas, con la que no se puede mantener la más mínima conversación, no se puede abordar con esa gente ningún tema sin fracasar ya desde el principio. *Si es posible, no volveré a Wolfsegg antes de un año*, le dije a Gambetti, *tampoco en Navidades, también esa costumbre se me ha vuelto repulsiva, porque en Navidades la hipocresía en Wolfsegg es máxima. ¡Por lo menos en un año no iré a Wolfsegg, todo lo más para el cumpleaños de mi padre!*, le dije cuando nos detuvimos ante el Hotel Hassler. *También esta vez he dejado Wolfsegg como un fugitivo y he ofendido a los míos*, le dije, *aunque a esa gente no se la puede ofender en absoluto, porque ni siquiera se dan cuenta, la insensibilidad que allí impera es indescriptible, Gambetti. Entretanto, todo lo austríaco, lo mismo que todo lo alemán, se me ha vuelto insoportable. En Roma he echado a perder mi cabeza para Wolfsegg*, le dije a Gambetti. Roma me ha hecho imposible Wolfsegg. Ya Londres me hizo la cabeza imposible para Wolfsegg, luego Oxford, luego París, luego Roma definitivamente. No comprendo cómo he podido tener nunca mala conciencia por no haber ido en coche a Wolfsegg cuando así lo querían, porque al fin y al cabo no merecían que volviera nunca en coche a Wolfsegg. Fui en avión, le dije, fui en avión para exponerme a sus críticas. Mi simple aparición en Wolfsegg ha

significado siempre, por mi parte, exponerme a sus críticas. Llegaba y me exponía a sus críticas. Entraba en Wolfsegg y quedaba expuesto a sus críticas. Allí todo es abyecto, le dije, e innoble, si prescindo de los pocos momentos que puedo calificar de soportables. Delante de Gambetti me había puesto en un estado de enorme excitación contra Wolfsegg, esa excitación por mis insultos a Wolfsegg me pareció de repente francamente perversa, insoportable, pero no podía sustraerme ya a ella y tuve que darle libre curso, tan feliz como había sido al volver a Roma, nunca antes feliz de una forma tan excitante, no había podido dominarme y había convertido a Gambetti en víctima indefensa de mis insultos a Wolfsegg, que realmente se habían convertido en insultos a todo lo austríaco y finalmente, además, a todo lo alemán, sí, en definitiva a todo lo centroeuropeo. El Norte se me ha vuelto totalmente insoportable, Gambetti, le dije, cuanto más al Norte voy, tanto más insoportable me resulta, y Wolfsegg está para mí ya en el Gran Norte, en la mayor insoportabilidad. Esas veladas interminables, aburridas, le dije, esa comida insípida, esos vinos imbebibles y esas conversaciones fatigosas, cuyo suplicio no le puedo describir, de eso no soy ya capaz, mi querido Gambetti. Estar otra vez en Roma, no sabe usted lo que significa para mí estar otra vez en el Pincio, los jardines Borghese, la vista desde aquí sobre mi querida Roma. Sobre mi venerada Roma. ¡Sobre mi maravillosa Roma! Quien ha estado en Roma tanto tiempo como yo se ha tapiado sencillamente el acceso a un lugar como Wolfsegg, no puede volver ya, le resulta imposible. Días enteros recorro los edificios para tranquilizarme, y no me resulta posible, días enteros voy de un lado a otro por mi habitación para soportarlo y, como es natural, lo soporto cada vez menos, días enteros busco una posibilidad de soportar Wolfsegg sin tener a cada instante la sensación de que me voy a volver loco, y no la encuentro. Cinco bibliotecas, le dije a Gambetti, y semejante hostilidad hacia el espíritu. En los países latinos la gente más sencilla tiene gusto, cultura, le dije, en Wolfsegg nadie tiene el más mínimo gusto. Los austríacos no tienen el más mínimo gusto, en cualquier caso no lo tienen ya desde hace tiempo, adondequiera que se mire impera la mayor falta de gusto. Y qué falta de interés más generalizada. Como si el centro fuera sólo el estómago, le dije, y la cabeza estuviera totalmente desconectada. Un pueblo tan tonto, le dije, y un país tan maravilloso, cuya belleza, por otra parte, es insuperable. Una Naturaleza sin par y unas personas tan poco interesadas por esa Naturaleza. Una cultura tan alta de otros tiempos, le dije, y una falta de cultura tan bárbara hoy, una devastadora incultura. Por no hablar de la deprimente situación política. ¡Qué criaturas más espantosas tienen hoy el poder en esa Austria! Los más viles se sientan ahora arriba. Los más repulsivos y los más innobles lo tienen todo en sus manos y se dedican a destruir todo lo que es algo. Destruidores apasionados trabajan, explotadores sin escrúpulos que se han puesto el manto del socialismo. El Gobierno hace funcionar una monstruosa máquina de destrucción, con la que se destruye a diario todo lo que aprecio. Nuestras ciudades se han vuelto irreconocibles, le dije, nuestro paisaje se ha vuelto en gran medida insignificante. Las zonas más bellas han sido víctimas del ansia de dinero y

de poder de los nuevos bárbaros, donde se alza un árbol grande y hermoso, lo cortan, donde se alza un magnífico edificio antiguo, lo derriban, donde un precioso arroyo desemboca en el valle, lo echan a perder. Y todo en nombre del Socialismo, con la hipocresía más repulsiva que se pueda imaginar. Se sospecha de todo lo que tenga que ver, aunque sea lo más mínimo, con la cultura y se pone en entredicho hasta que se extingue. Los extintores trabajan, los asesinos. Tenemos que vérnoslas con extintores y asesinos, por todos los rincones y recovecos realizan su trabajo asesino. Los extintores y los asesinos matan las ciudades y las extinguen y matan el paisaje y lo extinguen. Se sientan sobre sus culos gordos en los miles y cientos de miles de oficinas de todos los rincones del Estado y no tienen en la cabeza más que la extinción y el asesinato, no piensan más que en cómo podrían extinguir y asesinar radicalmente todo lo que hay entre el lago de Neusiedl y el lago de Constanza. Viena ha sido ya casi asesinada, Salzburgo, todas esas ciudades magníficas, le dije a Gambetti, que usted no conoce pero realmente figuran entre las más hermosas del mundo. El paisaje que hoy atravesamos en Austria a partir de Viena, le dije, ha sido también casi asesinado y extinguido, un espanto sucede a otro, una fealdad tras otra se imponen a nuestra vista durante el viaje y es ya una mentira perversa hablar todavía hoy de Austria como de un país hermoso, en verdad no es, desde hace tiempo, más que un país destruido, deliberadamente devastado y desfigurado, víctima de negocios pérfidos, en el que realmente lo más difícil es ya encontrar un rincón intacto. Es una mentira decir que este país es un país hermoso, porque es, en verdad, un país asesinado. ¿Era necesario, le pregunté a Gambetti, que la Humanidad atacara en este siglo a éste, el más bello de los mundos, para asesinarlo y extinguirlo? Los pueblos, Gambetti, le dije, se han vuelto irreconocibles cuando los visitamos tras unos años, lo mismo que los hombres que habitan en esos pueblos. ¡Qué clase de hombres eran, hace sólo unos años, y qué clase de hombres son hoy! En cada uno de ellos se han asentado como una enfermedad mortal la codicia, la brutalidad, la infamia, la mentira, la hipocresía, la abyección. Esos hombres no reparan hoy en nada para implantar su abyección con la mayor brutalidad. Se entra en esos pueblos con la mayor alegría de volverlos a ver y pronto se les vuelve la espalda, repelido por tanta bajeza. Visita uno todas esas ciudades en otro tiempo bellas y se siente abatido cuando las deja, con la cabeza humillada, en la seguridad de que todas esas ciudades están perdidas. La nefasta ideología actual las ha desfigurado, las ha destruido, hay que buscar en los libros antiguos, en los grabados antiguos para encontrarlas, la realidad las ha extinguido hace tiempo. Todas esas espléndidas casas de la Alta Austria, por ejemplo, han perdido su rostro, se han mutilado con una rabia ciega por la moda esos espléndidos rostros de siglos, se les ha arrancado todo lo que había en ellos de hermoso, totalmente deformes se muestran, más o menos sardónicos, a quien, asustado, tenía todavía en la cabeza su rostro original. Nada más que fachadas echadas a perder, le dije a Gambetti, como si todas esas ciudades hubieran sido invadidas por una lepra horrible, una lepra mortal, que no fuera conocida hasta ahora.



Por otra parte, le dije a Gambetti, han arrancado sencillamente las entrañas a partes enteras de las ciudades, mutilándolas, echándolas a perder así para siempre. Los arquitectos han desfigurado la superficie de nuestra tierra, le dije, esos arquitectos que han sido incitados e inducidos a esa desfiguración por políticos sin escrúpulos. Al principio parecía que las guerras habían echado a perder nuestras ciudades y nuestros paisajes, pero, con una falta de conciencia mucho mayor, han sido echados a perder en los últimos decenios por esta paz perversa, por los negocios sin escrúpulos de los poderosos que han dejado el campo libre a los arquitectos, sus sicarios. ¡Y qué estragos han causado los arquitectos en estos decenios! En comparación, la destrucción causada por las guerras resulta anodina, le dije a Gambetti. Y en ningún país se ha producido esa destrucción de una forma tan aterradora como en Austria. En ningún país de Europa con mayor infamia. Han tomado al pueblo por tonto y mutilado su país y sus ciudades, más o menos extinguiéndolas, le dije a Gambetti. Durante decenios se ha predicado e impuesto la mayor falta de gusto. En los últimos decenios hemos tenido tantos ministros innobles y negociantes sin escrúpulos que han permanecido en sus sillones ministeriales hasta que han impuesto y realizado la destrucción y aniquilación de nuestro paisaje y de nuestras ciudades, tantos extintores de nuestro Estado y, por consiguiente, de nuestro país, le dije a Gambetti, que no hay que pensar en ello. Pero en un país en el que, desde hace decenios, imperan la bajeza y la falta de gusto de la forma más insistente, no es de extrañar que ahora veamos unos resultados tan deprimentes en todas las esferas. Porque, al mismo tiempo que esa gente, poderosa, destruía y echaba a perder más o menos el paisaje y las ciudades, destruía también el alma de este pueblo, su carácter, le dije a Gambetti. El alma de mis compatriotas ha sido echada a perder, le dije, su carácter se ha vuelto bajo e innoble, por todas partes impera sólo un ambiente maligno, adondequiera que se vaya se enfrenta uno con ese carácter maligno e innoble. Uno cree hablar con un buen hombre, lo mismo que antes, y comprueba que se trata del más innoble, del más bajo, porque entretanto el bueno de antes, de acuerdo con el cambio general del carácter, se ha convertido en un hombre innoble y bajo que, en todas y cada una de las cosas, manifiesta su vulgaridad y su bajeza, ni siquiera reprime esa vulgaridad y bajeza sino que las muestra abiertamente. Entra uno en un pueblo que recuerda como amistoso y franco, pero ve muy pronto que, entretanto, se trata de un pueblo malévolo que no muestra ninguna franqueza, sólo la más innoble desconfianza. Austria entera se ha convertido en un negocio sin escrúpulos en el que no se hace más que regatear en todo y en el que se engaña a todo el mundo en todo. Se cree viajar a un hermoso país, y en verdad y realidad se viaja a un establecimiento comercial perversamente administrado. Se cree viajar al país de la cultura, y se siente uno ofendido por el primitivismo que encuentra por todas partes. Una atmósfera embrutecedora que, desde el principio, sólo puede respirarse con dificultad, le dije a Gambetti. Es, le dije a Gambetti, como si los monumentos que sólo el siglo pasado fueron levantados por todas partes mirasen ofendidos, desde lo alto, el caos indescriptible que los

gobernantes de hoy han creado. Qué abominable se ha vuelto todo, Gambetti, le dije, y qué insulso, no se lo puede figurar. Semejante abominación y semejante insulsez no serían posibles en Italia, le dije, y tampoco en España. En ningún otro país han tomado tan tremendamente en serio como en Austria esas consignas estúpidas del progreso, echándolo así todo a perder, le dije. Lo mismo que en Austria han tomado siempre en serio todo lo estúpido, le dije a Gambetti, mortalmente en serio, y usted sabe lo que eso significa. Hasta ahora yo había creído siempre que ese llamado Socialismo era una enfermedad política de los nervios, anodina y pasajera, le dije a Gambetti, pero en verdad y realmente es una enfermedad mortal. Me refiero al *Socialismo que hoy impera*, que es sólo fingido, Gambetti, mentiroso, impertinente simulado. Hoy no tenemos ningún Socialismo real, en ninguna parte del mundo, sólo ése fingido, simulado, eso debe usted saberlo. Lo mismo que los socialistas actuales no son realmente socialistas, sino sólo fingidos, mentirosos y simulados. Nuestro siglo ha logrado que la palabra de honor del Socialismo se arrastre por el fango de tal manera que resulta francamente para vomitar, le había dicho a Gambetti. Los que pensaron el verdadero Socialismo y creyeron en él y creyeron haberlo fundado para la eternidad se retorcerían en sus tumbas si pudieran ver lo que sus repulsivos seguidores han hecho de él. Se revolverían en sus tumbas si pudieran abrir otra vez los ojos y ver todo lo que hoy se vende bajo palabra de honor del Socialismo y lo que se difunde entre los pueblos. Se retorcerían en sus tumbas si pudieran ver las carnicerías que se hacen con esa palabra de honor en Europa y en el mundo entero. Se retorcerían en sus tumbas ante ese abuso gigantesco y totalmente político. Se retorcerían en sus tumbas, se retorcerían en sus tumbas, le había dicho varias veces a Gambetti. A ese país no volveré en mucho tiempo, por lo menos en un año, le había dicho a Gambetti, y ahora tengo que volver al instante. Mi hermano tiene en la fotografía una actitud abatida, está encogido, me dije, aunque haga una impresión francamente elegante, es un hombre del campo, mientras que yo soy un hombre de la ciudad, he sido siempre un hombre de la gran ciudad, a él se le reconoce inmediatamente como hombre del campo, aunque se vista de una forma tan urbana. Lo mismo que su padre, que la mayor parte del tiempo, como mi hermano, se vestía urbanamente y, sin embargo, era reconocible siempre, inmediatamente, como hombre del campo. Luego van, iban, porque nuestra madre lo quería así, a Viena e iban a la Ópera, en Pascuas a *Parsifal* y cenaban en el Sacher, no comían en Viena, *cenaban*, por la noche cenaban, al mediodía *almorzaban*, desayunaban y paseaban los tres o, cuando se sentían generosos, los cuatro, con mi tía Elisabeth de Viena, por el Graben y a lo largo de la Kärntnerstrasse hasta el *Ring*. Vestidos de gran ciudad, pero inmediatamente reconocibles como del campo. Visitaban las tiendas más famosas, en las que mi madre elegía los mejores vestidos, pero al mismo tiempo también los de peor gusto, eran modelos de Milán y de París con los que se iba entonces a Linz y al teatro, o a Salzburgo a los conciertos, a los que estaba abonada desde hacía decenios. Mi hermano parece en la foto más sano de lo que era en realidad, tenía ya todas las

enfermedades paternas, pero no estaban aún, como en el caso de nuestro padre, en primer plano, aguardaban todavía, todavía no se habían declarado, pero yo las veía ya en esa foto en su rostro, en toda la actitud de su cuerpo, en definitiva poco lograda. A Gambetti le dije una vez: todos ellos tienen una actitud corporal poco lograda, una actitud intelectual poco lograda y una actitud corporal poco lograda. Todo es, en el exterior y en el interior de ellos, poco logrado, y le expliqué a Gambetti la expresión poco logrado, que no se conoce en Italia y tampoco puede traducirse. Iban a la Ópera o a una obra de teatro y en el fondo se aburrían espantosamente, aunque al final de la representación aplaudieran siempre con el mayor entusiasmo, sin preocuparse en absoluto de parecer distinguidos, porque habían pagado siempre mucho por las funciones, los precios ordinarios, lo que no se le hubiera ocurrido a ningún vienés, los vieneses no pagan los precios ordinarios, en el mejor de los casos pagan la mitad, los precios ordinarios se los dejan a los extranjeros y a los provincianos, que son los que más aplauden siempre porque han tenido que pagar los altos precios ordinarios.

Ante los escaparates de las tiendas famosas, no siempre las mejores, teníamos que detenernos siempre con nuestra madre. Ella entraba en esas tiendas con la cabeza muy alta y nunca la he visto salir de una de esas tiendas famosas sin haber comprado algo, ya después de dos o tres tiendas los míos y yo teníamos que acarrear a su lado grandes paquetes y, sólo cuando los paquetes se habían vuelto realmente demasiado pesados para nosotros, cedía y renunciaba, sentándose, agotada, en el Sacher o en el Bristol, en donde parábamos la mayoría de las veces. Ella hubiera preferido comprarlo todo y llevárselo a Wolfsegg. ¿Qué vas a hacer con todas esas cosas?, decía entonces siempre mi padre, no te las pones, en Wolfsegg no puedes llevarlas, porque sería ridículo, en Salzburgo no se dan cuenta en absoluto de que se trata de cosas tan preciosas, y tampoco en Linz y mucho menos en Wels, todo cuelga en los armarios y se pasa de moda y lo tiras o lo regalas. Pero mi madre era incorregible. De Viena volvía siempre por lo menos con una docena de paquetes, y por lo menos media docena le enviaban luego las tiendas, es decir, las prendas de vestir que había comprado en Viena en secreto, sin que estuvieran presentes los míos. Mi madre se gastaba siempre una fortuna en vestidos, que sin embargo no llevaba y, cuando lo hacía, sólo dos o tres veces, para tirarlos o regalarlos después. Pero ay si mis hermanas tenían ganas de comprarse esos modelos, como suele decirse; no podían comprarse nunca en Viena ni un solo vestido, tampoco a los cuarenta años, a los cuarenta años recibían todo lo más uno o dos vestidos de saldo de Wels, porque, de siempre, nuestro sastre de Lambach era su principal proveedor de equipo que, como queda dicho, sólo se componía de asquerosos *dirndl* que su madre les encargaba a medida dos veces al año y cuya tela ni siquiera podían elegir, porque su madre encontraba que ni siquiera para eso tenían el gusto necesario, cuando la verdad es que nuestra propia madre jamás tuvo el menor gusto. El dibujo de esos *dirndl* resultaba demasiado grande o demasiado pequeño, o los colores se mataban, los cuellos eran demasiado anchos o demasiado estrechos, las mangas demasiado largas o demasiado cortas, las faldas en cualquier caso por lo menos veinte centímetros demasiado largas y los delantales nunca iban bien con los vestidos. Mi madre vestía a sus hijas siempre como muñecas porque, en fin de cuentas, siempre las trataba como muñecas, nunca vio a sus hijas más que como muñecas. Como tantas madres, consideró a sus hijas desde el principio como muñecas, y probablemente trajo a sus hijas al mundo, no es exageración, también como muñecas, no como seres humanos, también de adulta quiso tener una o varias muñecas. Sus hijas no fueron nunca otra cosa que muñecas para su pasión por el juego, por eso tampoco las había dejado escapar y ellas tenían que reaccionar y obedecer siempre como muñecas, y todos los días las vestía y las alimentaba y las paseaba y las acostaba por la noche como muñecas. Todavía a los cuarenta años, esas muñecas, mis hermanas, están sometidas a la pasión por el juego de su madre, pienso. Pero también mi hermano llevó durante toda su vida una existencia de muñeca, era, por decirlo así, el polichinela de mi madre, ella lo había criado como una especie de pelele sustitutorio para el momento en que su marido, el

pelele principal, faltara. Mis hermanas eran realmente para mi madre, que tenía pasión por las muñecas, muñecas parlantes que, cuando ella quería, podía hacer reír o llorar, a las que podía despedir cuando quería, hacer venir cuando quería, vestirse y desnudarse cuando y como quería, y su marido, mi padre, y mi hermano, su hijo, eran los peleles que ella podía manejar a su gusto y capricho. Mi madre estaba poseída por una pasión por el juego francamente perversa. Se había hecho de Wolfsegg un mundo de muñecas que funcionaba perfectamente, en el que todos obedecían sus órdenes de la forma más exacta. Wolfsegg era su casa de muñecas, el universo su mundo de muñecas. Como yo no quería ser una muñeca en esa casa de muñecas y en ese mundo de muñecas, me alejé ya pronto de esa casa de muñecas y de ese mundo de muñecas. Y, vistos desde fuera y desde muy lejos, esa casa de muñecas y ese mundo de muñecas parecen todavía mucho más opresores, mucho más horribles. Wolfsegg es una casa de muñecas, le dije a Gambetti, su entorno nada más que un mundo de muñecas dirigido por mi madre sin escrúpulos, inhumana, incluso horriblemente. Gambetti había soltado la carcajada y me había llamado desmedidamente exagerado, calificándome de pesimista típicamente austríaco, de grotesco negativista. A eso le dije que mis *exa* generaciones eran, en verdad y realidad, enormes *intra* generaciones, que Wolfsegg, tal como yo se lo describía, era en realidad todavía un lugar idílico comparado con lo que Wolfsegg era realmente. Gambetti, le dije, usted no puede imaginarse Wolfsegg, nunca ha tenido oportunidad de poner el pie en una casa de muñecas tan horrorosa, una casa de muñecas tan horrorosa no puede repetirse. Mi padre, le dije, un muñeco de mucho más de setenta años, cuyos miembros están mortalmente enfermos y cuya cabeza, de tirar de ella durante toda su vida, se ha vuelto obtusa y dura. Mi hermano, le había dicho a Gambetti, un muñeco de cuarenta años, que tampoco se defiende de los tirones, y que también ha renunciado ya a defenderse contra esa infame madre de los muñecos. Los alemanes tienen un complejo materno, le dije, lo mismo que los austríacos, a las madres no hay que tocarlas, le dije a Gambetti, las madres son en esos países sagradas, pero en verdad la mayoría de ellas son perversas madres de muñecos, que tiran de sus hijos y de su familia como de muñecos, y siguen tirando hasta que han empujado a esos hijos a la muerte, los han empujado a la muerte lo mismo que a sus maridos. No hay en Alemania ni en Austria madres como en los países latinos, en donde las madres son naturales y no madres muñecos, le dije, lo mismo aquí que allá no hay más que madres muñecos, y esas madres muñecos no hacen otra cosa, mientras viven, que tirar con la mayor brutalidad de sus hombres muñecos y de sus hijos muñecos, hasta que esos hombres muñecos y esos hijos muñecos han sido empujados por ellas a la muerte. En la Europa central no hay ya madres naturales, sólo madres artificiales, por decirlo así madres programadas, le dije, madres muñecos que, de antemano, dan a luz hijos artificiales, es decir, hijos más o menos artificiosos, niños artificiales. Ni siquiera en los valles de montaña más apartados se encuentran ya madres naturales, sólo madres artificiales. Y esa madre artificial, lógicamente, sólo engendra siempre

un hijo artificial, y ese hijo artificial, en definitiva, también otro hijo artificial, de esa forma hoy no hay ya más que hombres artificiales, no naturales, es un error calificar a los hombres de naturales, porque no los hay ya, es el hombre artificioso, el hombre artificial el que hoy encontramos y con el que tenemos que ver, por eso nos asustamos al fin y al cabo cuando alguna vez encontramos a un hombre natural, porque no nos lo esperábamos, porque desde hace ya tanto tiempo nos enfrentamos sólo con el hombre artificial, con el hombre artificioso, que domina ya desde hace tanto tiempo el mundo, que al fin y al cabo tampoco es desde hace tiempo un mundo natural, sino totalmente nada más que un mundo artificioso, Gambetti, un mundo artificial. El mundo artificial ha producido al hombre artificial, el hombre artificioso al mundo artificioso, y a la inversa. No hay nada ya natural, le había dicho a Gambetti, nada, absolutamente nada ya. Sin embargo, seguimos partiendo de la idea de que todo es natural, y eso es un error. Todo es artificioso, todo es artificio. No hay ya Naturaleza. Seguimos partiendo de la contemplación de la Naturaleza, cuando desde hace ya tiempo deberíamos partir sólo de la contemplación del artificio. Por eso, le dije a Gambetti, todo es tan caótico. Tan falso. Tan desafortunado. Tan mortalmente confuso. Donde no hay ya Naturaleza no puede haber tampoco contemplación de la Naturaleza, Gambetti, después de todo es lógico, le dije a Gambetti. La foto en que aparece mi hermano precisamente en el momento en que entra en su velero en el lago de Wolfgang lo muestra en la actitud de un hombre feliz, pero sin embargo es en esa foto el hombre más infeliz que cabe imaginar. Mis hermanas, en la foto que las muestra en Cannes ante la villa de mi tío Georg, están congeladas en una expresión de felicidad, y por ello parecen todavía mucho más infelices de lo que son en realidad. Mi padre y mi madre parecen en la foto que los muestra en la Estación Victoria de Londres tan infelices como eran, aunque se esforzaban por parecer felices. ¿Qué hace pensar siempre a los hombres que se dejan fotografiar que han de parecer felices en las fotografías que los muestran, en cualquier caso no tan infelices como son?, pienso. Todo el mundo quiere ser representado como un hombre feliz, nunca como hombre infeliz, siempre como alguien totalmente falsificado, nunca como quien es en realidad, es decir, siempre, el más infeliz de todos. Todos quieren ser representados continuamente como hermosos y como felices, mientras que, sin embargo, todos son feos e infelices. Se refugian en la fotografía, se encogen deliberadamente en la fotografía que, con una falsificación total, los muestra como felices y hermosos o, por lo menos, como menos feos y menos infelices de lo que son. Exigen de la fotografía su imagen deseada e ideal, y cualquier medio les parece bien, aunque sea la mueca más horrorosa, para realizar en una foto esa imagen deseada y esa imagen ideal. No se dan cuenta en absoluto de lo horrible y lo espantosamente que se comprometen cada vez. El hombre hermoso de la fotografía es cada vez el más feo, el más feliz en ella, cada vez el más infeliz. En sus pisos cuelgan las fotografías que se han dejado hacer, como un mundo hermoso y feliz, que en verdad es el más feo y más infeliz y más mentiroso. Durante toda su vida

miran fijamente sus imágenes hermosas y sus imágenes felices de las paredes y se sienten contentos, cuando sin embargo sólo tendrían que sentir aversión. Pero no piensan, y eso los libra de la horrible comprobación de que son feos, infelices y mentirosos. Llegan hasta a enseñar a los visitantes de sus pisos, que los conocen a ellos, los anfitriones, como personas feas e infelices y embrutecidas e innobles, esas fotos, en las que, según creen, aparecen como personas felices y hermosas, no se avergüenzan de mostrar esas fotografías incluso a aquellos que los conocen en realidad y, por consiguiente, los conocen en esa foto lógicamente como mentirosos y realmente por completo mentirosos y perdidos. Vivimos en dos mundos, le dije a Gambetti, en el real, que es triste e innoble y, en definitiva, mortal, y en el fotografiado, que es por completo mentiroso, pero para la mayor parte de la Humanidad el mundo deseado y el mundo ideal. Si se quitara al hombre de hoy la fotografía, se la arrancara de los muros, le había dicho a Gambetti, y se la aniquilara, de una vez para siempre, se le quitaría hoy más o menos todo. Por eso puede decirse consecuentemente que la Humanidad no pende ya de nada, no se aferra ya a nada y, en definitiva, no depende ya de nada más que de la fotografía. La fotografía es su salvación, Gambetti, le había dicho, a lo que Gambetti se rió llamándome *visionario matutino*, es decir, utilizó una expresión que yo no había oído nunca, lo que por mi parte tuvo como consecuencia una carcajada, a la que tuvo que unirse lógicamente Gambetti y que disfrutamos los dos durante un buen rato, con el mayor placer. Si no tuviéramos nuestro arte de la exageración, le había dicho a Gambetti, estaríamos condenados a una vida espantosamente aburrida, a una existencia en la que no valdría ya la pena existir. Y he desarrollado mi arte de la exageración hasta alturas increíbles, le había dicho a Gambetti. Para hacer algo comprensible, tenemos que exagerar, le había dicho, sólo la exageración hace las cosas evidentes, y tampoco el peligro de que nos consideren locos nos molesta ya a una edad avanzada. No hay nada mejor que ser llamado loco a una edad avanzada. La mayor felicidad que conozco, le había dicho a Gambetti, es la locura del viejo, que puede entregarse a su locura de una forma totalmente independiente. Si tenemos posibilidad de ello, deberíamos declararnos viejos locos lo más tarde a los cuarenta y tratar de llevar nuestra locura al máximo. Es la locura lo que nos hace felices, le había dicho a Gambetti. Puse la fotografía que muestra a mi hermano Johannes en primer lugar, y en la parte más baja la que representa a mis padres en la Estación Victoria, lo que al instante produjo un efecto desconcertante: mi hermano arriba y mis padres abajo estaban ahora para mí en una relación muy distinta con mis hermanas en el centro. Éstas habían tenido siempre con mi hermano una relación de rechazo, pero no abierta como conmigo, con mi hermano era una relación escondida. Tenían necesidad de mi hermano, a mí no me necesitaban. Mi hermano había sido siempre su sustentador futuro inmediato, y por consiguiente tenían que portarse con él de una forma muy distinta que conmigo, de quien en fin de cuentas nada tenían que temer. A mis padres, como sustentadores y mantenedores inmediatos habían tenido que respetarlos y atenderlos como tales y

servirlos también por esa razón, a mi hermano, como sustentador y mantenedor mediato, que respetarlo y atenderlo no ininterrumpidamente, sino sólo llegado el caso, a mí no tenían que respetarme ni atenderme en absoluto, porque nunca entré en consideración para su sustento y mantenimiento. Conmigo era con quien las cosas les resultaban más fáciles, porque también a los ojos de mis padres yo había sido siempre alguien a quien no hay que respetar, aunque sin embargo sí que *atender* siempre, pero por una razón muy distinta, por la razón de que tenían que protegerse siempre inmediatamente de mí, porque siempre les parecí imprevisible e impenetrable, pero nunca fui yo una persona esencial de la que dependían o un día dependerían, según pensaban. De mi hermano dependerían un día, de mis padres dependían, de ello resultaba muy lógicamente su respeto y atención, su servicio, etcétera. A mí no me respetaban, a mí no me atendían, de mí sólo se *guardaban*. La foto de mi hermano arriba significaba ahora que él era ya el más importante de la familia, mis padres abajo ya mucho menos importantes. Y mis hermanas tenían dificultades tanto con mis padres como con mi hermano, con los actuales, que pronto dejarían su puesto, y con el hermano futuro, que ocuparía ese puesto en breve como sustentador, mantenedor, etcétera. A mí no me respetaban ni atendían en absoluto, a mí me habían temido siempre, pero sólo hasta el momento en que me fui de Wolfsegg prácticamente para siempre. Desde Roma no las asustaba, naturalmente que no, tampoco desde Londres, desde Viena. Desde hacía ya tiempo, como suele decirse, no entraba ya para ellas en consideración. Y ahora, pensé, contemplando sus rostros burlones, la catástrofe se ha abatido sobre ellas, porque ahora es de *mí* de quien dependen, sin duda alguna. Al morir mis padres y mi hermano, Wolfsegg ha recaído sobre mí. Jurídicamente, como me consta. A Gambetti le había dicho hacía tres semanas, cuando vuelva ahora de la boda de mi hermana Caecilia no iré en mucho tiempo a Wolfsegg. Wolfsegg se ha acabado para mí. No tengo ya ninguna razón para ir a Wolfsegg, no necesito ya Wolfsegg, los de Wolfsegg no me necesitan ya. Qué era un *fabricante de tapones de botellas de vino*, me había preguntado Gambetti, yo había tratado de explicárselo, le dije que Friburgo era una ciudad espantosa, pequeñoburguesa, católica, insoportable. El fabricante de tapones de botellas de vino de mi hermana Caecilia era igualmente pequeñoburgués, católico e insoportable. Pero posiblemente, le había dicho a Gambetti, le va bien a mi hermana Caecilia. Quizá ese hombre sea incluso su salvación. Nunca había pensado yo que alguna de mis hermanas se casase jamás, nunca habían estado interesadas en algo así, sus padres, sobre todo su madre, no habían escatimado medios para excluir el matrimonio de sus hijas. Mi tía del Titisee, le había dicho a Gambetti, había patrocinado esa boda, *ese enlace totalmente ridículo*. Hay que imaginárselo, ¡un fabricante de tapones de botellas de vino irrumpiendo de pronto en Wolfsegg! Un pequeñoburgués católico, a quien mi madre tuvo que señalar ante todo que no se presenta uno a la mesa con tirantes. Un alemán del rincón más alemán, le había dicho a Gambetti. De la Selva Negra, en los quintos infiernos, donde triunfa la tontería alemana. Del fabricante de tapones de botellas de vino no tenía



ahora miedo, en el fondo tampoco de mis propias hermanas, no las temía, sin embargo, me resultaba evidente que, en aquella horrible situación, me importunarían hasta el hastío y hasta la desesperación. Amalia se casará posiblemente un día, había pensado muchas veces, pero Caecilia jamás, así me había expresado un día ante Gambetti. Ahora ellas están ahí y dependen totalmente de mí. Sus expectativas, y al mismo tiempo su desconfianza, estarán ahora tensas al máximo. Tal vez se haya abierto ya la cripta, me dije. De las ventanas de Wolfsegg cuelgan banderas negras. La última vez ondearon por la muerte del tío Georg. Y sólo media hora después de haber recibido la noticia de su muerte, ellas andaban ya por allí de luto. Ahora echaba mucho de menos al tío Georg. Él me lo hubiera facilitado todo. La comicidad de los rostros congelados en la foto de mis hermanas, pensé, es doble. Ese gesto burlón de sus rostros es consecuencia del dominio sobre ellas, durante decenios, de su madre, me dije. Su única arma son sus rostros burlones. Amalia se ha retirado a la Casa de los Jardineros y aborrece ahora a Caecilia, que probablemente se ha casado con el fabricante de tapones de botellas de vino para fastidiar a su madre, que siempre le había prohibido aproximarse siquiera a los hombres, y aborrece a la, por decirlo así, fugitiva. Amalia se unió enseguida a su madre, para hacer totalmente causa común con ella, sobre todo para destruir el matrimonio de Caecilia. Estará sentada, porque la conozco, en un taburete en la Casa de los Jardineros, cavilando en cómo romper, por todos los medios, el matrimonio inesperado y absolutamente indeseado de su hermana. Madre e hija se habían conchabado contra el matrimonio de Caecilia con el fabricante de tapones para botellas de vino. Eso no puede resultar bien, le había dicho a Gambetti antes de mi partida hacia Wolfsegg, mi hermana Caecilia y un fabricante de tapones para botellas de vino de la Selva Negra, eso se acabará tarde o temprano, porque todos están en contra y Caecilia no está a la altura del fabricante de tapones para botellas de vino, aunque él sea un zoquete. El triunfo de mi hermana, su artimaña, le había dicho a Gambetti, terminará un día en catástrofe. Ella no aguantará en la Selva Negra, lo sospecha ya ahora, por ese motivo no quiso seguir a su marido a Friburgo inmediatamente después de la boda, creyó que podría permanecer en Wolfsegg sin él, lo que sin embargo es absurdo, tendrá que irse con él, lo quiera o no, él la obligará a ello, no se puede contraer un matrimonio sólo por las apariencias y porque se quiere *herir* a una madre, sin consumarlo luego. Ese hombre, le había dicho a Gambetti, debe de sentirse en Wolfsegg totalmente desplazado, totalmente infeliz y, si ha especulado con el dinero y los bienes, en mi opinión ha sido una especulación equivocada. No puede esperar nada, en ningún caso, de eso se ocupa ya mi madre. La sagacidad de ella en materia de intereses jurídicos es conocida y temida. Si no es un especulador, qué ha podido inducirlo a casarse con Caecilia, me pregunto, le había dicho a Gambetti. Mi hermana Caecilia es cualquier cosa menos atractiva, menos matrimoniable. Lo mismo que Amalia. Pero la verdad es que eso nos lo preguntamos muy a menudo, qué es lo que ha atraído a dos personas que se casan, las ha inducido al matrimonio, ante esa pregunta casi siempre nos llevamos las manos a la cabeza,

¿cómo es posible, precisamente *esas* dos personas?, y no llegamos a ninguna conclusión. Conocemos a alguien como una persona de la que estamos convencidos de que en ningún caso se casará con esta o aquella persona que conocemos igualmente, nos parece completamente imposible, y precisamente con ésta se casa aquélla, y no está dicho que ese matrimonio sea infeliz, al contrario, pero con más frecuencia es, sin embargo, un matrimonio infeliz, que habíamos previsto y contra el que habíamos advertido sin ser escuchados. Quizá el fabricante de tapones para botellas de vino ha actuado, según cree, en el momento oportuno, le había dicho a Gambetti, mientras que, como supongo yo, ha cometido el mayor de los errores. La verdad es que mi hermana Caecilia es también astuta, le había dicho a Gambetti. Es una pilla redomada, como, por cierto, también Amalia. Su tontería no excluye la astucia. Y, como es sabido, los más tontos son los más peligrosos, cuando, le había dicho a Gambetti sin rodeos, la tontería se une a la bajeza. Sobre los míos, pensé ahora, sólo le había dicho a Gambetti siempre lo negativo, lo repugnante, lo repulsivo, porque con él he encontrado siempre totalmente natural confiarle mis sentimientos tal como se me presentaban, y mis sentimientos hacia los míos habían sido en los últimos años siempre sólo de lo más negativo, lo más repulsivo, lo más repugnante. No tenía ocasión de expresarle más que esos sentimientos negativos por mi parte. Lo repulsivo. Lo repelente. En el mejor de los casos, lo absurdo. Y nunca me avergonzaba de hacerlo. Nunca debes revelarte a Gambetti como hipócrita, había pensado siempre, dejarte descubrir por él en ninguna mentira, en ninguna insinceridad, porque eres su maestro y de un maestro hay que esperar verdad y sinceridad como algo natural. Con Gambetti tienes una relación de absoluta confianza. Con Gambetti nunca debes parapetarte tras una insinceridad ni mucho menos una mentira, aun a riesgo de ser clasificado precisamente por él como brutal, llegado el caso como innoble. Y de que muy a menudo yo mismo soy brutal e innoble no hay duda, a ese peligro y a ese mal no escapa el hombre que piensa, tiene que contar con ello, tiene que resignarse a ello, tiene que existir con ello. Tiene que dejar que se lo digan y no debe contradecirlo. Wolfsegg se me ha vuelto absolutamente imposible, le había dicho a Gambetti. Es una atmósfera para asfixiarse. ¡Para volverse loco homicida!, había exclamado ante él. Por otra parte, Gambetti, le había dicho, si pudiera ver usted aquellas espléndidas habitaciones, aquellas bóvedas, aquellos pasillos, ese único y *así llamado claustro*, en el que en invierno, cuando todavía era un niño, tenía corzos, mi hermano Johannes y yo teníamos todos los inviernos dos corzos en el *claustro*, cada uno. ¡Los alimentábamos, hablábamos con ellos, los mimábamos! La palabra *mimar*, como es natural, no la comprendió Gambetti, y yo traté de explicársela, lo que sólo conseguí con esfuerzo. En la primavera volvíamos a dejar libres a los corzos. Se trataba de corzos ligeramente heridos, le había dicho a Gambetti, esos que nos llevábamos al *claustro*. Invernaban en nuestro *claustro* y sobrevivían. Les dábamos nombres fantasiosos, mi hermano y yo, por ejemplo los llamábamos *Sarabande* o *Locarnell*. En la primavera, cuando los dejábamos libres, se

habían acostumbrado a nosotros como es natural y sólo de mala gana se dejaban enviar del *claustró* a la libertad; mi hermano Johannes y yo recorriamos los bosques para reunir y enterrar a los corzos muertos que no habían sobrevivido al invierno. Los leñadores nos ayudaban a hacerlo. Con los leñadores me entendía siempre muy bien, eran mis mejores amigos, yo los quería como a nadie, sabía los nombres de todos, bromeaban conmigo, pero estaban dispuestos también a hablar de sí mismos, lo que a menudo les rogaba. Siempre me han atraído las gentes sencillas, le había dicho a Gambetti. Con ellas y solamente con ellas me sentía bien. Tenían toda mi simpatía. En la conversación, eran siempre silenciosos, nunca charlatanes. Utilizaban un lenguaje simple, nada afectado. No fingían nada, como los otros, que ininterrumpidamente fingen algo. Indudablemente, le dije a Gambetti a menudo, Wolfsegg fue para mí en otro tiempo un paraíso, en los primeros años de mi vida, todavía por algún tiempo durante mis primeros años en la escuela. Y yo sabía que se trataba de un paraíso. Pronto, sin embargo, ese paraíso se ensombreció, poco a poco se transformó para mí primero en la antesala del infierno y, finalmente, en un infierno. Quería salir de ese infierno, quería dejar ese infierno tan rápidamente como fuera posible. No veía llegar el momento, le había dicho a Gambetti, de ir a un internado, finalmente a Viena. Sin saber qué sería de mí realmente, qué sería capaz de hacer de mí mismo, por dónde tendría que empezar para avanzar de la forma que me conviniera. No tenía ninguna idea. Me gustaban los libros que ya había leído y los que tenía aún por leer, ese número infinito de libros en los que estaba escrito prácticamente todo, según pensaba; me gustaba, puedo decir sin temor, ya desde niño, la vida intelectual más que la otra, pero no tenía ninguna idea de qué tenía que hacer, de lo que me permitiría participar y ser parte de esa vida intelectual que tanto me gustaba y llevar una vida intelectual así. No tenía a nadie que me hiciera indicaciones al respecto, hasta que mi tío Georg, dándose cuenta de mis necesidades, me dio esas primeras indicaciones. En primer lugar tienes que liberarte por completo de los tuyos, me había dicho el tío Georg, hacerte totalmente autónomo, primero interiormente, y luego también exteriormente. Y yo había seguido lo que me había aconsejado, me había liberado primero interiormente y luego también exteriormente, me había hecho independiente primero interiormente, y luego exteriormente también. Y naturalmente tienes que irte de Wolfsegg, me había dicho él. Tienes que reírte de los puntos de vista y opiniones de los tuyos de Wolfsegg, y marcharte de Wolfsegg en contra de su voluntad, no seguir sus consejos, que sólo tienen por objeto encadenarte a Wolfsegg para toda la vida, sacrificarte a Wolfsegg, tienes que hacer precisamente lo contrario de lo que te aconsejen, no debes compartir sus puntos de vista más o menos nunca, porque sus puntos de vista son opuestos a los tuyos y, por consiguiente, a tu desarrollo. Sus consejos no valen nada, sus opiniones no valen nada, me había dicho mi tío Georg. Es verdad que dicen siempre que quieren lo mejor para ti, como sabes, pero están contra ti, no reparan en nada para encadenarte a ellos y, si no te dejas encadenar a ellos, lo intentarán todo para aniquilarte. Te hará falta el máximo, no sólo

el mayor esfuerzo para sustraerte a ellos, para contraponer a su inflexibilidad tu inflexibilidad. Estás en condiciones de hacerte autónomo, independiente con respecto a ellos, me había dicho mi tío Georg, pero tengo que hacerte observar que el precio por ello es el precio máximo. Ese precio máximo tienes que pagarlo. Realmente pagué un precio máximo por mi independencia de Wolfsegg, me digo. Mi tío Georg tenía razón. Opuse mi inflexibilidad a la de ellos, y la mía fue más fuerte, porque estaba más libre de compromisos. Cuánto me costó escaparme a Viena, esa *ciudad inútil*, como ellos la llamaban. Cuánto me costó ir a Inglaterra, finalmente a París. Cuánto me costó conseguir la libertad interior, para alcanzar la exterior. Debo mi independencia a mi tío Georg, le había dicho en el Pincio a Gambetti, mientras le ponía en las manos *El proceso* de Kafka que, cuando lo leí por segunda vez en mi vida, me entusiasmó todavía más que la primera. Hay escritores, le había dicho a Gambetti, que entusiasman al lector, cuando los lee por segunda vez, en mucha mayor medida que la primera, y con Kafka me pasa siempre así. Recordaba a Kafka como un gran escritor, le había dicho a Gambetti, pero al volver a leerlo tuve absolutamente la impresión de acabar de leer a otro mucho mayor. No hay muchos escritores que a la segunda lectura se vuelvan más importantes, más grandiosos, a la mayoría los leemos por segunda vez y nos avergonzamos de haberlos leído siquiera la primera, con cientos de escritores nos ocurre así, pero no con Kafka y no con los grandes rusos, Dostoyevski, Tolstoi, Turgueniev, Lermontov, no con Proust, con Flaubert, con Sartre, a los que cuento entre los más grandes. No considero el peor método leer por segunda vez a los escritores que hemos leído una vez y nos han impresionado, porque entonces son, o mucho mayores, o mucho más importantes, o no vale la pena hablar ya de ellos. De esa forma, además, no llevamos durante toda la vida un enorme lastre de literatura en la cabeza, que en definitiva hace enfermar, enfermar mortalmente, a esa cabeza nuestra, le había dicho a Gambetti en el Pincio. Mi tío Georg me enseñó casi todo lo que luego fue importante para mí en la vida. Fue mi maestro, nadie más. Fue mi educador, nadie más. Mis padres, con su estúpido carácter, me habían *de* formado hasta los nueve o los diez años en lugar de formarme, y mi tío Georg tuvo que intervenir para anular poco a poco la destrucción casi total que mis padres habían causado en mí, se esforzó al máximo, le había dicho a Gambetti, para volver a hacer de mi cabeza totalmente caótica otra aceptable, otra receptiva. Mis padres, creyendo educarme, me habían en verdad destruido, lo mismo que destruyeron a mi hermano Johannes y a mis hermanas. Cuando decían educación hubieran debido decir mejor destrucción, con su educación que, como queda dicho, no era otra cosa que destrucción, mutilaron todo lo que había en mi cabeza hasta dejarlo irreconocible, como suele decirse siempre en otro contexto. Con la mayor brutalidad hacia mí, revolvieron mi joven cabeza durante años a su estilo católico y nacionalsocialista, trastornándolo todo, de forma que mi tío Georg necesitó igualmente años para poner otra vez orden en esa cabeza mía. En fin de cuentas, mis padres, en lugar de educarnos a mí y a mis hermanos, nos desfiguraron francamente,

causando sólo desastres en nuestras cabezas. Nuestros padres, como es natural ante todo católicos, le había dicho a Gambetti, echaron a perder nuestras cabezas con esos desastrosos métodos católicos. La Iglesia católica causa en las jóvenes cabezas tantos desastres, cuando los padres son católicos y siguen más o menos automáticamente la religión católica, que resulta inimaginable. Que hemos sido educados católicamente quiere decir que hemos sido radicalmente destruidos, Gambetti. El Catolicismo es el gran destructor de almas infantiles, el gran inspirador de miedos, el gran aniquilador del carácter del niño. Ésa es la verdad. Millones y, en definitiva, miles de millones deben a la Iglesia católica el haber sido radicalmente destruidos y echados a perder para el mundo, el que su naturaleza se haya convertido en antinaturaleza. La Iglesia católica tiene sobre su conciencia al hombre destruido, al caotizado, al en definitiva completamente infeliz, ésa es la verdad y no lo contrario. Porque la Iglesia católica sólo tolera al hombre católico y a nadie más, ésa es su intención y su objetivo constante. La Iglesia católica hace, de los hombres católicos, criaturas embrutecidas que han olvidado el pensamiento independiente y lo han traicionado por la religión católica. Ésa es la verdad, le había dicho en el Pincio a Gambetti. Y aunque tenemos también en cuenta que las costumbres católicas nos encantaban siempre de niños, no fueron para nosotros en el campo, desde el principio, más que un cuento de hadas, Gambetti, indudablemente el más bello, y para los adultos su único espectáculo, el mayor, para toda la vida, esos cuentos de hadas y ese espectáculo echaron a perder sin embargo todo lo natural en el hombre, destruyéndolo con el tiempo. La Iglesia católica, con ese cuento de hadas suyo para niños y con ese espectáculo para adultos, no ha pretendido otra cosa que la seducción total de sus presas, hacerlas dóciles mediante ese cuento de hadas y ese espectáculo, extinguirlas como seres humanos para hacer de ellas católicos sin voluntad ni pensamiento, *creyentes*, como ella dice con infamia, le había dicho a Gambetti. La fe católica es, como toda fe, una falsificación de la Naturaleza, una enfermedad que millones contraen voluntariamente porque para ellos es la única salvación, para el hombre débil, el totalmente carente de independencia, el que no tiene una cabeza propia y tiene que dejar que otra cabeza, por decirlo así superior, piense por él; los católicos dejan que la Iglesia católica piense por ellos y, con eso, actúe también por ellos, porque les resulta más cómodo, porque, según creen, no pueden hacer otra cosa. Y la cabeza católica de la Iglesia católica piensa horriblemente, le había dicho a Gambetti. Sólo piensa para sí y contra la naturaleza humana, sólo piensa para sus fines, para ninguno más, piensa para su gloria, Gambetti, para ninguna más. Ningún otro Estado de Europa, le había dicho a Gambetti, se llama Estado católico y deja que la cabeza católica piense por él, y ya vemos adónde ha llevado eso. Sólo tenemos católicos en Austria, no hombres de espíritu libre e independiente, católicos, cuando se necesitarían espíritus libres. En Austria piensa la cabeza católica y ninguna más. En eso tampoco han cambiado nada los más diversos trastornos políticos de los últimos decenios, hasta los socialistas dejan pensar en Austria a la cabeza católica, porque en el fondo no tienen una

socialista. Por todas partes en Austria encontramos el espíritu católico, que sin duda nos ha regalado cientos y miles de obras de arte católicas, pero aniquila el espíritu propio, el autónomo, independiente, que es sólo el natural. ¿De qué nos sirven esas obras de arte como iglesias y palacios católicos, si no tenemos una sola cabeza propia desde hace siglos?, le había dicho a Gambetti. Pero nuestro pueblo ha padecido ya siempre por su absoluta debilidad de espíritu, le había dicho a Gambetti, que ha sido explotada por la Iglesia católica como en ningún otro país de Europa, ni siquiera en Alemania, en donde se ha conservado hasta hoy cierto espíritu libre y propio, aquí la Iglesia católica y el Catolicismo, desde el principio, han podido fácilmente ejercer la presión necesaria sobre el hombre austríaco y, en definitiva, poner por completo a su servicio al pueblo y al Estado, subordinarlos totalmente. Sólo en los últimos decenios observamos signos de una liberación del dominio católico, de la infame opresión católica, del abrazo brutal de siglos del Catolicismo, sólo en los últimos decenios observamos aquí y allá, aunque sólo vacilantemente, una forma de pensar, de filosofar, que se desarrolla con independencia del Catolicismo, le había dicho a Gambetti, se atreven algunas de nuestras cabezas austríacas a pensar de nuevo autónomamente y con su propia cabeza austríaca, no sólo con la católica. El Catolicismo tiene la culpa de que en Austria, durante tantos siglos, no haya habido filósofos y, por consiguiente, absolutamente ningún pensamiento filosófico y, por ello, tampoco ninguna filosofía. La Iglesia católica, se puede decir sin miedo, ha oprimido brutalmente y por completo al pensamiento en este milenio. Y ese pueblo ha vivido cómodamente bajo la cabeza católica que, representando a ese pueblo, ha pensado siempre todo *en su propio sentido*, le había dicho a Gambetti. El Catolicismo y los Habsburgo han tenido en este milenio un efecto aniquilador en la cabeza de nuestro pueblo, mortal, como sabemos y como nos prueba todo lo que contemplamos en Austria. En este milenio, puede decirse, el Catolicismo ha interrumpido el pensamiento en nuestro pueblo, haciendo florecer la música, como la menos peligrosa de las artes. Al fin y al cabo, sólo somos el país de la música porque aquí el espíritu ha sido oprimido totalmente durante siglos, le había dicho a Gambetti. Nos hemos convertido en un pueblo totalmente musical, porque nos hemos convertido en un pueblo totalmente sin espíritu en esos siglos católicos, le había dicho a Gambetti, en la medida en que, por el Catolicismo, ha sido expulsado el espíritu, hemos dejado surgir la música, al fin y al cabo debemos a esa situación a Mozart, Haydn, Schubert, dije. Pero para mí no vale absolutamente nada, le había dicho a Gambetti, que tengamos a Mozart pero ninguna cabeza propia ya, a Haydn, pero se nos haya olvidado pensar y hayamos renunciado casi totalmente a ello, a Schubert, pero en resumidas cuentas nos hayamos vuelto estúpidos. Eso no le ha ocurrido a ningún otro país, le había dicho a Gambetti, que se haya dejado arrebatar sin escrúpulos el pensamiento por la Iglesia católica, que, por decirlo así, se haya dejado decapitar por el Catolicismo. No tenemos ningún Montaigne, ningún Descartes, ningún Voltaire, le había dicho a Gambetti, sólo esos monjes poetizantes y esos aristócratas poetizantes

con su imbecilidad católica. En los últimos tiempos se ha producido un cambio, dije, pero no harán falta sólo decenios, sino siglos, para que pueda repararse lo que el Catolicismo ha causado, devastado y acarreado en nuestro espíritu. Si es que se repara alguna vez, le había dicho a Gambetti. Más que ningún otro pueblo, el nuestro se ha dejado explotar por la Iglesia católica. ¡Durante casi un milenio! Sólo con dificultad podrá librarse del abrazo católico, de sus garras. Las revoluciones superficiales, más o menos diletantes, le había dicho a Gambetti, no sirven aquí de nada, como vemos en otros países de Europa, sólo una revolución realmente fundamental, elemental, le había dicho a Gambetti, puede ser la salvación, una revolución que comience por derribar y destruirlo todo, *realmente todo*. Pero, para una revolución fundamental y elemental así, somos hoy todavía demasiado débiles, todavía no estamos maduros para ella, no nos atrevemos a pensar siquiera en una revolución fundamental y elemental así. Somos ahora una humanidad austríaca debilitada, realmente sin espíritu, le había dicho a Gambetti, para la que lo fundamental y lo elemental no resulta posible. Desde hace mucho más de un siglo entero una humanidad austríaca totalmente debilitada, le había dicho a Gambetti. Mis padres, como es natural, sólo habían considerado para mí una educación católica, no hubieran podido imaginarse siquiera otra, le había dicho a Gambetti. Hasta donde se puede recordar, todas las generaciones fueron educadas católicamente en Wolfsegg. Hasta que mi tío Georg se opuso ante todo al Catolicismo, lo que no significaba otra cosa que *oponerse a todo*. Mi tío Georg me facilitó el camino, me lo hizo posible. Me llevó primero a la idea y luego al verdadero camino, al *camino opuesto*, le había dicho a Gambetti. En nuestras bibliotecas, imagínese, le había dicho a Gambetti, habían encerrado por decirlo así los libros profanos, a diferencia de los católicos, los armarios con los libros profanos habían estado cerrados con llave durante decenios, si es que no siglos, le había dicho a Gambetti, sólo los católicos eran libremente accesibles, los profanos estaban apartados, inaccesibles, no debían ser leídos sino permanecer encerrados, como si se hubiera encerrado a la libertad de espíritu en esos armarios de libros, Gambetti, habían encerrado los libros que no eran católicos en esos armarios de libros. Voltaire, Montaigne, le había dicho a Gambetti, encerrados, la tontería de los monjes y condes reunida en cientos y miles de volúmenes en cuero, no. Los Voltaire y Montaigne y Descartes debían estar para siempre sellados en esos armarios, imagínese, le había dicho a Gambetti. Nunca se habían abierto esos armarios, cuando un día, porque mi tío Georg insistió en ello, se abrieron, para los míos fue como si mi tío Georg hubiera abierto un recipiente sellado durante siglos, del que, en el momento de la apertura, saliera un terrible veneno, ante el que emprendieron al instante la huida, porque creían realmente que era mortal. Los míos nunca perdonaron a mi tío Georg que hubiera abierto ese recipiente, le había dicho a Gambetti, que hubiera dejado salir de repente el veneno del espíritu. Realmente opinaron siempre que nuestro tío Georg había envenenado Wolfsegg al abrir el recipiente del espíritu, sellado durante siglos, al abrir sencillamente los armarios de

libros bien cerrados durante siglos. El que en Wolfsegg, de pronto, pudiera olerse no sólo la estupidez católica sino también la libertad de espíritu no se lo perdonaron a mi tío Georg, el que también Descartes y Voltaire estuvieran en el aire de Wolfsegg y no sólo el Catolicismo y el Nacionalsocialismo. Habían creído que, por decirlo así, habían encerrado el espíritu malo en esos armarios de libros cerrados con llave, y ahora mi tío Georg lo había dejado salir. Pero no pasó mucho tiempo para que volvieran a encerrar a ese espíritu malo en los armarios de libros, cuando, concretamente, mi tío Georg dejó Wolfsegg y, volviéndoles la espalda, se estableció en Cannes, imagínese, en la Riviera, en esa costa diabólica que, para los míos, era equiparable al infierno. Ya desde el primer momento, cuando mi tío Georg había dejado Wolfsegg con dos maletas, no tuvieron en la cabeza nada más urgente que hacer que volver a encerrar en sus armarios de libros al espíritu malo que, durante unos años, sin impedimento y, según creían, de la forma más devastadora, había envenenado Wolfsegg, y al hacerlo no dieron una vuelta de llave, sino inmediatamente dos o tres. A mí no me permitieron ya abrir esos armarios de libros, me lo rehusaban con la mayor obstinación y, como hoy sé, con un miedo mortal. Incluso cuando yo tenía ya mucho más de veinte años, no me permitían abrir esos armarios de libros y, con el tiempo, renuncié a preocuparme de abrirlos, porque aborrecía y temía la disputa cotidiana al respecto. Lo primero que había hecho en Viena, le había dicho a Gambetti, había sido organizar una biblioteca que debía contener todo lo que mi tío Georg me había señalado primordialmente para lo que se llama un hombre de espíritu; ya en el plazo más breve, gastando en ello casi todo el dinero de que disponía, había juntado los libros más importantes, reuniendo para mí mismo *una biblioteca* por decirlo así del *espíritu malo*, y fue natural que empezara por Montaigne y Descartes, por Voltaire y Kant. En definitiva, había reunido *lo más importante para la cabeza*, como decía una y otra vez mi tío Georg, y el centro no había sido naturalmente otro que Schopenhauer. Había adquirido lo que llamaba una biblioteca móvil con *las obras más importantes del espíritu malo*, que podía llevarme en cualquier momento sin dificultad a todas partes, de forma que nunca tuviera que estar sin libros. Primero me había procurado los filósofos, que en Wolfsegg me habían estado prohibidos, o sea, el veneno mortal, y luego, poco a poco, también las obras de nuestros escritores importantes. En esas adquisiciones había seguido el plan exacto que me había trazado mi tío Georg, le había dicho a Gambetti. El primer volumen que me compré fue el *Enrique de Ofterdingen* de Novalis, le había dicho a Gambetti, el segundo, me acuerdo muy bien, las *Historias de almanaque* de Johann Peter Hebel. De ahí hasta Kropotkin y Bakunin faltaba todavía mucho, le había dicho a Gambetti, hasta Dostoyevski, Tolstoi, Lermontov, que me gustan más que cualquier otra cosa. Lo primero que haré, me dije ahora, será liberar el espíritu malo encerrado en Wolfsegg, al que los míos condenaron, por decirlo así, a cadena perpetua, y no volveré a cerrar con llave las puertas de los armarios de libros, sino que las dejaré para siempre abiertas de par en par. Tiraré al pozo las llaves de esos armarios de



libros, para que no puedan volver a ser cerrados por mano de nadie. En general, ante todo recorreré Wolfsegg con el único fin de abrir una tras otra todas las ventanas y dejar entrar aire puro, imagínese, le había dicho un día a Gambetti, muchas ventanas de Wolfsegg no se han abierto en decenios, es espantoso. Luego volveré a Roma y podré decirle a Gambetti: Gambetti, he abierto de par en par todas las ventanas de Wolfsegg dejando entrar aire puro. Abriré todas las ventanas y puertas, me dije. Al contemplar la foto que muestra a mis padres en la Estación Victoria de Londres me dije ahora que ellos quisieron agarrotarme para toda la vida, a su estilo católico, que sólo puedo calificar de estilo estúpido. Lo mismo que al espíritu malo en los armarios de libros, quisieron encerrarme en Wolfsegg a mí, que a sus ojos era un espíritu igualmente malo. Encerrar al que contradice, al que rehúsa. Al tráfugo. No puedo recordar que mis padres me dejaran una sola vez solo y en paz en alguna afición, que me elogiaron una sola vez en una afición así. No hubiera podido dejar de escuchar su elogio, jamás me lo hicieron. Ya de muy niño me consideraban sólo con la mayor desconfianza, pienso, ya incluso en mis primerísimos años, en los que, cuando me miraban, tenían que mirar casi al suelo, cuando estaba en la cuna, cuando aprendí a andar, ya entonces les resultaba todo en mí sospechoso y, en el verdadero sentido de la palabra, inquietante, el hecho de que posiblemente hubieran hecho conmigo un ser que un día podría emanciparse de ellos y acusarlos e incluso quizá destruirlos y aniquilarlos. Ya en esos primeros años me contemplaban con la desconfianza con que, durante toda mi vida, me persiguieron, de la que al principio no supe por qué tenía que dirigirse precisamente contra *mí*, por qué razón, para qué fin, por qué bajeza o maldad mía. Hacia mi hermano Johannes estuvieron desde el principio bien dispuestos, hacia mí nunca bien, sólo mal, esa verdad debe decirse de una vez, me dije contemplando la foto. Mi padre me hizo, mi madre me dio a luz, pero desde el principio mismo no quisieron tenerme, ella habría preferido al nacer yo volver a meterme enseguida en su vientre, por todos los medios, si eso hubiera sido posible, me dije. Al principio nos imaginamos siempre que, como es natural, somos queridos por nuestros padres, pero de pronto nos damos cuenta de que, de forma igualmente natural, sólo somos odiados, por la razón que sea, cuando les parecemos, como yo les parecía a mis padres, un hijo que no correspondía a lo que se imaginaron, que *había salido mal*, como suele decirse. No habían contado con mis ojos que, ya enseguida, cuando los abrí por primera vez, habían visto probablemente lo que nunca les podía parecer bien a ellos que vieran. Yo los había mirado al principio *con incredulidad*, como suele decirse, luego fijamente, y finalmente, un día, los había *calado*, eso no me lo perdonaron, eso no podían perdonármelo. Los había calado, como suele decirse, y sometido a un juicio insobornable, que no podía gustarles. Dicho sea con toda crudeza, al engendrarme a mí habían engendrado a su descuartizador y disgregador. Yo estuve, tengo que decirlo, desde el primerísimo momento en contra de ellos, con toda decisión. Una vez, en un día de otoño hermoso y suave, había intentado hacer a Gambetti una descripción de Wolfsegg, habíamos vuelto de Rocca

di Papa, por decirlo así a la Piazza del Popolo, y nos habíamos sentado delante del café en la terraza, eran ya mucho más de las nueve de la noche, el sol tenía fuerza aún para calentar la Piazza de la forma más agradable; voy a intentar hacerle una descripción exacta de Wolfsegg, le había dicho a Gambetti, a quien había dicho en Rocca di Papa algunas cosas, según me parece hoy, totalmente desafortunadas sobre el *Zaratustra* de Nietzsche, siempre había tenido yo las mayores dificultades con Nietzsche, y tampoco ese día había conseguido expresar nada oportuno sobre Nietzsche, mire, Gambetti, le había dicho, me he ocupado durante decenios de Nietzsche, pero no he avanzado, Nietzsche me ha fascinado siempre, pero al mismo tiempo nunca he comprendido de él casi nada. Si soy sincero, me pasa lo mismo con todos los demás filósofos, le había dicho a Gambetti, con Schopenhauer, con Pascal, por no citar más que a esos dos además de Nietzsche, todos siempre difíciles para mí durante toda mi vida, que nunca he conseguido descifrar ni siquiera en sus comienzos y que han sido siempre *chino* para mí, cuando me he sentido siempre atraído y entusiasmado por ellos en el más alto grado. Cuanto más me intereso por los escritos de esa gente, le había dicho a Gambetti, tanto más desvalido me siento yo, sólo con megalomanía puedo decir que los he comprendido, lo mismo que sólo con megalomanía podría decir de mí mismo que me he comprendido, cuando realmente nunca me he comprendido a mí mismo hasta el día de hoy, cuanto más me ocupo de mí mismo, tanto más me alejo de *mi auténtica realidad*, tanto más se oscurece todo lo que a mí se refiere, le había dicho a Gambetti, lo mismo que con esos filósofos, creo haberlos comprendido, le había dicho a Gambetti, pero no he comprendido nada, probablemente ocurre así con todo aquello de lo que me he ocupado hasta ahora. Pero de vez en cuando me tomo la libertad, le había dicho a Gambetti, de afirmar que he comprendido, en mi megalomanía, algo de esos filósofos y de sus creaciones. Todos esos nombres y sus obras no pueden comprenderse en absoluto, le había dicho a Gambetti, ni Pascal, ni Descartes, ni Kant, ni Schopenhauer, ni Schleiermacher, por no enumerar más que los que me ocupan en este momento. Con los que en este momento me he aventurado. Con la mayor brutalidad hacia ellos, lo mismo que contra mí mismo, le había dicho a Gambetti. Con la mayor osadía y al mismo tiempo desvergüenza. Porque cuando nos ocupamos de alguno de esos filósofos, Gambetti, le había dicho, somos desvergonzados, cuando nos atrevemos a agarrarlos y, por decirlo así, arrancarles en vivo sus entrañas filosóficas. Somos siempre desvergonzados cuando abordamos una obra filosófica, pero sin esa desvergüenza no nos acercamos, no avanzamos filosóficamente. Realmente tenemos que acercarnos con la mayor brusquedad y rudeza a esos escritos filosóficos y a sus autores, que tenemos que imaginarnos siempre como nuestros enemigos, como nuestros más terribles adversarios, Gambetti. Tengo que tomar partido contra Schopenhauer, si quiero comprender, contra Kant, contra Montaigne, contra Descartes, contra Schleiermacher, comprende. Tengo que estar contra Voltaire, si quiero enfrentarme con él de la forma más sincera con alguna perspectiva de éxito. Pero mis anteriores enfrentamientos con

los filósofos y sus productos han tenido hasta ahora bastante poco éxito. Pronto habrá pasado mi vida, se extinguirá mi existencia, le había dicho a Gambetti, y no habré llegado a nada, todo habrá seguido para mí cerrado bastante firmemente. Igual que mi enfrentamiento conmigo mismo ha tenido hasta hoy bastante poco éxito. Soy mi enemigo y actúo filosóficamente contra mí, le había dicho a Gambetti, me ataco con todas las dudas imaginables y fracaso. No consigo lo más mínimo. Tengo que considerar al espíritu como enemigo y actuar contra él de una forma filosófica, le había dicho a Gambetti, para poder disfrutar realmente de él. Pero para eso mi tiempo es probablemente demasiado corto, lo mismo que el tiempo de todos ha sido demasiado poco tiempo, la mayor desgracia del hombre es que su tiempo sea siempre y en cualquier caso demasiado corto, eso ha hecho siempre imposible el conocimiento. Por eso nunca ha habido más que una aproximación, un casi, todo lo demás es absurdo. Si pensamos y no dejamos de pensar, lo que llamamos filosofar, llegaremos finalmente a la conclusión de que hemos pensado equivocadamente. Todos han pensado hasta ahora equivocadamente, cualquiera que sea el nombre que hayan llevado, cualesquiera los escritos que hayan escrito, pero no han renunciado por sí mismos, le había dicho a Gambetti, no por su voluntad, sólo por voluntad de la Naturaleza, por enfermedad, locura, muerte en definitiva. No quisieron detenerse, les resultaba aún tan frustrante, espantoso, tan horriblemente contra todas las reglas y contra todas las advertencias. Pero todos ellos se dedicaron siempre sólo a conclusiones equivocadas, le había dicho a Gambetti, en definitiva por nada, sea lo que sea esa nada, le había dicho a Gambetti, de la que sabemos que, desde luego, no es nada, pero sin embargo al mismo tiempo puede ser inexistente, en la que todo fracasa, en la que todo cesa, termina definitivamente en definitiva. También esa noche, en lugar de hacer enseguida la anunciada descripción de Wolfsegg que había prometido a Gambetti ya en la Flaminia para la Piazza del Popolo, había llegado a una de las digresiones que yo mismo más temo y que me he acostumbrado a llamar filosofantes, porque en los últimos años se acumulan, porque son tan fluidas como la filosofía misma, como todo lo filosófico, sin tener realmente que ver con la filosofía más que su causa. En lugar de hacer enseguida la anunciada descripción de Wolfsegg, había dicho a Gambetti algo sobre Nietzsche que hubiera hecho mejor en no decir, algo sobre Kant que era incluso totalmente absurdo, algo sobre Schopenhauer que al principio consideré especialmente pertinente, pero que luego, sólo unos momentos después, tuve que reconocer como bastante demencial, algo sobre Montaigne que yo mismo no comprendí en el momento en que se lo dije a Gambetti; porque, apenas había expresado ante Gambetti esa observación relativa a Montaigne, él me había rogado que le explicara la observación que acababa de formular, de lo que no fui capaz porque, en aquel mismo segundo, ya no sabía qué había dicho siquiera sobre Montaigne. Decimos algo y lo vemos muy claro, y al instante siguiente no sabemos ya lo que acabamos de decir, le había dicho a Gambetti, acabo de decir algo sobre Montaigne, pero ahora, dos o tres segundos más tarde, no sé ya lo que acabo de decir

real y verdaderamente sobre Montaigne. Tendríamos que tener la facultad de decir, formular algo, y al mismo tiempo registrar en nuestra cabeza lo que acabamos de formular, lo que sin embargo no es posible, le había dicho a Gambetti. Ya no sé siquiera por qué he dicho en este instante algo sobre Montaigne, le había dicho a Gambetti, y como es natural mucho menos qué he dicho sobre Montaigne. Creemos que hemos llegado ya a ser una máquina pensante, pero no podemos confiar en el pensamiento de esa máquina pensante nuestra. En el fondo, trabaja ininterrumpidamente contra nuestra cabeza, le había dicho a Gambetti, produce continuamente pensamientos que no sabemos de dónde han venido ni para qué se piensan ni en qué relación están, le había dicho a Gambetti. Estamos realmente abrumados por esa máquina pensante que trabaja ininterrumpidamente, nuestra cabeza está abrumada por ella, pero no puede salirse, durante toda su vida está inevitablemente conectada a esa máquina pensante nuestra. Hasta que nos morimos. Montaigne dice usted, Gambetti, y en ese instante ya no sé qué es eso, le había dicho a Gambetti. ¿Descartes? No lo sé. ¿Schopenhauer?, no lo sé. Lo mismo podría decir usted *diente de león*, y no sabría qué es, le había dicho a Gambetti. Había creído que, si iba a Sils Maria, le había dicho a Gambetti, comprendería mejor a Nietzsche, que si alquilaba una habitación en las proximidades del paso de Maloja, subiendo desde Sondrio, es decir, desde abajo, comprendería a Nietzsche mejor o lo comprendería simplemente. Pero me equivoqué, después de haber estado en Sils Maria, subiendo desde Sondrio, o sea, desde abajo, comprendo a Nietzsche todavía menos que antes, afirmo que ahora no comprendo absolutamente nada, nada ya de Nietzsche. Al haber ido a Sils Maria, me he echado a perder completamente a Nietzsche. Así me eché a perder también un día a Goethe, le había dicho a Gambetti, sólo por la desafortunada tontería de visitar Weimar, y a Kant, al haber estado en Königsberg. En otro tiempo fui empujado por todos esos filósofos y poetas y escritores, lo que sean, a través de Europa, para visitar sus lugares, y desde entonces los comprendo mucho menos que antes. Guárdese, Gambetti, de visitar los lugares de los escritores y poetas y filósofos, después no los comprenderá en absoluto, se los habrá hecho realmente imposibles en su cabeza por el hecho de haber visitado sus lugares, los lugares de su nacimiento, los lugares de su existencia, los lugares de su muerte. Evite más que nada los lugares de nacimiento y de existencia y de muerte de nuestros grandes espíritus, le había dicho a Gambetti, prohíbase visitar los lugares de Dante, Virgilio y Petrarca, porque se aniquilará lo que hay en su cabeza de esos grandes espíritus. Nietzsche, le había dicho a Gambetti, me golpeo la cabeza y está vacía, totalmente vacía. Schopenhauer, me digo, y me golpeo la cabeza y está vacía. Me golpeo la cabeza y digo Kant, y tengo una cabeza totalmente vacía. Eso deprime horriblemente, le había dicho a Gambetti. Piensa uno en un concepto totalmente ordinario, y la cabeza está vacía. Nada. No hay nada en la cabeza cuando se quiere concebir un concepto así totalmente ordinario. Durante días enteros anda uno con una cabeza vacía así y golpea en ella y comprueba siempre sólo que está completamente vacía. Eso vuelve loco, demente,

infeliz, loco y demente de la forma más infeliz y hastiado de la existencia de la forma más horrible, mi querido Gambetti. Yo soy desde luego su maestro, pero la mayor parte del tiempo tengo una cabeza totalmente vacía en la que realmente no hay nada. Probablemente porque he abusado excesivamente de mi cabeza, le había dicho a Gambetti. Porque, con el tiempo, he esperado demasiado de ella. Porque, sencillamente, la he sobrestimado. Sobrestimamos nuestras cabezas y esperamos demasiado de ellas y nos asombramos cuando de pronto están totalmente vacías al golpear en ellas, le había dicho a Gambetti. Ni siquiera hay entonces en nuestras cabezas lo más necesario, le había dicho a Gambetti. Probablemente porque hemos agotado a los filósofos que significan para nosotros algo y que, llegado el caso, significan mucho o prácticamente todo, le había dicho a Gambetti, se retiran de cuando en cuando de nuestras cabezas con todo lo que son, dejándonos solos. Se largan sencillamente y las dejan totalmente vacías, de forma que, en lugar de tener pensamientos en nuestras cabezas y hacer algo con esos pensamientos, razonable o no, filosófico o no, le había dicho a Gambetti, sentimos sólo un dolor insoportable, un dolor tan insoportable que sólo tendríamos que gritar continuamente. Pero naturalmente nos guardamos de revelar, con esos horribles gritos, que tenemos una cabeza totalmente vacía, porque, en un mundo que sólo espera que gritemos y revelemos que tenemos la cabeza completamente vacía, eso significaría inevitablemente nuestro fin. Con el tiempo nos hemos acostumbrado a mantener todo secreto en nuestro interior, en cualquier caso lo que pensamos, lo que nos atrevemos a pensar, para que no nos maten, porque sabemos que matan a quien no sabe mantener secreto su pensamiento, su auténtico pensamiento, del que nadie, salvo él mismo, puede tener idea, le había dicho a Gambetti. El pensamiento mantenido en secreto, le había dicho a Gambetti, es el decisivo, no el expresado, no el publicado, que tiene muy poco en común, la mayoría de las veces absolutamente nada, y es siempre un pensamiento mucho más bajo que el mantenido en secreto, que lo es todo, mientras que el publicado, como sabemos, sólo es de lo más indigente. Pero si tuviéramos la posibilidad de publicar el pensamiento secreto, de expresarlo aunque sólo fuera un instante, le había dicho a Gambetti, estaríamos acabados. Entonces cesaría todo de pronto. Con la mayor, con la mayor explosión de todas, todo se haría pedazos. Nos acercamos a lo filosófico con cautela, le había dicho a Gambetti, con la mayor precaución posible, y fracasamos. Luego con decisión, le había dicho a Gambetti, y fracasamos. Incluso si nos aproximamos sin ningún miedo y desnudándonos de la forma más radical, fracasamos. Como si no tuviéramos absolutamente ningún derecho a lo filosófico, le había dicho a Gambetti. Lo filosófico es siempre como el aire, que inspiramos pero, sin embargo, sin poder conservarlo mucho tiempo, tenemos que espirar. Continuatamente y durante toda la vida lo inspiramos y espiramos sin poder conservarlo, no ese instante decisivo de más, no ese instante de más que haría falta. Ay, Gambetti, le dije, queremos *em* prenderlo y *com* prenderlo todo y atraerlo a nosotros, y no nos resulta posible en lo más mínimo. Nos pasamos la vida

entera para comprendernos a nosotros mismos y no lo conseguimos, cómo podemos creer que podremos comprender algo que ni siquiera somos *nosotros*. En lugar de describirle Wolfsegg a Gambetti, como le había anunciado, durante todo el recorrido por la Flaminia y luego volviendo un trecho por la Flaminia y otra vez en dirección opuesta y otra vez a la inversa, hasta la Piazza del Popolo, lo había irritado con aquellas frases pronunciadas continuamente y, además, en un tono mucho más alto de lo que le convenía, y no le había dejado hablar ni una sola vez, cuando yo sabía muy bien todo el tiempo que él hubiera tenido una u otra vez algo que decir a mis manifestaciones, que él había calificado de pronto, entremedias, de discurso filosofante característico en mí, y que hubiera sido mejor dejarme interrumpir por él y dejarle hacer algún comentario, en lugar de escuchar continuamente de forma desenfrenada mi propio discurso y entusiasmarme con él por lo menos en el momento, cuando al mismo tiempo tenía conciencia, sin embargo, de que aquellas manifestaciones, en pocos minutos, me atacarían a mí terriblemente los nervios y me llevaría las manos a la cabeza por haberlas dejado más o menos libre curso desenfrenado, y por añadidura en presencia de Gambetti, que tenía derecho a esperar de su maestro algo más de disciplina de la que me era posible entonces. En general, debía tener más cuidado de no dejarme arrastrar en presencia de Gambetti, sobre todo, a aquellas escapadas filosofantes, había pensado cuando los dos íbamos por la Piazza del Popolo, en la que, a las nueve de la noche, había tanto tráfico ese día como en otras grandes ciudades todo lo más poco antes del mediodía. Sin embargo, no deberíamos avergonzarnos nunca, le había dicho a Gambetti, si alguna vez nos salimos más o menos de nuestras casillas, porque nuestra cabeza lo quiere, nuestra cabeza siempre realmente excitada cuando la animamos a pensar. Gambetti había tenido que reírse de esa excusa, sin duda inevitable. Como siempre, muy hábil, muy elegante, nos había pedido sólo *media* botella de vino blanco, y yo había podido comenzar mi descripción de Wolfsegg. Como siempre, mi observación había partido de abajo, desde el pueblo. Yo miraba hacia las alturas. Arriba, le había dicho a Gambetti, está Wolfsegg, a más de ochocientos metros de altura, durante siglos inexpugnable, una fortaleza compuesta por un, así llamado, edificio principal y varias dependencias, a saber la Casa de los Jardineros, la Casa de los Cazadores, la Granja, la llamada *Orangerie*, la Villa de los Niños, también un edificio señorial, que probablemente fue construido para los niños de Wolfsegg hace trescientos años, le había dicho a Gambetti, situado un poco aparte, en el lado oriental, del que, sin embargo, se tiene la vista más amplia sobre los Alpes. En general, le había dicho a Gambetti, se tiene desde Wolfsegg la más amplia vista sobre los Alpes, se puede ver a la vez toda la zona situada entre las montañas del Tirol y las orientales de la Baja Austria. Eso no se puede hacer desde ningún otro sitio de Austria, le había dicho a Gambetti. Yo tenía siempre en Gambetti un oyente atento que, pacientemente, me dejaba desarrollar lo que trataba de decir, sin interrumpirme jamás, la verdad es que la mayoría de las veces nos interrumpen ya, nos cortan, nos frenan al menos, pero no

con Gambetti, a quien han enseñado a escuchar sus padres, su familia prudente en todas y cada una de las cosas. Wolfsegg está unos cien metros más alto que el pueblo, y desde el pueblo sube una sola carretera, que en cualquier momento puede cerrarse mediante un puente levadizo, allí donde un corte en la roca separa el pueblo de Wolfsegg. Wolfsegg mismo no puede verse desde el pueblo, un bosque espeso y alto lo protege desde hace siglos de las miradas de quienes no deben verlo. La carretera es una carretera de grava, le había dicho a Gambetti, que sube abruptamente cuesta arriba hasta un muro de tres metros de alto, tras el cual el edificio principal y las dependencias siguen ocultas. Si el visitante entra por la puerta abierta, ve ante todo a la izquierda la *Orangerie* con sus altas ventanas de cristal, en esa *Orangerie* se cultivan todavía hoy naranjos, le había dicho a Gambetti, se desarrollan magníficamente gracias a la buena situación de la *Orangerie*, que tiene sol todo el día, también los limoneros y, exactamente como en el famoso palmar imperial de Viena, crecen también en ella todas las demás plantas tropicales y subtropicales imaginables, más que ninguna me gustaban ya de niño las camelias, le había dicho a Gambetti, las flores favoritas de mi abuela paterna. De niños, la *Orangerie* era donde más nos gustaba estar, sobre todo con mi tío Georg estaba la mitad del día en ella, para que me explicara el origen de las plantas, lo que para mí era siempre un gran placer, en la *Orangerie* escuché las primeras palabras latinas, le había dicho a Gambetti, los nombres latinos de las muchas flores criadas y cultivadas en todas las macetas pequeñas y grandes imaginables, cuidadas por los tres jardineros que siempre teníamos en Wolfsegg. Y que también hoy siguen teniendo, lo que, como puede imaginarse, Gambetti, le había dicho, es un gran lujo en estos tiempos en la Europa central. Mi primer contacto con las llamadas *otras personas* fue el contacto con los jardineros, los observaba tan pronto y tan frecuentemente y tanto tiempo como podía. Pero ya desde el principio no me di por contento con el esplendor de los colores de las plantas, le había dicho a Gambetti, siempre quería saber también enseguida de dónde venía ese esplendor de los colores, cómo surge y cómo puede denominarse de forma exacta. Los jardineros de Wolfsegg fueron siempre la gente más paciente, irradiaban la mayor calma y vivían en la regularidad y la sencillez, que yo admiraba más que cualquier otra cosa. Los jardineros fueron siempre los que más me atraían, sus movimientos eran los absolutamente necesarios, tranquilizadores, siempre útiles, su lenguaje era el más sencillo, el más claro. En cuanto pude andar solo, mi lugar preferido fue la *Orangerie*, mientras que mi hermano Johannes se pasaba la mayor parte del tiempo en los establos de la Granja, con los caballos, vacas, cerdos y gallinas, yo fui siempre, por decirlo así, un hombre de plantas, mi hermano Johannes un hombre de animales, toda mi alegría eran las plantas de la *Orangerie*, la suya los animales de la Granja. Sobre todo en invierno, cuando la Naturaleza de fuera estaba cubierta de nieve y fría y desnuda, le había dicho a Gambetti, era el gran momento de la *Orangerie*. Desde el principio pude estar con los jardineros y mirarlos, y finalmente trabajar con ellos. Era para mí un gran sentimiento de

felicidad, le había dicho a Gambetti, cuando, en la *Orangerie*, desde un pequeño banco, junto a las azaleas, que son mis flores preferidas, podía observar a los jardineros. Ya la palabra *Orangerie* me había fascinado siempre, era mi palabra favorita entre todas mis palabras favoritas. La *Orangerie* había sido construida de tal modo, contra la pared rocosa que caía abruptamente hacia el pueblo, que el suave sol que daba sobre ella fue siempre de lo más favorable para todas las plantas; los antiguos constructores, le había dicho a Gambetti, eran *inteligentes*, más inteligentes que los de hoy. Y lo asombroso es que no construían en tanto tiempo como hoy, incluso años, *un solo edificio*, sino que, en poco tiempo, construían un castillo para siglos, le había dicho a Gambetti, con toda clase de comodidades, incluso de refinamientos, terminado en unos meses. En algún horror espantoso, grosero y perversamente inutilizable se dilapidan hoy muchos años, y uno se pregunta cómo es posible, le había dicho a Gambetti. En aquellos tiempos todo el mundo tenía gusto y todo el mundo trabajaba con placer. Eso se ve al fin y al cabo en las viejas construcciones, más completamente logradas que ninguna actual. Cada detalle de las viejas construcciones ha sido realizado con amor, le había dicho a Gambetti, con el mayor cuidado, con sentido artístico y con el mejor gusto, incluso en los, así llamados, detalles accesorios. La *Orangerie* no sólo ha sido construida en el lugar ideal, sino también con el mejor gusto, le había dicho a Gambetti, es una obra de arte que puede compararse sin más con las más espléndidas creaciones parecidas del norte de Italia y de la Toscana. Todos aquellos constructores eran pequeños Paladios, le había dicho a Gambetti. Nuestra arquitectura actual ha degenerado, no sólo es de mal gusto sino también, en gran parte, inutilizable, en grado alto y altísimo enemiga del hombre, mientras que la antigua era artística y amiga del hombre. En el costado izquierdo de la *Orangerie* se ha construido un gran arco de conglomerado, tan alto que todos los vehículos pueden pasar, y detrás está el amplio patio de la Granja, que consta fundamentalmente de tres establos para vacas y una cuadra magníficamente dotada. Encima se encuentran los alojamientos de los granjeros, que siempre han tenido un buen sueldo; la Granja tiene forma de herradura. En los alojamientos situados sobre los establos hubieran podido alojarse cómodamente unas cien personas, todos tienen grandes habitaciones que no son más pequeñas que las habitaciones del edificio principal, construido exactamente frente a la Granja, con el mayor sentido artístico, sobre una altura distante unos doscientos metros de ella; desde la Granja se tiene la más hermosa vista sobre él, a través del ya mencionado arco en el muro. Tiene dos pisos y exactamente veinticuatro metros de alto, le había dicho a Gambetti. Me encanta verlo. La fachada es más severa que todas las que he visto en Austria, más distinguida que todas. En el centro hay una puerta de entrada de ocho metros de altura, pintada de un verde tan oscuro que siempre parece pintada de negro, totalmente sin adornos, si prescindo de un llamador de latón atornillado que no se limpia nunca y de la campanilla de hierro que hay a la izquierda a su lado. Las ventanas de la planta baja son exactamente de la altura necesaria para que no pueda



mirarse por ellas. Entrar en el vestíbulo es para mí cada vez, viniendo de Roma, le había dicho a Gambetti, algo monstruoso, el frío, y al mismo tiempo la grandiosidad, la altura y la profundidad de la sala hacen que, cada vez, contenga el aliento. El vestíbulo tiene unos treinta y cuatro metros de largo hasta el muro del patio, la luz del día cae sólo desde arriba sobre las tablas de alerce de ciento cincuenta años que cubren el suelo, unas tablas de alerce de casi medio metro de anchura, le había dicho a Gambetti, que se han vuelto ya totalmente grises de tanto ser pisadas por las generaciones que nos precedieron. No conozco ningún vestíbulo más hermoso, le había dicho a Gambetti, es señorial por su tamaño y su severidad absoluta, en las paredes no hay el menor adorno, ningún cuadro, nada. Los muros están blanqueados y hacen un efecto implacable en quien los contempla. Así ha sido durante siglos. En los últimos tiempos, le había dicho a Gambetti, mi madre ponía de vez en cuando en el vestíbulo algunos cestos de flores, que no lo mejoraban pero, sin embargo, no eran capaces de destruirlo, obstruirlo un poco sí, le había dicho a Gambetti, pero no destruirlo, para eso es demasiado grandioso. Cuando alguien entra, le había dicho a Gambetti, el vestíbulo, que yo mismo he encontrado siempre grande y frío y monstruoso, puede parecerle inquietante y muchos han tenido miedo de congelarse en ese vestíbulo inmediatamente después de entrar, la mayoría de las personas se estremecen además cuando entran, le había dicho a Gambetti, porque no están acostumbradas en absoluto a entrar en un vestíbulo tan grande y grandioso y extraordinariamente señorial, todos los otros vestíbulos que yo conozco no son tan grandes, tan grandiosos ni tan extraordinariamente señoriales, y por ello, como es natural, tampoco tan ingratos como el nuestro, que siempre resulta ingrato para todo el mundo, salvo para mí, para quien precisamente la grandiosidad y la frialdad han sido siempre atractivas, hasta hoy; cuando se entra, le había dicho a Gambetti, se cree por un instante morir en nuestro vestíbulo y se busca un apoyo en alguna parte, también los ojos se quedan siempre deslumbrados cuando se pasa de la luz del día de afuera al vestíbulo, más bien en sombra. Por un instante se siente uno completamente indefenso. Inmediatamente a la izquierda, al entrar, está la puerta del *office*. La puerta siguiente es la de la habitación donde se guardan los utensilios domésticos. Al lado está la puerta que da a la capilla. Realmente, la capilla es tan grande como cualquier iglesia de un pueblo mediano, le había dicho a Gambetti, tiene tres altares, uno gótico en el centro y dos a los lados. Todavía hoy se dice misa en ella todos los domingos a las seis de la mañana, para ello viene el cura personalmente o sube el vicario del pueblo, a pie, lo que supone un gran esfuerzo, al menos para el viejo cura. En la sacristía tenemos todavía hoy grandes armarios llenos de vestiduras eclesiásticas de tres siglos, le había dicho a Gambetti. Al fin y al cabo, en Wolfsegg no hemos padecido la mayoría de las guerras de Europa, y los incendios que se declararon en el siglo pasado fueron extinguidos siempre inmediatamente, en nuestro pueblo hay uno de los cuerpos de bomberos más famosos y eficaces de Austria, le había dicho a Gambetti. No pasa tarde sin que mi madre, entre siete y ocho, se arrodille en la

capilla. Desde el principio nos acostumbraron a ir todas las tardes a la capilla. Naturalmente, era un gran momento recibir allí al arzobispo de Salzburgo, revestido de pontifical, con motivo de acontecimientos extraordinarios como bautismos, confirmaciones, bodas, etcétera, le había dicho a Gambetti. El espectáculo eclesiástico fue también para mí, en otro tiempo, el más sublime y el único, como para todos los míos. Eso ha cambiado rápidamente. Pero lo impresionante de esas ceremonias se me ha quedado en el recuerdo, Gambetti, la gran vidriera radiante sobre la ceremonia impresionante y de espléndido colorido. Frente a la capilla se encuentra la cocina, tan grande como un picadero, todavía hoy, incluso en invierno, sin calefacción, con grandes fogones, en parte fuera de servicio ya y utilizados nada más que como trincheros, cientos y, puedo decir sin miedo, miles de platos, tazas y cuencos en los armarios y en las paredes. Allí se afanaban ocho mujeres y muchachas todavía cuando yo tenía treinta años, porque me acuerdo de mi trigésimo cumpleaños y, sobre todo, de la actividad en la cocina. La cocina estuvo siempre en mi afecto casi a la altura de la *Orangerie*, allí trataba con el elemento femenino, a diferencia de con el masculino de la *Orangerie*, y no me interesaba menos. Si en la *Orangerie* me gustaba el perfume de las flores, allí en la cocina eran los olores de los postres más deliciosos los que me atraían a diario. Y la alegría de las cocineras, todas bien dispuestas hacia mí, como sentí desde el principio, garantizaba mi propia alegría. Si estaba en la cocina, nunca me aburría, en suma, le había dicho a Gambetti, la cocina y la *Orangerie* fueron mis puntos de referencia más importantes en la primera mitad de mi infancia. Entre las flores de la *Orangerie* por una parte y los postres de la cocina por otra, tuve en resumidas cuentas una infancia feliz. En la cocina nunca me hacían preguntas molestas, en la cocina podía mostrarme tan natural como quería, y lo mismo en la *Orangerie*, en suma en todas partes donde *no* estaban mis padres. A cada instante trataba de ir abajo a la cocina o a la *Orangerie* enfrente, todavía hoy me veo muy a menudo en sueños correr abajo a la cocina o a la *Orangerie* enfrente, le había dicho a Gambetti, en cualquier estación del año, ese niño corre abajo a la cocina a ver a las personas que, en su opinión, son felices y están bien dispuestas hacia él, y enfrente a la *Orangerie*, a ver a las personas, igualmente en su opinión, felices. A cada instante deja a las personas severas, a las, en su opinión, malignas, que exigen con impaciencia de él más de lo que le resulta posible. De la impaciencia y severidad de mis padres huyo en mis sueños saliendo del vestíbulo, pasando por delante de la *Orangerie*, por delante de la Granja, y entrando en los bosques circundantes, le había dicho a Gambetti. Durante horas me quedo echado a la orilla de algún arroyo, observando los peces en el agua y los escarabajos en las serpentarias. Los días son largos, las veladas demasiado cortas. Al entrar en el vestíbulo, le había dicho a Gambetti, después de una veintena de pasos a la derecha hay una ancha escalera de madera que sube al primer piso. Torciendo a la derecha llegamos al llamado vestíbulo superior, en cuyo extremo oriental puede verse el gran comedor, cuya puerta está siempre abierta. El comedor está exactamente encima del vestíbulo de abajo, y tiene

un gran balcón. Allí, de niños, no nos dejaban estar, salvo cuando, en ciertas ocasiones solemnes, se nos ordenaba expresamente. Vestidos con severidad, en la mesa teníamos que estar sentados y callarnos. Allí se ven todavía hoy los armarios y aparadores llenos de cubiertos y vajilla preciosos, allí hay por todas partes los más costosos tesoros que los nuestros han acumulado con el transcurso del tiempo. De las paredes cuelgan los retratos de los que construyeron Wolfsegg, y de los que lo conservaron y administraron y están ya desde hace tiempo en el cementerio en nuestra cripta. Si ese comedor pudiera hablar, le habría dicho a Gambetti, tendríamos una historia de la Humanidad totalmente sin falsificar, tan fantástica como real, tan radiante como horrible. En ese comedor, sin duda, se ha hecho Historia, le habría dicho a Gambetti, y no sólo historia local. Pero los comedores no hablan, le habría dicho a Gambetti, y es una suerte, porque, si hablaran, serían destrozados poco tiempo después por los que tienen que sentarse en ellos. Recuerdo que estuve sentado en ese comedor con, en conjunto, ocho arzobispos y cardenales distintos y con, por lo menos, una docena de archiduques, le habría dicho a Gambetti, eso, como es natural, me hizo una gran impresión de niño. Y con muchas damas de la alta sociedad, cuyos nombres no recuerdo ya y que habían venido de París o de Londres para visitarnos. Y que durmieron todas aquí en Wolfsegg y para las que se abrieron las habitaciones que, por lo demás, estaban siempre cerradas con llave, esas grandes habitaciones con olor a cerrado, con sus oscuros tapices en las paredes y sus pesadas cortinas, que alguien relativamente débil no puede mover, no puede correrlas por la noche ni abrirlas por la mañana. En esas, así llamadas, habitaciones de invitados, que están todas en el lado norte, siempre tenía miedo, le habría dicho a Gambetti. Cualquiera que se alojara en ellas, aunque fuera el tiempo más breve, caía enfermo inevitablemente. Pero en Wolfsegg habían instalado con toda deliberación esas habitaciones de una forma tan poco acogedora, situándolas en el lado norte y manteniéndolas también en ese grado de frialdad perjudicial para la salud que es característico de esas habitaciones, no querían que ningún huésped se quedara más de lo imprescindible necesario y sólo habían invitado siempre a la gente, al fin y al cabo, por alguna razón determinada, cuando querían obtener de ella algo muy determinado, alguna ventaja que de otro modo no hubieran podido conseguir. En el desayuno, los huéspedes que habían pasado la noche en esas habitaciones mostraban ya los primeros síntomas de enfriamiento, la mayoría llevaba ya un pañuelo atado al cuello y lo más notable en ellos era su tos, le habría dicho a Gambetti. Pero a pesar de todo, le habría dicho a Gambetti, esas personas volvían una y otra vez, porque Wolfsegg ejercía sobre ellas, a pesar de todo, una gran fascinación. Mis abuelos habían invitado aún a mucha gente, mis padres ya a mucha menos, no estaban tan ansiosos de vida social, mi padre en absoluto y mi madre tenía al principio demasiadas inhibiciones y por consiguiente complejos hacia toda esa gente que, según creía, venía a Wolfsegg sólo para espiar sus faltas sociales y difundirlas por todas partes donde podrían hacerle daño. En los primeros tiempos, incluso durante un

decenio, no había invitado tampoco a los conocidos de mi padre, sino a los suyos, de los que tenía que temer mucho menos, y el resultado fue, como queda dicho, esa gente horrible, la llamada clase media culta, de la que uno se horroriza siempre, le había dicho a Gambetti, especialmente si es de Wels y Vöcklabruck, de Linz y de Salzburgo, y se cree superior al resto del mundo. Esas invitaciones las encontré siempre repulsivas. Por otra parte, mi madre en Wolfsegg, que le era totalmente nuevo y extraño y, en verdad, incluso totalmente inapropiado, se hubiera sentido muy pronto totalmente sola junto a mi padre, que no era precisamente muy excitante, le había dicho a Gambetti, se hubiera aburrido mortalmente. Wolfsegg hubiera aplastado inevitablemente en plazo breve a aquella *mujer de baja extracción*, como se atrevía a decir aún mi padre, bromeando, en los primeros años de su matrimonio con mi madre, que hubiera perecido en Wolfsegg, como suele decirse. Por eso, a partir de un momento determinado, que fue decisivo para su futuro, ella había atraído sencillamente a Wolfsegg, allá arriba, a sus iguales, *proletarizándolo*, así mi padre, le había dicho a Gambetti. Ella tenía derecho a salvarse, le había dicho a Gambetti, pero nos resultaba insoportable ver por qué medios. Sólo en el edificio principal hay más de cuarenta habitaciones, nunca las he contado. Una propia no habíamos tenido los niños más que a los doce años y, de forma interesante, mi hermano y yo teníamos una cada uno en el lado sur, mientras que nuestras hermanas tenían sus habitaciones en el lado norte. También ellas estaban continuamente resfriadas, y es muy posible que su propensión a los enfriamientos la debieran a esa circunstancia de haber sido relegadas al lado norte. Las chicas habían estado siempre relegadas al lado norte, por decirlo así como castigo por ser chicas. Pero eso es sólo una suposición por mi parte, le había dicho a Gambetti. Las personas que se crían al norte son también en su vida ulterior lo que se llama personas desaventajadas, le había dicho a Gambetti, y siguen siendo personas desaventajadas durante toda su vida. El lado norte tampoco en verano era agradable, porque no se calentaba nunca, los muros de Wolfsegg, tanto si están al norte como al sur, no se calientan nunca, siempre están fríos, peligrosos si uno se aproxima a ellos demasiado. Las ventanas de Wolfsegg tienen, también en el segundo piso, más de dos metros de alto, y a los niños nos había resultado siempre difícil abrirlas, teníamos que recabar siempre ayuda si queríamos dejar entrar aire fresco; nuestros padres tenían lo que se llamaba una campanilla de servicio junto a la cama, pero nosotros, naturalmente, no teníamos ninguna campanilla. En nuestra infancia no había aún retretes en el segundo piso, en el que dormíamos y pasábamos también la mayor parte del día, nuestras habitaciones eran a la vez nuestros cuartos de estudio y nuestros dormitorios, y por la noche teníamos que hacer nuestras necesidades en viejos orinales de porcelana, tal como habían hecho nuestros abuelos, como algo natural, y por la mañana volcábamos los orinales sencillamente en el abismo desde una ventana del segundo piso, de forma muy experta, tengo que decir. Por la noche teníamos que subir nosotros mismos al segundo piso y a nuestras habitaciones, en grandes jarros de loza, el agua para lavarnos, porque arriba no había fuentes de agua.

También el agua sucia la tirábamos sencillamente al abismo desde el segundo piso y, donde volcábamos nuestros orinales y palanganas, proliferaban en el abismo, a unos cincuenta metros o más por debajo de nosotros, gigantescas serpentarias, que se desarrollaban allí como en ninguna otra parte. Los niños de Wolfsegg se deshacían muy pronto de su miedo, pronto se acostumbraban a la sensación de estar a merced de aquel edificio gigantesco y frío, los niños extraños tenían en Wolfsegg un miedo enorme, incluso gritaban en cuanto se los dejaba solos aunque fuera por el tiempo más corto; nosotros no teníamos ningún miedo. Creo que ya cuando teníamos cuatro o cinco años, le había dicho a Gambetti, nuestra madre nos había expulsado de su habitación, primero, naturalmente, a las habitaciones comunes, pero sin embargo expulsado, y aparecía todas las noches, después de habernos lavado nosotros, para darnos un beso de buenas noches. Johannes reclamaba siempre su beso de buenas noches, pero yo rechazaba interiormente ese beso de buenas noches, lo aborrecía, aunque nunca pudiera escapar de él. Todavía hoy me persigue mi madre en sueños con su beso de buenas noches, le había dicho a Gambetti, se inclina sobre mí y me veo indefenso, a merced de ese beso de buenas noches, ella aprieta los labios contra mi mejilla, fuertemente, como si quisiera castigarme. Cuando nos había dado a los dos su beso de buenas noches, apagaba la luz, sin salir enseguida de la habitación, se quedaba un rato en la puerta y esperaba a que nos diéramos la vuelta y nos durmiéramos. Como ya de niño yo tenía un oído extraordinariamente agudo, sabía que ella se quedaba escuchando tras la puerta cerrada antes de bajar al primer piso, donde dormían mis padres. Ella desconfiaba también de los niños, no sé por qué razón, le había dicho a Gambetti, la desconfianza de nuestra madre era de lo más grande, padecía una desconfianza insaciable, incurable, compulsiva, hoy tengo que decir completamente perversa. En Wolfsegg todas las habitaciones, y por consiguiente también los dormitorios, estaban blanqueadas. Las cortinas eran de un verde oscuro, casi negro, en las habitaciones del segundo piso, y de un rojo oscuro, casi negro, en las del primer piso. En el segundo piso, donde estaban nuestras habitaciones, eran de una tela pesada, llamada del Barrio del Molino, en las habitaciones del primer piso, de pesado terciopelo, según decían importado de Italia, antes ya de comienzos de siglo, por mi abuela. Hasta donde puedo recordar, esas cortinas no se lavaban jamás, lo que quiere decir que tampoco se descolgaban de las paredes. Para hacer nuestros deberes escolares, nos encerraban en nuestras habitaciones, a mi hermano Johannes y a mí, y luego también a mis hermanas, hasta que habíamos terminado esos deberes escolares, y sólo en los casos más urgentes, cuando no sabíamos qué hacer, podíamos pedir ayuda, aunque nuestra madre no nos ayudaba nunca, siempre decía únicamente que teníamos que encontrar por nosotros mismos la solución de nuestros problemas y acertijos. Esa práctica no era por su parte en absoluto educativa, y respondía únicamente a su comodidad. Nuestro padre nunca se ocupaba de nuestros deberes escolares. Sólo se irritaba cuando volvíamos a casa con malas notas, éramos absolutamente *indignos* de él, decía, cuando alguno de

nosotros sacaba un cinco o incluso un seis, en nuestra época escolar había seises. Dos seises hubieran supuesto inevitablemente tener que repetir el curso, pero nunca tuvimos dos seises, aunque sí uno con gran frecuencia. Sólo se encendía la calefacción en nuestras habitaciones del segundo piso en casos extremos, sólo cuando hacía diez grados bajo cero, aunque en Wolfsegg teníamos siempre la mayor abundancia de madera, y entonces teníamos que encender nosotros mismos la calefacción con la madera que, por decirlo así, teníamos que subir con nuestras propias manos al segundo piso, porque a los criados no se les permitía subirnos la leña al segundo piso. Esa orden se la había dado mi padre, que quería hacer de nosotros hombres *endurecidos*. Gambetti no había entendido el término *endurecidos* y yo había intentado explicárselo. En realidad, con esos *métodos de endurecimiento*, que nuestro padre mismo calificaba de *educación endurecedora*, no nos endurecimos en absoluto, sino que nos volvimos *especialmente propensos a todas las enfermedades imaginables*, aunque no *tan* propensos como nuestras hermanas, que se criaron en las habitaciones del norte. Con esos métodos educativos, métodos de endurecimiento de nuestro padre, no nos endurecimos, sino que nos volvimos especialmente vulnerables, le había dicho a Gambetti. Nuestro padre consiguió con esos métodos de endurecimiento exactamente lo contrario, siempre estábamos mucho más enfermos que los que no estaban sometidos a ninguno de esos, así llamados, métodos de endurecimiento, más enfermos que todos los niños del pueblo de abajo que, naturalmente, aunque eran más o menos pobres, como queda dicho, y no tenían nada, a diferencia de nosotros que, en comparación con ellos, como puede decirse sin miedo, estábamos podridos de dinero, tenían calefacción en sus habitaciones. Por lo demás, en Wolfsegg, le había dicho a Gambetti, imperó siempre una terrible avaricia. Mi madre era la más avara, más avara que todos los demás. A menudo he pensado que su única pasión auténtica era la avaricia. Si prescindo de las enormes sumas que gastaba en vestidos, era la persona más avara que he conocido en mi vida, incluso consigo misma. No se permitía nada. En los pucheros de Wolfsegg sólo se debía cocinar lo más necesario, si era posible todo de la propia explotación y nada comprado en el pueblo. Por eso comíamos también siempre tanta carne de cerdo y carne de vaca, y a cada instante había morcilla en Wolfsegg y toda clase de papillas de harina y de sémola y de avena y suflés. Y, naturalmente, todo el tiempo platos de huevos. Sólo cuando venía lo que se llamaba una *visita importante*, se echaba el resto, y entonces la cocina de Wolfsegg caía en la superabundancia, mostrándose derrochadora con una riqueza sin igual de exquisiteces. Nuestra madre fue siempre una persona totalmente orientada al exterior, lo más importante para ella era siempre sólo lo que pensaban de ella desde el exterior, cómo se la juzgaba desde el exterior, y como es natural quería que siempre pensarán bien de ella y siempre la juzgaran bien desde el exterior. ¡En la cocina sabían cocinar maravillosamente!, había exclamado yo ante Gambetti, pero la mayor parte del tiempo sólo cocinaban una comida aburrida, que se repetía cada tres días. A menudo me pregunto, le había dicho a

Gambetti, para qué teníamos tres jardineros, si jamás nos daban de comer una verdura decente, nunca nada sensato procedente de la huerta, cuando tan fácil hubiera sido servirnos en la mesa verduras como es debido y deliciosas, de todas las formas imaginables, espléndidas lechugas, precisamente porque me gusta mucho comer verduras y lechugas; no, la cosecha de verduras y la cosecha de lechugas se vendían totalmente, no aparecían en nuestra mesa, los jardineros las llevaban al mercado de Wels o de Vöcklabruck, lo que fuera más rentable. No hubiera sido necesario, le había dicho a Gambetti, que nuestro padre enfermara en Wolfsegg del estómago. Las cocineras y sus ayudantas se ocupaban la mayor parte del tiempo, como he dicho ya una vez, de cocer fruta y poner interiores en conserva, incluso de hacer salchichas a cada instante, porque en Wolfsegg se hacían también matanzas, siempre se comía sólo lo que se sacrificaba. Sin duda alguna, preparaban siempre las mejores morcillas que he comido en mi vida. Del pueblo subía un carnicero y sacrificaba las vacas, los terneros, sangraba a los cerdos y los despedazaba muy limpiamente en la carnicería del propio Wolfsegg, al lado de la Granja. Siempre era un placer contemplar al carnicero, como es natural, cuando todavía éramos pequeños, inquietante, repelente, incluso asqueroso, más tarde yo había considerado el trabajo del carnicero como una de las artes más elevadas, poniéndolo al mismo nivel que el médico-quirúrgico y, en contraposición, me parecía más digno de admiración aún. Ya de muy pequeños en Wolfsegg nos resultaba totalmente natural que se sacrificara y *preparara* a los animales, pronto no nos asustó ya lo que, al principio, habíamos encontrado repulsivo, supimos más tarde que era totalmente necesario, y el trabajo del carnicero un trabajo sumamente difícil y, cuando se hace de forma destacada, digno de admiración. Los niños del campo se acostumbran muy pronto, por decirlo así después del primerísimo choque, a tratar con la vida y la muerte, pronto no tienen ya para ellos nada de *espantoso*, porque no es nada sensacional, sólo algo absolutamente natural. Por lo demás, en el desván teníamos un gran ahumadero, le había dicho a Gambetti, la palabra *ahumadero* le había divertido y yo había tenido que repetírsela algunas veces, había querido oírla más veces; en una habitación de ahumar de la Granja, le había dicho, colgaban siempre cientos de salchichas, cientos de pedazos de carne ahumada. Alrededor del patio interior del edificio principal, en el que se *desarrolla más o menos* la vida familiar, le había dicho a Gambetti, hay una arcada abierta que lleva a los tres pisos, en donde yo siempre me limpio los zapatos. Esa observación mía había hecho reír otra vez a Gambetti mientras me servía vino. Y en ese patio de abajo habíamos guardado en el invierno a los corzos heridos o débiles, le había dicho, que los cazadores buscaban para nosotros y traían a Wolfsegg. La Casa de los Cazadores está delante de la llamada Villa de los Niños pero detrás de la Casa de los Jardineros, le había dicho a Gambetti. A vista de pájaro, Wolfsegg se presenta así: alto y escarpado sobre el lugar, el edificio principal, delante del cual, en dirección al Este y en un óvalo mal formado de unos ciento cincuenta o ciento sesenta metros se extiende hasta el muro el llamado parque, interrumpido por la alta puerta de sillería

por la que pasan los vehículos de la explotación y, a la derecha del muro, adosada a él, la *Orangerie*, Gambetti, le había dicho yo, frente a la llamada ala izquierda de la Granja, la cual, dispuesta en forma de herradura, tiene sin duda, en fin de cuentas, una longitud de doscientos cincuenta metros. Detrás, precisamente en dirección al Este, la Casa de los Jardineros, y detrás de ella la Casa de los Cazadores y, un poco más allá, la así llamada y querida Villa de los Niños. Esa llamada Villa de los Niños fue construida hace unos doscientos años al estilo de las villas florentinas, como todavía hoy se encuentran en la carretera de Fiesole, no tan fastuosa, naturalmente, le había dicho a Gambetti, pero sin embargo extraordinaria para esa región de la Alta Austria. Sin embargo, no podría decirse que no va bien con ese paisaje, al contrario, es realmente más encantadora que todo lo demás que hay en nuestro paisaje. Suena absolutamente extraño, pero fue construida para niños. En ella hay un teatro de marionetas, en el que siempre se han dado representaciones teatrales, organizadas por niños. Obras escritas por los propios niños, pequeñas comedias, juguetes cómicos, tal como les vienen fácilmente a la cabeza a los niños, con un desenlace triste que, mirado más de cerca, no es tan triste. En verso, naturalmente. En la Villa de los Niños hay cientos de trajes de teatro para niños. Hoy la Villa de los Niños está cerrada, creo que hace años ya que nadie pone los pies en ella. Muchas ventanas están rotas, probablemente por los niños del pueblo, le había dicho a Gambetti, pero *aún* no se cuela la lluvia por el tejado, Gambetti. Precisamente esa Villa de los Niños la he querido arreglar siempre, le había dicho a Gambetti, pero eso no lo permitieron los míos, gastar dinero *en semejante absurdo*. Mi hermano y mis hermanas y yo representamos teatro allí muy a menudo, hasta que nos lo prohibieron, porque debíamos *aprender más* e interpretar *menos teatro*. Es una lástima, le había dicho a Gambetti, que la Villa de los Niños sea un edificio muerto, precisamente la Villa de los Niños, el edificio más bonito que hay a la redonda en todo el país, con tanto encanto que no puede figurárselo, Gambetti, en una región que no es rica en edificios amables, casas atrayentes, en una arquitectura alegre. Tal vez un día consiga imponerme sin embargo a los míos, le había dicho a Gambetti, y abrir precisamente la Villa de los Niños, arreglarla y abrirla, para inaugurarla con una comedia interpretada por los niños del pueblo. Eso me daría la mayor alegría, le había dicho a Gambetti, una obra interpretada por los niños del pueblo, con esos trajes de época tan espléndidos de color, tan llenos de fantasía, Gambetti, tan altamente artísticos, verdaderamente poéticos. Pero como siempre, le había dicho a Gambetti, lo *realmente poético* se ve descuidado más que cualquier otra cosa. Como si no se quisiera tener en absoluto eso que es *realmente poético*. Esa Villa de los Niños cerrada y abandonada a la ruina es un capítulo totalmente triste, pero interesante, de la historia de nuestro Wolfsegg, le había dicho a Gambetti, quizá el más triste de todos. Los cazadores nunca fueron amigos míos, le había dicho a Gambetti, sólo entraba en la Casa de los Cazadores de mala gana, mientras que era el lugar favorito de mi hermano. Como para mi padre, también para mi hermano la caza fue muy



pronto la única pasión verdadera. Hoy, le había dicho a Gambetti, él va de caza siempre que puede, y hay en Wolfsegg varias veces al año grandes partidas de caza, en las que nunca he aparecido yo en los últimos años, todos los llamados grandes señores imaginables de toda Europa van a Wolfsegg, le había dicho a Gambetti, durante todo el día se hablan en Wolfsegg muchos idiomas, el español sobre todo, cuando están allí nuestros parientes españoles, de Bilbao, de Cádiz. Sin embargo, esas partidas de caza se deben a la iniciativa de nuestro padre, que no quiso que nuestra madre se la quitara, son, como suele decirse, una antiquísima tradición en Wolfsegg. Entonces están ocupadas casi todas las habitaciones, le había dicho a Gambetti, también las menos acogedoras, también las más frías. También muchos italianos son en esas ocasiones huéspedes de Wolfsegg, y entonces se vacían las despensas, le había dicho a Gambetti, y se abren a docenas los tarros de mermelada y hay incluso las ensaladas y compotas más variadas. La Casa de los Cazadores es el lugar preferido de mi hermano, allí se retira para hacer los balances de Wolfsegg, toda la contabilidad está en la Casa de los Cazadores. Nunca he sentido afición por los trofeos de caza, le había dicho a Gambetti, el culto a los trofeos de caza me ha repelido siempre, la caza misma la he rechazado y aborrecido siempre interiormente, aunque estoy convencido de su absoluta necesidad. Cada vez que mi hermano puede, va a Polonia para ir allí de caza, incluso a Rusia, por amor a su pasión no retrocede siquiera ante las llamadas condiciones de vida comunistas que allí imperan. Deja que la caza le cueste cualquier cosa. Por una parte es un *chiflado por la vela*, por otra un *chiflado por la caza*. Y tampoco se le ve más que en traje de cazador, le había dicho a Gambetti, que en el campo austríaco se ha convertido desde hace tiempo, por decirlo así, en el traje nacional. Porque es tan práctico, le había dicho a Gambetti, todos andan por ahí en traje de cazador, sean de la clase social que sean, aunque no tengan absolutamente nada que ver con la caza, andan por ahí de verde y gris, y a veces parece como si todo el pueblo austríaco no fuera más que un pueblo de cazadores, incluso en Viena andan a miles vestidos de cazador por las calles. También a los habitantes de las ciudades parece haberseles subido a la cabeza el instinto de la caza, le había dicho a Gambetti, porque, cómo podría explicarse si no el que por todas partes anden hombres en traje de caza, incluso allí donde no sólo resulta cómico, sino grotesco y perverso. La Casa de los Cazadores no fue construida hasta finales del siglo pasado, para sustituir a otra que ardió en el mismo emplazamiento. En ella uno de mis bisabuelos estableció una biblioteca personal, imagínese, le había dicho a Gambetti, hubiera sido por decirlo así la sexta de Wolfsegg, una biblioteca que al principio fue concebida sólo como biblioteca de caza, pero luego fue ampliada a biblioteca general. En ella encontré en otro tiempo los tesoros más increíbles, le había dicho a Gambetti, estaba destinada a quien quisiera dedicarse realmente a los libros sin ser molestado, entregarse a ellos de forma ideal. A la Casa de los Cazadores no va nadie, no hay que temer ninguna intrusión, está inundada de aire, cálida, de sus paredes cuelgan los más bellos ejemplos de las antiguas pinturas sobre vidrio,

pintadas sobre todo en el siglo XVII con el mayor gusto artístico, y hay en ella una historia universal de Schedel coloreada por una de mis bisabuelas, sobre un escritorio José II procedente de la Estiria, con una pesada plancha, de veinte centímetros de grueso, de mármol de Carrara, algo único, le había dicho a Gambetti, como rara vez se encuentra al norte de los Alpes. En ese escritorio y en esa placa de mármol podía, de la forma más ideal, llevar al papel sus pensamientos, decía siempre mi tío Georg, y la verdad es que sobre esa placa de mármol comenzó a escribir lo que él llamaba su *Antiautobiografía*, un manuscrito de muchos cientos de páginas, que continuó en Cannes durante dos decenios y en el que anotaba todo lo que consideraba digno de ser anotado. Sin embargo, a su muerte ninguno de nosotros ha encontrado ese manuscrito, y corrió la voz de que él mismo, poco antes de su muerte, lo había quemado, porque sólo dos semanas antes, como sabemos por los que lo rodeaban, hizo una anotación, y de hecho una que se refería a Wolfsegg. *El bueno de Jean mismo* había visto esa anotación relativa a Wolfsegg, pero no podía decir lo que decía, al parecer era breve y lacónica. Por lo que sé de mi tío Georg, sólo podía tratarse de alguna frase radical, que posiblemente hubiera asustado mortalmente a los míos. Es posible, le había dicho a Gambetti, que el bueno de Jean mismo hubiera hecho desaparecer el manuscrito, pero la posibilidad de que lo aniquilara mi madre no puede excluirse tampoco, al fin y al cabo ella había tenido acceso al gabinete de mi tío Georg cuando todavía no se había tocado nada, el manuscrito estaba siempre en un cajón del escritorio, y dos días después de haber estado mi madre en el gabinete del tío Georg, el manuscrito, la antiautobiografía indudablemente interesante del tío Georg, faltaba y no se pudo encontrar ya. Probablemente mi madre era la que peor quedaba en esa antiautobiografía, y puede pensarse que ella, que durante cierto tiempo, como si lo llorase, estuvo encerrada en el gabinete del tío Georg y leyó esa antiautobiografía, sintiéndose ofendida, liquidara entonces probablemente ese manuscrito que realmente la perjudicaba. Al fin y al cabo, mi tío Georg la hizo responsable de todo durante toda su vida. A cada instante me decía, *tu madre es la desgracia de Wolfsegg*. Cabe suponer que esa frase la escribió también en la *Antiautobiografía*. La plancha de mármol de Carrara del escritorio José II de la Estiria está siempre fría, helada, le había dicho a Gambetti, da igual lo alta o lo baja que sea la temperatura exterior, también en pleno verano, cuando todo gime bajo el calor, el mármol de Carrara está helado. Sobre ese frío helado había anotado mi tío Georg sus ideas, en general, había dicho una y otra vez, donde mejor se piensa es sobre esa placa de mármol fría. Yo mismo, en los últimos años en que, sin duda, vivía aún en Wolfsegg pero, consciente o inconscientemente, me había despedido de Wolfsegg, por decirlo así para siempre, le había dicho a Gambetti, había anotado sobre esa plancha de mármol de Carrara algunas cosas que me habían parecido dignas de ser anotadas, en aquella época, le había dicho a Gambetti, *pensamientos filosofantes*, que de todas formas no conducían a nada y que luego aniquilé otra vez, como tantas otras cosas. Sobre una plancha de piedra fría, en lo posible fría como el

hielo, es donde mejor pensamos, le había dicho a Gambetti, sobre una plancha así es donde escribimos mejor. Algo único, le había dicho a Gambetti, absolutamente sin par, esa plancha de mármol de Carrara. Era también lo que de vez en cuando me hacía atractiva la Casa de los Cazadores; por lo demás, como queda dicho, no ponía nunca el pie en ella, y mucho menos cuando era temporada de caza. Los cazadores eran los amigos de mi hermano, no los míos, yo tenía al fin y al cabo mis jardineros. A la Casa de los Jardineros iba a menudo, casi todos los días. Cuando iba enfrente a la Casa de los Jardineros, iba a ver al pueblo, y el pueblo me gustaba. Deseaba vivamente estar allí y en ningún sitio me sentía más feliz. Me gustaban las gentes sencillas, su forma de ser sencilla. Lo mismo que a sus plantas me trataban a mí también cuando iba a verlos, *con cariño*. Tenían comprensión para mis tristezas y miserias, precisamente la comprensión que los cazadores de enfrente nunca tuvieron, siempre tenían dispuestas para mí sólo sus máximas señoriales, creían que tenían que contarme, ya de muy pequeño, sus chistes picantes, animarme agitando sobre sus cabezas botellas de aguardiente, cuando, con esa forma repulsiva de presentarse, sólo me volvían más inseguro y más triste de lo que estaba, a diferencia de los jardineros que, sin muchas palabras, me comprendían y podían ayudarme en cualquier caso. Los cazadores me agredían siempre, ya de lejos, con sus modales arrogantes y dominadores, con sus fuertes voces de borracho, los jardineros tenían exactamente la sensibilidad que me tranquilizaba. *A los jardineros* iba cuando era más infeliz de lo que podía soportar, cuando estaba en la mayor miseria, le había dicho a Gambetti, pero *no a los cazadores*. En Wolfsegg se habían enfrentado siempre dos campos, el de los cazadores y el de los jardineros. Durante siglos se soportaron mutuamente, lo que desde luego no fue fácil. ¿No es interesante, le había dicho a Gambetti, que una y otra vez algún cazador se matara, de un tiro naturalmente, pero nunca un jardinero? Hay muchos suicidios de cazadores en Wolfsegg, ni uno solo de jardineros. Cada tantos años algún cazador se pega un tiro en Wolfsegg y hay que buscar otro. Además, los cazadores no llegan a ancianos, pronto chocean, le había dicho a Gambetti, y se emborrachan. Los jardineros de Wolfsegg llegan siempre a ancianísimos. No es raro que un jardinero cumpla los noventa, los cazadores se jubilan la mayoría de las veces a los cincuenta porque ya no están en condiciones de prestar servicios. Tiemblan al apuntar y, a los cuarenta años, ya tienen trastornos de equilibrio. La mayor parte del tiempo se los encuentra en el pueblo, en donde andan por las tabernas junto a sus armas sin seguro y, saciados de comer, hacen sus absurdos comentarios políticos, lo que degenera muy a menudo en trifulcas que, como es natural, terminan, como siempre en el campo, con peleas y, como consecuencia, con heridos, incluso con muertos. Los cazadores han sido siempre los alborotadores, los agitadores. Cuando alguien no les gustaba, le disparaban sencillamente en la primera oportunidad, y se justificaban ante el tribunal diciendo que habían tomado a su víctima por una pieza de caza. La historia de los procesos en la Alta Austria está llena de esos accidentes de caza, que la mayoría de las veces sólo

supusieron para el culpable una advertencia, siguiendo el lema: quien recibe un tiro de un cazador se lo ha buscado. Los cazadores han sido siempre los más fanáticos, le había dicho a Gambetti, realmente se puede probar que todas las desgracias del mundo pueden atribuirse en gran parte a los cazadores, todos los dictadores han sido cazadores apasionados, hubieran dado cualquier cosa por la caza, matado incluso a su pueblo por la caza, como al fin y al cabo hemos visto. Los cazadores eran los fascistas, los cazadores eran los nacionalsocialistas, le había dicho a Gambetti. Abajo, en el pueblo, los cazadores fueron los que llevaron la voz cantante durante el dominio nazi y en definitiva fueron también los cazadores los que, por decirlo así, coaccionaron a mi padre al Nacionalsocialismo. Eran, cuando surgió el Nacionalsocialismo, los más fuertes, y mi padre el debilucho que tuvo que someterse a ellos. Por eso Wolfsegg, a causa de los cazadores, se convirtió sin rodeos en nacionalsocialista. Mi padre fue un nazi coaccionado, sépalo, Gambetti, aguijoneado como es natural por mi madre, que fue una nacionalsocialista histérica, durante todo el dominio nazi, sépalo, una *mujer alemana*, como se calificaba siempre a sí misma. En el cumpleaños de Hitler se izaba en Wolfsegg regularmente la bandera nazi, le había dicho a Gambetti, era asqueroso. Al fin y al cabo, mi tío Georg se marchó de Wolfsegg, sobre todo, porque no quería soportar ni podía soportar el Nacionalsocialismo, que se había extendido allí con toda violencia. Fue a Cannes, luego durante cierto tiempo a Marsella y trabajó desde allí contra los alemanes. Eso fue lo que menos le perdonaron los míos. En definitiva, mi padre no fue sólo realmente un nazi coaccionado sino también convencido, y mi madre una fanática. Esa época es la más repulsiva que he conocido en Wolfsegg, le había dicho a Gambetti, la que envileció Wolfsegg, la que fue mortal para Wolfsegg, la que nunca jamás deberá silenciarse ni disimularse, porque es la verdad. Si le cuento que mi padre, sólo porque mi madre se lo pedía, invitaba a Wolfsegg a los jefes nazis, todavía hoy siento un escalofrío en la espalda. ¡Que la llamada SA del pueblo<sup>[5]</sup> entraba en el patio gritando *Heil Hitler!* Sin duda, mi padre se benefició de los nazis. Y cuando se fueron no le pasó nada, absolutamente nada. Sin transición fue también el Señor para los de la posguerra. De forma totalmente espontánea había puesto a disposición de los nazis, para sus reuniones, la Villa de los Niños, según me consta, ni siquiera tuvo que incitarlo a ello mi madre. Las Juventudes Hitlerianas se afanaban en la Villa de los Niños, y aprendían allí sus estúpidos cantos nazis. Año tras año, la bandera de la cruz gamada ondeó en la Villa de los Niños, hasta que, totalmente estropeada y desteñida, fue arriada por mi madre, unas horas antes de que llegaran los americanos. Al arriar esa bandera de la cruz gamada se torció la nuca, le había dicho a Gambetti, y desde entonces tuvo una especie de reumatismo crónico en el cuello. Por cierto, de las docenas de banderas de cruces gamadas de Wolfsegg se hicieron delantales para los jardineros y las muchachas de la cocina, que fueron teñidos de azul oscuro por mi madre en persona. Mi padre, por indicación de mi madre, le había dicho a Gambetti, ingresó en el Partido y, desde su ingreso, llevó la insignia del

Partido, sin ninguna vergüenza, tengo que decirlo, abiertamente y en toda ocasión. Todavía hoy tiene chaquetas en las que hay un agujero que se debe sólo a esa insignia del Partido llevada durante años. Cuando mi tío Georg estuvo la última vez en Wolfsegg, al terminar una discusión en la que se había tratado más o menos de todo lo que pasaba en el mundo, pero principalmente del *equilibrio de armamentos* entre los rusos y los americanos, recordó a mi padre que, en otro tiempo, y no muy breve, había sido miembro del Partido. Entonces mi padre se puso en pie de un salto, rompiendo su plato de sopa contra la mesa y precipitándose fuera del comedor. Mi madre había lanzado aún a la cara de mi tío las palabras *tipo innoble* y había seguido a su marido. De esa forma, la última estancia de mi tío Georg en Wolfsegg tuvo un triste final. Pero casi siempre había sido el Nacionalsocialismo, le había dicho a Gambetti, el que, al terminar la estancia de mi tío Georg en Wolfsegg, los había separado, siempre de una forma repulsiva. Apenas se habían ido los nazis, le había dicho a Gambetti, los míos se habían echado al cuello de los americanos, y otra vez habían sacado sólo ventajas de esa relación repugnante. Los míos han sido siempre oportunistas, y su carácter puede calificarse sin miedo de vil. Se adaptaban siempre a las condiciones políticas existentes y no reparaban en medios para obtener alguna ventaja del régimen que fuera. Eran siempre partidarios de quienes en aquel momento se encontrasen en el poder y, como austríacos natos, dominaban mejor que nadie el arte del oportunismo, y nunca sufrieron un revés político. A su falta de carácter, tengo que decirlo, debe Wolfsegg el haber sido perdonado hasta hoy, quiero decir la propiedad, los edificios y las tierras que les pertenecen nunca han sido bombardeados ni incendiados por el enemigo. Lo inverosímil es un hecho: Wolfsegg fue durante el dominio nazi un bastión del Nacionalsocialismo, y al mismo tiempo un bastión del Catolicismo. Los arzobispos y los *gauleiter*<sup>[6]</sup> se sucedían allí los fines de semana, abriéndose mutuamente la puerta. En esa época mi madre llevaba la dirección, y los cazadores, que al fin y al cabo tampoco hoy son más que nazis, lo mismo que mi madre que, *en el fondo de su corazón*, sin haberse visto afectada en nada en su hipocresía católica, no es hasta hoy más que una nacionalsocialista. El Nacionalsocialismo fue siempre su ideal, lo mismo que para el noventa por ciento de las restantes mujeres austríacas, le había dicho a Gambetti. Por eso la Casa de los Cazadores estuvo siempre de parte de mi madre, le había dicho a Gambetti. Nuestro padre fue durante toda su vida sólo su órgano ejecutivo, para hablar en el lenguaje del Nacionalsocialismo, Gambetti. El hombre tonto, según la propia expresión de ella, que no entiende de nada y tiene que obedecerla. Pensar en la Casa de los Cazadores me ha inducido a contar estos excesos, le había dicho a Gambetti. Basta la expresión *Casa de los Cazadores* para que se me haga presente la época nacionalsocialista. Podría contarle aún otras cosas muy distintas sobre esa Casa de los Cazadores, que de niño me resultó siempre inquietante, le había dicho a Gambetti, hablarle por ejemplo de asesinatos que tienen que ver con la Casa de los Cazadores y con el Nacionalsocialismo, pero ahora, en este ambiente en resumidas cuentas feliz, no

tengo ganas. Pero un día, le había dicho a Gambetti, quiero sin embargo registrar por escrito todo lo que, en relación con Wolfsegg, no me deja en paz, todo lo que se refiere a Wolfsegg. Desde hace decenios no me deja en paz. Realmente me persigue noche y día. Como los míos no tienen la intención de describir Wolfsegg, ni la capacidad para ello, cómo es y cómo ha sido siempre, me corresponde a mí, como es lógico. Quiero intentar al menos, le había dicho a Gambetti, describir Wolfsegg tal como yo lo veo, porque cada uno puede describir sólo lo que *él* ve, lo que *a él* le parece, nada más. Y aunque tuviera que decirme que sólo veo un Wolfsegg espantoso con personas espantosas, no debería dejarme disuadir de documentarlo. Estoy seguro de que mi tío Georg se proponía algo parecido en su Antiautobiografía. Como esa antiautobiografía no existe ya, tengo incluso la obligación de hacer una contemplación despiadada de Wolfsegg y relatar esa contemplación. Cuándo si no ahora, cuando estoy en condiciones de hacerlo, tengo la cabeza para ello, le había dicho a Gambetti, aquí, desde la distancia de Roma, que sólo puede ser utilísima para un proyecto así. Aquí, donde tengo paz en esa casa de la Piazza Minerva, y en el fondo estoy totalmente tranquilo en un centro del mundo actual francamente ideal para un relato así. Durante años pienso, tengo que escribir ese relato sobre Wolfsegg, sobre las gentes de Wolfsegg, sobre las relaciones de Wolfsegg, sobre su infelicidad y su vileza, sobre su decrepitud y su falta de carácter, sobre todo lo que me fingieron y que, desde que vivo, me ha quitado el sueño y me ha echado a perder más o menos las noches de mi vida, si he de decir la verdad, Gambetti. Intentaré mostrar a los míos como son, aunque sólo quedarán escritos como yo los he visto y como yo los veo. Como nadie hasta ahora ha registrado por escrito nada sobre ellos, salvo mi tío Georg, cuya Antiautobiografía, sin embargo, ha sido aniquilada, tengo que hacerlo yo, Gambetti. Al fin y al cabo, la dificultad es siempre sólo cómo comenzar un relato así, de dónde sacar una primera frase realmente utilizable para ese registro, una primerísima frase así. En verdad, Gambetti, a menudo he comenzado ya ese relato, pero he fracasado ya en la primerísima frase registrada. Entonces lo he dejado estar una y otra vez, y me he llevado las manos a la cabeza, pensando ser probablemente un loco, sólo por pensar en querer hacer un relato así sobre Wolfsegg, porque sólo un loco puede hacer semejante relato. ¿Y con qué fin?, me decía cada vez, y siempre llegaba a la conclusión de que un relato así no puede servir para ningún fin. Pero siempre me ha resultado evidente, y en los últimos tiempos más evidente aún, que no puedo sustraerme a un relato así sobre Wolfsegg, tenga lo que tenga contra él, tendré que hacerlo algún día. Eso exige mi cabeza de mí. Y mi cabeza se ha convertido en una cabeza implacable, sobre todo hacia mí mismo. De lo más implacable, le había dicho a Gambetti. Y, sabe usted, le había dicho a Gambetti, mi tiempo, el que aún me queda, es también sólo el más breve, si no empiezo pronto mi relato, será demasiado tarde. No lo sé pero lo siento, le había dicho a Gambetti, no tengo ya mucho tiempo. Y un relato de esa clase exige que quien lo registra se ocupe de él durante años, llegado el caso no sólo unos años, sino muchos, le había dicho a Gambetti. No basta

con hacer sólo un esbozo, le había dicho a Gambetti. Lo único que tengo ya definitivamente en la cabeza, le había dicho a Gambetti, es el título *Extinción*, porque mi relato sólo estará ahí para extinguir lo en él descrito, para extinguir todo lo que entiendo por Wolfsegg y todo lo que Wolfsegg es, todo, Gambetti, me entiende, real y verdaderamente todo. Después de ese relato, todo lo que es Wolfsegg deberá quedar extinguido. Mi relato no será otra cosa que una extinción, le había dicho a Gambetti. Mi relato extinguirá sencillamente Wolfsegg. Hasta casi las once estuve con Gambetti en la Piazza del Popolo, me dije contemplando las fotos sobre mi escritorio. Todos llevamos un Wolfsegg con nosotros y queremos extinguirlo para salvarnos, aniquilarlo, extinguirlo al registrarlos por escrito. Pero la mayor parte del tiempo no tenemos las fuerzas necesarias para esa extinción. Pero posiblemente haya llegado el momento. Tengo la edad apropiada, le había dicho a Gambetti, la ideal para un proyecto así. Mi piso en la Piazza Minerva, le había dicho, en semipenumbra, es decir, con las cortinas casi corridas por completo, para estar en paz, estar protegido de la luz romana y comenzar el trabajo. ¿Qué me impide, le había dicho a Gambetti, empezar al instante? Pero, casi enseguida, otra vez: creemos que podemos empezar un proyecto así y sin embargo no estamos en condiciones de ello, todo está siempre contra nosotros y contra un proyecto así, y por eso lo aplazamos siempre y nunca lo acometemos, por eso tantos trabajos intelectuales que deberían escribirse no se escriben, y tantos manuscritos que tenemos en la cabeza todo el tiempo, durante años, durante decenios, se nos quedan en la cabeza. Recurrimos a todas las razones imaginables para no tener que empezar un trabajo así, sacamos a relucir todas las excusas imaginables, conjuramos a todos los espíritus imaginables, que sólo pueden ser malos espíritus, para no tener que empezar lo que debemos empezar. Ésa es la tragedia de quien quiere registrar algo por escrito, que una y otra vez llama a los que le impiden registrarlos, le había dicho a Gambetti, una tragedia que, al mismo tiempo, es una comedia páfida y perfecta. Sin embargo debería ser posible redactar un escrito, si no completo, al menos válido sobre Wolfsegg, sobre ese Wolfsegg del que ya le he hablado tanto, Gambetti, y que para mí ha significado siempre tanto y que para mí es probablemente más importante en mi vida que todo lo demás. No basta con que tomemos notas sólo sobre lo que es importante para nosotros, sobre lo que es posiblemente lo más importante para nosotros, le había dicho a Gambetti, sobre todo el complejo de nuestro origen, con haber llenado tantos cientos y miles de hojas escribiendo sobre ese tema, que es el tema de toda nuestra vida, indudable y realmente tenemos que hacer un relato bastante largo, para no tener que decir un largo relato de aquello de lo que en definitiva hemos nacido y hemos sido hechos y por lo que, durante todo el tiempo de nuestra existencia, estamos *marcados*. Durante muchos años podemos retroceder ante ello y espantarnos más que de cualquier otra cosa de un esfuerzo así, al fin y al cabo casi sobrehumano, pero en fin y final de cuentas tenemos que abordarlo y realizarlo. Para qué tengo todo este ambiente romano, para qué tengo mi piso de la Piazza Minerva si no es para ese fin, le había

dicho a Gambetti. Pero probablemente he reflexionado ya demasiado a menudo en él, eso debilita indudablemente un proyecto así, llamaré a ese relato *Extinción*, le había dicho a Gambetti, porque extinguiré realmente todo en ese relato, todo lo que registre por escrito en ese relato quedará extinguido, su época quedará extinguida, Wolfsegg quedará extinguido en mi relato a mi manera, Gambetti. Eso se lo debo también a mi tío Georg, le había dicho a Gambetti. Lo que fue posible para mi tío Georg en Cannes, le había dicho a Gambetti, registrar por escrito Wolfsegg, debe serme igualmente posible a mí en Roma, y a mí todavía con mayor independencia e integridad. Roma, le había dicho a Gambetti, es un lugar ideal para una extinción como la que tengo en la cabeza. Porque Roma no es el antiguo, el antiquísimo centro de la historia pasada del mundo, es, como vemos y como cada día y cada hora, si estamos atentos, sentimos, *el centro actual del mundo*, Gambetti, no es Nueva York el centro actual del mundo, ni lo es París, ni Londres, ni Tokio, ni Pekín ni Moscú, como leemos y oímos por todas partes, no, lo es Roma, hoy lo es Roma *otra vez*, no puedo probarlo, en cualquier caso no en este instante y en cualquier caso tampoco con mis palabras, pero lo siento. Usted no lo cree, le había dicho a Gambetti, pero en la Piazza Minerva me he convertido en otro hombre. Sólo aquí he vuelto a encontrarme a mí mismo, después de haberme *perdido* tantos años en todos los otros lugares imaginables, de haberme perdido a mí y, por consiguiente, todo lo que soy. Y durante tantos años no había creído ya en una salvación, sólo había visto siempre mi hundimiento, mi propio fin, *cómo perecía*, Gambetti, lentamente, en esos largos años sólo he visto por todas partes cómo me perdía y perecía y no podía detenerse mi fin, y realmente también dentro de mí todo se había vuelto totalmente sin sentido. En París, en Lisboa, no he encontrado lo que he buscado tantos años, un nuevo punto de apoyo, un nuevo comienzo. En Roma sí. Y sin embargo no había esperado nada de Roma, sólo había pensado siempre, estará bien para una semana de distracción, no más. Todo lo más para una evasión de unos cuantos meses, y para nada más. Por cierto, fue idea de mi tío Georg que yo fuera en definitiva de Lisboa, que me gusta, a Roma; Lisboa, por magnífica que sea, me había dicho mi tío Georg, es una ciudad provinciana, pero Roma es una gran urbe, *lo que se llama una gran urbe*, me había dicho, corrigiéndose, y fui a Roma sólo para aplazar mi decadencia que proseguía sin cesar, casi sin ninguna esperanza de salvación. Y luego se ha visto que mi decisión de ir a Roma había producido una renovación de mi existencia, por decirlo así un giro espiritual. De pronto he empezado a respirar. Una ciudad ruidosa, terriblemente ruidosa, pestilente, había pensado al principio, Gambetti, pero enseguida vi que era para mí la adecuada, la única, la necesaria, la salvadora. En Roma he comenzado, lo que desde hacía años no me resultaba ya posible, a tomar de nuevo notas, a hacer reflexiones en general sobre todo, que no eran sólo las que se referían siempre a mi propio fin. Sobre todas y cada una de las cosas, Gambetti. De repente volvía a interesarme por todas y cada una de las cosas, incluso por la situación política, por la que no me había interesado desde hacía ya años. Por todos los llamados *objetos*



*artísticos*. Por las personas, Gambetti, porque en verdad durante muchos años ni siquiera me he interesado por las personas, me resultaban sólo molestas, pero no habían suscitado en mí el menor interés en mucho tiempo. Por primera vez después de muchos años, volví a ir en Roma al teatro. A la ópera, Gambetti, que había evitado durante muchos años como la peste. Y he vuelto a empezar a leer, porque durante años tampoco leía ya más que periódicos; libros, Gambetti, auténticos libros, no sólo los diarios con los que diariamente sólo me saciaba, con su porquería insoportable, con el único y exclusivo fin de no aburrirme mortalmente, porque durante años, Gambetti, le había dicho, casi me he aburrido a muerte. Todo *tenía* que aburrirme, no había encontrado ninguna posibilidad de variar, y por consiguiente no la había tenido. Lo había evitado todo, las personas, las cosas, finalmente hasta el aire puro, lo que tuvo como consecuencia la atrofia de mi cuerpo, realmente me puse enfermo y no visitaba más que a médicos, dondequiera que fuese, a nadie más, mi única compañía ha sido el cuerpo médico, con el que sólo hablaba de enfermedades y, naturalmente, sobre todo de las mías, indefinibles, de mis enfermedades incurables, como decían todos, de mis enfermedades mortales, y qué hay más horrible que hablar con médicos, que por regla general son los seres menos interesantes de la Tierra, porque son los que menos se interesan. Los médicos son los interlocutores más tristes que se puede imaginar y al mismo tiempo los más innobles, porque le dicen a uno continuamente que sólo vivirá poco tiempo y qué vida más espantosa y lamentable, inútil y perversa, centrada sólo en sí misma y en sus enfermedades, y que no vale la pena en absoluto prolongar. Me retiré a mis pisos de París y Madrid y Lisboa, y mis únicos recorridos fueron sólo los recorridos hasta correos, para comprobar si llegaban mis transferencias de dinero desde Wolfsegg. Era tan deprimente, que finalmente sólo iba y venía entre médicos avarientos y que eran un peligro público, y los correos de Lisboa y Madrid, durante algún tiempo también de Nápoles, le había dicho a Gambetti, ciudad que sin embargo me sentó mal, tiene un clima que no soporto y es además, de lo más provinciano. Eso tiene que perdonármelo, le había dicho a Gambetti, que Nápoles sea para mí de lo más provinciano, no puedo calificarla de otra forma, mirar al Vesubio es para mí una catástrofe, porque tantos millones, quizá miles de millones lo han mirado ya. En estos últimos años, antes de Roma, sólo podía concentrarme ya en mí mismo y por eso me había descuidado de la forma más grosera e imperdonable. Me dejé degenerar sobre todo intelectual, pero también físicamente. Me convertí en un hombre totalmente degenerado. Enfermo por completo, impaciente, más insoportablemente desconfiado que nadie, casi me asfixié en la continua observación de mí mismo y contemplación de mí mismo. Casi había olvidado por completo que, además de mi mundo espantoso, existe otro mundo que no es sólo espantoso. Sobre todo había olvidado que hay una vida del espíritu. Había olvidado a mis filósofos, mis poetas, a todos mis creadores artísticos, Gambetti. De hecho, puedo decir, había olvidado mi cabeza, me había aferrado a mi cuerpo ahora enfermo y, al aferrarme continuamente a ese cuerpo enfermo mío, casi me había

destruido. Hasta que vine a Roma. Hasta que mi amigo Zacchi me consiguió el piso de la Piazza Minerva porque, como sabe usted, en los primeros tiempos viví en el Hassler, no en el Hôtel de la Ville como mi tío Georg, no, tenía que vivir en el Hassler, me había entrado manía de grandezas. Ya en el primer instante miré desde el Hassler por encima de la Piazza di Spagna a Roma, respiré profundamente y tuve la sensación de haberme salvado. De aquí no me iré ya, pensé en ese primer instante. Estaba ante la ventana abierta y me dije, aquí estoy y aquí me quedo, de aquí no me sacaré ya nadie. Y me salieron bien las cuentas, me quedé en Roma y no me fui ya. Todas esas ciudades, desde luego, me habían gustado, pero ninguna tuvo en mí un efecto existencial tan esencial. En todas esas ciudades he vivido un tiempo bastante largo o simplemente largo, pero nunca me he sentido en ellas como en casa. Todas esas ciudades, sin duda, como se dice siempre aturdidamente, me han llegado al corazón, pero ninguna se ha convertido por ello en mi ciudad. Me gustan todas, Lisboa sobre todo, Varsovia, Cracovia, Palma, incluso Viena y París, sí, Londres también y Palermo, pero en ninguna de esas ciudades aguantaría hoy un tiempo bastante largo. Las he dejado atrás sin tener la sensación de haber perdido algo que me pertenecía a mí, absolutamente a mí. A veces tenía el pensamiento de que en Lisboa podría pasar también tantos años como en Roma, pero luego recuerdo una y otra vez a mi tío Georg con su acertada frase sobre esa ciudad, como creo, la más espléndida de todas. Lisboa es realmente más bella aún que Roma, pero es una ciudad provinciana. En Lisboa he pasado la época más hermosa de mi vida, pero no, como en Roma, la mejor. En Lisboa hay, como en ninguna otra ciudad del mundo, lo que yo llamo una naturaleza arquitectónica. En Lisboa ese concepto es perfección, Gambetti, es una pena que nunca haya tenido usted ocasión de estar en Lisboa. Fueron mis años más hermosos, probablemente también los más felices. Pero ideal para mi cabeza, que en definitiva siempre ha reclamado mi mayor interés, no lo fue nunca Lisboa en fin y final de cuentas, mientras que Roma lo ha sido siempre. Roma es la ciudad para la cabeza, para la cabeza de la antigüedad fue Roma la ciudad ideal, para la cabeza de hoy es también la ciudad ideal y, en las condiciones políticas caóticas que hoy reinan aquí, precisamente para la cabeza de hoy. Las otras ciudades no lo son, pienso a menudo, cuando pienso en la ciudad ideal para la cabeza, ni siquiera lo es Nueva York; Roma lo es, muy decididamente, con seguridad. Esto es explosivo y eso me va bien, Gambetti. Es explosivo, Gambetti, y eso me gusta. Entonces pensé que había apartado ya mucho a Gambetti de sus padres, y hasta dónde debía y podía ir en ese sentido, es decir, apartándolo cada vez más de sus padres y del mundo de ellos, es decir de sus ideas, pero al instante ese pensamiento me pareció absurdo, me irritó, porque mi relación con Gambetti es, como es natural, una relación que lo aparta de sus padres y de sus ideas, al enseñarle yo, por decirlo así, alemán, ponerle en las manos el *Siebenkäs* y *El proceso*, pretendo acercarlo a la literatura alemana, con el tiempo familiarizarlo con la literatura alemana, pero en realidad lo aparto de manera muy deliberada de sus padres y de sus ideas, pensé, actúo como si tuviera derecho a

apartarlo de sus padres y de sus ideas, a alejarlo cada vez más de su mundo, en definitiva contrario a mí, es decir, hago ahora con Gambetti lo que hice conmigo mismo hace tiempo, al alejarme de Wolfsegg, y que ahora era bueno para Gambetti lo que fue bueno para mí, represento el papel del tío Georg, pensé, que me echó de Wolfsegg con sus pensamientos y manifestaciones sobre Wolfsegg y lo que significaba, hasta que Wolfsegg me resultó sencillamente imposible, y que, como mi tío Georg de Wolfsegg, yo echaba a Gambetti del mundo de sus padres. Pero no he trabajado conscientemente, pensé, en apartar a Gambetti del mundo de sus padres, ha ocurrido por sí solo, sin que al principio me resultara evidente, por decirlo así, al margen de mi llamada actividad docente con Gambetti. La atención, incluso fascinación, de Gambetti es mayor cuando le digo cómo habría que cambiar el mundo, en mi opinión, *destruyéndolo* primero de forma totalmente radical, *aniquilándolo* casi hasta la nada, para reconstruirlo entonces de la forma que me parece, en una palabra, soportable, como un mundo totalmente nuevo, aunque no pueda decir cómo deberá ocurrir eso, sólo sé que deberá ser primero totalmente destruido para ser reconstruido, porque sin su aniquilación total no podrá ser renovado, que cuando le pongo a Gambetti en las manos el *Siebenkäs* y le ruego que luego, al terminar la lectura, me haga preguntas sobre el *Siebenkäs*. La cabeza de Gambetti ha tomado ya muchas cosas de mi cabeza, pensé, pronto habría más de mi cabeza en la cabeza de Gambetti que de la suya. Sus padres observan ese proceso con inquietud, pensé. No me ven con tanto gusto como Gambetti intenta hacerme creer, verdad es que me invitan a comer en su casa, pero en el fondo desean que me vaya al diablo, porque me consideran ya desde hace años como *de* formador de su único hijo, que entretanto se ha hecho adulto y ha crecido más que ellos, están asustados de haber engendrado en definitiva a un futuro filósofo y revolucionario, lo que no era su intención, a alguien que se propone aniquilarlos en lugar de depender de ellos irreflexivamente durante toda su vida. Eso es lo que me reprochan ahora, el que, posiblemente, no sea sólo el *seductor* de su hijo lógicamente querido, sino también su aniquilador y que por ello, muy naturalmente, sea además su propio aniquilador, al que han acogido en su casa y al que pagan caro, porque las lecciones que doy a Gambetti no son baratas, su precio excede del que normalmente se paga por ello, pero los Gambetti son ricos, me digo, y no tengo por qué tener mala conciencia por recibir de ellos tanto dinero, que por lo demás no necesito, porque a mí mismo me sobra. Pero de eso los Gambetti sólo sospechan algo, no saben nada concreto. Gambetti, por supuesto, conoce bien mi situación financiera, y me ha dicho, si mis padres supieran lo rico que es usted, no me permitirían dar clases con usted. Así, sin embargo, creen que un generoso gesto de mecenas juega un papel en esas lecciones que, realmente, les resultan inquietantes desde hace ya tiempo, en ese mecenazgo por su parte se refugian, naturalmente, para no pensar en que, posiblemente, no hacen una buena obra, sino una obra destructora, al pagarme las lecciones con usted. Gambetti, sin embargo, encuentra perfectamente bien que sus padres, por decirlo así, tiren dinero

por la ventana para que yo aparte a Gambetti de ellos e implante en él ideas que, probablemente, se volverán un día terriblemente contra ellos, contra todo lo que a ellos se refiere. Sin embargo, nunca me han podido considerar como un inofensivo profesor de alemán de Austria, pensé, para eso, lo que soy y lo que hago resulta demasiado evidente, pensé. Así pues, no me hago ningún reproche por mi oficio de inculcar a Gambetti la literatura alemana, pero también, además, mis ideas sobre la transformación y, por consiguiente, la aniquilación del mundo. Al fin y al cabo, yo no me he *insinuado*, ni tampoco *impuesto*, pensé, Gambetti, a propuesta de Zacchi, vino a verme, y los padres de Gambetti me *rogaron* expresamente que tomara a su hijo por discípulo, diciendo que yo era el profesor ideal. Yo mismo siento que soy el profesor ideal para Gambetti. Y Gambetti comparte conmigo ese sentimiento. Lo que, entretanto, les resulta inquietante de mí a sus padres le parece a él necesario, lógico, Gambetti dice una y otra vez que yo le enseñé *de forma consecuyente* y que él mismo considera en el fondo la literatura alemana, por la que, en fin de cuentas, se decidió *por casualidad*, como un pretexto para todo lo demás que le enseñé, con lo que no quiere decir otra cosa que mis ideas, que entretanto ha convertido en suyas. Poco a poco tenemos que rechazarlo todo, le había dicho a Gambetti en el Pincio, estar poco a poco contra todo, para cooperar sencillamente a la aniquilación general que nos proponemos, desintegrar lo antiguo para, en definitiva, poder extinguirlo totalmente para lo nuevo. Hay que renunciar a lo antiguo, aniquilarlo, por doloroso que sea ese proceso, para hacer posible lo nuevo, aunque no podamos saber *qué* será lo nuevo, pero que deberá ser lo sabemos, Gambetti, le dije a éste, no hay vuelta atrás. Naturalmente, si pensamos así, tenemos a todo lo antiguo contra nosotros, y por consiguiente lo tenemos todo contra nosotros, Gambetti, le había dicho a éste. Pero eso no debe impedirnos aniquilar nuestra idea de cambiar lo antiguo por lo nuevo que deseamos. Renunciar a todo, le había dicho a Gambetti, rechazarlo todo, extinguirlo todo en definitiva, Gambetti. Mirando abajo a la Piazza Minerva, me vi de repente contando a Gambetti al mismo tiempo un sueño en el que me encontraba con mi compañero de estudios Eisenberg, con Maria y Zacchi, en un valle transversal del Val Gardina. Ese sueño, le había dicho a Gambetti, se remonta por lo menos a cuatro o cinco años. Yo era todavía muy joven en ese sueño, le había dicho a Gambetti, quizá de veinte años, Eisenberg de la misma edad que yo y Maria apenas mayor. Habíamos alquilado habitaciones en un hostel pequeño y antiguo, llamado La Ermita, todavía hoy veo la muestra del hostel tan claramente como la primera vez, le había dicho a Gambetti. De ese sueño me he acordado muy a menudo y cada vez he intentado más penetrar en él, esta vez con más energía aún que nunca antes, porque, con el telegrama en la mano, quería en cualquier caso distraerme del telegrama, y por eso me pareció ese sueño el mejor medio para distraerme así de ese telegrama indudablemente horrible, no puedo decir *por qué* pensé en ese sueño, pero probablemente por una observación de Gambetti que me hizo sólo dos o tres horas antes de que yo recibiera el telegrama, una, así llamada, *observación de pasada*, en la

que, sin embargo, aparecía la expresión *alta montaña*; Gambetti me dijo que, el próximo verano, iría con sus padres y conmigo, como subrayó expresamente, a la alta montaña, eso le gustaba extraordinariamente, y allí, en un estrecho valle que conocía y le era familiar desde la infancia, nos resultaría provechoso a los dos, de la forma más agradable, avanzar en nuestros estudios, totalmente protegidos de las molestias que, normalmente, perturbaban esos estudios nuestros, *muy de pasada* dijo Gambetti que, sin duda, iría con sus padres a la alta montaña del norte de Italia, pero en el fondo conmigo y, si no me importaba, me invitaría a esas jornadas de estudio en la alta montaña, como lo expresó él, acabábamos de hablar de Schopenhauer, del perro del filósofo, al que éste situaba más alto aún que a su ama de llaves, para poder acabar de pensar y acabar de escribir realmente su *Mundo como voluntad y representación*, de que *el perro y el ama de llaves habían guiado la pluma de Schopenhauer*, como decía Gambetti, cuando Gambetti de repente, para mí al menos de forma totalmente sorprendente e inconexa, me había hablado de la excursión a la alta montaña el próximo verano, y de un *cuaderno de notas cuadriculado* que quería llevarse a ella, sin que me dijera qué significaba ese cuaderno de notas cuadriculado, y yo tampoco le pregunté cuál era el significado de ese cuaderno de notas cuadriculado mencionado expresamente, pero todavía oigo a Gambetti decir claramente *con mis padres a la alta montaña*, lo que equivale a decir *con usted*, así Gambetti en el Pincio, lo que, según pienso, me hace volver ahora al sueño que, como quiero decir, *me visita* varias veces al año, con todas sus cosas extrañas, estoy seguro de que soñé ese sueño por primera vez hace cuatro o cinco años, en Neumarkt en la Estiria, en una oscura habitación, así llamada, de dos camas de una antigua villa señorial, en la que me habían metido mis parientes por dos días para que me curase, como lo expresaron ellos, porque tenía una enfermedad febril de la que nadie sabía de qué enfermedad se trataba realmente. Con las cortinas corridas, estaba echado en esa habitación de dos camas de mis parientes, que explotan en Neumarkt una empresa de madera de construcción y están emparentados con mi madre y, por lo tanto, también conmigo, ya no recuerdo por qué razón los visité entonces, según pienso hoy, probablemente sólo para resfriarme en Neumarkt, uno de los lugares más sombríos y húmedos que conozco. Dos días y dos noches con las cortinas corridas y sin tomar ningún alimento, según pienso, en Neumarkt, que es realmente un pueblo horrible, tampoco veo ya ante mí el rostro de ninguno de mis parientes, ni siquiera borrosamente, pero que fue allí donde tuve ese sueño lo sé aún. Habíamos llegado con tiempo lluvioso a ese valle del norte de Italia, Gambetti, le había dicho a éste, Eisenberg, de mi misma edad, Zacchi, el filósofo igualmente de la misma edad, y Maria, mi primera poetisa, Maria, así yo a Gambetti, mi mayor poetisa ya entonces; Maria había venido a vernos desde París, no desde Roma, en donde vivía ya entonces, en el piso en que está ahora, pero ese piso no tenía aún el aspecto de ahora, todavía no había miles de libros en su piso, sólo cientos. Todavía no había alfombras en su piso, Gambetti, le había dicho a éste. Pero ya entonces Maria se pasaba en la cama la

mayor parte del tiempo y recibía a sus huéspedes en la cama. Maria se reunió con nosotros, viniendo de París, llevando un traje-pantalón extravagante, le dije a Gambetti. Parecía como si estuviera a punto de ir a la ópera o acabara de venir de la ópera. Unos pantalones de terciopelo negro, Gambetti, atados bajo la rodilla con grandes lazos de seda, y una chaqueta de un rojo cardenal con cuello de color turquesa. Como es natural, causó la mayor sensación que Maria apareciera con ese atuendo de ópera en el valle de alta montaña. Eisenberg fue a su encuentro, mientras yo observaba ya de lejos a la que llegaba, cuando se dirigía hacia el hostel La Ermita, con movimientos operísticos, Gambetti, le dije a éste, brazos y piernas y la cabeza continuamente con un movimiento operístico, a sacudidas, como si fuera hacia el hostel bailando, Gambetti, le dije a éste. Al principio, a distancia, su traje no se veía tan claramente, naturalmente, yo no había pensado tampoco que fuera Maria, nunca hubiera tenido la idea de que Maria fuera allí realmente, efectivamente, pero mucho menos que viniera con semejante atuendo y de París en lugar de Roma, Gambetti, le había dicho a éste. Eisenberg fue a su encuentro, no Zacchi ni yo, como si Eisenberg hubiera sabido que ella llegaría precisamente a esa hora, Zacchi y yo, evidentemente, no lo habíamos sabido, de pie junto a la ventana del hostel, a Zacchi lo supongo en su habitación, no levantado aún pero sin embargo sin dormir ya, porque siempre lo he conocido como alguien que se levantaba tarde, a diferencia de Eisenberg y de mí, que siempre hemos sido madrugadores, Eisenberg se levanta siempre todavía más temprano que yo, le dije a Gambetti, por eso era lógico que fuera Eisenberg al encuentro de Maria y no Zacchi ni yo, Maria se reunió con nosotros ya muy temprano, le dije a Gambetti, antes de las cinco de la mañana. Yo había pasado, como siempre que estoy en la alta montaña, una noche de insomnio, estuve toda la noche más o menos junto a la ventana mirando afuera, hora tras hora, hasta desmayarme, le dije a Gambetti, pero sin desmayarme real y verdaderamente, y entonces vi a Maria venir hacia el hostel en el que me alojaba desde la víspera, con el único objeto de hablar de Schopenhauer y de los poemas de Maria, en el sueño, nos permitíamos esa estancia sólo con ese único fin, le dije a Gambetti, y habíamos elegido con ese fin el clima que nos parecía ideal, aquel estrecho valle de la alta montaña al que sólo conducía un sendero, ninguna carretera, y que, por consiguiente, sólo podía alcanzarse a pie. Maria hubiera debido estar ya con nosotros en el valle la noche anterior y todavía me veo calmando al patrón del hostel, y cómo le convenzo ininterrumpidamente asegurándole que la persona principal, es decir, nuestra amiga Maria, vendría sin falta, y que estuviera tranquilo, el patrón de La Ermita temía que sólo quisiéramos pagar por tres, o sea, Eisenberg, Zacchi y yo, el llamado *precio de la pensión*, porque no habíamos alquilado sólo habitaciones, sino la *pensión completa*, para poder abordar y realizar, sin ser molestados en absoluto, nuestro proyecto, es decir, contraponer el *Mundo como voluntad y representación* a los *poemas de Maria*, lo que en Roma, de donde habíamos venido Eisenberg, Zacchi y yo, nos había parecido una empresa especialmente atrayente, Eisenberg había tenido la idea, Zacchi

se había entusiasmado con ella, yo había reservado entonces las habitaciones en La Ermita y Maria había estado de acuerdo con nuestro proyecto, *si no es Heidegger*, había dicho Maria, *será Schopenhauer*, dijo que se alegraba de la empresa, pero que aquella noche tenía que ir aún a París, no quiso revelar el objeto de ese viaje a París, por mucho que le insistiera para que me lo dijera, porque al fin y al cabo era insólito ir de Roma a París para una sola noche, le había dicho a Maria en ese sueño, tenía que ser una *razón existencial*, así yo a Maria, que sin embargo no me escuchó sino que se puso el abrigo y se fue de Roma al instante. Que se reuniría puntualmente con nuestro grupo, me dijo aún al salir. Y realmente la veía ahora, con su atuendo operístico, dirigirse hacia el hostel en el momento oportuno, cuando ya estábamos dispuestos para nuestro debate. Durante toda la víspera, más o menos, aunque de pie todo el tiempo junto a la ventana, me había ocupado de Schopenhauer y de los poemas de Maria, había puesto en relación las dos cosas, es decir, los pensamientos de Schopenhauer y los de Maria, tratando de establecer una auténtica relación filosófica entre las dos mentalidades, las poesías de Maria y los esfuerzos filosóficos de Schopenhauer, subordinando una y otra vez los unos a los otros, contraponiendo éstos y aquéllos, y tratando de destacar lo filosófico en los poemas de Maria y lo poético o, mejor, la poesía, en la obra de Schopenhauer. Para ello, el hecho de pasar una noche de completo insomnio había sido favorable, incluso ideal, le dije a Gambetti, tenemos que estar agradecidos por cada noche de insomnio de nuestra vida, Gambetti, le había dicho a éste, porque, en cualquier caso, nos hace *avanzar filosóficamente*. Gambetti me escuchaba atentamente mientras continuaba el relato de mi sueño, sin dejarme irritar en lo más mínimo por los ruidos del Pincio, ni siquiera el gorjeo de los pájaros, que me ha parecido siempre enemigo del espíritu, podía estorbar el relato de mi sueño. Había estado de pie toda la noche junto a la ventana de mi habitación en el hostel La Ermita, Gambetti, reflexionando en Maria y Schopenhauer, y ya la víspera me había propuesto prolongar esa reflexión tanto como me fuera posible, lo que probablemente fue también la causa de mi noche de insomnio. Cuando vi venir a aquella figura grotesca hacia el hostel La Ermita, Gambetti, que al principio fue sólo de un negro profundo y no reconocible como Maria, y que se acercó más de cincuenta o cuarenta metros, saliendo de un torbellino de nieve, cuando me resultó evidente que aquella persona grotesca de movimientos de marioneta no podía ser otra que Maria, supe también inmediatamente cuál había sido la razón para aquella estancia nocturna en París de Maria, sólo había ido a París para ir a la ópera, Gambetti, le dije a éste, y naturalmente con ese atuendo, que al fin y al cabo yo conocía ya de Roma, porque Maria compró esos pantalones y esa chaqueta conmigo en Roma, fuimos juntos de compras una tarde que, como decía siempre Maria, era para desesperarse y, gracias a la compra de esos pantalones y esa chaqueta, hicimos de una tarde desesperada una tarde feliz, las compras, le dije a Gambetti, nos salvan llegado el caso más que cualquier otra cosa, cuando nos animamos y cuando no tememos tampoco el mayor lujo, es decir, no tememos

comprar lo más precioso, y al mismo tiempo lo más costoso, lo más caro de todo, aunque sea grotesco, como ese atuendo, le dije a Gambetti; antes de morirse de desesperación, es mejor salir a la calle y entrar en una tienda de lujo, y vestirse de nuevo de la forma más grotesca, hacer de nosotros una criatura de lujo incluso para un Don Giovanni *kitsch*, antes que refugiarnos en la cama con una dosis triple de somníferos, sin saber si nos despertaremos, cuando, sin embargo, siempre ha valido la pena despertarse, le dije a Gambetti; en el momento en que Maria se dirigía a La Ermita con ese traje grotesco, me resultó evidente: ha ido a París para ver su ópera favorita, *Peleas y Melisanda*, de Debussy/Maeterlinck. Maria no duda en venir directamente de la ópera de París a nuestro valle de la alta montaña, para cumplir su promesa, pensé, de pie junto a la ventana y observando cómo se acercaba a La Ermita, mientras Eisenberg se dirigía a su encuentro, le dije a Gambetti. Eisenberg, pensé observándolo, no ha podido, como yo, dormir y es lógicamente el primero que ha visto a Maria, y por tanto también el que ha ido primero a su encuentro. Eso es característico de Eisenberg, pensé, de pie junto a la ventana. Maria y Eisenberg se han comprendido siempre no sólo bien, sino del mejor modo, y eran *intelectualmente de la misma altura*. A Eisenberg le gustaba la misma filosofía que a Maria, tenían las mismas ideas sobre la poesía. De los dos he aprendido lo mismo, pensé. Maria no llevaba nada en las manos, le dije a Gambetti, en un estado de felicidad elemental había surgido del torbellino de nieve y se había dirigido a La Ermita. ¡Qué tranquilo se va a quedar el patrón!, me dije al ver entonces a Maria. Zacchi había sido el único que dudó de que Maria viniese. Cómo puede por la noche, en lugar de venir inmediatamente con nosotros a la alta montaña en el norte de Italia, ir a París y, sin embargo, estar con nosotros a la mañana temprano en el hostel La Ermita, en el que hemos reservado también una habitación para ella, había dicho Zacchi. Zacchi fue siempre desconfiado, le dije a Gambetti. Al fin y al cabo, siempre llamábamos también a Zacchi *el Escéptico*. Maria se detuvo y Eisenberg se acercó a ella, le dije a Gambetti, pensé ahora, de pie junto a la ventana de mi gabinete, mirando hacia abajo a la Piazza Minerva, y entonces oí, le dije a Gambetti contándole mi sueño, un terrible estruendo, como un trueno, y en ese instante toda la tierra tembló. Lo extraño fue que, salvo yo, nadie había oído aquel estruendo y nadie se había dado cuenta de que la tierra temblara, como comprobé luego. Tampoco Maria y Eisenberg se habían dado cuenta de ese estruendo atronador y ese temblor. Me pareció, cuando Maria y Eisenberg se dirigían al hostel sin reparar en mí, que los observaba a los dos intensamente desde mi ventana, que Maria venía descalza a La Ermita, y realmente vi entonces que Eisenberg llevaba los zapatos de ella en la mano y que ella estaba descalza. Eisenberg fue siempre el más previsor, le dije a Gambetti, sobre todo el que, por decirlo así, adoptó la previsión como una segunda naturaleza. Yo me quedé todavía un rato junto a la ventana mirando hacia abajo y tratando de remontar, tan lejos como era posible, las huellas de los pasos que habían dado Eisenberg y Maria en su camino hacia La Ermita. Conté unos ciento veinte pasos, lo recuerdo muy bien,



Gambetti, le dije a éste, como si soñara ese sueño *ahora* y no lo hubiera soñado hacía ya cuatro o cinco años. La imagen se quiebra y veo a Maria de pronto en el vestíbulo de La Ermita, abajo, con Eisenberg, quitándole los zapatos a Eisenberg, y entonces Maria le pone a Eisenberg sus zapatos y Eisenberg le pone los suyos a Maria. Mientras tanto se ríen los dos a carcajadas, pero interrumpen inmediatamente sus risas cuando entro yo. Tras una breve pausa, vuelven a reírse los dos tan fuerte que La Ermita entera se estremece. Maria estira las piernas y las sostiene así en el aire con los zapatos de Eisenberg, es decir, con esas botas altas y negras de Eisenberg que siempre lleva, esas botas negras increíblemente suaves pero sin embargo altas, Gambetti, digo. Y Eisenberg da saltos de un lado a otro por el vestíbulo de La Ermita con los zapatos de Maria, esas zapatillas de *ballet* ligeras y plateadamente relucientes; mientras tanto los dos gritan: ¡Nos hemos cambiado los zapatos! ¡Nos hemos cambiado los zapatos! ¡Nos hemos cambiado los zapatos!, hasta que los dos están agotados y Maria se echa a mi cuello y me atrae hacia ella en el banco del vestíbulo y me besa, mientras Eisenberg está de pie, con la espalda contra el muro del vestíbulo, observándonos mientras nos sentamos en el banco del vestíbulo. Eisenberg exige en ese momento que Maria vuelva a quitarse sus zapatos. Maria se quita los zapatos de Eisenberg y se los tira a la cabeza, Eisenberg ha retrocedido, evitando así que los zapatos lanzados por Maria le dieran realmente en la cabeza. Eisenberg se inclina para recoger sus zapatos del suelo, mientras Maria señala sus zapatillas de *ballet*, que Eisenberg sigue llevando, Gambetti, le dije a éste. Aquello era grotesco, Gambetti, Eisenberg, con su abrigo negro casi hasta los tobillos y las zapatillas de *ballet* de Maria en los pies. Eisenberg dice que no se quitará los zapatos de Maria, y que *nosotros* debemos quitarle las zapatillas de *ballet* de Maria. Maria deja entonces a Eisenberg *con un palmo de narices*. Luego, sin embargo, cuando ve que Eisenberg se siente infeliz por tener que quitarse él mismo las zapatillas de *ballet* de Maria, se inclina y se las quita. Él se queda descalzo allí, en el vestíbulo de La Ermita, le dije a Gambetti, y se dirige hacia Maria, que se aprieta contra mí. Eisenberg se arrodilla ante Maria y le tiende los zapatos. Son *tus* zapatos, me los he quitado *para ti*, dice Eisenberg, le da los zapatos a Maria y vuelve a ponerse de pie. Maria besa a Eisenberg, le dije a Gambetti, y sale corriendo afuera con los zapatos en la mano. Eisenberg y yo la seguimos con la vista. Esperemos que nuestra niña no se muera, dice Eisenberg en ese instante, le dije a Gambetti. Había empezado a nevar otra vez. Entonces me veo con Eisenberg y Zacchi sentado a una mesita de un rincón en La Ermita, le dije a Gambetti. Tenemos delante los poemas de Maria y *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer. Todo abierto ante nosotros, le dije a Gambetti. El patrón de La Ermita entra y quiere servirnos el desayuno en la mesa, y dice que despejemos la mesa. Quiten todo eso de la mesa, dice el patrón, y quiere empezar él a despejar la mesa. Maria entra en el instante en que el patrón, sin nuestro permiso, se dispone a despejar la mesa con sus propias manos. Sin embargo, no llega a quitar de la mesa *El mundo como voluntad y representación*, porque Eisenberg le

apostrofa. *¡Atrévase!*, le grita a la cara Eisenberg al patrón, mientras Maria sigue estando detrás del patrón. Ella no comprende lo que ha pasado en ese instante, le dije a Gambetti. Eisenberg se puso en pie de un salto y le gritó al patrón a la cara varias veces: *¡Atrévase!* Eso hace que el patrón se irrite realmente con nosotros. Intenta con la rapidez del rayo agarrar el libro abierto de Schopenhauer, pero Eisenberg es más rápido. Eisenberg se apodera del libro de Schopenhauer y lo aprieta contra su pecho. Yo había arrebatado los poemas de Maria, y Zacchi nuestros cuadernos de notas, que habíamos tenido sobre la mesa. El patrón de La Ermita estaba tan fuera de sí que nos amenazó con matarnos. Realmente el patrón era un hombre fuerte, y todos tuvimos miedo de él. Maria se había sentado a mi lado, apretándose contra mí, le dije a Gambetti. No comprendía lo que había pasado. Al fin y al cabo, en Roma se le había descrito La Ermita como un lugar ideal, que pertenecía a un patrón amable, incluso sumamente acogedor, y que en resumidas cuentas reunía unas condiciones favorables para nuestro proyecto. Y ahora estaba ante un hombre terriblemente irritado, que nos amenazaba con matarnos y que, como todos tuvimos que ver, no retrocedía ante nada. Habíamos elegido La Ermita porque nos había parecido que ningún otro lugar entraba en consideración para nuestro propósito, es decir, contraponer los poemas de Maria a los pensamientos de Schopenhauer en *El mundo como voluntad y representación*. El patrón de La Ermita, mientras nos amenazaba con matarnos, ponía la mesa, *porque tenía por costumbre* poner la mesa para el desayuno, cualesquiera que fueran las circunstancias, le dije a Gambetti, tenía que ponerla porque su mujer se lo había ordenado, le dije a Gambetti, de manera que nos amenazaba realmente con matarnos y, al mismo tiempo, ponía la mesa. *¡Y ni siquiera han pagado aún!*, exclamó el patrón de La Ermita, mientras nosotros, todavía asustados, apretábamos nuestros libros y papeles contra el pecho, sin poder decir una sola palabra. *¡Tienen que pagar inmediatamente!*, gritó el patrón, y lo gritó varias veces más, hasta que acabó de poner la mesa. Nosotros no habíamos sido capaces de decir ni una palabra, pero sabíamos que, detrás de la puerta de la cocina de La Ermita, acechaba la mujer del patrón. En cualquier caso yo lo sabía, y creía oír respirar a la mujer del patrón detrás de la puerta de la cocina. Al ver nuestros libros y nuestros papeles, el patrón no había podido calmarse e, incluso después de haber puesto la mesa, no cesaba en sus amenazas. Gente así debería ser encerrada, exclamó de pronto, debería estar detrás de cerrojos y candados, gente como ustedes, nos dijo, totalmente sin aliento, que anda por ahí con tales libros y tales papeles y que lleva tales ropas, y señaló primero el traje de Maria y luego el largo abrigo negro de Eisenberg, y dijo irritado, sobre la barba de Eisenberg, que esas barbas las llevaba gente que debería ser ahorcada. El patrón de La Ermita acabó por hacernos una escena horrible, le dije a Gambetti, gritando varias veces, chusma como ustedes (o sea como nosotros) debería ser *exterminada*. Varias veces nos gritó a la cara la palabra *exterminada*. Entonces fue como si sufriera un ataque, porque de pronto se llevó la mano al pecho y, realmente, se apoyó en la mesa. Aprovechamos ese ataque de debilidad del patrón de La Ermita

para dejar al instante la sala y huir del hostel La Ermita. Salimos corriendo del valle, le dije a Gambetti, con nuestro Schopenhauer y los poemas de Maria apretados contra nosotros, como si corriéramos para salvar la vida. A Maria la habíamos puesto en el medio. Había una nevasca tan espesa en el valle, que no veíamos ya absolutamente nada, pero, como el valle era estrecho, llegamos al final. Gambetti, como siempre, había escuchado atentamente. No me había hecho una sola pregunta sobre mi sueño. Ese sueño se lo había contado también, lógicamente, a Eisenberg, Zacchi y Maria. Todos se habían quedado callados luego. Gambetti habla de Maria como de alguien en quien todo está siempre presente, y la *fuerza de espíritu* para soportar ese todo, en la compañía que sea. Por eso Maria era siempre también el centro, sin que tuviera que decir una palabra. Spadolini lo es a su estilo, entre cualquier clase de gentes. Maria es inevitablemente, al instante, aquella sobre la que todo *tiene* que concentrarse, eso lo sabe, lo mismo que Spadolini sabe siempre inmediatamente que él tiene que ser el centro en cualquier reunión. Si se encuentran Maria y Spadolini, destruyen inevitablemente esa reunión, sencillamente la descomponen. Eso lo he presenciado a menudo, le dije a Gambetti, que, cuando los dos estaban juntos en una reunión, esa reunión se descomponía inmediatamente, como suele decirse, en sus partes componentes, porque era destruida por los dos. O bien es Spadolini el centro o Maria, le dije a Gambetti, pero los dos no pueden serlo. Spadolini aparenta al menos que no aborrece a Maria, pero Maria no oculta nunca su desprecio hacia Spadolini, al contrario, lo explota a fondo cuando tiene ocasión, le dije a Gambetti. Spadolini dice a cada instante que aprecia tanto los poemas de Maria, porque, de esa forma, quiere distraer la atención de su aversión hacia Maria, y ve en esas declaraciones de aprecio y estima de sus poemas un medio para disimular su aversión hacia Maria, lo que naturalmente no consigue, Gambetti, le había dicho a éste. Spadolini va siempre un ápice demasiado lejos al elogiar los poemas de Maria, que, por lo demás, *no pueden* gustarle en absoluto, le dije a Gambetti, porque van dirigidos en todas y cada una de las cosas contra Spadolini y actúan de forma francamente destructora sobre Spadolini, le dije a Gambetti. Spadolini elogia abiertamente las traducciones que ha hecho Maria de poemas de Ungaretti, y exagera tanto, que en ello se expresa toda la aversión de Spadolini, le dije a Gambetti, hace la corte a Maria, aunque ella no le gusta y todo lo que dice Maria le resulta antipático. Maria, sin embargo, rechaza a Spadolini de forma totalmente abierta, y no comprende que yo no haya roto y renunciado hace tiempo al contacto con Spadolini, Gambetti. No puede comprender que esté apegado a Spadolini y no *quiera* renunciar a él. El carácter de Spadolini lo califica ella siempre de depravado, y me explica también por qué, Gambetti, reprochándome que, *con relativa frecuencia*, me encuentre con Spadolini, *con ese hombre insulso, que seduce a tu madre una y otra vez*, como dice ella. Spadolini es, a sus ojos, el ser más hipócrita que conoce, Spadolini es el charlatán nato, el oportunista nato, cuando se trata de sus fines, ni siquiera de los de la Iglesia, de sus fines personales totalmente viles; yo no tengo carácter, al seguir tratando con

Spadolini, así Maria otra vez sólo la pasada noche, así yo a Gambetti en el Pincio. Maria lee en el Instituto Austríaco de Cultura sus poemas y Spadolini aplaude entusiasmado, porque espera sacar ventaja de ello y no porque sus poemas le hayan gustado, así Maria, le dije a Gambetti. Spadolini presenta a Maria al embajador peruano literalmente como *la mayor poetisa viviente* y no puede soportarla, la aborrece y la invita a comer todos los meses una vez al menos en la Via Veneto, que a Spadolini le gusta y que Maria aborrece, detesta, le dije a Gambetti, aunque Maria ha rechazado siempre todas esas invitaciones, Spadolini sigue invitando a Maria una y otra vez. A mí me dice, he vuelto a invitar a Maria, pero ella ha rehusado, la invitaré una y otra vez y ella rehusará una y otra vez, le dije a Gambetti. Spadolini es, a su estilo, lo que se llama una gran personalidad, que Maria tiene que rechazar, ella no soporta a su lado ninguna gran personalidad, como en el fondo tampoco Spadolini, pero Spadolini es un diplomático mundano, que domina todos los refinamientos, Maria no los domina y lo muestra abiertamente, porque no puede hacer otra cosa. Cada uno de los dos, tanto Spadolini como Maria, le dije a Gambetti, es el centro, *no hay dos centros*, Spadolini lo es por refinamiento, Maria lo es por naturaleza, le dije a Gambetti. Lo austríaco es en Maria lo natural, lo vaticano lo artificial en Spadolini, le dije a Gambetti. Los dos son igual de grandes y se aborrecen igual, le dije a Gambetti, y tienen conciencia de su grandeza y su aborrecimiento, pero Spadolini es el más fuerte, y por eso no tiene que retirarse siempre, como Maria, cuya única arma ha sido en definitiva siempre la retirada. Spadolini no entra en escena verdaderamente más que cuando resulta peligroso, Maria se retira. Los dos tienen, no sólo propensión a la ropa extravagante, le dije a Gambetti, sino a la extravagancia en general. En definitiva, los dos vinieron de provincias, Gambetti, y sólo pudieron afirmarse mediante la extravagancia, todo en Spadolini es extravagancia, todo en Maria, aunque en el uno sea de lo más refinado y en la otra de lo más natural, Gambetti. Si ella se propusiera escribir un libro que tuviera por contenido la quintaesencia del charlatán, así Maria una vez a mí, así yo a Gambetti, no titubearía un instante en describir a Spadolini como protagonista de ese libro. Por lo demás, escribir prosa siempre fue su sueño, pero todos sus intentos en ese sentido fracasaron, siempre renunció inmediatamente y, si no, comprendió que no había creado una obra de arte sino sólo realizado un *trabajo sorprendente*, así ella misma, Gambetti. Spadolini es el gran trabajador, Maria la gran artista, le dije a Gambetti. En el fondo, le dije, me siento feliz de tener por amigos a *dos personas así* y realmente grandes personalidades, da igual cómo se vean esas amistades desde el exterior, cómo vea Spadolini a Maria y a la inversa, quiero cultivarlas y no perderlas, jamás, le dije a Gambetti. Cuando Spadolini me habla del Perú es exactamente igual que cuando Maria me lee sus poemas, tiene el mismo valor, Gambetti. Si nos atenemos sólo a las personas de gran carácter, nos volvemos estériles ya en el plazo más breve, le dije a Gambetti, al contrario, tenemos que tratar con las personas, así llamadas, sin carácter, para aguantar, para no degenerar intelectualmente. La gente que tiene lo que se llama un

buen carácter es la que, con el tiempo, nos aburre y nos mata sólo, tenemos que guardarnos sobre todo de su compañía, le dije a Gambetti. Además, Maria y Spadolini han sido siempre para mí grandes maestros, Gambetti. Sin que yo se lo dijera jamás.

A Maria la conocí a través de Zacchi, el intermediario, el asceta filosofante, gran viajero, hombre de mundo, que sin embargo conocía ya a Eisenberg, quien, por su parte, me hizo conocer a Zacchi. Eisenberg vivió en Roma tres años antes de su época vienesa, se escapó de la casa de sus padres en Suiza para irse a Viena, en donde se convirtió en mi amigo más íntimo. La época vienesa con Eisenberg es, pensé ahora, después de mi huida de Wolfsegg, que a su vez debo a mi tío Georg, la decisiva para todo mi desarrollo intelectual ulterior, que fue totalmente en la dirección de Eisenberg, estudiar el mundo y, mediante ese estudio, descifrarlo y analizarlo poco a poco. Eisenberg, de mi misma edad, fue, después de mi tío, la cabeza decisiva para mí, que dio a mis ideas la dirección adecuada. Cuando estaba en Viena con Maria, pensé, de pie junto a la ventana, observando a las pocas personas de la Piazza Minerva que circulaban en ese momento allí abajo, tranquilas, sin agitarse por nada, pasábamos nuestros días más o menos sólo con Eisenberg y gracias a Eisenberg, íbamos con él a Kahlenberg, a Coblenza y fuera hasta Heiligenstadt. Él enseñó a Maria las bellezas de Viena, y la introdujo en esa ciudad, decisiva también para la existencia de ella. Con Eisenberg no nos aburríamos nunca y fuimos siempre felices, me dije, desde el principio Eisenberg y Maria habían tenido *una relación filosófica*, de la que, para mí, que la podía observar muy tranquilamente, sin el menor trastorno emocional, se desprendía una gran fascinación, pude estudiar en los dos por primera vez cómo personas de espíritu se comprenden de forma ideal y siempre pensé que eso tiene pocas veces éxito con otras. Esa Maria de la pequeña y ridícula ciudad provinciana del sur de Austria en que nació Musil, pero con la que Musil, salvo esa circunstancia, no tuvo lo más mínimo que ver durante toda su vida y que, sin embargo, ha explotado esa circunstancia del nacimiento de Musil hasta el límite extremo del mal gusto, de la ciudad funestamente próxima a la frontera, en la que el Nacionalismo y el Nacionalsocialismo y la estupidez provinciana han florecido siempre vulgarmente, de esa pequeña ciudad, en la que, de acuerdo con la experiencia, es la pequeña burguesía rancia la que da el tono, entregada a la estupidez y la megalomanía entre sus hileras de casas deprimentes y torpemente edificadas, entre colinas sin interés y con un clima más viciado que vivificante, con todas las ridiculeces precisamente de esa cifra de unos cincuenta mil habitantes, que no tienen idea alguna del mundo pero se sienten el centro del mundo, Maria, por su propio impulso, totalmente comparable al mío que, en definitiva, me alejó de Wolfsegg, se fue de la ciudad de su infancia, para ella siempre igualmente nociva, a fin de ir a Viena y tomar tierra allí, como suele decirse, ya con todos sus futuros poemas en la cabeza, como volvía a pensar yo ahora, esa chica sólo con un pequeño bolso y todas las ilusiones de la rebelde, de la fugitiva, de la que no sólo busca una salida, sino que la utiliza también, como yo. A Viena, de la que, después de la guerra, todas las cabezas pensantes de provincias se habían prometido más de lo que podía cumplir, porque Viena, en aquella época, no cumplió a nadie lo que le había prometido, naturalmente no a Maria, y a todos los demás tampoco. Sin duda, Viena resultó ser al

principio el áncora de salvación, pero por poco tiempo, luego paralizó, lo mismo entonces que ahora, a los que buscaban y buscan en ella la salvación. Viena es sólo por brevísimo tiempo la salvación para los que filosofan, para los que cavilan, para los que se estimulan en su propia cabeza, como me consta, como se ha demostrado entretanto millones de veces. Ir a Viena quiere decir salvarse por tiempo brevísimo, no más, lo que significa que quien huye a Viena ha de volver a irse de Viena lo antes posible, porque si no vuelve la espalda lo antes posible a esa ciudad brutal y totalmente degenerada, perecerá, Maria lo comprendió pronto, yo también, Eisenberg es el único de nosotros que soporta Viena todavía hoy, pero Eisenberg es una persona más dura, con una cabeza mucho más clara aún que Maria y yo, pensé de pie junto a la ventana. Un alma como la de Maria, así en palabras de Eisenberg, es pronto aplastada en Viena, pensé, de pie junto a la ventana, mirando abajo a la Piazza Minerva y luego al Panteón al otro lado, a la ventana del piso de Zacchi, que no está en casa, según pensé. Maria consiguió escapar primero a Alemania, luego a París y luego a Roma, de acuerdo con su poesía, pensé. Pero una y otra vez hizo intentos de establecerse en Viena, se relacionó con todas las personas imaginables, las animó a facilitar su vuelta a Viena, pero siempre, cuando había llegado realmente el momento de volver a Viena, *todo se derrumbaba*, y entonces todos esos planes relativos a Viena se desbarataban, a las personas que, por ejemplo, le habían buscado un piso, las ofendió, renunció a muchos de esos pisos para toda la vida, como solía decirse siempre, antes de haberlos ocupado. Se dejó atraer a Viena por muchas personas espantosas, sobre todo del Ministerio de Cultura, incluso cayó en las redes, como tengo que decir, de esas personas de sucias intenciones, porque nunca quiso creer que, como siempre le decía, todas esas personas que la atraían a Viena tenían sucias intenciones, ningún verdadero interés por ella, sino sólo por sus propios fines totalmente bajos e innobles, y que en efecto todas esas personas habían tomado a Maria sin más como pretexto para complacerse ellas mismas, y aprovecharse ellas mismas del nombre de Maria, mal utilizado por ellas y entretanto famoso; yo conocía muy bien a esas personas, pensé ahora, pero ella, por un sentimentalismo equivocado por esa Viena totalmente fría y realmente, en contra de la opinión pública, brutal y nada sentimental, se había dejado engañar por todas esas personas, bien es verdad que sólo hasta el momento decisivo de desdecirse, de darles, como suele decirse, *calabazas desde Roma*, en donde, en definitiva, era donde se sentía mejor en su piso. Unas veces me decía, *en el fondo, quiero volver a Viena*, pero luego, a menudo unos minutos más tarde, exactamente lo contrario, al decirme con la misma convicción, *en el fondo no quiero volver a Viena*, en el fondo quiero quedarme en Roma e incluso morir en Roma. Maria dijo a menudo que quería morir en Roma, pensé. Se veía obligada por su inteligencia a vivir en Roma, en verdad a querer a Viena, pero vivir en Roma, pensé. Pero, cuando habían pasado unas semanas después de haber ofendido, como suele decirse, a todas las personas de Viena que le habían buscado piso, realmente le habían abierto todas las, así llamadas, puertas importantes de

Viena, comenzaba a hablar otra vez de volver final y definitivamente a Viena, que era su *patria*, a lo que yo sólo podía contestar siempre con una carcajada, porque la palabra *patria*, precisamente en su boca, era siempre tan grotesca como en la mía, sólo que yo no la pronuncio jamás, porque me resulta demasiado repugnante para utilizarla siquiera, mientras que Maria buscaba refugio una y otra vez en esa palabra, decía siempre también que la palabra *patria* era *la más seductora*. Entonces escribía otra vez a esas personas de Viena de los más distintos ministerios, visitaba la Embajada de Austria o el llamado Instituto Austríaco de Cultura de la calle Bruno Boozzi, ese palacio pretencioso cerca de la Flaminia, en el que el antiespíritu austríaco con todos sus matices, desde que existe ese edificio, tiene su sucursal romana, iba a, así llamadas, lecturas de poemas de, así llamados, poetas austríacos y a toda clase de conferencias seudocientíficas, pronunciadas en la Bruno Boozzi por todos los seudocientíficos austríacos imaginables, incluso a las, así llamadas, veladas de *lieder*, que se organizan allí regularmente con cantantes austríacos en otro tiempo famosos, que desde hace años no tienen ya voz, sólo un graznido de viejo y, para los oídos italianos, efectos espantosos e irreparables. Maria, que quiere ser romana y al mismo tiempo vienesa, y escribe sus grandes poemas en ese peligroso estado sentimental e intelectual, pensé. El sueño de La Ermita, que en su tiempo le hizo una gran impresión, me había hecho pensar en Maria y disfruté pensando en ella, de pie junto a la ventana, mirando hacia abajo a la Piazza Minerva. Qué sería realmente Roma para mí sin ella, pensé. Qué suerte que sólo tenga que dar unos pasos para recrearme con su presencia, qué suerte que ella exista. Las conversaciones con ella son siempre las que me hacen mayor efecto y, al mismo tiempo, las más agradables en general. Con Maria todo es siempre estimulante, incluso siempre excitante, casi siempre una felicidad, pensé. Maria tiene siempre las mejores ideas y realmente es también siempre para Gambetti, como él dice, *un acontecimiento*. En sus pensamientos no retrocede ante nada, pensé. Está en sus poemas al ciento por ciento, pensé, mientras que en las producciones de sus compañeras, de sus rivales que, como me consta, intrigan ininterrumpidamente contra ella, eso no ocurre nunca. En cada línea que escribe está entera, todo es de ella. De Spadolini he aprendido a *ver* y a observar debidamente, le dije a Gambetti, de Maria a *escuchar*. Los dos me han enseñado a ser el que soy ahora. Luego hablé con Gambetti del hecho de que Spadolini no ha dudado en aceptar dinero de mi madre, incluso para sus fines personalísimos, con ese dinero ha podido satisfacer su vanidad, le dije a Gambetti, mi madre le enviaba todos los años varias sumas importantes de dinero, que indudablemente procedían del capital de Wolfsegg. Posiblemente, le dije a Gambetti, incluso con conocimiento de mi padre, que hacía cualquier cosa para tranquilizar a mi madre y que, por su parte, no vacilaba en venir a Italia por decirlo así *en trío*, es decir, con mi madre y Spadolini, por decirlo así como testigo principal de esa relación extraordinaria, en la que no era Spadolini, lo que hubiera sido más fácil de comprender, sino mi padre el espectador. Pero mi padre estuvo siempre tan fascinado



por Spadolini como yo, no quería renunciar a él, en ningún caso, le dije a Gambetti. Spadolini no es una persona a la que se pueda renunciar, veamos como veamos a una persona así, no prescindimos de ella, haga lo que haga esa persona, así yo a Gambetti. Entonces tuve de repente el pensamiento de que, sin embargo, era sumamente singular que yo tuviera que enseñar a Gambetti precisamente la literatura alemana, justamente la alemana y la austríaca y la suiza, la llamada *en lengua alemana*, según la horrible fórmula infelizmente utilizada siempre por todos, una literatura que en el fondo no *puede* gustarme y siempre he apreciado menos que la rusa, la francesa, incluso la italiana, y si no era un error *enseñar precisamente la que no me gustaba*, sólo porque creo poder hablar mejor de ella que de otra. La literatura alemana, le dije a Gambetti, incluso en sus cimas absolutas no puede ponerse nunca a la altura de literaturas queridas por mí como la rusa o la francesa y la española, ni de la italiana. Ya la lengua alemana, para ser exactos, es una lengua fea, una lengua que, como queda dicho, no sólo aplasta contra el suelo todo lo pensado, sino que, por su pesadez, lo falsea también todo realmente de forma grosera, no es capaz de reflejar un contenido de verdad realmente como tal contenido de verdad, por naturaleza lo falsifica todo, es una lengua ruda, sin ninguna musicalidad y, si no fuera mi lengua materna, no la hablaría, le dije a Gambetti, qué exactamente lo califica el francés todo, incluso el ruso, sí, incluso el inglés, dije, por no hablar del italiano y del español, que nos resultan tan agradables al oído, mientras que el alemán, aunque sea nuestra lengua materna, nos suena siempre extraño y devastador. Para alguien musical y matemático como usted y como yo, Gambetti, le dije a éste, la lengua alemana es un suplicio. Es, cuando la oímos, desagradable, nunca bella, torpe, tosca incluso cuando creemos haberla asimilado como un arte elevado. La lengua alemana es totalmente *antimusical*, le dije a Gambetti, totalmente común y vulgar y, por esa razón, sentimos también así nuestras poesías. Los poetas alemanes sólo han dispuesto siempre de un instrumental totalmente primitivo, le dije a Gambetti, y por eso les resulta cien veces más difícil que a todos los otros. Al contemplar las fotografías familiares, me dije ahora, hacemos un cálculo y no nos sale bien, un accidente lo desbarata. Los rostros burlones de mis hermanas en la foto que las muestra en Cannes *son* mis hermanas, las veo siempre sólo como esos rostros burlones suyos, da igual cuándo y dónde y en qué relación con ellas las veo, veo siempre sólo sus rostros burlones, los tengo *a ellos* en la cabeza cuando quiera que pienso en mis hermanas, *esos rostros burlones* los he conservado en el cajón de mi escritorio romano, no los otros, que al fin y al cabo tuvieron siempre *también*, los *tristes*, los *orgullosos*, los *altaneros*, los *absolutamente arrogantes*, *no*, *esos rostros burlones* y, cuando hablo de mis hermanas, no hablo de mis auténticas hermanas *en realidad*, le había dicho a Gambetti una vez, sino de esos rostros burlones de mis hermanas, tal como, como suele decirse, la casualidad los ha fijado en esas fotos. Si estuvieran muertas, me dije, no hubiera conservado de ellas más que sus rostros burlones. Las oigo reírse en sueños, pero también muchas veces, cuando voy por Roma, de forma totalmente

inesperada oigo su risa característica, que cuenta con una larga vida, y veo al instante sólo sus rostros burlones, y nada más de ellas. Ellas dicen algo y yo pienso en lo que han dicho, y veo sus rostros burlones y me digo, esos rostros burlones les vienen de nuestra madre, que tenía también un rostro burlón así, pero, duplicado en mis hermanas, me dije, parece tan grotesco, incluso espantoso. A menudo he intentado deshacerme de esos rostros burlones de mis hermanas, disolverlos en otros rostros no burlones, pero nunca lo he conseguido. No tengo, me dije, hermanas, tengo sólo sus rostros burlones, no tengo ni a Caecilia ni a Amalia, sólo tengo dos rostros burlones en su espantosa rigidez fotográfica. Habían querido ser hermosas, jóvenes, dar una impresión de felicidad, me dije contemplando la foto, y ahí no son más que feas y realmente, aunque todavía muy jóvenes, nada jóvenes ya, sino francamente viejas y, *en el fondo, profundamente infelices* para la, así llamada, posteridad de esas fotos. Si ellas hubieran sabido que sólo quedarían sus rostros burlones y esa impresión realmente infeliz que, en la foto, provocan indudablemente en quien la contempla, no se hubieran dejado fotografiar, pero insistieron incluso en esa fotografía, me dije, me acuerdo muy bien, habían querido tenerla, habían adoptado esa postura, apretadas una contra otra, fingiendo felicidad y espontaneidad, una naturalidad que, en el momento en que se hizo la foto, habían creído innata en ellas, mientras que era una artificiosidad desprovista de toda naturalidad la que las desfiguraba tan cruelmente. Yo había hecho esa fotografía, como recuerdo, sólo de mala gana. Pero no recae sobre *mí* la culpa de esa foto despiadada, me dije, recae sobre *ellas*, mis hermanas, porque me obligaron a hacer esa foto, imponiéndome así lo que ni ellas ni yo hubiéramos podido saber, sus rostros burlones, por decirlo así para toda la vida. Nunca he podido deshacerme de sus rostros burlones, todos mis intentos en ese sentido fracasaron siempre, una vez tuve la idea de destruir la foto, rasgarla, quemarla, pero luego no lo he hecho *todavía*, porque me pareció ridículo utilizar el medio de la destrucción en ese caso, que constituye claramente un ejemplo de ridiculez insignificante, me dije, y puse otra vez la foto con las otras fotos en el cajón de mi escritorio. No son mis hermanas las que me persiguen noche y día, me dije, son sus rostros burlones los que, noche y día, no me dejan en paz, los que a menudo durante días, incluso durante semanas, me *atormentan*. De los miles y miles de millones de instantes de dos personas sólo hemos fijado uno, con el medio diabólico de la fotografía, me dije, y durante toda la vida acusamos a esas dos personas fotografiadas, por ese instante que muestra sus rostros burlones. Sin embargo, tengo hermanas, no sólo sus rostros burlones, me dije, agarrándome la cabeza con ese pensamiento absurdo. Tengo hermanas en Wolfsegg, no sólo dos rostros burlones que, como creo siempre, están contra mí en todas y cada una de las cosas. Ahora uno de esos dos rostros burlones se ha casado, tuve que decirme de forma consecuente, con ese fabricante de tapones para botellas de vino de Friburgo de Breisgau, ese tipo cómico, que en mi opinión tiene la cabeza demasiado pequeña para un cuerpo crecido de forma poderosa hacia los lados, ese torpón. Uno de esos rostros burlones tiene un

hombre, un marido, el otro rostro burlón no lo tiene y, como el otro lo tiene, se ha retirado por ese motivo a la Casa de los Jardineros, por decirlo así detestando a su contrarrostro, casado de repente de la noche a la mañana. Pero nunca he conseguido ver *separados* los dos rostros burlones de mis hermanas, no lo he conseguido ni haciendo los más intensos esfuerzos en ese sentido, siempre veía enseguida, una y otra vez, sólo esos dos rostros burlones de mis hermanas *juntos*. La foto muestra dos rostros burlones, me dije, pero ¿tienen realmente mis hermanas esos rostros burlones?, me pregunté. ¿Tienen en la realidad esos rostros burlones? ¿No los habrán tenido sólo en ese único instante en el que se hizo la llamada foto de Cannes, esos rostros burlones? Quizá hayan tenido esos rostros burlones realmente sólo en ese instante de Cannes, me dije, y por lo demás nunca, y ahora creo que siempre tuvieron y siempre sólo esos rostros burlones de la foto de Cannes. La fotografía es realmente el arte diabólico de nuestro tiempo, me dije, nos hace ver durante años y decenios y toda la vida rostros burlones, cuando esos rostros burlones sólo existieron una sola vez, sólo durante un solo instante en una foto, que hicimos de forma totalmente irreflexiva, cediendo a una ocurrencia súbita. Y esa ocurrencia súbita ha tenido luego un efecto devastador toda la vida, incluso enseguida horrible. Un efecto que no puede suprimirse ya, y en el que muchas veces nos vemos empujados hasta el borde de la desesperación. No puedo suprimir ya esos rostros burlones de mis hermanas, le había dicho a Gambetti una vez, al que hablé muy a menudo de los rostros burlones de mis hermanas, que realmente han desempeñado *siempre* un gran papel en mi existencia, desde que hice esa foto. *Esa foto devastadora*, había dicho con frecuencia a Gambetti. Aquí se trata sólo de los rostros burlones de mis hermanas que no puedo suprimir ya, no puedo sacarme ya de la cabeza, le había dicho a Gambetti, pero nos pasa también lo mismo con otras fotos, aunque no con un efecto tan elemental, por ejemplo con fotos de personas conocidas o famosas que hemos clasificado como importantes, piense sólo en la foto que muestra a Einstein sacando la lengua. No puedo ver ya a Einstein sin que saque la lengua, Gambetti, le había dicho a éste. No puedo pensar ya en Einstein sin ver esa lengua, esa lengua maligna, astuta, Gambetti, que saca al mundo entero, al universo entero. Y no puedo a ver a Churchill sin que saque su labio inferior desconfiadamente. Aunque hay las mayores probabilidades de que Einstein sólo sacara una vez la lengua de esa forma maligna y astuta, y de que Churchill sólo sacara su labio inferior de esa forma desconfiada en ese único instante en que le hicieron la foto. Leo los escritos de Churchill, le había dicho a Gambetti, y veo sólo continuamente ese labio inferior que saca desconfiadamente Churchill, leo algo de Einstein y me siento totalmente obsesionado por esa lengua extendida que muestra al mundo entero y, como queda dicho, al universo entero. Y llego a creer incluso que Churchill no ha escrito esas memorias, sino su labio inferior desconfiadamente sacado, que Einstein no ha pronunciado esas frases que han estremecido al mundo, sino su lengua extendida. Un día pensé ya, le había dicho a Gambetti, si me sería posible, redactando un escrito sobre los rostros burlones de mis

hermanas Amalia y Caecilia, librarme de esos rostros burlones, pero como es natural renuncié a ese pensamiento, porque se reveló pronto como uno de los más absurdos. Nunca me podré liberar de los rostros burlones de mis hermanas, le había dicho entonces a Gambetti, con esos rostros tendré que vivir, seguir mi existencia mientras dure. Aunque podría ser increíblemente útil redactar un escrito con el título: *Los rostros burlones de mis hermanas*. Pero ¿para qué?, le había dicho entonces a Gambetti. Tendría que padecer realmente el mayor de los aburrimientos para redactar un escrito así, Gambetti. Lo han impedido ya siempre esos rostros burlones de mis hermanas, le había dicho, que no me dejan en paz hasta donde puedo recordar. Naturalmente es absurdo creer que, si rasgo la fotografía de los rostros burlones de mis hermanas, me veré libre de esos rostros burlones. Si destruyo esa fotografía, haciéndola arder sencillamente. Si la corto con las tijeras en miles de pedacitos. Entonces serían mis espíritus atormentadores con tanto mayor intensidad, Gambetti. Y mis padres en la segunda foto, me dije, me causan sólo una impresión lastimosa, de ningún modo buena, una impresión ridícula, cómica, cuando, en la Estación Victoria de Londres, suben al tren de Dover. Sin equipaje, sólo con sus paraguas Burberry al brazo, mi padre con sus pantalones bombachos de hace treinta años, que se compró antes de la guerra en Viena, en el elegante establecimiento del señor Habig, en la Kärntnerstrasse, y con los que anduvo durante toda la época nazi. Lo veo siempre con esos pantalones bombachos, me dije, hasta donde puedo recordar. Incluso cuando lleva otros totalmente distintos, lleva para mí esos pantalones bombachos del señor Habig. Dice continuamente *Heil Hitler* dentro de esos pantalones bombachos de Habig, que probablemente eran muy caros, porque son indestructibles. Realmente son elegantes, me dije, pero no en mi padre, en él resultan ridículos. Con esos pantalones bombachos recibió ya en la entrada del patio al *gauleiter* de Salzburgo, llevándolo inmediatamente a las cuadras, porque pensó que eso causaría la mejor impresión al *gauleiter*, probándole enseguida, mejor que nada, lo señorial de Wolfsegg y su propio señorío. Y recibía a los arzobispos con esos pantalones bombachos, lo que era de mal gusto pero muy apropiado para la época nazi. Ahí están subiendo en Londres al tren, y mi madre estira el cuello y, por ello, el sombrero se le sostiene sólo ligeramente sobre la cabeza, de una forma grotesca, me dije ahora, probablemente sólo con un alfiler. Por qué tengo precisamente esa foto de mis padres en mi escritorio y no otra, esa foto ridícula, cómica, que muestra a mis padres ridícula y cómicamente y no de otro modo, cuando, sin embargo, no fueron siempre sólo cómicos y ridículos, me dije, la mayor parte del tiempo eran totalmente distintos, en absoluto ridículos y cómicos, sino más bien severos y distantes, y de una frialdad calculada. Mientras que los paraguas Burberry que llevaban al brazo colgaban verticalmente hacia el suelo, ellos mismos tenían la postura torcida de las personas que suben a un tren. En la foto parecen sobre todo tan cómicos y ridículos porque tienen esa postura torcida y, al mismo tiempo, esos paraguas Burberry que cuelgan verticalmente hacia el suelo, la ley de la gravedad los hace en ese instante cómicos y ridículos, naturalmente ellos no

lo saben en el momento en que los fotografían. No querían que los fotografiaran ese día, y  *fueron*  fotografiados por mí. Había cientos de fotos de mis padres que me pertenecían, pero las destruí todas, las tiré, y sólo conservé y puse en mi escritorio esa en la que aparecen ridículos y cómicos, ¿por qué?, me pregunté. Probablemente  *quería*  tener unos padres ridículos y cómicos en la foto que conservé, me dije. Quise también tener una foto de mi hermano, en la que no apareciera  *tal*  como es realmente, sino una foto que lo mostrara ridículo,  *como yo quiero verlo, en una postura ridícula*  sobre un barco de vela, en el lago de Wolfgang, ese hombre indudablemente guapo, de repente ridículo, insignificante, perverso, incluso tonto, torpe, al que no puede tomarse en serio. Siempre había querido tener sólo esa foto de mi hermano que lo representaba ridículamente, le había dicho un día a Gambetti, había querido tener un hermano ridículo, cómico, lo mismo que quería tener padres ridículos, cómicos, no hermanas y sí sólo sus rostros burlones, Gambetti, ésa es la verdad. Tenemos todos una naturaleza diabólica, que se muestra en esas pequeñeces, como decimos, detalles accesorios como las fotografías que coleccionamos. De esa forma se demuestra nuestra bajeza, nuestra vulgaridad, nuestra desvergüenza. Y eso por ninguna otra razón que nuestra debilidad, porque, si somos sinceros, tenemos que reconocer que somos mucho más débiles que los que queremos ver débiles, mucho más ridículos que los que queremos ver ridículos, cómicos, sin carácter. Somos  *nosotros*  ante todo los sin carácter, los ridículos, los cómicos, los perversos, Gambetti, y no a la inversa. Al conservar esas fotos y no otras de los míos, y además en mi escritorio, para poder contemplarlas en cualquier momento, demuestro francamente mi vulgaridad, mi desvergüenza y falta de carácter. Sólo tenía que abrir el cajón de mi escritorio para deleitarme con mis imposibles hermanas y sus rostros burlones, le había dicho un día a Gambetti, para deleitarme con la ridiculez de mis padres, con la desafortunada actitud de mi hermano, para fortificarme en un momento de debilidad sacando las fotos del cajón del escritorio y contemplando y tranquilizándome con esa vulgaridad, tengo que decir. Hasta qué punto es bajo el ser humano lo vemos en ese ejemplo. Describimos a los otros como innobles y bajos y buscamos para ello todos los argumentos imaginables, y lo somos nosotros mismos en medida mucho más grave aún. Cuando deberíamos escondernos nosotros mismos en el cajón del escritorio como una foto ridícula y cómica, escondemos a los nuestros, para, en caso necesario, abusar de ellos para nuestros fines totalmente innobles, le había dicho a Gambetti. Naturalmente, le había dicho, hay personas que guardan de los suyos las fotos que muestran a los que representan de una forma favorable, pero yo no soy de éstos, yo guardo las cómicas, las ridículas, porque en el fondo soy una persona completamente débil, y por consiguiente también, completamente, un carácter débil. Prescindiendo del hecho de que toda foto es una falsificación innoble, las hay sin embargo que, por decirlo así, guardamos en honor y por amor de los que representan, y las hay que ponemos en nuestro escritorio o colgamos de las paredes por bajeza y odio hacia los representados. Por desgracia tengo que decir que pertenezco absolutamente a esta

abyecta categoría últimamente nombrada. A cierta edad, le había dicho a Gambetti, hacia los cuarenta, conseguimos a menudo representarnos como somos realmente, con todas nuestras bajezas, lo que, antes de esa edad, ni siquiera se nos hubiera ocurrido nunca. A partir de esa edad, dejamos a veces que pueda verse nuestro interior, de una forma espantosa. A mi edad, Gambetti, hemos abierto ya bonitamente las cortinas que, durante decenios, estaban tan bien cerradas que casi nos asfixiábamos detrás. Un día estarán completamente abiertas, le había dicho a Gambetti. ¿Cómo reaccionarán mis hermanas, había pensado yo, cuando me presente ahora ante ellas, por decirlo así como administrador de la herencia y heredero? ¿Me recibirán también ahora de esa, como siempre me ha parecido, *forma desvergonzada*? No me atreví a continuar ese pensamiento, me guardé muy bien. *Los supervivientes*, mis hermanas y yo, me dije. Han sobrevivido precisamente aquellos de los que nunca se pensó que sobrevivirían. Porque de mí habían pensado siempre que perecería por mi, como la llamaban siempre, *falta de aliento*, en cualquier sitio, salvo en Wolfsegg, posible y probablemente, pensé ahora, *ellos* esperaban siempre un telegrama con la noticia de que yo había muerto. Y habían sobrevivido mis hermanas, que, por su absoluta insignificancia, así mi madre siempre, no eran tomadas en cuenta en ningún pensamiento fundamental y existencial. Pero yo no había esperado nunca un telegrama que dijera que *mis padres habían muerto*. Mucha gente teme siempre esa clase de telegramas, pero yo nunca había temido esa clase de telegramas. Hay millones que viven continuamente, día tras día, temiendo uno de esos telegramas, le había dicho a menudo a Gambetti, que les comunique la muerte de los que quieren o estiman. Yo nunca había temido esa clase de telegramas. Cuando vemos fotografías como las que tengo ahora sobre mi escritorio pensamos que los representados en esas fotografías no son, por lo menos en esas fotografías, peligrosos para nosotros, cuando en realidad, posiblemente, son los peligrosos. Los mortales. Los representados en las fotografías tienen, todo lo más, diez centímetros de alto y ni siquiera nos contradicen. Les decimos a la cara las mayores monstruosidades y ni siquiera nos contradicen, los atacamos y no se defienden, podemos decirles a la cara lo que queramos, y no se mueven. Pero precisamente eso nos da rabia y nos enfurecemos más. Maldecimos a los de las fotografías porque no nos responden, porque no nos contestan, cuando nada esperamos ni necesitamos tanto como su contestación. Nos peleamos por decirlo así con enanos microscópicamente reducidos, y nos volvemos locos, le había dicho un día a Gambetti. Abofeteamos a enanos microscópicamente reducidos y, al hacerlo, enloquecemos todo lo que hay en nosotros. Incluso nos dejamos arrastrar, le había dicho a Gambetti, a insultar a cabezas que sólo tienen un centímetro de diámetro, Gambetti, poniéndonos así totalmente en ridículo. Contemplo a mis padres en la foto, mientras, apenas de diez centímetros de altura, suben al tren de Dover en la Estación Victoria y los insulto, diciendo, qué criaturas más ridículas fuisteis siempre y, en ese momento, no me doy cuenta de lo ridículo que me he hecho al hacerlo, mucho, mucho más ridículo de lo que mis padres pudieron ser nunca, y no lo fueron,

Gambetti. Idiota, le digo a mi hermano que no tiene diez centímetros de alto, hermanas perversas, a las que no tienen siquiera ocho centímetros en la terraza de Cannes. Hacer una fotografía quiere decir burlarse de un ser humano, Gambetti, le había dicho y, en tal medida, los que fotografían, incluso cuando han llegado a una profesión y posiblemente incluso a un arte elevado en esa esfera, no hacen más que burlarse de los seres humanos. La fotografía en sí es la mayor burla que existe, por decirlo así, la mayor burla mundial. Sin embargo, le había dicho a Gambetti, hoy hay ya cien mil personas más fotografiadas que reales, lo que no quiere decir otra cosa que naturales, eso debería dar que pensar. Qué contento estoy, le había dicho a Gambetti sólo dos días después de mi regreso de Wolfsegg, de estar otra vez aquí y haber escapado por algún tiempo al Norte, con sus estupideces. A las garras de mi familia, sobre todo a las exaltaciones de mi madre, al continuo refunfuñar de mi padre, al mal tiempo de ese país. Durante tres cuartas partes del año tenemos allí mal tiempo y, cuando creemos que ha llegado la primavera, hacen falta meses para que realmente llegue y luego se convierte enseguida en verano, que es cada vez más corto. Y el otoño, en sí y de por sí la más hermosa estación del año allá, es un fastidio para todas las personas de ese país donde impera un mal clima, tengan gota o reumatismo, les recuerda ya en octubre, con sus frecuentes tormentas y sus heladas, que su existencia está continuamente amenazada. Por no hablar del invierno allí, que lo hace todo insostenible cuando se tienen más de treinta años. Pero la gente de aquí no sabe en qué región climática más única vive, siempre suspira sólo por el fresco Norte, por los abetos, por los lagos de montaña, por la vivificante alta montaña. Comprende, Gambetti, unos suspiran por el Sur, otros por el Norte, y así son todos siempre, en gran medida al menos, igualmente infelices. En este instante, sin embargo, disfruto de este aire refrescante y sin embargo cálido, de estas gentes ruidosas, pero sin embargo agradables, *de su despreocupación*, le había dicho. En Wolfsegg llevaba el abrigo de invierno, aquí ando por ahí con la camisa abierta y el jersey al hombro. Ésa es la diferencia. La gente aquí no está abrumada por prendas que pesan kilos, los pesados zapatos, las pesadas chaquetas, los gruesos sombreros de fieltro, van por la calle con la ropa más ligera y se sientan a comer al aire libre casi durante todo el año. Me oigo exclamar todavía *¡no en mucho tiempo!*, pensé, entendiéndolo por ello que no volvería a Wolfsegg en mucho tiempo, mientras que ahora, a causa del telegrama, me veo obligado a volver a Wolfsegg en el plazo más breve posible. Sin embargo, creía poder aplazar ahora esa evidencia, mediante una actividad absoluta, quedándome sentado sencillamente ante el escritorio y contemplando las fotografías, sometiéndolas a una contemplación más profunda que simplemente detenida, no las había perdido ya de vista en todo el tiempo, y había puesto al lado y extendido el telegrama, deletreando continuamente el breve texto con la noticia de la muerte que tenía ante mí, una y otra vez, según me pareció, hasta el límite de la locura. A diferencia de mí, mi hermano era un hombre tranquilo, en Wolfsegg yo fui siempre *el alma inquieta, el punto de apoyo*. Mis padres lo

calificaban siempre de contento, a mí siempre de descontento. Cuando habíamos hecho algo juntos, siempre me echaban la culpa, como suele decirse, no a él, a él le creían cuando se justificaba, a mí no. Si, por ejemplo, yo había perdido dinero que, por alguna razón, se me había confiado, no me creían que lo hubiera perdido, por mucho que lo asegurase, pensaban más bien que sólo fingía haber perdido el dinero y que me había quedado con ese dinero, mientras que a mi hermano le creían inmediatamente que había perdido el dinero. Que lo había perdido en el bosque, les había dicho él por ejemplo, y le habían creído al instante, si yo les decía lo mismo, no me creían, de ningún modo, y tenía que justificarme siempre largo tiempo e intensamente. Una vez, mi hermano me había arrojado al estanque situado detrás de la Villa de los Niños, sin intención o con ella, me había empujado al pasar por mi lado, porque los dos estábamos jugando en el dique del estanque, que no era ancho y dos personas no podían cruzarse en ese dique. Me costó el mayor esfuerzo mantenerme a flote sin hundirme, creía realmente que me iba a ahogar y, al mismo tiempo, creía que, posiblemente, mi hermano no me había tirado al estanque por descuido o por torpeza, sino deliberadamente, ese pensamiento me atormentó mientras luchaba en el estanque por mi vida. Mi hermano no había estado en condiciones de ayudarme sin ponerse a sí mismo en peligro, realmente en peligro de muerte. Como es natural, había hecho muchos intentos de ayudarme, pero esos intentos habían fracasado. El estanque es profundo y, desde luego, un niño se hunde inevitablemente y se ahoga si no puede mantenerse en la superficie, le había dicho a Gambetti. Sin embargo, en el instante en que creía con seguridad que me iba a ahogar, logré agarrarme a un anillo de hierro sujeto al muro bajo el agua, destinado a amarrar las pequeñas barcas que teníamos en el estanque, y pude salir. Cuando mis padres, al llegar a casa, me pidieron explicaciones de por qué estaba completamente empapado, y no les dije la verdad sino realmente una mentira, al decirles, porque quería proteger a mi hermano, que me había caído al estanque por accidente, me dijeron al instante que me había tirado deliberadamente al estanque para poner a mi hermano en un aprieto. Cuando dije que no, que me había caído de forma completamente imprevista, me insultaron, llamándome mentiroso, atrajeron hacia sí a mi hermano, como si quisieran protegerlo, y me enviaron abajo a la cocina, con mi ropa empapada, para que pudieran ponerme otra seca. Mi hermano había guardado silencio todo el tiempo, sin decir palabra, no había dicho la verdad, ni siquiera, al menos, que yo me había caído al estanque sin ninguna culpa, observaba toda la triste escena sin hacer ningún gesto para aclarar nada o dejarme en mejor lugar, al contrario, como si buscara protección, apretaba la cabeza contra el regazo de mi madre, lo que sólo empeoraba todo el asunto para mí. Cuando me caía y me rompía los calcetines, me reñían enseguida por mis calcetines rotos, pero no pensaban en consolarme por haberme herido al mismo tiempo las rodillas y sangrar y tener grandes dolores, me reñían durante horas y, por la noche, cuando había olvidado ya mi desgracia, se dedicaban otra vez a reñirme, como si les alegrara reñirme y



hacerme llorar. A mi hermano lo consolaban cuando tenía la más pequeña herida, a mí ni siquiera cuando me había hecho heridas grandes. Cuando yo iba, para ellos con demasiada frecuencia y, luego, siempre demasiado tiempo, a ver a los jardineros, me reprendían una y otra vez, porque no querían que fuera a ver a los jardineros que, según creían, ejercían en mí *una mala influencia*, hubieran querido que fuera a ver a los cazadores, a los que atribuían una buena influencia sobre mí, pero yo aborrecía a los cazadores, como queda dicho, e iba siempre a ver a los jardineros, a los que quería, y mis padres me reñían cada vez cuando se enteraban de que había estado con los jardineros, y reñían al mismo tiempo a los jardineros que, como decían, habían tenido tratos conmigo, esos jardineros que siempre les parecieron sumamente perniciosos, así mi madre, para mí. Cuando mi hermano iba a ver a los cazadores, le decían cada vez, qué bien que hayas estado con los cazadores, eso nos gusta, y lo hacían siempre de forma que yo tuviera que oírlo y cuando estaban seguros de herirme. Cuando un día fui a ver a los cazadores, porque, por alguna razón, no quise ir por una vez a ver a los jardineros sino a los cazadores, ya no recuerdo la verdadera razón y, a su pregunta de dónde había estado, respondí que con los cazadores, no me creyeron y me abofetearon delante de mi hermano, que sabía muy bien que yo había estado con los cazadores, porque él había estado conmigo con los cazadores, y mi hermano se calló, y no dijo, para venir en mi ayuda, la verdad. Sin más se quedó callado también cuando mi madre me dio un bofetón por esa mentira, según ella, aunque yo le había dicho la verdad. Tampoco cuando yo era ya adulto me creían mis padres en ningún caso, según recuerdo. Cuando tenía visita y me preguntaban el nombre de la visita, quién me había visitado, y yo les decía el nombre de la visita y quién me había visitado, no me creían, decían entonces siempre que ya sabían *quién* me había visitado, en cualquier caso no el que yo pretendía que me había visitado. Si había estado en Wels y me preguntaban dónde había estado y les respondía que en Wels, me decían que no había estado en Wels, ellos sabían dónde había estado en realidad, en Vöcklabruck, en Linz, en la Estiria, salvo en Wels, y en ningún caso se hubieran dejado convencer de lo contrario. Nunca me creían nada, sólo siempre que tenían en mí no sólo un mentiroso totalmente normal sino, como decía siempre mi madre, un mentiroso nato. ¿Qué haces todo el tiempo en la biblioteca?, me preguntaban cuando venía de la biblioteca, daba igual de cuál de nuestras bibliotecas que, en el fondo, les resultaban sospechosas y realmente yo era de ellos el único que visitaba una y otra vez nuestras bibliotecas. ¡Desde luego no leer!, me decían, pidiéndome explicaciones. De nada servía que les asegurase que realmente había ido a la biblioteca con el único objeto de leer. Vas a la biblioteca para poder dedicarte a tus *pensamientos aberrantes*, había dicho siempre mi madre, sin tomar nunca en consideración que yo decía continuamente, no, he ido a la biblioteca para leer y por ninguna otra razón, y tampoco he hecho allí ninguna otra cosa. Continuamente aseguraba yo que sólo había estado en la biblioteca para leer, que me había quedado allí *para leer*. Ella no me dejaba en paz, me llamaba mentiroso y pretendía

ininterrumpidamente que yo había estado en la biblioteca para dedicarme a mis *pensamientos aberrantes*. Cuando yo le pregunté qué entendía por *pensamientos aberrantes*, me tildó, como tantas veces desde los primeros años de mi infancia, de manzana de la discordia, sin responder a mi pregunta, que yo era desvergonzado y mentiroso, me dijo además, dejándome sencillamente plantado. A cada instante sospechaba que yo me dedicaba a *pensamientos aberrantes*, sin saber probablemente nunca ella misma qué eran esos pensamientos aberrantes, pero se había acostumbrado a reprochármelos, ni siquiera en compañía estaba yo a salvo, ella decía también en presencia de extraños, que comían con nosotros, la mayoría de las veces de aquellos que eran siempre los más repulsivos, pertenecientes a la llamada clase media de las pequeñas ciudades circundantes, que ella conocía de la infancia y con los que tenía un trato regular, que yo me dedicaba siempre a mis *pensamientos aberrantes*. Tengo que decir que mi madre quería a mi hermano Johannes sobre todo porque él nunca sentía la necesidad de visitar alguna de las bibliotecas, a cada instante ella decía también, Johannes no va a la biblioteca para dedicarse a *pensamientos aberrantes*, va a la Casa de los Cazadores, donde hay alegría. Sin embargo, la alegría de la Casa de los Cazadores, según mis concepciones y según mi experiencia, fue siempre bastante innoble y abyecta, los cazadores tenían una alegría innoble y abyecta que consistía en contar chistes malos y totalmente vulgares, que yo nunca podía encontrar alegres sin tener la sensación de mancharme, ésa fue siempre también la principal razón de que aborreciera la Casa de los Cazadores, mientras que esos chistes malos y totalmente vulgares y abismalmente primitivos gustaban siempre a mi madre, nada la regocijaba tanto como esos chistes, siempre salía de la Casa de los Cazadores con lágrimas en los ojos de tanto reírse, lo que hasta mi padre calificó una vez de perverso. Tú vas a la Casa de los Jardineros, me decía ella siempre, donde todo es tan insulso, eso es típico. Nunca le pareció demasiado tonto pasarse la mitad de la noche cantando con los cazadores sus estúpidas canciones, sentada en un banco con los cazadores y arrimada a esos cazadores, dejándose no sólo hablar de una forma nada equívoca, sino también, a horas avanzadas, toquetear también y pellizcar en el trasero, como tengo que decir. Cuando mi hermano terminaba sus deberes escolares y se los enseñaba, decían siempre que había hecho bien sus deberes, cuando yo hacía lo mismo, ponían al menos algún reparo, observaban aquí un error, allá una incorrección, y me sermoneaban siempre por mi, como decían siempre, letra ilegible. Si mi hermano traía una buena nota a casa, lo elogiaban como es natural, mientras que de lo mismo, en mi caso, sólo tomaban nota con un movimiento de cabeza amable más bien forzado. Recuerdo que a mi hermano, a diferencia de lo que hacían conmigo, dándome siempre algo raído, le daban siempre la mejor ropa de cama, almohadas de la mejor calidad, no remendadas como a mí. Yo tenía que llevar los calcetines más tiempo que él, los abrigos, las chaquetas, de nada servía que les rogara que me dejaran ponerme los nuevos como mi hermano, al que se lo permitían cuando sus calcetines, abrigos, chaquetas, etcétera, estaban usados o sucios de forma

insignificante, a mí no me lo permitían. Siempre decían luego que yo era un *derrochador*, a mi hermano nunca le aplicaban el calificativo de *derrochador*. Mis padres nunca fueron, según creo, justos conmigo, porque ya en mi primera infancia habían tenido la sensación de que yo era posiblemente superior a ellos, no puedo determinar exactamente qué fue lo que les produjo ese temor. Sólo mis abuelos eran justos conmigo, me trataban exactamente igual que a Johannes, para ellos no había ninguna diferencia entre un nieto y otro, en cualquier caso no hacían ninguna diferencia entre nosotros. Mientras vivieron nuestros abuelos, los dos, Johannes y yo, tuvimos también en Wolfsegg nuestra mejor época. Como es natural, le dije un día a Gambetti, porque nuestros abuelos, por naturaleza, no tenían ninguna preferencia. Cuando murieron, me di cuenta enseguida de que mis padres querían castigarme por haber sido tratado siempre por mis abuelos, según creían, mejor que mi hermano, lo que no es verdad, eso sólo se lo habían imaginado siempre mis padres, sobre todo mi madre. Era como si, después de la muerte de nuestros abuelos, nuestros padres hubieran pensado, ahora tenemos que dedicarnos a Johannes, siempre perjudicado por los abuelos, y tratarlo especialmente bien a él, siempre postergado por los abuelos, que ha tenido que sufrir siempre por la preferencia dada a su hermano, es decir a mí, pero mi hermano nunca fue perjudicado por nuestros abuelos, lo mismo que yo tampoco favorecido por ellos, ésa es la verdad, nuestros padres sólo se habían puesto de acuerdo en la idea de que yo había sido el favorecido por nuestros abuelos y mi hermano el perjudicado para hacerme sentir en adelante exactamente lo que se imaginaban pero nunca había correspondido a la verdad. Por eso trataron siempre a mi hermano Johannes, desde la muerte de nuestros abuelos, con benevolencia, y a mí, en cambio, siempre con aversión, y su preferencia por Johannes se desarrolló con el tiempo hasta hacerse, según creo, realmente insoportable para mí, lo mismo que su aversión hacia mí, con el mismo efecto. Se habían acostumbrado a querer a mi hermano y a aborrecerme a mí, dicho sea en pocas palabras. Es absurdo, le había dicho a Gambetti en el Pincio, que precisamente en una casa con cinco bibliotecas el pensamiento y el espíritu en suma no sólo sean poco apreciados, sino realmente despreciados. A los primeros que construyeron Wolfsegg y vivieron en él, una sola biblioteca, como tengo que suponer, no les bastó, tenían una necesidad natural de espíritu y de pensamiento, eran pensadores apasionados y, por consiguiente, trabajadores del pensamiento, tenían, según creo, el pensamiento como tarea principal, como prueban tantos de sus testimonios que todavía poseemos, estaban convencidos de que lo más alto de la existencia humana es llevar una vida en el pensamiento, una vida en el espíritu, no una vida en lo cotidiano y en la estupidez cotidiana, como los míos. Qué tiempos aquellos, en que la razón se elevaba al pensamiento y se hacía del pensamiento el mandato supremo, como sabemos. Hoy, todo lo que en otro tiempo caracterizó Wolfsegg se ha atrofiado, porque ha sido echado abajo de una forma totalmente deliberada por los descendientes; lo han arrastrado realmente por el barro en el último siglo y, sobre todo, en los últimos

decenios. No sólo se permitieron una biblioteca, le había dicho a Gambetti, sino cinco, la de arriba a la izquierda lo mismo que la de arriba a la derecha, la de abajo a la izquierda lo mismo que la de abajo a la derecha, y la biblioteca de la Villa de los Niños, todas las ciencias del espíritu tuvieron allí su sitio durante siglos, todas las direcciones del espíritu, todas las artes. Una vez me atrincheré en la biblioteca de arriba a la izquierda, Gambetti, para leer el *Siebenkäs* de Jean Paul, libro, por cierto, que a mi tío Georg le gustaba especialmente. Durante horas leí ese libro, olvidándome poco a poco de todo lo que me rodeaba, y también de que, en ese tiempo en que estuve absorto en el *Siebenkäs*, hubiera tenido que ayudar a mi madre a ordenar sus cartas. Había olvidado su orden de presentarme a las seis, como todos los sábados por la tarde, para ordenar sus cartas en su llamado despacho, el *Siebenkäs* me había hecho realmente olvidarlo todo en la biblioteca de arriba a la izquierda, y también la orden de mi madre. Todos los sábados, de seis a siete de la tarde, ella se sentaba en su despacho y hacía que yo, o alternativamente Johannes, ordenase precisamente las cartas que le habían escrito la semana anterior, exactamente por su orden de llegada. Una vez que había ordenado las cartas, tenía que depositarlas en un lugar determinado de su escritorio. Mientras ordenaba las cartas, tenía la posibilidad de hablar tranquilamente con mi madre, lo que de otro modo no era nunca posible. Mientras yo ordenaba esas cartas, ella despachaba su correspondencia, y me daba oportunidad de consultarle a ella sobre todas las cuestiones imaginables. Esa oportunidad no la tenía de otro modo. Aunque nunca le gustaba que le hiciera preguntas, porque consideraba siempre mis preguntas como poco razonables, le podía hacer preguntas mientras ordenaba las cartas, y ella respondía a mis preguntas. En el fondo, ese ordenar las cartas en el despacho de mi madre era la única oportunidad de acercarme siquiera a ella, en esa hora escasa de antes de la cena. Entonces ocurría también que ella me dijera alguna palabra amable, incluso, de vez en cuando, alguna palabra cariñosa. A menudo me había parecido, mientras ordenaba esas cartas, que al fin y al cabo yo quería también a mi madre y con el mayor cariño, cuando la observaba de perfil encontraba su rostro hermoso, mientras que, de otro modo, me irritaba siempre por su vulgaridad. La lámpara del escritorio, que ella había encendido y que arrojaba sobre su rostro una luz muy tenue, sentaba muy bien al rostro de mi madre, le había dicho a Gambetti en el Pincio, era en esos momentos para mi madre una luz muy favorable. Cuando yo ponía las cartas ordenadas sobre su escritorio, ocurría que ella levantara la vista de su correspondencia y, con una especie de tierno afecto, me pusiera la mano en el pelo. Sin embargo, como si en el instante en que ese gesto le había sido posible la hubiera avergonzado otra vez, siempre retiraba enseguida la mano y me despedía. Como si hubiera pensado en esa ocasión, al fin y al cabo no es Johannes, había retirado la mano de mí, dedicándose otra vez bruscamente a su correspondencia. Pero la verdad es que yo quería decir otra cosa, Gambetti, le había dicho a éste en el Pincio. Me había retirado a la biblioteca de arriba a la izquierda con el *Siebenkäs*, olvidándome de que tenía que ordenar las

cartas. Eran las nueve cuando, de pronto, me desperté más o menos sobresaltado del *Siebenkäs* y, dejando el libro, salí de la biblioteca, que en el fondo, como usted sabe, me estaba prohibida, y fui a reunirme abajo con los míos, que entretanto habían cenado hacía tiempo. El *Siebenkäs* me había tenido inmóvil durante cinco horas atado al sillón de la biblioteca, y no sólo me había olvidado de ordenar las cartas sino también de la cena. Bajé, Gambetti, y todos estaban sentados en el llamado salón verde, sin hacer otra cosa, como había visto enseguida, que esperarme. Me recibieron sin decir palabra. Al cabo de un rato, durante el cual mi hermano Johannes, según me pareció, sólo esperaba aquello con una repulsiva alegría maligna, mi madre, sin mirarme, me pidió explicaciones, dónde había estado, qué me había hecho dejar de ordenar las cartas, cómo se me ocurría rematar mi desvergüenza en general con una impertinencia como hacer sencillamente caso omiso del ordenar las cartas y de la cena, porque no había ningún motivo, por lo menos ninguno que pudiera imaginarse, para hacer caso omiso del ordenar las cartas, dejarlos plantados en la cena, y causar a todos el mayor miedo sobre dónde podría estar realmente, habían pensado en todas las desgracias imaginables de las que hubiera podido ser víctima, en todos los horrores imaginables. Y que si tenía yo perfecta conciencia de que había causado sobre todo a ella, mi madre, una angustia mortal. No hay absolutamente ningún motivo que te autorice a no aparecer para ordenar las cartas, y tampoco ningún motivo para hacer caso omiso de la cena. Mi madre no se había dignado todavía dirigirme ni una mirada. De pronto me miró a la cara y me dijo: *¡eres un monstruo!* ¡A menos que me engañe por completo, estabas en la biblioteca! ¿Y qué has hecho allí? Te has dedicado otra vez a tus *pensamientos aberrantes*, me dijo. Mi padre y mis hermanas y hermano aguardaban con interés el momento culminante de la acusación, concentrando toda su atención en mí, que me había quedado al lado mismo de la puerta, lleno de miedo. Yo tendría entonces quizá nueve o diez años, no lo recuerdo ya bien, le había dicho a Gambetti. Todo en mí y dentro de mí temblaba. Por pequeñas que fueran mis hermanas, no se podía ver en ellas más que una infame excitación dirigida contra mí, un ansia de algún castigo sensacional para mí, impuesto por mi madre, que seguía atacándome implacablemente. Bueno, ¿qué has hecho realmente en la biblioteca?, había dicho mi madre, a lo que yo había respondido: estaba leyendo el *Siebenkäs*. Ante esa afirmación mía, ella se puso en pie de un salto y me abofeteó, enviándome a la cama. El verdadero castigo consistió en que, durante tres días, no pude salir ya de mi habitación, mi madre la había cerrado con llave, dejándome durante esos tres días enteros sin ninguna clase de alimento. Yo me había sentado ante mi mesa y, durante esos tres días enteros, no había hecho otra cosa que llorar. Delante de mi puerta, mis dos hermanas correteaban todo el tiempo de un lado a otro, gritando ininterrumpidamente con la mayor alegría maligna *Siebenkäs, Siebenkäs, Siebenkäs*. Si un día lee ese *Siebenkäs*, querido Gambetti, le había dicho a éste en el Pincio, no olvide esa pequeña historia. ¿Se acordará Gambetti hoy, cuando, después de tanto tiempo, le he dado realmente para leer el *Siebenkäs*, de esa historia?,

me pregunté. Todos los libros que leí en Wolfsegg tienen una *historia posterior* semejante, están unidos para toda mi vida a una *historia posterior* (¡o a una *historia anterior*!) así, pensé, aunque no siempre sea tan triste como la que está unida para mí al *Siebenkäs* de Jean Paul. Mi madre, Gambetti, no tenía la menor idea de qué era el *Siebenkäs* y creyó que yo le tomaba el pelo, le había dicho a Gambetti. Cuando mi madre estuvo en Roma, le había dicho a Gambetti, hará tres años en otoño, lo recuerda usted, le enseñé como es natural la ciudad. Pero ella se aburría mortalmente y sólo quería ver siempre las tiendas famosas, sobre todo las del Corso y las de la Via Condotti, tenía una larga lista de nombres de esas tiendas famosas y sólo hacía sus recorridos en función de esa lista, ella había anotado esas tiendas famosas unas debajo de otras por orden alfabético, lo que había sido un error, como tuvo que comprender pronto, porque las tiendas, naturalmente, no estaban próximas como en su lista alfabética sino, con mucha frecuencia, muy lejanas entre sí. Visitamos una tienda famosa tras otra, sobre todo las que están en las proximidades de la Piazza di Spagna, y en ninguna estuvimos menos de media hora, en la mayoría ella se pasó casi una hora, lo que casi me volvió loco. Al fin y al cabo mi madre es también una fanática de las joyas totalmente primitiva, le había dicho a Gambetti, y por esa razón se apresuraba a ir de un joyero a otro, buscando no sólo uno sino todo un montón de anillos y collares de su gusto. Yo la acompañaba, como puede imaginarse, de mala gana, pero no tenía otro remedio. La verdad es que yo mismo soy, como usted sabe, enemigo de los que no ven más que monumentos e iglesias célebres, pero nunca he visto semejante falta de respeto, como tengo que decir, impudicamente exhibida, hacia todos esos tesoros culturales indudablemente prodigiosos. Mi madre entró en la iglesia de San Pedro, yo la había llevado allí y ella se entusiasmó, como es natural, precisamente ante el altar de Bernini, que yo aborrezco, pero por lo demás, durante su estancia en Roma, no vio más que la decoración interior de las joyerías y casas de modas de Roma. Se alojó, siguiendo mi propuesta, en el Hassler, que sin embargo le resultaba demasiado pasado de moda. Allí criticaba todas y cada una de las cosas, aunque el Hassler es, sin lugar a dudas, el mejor hotel de Roma y quizá, incluso, uno de los tres o cuatro mejores del mundo. Nada le parecía a ella suficientemente bueno. Finalmente, ella había comprado tantas cosas, le había dicho a Gambetti, que ya no sabía dónde meterlas, las cajas se amontonaban en su habitación. Estábamos invitados a cinco cenas de parientes, naturalmente también en casa de nuestro amigo Zacchi, pero sólo fue a una, pero no, como quizá piense usted, a la de nuestro amigo Zacchi, muy digno de respeto, sino a la del embajador austríaco, en donde, como puede imaginarse, todo fue tan aburrido como siempre, sólo porque para ella era lo más representativo, todas aquellas gentes que asistieron a la cena del embajador eran los habituales diplomáticos sin espíritu y estúpidos y sus estúpidas mujeres todavía con menos espíritu, que devanaron durante dos horas sus sandeces mundanas. Pero sin duda se preguntará por qué menciono todo eso, le había dicho a Gambetti, y es porque en el camino del Hassler a la embajada austríaca mi madre me preguntó de

repente bruscamente, de pronto y de forma totalmente inesperada, después de tantos años, incluso decenios, qué era realmente ese *Siebenkäs* con el que, hacía decenios, le había tomado el pelo. Durante decenios había recordado esa escena del *Siebenkäs*, le había dicho a Gambetti. Aquella escena del *Siebenkäs* le había causado una impresión tan grande como a mí, como yo comprobaba ahora. Habíamos salido del Hassler, en una de esas espléndidas noches romanas, Gambetti, en las que se cree estar realmente en el Paraíso y, después de unos pasos, me había preguntado: ¿qué es realmente ese *Siebenkäs*, puedes decírmelo? Y yo le había dicho que *Siebenkäs* era una invención de Jean Paul. Pero como ella tampoco sabía quién era Jean Paul, le había tenido que decir enseguida que Jean Paul era un escritor, el escritor que había escrito el *Siebenkäs*. Ah, dijo entonces ella, ¡si lo hubiera sabido! Yo había creído que *Siebenkäs* era una invención tuya contra mí, una artimaña innoble. Pero, mientras que yo me había reído a carcajadas en el camino del Hassler a la embajada de Austria por toda esa revelación, para lo que había toda clase de razones, mi madre sólo guardó silencio. Entonces quiso saber aún si era verdad que Jean Paul era un escritor y el *Siebenkäs* una obra de ese escritor, porque al principio no quería creerme, porque nunca quería creerme, Gambetti. Así que el *Siebenkäs* es una obra literaria y Jean Paul un escritor, había dicho mi madre varias veces aún en el camino de la embajada de Austria. Habíamos ido a pie a la embajada de Austria. Cuando habíamos recorrido ya aproximadamente la mitad del camino, casi sin decir palabra, ella me dijo de repente: ¿y Kafka es también un escritor? Sí, Kafka es también un escritor. Lástima, había dicho ella entonces, yo creía que eran todas invenciones tuyas. Lástima. No había podido calmarse al saber que Jean Paul y Kafka eran escritores, que habían escrito el *Siebenkäs* y *El proceso*, y no invenciones mías contra ella, mi madre, naturalmente. Ya ve, le había dicho a Gambetti, en qué estado intelectual se encuentra mi familia. En qué estado se encuentra Wolfsegg. Cinco bibliotecas, Gambetti, y ni idea de nuestros grandes escritores y poetas, por no hablar de los grandes filósofos que hacen época, cuyos nombres mi madre no había oído nunca, al menos nunca conscientemente. Desde luego, mi padre conoce esos nombres, pero tampoco lo que esas gentes han pensado o escrito, aquel agricultor era también, en el fondo, sólo un primitivo detractor del espíritu, para quien las vacas y los cerdos lo significaban todo, y el espíritu, más o menos nada. Si mi padre hubiera podido elegir entre la compañía de Kant y la de un cerdo cebado premiado en Ried, en la región del Inn, un famoso mercado de ganado, le había dicho a Gambetti, se hubiera decidido al instante por este último. En aquella época, cuando estuvo en Roma, no le presenté a mi madre, Gambetti, le había dicho a éste, porque mi madre no le hubiera mostrado la menor comprensión. Sólo hubiera criticado, por ejemplo, que no llevara corbata y que, en lugar del cuadro de gravámenes del impuesto sobre la renta, llevase bajo el brazo un libro filosófico. Aunque realmente se perdió usted algo, le había dicho a Gambetti. A esa cena del embajador llegamos naturalmente demasiado tarde, todos estaban ya allí, esperándonos. Esas gentes están allí y se cumplimentan mutuamente y sacan a relucir

su origen y sus condecoraciones, diciendo a cada instante que han estado acreditados en el Japón, en Persia o en el Perú, revolviendo ininterrumpidamente sus viejas historias diplomáticas hace mucho tiempo rancias. Dicen continuamente que conocen todo lo imaginable y nada más, y que se aburren en sus pisos de la ciudad tanto como en sus propiedades del campo. Hablan de libros como si se tratara de un pan crujiente bastante insulso, y entienden de dirigir una orquesta sinfónica lo mismo que de Spinoza, de Heidegger lo mismo que de Dante y, sin embargo, al observador perspicaz le parece siempre que lo han visto todo y no han visto nada. En resumidas cuentas, mi madre no queda mal en esas recepciones, porque ni se sale de su papel ni de su marco, y su despreocupado parloteo provinciano, en el que triunfa todo el absurdo de su existencia ridícula, divierte a los de la gran ciudad. Como acompañante suyo, estoy condenado al silencio y, en definitiva, soy ridiculizado por ella. Cuando volvíamos de la embajada a casa, hacia las doce, me preguntó otra vez si había dicho la verdad al afirmar que Jean Paul era un escritor y el *Siebenkäs* una de sus obras literarias. Como nunca me creyó nada, Gambetti, tampoco me había creído en eso. Al fin y al cabo, mi madre vino a Roma sólo para satisfacer su curiosidad, le había dicho a Gambetti, porque quería saber sin falta *dónde y cómo vivía yo*. Obsesionada por esa curiosidad, un día se había subido al tren y había ido a Roma, para averiguar todo lo referente a mí, como lo había calificado mi tío Georg. La Piazza Minerva no le había dicho nada, el Panteón sólo era para ella una palabra monstruosa conocida de oídas, Gambetti. Con todo, el que yo hubiese alquilado uno de los pisos más hermosos de Roma y lo ocupara también le había hecho al principio realmente una gran impresión, *en un auténtico palazzo*, había exclamado ya enseguida al entrar en el edificio en el que tengo mi vivienda en el tercer piso, con vista sobre el Panteón, le había dicho yo, ahora lo verás. No se lo esperaba. *La verdad es que vives realmente como un príncipe*, me había dicho antes de entrar siquiera en el piso, y enseguida había sonado llena de reproches. *¡Qué portal más inmenso!*, había exclamado cuando estaba ante el *palazzo* de mi piso, levantando la vista por el muro de mármol. Todo esto me lo había imaginado muy distinto, así ella, cuando le dije que entrara y subiera conmigo los tres pisos, porque ascensor no hay, le había dicho, esto no sería para ti, y entonces ella había subido, parándose a cada instante, dándose la vuelta y diciendo: *¡realmente como un príncipe!* *El que la casa*, no había dicho *el que el palacio*, no tuviera ascensor hacía el piso relativamente barato, le había dicho, pero sin embargo es uno de los alquileres más caros que he tenido que pagar aquí, no había tenido miedo de decirlo, mientras subía con ella a mi piso, unas veces tres pasos por delante de ella y luego otra vez detrás, con cierta solemnidad, como puede imaginarse, Gambetti. Finalmente estuvimos arriba en el tercer piso, delante de la puerta de mi piso. El que yo no hubiera puesto una placa con mi nombre la irritó. No hay placa, había dicho ella, de forma que ni siquiera el cartero sabe que vives aquí. *Siempre te ha gustado el anonimato*, había dicho ella antes de que entráramos, y yo dije a eso que en la sociedad humana siempre me había sido de lo más agradable conservar mi



anonimato, a diferencia de ella, que siempre había cuidado de darse a conocer como algo especial, aunque ella misma no supo nunca en qué consistía realmente su especialidad. Recordé, contemplando la fotografía en que mis padres, en la Estación Victoria de Londres, suben al tren de Dover, *cómo* había entrado mi madre en mi piso de la Piazza Minerva: asombrada y al mismo tiempo asustada, había tenido las mayores dificultades para encontrar siquiera algo que decir después de entrar. Al principio se había quedado sin aliento. Mientras tanto, sin embargo, y ya mientras abría el piso, y sin duda por esa razón mientras entraba, yo había tenido que pensar algo totalmente absurdo, Gambetti: hacía años, mi madre había perdido una de las llaves de su caja fuerte sin poder encontrarla, y había hecho registrar no sólo su habitación sino también todas las demás habitaciones buscando la llave perdida de la caja fuerte, pero la llave no había aparecido. Entonces sospeché de pronto de mí, que me había apoderado de la llave de la caja fuerte por un motivo para ella incomprensible, pero sin embargo, para ella, lógicamente vil, como lo expresó entonces. Y me acusó, sin razón alguna, Gambetti, de que, en el instante en que sus sospechas habían recaído sobre mí, había hecho desaparecer la llave de la caja fuerte, por decirlo así en el mayor apuro y, concretamente, de que había tirado la llave de su cofre fuerte, en el último momento, al pozo situado debajo de su habitación, un pozo desecado desde hacía ya decenios, Gambetti, para no ser descubierto enseguida como un ladrón vulgar. E imagínese, Gambetti, le había dicho a éste, mi madre dio la orden de registrar el pozo, uno de los jardineros fue descolgado en el pozo por sus compañeros ante los ojos de mi madre, para sacar la llave de la caja fuerte que yo, *hijo de Satanás*, había tirado al pozo en el mayor desamparo. Naturalmente, el jardinero descolgado en el pozo no había encontrado en el pozo la llave perdida de la caja fuerte, porque no podía estar en el pozo, ya que, en realidad, yo no la había tirado, salvo en la imaginación espantosamente dirigida siempre contra mí de mi madre. El jardinero había subido del pozo, asegurando una y otra vez que en el pozo no estaba la llave de la caja fuerte, y que no había *nada* en el pozo, salvo un zapato viejo, ya medio podrido. Mi madre se irritó tanto por el hecho de que en el pozo no estuviera la llave de su caja fuerte sino sólo un zapato semipodrido, que insultó al jardinero. También a mí me insultó, como tengo que decir, groseramente, Gambetti, sin interrumpir sus insultos hasta bien entrada la velada. Sé, me había dicho ella aún días enteros tras ese incidente y después de que el jardinero hubiera sido descolgado inútilmente en el pozo, que te has apoderado de la llave de la caja fuerte y, si no la has tirado al pozo, la has *hecho desaparecer, en donde sea*, de una forma innoble. De esa sospecha, Gambetti, todavía no me he librado hoy, mi madre sigue convencida aún, después de tantos años, de que yo hice desaparecer la llave de la caja fuerte. Sin embargo, nunca la cogí, Gambetti, le había dicho a éste, no hubiera sabido por qué motivo ni para qué fin. Nunca hubiera tenido esa idea, le había dicho a Gambetti. Apenas había abierto yo la puerta de mi piso y había entrado en mi piso con mi madre, entonces, cuando ella estaba en Roma, había tenido yo que pensar en ese

incidente significativo, que muestra mejor que ningún otro las relaciones entre mi madre y yo. Es uno de los incidentes más característicos de nuestra relación, le había dicho a Gambetti, quizá incluso el más característico de todos. Durante todo el tiempo, cuando entró mi madre en mi piso, yo había pensado sólo en que ella había hecho registrar el pozo, porque creía que había tirado la llave de su caja fuerte al pozo, maliciosamente, con una intención innoble. Al abrir mi piso, había recordado ese incidente tan lejano, y durante todo el tiempo sólo había podido pensar en él, pero tampoco le dije a mi madre qué pensamiento me preocupaba más que su entrada en mi piso cuando ella, inquieta, irritada por mi comportamiento insólito, me preguntó qué me pasaba. *Nada*, le había respondido yo. Me había guardado de hablarle del asunto de la llave de la caja fuerte en el pozo, que me ocupaba más que su primera entrada en mi piso de la Piazza Minerva, posiblemente hubiera provocado una repulsiva discusión al respecto, después de tantos años, Gambetti, le había dicho a éste. Y las discusiones con mi madre las temía, las sigo temiendo todavía hoy, Gambetti. Ella había dejado en aquella ocasión a mi padre solo en Wolfsegg, aunque él, como me consta, hubiera ido con ella a Roma de buena gana. Ella le había convencido de que era absolutamente imprescindible. *Al fin y al cabo no puedes abandonar Wolfsegg en estos tiempos inciertos*, habían sido sus palabras de reproche, siempre iguales, de ella a mi padre, pensé contemplando la fotografía. *Al fin y al cabo no puedes abandonar ahora, en la estación de caza, a los cazadores*, le había dicho a mi padre, asegurándole además que a ella no le hacía ninguna gracia hacer sola, sin mi padre, el viaje a Roma, cuando estaba acostumbrada a ir a Roma con él, su *protector*, *su protector*, como llamaba muy a menudo a mi padre bromeando, para adularlo, no porque realmente pensara que su marido, mi padre, fuera realmente su protector, no lo era ni lo hubiera podido ser nunca. De manera que se fue sola a Roma, para echarme una ojeada, así ella a mi padre y también a Johannes, como me consta, y anduvo correteando luego por Roma sólo con su amigo Spadolini, que ya entonces era un funcionario muy alto en el Vaticano, ya pronto de rango de arzobispo, le había dicho a Gambetti, las noches las pasaba sólo con Spadolini, cuando yo llamaba al Hassler, le había dicho a Gambetti, me decían siempre que la *signora* no estaba, no a las once, no a las doce, no a la una y media, no a las tres, ésa es la verdad sobre mi madre, sobre su viaje a Roma para el que, en fin de cuentas, sólo fui el pretexto, Gambetti. Me había utilizado sólo como excusa ante mi padre, para ese viaje a Roma. Ella conocía a Spadolini de la época en que él era todavía un pequeño consejero en la Nunciatura de Viena. No puedo decir que ese Spadolini no me haya gustado siempre, al contrario, es *un personaje absolutamente fascinante*, y tampoco tengo nada en contra de que mi madre haya conservado la relación, más bien la amistad con él, durante decenios, la haya cultivado más o menos durante decenios, pero estoy en contra de *la clandestinidad de ese contacto, que es en realidad una relación*, Gambetti. Y sé también que mi madre no ha estado en Roma esa única vez y que tampoco fue su última vez en Roma, se ha encontrado a menudo con Spadolini,

ha viajado a Roma frecuentemente, en tren o en avión, pretextando un viaje urgente a Roma, para estar con Spadolini una o dos noches. Spadolini ha estado también a menudo en Wolfsegg, no sin que allí, lo que debía resultarle muy penoso, tuviera que celebrar misas en nuestra capilla para nosotros, por decirlo así de ceremonial, como si celebrara una misa en la catedral de San Pedro. Mi madre es una maníaca de las ceremonias y le gusta la pompa, y la cristianoeclesiástica más que ninguna otra, sólo por eso es, creo, sobre todo católica, porque le gusta esa pompa de la Iglesia católica y, sobre todo, le gustan las ceremonias de los entierros cristianocatólicos, le dije a Gambetti. Un arzobispo en la casa y, por añadidura, uno de los más altos funcionarios del Vaticano, por decirlo así, eso la había fascinado y a ello había cedido una y otra vez en todas las ocasiones imaginables, más o menos inconvenientes, mi padre no percibió esas maquinaciones de mi madre durante mucho tiempo y, cuando las percibió, era demasiado tarde, los dos habían llevado ya su intriga demasiado lejos, Gambetti. Pero Spadolini es una personalidad extraordinaria, como es natural, de otro modo no hubiera subido tan alto en la jerarquía vaticana, le había dicho a Gambetti. Prescindiendo de esa repugnante relación entre él y mi madre, lo situó muy alto, es una de las personas más inteligentes y cultas. Nuncio en Lima, en Copenhague, finalmente en París, en Nueva York y Madrid, Gambetti, eso es ya algo, todos esos idiomas que habla, los miles de libros que ese hombre ha leído, todo lo que ha visto y oído, eso es lo asombroso, que precisamente un hombre así haya ido a dar con mi madre y se haya apegado a ella, a una mujer así, al fin y al cabo totalmente superficial. Ella se encontraba con él poniéndome como pretexto, le había dicho a Gambetti, había tenido que visitar a su hijo por decirlo así en la superficie, para poder encontrarse en el fondo con el arzobispo en una clandestinidad que sólo puedo calificar de abyecta. E imagínese que ella fue con Spadolini a Palermo en avión para dos días, y pasó con él dos noches aún en Cefalù. Yo no tengo nada en contra, Gambetti, pero esa clandestinidad me repele. En verdad no conozco a nadie más culto y valioso que Spadolini, aparte de usted mismo y de Zacchi, le había dicho a Gambetti. Un carácter tan altamente sensible, una cabeza tan inteligente, y unido a mi madre en una clandestinidad repulsiva durante años, durante decenios. Pero mi madre no ha aprendido nada de Spadolini. Quizá a Spadolini lo fascinen precisamente la despreocupación, la tontería de mi madre, le había dicho a Gambetti. Durante el día ella recorría conmigo las tiendas romanas, por las noches se encontraba con Spadolini en el Trastevere, como me consta. Pero no sólo para allí, como hacemos nosotros, comer pescado, beber vino, estirar las piernas y ser sólo por eso feliz, Gambetti, no sólo para eso. Los dos visitaron diversos figones de las proximidades del establecimiento de exterminio de perros que usted conoce, sin dejarse molestar por los aullidos de terror de los perros romanos, así llamados, sin dueño, entregados allí para su exterminio. De todas formas, la fuente de la que tengo mi información no se la revelaré, le había dicho a Gambetti, ni siquiera a usted. Spadolini, esa cabeza inteligente, ese sabio destacado, autor de escritos tan notables, el genio del arte de

hablar y callar, del que para mí se ha desprendido siempre una fascinación muy grande. Cuando vino por primera vez a Wolfsegg, pensé que Wolfsegg no había conocido hasta entonces una persona y un hombre tan importante. Cuando dijo en nuestra casa la primera misa con los ornamentos de Pentecostés, Gambetti, no puede imaginarse mi entusiasmo interior, estuve a punto de descartar mis dudas sobre la Iglesia católica cuando lo vi por primera vez. Un hombre de tal gallardía, tengo que decir, de tales modales, de una naturalidad inigualable e igualmente de una artificiosidad inigualable. Inmediatamente, ésa es la verdad, me había enamorado de Spadolini. Pero mi padre no pudo soportar nunca a Spadolini, no pudo hacer nada contra él, mi madre decidía cuándo nos visitaría Spadolini, mi madre decidía cuándo visitaría a Spadolini, su amante, en Viena o en París, finalmente en Roma. Voy a ver a Spadolini, pensaba ella, mientras que a mi padre le decía que iba a verme a mí. Posiblemente me hizo creer sólo que acababa de llegar a Roma, Gambetti, cuando llegó por la tarde al Hassler, y llevaba ya días en Roma con Spadolini, quién sabe. Considero a mi madre capaz de todo. Spadolini la llevó a la ópera, Spadolini fue con ella a Nápoles, Spadolini alquiló para los dos un taxi, para ir con ella hasta Bari a ver a un amigo de los dos, como me consta. Al fin y al cabo Spadolini es, como usted sabe, quien fascina más a todas las mujeres, ante quien se postran las embajadoras, se empujan para besarle la mano y, con rodillas temblorosas, levantar la vista hasta sus ojos. Sin embargo, hubiera sido completamente antinatural que un hombre así se perdiera para lo mundano, le había dicho a Gambetti, pero, que tuviera que ser precisamente mi madre la que él eligiera entre los cientos de aspirantes a su encanto inimitable, es una desgracia. Yo soy la mentira, Gambetti, le había dicho a Gambetti, que hace posible a Spadolini. Mi padre, sin embargo, no tiene sólo, naturalmente, una sospecha de esa relación, le había dicho a Gambetti, sino que *la conoce perfectamente*, pero no tendría sentido para él protestar, mi madre puede hacer con mi padre lo que quiera. Sin embargo, no se atrevía a ir abiertamente a Roma a ver a Spadolini, y por eso tenía que ponerme como pretexto, sin reparo alguno, a mí, el hijo demente, megalómano, que se alojó en el Hassler durante meses y que, contra todas las normas de la decencia, ha alquilado uno de los pisos más caros en la Piazza Minerva, para años, posiblemente para decenios, porque quiere poder ver el Panteón a la hora del desayuno. Y yo sé que mi madre no sabe que es con Spadolini con quien se reúne ante todo en Roma, le había dicho entonces a Gambetti. Su comedia es perfecta cuando se trata de mentir a mi padre, le había dicho a Gambetti. En eso alcanza una maestría insuperable, igual a la de los artistas más consumados. Como ella había venido a Roma sólo por Spadolini, pensé ahora contemplando la foto que la muestra con mi padre en la Estación Victoria de Londres, se aburría todo el tiempo conmigo, porque no tenía en la cabeza todo el tiempo más que a Spadolini. Pero la relación entre los dos no hay que achacársela a Spadolini, le había dicho a Gambetti, hay que achacársela por completo a mi madre. *La verdad es que no puedes, en la estación de la caza, dejar solos a los cazadores*, esa frase dicha por ella a mi padre

me parece ahora, tanto tiempo después de esa visita a Roma, todavía más innoble que entonces. Hasta los cazadores, y finalmente yo, habíamos tenido que servir para que ella pudiera venir a Roma a ver a su Spadolini. Mientras que ella sólo pensaba en estar con Spadolini cuanto antes, no se avergonzaba ni se ruborizaba, como suele decirse, de enviar a mi padre diariamente una postal con el castillo de Sant'Angelo o el Panteón o la iglesia de San Pedro, es decir, de lo más insulso, con frases como: estamos (¡o sea, ella y yo!) pasando días muy bonitos en Roma, etcétera, haciéndome firmar esas postales, de esa forma tenía, creía ella, una coartada y una prueba de que estaba todos los días conmigo y con nadie más. Spadolini era el personaje principal de su estancia romana, de todas sus estancias romanas, Gambetti, no yo. De todas formas, Gambetti, le había dicho a Gambetti, no concedo ninguna importancia a ser el personaje principal de sus estancias romanas. La falsedad de mi madre había alcanzado entonces un alto grado de desfachatez, le había dicho a Gambetti, y esa frase, debo confesarlo, me había avergonzado al instante, sentí que, con esa observación, había ido demasiado lejos, al menos con Gambetti, lo que también había podido deducir enseguida de su reacción a mi observación. Él es demasiado *nervioso*, había pensado ahora, para no considerar esa observación, y no sólo ésa, no sólo desplazada, sino francamente repulsiva. El maestro no tiene que manifestarse ante el discípulo de esa forma repulsiva, había pensado yo, pero esa comprensión había llegado demasiado tarde. Por otra parte, había pensado, tengo que ser franco con mi discípulo Gambetti. Franco sí, pero no bajo, me había corregido inmediatamente, franco sí, pero no innoble, franco sí, pero no vulgar, franco sí, pero no infame. Pero Gambetti me conoce ya desde hace demasiado tiempo para no comprenderme, había pensado otra vez al respecto, y si él me conoce ya desde hace tanto tiempo y me acepta, debe de tener sus razones, había pensado. Spadolini y mi madre son un capítulo peligroso, le había dicho, cerrando otra vez ese capítulo, a Gambetti, estábamos paseando entonces de un lado a otro bajo la casa de De Chirico, sin poder decidir si íbamos a tomar un té al salón de té de la Spagna o nos sentábamos en el Greco. Un súbito chaparrón nos había empujado entonces al Greco, como tantas veces, para continuar nuestra conversación, que realmente había tenido por centro Pavese, no Spadolini y mi madre, en los que había pensado por una observación de Pavese en su famoso *Oficio de vivir*, uno de mis grandes libros en general, sobre el que había contado algo a Gambetti ese día. Comparé a Pavese con Heine y le expliqué a Gambetti mi punto de vista. Ya no recuerdo cómo, de Pavese y de Heine, mi querido Heine, pasé de repente a Spadolini y mi madre. El propio Spadolini, como es natural, nunca ha hablado conmigo de sus encuentros con mi madre en Roma, aunque veo a Spadolini con mucha frecuencia, me gusta verlo y lo visito casi todas las semanas en su piso o en sus habitaciones oficiales, nunca ha hecho la menor alusión a haberse encontrado con mi madre, ese eclesiástico sabe guardar silencio. No estoy seguro de que, sin embargo, no haya sabido que yo estoy informado de sus encuentros con mi madre. Una vez nos encontramos juntos, Spadolini, mi madre y

yo, y subimos a Rocca di Papa, en donde Spadolini nos invitó a comer, como siempre a su estilo generoso. Es uno de los mejores anfitriones que conozco. En esa ocasión en Rocca di Papa, mi madre y Spadolini se mostraron conmigo actores consumados, nada en ellos indicó ese mediodía que la velada anterior se habían encontrado para toda la noche, lo mismo que tampoco que ya se habían puesto de acuerdo para encontrarse aquella noche. Mi situación entre esos dos mentirosos e hipócritas, entre mi madre mentirosa y el eclesiástico hipócrita, no tenía nada de agradable, como se puede imaginar. Pero lo superé, no dejé traslucir lo más mínimo, hice como si fuera el más ignorante del mundo en lo referente a los dos. Mi madre se despidió de Spadolini en Rocca di Papa como si lo viera por última vez, cuando, sin embargo, había concertado ya con él un encuentro para el anochecer. Spadolini volvió en taxi a Roma, lo mismo que mi madre y yo, y yo encontré ese viaje por separado, uno detrás de otro, nada más que penosamente grotesco, que me hizo toda la situación evidente, precisamente por haber sido escenificada de forma tan perfecta, por cuál de los dos con mayor habilidad, si por Spadolini o por mi madre, no puedo decirlo. Puedo suponer sin embargo que, como siempre en esas situaciones, mi madre fuera la más astuta. Spadolini no es más que el ejecutor, guiado por ella, de su arte del disimulo, había pensado, le había dicho a Gambetti. Es para mí el más penoso de los pensamientos, Gambetti, tener que decirme que ese Príncipe de la Iglesia es el pisaverde obediente de mi madre, como puede imaginarse. Como es natural, mi relación con Spadolini es, a causa de esos lazos con mi madre, una relación difícil, pero naturalmente no renunciaré nunca a esa relación, aunque se viera sometida a pruebas mucho más pesadas, porque no quiero renunciar a una persona como Spadolini. Me gusta visitarlo y estoy contento de que esté en Roma. No conocemos a muchas personas con las que podamos reunirnos con mayor interés y con mayor fascinación cuando lo necesitamos. Porque, sin duda alguna, Spadolini es uno de los pocos hombres *de espíritu* que tengo en Roma. A una persona así no renuncia un hombre *de razón*. No, realmente, Gambetti, le había dicho a éste, no tengo, en lo que a Spadolini se refiere, el menor escrúpulo. Sólo que no le concedo a mi madre, Gambetti, ella no se merece a alguien como Spadolini. Los dos llaman amistad, dije riéndome, a lo que, sin embargo, es sólo una relación abyecta, aunque al mismo tiempo demasiado ridícula, le había dicho a Gambetti. Realmente las fotografías no disimulan nada, no tapan nada, hacen evidente, despiadado, lo que los representados en ellas quisieron disimular y tapar durante toda su vida, pensé continuando la contemplación de las fotos. Lo crispado, lo mentiroso que se ve en ellas es la verdad, pensé. La calumnia absoluta que se ve es la verdad. Si los retratados, fotocopiados, como suele decirse, en las fotos están muertos, no son mejores. Mil novecientos treinta y uno en Londres, me dije, entonces mis padres eran todavía, como suele decirse, jóvenes. Se iban de viaje. No tenían hijos aún. Durante años mi madre se defendió de tener hijos, hasta que su marido la obligó a tenerlos. Exigía por lo menos de ella un heredero. Wolfsegg tenía que tener un heredero. Cuando ella dio a luz a

Johannes, juró al parecer: no más hijos. Pero ya un año más tarde vine yo al mundo, el difícil, el diabólico, el funesto. Ella, como siempre he oído, no quería tenerme, se defendía contra mí. Pero *tuvo* que darme a luz. Su pájaro de mal agüero, como ha dicho tantas veces, a mí también a la cara en todas las ocasiones imaginables, que no pueden contarse. Pero tampoco con mis hermanas, que me siguieron, fue nunca feliz, no fue nunca lo que, en general, puede llamarse una madre feliz, si es que existen siquiera las madres felices. El heredero había sido aceptado, yo no fui nunca realmente aceptado, era reconocido como su suplente, nada más, durante toda mi vida tuve que sentirme como un sustitutivo de Johannes, y se me dio a entender que yo era sólo un heredero sustitutivo, engendrado por decirlo así para un caso de máxima urgencia, como me consta, una tarde de verano en la Villa de los Niños. En el ardor del combate, por decirlo así, a mediados de agosto. Al parecer, mi madre fue a ver a un internista de Wels con la intención de librarse de mí por su mediación, pero el internista rehusó hacerlo, por ser peligroso para la vida de mi madre. El llamado aborto no era entonces tan fácil, en realidad iba unido siempre a un peligro de muerte. De forma que ella se resignó a su sino. Durante toda su vida me consideró como inoportuno y siempre me tildó también de inoportuno, cualquiera que fuera la ocasión, y también me calificaba a menudo de *el niño más superfluo que cabe imaginar*. Desde luego, yo buscaba refugio con mis abuelos, los maternos en Wels, los paternos en el mismo Wolfsegg, pero seguí siendo siempre el que no era de ningún lado. Eso hizo mi educación realmente imposible, me echó a perder en los primeros años de mi vida y me aniquiló casi hacia los dieciocho o los diecinueve años. Tengo que decir que nadie me salvó en definitiva más que mi tío Georg, que se hizo cargo de mí en el momento en que me sentía completamente abandonado por todos. El heredero sustitutivo les había sido siempre bastante indiferente a todos. Se fijaban en Johannes y no se ocupaban de mí. ¡*Nuestro Johannes!*, decían siempre en relación con circunstancias afortunadas, mi nombre sólo lo oía pronunciar siempre en relación con cosas desagradables. A toda esa desgracia, le había dicho una vez a Gambetti, vino a añadirse aún el Nacionalsocialismo, para el que los míos fueron de lo más receptivo. El Nacionalsocialismo les convenía en todas y cada una de las cosas, lo descubrieron, por decirlo así, por sí mismos. Junto a su Dios grande, pero en gran parte sólo *Dios bueno*, tenían además, de repente, al *gran Führer*. Aunque, cuando llegué por decirlo así a mis años de reflexión, hacía tiempo que pertenecía al pasado, el Nacionalsocialismo lo sentí todavía de la forma más nociva. Porque el Nacionalsocialismo de mis padres no terminó con el fin del Nacionalsocialismo; como era innato en ellos, siguieron cultivándolo después de terminar la era nacionalsocialista, como el Catolicismo no era en realidad otra cosa que el contenido de su vida, sin el cual no podían pasar en absoluto ni existir en absoluto. Por eso, aunque la era nacionalsocialista había pasado hacía tiempo, fui educado sin embargo de una forma nacionalsocialista y al mismo tiempo católica, es decir, según ese método coercitivo mixto austríaco, horrible y espantoso para el adolescente. Sin

embargo, los elementos católico-nacionalsocialistas, los métodos de educación católico-nacionalsocialistas son en Austria normales, los habituales, los más difundidos, y producen por todas partes, sin freno, efectos devastadores y horribles en todo ese pueblo, en definitiva nacionalsocialista-católico. En Austria imperan sin límites los métodos de educación nacionalsocialista-católicos, quien diga otra cosa es un mentiroso y un ignorante al mismo tiempo, y las leyes de este país no son más que nacionalsocialistas-católicas, con su mecanismo de efectos devastadores y destructores. Ésa es la verdad austríaca. El hombre austríaco es totalmente, por naturaleza, nacionalsocialista-católico, diga lo que diga para defenderse. El Catolicismo y el Nacionalsocialismo se han equilibrado siempre en este pueblo y en este país, que unas veces era más nacionalsocialista y otras más católico, pero nunca una sola de las dos cosas. La cabeza austríaca piensa siempre sólo de una forma nacionalsocialista-católica. También los pensadores austríacos han pensado siempre sólo así, con una repugnante cabeza nacionalsocialista-católica. Si vamos por la calle en Viena, sólo vemos en definitiva nacionalsocialistas y católicos, que unas veces se muestran más como nacionalsocialistas y otras más como católicos, la mayoría de las veces, sin embargo, son ambas cosas al mismo tiempo, lo que, cuando los conocemos y contemplamos más de cerca y los observamos detenidamente, los hace en definitiva repugnantes, lo queramos o no, le había dicho a Gambetti. Si leemos algo en los periódicos austríacos, es católico o nacionalsocialista, y eso es entonces, tenemos que decir, *lo austríaco*, le había dicho a Gambetti, doblemente mentiroso, doblemente innoble, doblemente contra el espíritu, Gambetti, le había dicho a éste. Si hablamos un rato con un austríaco, tenemos pronto la impresión de estar hablando con un católico, no con un hombre libre e independiente, Gambetti, o tenemos la impresión de hablar con un nacionalsocialista y, finalmente, la impresión de hablar con alguien totalmente católico-nacionalsocialista, que pronto nos resulta repugnante. Ese espíritu católico-nacionalsocialista, aunque tenga que exponer la palabra *espíritu* en este contexto, porque no puedo hacer otra cosa, a semejante ensuciamiento, le había dicho a Gambetti, imperó siempre en Wolfsegg e imperará siempre allí. Mi hermano Johannes tiene ese mismo espíritu, como por lo demás también mis hermanas, éstas, sin embargo, naturalmente de la forma más tonta, a diferencia de mi hermano Johannes que, como nuestro padre, ha cultivado más o menos durante toda la vida el espíritu católico-nacionalsocialista, que al fin y al cabo, como he dicho ya a menudo, es el antiespíritu austríaco. Yo mismo me he sustraído a ese espíritu, Gambetti, aunque haya tenido que luchar esa lucha durante toda mi vida, porque ese espíritu es innato y, de los espíritus innatos, o no se deshace uno ya, o sólo de la forma más horrible una y otra vez, pero probablemente nunca de una forma definitiva, Gambetti. Pero mi existencia consiste en la liberación durante toda mi vida de ese antiespíritu austríaco, le había dicho a Gambetti. Por ese espíritu en calidad de antiespíritu me veo acometido una y otra vez, le había dicho a Gambetti. Pero apenas observo en mí, interior o exteriormente, ese antiespíritu originalmente austríaco, me defiendo contra



él con uñas y dientes. En 1931, pensé contemplando la fotografía de 1960 que muestra a mis padres en la Estación Victoria de Londres, mis padres se acababan de casar y mi madre había triunfado, alcanzando, por decirlo así, su apogeo. Verdad es que mi padre no había conseguido todavía lo que quería: un heredero. Los hombres como mi padre no quieren un hijo, quieren un heredero y no se casan hasta muy tarde, sólo con ese fin único y que realmente los ata se precipitan a casarse con alguna mujer a la que han conocido sólo corto tiempo y de la que no saben casi nada, en su avidez de un heredero. Cuando viene al mundo el heredero, están ya bastante debilitados y pueden ser calificados de viejos. La madre dice a un hombre así, te daré un heredero, y al mismo tiempo y realmente le quita casi todo. Por otra parte, el nuevo padre tiene la sensación de haber cumplido la obligación de que se trataba. Cuando el heredero está ahí, su mujer no le interesa ya. La castiga la mayor parte del tiempo con su indiferencia, y le reprocha, cuando le parece y ella le da la posibilidad, su bajeza, porque se ha aprovechado de su generosidad casándose con él sólo para tener acceso a su fortuna. Con el tiempo, los dos se reprochan mutuamente todo y hacen de su existencia un infierno. No convierten el matrimonio en un respeto y un consuelo recíprocos y en una vida mutuamente dispuesta a la comprensión y finalmente llena de comprensión, sino, poco a poco, en un infierno. Los dos se instalan en ese infierno y se odian, en definitiva. Pronto reconocen ese odio mutuo como necesario y viven muy bien con él el resto de su existencia. Pero mientras mi padre, con el tiempo, se había retirado en sí mismo con respecto a mi madre, ella había mirado a su alrededor buscando un campo de actuación para sus ideas y pasiones femeninas en absoluto atrofiadas, precisamente un Spadolini me dije contemplando la foto. Las circunstancias más o menos infortunadas la habían conducido, de forma francamente afortunada, incluso a un arzobispo. Y, por añadidura, a uno que, además de un cuerpo envidiablemente bien hecho, tiene una de las cabezas más claras. Cuando ella es más feliz con Spadolini le llama *mi Nuncio*, como me consta. La escena es sin duda conmovedora, desgarradora, le había dicho a Gambetti. Al mismo tiempo, yo estaba furioso, como siempre que habló del *espinoso* asunto de Spadolini. Al fin y al cabo es absurdo, me dije, enseñamos literatura alemana y poesía alemana y, porque tenemos manía de grandezas, además filosofía alemana, y pretendemos conocer esa literatura y esa poesía y esa filosofía o, por lo menos, estar familiarizados con ellas, y en verdad no somos más que parte de esa chusma de Wolfsegg, que a cada instante nos horroriza cuando pensamos en ella. Venimos a Roma desde semejante infierno provinciano e infame y hablamos con todo el mundo de Schopenhauer y Goethe, y no nos avergonzamos. Es un impulso totalmente perverso, me dije, el que seguimos. Realmente estoy deshaciendo y desintegrando Wolfsegg y a los míos, aniquilándolos y extinguiéndolos, y al hacerlo me deshago y desintegro, me aniquilo y extingo. Verdad es que, le había dicho a Gambetti, eso me resulta un pensamiento agradable, el de mi autodesintegración y autoextinción. Al fin y al cabo no me propongo otra cosa durante toda la vida. Y, si

no me engaño, conseguiré también esa autodesintegración y autoextinción, Gambetti. En realidad no hago otra cosa que desintegrarme y extinguirme, si me despierto muy de mañana, mi primer pensamiento es hacer eso, dedicarme decididamente a mi desintegración y extinción. De niños, nuestros padres nos llevaban siempre sólo hasta el abismo, sin mostrarnos realmente el abismo, no nos dejaban mirar en él, tiraban de nosotros en el momento decisivo, y así pretendían siempre llevarnos sólo hasta el abismo, sin mostrárnoslo, lo que nos echó a perder. Así actúan miles de millones de padres, le había dicho a Gambetti. Cambié entonces las fotos, poniendo la foto en que está mi hermano en el velero sobre la foto en que están mis padres, y debajo de ésta la de mis hermanas. En aquella época habían venido a Cannes para sacar a mi y su tío Georg dinero para un viaje a América que proyectaban, y para el que mis padres no les habían dado un céntimo, porque calificaban esos viajes de absolutamente superfluos para mis hermanas. En Cannes ellas lo habían intentado todo para aligerar a mi tío de la suma necesaria para su viaje. Pero al cabo de quince días habían renunciado, mi tío no les había dado un céntimo, también él había opinado que el dinero dado para un viaje a América a mis hermanas era dinero tirado por la ventana. Desde entonces, mis hermanas odiaron al tío Georg, con un odio mucho mayor aún que antes. Aunque él fue con ellas muy generoso en Niza, como me consta, llevándolas a los sitios más caros, comprándoles muchos vestidos, pulseras, collares, etcétera. Pero mi tío Georg las había calado. Y, por lo demás, no tuvieron *ellas mismas* la idea de ir a Cannes a ver a su tío Georg para sacarle el dinero de América, sino que, como me consta, la tuvo mi madre. Fue *ella* quien envió a sus hijas a Cannes con ese propósito innoble, inútilmente. La fuerza motora del mal, tengo que decirme, fue siempre mi madre, le había dicho a Gambetti. El mal en Wolfsegg, si nos remontábamos a sus orígenes, conducía siempre a nuestra madre, *ella* era el punto de partida. Por otra parte, le había dicho a Gambetti, no tendría ningún sentido echarle la culpa, por absurdo que parezca, ella no podía evitarlo. Lo mismo que ha sido ella siempre la fuente de todo mal, siempre ha atraído el mal sobre ella. Todo el que entraba en contacto con ella se convertía de repente en una persona *mala*, podría decir, le había dicho a Gambetti, y así hizo de Spadolini una persona mala, lo mismo que de mí, lo mismo que de mi hermano, etcétera. Y naturalmente de mi padre, que originalmente no era una persona mala, simple sí, tengo que decir, pero no mala. Una persona como mi madre hace a una familia, que nunca fue mala, mala, a una casa que nunca fue mala, mala, Gambetti. Pero no tendría ningún sentido echarle a ella sola toda la culpa de ese mal, como hacemos, porque no tenemos otra opción, porque pensar de otra forma nos resulta demasiado difícil, demasiado complicado, sencillamente imposible; simplificamos la cosa diciendo, *ella es una persona mala, nuestra madre*, y con eso hemos formulado un pensamiento para toda la vida. En contacto con esa mujer nos volvimos todos malos, le había dicho a Gambetti. El elemento indudablemente conmovedor de las fotos que tenía ante mí no me libraba, ni siquiera ahora que estaban muertos, de acusar a mis padres, de atacarlos de la

forma más grosera. Efectivamente, de repente pensé incluso que mis padres, de una forma totalmente consciente y a su estilo innoble, me habían dejado solo y abandonado. Pero ese pensamiento lo destruí al instante, porque, inmediatamente después de pensarlo, me pareció totalmente absurdo. Son las madres las responsables, había dicho de pronto a Gambetti, cuando iba con él por el Corso unos días antes de salir hacia Wolfsegg, dominado ya nada más que por Wolfsegg, por la situación que me aguardaba allí de un, así llamado, *enlace* de mi hermana con un fabricante de tapones para botellas de vino, por ese Wolfsegg por el que, ya antes de que saliera de Roma, me sentía estrangulado, las madres son las responsables y precisamente se sustraen casi por completo a esa responsabilidad, cuando son madres, descargándola en su entorno. Las madres son las responsables, pero nunca se les piden cuentas, cuando habría que hacerlo, porque el entorno tiene una opinión tan alta e inextirpablemente positiva de las madres, desde hace siglos. ¿Por qué?, le había dicho a Gambetti, ¿por qué? Las madres echan a sus hijos al mundo y hacen al mundo responsable de ello y de todo lo que les ocurre a esos hijos, cuando tendrían que soportar ellas mismas esa responsabilidad, que no soportan. Las madres esquivan toda responsabilidad en lo que se refiere a los hijos que han echado al mundo, ésa es la verdad, Gambetti. Lo que digo se aplica a una gran parte, a la mayor parte de las madres. Pero qué solo estoy al decirlo. Esos pensamientos podemos pensarlos en secreto, pero no expresarlos, Gambetti, guardarlos para nosotros, pero no hacerlos públicos, tenemos que asfixiarnos más o menos con ellos en un mundo que, ante esos pensamientos, reacciona a su estilo, es decir, con horror. Un escrito que titulase *Las madres* y que yo publicase sólo tendría por consecuencia que me trataran de mentiroso o de loco, o de ambas cosas a la vez. Un escrito así, escrito y publicado por mí, no lo soportaría un mundo que sólo está acostumbrado a la falta de verdad y la hipocresía, y no a los hechos. En verdad, en este mundo se hace caso omiso de los hechos y se declaran como hechos ideas fantásticas, porque políticamente resulta más útil y agradable que lo contrario, Gambetti. El telegrama no me trastornó, como suele decirse, hizo que pasaran poco a poco por mi cabeza las consecuencias que tendrá, como es natural, pero tenía todavía la cabeza tan clara como cuando leí el telegrama por primera vez. Incluso después de haberlo leído por segunda y tercera vez, las manos no me temblaban, mi cuerpo no se estremecía, horas después no temblaban, mis manos, no se estremecía, mi cuerpo. Muy tranquilamente contemplaba mi piso, que en los últimos años he arreglado a mi gusto y totalmente según mi espíritu. Me he acostumbrado al tamaño de este piso, lo he hecho, por decirlo así, ideal para mis fines. Este piso se lo debes a Zacchi, pensé, que vive frente a mi piso en su propio palacio. Aquí en tu piso está tu centro y seguirá estándolo. No renunciarás ya a ese centro de ti mismo, no regatearás esfuerzos para no tener que renunciar nunca a él. Nada te separará y te hará partir de Roma, devolviéndote a Wolfsegg. Me levanté y fui a la ventana. La Piazza Minerva estaba más tranquila que nunca, dos o tres personas, nada más, lo que a esa hora, las cinco de la tarde, era insólito. Yo había

cerrado las persianas, oscureciendo así casi por completo mi piso, así, en ese piso casi completamente oscurecido es donde mejor me encuentro, donde tengo los mejores pensamientos. Unas veces pensaba, saldré esta misma noche hacia Wolfsegg, con el tren de la noche, y luego, no me iré hasta mañana; saldré *enseguida* con el primer tren, unas veces, no iré *hasta mañana* temprano con la primera máquina, otras, pero yendo siempre tranquilamente de un lado a otro, pensaba siempre, en un sentido o en otro, en cómo volver a Wolfsegg. Me imaginaba cómo y de qué manera mis hermanas me esperaban ya, las dejaré en la duda sobre mi llegada, pensé. Pensé, bajaré y telefonaré, y me dirigí ya a la puerta para bajar, pero fui, estuve junto a la puerta, volví otra vez de allí a la ventana y a la inversa, docenas de veces, quizá centenares de veces fui a la puerta y volví, no sé ya cuántas, con qué frecuencia, pero fui a la ventana y volví a la puerta con más frecuencia que sólo unas cuantas veces, que sólo unas docenas de veces. Me senté otra vez ante el escritorio como de costumbre a esa hora, pero no para dedicarme a mi trabajo, tomar notas, preparar sobre todo mi lección con Gambetti, sino para mirar otra vez las fotografías, que tenía todavía sobre mi escritorio. No tenía la menor necesidad de establecer contacto con nadie, quería estar absolutamente solo, sencillamente, no tenía necesidad de comunicarme, tenía que estar solo ahora con esa noticia de la muerte; a quién, había pensado, tendría que comunicar al fin y al cabo la muerte de mis padres y cómo y de qué manera, pensé en éste o aquél, tomé en consideración también este o aquel nombre, este o aquel número de teléfono de repente en mi cabeza, pero una y otra vez me deshice de la idea de comunicar la noticia de la muerte a nadie, quizá a Gambetti, pensé, quizá a Zacchi, quizá a Maria, mi poetisa, que vive cerca de la Via Condotti y con la que había quedado para cenar aquella misma noche. Desde que estoy en Roma me he reunido regularmente con Maria, la única mujer con la que realmente tenía un contacto, a la que había tenido todo el tiempo necesidad de ir a ver cada semana, *vas a ver a la inteligente*, había pensado siempre, *a la llena de imaginación, a la grande*, porque no dudaba ni por un instante de que lo que ella escribe es también grande, siempre ha sido más grande aún que todo lo demás de todas las demás poetisas. Es a ella sobre todo a quien tengo que llamar para decirle por qué nuestra cita más reciente se quedará en nada, por qué tengo que volver a Wolfsegg, que siempre le he pintado sólo como un maldito Wolfsegg, para mí mortal. Maria no conoce otro Wolfsegg que mi Wolfsegg mortal, que mi Wolfsegg maldito, lo mismo que Gambetti no conoce otro, tampoco Zacchi conoce otro, todos los demás con los que me reúno en Roma tampoco, a ellos sólo les he hablado de un Wolfsegg maldito y para mí mortal, del infierno provinciano de Wolfsegg. Llamar a Maria, llamar a Gambetti, llamar a Zacchi, pensé, volviendo a sentarme ante el escritorio. No llevarme nada a Wolfsegg, pensé. Permanecer tranquilo. Llamar a mis hermanas, pensé. Informarles de mi llegada. Pero antes tengo que saber yo cuándo iré, y todavía no lo sé. Sin embargo, no tenía posibilidad de decidirme, no llegaba a ninguna decisión definitiva. Si los ferrocarriles están en huelga, tomaré el avión, me dije, si están en huelga las

compañías aéreas, iré en tren, pero el tren tendré que tomarlo esta noche mismo, con el avión tendrá que ser mañana a las cinco de la mañana. Nunca después de un regreso de Wolfsegg había pensado en Wolfsegg con tal aversión ni me había jurado no volver en mucho tiempo a Wolfsegg. Y ahora tenía que volver *al instante*. Me acordé de nuestro abogado de Wels, el abogado de mi padre, que tiene en la Franz Josefsplatz un bufete que he encontrado repugnante cada vez que he entrado en él. Vi de pronto a la mujer del abogado, igualmente repugnante. Vi a nuestro médico de Wels, repugnante. Vi bajo una luz repugnante la ciudad de Wels y, detrás, todas las pequeñas ciudades que la rodean. Vi Vöcklabruck, repugnante, vi Gmunden, repugnante. Esas personas horribles con sus pesados y vomitivos abrigos de invierno, pensé, con sus sombreros de mal gusto en la cabeza, con los pesados zapatones en los pies. Vi la plaza del mercado de Wels y pensé, qué espantosa, qué repulsiva, la plaza mayor de Gmunden y pensé, qué repugnante. Cuando hablamos con las gentes de esos lugares repugnantes, el mundo entero no nos resulta otra cosa que repugnante. Pero si vivimos en esa región, tenemos que relacionarnos continuamente con esas gentes repugnantes, pensé, no podemos escapar de ellas, son lo normal. Soporto tan mal su forma de hablar como su ropa, lo que piensan no lo soporto, lo que aparentan, lo que han hecho y lo que se proponen. Lo que dicen va contra mí, lo que hacen va contra mí. Sencillamente no soporto su forma de vivir católica-nacionalsocialista, no soporto su entonación, no sólo no soporto *lo que* dicen, sino tampoco *cómo* dicen lo que han dicho lo soporto. Cuando los observo, no puedo tener los sentimientos que les corresponden sino sólo los más injustos, me dije, probablemente padezco también una repulsión enfermiza hacia Wolfsegg, soy injusto con ellos, soy brutalmente injusto con ellos y con todo lo que se refiere a ellos en mi forma de observar, los detesto sencillamente, cuando los observo me dan náuseas. De qué sirven las hermosas calles de esas pequeñas ciudades, si están pobladas de esas gentes repulsivas, pensé, de qué me sirven las hermosas plazas si andan por ellas esas gentes más o menos horribles. Desde hace ya muchísimo tiempo no puedo sentir por ellas la menor comprensión. Las desprecio, las aborrezco, y al mismo tiempo tengo conciencia de mi espantosa injusticia hacia ellas. Pero no puedo ni quiero agrandar a todas esas gentes, no quiero tener con ese pueblo nada en común y, por consiguiente, agrarlo, no puedo volver ya a ellas y a su pueblo. No puedo entrar ya en sus tiendas ridículas, no puedo visitar ya sus apestosos despachos, no puedo penetrar ya en sus iglesias glaciales e hipócritamente engalanadas. Esos médicos me han echado a perder, esos abogados me han engañado, esos curas me han mentido, todas esas personas me han decepcionado de la forma más repulsiva y humillado en mi fe en ellas, y no puedo ya presentarme ante ellas, pensé, no me resultan ya posibles y nada puede hacer que me resulten posibles. Todas esas gentes odian lo que yo quiero, desprecian lo que aprecio, les gusta lo que no me gusta. Hasta el aire que respiran lo encuentro nada más que asqueroso. Tengo amigos en el mundo entero, me dije, sólo allí donde realmente tendría que estar en casa nunca he tenido amigos, salvo entre los

trabajadores y mineros sencillos y más sencillos. En el mundo entero he sido siempre, por lo menos temporalmente, felicísimo, en muchos lugares el hombre más contento y el más feliz, incluso el más agradecido, pero allí donde debería serlo, no, jamás. No te comprenden, no comprenden nada, no comprenden absolutamente nada, me dije. No saben vivir, me dije. Viven para trabajar pero no trabajan para vivir. Son innobles, son bajos, y al mismo tiempo megalómanos. De forma perversa dicen *buenos días*, de forma igualmente perversa *buenas tardes*, *buenas noches*. Si piensas en los tuyos, sientes náuseas, si piensas en los otros, sientes igualmente náuseas. Naturalmente, quien piensa así está enfermo, me dije, y al instante tuve conciencia de lo peligroso de mi estado de ánimo. Permanecer tranquilo, me dije, conservar la cabeza clara, nada más que tranquilo, absolutamente tranquilo. Pero no podía sustraerme a ese peligroso estado de ánimo. Les oía decir solemnemente: tiene manía persecutoria, como se dice siempre, una megalomanía distinta de la nuestra, su megalomanía. Cuando *ellos* me ven, sienten náuseas, dice buenos días y les parece perverso, cómo dice buenas tardes, buenas noches, me dije ahora. Cómo se viste les parece igualmente repulsivo, sus ropas, sus sombreros, sus zapatos, lo que dice, lo que piensa, lo que hace o deja de hacer. Lo desprecian como él los desprecia, lo odian como él los odia. ¿Qué desprecio, qué odio está más justificado? No puedo decirlo, me dije. Me puse de pie y fui a la ventana, porque no aguantaba más ante el escritorio y miré abajo, a la Piazza Minerva. Zacchi tenía todas las persianas bien cerradas, me dije, probablemente no está ahí, probablemente está con su hermana en Palermo. La visita a menudo. Ella está enferma de los riñones en un hospital especializado en la llamada atrofia renal, en uno de los más hermosos paisajes de Sicilia, bajo el Monte Pellegrini. Si ha cerrado bien todas las persianas es que se ha ido a Palermo a ver a su hermana, pensé. Pero sin embargo, intentaré comunicarle la muerte de mis padres, me dije. Quizá esté él otra vez de vuelta tarde en la noche. Recorrí todo mi piso, en el que tengo siempre abiertas todas las puertas, tan abiertas como puedo, para poder pasearme sin trabas de un lado a otro, de esa forma me evito muy a menudo tener que ir a la calle para regenerarme, basta con que vaya varias veces por mi piso de un lado a otro. Yo mismo me he alejado de Wolfsegg, me dije, recorriendo en un sentido mi piso. Lentamente me fui tranquilizando. Me he alejado yo mismo de forma totalmente consciente de Wolfsegg y de los míos. He roto *deliberadamente* con Wolfsegg. Al fin y al cabo siempre he ofendido a mis padres. Lo he hecho siempre todo contra ellos, y también contra mi hermano y mis hermanas lo he hecho siempre todo, para ofenderlos. No he sido muy selectivo en mis medios para ofenderlos. Muy a menudo los he rebajado y ridiculizado, cuando no había absolutamente nada en ellos que rebajar y ridiculizar, me dije, y otra vez tenía la cabeza clara. He acusado a menudo a mi padre de la forma más abyecta en asuntos en que no había nada que acusar, he mentido a mi madre, también la he dejado en ridículo a menudo delante de todo el mundo, la he rebajado, le he asestado un golpe con mi altanería, tenía que decirme ahora. Pero volví a calmarme realmente, tenía realmente la cabeza clara. Me

he separado de los míos de una forma totalmente consciente, por decirlo así me he privado por mi propia culpa de mis derechos en relación con ellos, me dije, y anduve en sentido inverso. En tantos años no he hecho pintar el piso porque no soporto ya a los trabajadores, me dije, observando las grietas del techo. He tenido que mudarme a un palacio renacentista para sentirme definitivamente solo, me he separado de todos, me dije, porque la verdad es que me he separado de todos, no sólo de los míos en Wolfsegg, Gambetti, Zacchi, Maria, a esas pocas personas se ha reducido mi sociedad y pronto esa sociedad reducida no existirá ya, me dije, yendo otra vez en la dirección opuesta. Si no nos damos cuenta, estamos de repente *totalmente solos* y nos quedamos *por completo sin una sola persona*, me dije. Había cruzado las manos a la espalda, esa costumbre la tengo de mi abuelo paterno, me dije. En general, no tengo sólo muchas cosas, sino la mayoría de mi abuelo paterno. Si mi tío Georg supiera que estoy ahora, de repente, en realidad solo. Todo el tiempo suspiro por estar solo pero, cuando estoy solo, soy el más infeliz de los hombres. No soporto la soledad y hablo continuamente de ella, predico la soledad y la aborrezco profundamente, porque hace infeliz más que cualquier otra cosa, como me consta, como comienzo a sentir ya, le predico por ejemplo a Gambetti la soledad, pero sé muy bien que la soledad es el más terrible de los castigos. Le digo a Gambetti, Gambetti, *la soledad es lo supremo*, porque me hago pasar por su filósofo, pero sé muy bien que *la soledad es el más terrible de los castigos*. Sólo un loco preconiza la soledad, y estar completamente solo no quiere decir en definitiva más que estar completamente loco, pensé, y fui otra vez en la dirección opuesta. El piso es tan grande que en él no tengo que tener la sensación de estar limitado o incluso oprimido en mis pensamientos, deja a mis pensamientos la libertad que también, normalmente, me dejan los grandes espacios. Eso lo tuve en cuenta cuando, en mi delirio de grandezas, tomé este piso, porque indudablemente fue mi delirio de grandezas el que me hizo alquilar este gran piso en la Piazza Minerva, a un precio, en definitiva, enorme, del que nunca dejé que los míos supieran nada, una vez les había mencionado una suma, porque me lo habían preguntado, pero no les dije siquiera la mitad del precio, sino una suma imaginaria, porque, si les hubiera dicho la verdad, me hubieran tratado de loco. Es *uno de los pisos más ventajosos de toda Roma*, les había dicho, y luego no les había hablado más del precio de mi piso. En verdad, sin embargo, este piso me parece también de vez en cuando una prisión, me dije, y ando por él de un lado a otro como si fuera y viniera por una cárcel. Y al fin y al cabo califico también con frecuencia este piso mío de mi *cárcel de pensamiento*, pero sólo para mí solo, nunca ante otros, para que no sospechen que estoy loco, porque calificar un piso de cárcel de pensamiento sólo podría ocurrírsele a un loco, pensarían con certeza. Me senté ante el escritorio y contemplé las fotografías que había contemplado ya, observado, como me corregí enseguida, toda la tarde. Puse las fotografías ahora unas al lado de otras y me dije que los representados en ellas no podían ser juzgados *así*. No como fotografiados. Puse las fotografías unas encima de otras, de forma que la foto de mis padres, que los

muestra en la Estación Victoria de Londres, precisamente en el momento de subir al tren de Dover, cubriera las otras dos. Yo había deseado lo contrario, pero ahora me hacían exactamente el mismo efecto cómico y ridículo que antes. Volví a poner las fotografías en el cajón del escritorio y decidí llamar, como suele decirse, a mis amigos y salir de Roma en el avión de la mañana, *hacia casa*. Mis dedos no temblaban, mi cabeza no se estremecía. Tenía la cabeza totalmente clara. Lo que significaba el telegrama, lo sabía.



## El testamento

Mi llegada a Wolfsegg fue discreta, por sorpresa, y no me la perdonaron nunca, porque no fui directamente a verlos sino que bajé antes en el pueblo, en un lugar en que estaba seguro de que pasaría totalmente inadvertido; a la entrada del pueblo, donde la carretera principal se bifurca en dirección a las minas, en la proximidad de la escuela, cerca de la llamada *Columna de la Virgen*, le pedí al chófer que se detuviera y me dejara bajar, y me fue posible atravesar toda la plaza del pueblo sin encontrar un alma; como si todos se hubieran recogido en sus casas y viviendas, me pareció, como si no *quisieran* mostrarse ahora, cuando mis padres, como suponía, estaban arriba de cuerpo presente con mi hermano, como si realmente el pueblo entero guardase luto, había pensado, sin considerar que también los días ordinarios entre semana, a la hora del mediodía, el pueblo está vacío. Yo no había querido de ningún modo subir en coche hasta Wolfsegg, y el taxista, naturalmente, me había reconocido, ya en la estación de ferrocarril, ya en Attnang-Puchheim, en donde dejé el tren y fui directamente por el andén hasta el taxi, me pareció que la gente me reconocía, sin embargo, me sustraje a sus miradas andando más aprisa que de costumbre, y fui directamente al taxi y le dije al conductor que quería ir a Wolfsegg tan pronto como fuera posible. Durante el trayecto, sin embargo, no había pensado en Wolfsegg, hacia donde me dirigía, sino en Roma, que había dejado de mañana, sólo de mala gana subes por esta carretera hacia Wolfsegg, había pensado, sólo de mala gana estás aquí, todo el tiempo, mientras que sin embargo iba en el taxi a través de una de las comarcas más hermosas de todas, desde la región prealpina hacia Hausruck, que ha sido siempre para mí el paisaje más agradable y más tranquilizador, quizá incluso el más hermoso de todos, cuando podía contemplarlo alguna vez sin los míos y Wolfsegg. En el fondo, atravesaba mi paisaje preferido, a través de los espesos bosques en las proximidades de Kien y Stocket, en dirección a Ottnang. A esas gentes, me decía durante el trayecto, las has querido siempre al fin y al cabo, las sencillas, las más sencillas, los campesinos y los mineros, los artesanos, las familias de mesoneros, en contraposición a los tuyos de Wolfsegg ahí arriba, que te parecieron siempre espantosos, ya de niño, y me preguntaba durante el trayecto por qué había querido siempre a unos, los llamados de abajo, porque viven en la parte baja de nuestro paisaje, a diferencia de los míos de arriba, y a los otros no, a los de abajo los había apreciado siempre, a diferencia de los míos de arriba, a los que, en el fondo, siempre había *des*preciado, si es que no aborrecido siempre, con unos, los de abajo, te has sentido bien durante toda tu vida, con los míos, arriba, jamás, pero sin embargo no quise continuar con esos pensamientos. Vi lo hermoso que era el paisaje por el que iba y pensé, cuánto me gustan las gentes que viven en él, sobre todo los mineros, me dije, siempre te han gustado, su forma de presentarse ante ti y cómo son siempre entre ellos, al fin y al cabo creciste también con ellos, me dije, fuiste con ellos a la escuela, compartiste con ellos decenios. Como estaba ocupado con esos pensamientos,

relativos al paisaje y a sus habitantes, de lo que, sin embargo, sólo tuve conciencia después de haberme bajado ya, en todo el tiempo no hablé con el conductor, al que, como queda dicho, conocía de vista, pero no sabía cómo se llamaba ni tampoco se lo pregunté, mientras que, normalmente, pregunto ya de entrada a todas las gentes de la región cuál es su nombre, una costumbre que me enseñó mi tío Georg, el gran conocedor de los hombres y, como tengo que decir, amigo de los hombres. Nadie sabía tan bien como mi tío Georg tratar con las personas, sobre todo con las sencillas y sin artificio. Sólo de él aprendí cómo tratar con ellas, cómo hablar con ellas, cómo conversar con ellas, establecer entre ellas y los que son como yo un equilibrio que sea el adecuado para ambas partes. Mi tío Georg se entendía del mejor modo con las gentes sencillas, le gustaban, y lo mismo puedo afirmar de mí sin más. En la plaza del pueblo no había realmente un solo ser viviente, hasta los gatos que normalmente se acurrucan allí habían desaparecido, y por tanto pude sin ser molestado, según creí *realmente sin ser observado*, subir por mi camino hacia Wolfsegg. Los mesones habían corrido las cortinas, los mostradores de los panaderos estaban vacíos, los carniceros habían bajado sus persianas, todo hacía exactamente la impresión triste que correspondía a la desgracia que había caído sobre nosotros. En Roma había dicho a Zacchi, con quien, realmente, me había puesto en contacto telefónico desde Palermo, que no me resultaba fácil tener que *volver ahora a Wolfsegg, volver otra vez tres días después de mi partida*, precisamente con el tono impropio, según pensé, que no hubiera debido permitirme entonces, sobre todo con alguien como Zacchi, que al fin y al cabo no me está tan próximo como, por ejemplo, Maria o Gambetti, y lamenté, al atravesar la plaza del pueblo, haber llamado siquiera por teléfono a Zacchi, porque Zacchi me pareció bastante falto de comprensión durante toda la llamada telefónica, a diferencia de Maria, que me había comprendido por completo en cada uno de los detalles que le había contado, en todas mis manifestaciones, aunque fueran extrañas, que sin embargo, como probablemente sintió enseguida, eran precisamente características de mí, también a Gambetti le había dicho más de lo necesario, cayendo así otra vez también en acusaciones contra los míos, sin poder interrumpirlas enseguida, me había dejado arrastrar con él a acusaciones, a mi estilo incontrolado, que yo mismo soy el primero en aborrecer, pero que no puedo atajar cuando exigen ser dichas, *vuelvo al infierno*, le había dicho a Gambetti, mañana mismo a las cinco de la mañana, *espantoso*, le había dicho aún, sin pensar, o sea sin tener en cuenta que esas observaciones eran totalmente superfluas y, en el fondo, innobles o, por lo menos, inapropiadas, inauditas con respecto a los míos en unos momentos en que, por lo menos, podían reclamar mi respeto, pero nunca puedo disimular, tengo que mostrarme como soy, como me han condicionado precisamente esos padres míos, pensé al atravesar la plaza del pueblo. Cuando la gente me vea pensará, ese hombre ha sido siempre extraño, lo primero y antes aún de haber saludado a los suyos arriba en Wolfsegg, atraviesa la plaza del pueblo, ese maleducado, ese rebelde, ese indeseado. Pero enseguida pensé que aquella gente del

pueblo no pensaba de mí como los míos, que siempre habían pensado así de mí, de una forma tan inaudita contra mí como la mía contra ellos, y que, a diferencia de los míos de arriba, que me despreciaban, éstos me apreciaban, de los míos de arriba que más o menos me aborrecían, éstos me querían. Las gentes del pueblo me han querido siempre, como yo a ellas, sobre todo los mineros, la mayor parte de las gentes del pueblo eran mineros, que trabajaban en nuestras minas de lignito y que siguen trabajando todavía hoy, aunque en menor número. Ellos, las gentes del pueblo, me dije atravesando la plaza del pueblo, han sido siempre, al fin y al cabo, mi único consuelo. Aquí podía hablar lo que con los míos no podía hablar nunca, podía hacerme comprender, podía llorar a gusto de niño. Mientras que aquí en el pueblo todo ocurre de la forma más natural y realmente humana, había pensado en mi trayecto, en Wolfsegg todo ocurre artificialmente, inhumanamente, y me pregunté cómo se había llegado a ello, cuál era la causa. Pero el trayecto a través de la plaza del pueblo fue demasiado corto para poder proseguir ese pensamiento, que fue sustituido enseguida por otro: ¿cómo encontraré a mis hermanas y en qué estado de ánimo?, me pregunté y, con una sola ojeada, abarqué todo el paisaje de Oeste a Este, de doscientos kilómetros de ancho, lo que sólo es posible desde allí, desde ningún otro punto de Austria. Precisamente desde el punto en que me había parado ya siempre, porque es el mejor, volví a ver de pronto todo el paisaje en aquel día sin nubes, y respiré profundamente. Por qué dejamos que nos deformen y destruyan una Naturaleza tan espléndida, me pregunté en ese instante, personas que han dedicado su esfuerzo sólo *a eso*, según creemos. Llego en el momento oportuno, pensé, y seguí adelante, cuesta arriba. Era como si todo el pueblo hubiera muerto, porque seguía sin oír nada. Normalmente oía salir de todas las ventanas precisamente los ruidos que llaman la atención sobre las actividades de los que viven detrás de esas ventanas, ahora no oía nada y achaqué ese hecho a nuestra desgracia. Todos participan en nuestra desgracia, pensé. No había subido por la avenida más lentamente, como hubiera sido lo más natural, sino más deprisa. Una curiosidad desvergonzada, de la que de pronto tuve conciencia, me hizo subir corriendo en definitiva por la avenida, aunque me detuve ante la gran puerta del muro junto a la Granja, y miré entre las ramas gigantescas de los dos castaños de la puerta al interior y a la *Orangerie* al otro lado, porque, hasta donde se puede recordar, los muertos de Wolfsegg han sido siempre expuestos en la *Orangerie*. Realmente, la *Orangerie* estaba abierta, y los jardineros iban y venían por delante con coronas y ramos. Decidí no ir enseguida a la *Orangerie*, no quería ver aún a mis padres muertos y a mi hermano muerto. Aproveché el aplazamiento para someter a una contemplación más detenida lo que pasaba ante la *Orangerie*, tenía aún la posibilidad, porque todavía no me habían descubierto, todavía no me había visto nadie. Me llamó la atención otra vez enseguida el estilo tranquilo de los jardineros, la forma en que, en silencio y con los movimientos característicos en ellos, sacaban las coronas de la Granja y las metían en la *Orangerie*. Acarreaban cubos de agua de la cuadra de enfrente y los metían en la

*Orangerie*. Apareció un cazador, hizo como si quisiera entrar en la *Orangerie*, pero se dio la vuelta antes y desapareció en dirección a la Granja. Yo me había arrimado al muro de la puerta, para tener un punto de observación todavía más ideal. Tenemos que observar a las personas cuando no saben que son víctimas de nuestra observación, pensé. Los jardineros salían de la Granja y entraban en la *Orangerie*, siempre con ramos y coronas, con cubos de agua y tablas de madera. Delante de la *Orangerie* habían colocado grandes cubas de madera con cipreses y palmeras, y también una pita, como las que han cultivado siempre los jardineros en la *Orangerie* y han cuidado con el mayor esmero. Con cuánto esfuerzo se cuidan y miman aquí en el norte esas plantas características del sur, pensé, aplastado contra el muro, por una parte con, como suele decirse, mala conciencia, pero disfrutando por otra al máximo de mi observación. Tenía tranquilidad para observar a los jardineros, pensando que probablemente pronto podría ver al menos a alguna de mis hermanas o a cualquiera de mis otros parientes, sin tener que ver enseguida a mis padres de cuerpo presente y a mi hermano de cuerpo presente, como indudablemente exigía el más mínimo decoro. Pero quizá tenía también miedo del hecho de no ver ya de repente vivos a los míos sino nada más que muertos. Me daban miedo sus rostros de muertos como me habían dado miedo sus rostros de vivos, no me daban tanto miedo ahora sus rostros de muertos como sus rostros de vivos, pero me daban miedo y prefería estar aún un rato apretado contra el muro que entrar sencillamente en el parque. Lo teatral de lo que pasaba en la *Orangerie* me había resultado de repente claro, que estaba mirando un espectáculo en el que actuaban jardineros con ramos y coronas. Pero falta el personaje principal de ese espectáculo, había pensado al mismo tiempo, y también que la verdadera representación no podría comenzar hasta que yo apareciera, por decirlo así el actor principal, llegado apresuradamente de Roma para aquella tragedia. Lo que veo desde la puerta del muro, pensé, no son más que los preparativos para el espectáculo que yo, y nadie más, inauguraré. Toda la escena y la de detrás, la que todavía no había visto, es decir, la del edificio principal, me pareció como los camerinos en donde se arreglan los actores, se maquillan, preparan sus diálogos, como yo mismo, porque me parecía a mí mismo un actor principal que prepara su entrada en escena, con todas las posibilidades, por no decir refinamientos, imaginables, que repasa otra vez todo lo que tiene que representar y recitar, que ensaya otra vez su texto, que repite otra vez en su cabeza sus pasos, mientras observa tranquilamente a los otros en sus preparativos, que deben ser todos preparativos secretos. Me sorprendió la tranquilidad con que estaba en el arco de la puerta, repasando mi papel para un espectáculo que, de repente, no me pareció ya nuevo, sino ensayado cientos, si no miles de veces. Conozco perfectamente ese espectáculo, pensé. No me atormentaban las palabras que tenía que recitar, me venían espontáneamente, mis pasos, mis gestos de manos estaban tan perfectamente ensayados que no necesitaba pensar en absoluto cómo realizarlos, cómo ponerlos perfectamente de relieve. He llegado de Roma como actor principal de esta tragedia,

pensé, sin renunciar al placer de ese pensamiento, no me daba ninguna vergüenza ese pensamiento. Haré una buena entrada en escena, pensé, sin pensar al mismo tiempo, eres una persona innoble que no se da cuenta de la abyección de este momento. Este espectáculo como tragedia tiene ya siglos, pensé, y todo irá espontáneamente, el actor principal se maravillará de lo bien que funciona, de lo bien que los otros actores, por su parte, han aprendido y ensayado su arte, porque no dudaba de que mis hermanas y todas las demás personas imaginables que me esperaban ya estaban repasando sus papeles porque, como yo, no tenían el menor deseo ni la intención siquiera de ponerse en ridículo delante del público que aparecería, el llamado cortejo fúnebre, al no saberse sus textos ni sus movimientos y tropezar, cuando estaba convencido de que, lo mismo que yo, daban importancia a un arte elevado y no a un puro diletantismo y, como es sabido, el arte de los funerales es, sobre todo en el campo, el más alto arte dramático que puede imaginarse, hasta las gentes más sencillas desarrollan en esos funerales un virtuosismo artístico que, la mayoría de las veces, hay que situar mucho más alto que el de nuestro teatro, en el que casi siempre impera sólo el puro diletantismo. Mis hermanas van de un lado a otro ensayando esos funerales no sólo como un espectáculo, pensé, lo ensayan como una función de gala, y el fabricante de tapones para botellas de vino de Friburgo, me dije, las asiste y aprende al mismo tiempo su papel, que sin embargo tiene que ser un papel completamente secundario, según pensé. Van de un lado a otro, esperándome, y ensayan la tragedia que tan súbitamente han incluido en el programa de la temporada de Wolfsegg, pensé. Mañana será el entierro, pensé, siempre lo es tres días después del fallecimiento. Todavía no se ha levantado el telón. Todavía no les sientan del todo los vestidos, pensé, por decirlo así el texto no les fluye naturalmente de los labios. Y qué hay más hermoso que un espectáculo en el que todos los trajes son negros, en el que domina sólo el color negro. Y en el que los comparsas del pueblo sólo pueden aparecer de negro. Hace tiempo que no tenemos un espectáculo así en Wolfsegg, la última vez, cuando la muerte de mi abuelo paterno que, a los ochenta y nueve años, en el bosque que se extiende desde detrás de la Villa de los Niños hasta Haag, tropezó con una raíz de pino, muriendo en el acto. Los míos estaban siempre, por decirlo así, *preparados* para un entierro, tenían siempre dispuestos los accesorios y también el vestuario pertinente, todo lo pertinente, pero ha hecho falta mucho tiempo para que se utilizara de nuevo. Sólo han tenido que quitar el polvo a todo, pensé. Realmente, como podía ver ahora, habían colgado en todos los costados del edificio principal las banderas negras. Los jardineros cumplen las órdenes de mis hermanas, pensé, más las órdenes de mi hermana Caecilia que las de Amalia, pensé, y al mismo tiempo en qué papel habrían asignado sin duda las dos, entretanto, al fabricante de tapones para botellas de vino de Frigurgo, qué tendrá que recitar cuando empiece el espectáculo, pensé, qué texto le habrán puesto en los labios, porque de que él dijera su propio texto dudaba yo después de mi único encuentro con él el día de la boda, hacía unos días. Que Wolfsegg se había transformado ahora absolutamente de una boda en un

entierro, pensé, mientras estaba junto a la puerta del muro, todavía asombrado de mi viaje que se había desarrollado sin incidentes, desde Roma pasando por Viena, que había salido bien al segundo, contra toda norma, ni los empleados de ferrocarril ni las compañías aéreas estaban en huelga, todas las conexiones habían funcionado admirablemente, sin duda mis hermanas, había pensado, no han quitado aún los adornos de la boda y tienen que colocar ya por todas partes los adornos de los funerales, según el plan que conocen, porque su madre, por decirlo así, todos los años por lo menos dos o tres veces, por gusto, como siempre decía, *y porque nunca se sabe*, les había puntualizado ese plan para los funerales, que tiene siglos, hasta en sus menores detalles. También las bodas y las fiestas de cumpleaños se desarrollaban en Wolfsegg siempre de acuerdo con un plan exactamente establecido, como suele decirse. Que, por ejemplo, en el vestíbulo, detrás de las lámparas a derecha e izquierda, no sólo hay que poner una rama de laurel de la *Orangerie*, sino dos en un funeral, que en el balcón, arriba, tiene que haber dos cipreses, uno totalmente a la izquierda y otro totalmente a la derecha, y que esos cipreses, naturalmente, deben ser de la misma altura, pero no tan altos que sus ramas entren por las ventanas del comedor, lo saben mis hermanas. Para todos los tipos de ventanas hay en Wolfsegg un plan exacto, y esos planes los conservaba siempre mi madre en su escritorio, en el cajón superior derecho. Siempre actuó de acuerdo con esos planes, como todos antes de ella. La forma precisa de actuar según esos, así llamados, planes de ceremonias no tuvo que imponérsela mi padre, en el plazo más breve la convirtió en su propia pasión. Y los entierros fueron siempre una pasión de mi madre. Pero en el suyo propio y, sobre todo, que tendría lugar tan pronto, sin duda no pensó, me dije, de pie junto al muro de la puerta, si pudiera, organizaría el suyo propio, pensé súbitamente, y vi, sin verlo realmente, que mis hermanas estaban cumpliendo ya los deseos de mi madre en relación con su propio entierro. Me vino al instante a la cabeza la palabra *diligencia*. Para cualquier otro hubiera sido lógico subir con el taxi por la avenida, como suele hacerse siempre, hasta delante del portón, para mí no. La verdad es que el chófer del taxi se había sorprendido bastante, porque me conocía, de que me apeara precisamente en el lugar poco visible situado junto a la Columna de la Virgen, entre los dos mesones. Y que yo atravesara solo el lugar y la plaza del pueblo no lo comprendería nadie, pensé. Pero había querido acercarme a pie a Wolfsegg, pensé, y la plaza del pueblo, completamente vacía, había respondido de la forma más ideal a mi propósito, no sólo había tenido la sensación de pasar completamente inadvertido sino que realmente lo había pasado y, en definitiva, no llevaba ningún equipaje, lo que era insólito, si se piensa que al fin y al cabo venía de Roma y, precisamente porque estaba totalmente sin equipaje, había podido meterme sin más las manos en los bolsillos del pantalón a cada instante. De esa forma, con las manos en los bolsillos del pantalón, había tomado también la avenida, con una impertinencia tan enorme que nadie la hubiera comprendido, y naturalmente tampoco la gente del pueblo. ¡Al fin y al cabo tengo cuarenta y ocho años y vengo de Roma y por añadidura para los

funerales de mis padres y de mi hermano, y llevo las manos metidas en los bolsillos del pantalón!, había pensado, apretándome contra el muro de la puerta, para que no pudieran verme los jardineros que, otra vez, entraban en la *Orangerie* con coronas que iban sacando de la Granja. Una capilla ardiente es siempre un gran espectáculo, había pensado, una obra de arte que surge poco a poco de muchas manos que saben cómo se hace una obra de arte así. Que mis propios padres y mi hermano estuvieran de cuerpo presente en la *Orangerie*, ese pensamiento lo reprimí enseguida, no pensé en la tragedia sino en la obra de arte, en lo grandioso de aquella capilla ardiente, no en su auténtico horror, como en aquel caso. Como siempre he sido un contemplador intensivo y un observador más intensivo aún, y entretanto he convertido ese contemplar y observar en una de mis mayores virtudes, me resultaba natural estar junto al muro de la puerta y contemplar y observar, para ello los jardineros me resultaban además un medio ideal y sumamente tranquilizador, al fin y al cabo siempre me había gustado contemplarlos y observarlos, y también desde allí en aquellos instantes que, con el mayor cuidado, tengo que decir, había alargado, ampliándolos y multiplicándolos cien, incluso en definitiva mil veces. Contemplar y observar, cuando el contemplado y observado no sabe que es contemplado y observado, es uno de los mayores placeres. La verdad es que, como pensé, es al mismo tiempo un arte totalmente prohibido, al que sin embargo no podemos sustraernos cuando le hemos tomado el gusto. Otra vez había aparecido un cazador, saliendo de la Granja con un, así llamado, candelabro de catafalco, para dárselo a uno de los jardineros que había salido de la *Orangerie*, probablemente para recoger ese candelabro de catafalco precisamente, esos candelabros tienen más de metro y medio de altura y se colocan a ambos lados de los difuntos de forma que arrojen sobre ellos una luz ideal, en total se colocan cuatro de esos candelabros de catafalco, que en otro tiempo estaban recién pintados de oro, hace muchos años, según recuerdo, lo que entonces ejercía en mí una gran fascinación, ya que, pequeño como era, había pensado que los pintaban y les sacaban brillo para algún funeral determinado, que ya se sabía de quién sería, pero eso era un error, porque después de pintar esos candelabros de catafalco pasaron decenios hasta el siguiente funeral que, como queda dicho, fue el de mi abuelo paterno. Cuando hace tiempo que no ha habido ningún funeral, en relación con una familia, se cuenta con que, de repente y súbitamente, habrá varios, ésa es la opinión general y, como ahora había resultado en Wolfsegg, pensé, que tres personas habían encontrado la muerte a la vez y serían enterradas al mismo tiempo, eso significa que otra vez habrá tranquilidad aquí durante mucho tiempo, porque al fin y al cabo se dice siempre que las desgracias nunca vienen solas, y por consiguiente un entierro también raras veces viene solo, siempre hay tres seguidos como las desgracias, ahora, sin embargo, han muerto tres personas de repente para un entierro, de una forma realmente elemental, según pensé, de una vez en lugar de tres. Subiendo del pueblo, a través de los árboles y arbustos que habían crecido ya mucho en la ladera, escuché entonces música de viento, una pieza de

Haydn, como comprobé enseguida, probablemente, pensé, ensayan ya abajo en el pueblo la música fúnebre para mañana, en la llamada Casa de la Música, un viejo edificio situado cerca de la escuela. La música se había interrumpido ya otra vez después de unos compases y reinaba un completo silencio. Luego la música había comenzado de nuevo, desde el principio, unos compases más que antes, para interrumpirse otra vez; como es corriente en los ensayos musicales, la música comenzó varias veces, tocando unos compases, siempre unos compases más, e interrumpiéndose de nuevo. Siempre la misma pieza de Haydn. Ya desde muy niño me había gustado la música de las gentes del pueblo, sobre todo la música de viento, y ese gusto, que calificaré de predilección, lo había conservado. Todavía hoy la sigo apreciando tanto como a la llamada música artística elevada, muy a menudo también mucho más, sabiendo que la llamada música artística sería al fin y al cabo impensable sin la llamada música popular, sobre todo la que se toca en los pueblos en bodas y entierros. Qué serían esos entierros y bodas, pensé, sin esa música. Las gentes de los pueblos tocan la mayoría de las veces con un oído absoluto y, cuando son buenos, tocan casi siempre también a la altura de los llamados músicos profesionales, su ventaja es que su música no es profesional, que la tocan única y exclusivamente por pasión y predilección, no por razones profesionales y por consiguiente, en fin de cuentas, por enfermedad profesional, como nos consta. De qué forma tan distinta tocó esa orquesta en la boda de mi hermana, pensé, alegre, breve y concisa fue aquella música, melancólica y lenta es ésta, pero sin embargo, como la tocada en la boda, también de Haydn, de ese músico que, junto a Mozart, sitúo en lo más alto, que también, junto a Mozart, es el que he preferido escuchar y que, precisamente porque en comparación con el Mozart querido por todos siempre ha estado en desventaja, en la Historia de la música, debe situarse todavía mucho más alto que éste. Me gustan Mozart y Haydn, pero Haydn es más grande aún, pensé. La música de Haydn iba bien con el ambiente de aquel mediodía, con el centelleo del aire, con los movimientos de los jardineros, que traían de la Granja y entraban en la *Orangerie*, regular y cuidadosamente, sus coronas y ramos, sin ser molestados para nada por nadie. Recordé muchas tardes de mi infancia, en las que la música de viento del lugar subía hasta mi habitación, precisamente aquella pieza y precisamente con los mismos músicos, según pensé y según podía distinguir por la forma de tocar de la orquesta de viento. Pero mientras que, normalmente, son sólo las piezas musicales más sencillas las que tocan, pensé, la verdad es que ahora tocaban las más complicadas, las que, en resumidas cuentas, como suele decirse, *exigen mucho* de los músicos de viento, en el caso de Wolfsegg tenía que ser una música complicada, una música altamente situada para unas personalidades, así llamadas, altamente situadas, porque de ellas se trataba en el caso de las personas de cuerpo presente en la *Orangerie*. Al fin y al cabo, todos los de abajo debían de haber sentido como un choque la noticia de la muerte difundida en el pueblo. Algo tan extraordinariamente horrible no lo había vivido Wolfsegg, hasta donde podía recordarse, pensé, y al instante sentí no estar abajo en



las casas para oír lo que decía la gente sobre la desgracia, lo que pensaba al respecto, cómo se sentía por ella, no poder participar en sus viviendas en su duelo, sin duda perfectamente natural. A mi padre lo habían respetado, cuando no querido también, pensé, algunos lo habían querido también, a mi hermano lo habían respetado y querido más o menos todos, ésa es la verdad, a mi madre la respetaban pero no la querían, de forma que, después de todo, su pesar era grande y la desgracia había tenido en ellos, sin duda, un efecto violento, como cabe pensar, pensé. Pero qué les estará pasando realmente por la cabeza, pensé, sin poder darle a ello la menor respuesta. Al fin y al cabo, el pueblo vive de nosotros los de arriba, pensé, hoy siguen existiendo en gran parte de nosotros, podría decir, sobre todo los mineros, los trabajadores del tejar, los llamados braceros del campo, directa o indirectamente todos los del pueblo más o menos de Wolfsegg, en torno al cual, como de forma totalmente natural, se siguen agrupando todavía hoy, como buscando refugio. Un solo instante, me dije, lo cambia todo en un lugar como éste, en un paisaje como éste. Y en una familia como la mía, pensé. Estoy haciendo ahora, desde hace tiempo ya, me dije, de pie junto al muro de la puerta, algo que no se *debe* hacer, por lo menos no de acuerdo con el concepto general del decoro, estoy aplazando de la forma más monstruosa mi auténtica aparición en Wolfsegg. Pero sin duda era también probablemente cobarde para entrar inmediatamente en el parque y, por lo menos, ir a la *Orangerie*, si no inmediatamente adentro, al portón, si no inmediatamente a mis padres de cuerpo presente y a mi hermano de cuerpo presente, lo que sencillamente no me era posible, para eso no tenía fuerzas, sólo de estar allí de pie junto al muro de la puerta y mirar por la puerta a la *Orangerie*, de eso era capaz, pero no de darle a conocer enseguida, ésa es la verdad. No tengo la despreocupación que permite entrar inmediatamente, por decirlo así sin rodeos, en un escenario así, indudablemente espantoso. Pero quién podría demostrar una fuerza así, me pregunté, observando cómo los jardineros, en una carreta, traían de la Granja cierto número de caballetes de madera para descargarlos delante de la *Orangerie*. Conozco sus nombres, pensé, observando atentamente a los jardineros mientras descargaban. No sólo conozco sus nombres, conozco también a sus familias y sé exactamente de dónde vienen, con uno de ellos no sólo fui a la misma escuela sino a la misma clase, y siempre fue superior a mí en todo, sobre todo en aritmética, pero escribía también mucho mejor que yo, lo que a decir verdad no era mucho. Uno vive a la salida del pueblo, precisamente en el límite entre Wolfsegg y Ottnang, y su padre era trabajador del municipio y, por añadidura, enterrador, cuando yo era todavía un niño, un hombre apreciado, al que los niños querían, en contra de lo que podría suponerse porque al fin y al cabo era enterrador, los niños del campo tienen siempre con la muerte una relación natural, a diferencia de los niños de la ciudad, que tienen miedo de todo lo que se refiere a la muerte, los niños del campo no tienen miedo de nada a ese respecto. El otro había sido designado en otro tiempo para ser cura, y fue enviado por la parroquia a Kremsmünster, al seminario, pero él, que en la escuela primaria había sido tan

excelente y había pasado por el más dotado de todos, fracasó completamente, y volvió a Wolfsegg para entrar de aprendiz con un carpintero. Sin embargo, con el tiempo la carpintería no le convenció y solicitó un puesto de jardinero en nuestra casa. Después de su aprendizaje de carpintería, terminó con nosotros también su aprendizaje como jardinero, y es por consiguiente tanto carpintero calificado como jardinero calificado, mi madre hablaba a menudo de esa suerte, había sido una jugada maestra suya hacer aprender a aquel hombre la jardinería, a su costa y totalmente mantenido, y de esa forma se ahorró tener su propio carpintero en Wolfsegg. Mi madre pensaba siempre en todo y sobre todo en lo práctico y en todas las ventajas prácticas, como se ha visto durante decenios. El tercero procede de una familia de mineros del carbón, fue también conmigo a la escuela primaria y aprendió enseguida la jardinería, a decir verdad no con nosotros en Wolfsegg, sino en Vöcklabruck, donde tiene una tía, que lo recogió y alimentó hasta que terminó su aprendizaje. Con esos tres jugaba yo de niño, pensé. He corrido con ellos por los bosques, por las pendientes. Probablemente sus viviendas no han cambiado hasta hoy, pensé, a diferencia de otras viviendas que, en los últimos años, han sido más o menos alteradas y, según creo, desfiguradas por sus propietarios, con muebles nuevos, modernos, que no valen nada y se estropean enseguida. Esos dos, sin embargo, nunca han dado importancia a la modernidad, sino siempre, sólo, a la calidad, y sin duda por esa razón sus viviendas están bastante inalteradas. Cada uno de ellos tiene tres hijos, que tienen ahora la misma edad que yo entonces, pensé, y les plantean los problemas que plantean los hijos, esos problemas yo no los tengo, me dije. Para cualquier otro hubiera sido fácil, pensé, dirigirse a esos dos jardineros y estrecharles la mano, estar con ellos un rato y hablar con ellos, pero, aunque yo lo deseaba, me resultaba imposible. He viajado por todo el mundo, me dije, observando a los jardineros, y más o menos domino ese mundo en lo que se refiere a las formas de trato, del modo más natural, por no decir del más hábil, he conseguido en ese dominio un alto grado de naturalidad por todas partes, en casi todos los centros del mundo y en todas las capas de la sociedad, como suele decirse, pero soy incapaz de dirigirme a los jardineros, estrecharles la mano y hablar un rato con ellos. Hubiera debido dirigirme a ellos inmediatamente, pensé, enseguida, cuando llegué a la puerta del muro y los vi, porque ya cuando yo estaba en la puerta del muro estaban ellos delante de la *Orangerie*, pero no me he dirigido a ellos con paso decidido, como hubiera sido lo mejor, sino que realmente he retrocedido ante ellos y, con más o menos temor y timidez, me he apretado contra el muro de la puerta, para que no me vieran. Y, sin embargo, lo más ideal hubiera sido saludar primero a los jardineros, me dije. Pero esa oportunidad la he perdido, la he dejado pasar. Si hubieran sido cazadores, pensé, pero precisamente los jardineros, por los que siento la mayor estima y que no sólo me gustan más que nadie, sino que los quiero. Pero ese quedarme junto a la puerta del muro es, por otra parte, típico en mí, me dije, no soy alguien que entre enseguida en un escenario, sea el que sea, que pueda aparecer al instante. Titubear es mi estilo, que

me hace replegarme primero a un buen puesto de observación. Sencillamente, lo mío es lo indirecto. Una vez al año, las familias de los jardineros, completas, son invitadas a la Villa de los Niños a lo que se llama una merienda de jardineros, esa merienda de jardineros es una tradición de siglos. Los jardineros suben con sus familias hasta Wolfsegg y son obsequiados por nosotros en la Villa de los Niños, en mi época, siempre, por mi madre y mi padre. La merienda de los jardineros era siempre algo especial. Al final, ya en el crepúsculo, se distribuían además regalos a los hijos de los jardineros, no puedo recordar que a nosotros mismos, a Johannes y a mí, nos hicieran regalos nunca de esa forma, tengo que decir, realmente conmovedora, entonces mi madre estaba también totalmente en su elemento, tengo que decir, repartía serenamente los regalos y todos tenían la sensación de que se trataba de un deseo suyo realmente íntimo y no de una comedia, como todo lo demás. Probablemente la forma de vivir de los jardineros, así pensaba yo, tenía incluso en mi madre un efecto beneficioso, pensé, porque con los jardineros y, por consiguiente, durante la merienda de los jardineros con ellos en la Villa de los Niños, estaba como transformada, muy lejos de todo lo que había sido siempre en ella tan repulsivo. Con los cazadores, mi madre me pareció siempre repulsiva, con los jardineros no. Los jardineros de Wolfsegg tuvieron siempre un efecto saludable en Wolfsegg. No en balde, desde que pude andar apenas, fui ante todo a ver a los jardineros. Muy a menudo pienso también en Roma en los jardineros, cuando estoy en la cama despierto, sin poder dormir, me veo entre ellos, siempre en un estado de ánimo feliz. Era como si me hubiera introducido furtivamente, me pareció ahora. Por decirlo así, los jardineros que observaba eran *los puros, yo el impuro*, y eso durante toda la vida. Pensé, nunca seré ya de aquí ni mucho menos de ellos, y no he tenido en toda mi vida deseo mayor que ser de ellos, lo que, sin embargo, ha sido siempre un pensamiento absurdo, un pensamiento realmente improcedente, que sólo un loco como yo puede permitirse. Durante toda mi vida he buscado a las gentes sencillas, queriendo unirme a ellas, pero como es natural nunca lo he conseguido, muchas veces había creído lograrlo, y también pude prolongar a menudo ese error, sobre todo cuando estaba con los jardineros y con los mineros, que desde el principio me gustaron, pero ese engaño terminó cada vez horriblemente. Cuanto más me apartaban mis padres de las llamadas gentes sencillas, tratando de hacérmelas imposibles, tanto mayor era mi ansia de verlas, durante muchos años he comprobado en mí un deseo enfermizo de estar con ellas y, aunque lo quería, porque había comprendido que lo otro sería absurdo, imposible, no tuve fuerzas para liberarme de ese deseo enfermizo, todavía hoy lo padezco. Mientras que los llamados de abajo se esforzaban siempre por subir hasta nosotros, yo me esforzaba siempre sólo por bajar hasta ellos. Los de abajo eran siempre infelices por ser de abajo, yo, al ser de arriba, sufría por estar arriba, lo mismo que los de abajo por estar abajo. Durante toda mi vida he querido introducirme furtivamente entre las gentes sencillas, las sólo así llamadas gentes sencillas, pensé, de pie junto al muro de la puerta, he utilizado muchos trucos para

engañarlas, pero ellas me han calado y me han cerrado el camino, lo mismo que los míos han cerrado el camino a los llamados de abajo porque los han calado y, por ello, les han cerrado el camino. En mi piso romano, me imagino por decirlo así muy a menudo que estoy con ellos, pensé, de pie junto al muro de la puerta, que me mezclo con ellos, empiezo a hablar su idioma, a pensar sus pensamientos, a adoptar sus costumbres, pero como es natural sólo lo consigo en sueños, no en la realidad, es un error total en el que me complace enormemente caer. Yo no soy simple, tengo que decirme entonces, ellos no son complicados, yo no soy como son ellos, ellos no son como soy yo, esa formulación se ha convertido en un tormento durante toda mi vida, que no puedo apartar. Cuando califico de hipócritas a los míos, como, así llamados, de arriba, y a los llamados de abajo no, es un error, porque los de abajo son igualmente hipócritas a su manera, como los míos a la suya. Como si dijera, los de abajo son buenas personas, como si dijera, no son avariciosos, ni megalómanos, las gentes sencillas lo son en igual medida, a su manera. Pero puedo decir que entre y con las gentes sencillas me he sentido siempre mejor que entre los míos, aunque también, cuando he comprendido que estaba equivocado con ellos, me ha dado siempre escalofríos, también a causa de la traición que había cometido indudablemente contra los míos y contra mí mismo. Nos traicionamos continuamente a nosotros mismos cuando preferimos a los otros, por decirlo así los hacemos mejores de lo que en definitiva son, pensé. Abusamos de ellos, cuando, por decirlo así, nos declaramos de los suyos, y abusamos de nosotros mismos al hacerlo, de una forma todavía mucho más repulsiva, porque abusamos de nosotros por ellos y contra nosotros. Pero no conseguimos por completo seguir siendo nosotros mismos y estar con ellos, en cualquier caso sólo tan rara vez, que no podemos basar nada en ello, no cuenta. Cuando estamos con ellos, la mayoría de las veces abandonamos lo que nos constituye, de lo que ellos se dan cuenta enseguida y lo tienen en cuenta contra nosotros, con lo que ya no tenemos la misma seguridad que en el momento en que comenzamos nuestro juego con ellos, porque se trata siempre sólo de un juego, de nada más, cuando nos creemos que tenemos que ser ellos, porque hemos tenido tal ansia de estar con ellos, porque no nos soportamos ya y ellos nos parecen en cambio ideales. Ese error de toda la vida nos resulta, durante toda la vida, humillante. Las gentes sencillas no son tan sencillas como se cree, pero las complicadas tampoco tan complicadas. Desde el muro de la puerta vi entonces a los jardineros sacar grandes paños negros de la Granja y entrarlos en la *Orangerie*, los llamados *crespones de catafalco*, que se conservan en la Granja en un *cuarto de difuntos* especial, para las capillas ardientes. Recuerdo haber visto ya una vez exactamente la misma escena: los jardineros, como es natural distintos de los que ahora veía, sacan los *crespones de catafalco* de la Granja y los meten en la *Orangerie*, pero de niño no estaba, como ahora, de pie junto al muro de la puerta, sino delante mismo de la *Orangerie*, sin ningún reparo había mirado a los jardineros desde la proximidad más próxima, sin la menor vergüenza, sin el menor escrúpulo, mientras que ahora, treinta años más tarde,

estoy junto al muro de la puerta y tengo que esconderme por razones que, en el fondo, no sé muy bien, pero por muchas razones que sencillamente me agobian. De repente me sentí agobiado. Estaba allí de pie y no tenía la seguridad natural que entonces tenía, de niño, para dirigirme sencillamente a los jardineros y estrecharles la mano, decirles que los quería, lo útiles que habían sido siempre, ir a ellos y mostrarme con ellos como soy. Retrocedí ante ello. Tuve miedo de ello. Se produce una catástrofe, pensé, cuando el hombre natural se encuentra con el artificial, yo, indudablemente artificial, según pensé, con los indudablemente naturales jardineros. Por un instante me dije, sólo me convenzo de mi artificiosidad, yo soy natural, lo mismo que me convenzo de que los jardineros son naturales, en realidad los jardineros son tan artificiales o naturales como yo, me dije. Tenía las manos frías, a pesar de que hacía calor. De niño, pensé, siempre encontraba las palabras adecuadas, ahora no las encuentro ya. No había tenido necesidad de reflexionar para hacerme comprender de los jardineros o de los mineros de la forma más natural. Para eso he tenido que ir al mundo y a París y Londres y Roma, pensé, para ahora, como se dice con mucha exactitud, estar más *agarrotado* que nunca antes, para eso he estudiado mis ciencias y he adquirido, como creo, un mayor conocimiento de los hombres, para no saber ya ahora cómo dirigirme a los jardineros y estrecharles la mano y cambiar con ellos unas palabras. Por un instante tuve la sensación de que, en los decenios en que lo había hecho todo para liberarme de Wolfsegg y hacerme independiente, y no sólo de Wolfsegg, sino independiente de todo, no me había liberado ni me había hecho independiente, sino que, al contrario, me había mutilado de la forma más deprimente. Soy un hombre mutilado, pensé. Inmediatamente después, sin embargo, me dirigí a los jardineros y les estreché la mano. No se sorprendieron de mi súbita aparición. Los llamé por su nombre, les estreché la mano, les dije que había venido a pie del pueblo a Wolfsegg, les dije que los había observado durante un rato, de pie junto a la puerta del muro, les dije, mirando atrás hacia ella. Eso no lo comprendieron, pero no dieron tampoco ninguna importancia a esa observación, miraron conmigo la puerta del muro, sin saber qué actitud tomar. De forma natural no estaban, como correspondía al día, tan naturales como siempre, sólo decían algo cuando les preguntaba, y yo sólo les pregunté cómo estaban, ante lo que se quedaron silenciosos. Creían que, lógicamente, yo entraría enseguida en la *Orangerie* para ver a los muertos, pero no entré, miré el portón abierto, como había visto enseguida, de par en par, luego a la Granja de enfrente, donde no se veía a nadie, y luego otra vez al portón, y les pregunté a los jardineros si mis hermanas estaban en la casa. Respondieron a mi pregunta que sí. Fui entonces hacia el portón, hacia el gran rectángulo negro en alto, sobre el cual colgaba, desde el balcón de arriba, una bandera negra totalmente desplegada. Una semana antes, el parque estaba lleno de todas las gentes imaginables, más o menos felices, según pensé, más o menos vestidas de colores, festejando a la joven pareja, mi hermana Caecilia y su fabricante de tapones para botellas de vino, hasta que una tormenta que estalló de repente puso fin a toda

aquella agitación, echándolos a todos hacia sus coches, para irse y volver a la casa, entrando en ella, y quedarse allí toda la noche siguiente, comiendo sin cesar, bebiendo vino y bailando. Durante toda la noche tocó una orquesta de baile de Ebensee, sin dejar dormir a los que se habían ido a la cama hacia la medianoche. Sólo hacia las cinco de la mañana dejó la orquesta de tocar, dejaron de bailar los últimos, y de pronto se hizo la calma, pensé, dirigiéndome hacia el portón. El desenfreno de los invitados a la boda se me había contagiado también, y no fui sólo observador de la escena, sino que participé también en esa escena desenfrenada, bailando incluso dos veces, una vez con Amalia y otra con Caecilia, pero naturalmente esos dos bailes me bastaron, no había bailado nada mal, quien ha aprendido alguna vez no se olvida de bailar, en cualquier caso bailé con Caecilia mejor que su fabricante de tapones para botellas de vino. Aunque los gordos no suelen bailar mal, me dije, la mayoría de las veces bailan mejor que los delgados, y tienen también más sentido musical. Pero todos esos numerosos sobrinos y sobrinas con los que me encontré de repente en esa boda, pensé, me atacaron pronto los nervios, y otra vez tuve un ejemplo de lo superficial que es esta generación actual de los veinte años, lo poco interesada por todo, salvo por su furiosa manía de divertirse. Con ninguno de esos sobrinos y con ninguna de esas sobrinas pude hablar realmente, no pienso siquiera en una conversación, quiero decir que ni siquiera me fue posible hablar con ellos un poco de una forma más o menos divertida, andaban por allí sin sentido del humor, incluso francamente estúpidos cuando no bailaban, y se les veía un aburrimiento de toda la vida, que los atormenta, porque no han hecho suficientemente pronto algo contra ese aburrimiento en fin de cuentas *mortal*. Para todos esos jóvenes es ya demasiado tarde, pensé, para escapar de ese *aburrimiento mortal para toda la vida*, están ya ahora casi completamente devorados por sus humores, sus profesiones, sus muchachas y mujeres, poseídos por sus perversas nimiedades. Cuando se habla con ellos, sólo tienen en la cabeza su horrenda superficialidad y, sobre todo, la jubilación que a sí mismos se prometen y su coche. La verdad es que no hablo con una persona, hablo con un jactancioso totalmente primitivo, carente de imaginación y brutal cuando hablo con alguno de ellos, pensé. Los fanfarrones de la llamada buena sociedad de la región, primitivos y llenos sólo de dinero, se habían encontrado en esa boda con trajes de mal gusto hechos a medida, las llamativas franjas de sus pantalones y los botones descomunales de cuerno de ciervo en las solapas de sus chaquetas dominaban la escena, las chaquetas de franela negra heredadas, las gargantillas negras, igualmente heredadas. Y, por añadidura, Caecilia le había puesto a su fabricante de tapones para botellas de vino unos pantalones de cuero que mi abuelo paterno, todavía en vida, no había llevado ya en decenios, probablemente con el único fin de hacer en secreto del fabricante de tapones para botellas de vino un personaje más ridículo aún, pensé de forma nada descaminada, porque la conozco. Y le había arreglado la chaqueta que había llevado precisamente ese abuelo, cuando tropezó en el bosque sobre la raíz de pino y en la que lo trajeron también del bosque,

dejándolo primero en la Granja y finalmente, de cuerpo presente, en la *Orangerie*. Esa chaqueta, pensé todo el tiempo, mientras observaba al marido de mi hermana, ha estado ya una vez en una capilla ardiente, lo que a mi hermana le constaba y, de forma totalmente consciente, le ha arreglado a su fabricante de tapones para botellas de vino esa chaqueta ya expuesta en la *Orangerie*, esa chaqueta de muerto, poniéndosela para la boda por un impulso indudablemente perverso. Qué horriblemente debe de haberse sentido el novio todo el tiempo con esa chaqueta, chaqueta de muerto, pensé, la infamia de mi hermana no tiene límites, pero sería perfectamente posible que la idea de ponerle para la boda esa chaqueta, chaqueta de muerto, que ya estuvo una vez en una capilla ardiente en la *Orangerie*, fuera de *mi madre*, eso, en el fondo, sería más verosímil, porque mi madre ha tenido siempre las ideas más perversas y la infamia en sí fue siempre su principal fuerza impulsora. Además, el pobre no podía andar con los zapatos de hebillas de ese mismo abuelo mío, como vi todo el tiempo, sino sólo mantenerse erguido con un paso cómico, pero, en conjunto, llevaba un atuendo de ciento veinte años de antigüedad, lo que Caecilia subrayaba también a cada instante delante de todo el mundo, que no le había preguntado nada, para hacerse la interesante ella pero dejando a su marido en ridículo, consciente o inconscientemente, ante toda la reunión. En el fondo, Caecilia presentó a su marido a toda la gente como un bufón, al llevar él esa ropa de ciento veinte años. Por otra parte, pensé, todos llevaban trajes de bufón, porque todos llevaban, con algunas excepciones, como los médicos de Wels y Vöcklabruck, como los abogados de esas mismas ciudades, como algunos de los parientes de Viena y de Múnich, esos trajes antiguos, por lo menos de cien años. Y se habían transformado así en bufones, como de forma lógica. Esas bodas sólo me habían deprimido siempre, y la verdad es que pronto no asistí ya a ellas, siempre había rehusado ir. Pero me hubiera sido imposible *no* ir a la boda de mi hermana, quedarme en Roma, no podía ni pensar en semejante afrenta, al contrario, estaba sorprendido de lo bien que había soportado aquella boda. Y al fin y al cabo es también la última boda a la que asisto, había pensado, como si excluyera de antemano y para siempre la boda de Amalia, mi otra hermana, y la boda de mi hermano, por lo menos en el próximo decenio. La gente que estuvo en esa boda, pensé, era de una estupidez innoble. Nos alegramos de ver a alguien a quien conocemos más o menos desde que vivimos, le estrechamos la mano, pero vemos enseguida que sólo se ha convertido en un zoquete, pensé. Y los jóvenes son todavía más estúpidos que los viejos, que por lo menos son la mayoría de las veces grotescos. Vivimos siempre en el error de que, lo mismo que nosotros nos hemos desarrollado, hacia donde sea, los otros también se desarrollan, pero es un error, la mayoría se han parado y no se han desarrollado en absoluto ni en una dirección ni en otra, sólo se han hecho viejos y, con ello, carentes de interés en la más alta medida. Creemos que nos sorprenderá el desarrollo de alguien a quien no hemos visto en mucho tiempo, pero, cuando volvemos a verlo, sólo nos sorprende que no se haya desarrollado en absoluto, que sólo tenga veinte años más y, en lugar de un buen

tipo, tenga ahora una enorme barriga y grandes sortijas de mal gusto en sus dedos regordetes, que en otro tiempo nos parecieron muy hermosos. Creemos que podremos hablar de muchas cosas con éste o aquél, y comprobamos que no podemos hablar con ellos *en absoluto*. Estamos allí y nos preguntamos por qué, y no encontramos nada que decir sino que el tiempo es de esta manera o la otra, que la crisis del Estado es de esta manera o la otra, que el Socialismo muestra ahora su verdadero rostro y así sucesivamente. Creemos que el amigo de entonces es también el amigo de hoy, pero vemos enseguida nuestro error terrible, muy a menudo francamente mortal. Con esa mujer puedes hablar de pintura, con ésa, de poesía, piensas, pero entonces tienes que comprender que te has equivocado, la una sabe tan poco de pintura como la otra de poesía, ninguna de las dos puede ofrecer más que un parloteo de cocina sobre cómo se hace la sopa de patata en Viena y cómo en Innsbruck, y cuánto cuesta un par de zapatos en Merano y cuánto en Padua. Qué bien podías hablar con éste de matemáticas, piensas, qué bien con ese otro de arquitectura, pero compruebas que lo matemático de uno y lo arquitectónico del otro se quedaron empantanados al hacerse mayores. No encuentras ningún asidero, ningún apoyo, y con eso los ofendes, sin que sepan por qué. Va a ser una boda más que ridícula, pensé, antes de ir de Roma a Wolfsegg, y luego, después de haber asistido a ella, que, en el fondo, había sido mucho, mucho más ridícula, tan ridícula como no me había atrevido a pensar. Pero sólo oía hablar de una boda *espléndida*, de una boda *única*, como suele decirse. Pero me guardaré de decirles *mi* verdad, cuando la suya es la que manda, pensé. Sin embargo, la boda propiamente dicha había sido francamente divertida, cómica de una forma deliciosa. La capilla en que se celebró estaba como es natural repleta, de forma que tanta gente como estuvo dentro tuvo que quedarse de pie en el vestíbulo durante la ceremonia. Como es natural, yo no me había abierto paso hasta los míos en las dos primeras filas, eso lo había rechazado de antemano, sino que me quedé en el vestíbulo con las chicas de la cocina y los jardineros. Como tengo buen oído, oí también todo lo que dijo el cura. Como el cura estaba ligeramente bebido, el ejercicio solemne de su ministerio tuvo algo de improvisado y no fue, como es normalmente en esas ocasiones, aburrido, sino divertido para todos. Sólo mi madre, como suele decirse, tuvo que sudar sangre. El cura debía dirigir una alocución a la pareja de novios, en la que tenía que introducir toda clase de cosas reales o inventadas y, finalmente, terminar con la consideración, generalmente aceptada, de que la vida es vida en Dios hasta el final, y nada más. Sin embargo, cuando estaba en el punto culminante de su actuación, cuando tenía que preguntar a los novios si estaban dispuestos a darse mutuamente el famoso sí, había olvidado el nombre de la novia y, tras una pausa larga y evidente, pidió ayuda en voz alta, es decir, el nombre de la novia, y mi padre se lo gritó con toda energía, lo que provocó al instante estruendosas carcajadas en la capilla y en todo el vestíbulo. Como tampoco había retenido el nombre del novio, tuvo que preguntarlo también, y mi padre, ahora sin embargo ya furioso, le gritó también ese nombre, con lo que estallaron en la capilla y en el



vestíbulo otras carcajadas todavía más estruendosas que cuando el primer fallo de memoria del clérigo. En esa ocasión tuve ganas de gritarle por encima de las cabezas, en lugar del nombre de mi futuro cuñado, sencillamente la expresión *fabricante de tapones para botellas de vino*, pero en el último momento pude dominarme. Esa abyección mía quedó, pues, en secreto, pensé. Siempre resulta ridículo cuando la novia dice que *sí*, pero más ridículo aún cuando el novio dice que *sí*. Eso pude comprobarlo otra vez en esa ocasión. Cómo podemos tomar en serio ese *sí* de la novia, cuando sabemos que es hipócrita, tan hipócrita como el *sí* del novio, ese *sí* de perplejidad dicho dos veces, en el que, sin embargo, sólo se decide un decenio de martirio, pensé. El *sí* matrimonial decide el yugo matrimonial. Nada más. Y nada ansía la gente más que decirse que *sí* y renunciar y destruirse a *sí* misma, pensé. Como me parecía estar presenciando un pequeño espectáculo, realmente cerrado en *sí* como una comedia o un juguete cómico, tuve muchas ganas de aplaudir vivamente en el instante en que el cura dijo su última palabra y se alejó con los monaguillos, sobrinitos de seis o siete años. Pero también entonces me dominé. Me importaba demasiado pasar inadvertido, un escándalo me hubiera hecho completamente imposible permanecer en Wolfsegg, y no tenía la intención de llamar la atención para que volvieran a decir que el aguafiestas había vuelto a entrar en escena. El punto culminante de ese pequeño espectáculo del matrimonio, de tantos siglos de antigüedad, es ese *sí*, había pensado, con el que la Iglesia católica toma plena posesión de los que han pronunciado ese *sí*. Luego invitaron al cura a subir al primer piso, en donde aguardó la señal para el festín que se dio en todas las habitaciones delanteras de ese primer piso. Mi madre, como siempre en esas ocasiones, lo dominaba todo, y la pareja de novios fue reducida por ella al tamaño que correspondía a esa pareja de novios, a una marioneta gorda y otra delgada que se habían sentado en el centro de la mesa, una al lado de otra, por decirlo así de espaldas al balcón, y por consiguiente al mundo exterior, el gordo fabricante de tapones para botellas de vino y mi hermana Caecilia, que una y otra vez le acariciaba con la mano derecha la mano izquierda, no por una necesidad íntima sino porque es algo que se hace, como debía de pensar. Cuando los invitados a la boda se habían comido la comida, sin duda buena, y bebido el vino, igualmente de primera clase y naturalmente de Baden, mi madre se levantó otra vez para pronunciar un pequeño discurso, que expresaba de forma inimitable su arte de la hipocresía. Tenía ahora el mejor yerno que cabía imaginar, dijo, y la hija más feliz que se podía concebir. Fue hacia el fabricante de tapones para botellas de vino y lo besó delante de todo el mundo, y luego abrazó además a Caecilia e invitó a todos a bajar al parque. Allí había dispuestas muchas mesas, porque hacía buen tiempo, y los jardineros y cazadores se mezclaron pronto con los llamados más altamente situados. También muchas gentes del pueblo habían subido para participar en la celebración. Lo hacían de una forma totalmente desenvuelta. Una vez más fueron los jardineros y los mineros los que más me gustaron. La banda de viento ocupó el estrado recién levantado ante la plaza de la

*Orangerie* y, poco a poco, tocó todo su repertorio, volviendo a comenzar desde el principio a cada hora. Al parecer, la alegría desenfadada de la boda se oía hasta Atzbach, situada seis kilómetros más al Este. Mi hermano se había mostrado visiblemente reservado, se retiró muy pronto y no se dejó ver más, esas fiestas le habían parecido siempre, ya pronto, repugnantes, pero no por la misma razón que a mí, que sólo podía soportar pocas horas su superficialidad y, en definitiva, su torpeza, sino por razones de enfermedad. Siempre tenía enseguida dolor de cabeza. Durante toda su vida tuvo dolores de cabeza, como mi padre, a quien esos dolores de cabeza se lo estropeaban todo. Él, mi hermano, que estaba más hecho para ello que nadie, me dije, no se ha casado hasta hoy, y no puedo explicarme por qué; él, que necesita absolutamente un heredero y al que su madre empuja continuamente a ello, que vive continuamente peleándose con su madre al respecto, pensé ya durante toda la boda. Naturalmente, un día se casará, poco antes de que sea demasiado tarde, con cualquier mujer, pensé, alguna hija de especiero de Wels, de Vöcklabruck, alguna enfermera de Salzburgo, alguna hija de mesonero de Unterrach o Strasswalchen. Personas como mi hermano esperan hasta que tienen cincuenta años y es más que tiempo, y entonces van a ciegas, pensé, y cubren de gloria al viejo bufón en que se han convertido. Antes dejan pasar sin aprovecharlas las oportunidades, las mejores de todas, como suele decirse, no dejan convertirse las llamadas aventuras en costumbre, el vivir con una muchacha o con una mujer en algo lógico. Durante ese tiempo su cama no pertenece a una sola, sino a varias, si es que no a muchas, pero sin embargo siempre a una distinta, que es enseguida ahuyentada otra vez por temor a una cadena perpetua, pensará él sin duda, pensé. Ahora se ha casado la tonta Caecilia, yo no lo haré antes de los cincuenta años, o quizá más tarde aún, es posible que él pensara, interiormente, llevándose luego las manos a la cabeza y retirándose con ese dolor de cabeza. Se ha acostumbrado a no ponerse más que sombreros viejos, como su padre, chaquetas viejas, pantalones viejos, a ponerse zapatos viejos, todo lo que lleva tiene que ser siempre viejo, de esa forma, cree, como la mayoría de los de su posición y origen, representar mejor esa posición y ese origen, llevarlos consigo, correspondiendo al gusto de los llamados superiores, entre los que siempre se ha contado. Se compra un sombrero y lo deja expuesto a la lluvia, lo cuelga de un gancho durante unas semanas en el balcón de la Casa de los Cazadores, y no vuelve a quitarlo del gancho hasta que está estropeado por la intemperie; entonces lo mete en agua caliente y se lo pone así, calentado al máximo, para darle la forma que corresponde a su cabeza, los pantalones los mete brevemente en agua y los cuelga al viento en la ventana, antes de ponérselos, y lo mismo hace con su chaqueta, con los zapatos camina primero un buen rato por el barro del jardín, de un lado a otro, para que pierdan su aspecto de absolutamente nuevos, porque no se calzan zapatos nuevos, no se llevan chaquetas nuevas, no se toca uno con sombreros nuevos, todo lo nuevo es profundamente despreciado, incluso aborrecido, porque así se hace, también las nuevas casas, las nuevas iglesias, las nuevas calles, los nuevos inventos, como es natural también todas las personas

nuevas, como queda dicho, todo lo nuevo, a lo que pertenecen también, naturalmente, los nuevos pensamientos. Durante siglos esa sociedad se ha acostumbrado a despreciar y aborrecer todo lo nuevo, con lo que ella misma se ha vuelto vieja sin renovarse ya. Ese pobre hombre ha sido totalmente devorado por la sociedad que, como suele decirse, él considera la única santificante, no ha quedado nada de él que recuerde a su personalidad, como su padre, pensó, lleva la vida de uno de los millones de duplicados de esa vieja sociedad. Todo en él y alrededor de él tiene que ser viejo, estropeado por la intemperie, pensó, salvo su coche, en cuanto a éste, daba la mayor importancia a que fuera el más nuevo y mejor, lo que significaba que tenía que ser también el más caro. Ha convertido en costumbre tener cada año un coche nuevo y, como mi madre va en él, porque ella no tiene coche, porque no tiene lo que se llama permiso de conducir, ese coche tenía que ser a sus ojos el más bonito y el mejor. Ahora, ese coche más bonito y mejor, *el Jaguar*, se ha convertido para ellos en fatalidad, pensó. Su culto al coche los ha destruido, pensó. Si normalmente era la persona más tranquila, cuando llevaba un coche no era más que un ser desencadenado, convertido en un ser de poder absoluto, lo que no podía ser fuera del coche, eso se lo impedía ya su y mi madre, que reivindicaba ese título; en el coche, en el Jaguar, sin embargo, era el ser poderoso y ella tenía que someterse, él determinaba, si no la dirección, sí la velocidad, lo que a ella, sentada a su lado en esas ocasiones y siempre totalmente asustada, como me consta, le venía totalmente a contrapelo, como suele decirse. A mi padre le gustaba el tractor, no el coche, que para él fue siempre demasiado ligero, mi padre no desaprovechaba oportunidad de sentarse en nuestro McCormick, aunque eso no tuviera el menor sentido. Se consideraba en el tractor el más feliz de los hombres. El más independiente. En el tractor era él mismo, decía, aquello era tan triste como cierto y yo le creía, *hasta esto he tenido que llegar, que sólo en el tractor pueda estar solo y ser feliz*, me dijo una vez. En cambio su hijo, mi hermano Johannes, había dicho a menudo que tenía que subirse al coche para poder respirar y dedicarse a sus pensamientos, significara eso para él lo que significara, me deprimía oír eso de él, tener que aceptarlo como verdadero. Mi hermano sale cada vez más a su padre, había pensado yo a menudo. En los últimos tiempos se ha aproximado ya mucho, no hará falta mucho más, había pensado yo en la boda, para que *él sea nuestro padre*. Su forma de andar, toda su actitud física, su voz se vuelven cada vez más parecidas a las de mi padre, pronto se confundirán con la actitud física de mi padre, con su forma de andar, con su humor y, como consecuencia, como es natural, con su actitud espiritual. El primogénito estaba destinado desde el principio, por decirlo así, a ser su padre, y pronto lo será, había pensado yo. Es sólo cuestión del plazo más breve. Y al fin y al cabo, a veces tengo también la sensación, pensó, cuando habla mi hermano, de que habla mi padre, cuando oigo andar a mi hermano, de que anda mi padre, cuando piensa mi hermano, de que piensa mi padre. Mis padres tuvieron en Johannes el hijo soñado, pensó. No hubieran podido desear otro mejor ni más adecuado para ellos. Poco a poco se acercó a la imagen ideal que habían

tenido siempre de un hijo, con la misma velocidad con que yo me alejaba de semejante imagen ideal. Por eso lo querían cada vez más y a mí me despreciaban y aborrecían, incluso me detestaban cada vez más, sin confesarse la verdad, a eso no se atrevían, con todas aquellas *medidas incesantes de autoprotección* de sus cabezas. La imagen ideal está casi terminada, había pensado yo en la boda de mi hermana Caecilia, se confundía casi totalmente con la imagen que mis padres, aunque, como queda dicho, sólo posteriormente, habían declarado imagen ideal. Mi hermano se había dejado educar para ser imagen ideal, yo siempre me había sustraído a esa pretensión, nunca me había interesado representar una imagen ideal paterna así, detestaba esa imagen porque, en pocas palabras, nunca había querido corresponder a esa imagen y, por ello, tampoco hubiera podido ser una imagen ideal. A Johannes, como queda dicho, habían podido *modelarlo, amasarlo*, a mí no. Y habían comenzado ya pronto esa modelación de mi hermano, ese proceso paterno de amasado, ya cuando aquella masa infantil no tenía más de tres o cuatro años, entonces se dieron cuenta ya de que era posible hacer de aquella masa su imagen ideal y se habían puesto a amasar y modelar la masa de Johannes, sin encontrar resistencia, mientras que conmigo encontraron siempre la mayor resistencia al respecto, porque desde el principio me había sustraído a sus manos, sustraído a su cabeza, sustraído a sus artes de amasado y modelado, no los había dejado acercarse, los había rechazado enseguida desde el principio. Amasaron a Johannes como quisieron, alegrándose de ello, porque no se dieron cuenta en absoluto de que, con su arte del amasado y modelado, lo habían destruido y aniquilado, definitivamente. Habían hecho de su *cabeza natural* una *cabeza ideal*, destruyendo así esa cabeza, en mi opinión, de la forma más desvergonzada e innoble, brutalmente, lo que no habían podido hacer conmigo, habían hecho de él *un zoquete ideal para ellos*, que con el tiempo se convirtió en lo que habían querido tener, alguien que correspondía a sus intenciones hasta en los más pequeños detalles, sometido a ellos. Johannes, pensé, se sometió absolutamente a mis padres, pero sobre todo a mi madre, no se defendió, le había resultado más cómodo que lo contrario: defenderse contra cada monstruosidad paterna y contra cada vileza paterna y contra cada tendencia desfiguradora paterna; sólo en el coche, en el Jaguar, e incluso allí sólo durante el recorrido, por decirlo así, le dejaban expresar sus pensamientos, durante esos *recorridos temibles*, como decía siempre mi madre, podía desahogarse, lo que sin embargo luego, cuando salía del coche, del Jaguar, se le hacía pagar mil veces al pobre hombre, pensé. Estoy seguro de que cuando él tenga cincuenta años, habrá aquí, como suele decirse, una boda magnífica, pensé. Pero un muerto no puede casarse ya. Con ese pensamiento atravesé el portón. El vestíbulo estaba vacío. Las lámparas del vestíbulo estaban adornadas con ramas de laurel, como había supuesto, de acuerdo con el plan para los funerales, *cada una con dos* ramas de laurel. Reinaba exactamente esa calma inquietante y dulzona característica de las casas de luto. El suelo del vestíbulo había sido lavado unas horas antes de mi entrada, *restregado*, como decimos nosotros, de rodillas, por

las *muchachas*, de las cuales la más vieja tiene ya setenta y cuatro años pero se la sigue incluyendo entre las *muchachas*, también en su lecho de muerte, cuando sea viejísima, posiblemente, como llegan a ser aquí la mayoría de las veces las *muchachas*, de más de ochenta, la llamarán todavía muchacha. Las *muchachas* se habían sentido siempre bien en Wolfsegg, así mi madre, aunque por otra parte, como mi madre decía también siempre, no se les evitaba ni se les evita nada. Llevan delantales negros, cosidos por nuestra modista del pueblo de abajo, por los que se las puede reconocer ya de lejos, llevan el cabello peinado liso hacia atrás y, por lo demás, porque así se hace en Wolfsegg, así mi madre, no llevan adorno alguno. *Es lo que mejor les sienta*, así mi madre. La mayoría de las veces entran ya a los catorce o quince años al servicio de Wolfsegg y se hacen viejas en Wolfsegg. No tienen, como suele decirse, muchos motivos para reírse, pero, así también mi madre, son muy estimadas en Wolfsegg por todos. Su número se ha reducido drásticamente en los últimos años, antes eran, incluidas las chicas de la cocina, de las que la mayor tiene también, al fin y al cabo, más de setenta años, doce, ahora no son más que cinco en conjunto. La mayoría de ellas tienen siempre *de nacimiento voces desagradables*, así mi madre, o han adquirido esas voces desagradables en Wolfsegg con el tiempo, porque al fin y al cabo no se les permitía nunca hablar de su forma natural con sus propias voces, sino de un modo artificial, en lo posible bajo y discreto, que les había enseñado al fin y al cabo también mi madre, así igualmente mi madre, y que, en definitiva, tenía que desfigurarles la voz. Las muchachas proceden ahora casi todas del pueblo de abajo, sin embargo, mi madre prefería antes siempre tomarlas del, según ella misma, *pobre Barrio del Molino*, posiblemente de familias campesinas de muchos hijos, porque ésas estaban siempre contentas con todo (mi madre) y eran consideradas *activas y, en general, siempre trabajadoras*. Pero el Barrio del Molino no proporcionaba ya en los últimos tiempos muchachas, las muchachas del Barrio del Molino preferían ser obreras de fábrica y no muchachas, lo que mi madre calificó siempre de decadencia del Barrio del Molino, en general de característico, no sólo del Barrio del Molino sino de toda la evolución mundial. Las muchachas, como es natural, eran totalmente católicas y tenían la modesta actitud deseada no sólo hacia la autoridad eclesiástica sino también hacia la secular. Las muchachas preferidas las habían tenido siempre mis padres de la región de Freistadt y de Aigen-Schlängel, en donde se entrecrocaban las fronteras bohemia y bávara y austríaca y a donde no lleva ningún tren. Ésas habían sido siempre *las más creyentes*, así mi madre, *las más decentes*, así igualmente mi madre. Iba a buscarlas por sí misma, presentándose en los conventos de Freistadt y de Aigen-Schlängel y expresando sus deseos. Las monjas o los frailes, según, le entregaban la mayoría de las veces dos o tres *muchachas muy jóvenes todavía, no estropeadas*, con las que volvía a Wolfsegg, para iniciarlas y ponerlas a prueba. Esa iniciación, prueba, consistía en que mi madre hacía que las muchachas restregaran primero el vestíbulo, lo que, al principio, les costaba a todas ellas el mayor esfuerzo, porque la longitud del vestíbulo y también su anchura,

cuando hay que restregarlo, exigen un esfuerzo inhumano. Pero las muchachas, fascinadas por los modales de mi madre y por Wolfsegg en general, por semejante propiedad, que ninguna de ellas había visto antes en su vida, restregaban el vestíbulo, con los sufrimientos que fuera, algunas fracasaban, y entonces mi madre les asestaba la terrible noticia de que no podía tomarlas, con lo que las que habían fracasado al principio, al segundo intento, eran realmente capaces de restregar el vestíbulo en su totalidad. Mi madre era siempre implacable. Y, como siempre fue de lo más implacable hacia sí misma, nunca evitaba a su entorno al menos la misma implacabilidad. Las muchachas, como suele decirse, se mataban a trabajar, pero sin embargo estaban siempre contentas de poder estar en Wolfsegg, como lo calificaban ellas mismas una y otra vez, costaban a mi madre una bagatela y, por decirlo así como prueba de su buen trato, como ya he dicho, se hacían en Wolfsegg viejísimas. Lo absurdo era que, por una parte, se mataban siempre a trabajar, por otra, sin embargo, llegaban a viejísimas. Ninguna de las muchachas de Wolfsegg murió, por decirlo así, de joven, por lo menos no antes de los sesenta años. Todas tenían *un bello entierro*, así mi madre, y las familias de las muchachas estaban siempre agradecidas porque una de las suyas *podiera* trabajar en Wolfsegg. Esa actitud no ha cambiado hasta hoy, pensé en el vestíbulo vacío y recién restregado de anchas tablas de alerce. Las telas de araña, que normalmente oscurecían el vestíbulo en sus ángulos, habían sido ya quitadas antes de la boda, pensé, las ventanas limpiadas, los faroles aceitados para que brillasen. Los jardineros me habían dicho que mis hermanas estaban en el edificio principal, y también el señor nuevo, como, en su inocencia, habían denominado al fabricante de tapones para botellas de vino, pensé. Así pues, los tres estarán arriba en el primer piso, sin sospechar en absoluto que estoy ya en el vestíbulo, más o menos debajo de ellos. Sin embargo, no tenía ninguna gana de subir ya inmediatamente a verlos, y aguardé en el vestíbulo los minutos siguientes. Estaba allí de pie, donde la escalera sube al primer piso, donde, de la pared, cuelga un retrato de mi cuarto tío abuelo Ferdinand que, según se dice, salvó la vida al Emperador al interponerse entre el Emperador y un traidor húngaro que se precipitó contra el Emperador. Ese hecho heroico lo pagó con la vida mi cuarto tío abuelo, y por ello *póstumamente*, como todavía se susurra hoy, fue elevado un grado en la jerarquía. Ese hombre se parece realmente, pensé, a Descartes, lo que anteriormente nunca me había llamado la atención, al fin y al cabo vivió en la misma época que el filósofo, pero sin embargo eran más sus ropas las que le hacían parecerse a Descartes y menos su cabeza. Pero el parecido entre ese cuarto tío abuelo y Descartes me resultó de repente asombroso. Por qué no se me había ocurrido nunca, me pregunté, contemplando el retrato con curiosidad aún mayor. Realmente, mi cuarto tío abuelo tenía en el cuadro también esa característica barba cartesiana y las altas cejas cartesianas. El cuadro no es en absoluto ridículo, pensé, preguntándome al mismo tiempo si no sería posible realmente que ese cuarto tío abuelo convertido allí en cuadro al óleo hubiera sido también filósofo, porque tenía en sí algo de filosófico.

Decidí investigar en nuestras bibliotecas si se encontraba en ellas algo escrito por ese cuarto tío abuelo, quizá algunos *Ensayos*, pensé, de los que yo no hubiera sabido hasta entonces, realmente escritos filosóficos, creía no equivocarme al ver representado en aquel cuadro al óleo a un escritor filosófico y sospeché ya que sus obras estarían en alguna de nuestras cinco bibliotecas. Su nombre me era conocido, sólo tenía que buscar en nuestras bibliotecas. No me asombraba en absoluto que los míos nunca hubieran hablado del *filósofo Ferdinand*, porque al fin y al cabo eso era lo característico en ellos, que no mencionaban siquiera nunca a los llamados hombres de espíritu y, si lo hacían, en un contexto penoso, que en todo caso rebajaba a esas personalidades filosóficas. Ahora me imaginaba ya incluso haber oído hablar alguna vez del *filósofo Ferdinand*, así lo llamaba para mis adentros, quizá lo he leído ya, sin tener conciencia de que el leído era quien colgaba al óleo en la escalera del vestíbulo. De repente tuve la idea de someter también a un examen más atento los otros cuadros al óleo colgados en la escalera, hasta entonces sólo los había contemplado siempre superficialmente, en el fondo había percibido siempre que se trataba de antepasados pero nunca de cuáles, nunca me había interesado hasta entonces, los cuadros los había mirado siempre en Wolfsegg exactamente como habían mirado siempre los míos los cuadros, de forma que, desde luego, miraban esos cuadros, pero nunca podían decir qué o quién estaba representado en ellos siquiera, porque durante decenios sólo los habían contemplado por costumbre, como manchas de color más o menos oscurecidas que habían encontrado su lugar definitivo en nuestras paredes, ya, en su mayoría, siglos antes de nosotros, por la razón que fuera, en un lugar o en otro, nunca se reflexionaba sobre ello, por no hablar de investigarlo. Quién sabe, pensé, qué es lo que cuelga realmente de las paredes de Wolfsegg, pensé, llegado el caso resultará que incluso hemos tenido muchos antepasados filósofos y quizá, además, también toda una serie de otros hombres de espíritu, pensadores por consiguiente, y posiblemente los cuadros que cuelgan de las paredes son realmente, de verdad, tan inestimables como siempre se ha murmurado entre los nuestros. Pero ese valor me interesa realmente menos que los representados o lo representado en esos cuadros, que son cientos. Por no hablar de los muchos cuadros y pinturas que hay por todas partes en nuestros desvanes, pensé, que en su mayoría están todos olvidados y, por el aturdimiento y la desvergüenza de siglos en Wolfsegg, han sido reducidos a un estado lamentable. Debería contratar un día a un restaurador de Viena, pensé y retuve ese pensamiento, que identificara todos esos cuadros y los clasificara luego y evaluara finalmente. Y pensé en un hombre determinado, que conozco y es el, así llamado, principal restaurador de nuestros mayores museos y que, por ejemplo, en los últimos tiempos ha restaurado los preciosos Velázquez que esos museos poseen, y poseen, como me consta, los más preciosos Velázquez, todavía más preciosos que los del Prado de Madrid. Ante la palabra Velázquez y ante la palabra Prado, tuve de repente la idea de si no habría incluso quizá en Wolfsegg algún Velázquez, sin que lo supiéramos, porque desde hace siglos hemos tenido no pocos parientes españoles,

siempre hubo españoles aquí, todavía hoy aparecen de vez en cuando, pasan días de caza en Wolfsegg, y con España ha tenido siempre Wolfsegg los más estrechos lazos y relaciones. Y con Italia. Y, como es natural, también con Holanda, en la que, al fin y al cabo, Rembrandt y Vermeer y los otros grandes, así llamados, neerlandeses estaban en su casa y pintaron. De repente tuve lo que se llama una idea fantástica, que me ocupó luego todo el tiempo, incluso cuando estaba ya en la capilla, en la que había entrado para no tener que subir enseguida a ver a los míos. Voy a moverme despacio y discretamente, pensé, y entré en la capilla, en la que hacía tiempo que los adornos de boda habían sido quitados y los adornos de funerales colocados. Con qué rapidez han cambiado el escenario, pensé. Telas negras cubrían los objetos normalmente pulidos y relucientes de la capilla, los candelabros y platos, los jarrones y cadenas, y las dos ventanas estaban igualmente veladas, cada una, con un paño negro, sólo la llamada *luz perpetua* ardía, de forma que quien entraba no tenía que permanecer en absoluto en una oscuridad total. Recordé el *lapsus* del cura borracho y escuché entonces aún la carcajada estruendosa de los asistentes a la boda. Me vino a la cabeza mi infamia, que entonces no había hecho aún pública, y escuché luego de nuevo a mi padre gritar el nombre de *Caecilia*, que puso en movimiento otra la vez la escena de la boda, que se había paralizado por completo. ¿Cuánto tiempo oímos aún realmente la voz de alguien, que unos días antes hemos oído en realidad como la voz de alguien vivo, cuando realmente ha muerto de pronto?, me pregunté. Por un instante tuve la sensación de que, como es usual al entrar, debía arrodillarme en la capilla, pero no lo hice, porque tuve conciencia en el momento oportuno del aspecto teatral y del aspecto totalmente artificial de esa forma de actuar por mi parte, de la hipocresía que indudablemente hubiera representado sentarme en un banco y arrodillarme, cuando, sin embargo, no sentía la menor necesidad de arrodillarme, sólo la idea de que, como es natural, alguien que entra en la capilla se arrodilla allí, y más aún en aquella situación. ¿Pero cuál era realmente mi situación?, me pregunté y avancé unos pasos, para detenerme luego. Pensé que la capilla para mí, de niño, nunca había sido un refugio de paz y recogimiento, como siempre pretenden los otros porque siempre les ha producido ese efecto, sino un lugar de inquietud y espanto. Todavía a los quince años, quizá incluso a los veinte aún, había entrado al fin y al cabo en la capilla realmente como en un lugar de espanto y crueldad, por decirlo así, como en un espacio de condenación, en el que se decidía sobre mí, entraba entonces en la capilla completamente como en la sala de un alto tribunal en el que se me condenaba cada vez. Los dedos que veía entonces en aquella sala de condenación, los dedos justicieros, implacables, apuntaban siempre hacia abajo y yo siempre salía de la capilla, de niño y de joven, únicamente con la cabeza baja, humillado, castigado. La Iglesia católica tendría que compensarme de muchas cosas, me dije, si sacara la cuenta de lo que, con su doctrina, me hizo de niño, y destruyó y echó a perder, se asustaría, por mucha sangre fría que tenga, pensé. Mi madre me había enviado siempre a la capilla para, por decirlo así, torturarme allí con mis cientos y cientos de



pecados, sin esperanza. Siempre entraba en la capilla temblando, para volver a salir de ella como fulminado. Al fin y al cabo, los únicos recuerdos bonitos de la capilla eran aquellos en que cantaban las Flores de Mayo. Aunque el mundo entero haya cambiado entretanto completamente y, como tengo que decir, totalmente, en Wolfsegg siguen yendo a la capilla como si nada hubiera cambiado, todos siguen yendo así, pensé. Lo mismo que, en general, actúan como si el mundo no hubiera cambiado en los últimos cien años, cuando, sin embargo, ha cambiado radicalmente, por decirlo así se ha puesto él mismo de cabeza, podría decir, pensé. Los míos consideraron siempre Wolfsegg exactamente igual que sus cuadros de las paredes, que siempre habían colgado de esas paredes así y no de otra forma y no debían ser cambiados nunca, ni mucho menos descolgados, en definitiva se consideraban a ellos mismos así, no debían cambiar *en nada*, a quien se dejaba cambiar o cambiaba por sí mismo, como mi tío Georg y como yo, pensé, lo excluían, no tenía ya nada que hacer entre ellos ni, según creían, con ellos. Pero es también falso decir que en Wolfsegg se ha detenido el tiempo, porque ellos, los míos, están al fin y al cabo en este tiempo, existen en este tiempo, son parte de este tiempo, también ellos son completamente este tiempo, como prueban con su existencia actual. Incluso están impregnados por este tiempo actual, pensé, mucho más profundamente que otros, *pero a su manera*. No es correcto decir que los míos son vestigios de un *tiempo pasado, de un tiempo antiguo, de un tiempo hace tiempo ido*, porque al fin y al cabo son de este tiempo. Pero a su estilo. No son, como se podría pretender cuando se los ve y se los observa bastante tiempo, de un tiempo que no tiene nada que ver con el nuestro, porque al fin y al cabo son de este tiempo. Pero a su estilo. Todo el que existe en este tiempo participa de este tiempo, pensé. La gente se equivoca cuando cree que los míos no tienen nada que hacer en este tiempo, porque los míos están en verdad y en realidad en este tiempo más vivos que los otros y dominan este tiempo, como se ve, con una inteligencia más concreta que otros, cuando pienso que la influencia que tienen actualmente en su entorno no tiene nada de pequeña. Pero son personas a su estilo, se rehúse o no ese estilo, se lo rechace o no. *Decir que los míos son gentes de otro mundo es decir una tontería*. Que son gentes que viven de la forma más rara y llevan una existencia sumamente rara y son de tal forma que no toman nota de la transformación del mundo y del género humano es otra cuestión, pero naturalmente son personas de este tiempo. Sería de lo más tonto pretender que son de otro tiempo o de otro mundo, porque, más que millones de otros, son de este tiempo y de este mundo y reinan lo mismo antes que después en él, ésa es la verdad. Quizá sea también su gran astucia darse la apariencia de ser de otro tiempo y de otro mundo, pensé, con el que trabajan y con el que, como suele decirse, no se encuentran mal, porque en el fondo no se encuentran mal, les va mucho mejor que a millones de otros que pretenden ser gentes de este tiempo y de este mundo, lo que los míos, quizá por un instinto innato no sólo bueno sino superior para las condiciones de ese mundo y de este tiempo, nunca han pretendido. Yo mismo afirmo incluso que los míos, como

sean, están más adaptados a su tiempo que la mayoría de los otros que conozco, y así lo pensé en la capilla, mientras no podía realmente decidirme a dejar la capilla y subir a ver a los míos. Nos atrevemos, pensé, a excluir a gentes como los míos de este mundo y de esta sociedad, y a decir que no son de este mundo, no de este tiempo, que son *no de este tiempo*, porque sentimos muy bien que no tenemos razón, precisamente la gente como los míos, eso lo veo de día en día con más claridad, vive *de acuerdo con su tiempo*. El que yo rechace su forma de vivir no significa que diga que no son de este tiempo, que no estén de acuerdo con este tiempo. Precisamente ellos estarían al fin y al cabo, podría decir también, en el camino adecuado, no en el camino que lo destroza y aniquila todo, sino en el que lo reúne y lo protege todo, aunque la forma de las condiciones en que se persiguen esos fines no nos guste, pensé. No tengo nada que ver con esa gente no quiere decir, al fin y al cabo, que deba ser eliminada, como se piensa a menudo, como se piensa casi siempre, como se piensa casi siempre y se actúa en consecuencia. Y pensé que, aunque pienso de otra manera, me he convertido a mí mismo entretanto en su eliminador y extintor y, por consiguiente, pienso de la forma en que reprocho pensar a los otros como incompetente e inadmisibles. No porque sea la mayoría es de su tiempo, pensé, como se cree y se actúa, partiendo de esa creencia, muy a menudo en perjuicio de su tiempo, también uno o la minoría puede ser de su tiempo y, muy a menudo, más de su tiempo que la mayoría y lo es casi siempre, también un individuo puede ser más de su tiempo que la mayoría y, en el fondo, es con mucha frecuencia más de su tiempo. La mayoría ha traído siempre sólo la desgracia, pensé, también hoy debemos nuestra desgracia, si es que lo es, a la mayoría. Al fin y al cabo, la minoría o incluso sólo el individuo son oprimidos precisamente por la mayoría porque son mucho más de su tiempo que la mayoría, porque actúan mucho más de acuerdo con su tiempo que la mayoría. Las ideas que son de su tiempo no son nunca de su tiempo, pensé. Las ideas de su tiempo siempre van por delante de su tiempo cuando son realmente ideas de su tiempo, pensé. Lo que es de su tiempo es realmente, por consiguiente, lo que no es de su tiempo, pensé, sobre eso sostuve una larga conversación con Zacchi. Soy de mi tiempo quiere decir que tengo que anticiparme con mis ideas, no quiere decir que actúe de acuerdo con mi tiempo, porque actuar de acuerdo con su propio tiempo quiere decir no ser de su tiempo, y así sucesivamente. Una vez pasé con Zacchi varios días al respecto, en Orvieto, en donde tiene una casa en las montañas, heredada de uno de sus admiradores. En el fondo y en verdad, pensé, los de Wolfsegg, por muy detestables que puedan parecer al individuo o incluso a la mayoría, son sin embargo los de su tiempo, pensé, sobre todo, si examinamos ese tiempo minuciosamente y insobornablemente, sin dejarnos ofuscar y embrutecer por la opinión en ese momento dominante, que no es más que una opinión excitada por la política del momento, pensé. Desde hace años existen la opinión política del momento y los hechos incontrovertibles, que se contraponen siempre a la opinión política del momento. La realidad es sin embargo, me dije, que el mundo se encuentra en estos momentos en

una situación caótica, mientras que en Wolfsegg reina el orden, deliberadamente no me dije sigue reinando *aún* el orden. Mientras que el mundo, en estado comatoso, no es capaz de despertar y, en ese estado comatoso, recobrar la conciencia, los de Wolfsegg están muy conscientes, aunque me rechacen, aunque, por aversión, me haya sustraído a ellos, pero *actúan*, me corregí, *actuaban* más conscientemente que la mayor parte del resto del mundo, no lo discuto, pensé. A su estilo, me dije. Inmediatamente después pensé que lo que acababa de pensar era, sin embargo, un absurdo completo o, por lo menos, una extravagancia que no conducía a nada, un fracaso del pensamiento. Para llevar adelante ese pensamiento de que los de Wolfsegg son los de su tiempo y no las gentes del mundo restante, pensé, hubiera necesitado a Zacchi, o a Gambetti, hubiera sido igual, solo, he fracasado en ese pensamiento como en tantos pensamientos pensados por mí, he sido víctima de un sofisma, de una impertinencia del pensamiento, según pensé. Pero tenemos que considerar siempre la posibilidad de fracasar, de otro modo terminamos abruptamente en la inactividad, pensé, lo mismo que, fuera de nuestra cabeza, no tenemos que actuar contra nada con mayor decisión que contra nuestra inactividad, también dentro de nuestra cabeza tenemos que actuar de la misma forma contra la inactividad, más o menos con la brutalidad que nos corresponde. Tenemos que permitirnos pensar, atrevernos, incluso a riesgo de fracasar pronto, porque nos resulte súbitamente imposible, a ordenar nuestros pensamientos, porque, cuando pensamos, tenemos que considerar siempre todos los pensamientos que hay, que son posibles, fracasamos siempre como es natural; al fin y al cabo, siempre hemos fracasado en el fondo, y todos los otros también, se hayan llamado como se hayan llamado, ya pueden haber sido los mayores intelectos, de repente, en algún punto, fracasan y su sistema se derrumba, como prueban sus escritos, que admiramos porque son los que más han avanzado en el fracaso. Pensar significa fracasar, pensé. Actuar significa fracasar. Pero naturalmente no actuamos para fracasar, lo mismo que no pensamos para fracasar, pensé. Nietzsche es un buen ejemplo de un pensamiento que ha llegado tan lejos en el fracaso que sólo puede calificarse de demencial, le dije una vez a Zacchi, pensé. Entre esos muros fríos, blanqueados, *he podido desarrollarme*, como decía muy a menudo mi madre, pensé, pensando en el vestíbulo si debía subir enseguida al primer piso o no, ir con los míos o con los otros, que estaban reunidos en la cocina, como observé. Las chicas de la cocina y las muchachas de la casa hablaban en la cocina *en voz baja*, teniendo en cuenta que era una *casa de luto* la casa en la que estaban. Me quedé delante de la puerta de la cocina y traté de comprender el contenido de su conversación, pero no entendí de qué hablaban, sólo palabras aisladas que no tenían para mí ninguna coherencia, aunque sin embargo pude comprobar que hablaban de sus familias, una y otra vez pronunciaron las palabras *Barrio del Molino*. Tenía conciencia de lo inconveniente de aquella permanencia mía ante la puerta de la cocina, aunque no la interrumpí, pero por otra parte tampoco podía decidirme: subo al primer piso poniendo así fin a mi aproximación a los míos,

saludándolos, o abro sencillamente la puerta de la cocina y saludo antes a las mujeres y las muchachas ahí reunidas. Éstas se habían reído de repente a carcajadas y pensé que, si abrían de pronto la puerta, me descubrirían escuchando, y ante esa idea me entró frío dentro de mi propia frescura. Mi conducta tenía que considerarla yo mismo absolutamente imposible, daba igual por qué me decida ahora, pensé, por abrir la puerta de la cocina y, por consiguiente, por saludar a las mujeres y muchachas en la cocina, o por subir al primer piso a ver a los míos, para saludarlos, desde hacía tiempo me había convertido a mi estilo en culpable, de una manera incomprensible, ofensiva, como es natural. El contenido de la conversación de la cocina, que yo seguía ahora desde el vestíbulo con la mayor atención, eran los diversos entierros que habían conocido ya las mujeres y muchachas reunidas en la cocina y las desgracias correspondientes. Un anciano de ochenta y siete años, como decían, se cayó al arroyo, una anciana de sesenta y seis se ahorcó de la ventana de un dormitorio, un niño fue atropellado por un carro de caballos, que acababa de cargar sacos de carbón, precisamente para la familia de ese niño, en la llamada mina de carbón, el asentamiento de nuestros mineros. Dijeron que los muertos tienen un olor desagradable y las coronas mortuorias se han vuelto muy caras, que cada vez hay menos empresas de pompas fúnebres y que los deudos, aunque sean los parientes más próximos del difunto, no llevan luto como antes, sin excepción, durante seis meses, ni siquiera las viudas, dijeron. Parecía como si estuvieran preparándose en la cocina su café de la tarde. Mientras que ellas toman su café de la tarde ya hacia las dos, pensé, no calientan el agua del té para los del primer piso hasta más o menos las cinco, cuando ellas, a su vez, cenan ya lo que los del primer piso no cenarán hasta más o menos las siete y media. De pronto me pareció agradable que las costumbres de Wolfsegg no hubieran cambiado en lo cotidiano, pensé. Hablaron en la cocina de un maquinista de tren atacado y asesinado, cuyos cinco hijos estaban ahora sin recursos y cuya viuda buscaba ahora trabajo para poder mantenerse a sí misma y a esos cinco hijos, porque el Estado no pagaba a las familias de los asesinados, ni siquiera cuando se había cogido al autor, las leyes de este Estado eran de lo más deficientes. Las oí hablar de un carromato que había volcado en las proximidades de la Villa de los Niños, en el que las muchachas de la cocina habían transportado varios bancos de madera de la Villa de los Niños al edificio principal, y cómo se rieron a carcajadas de una observación sobre las gallinas ponedoras, pero callándose otra vez enseguida, como si se avergonzaran de esas carcajadas como de una impertinencia impropia de ellas. Si entro a verlas y las saludo, pensé, me haré totalmente imposible, y subí al primer piso, el hecho de haber venido de Roma, sin ningún equipaje, más exactamente, sólo con mi cartera y un pañuelo, nada más, me divertía muy secretamente, incluso en aquel ambiente triste. Haré examinar todos los cuadros de las paredes y de los desvanes y, de esa forma, tendré una visión general de su verdadero valor, me dije, cuando al subir al primer piso pasé junto al óleo de mi cuarto tío abuelo Ferdinand, muy tranquilo, sobre todo no hay que perder el aliento,

pensé, quedándome otra vez en la curva de la escalera, oyendo y escuchando. Evidentemente, mi hermana Amalia hablaba con su cuñado, que es también mi cuñado, con el fabricante de tapones para botellas de vino de Friburgo, que nos trajo los vinos de Baden, pensé, con el que apenas había hablado en la boda, pero no porque yo fuera demasiado orgulloso, sino porque él prefirió evitarme, continuamente huyó de mí, siempre que pudo, me esquivó, temiendo sin duda que le hiciera preguntas. Todavía lo veo en el parque bajo los robles, pensé, solo, lo que me dio oportunidad de dirigirme hacia él, para hablar con él, sonsacarle más cosas, según pensé, de las que ya sabía, lo que sin embargo no era mucho, porque mi hermana, en lo referente a su novio, nunca se había dejado sonsacar mucho, pero, mientras yo iba hacia el roble, mi cuñado había desaparecido ya, me había observado y, en el mismo instante en que se había dado cuenta de que tenía intención de dirigirme hacia él, me había huido, al dirigirse de repente con rapidez, según pensé, de forma totalmente injustificada, hacia la *Orangerie*, en donde no había nadie, en cualquier caso yo no había visto a nadie allí, así pues me encontré solo bajo el roble, sin mi rico cuñado. Tampoco durante el banquete de bodas me había sido posible hablar con él, porque siempre apartaba la vista de mí cuando lo miraba, era evidente que le molestaba ser observado por mí, pero es de lo más natural que el nuevo cuñado sea observado por el marido de su hermana, cómo se comporta, lo que tiene que decir, la forma en que, por decirlo así, no sólo se comporta exterior sino también interiormente. Sin embargo, el fabricante de tapones para botellas de vino había preferido evitarme. Durante toda mi estancia en Wolfsegg no tuve ocasión, ni una sola vez, de hablar realmente con él, pensé ahora; siempre tuve la intención, la necesidad como es natural, pero nunca me encontré en situación, esa clase de personas, y por añadidura de Baden, de zona de vinos, tienen la mayor habilidad para evitar a quien quiere hablar con ellas, pensé, esquivan continuamente a quien trata de penetrar en ellas con sus preguntas, son muy hábiles en lo que se refiere a esa especie de evasión. Decimos que se trata de alguien tonto, pero al mismo tiempo tenemos que reconocer que es muy hábil. Los gordos son siempre más hábiles que los otros y, en el fondo, también siempre más móviles. Pero esa movilidad se limita a lo físico porque su espíritu, si es que puede hablarse siquiera de tal en lo que a ellos se refiere, es completamente inmóvil. Yo había querido someter a mi cuñado a muchas pruebas y, pensé, será fácil realizar esas pruebas, interrogarlo a fondo por decirlo así, evitar sus maniobras, pero había sobrestimado mucho mi habilidad para aproximarme, sin duda alguna, en eso había fracasado. Pero, había pensado, ¿por qué razón me evita mi cuñado? ¿Qué teme en mí, que al fin y al cabo soy el hermano de su novia y, después de la boda, de su mujer, y que, según creía, tengo derecho a informarme sobre él? Indudablemente, se consideró una monstruosidad por parte de mi hermana que ella, más o menos sin preguntar, se casara con aquel hombre, sin conocerlo de verdad, porque que no lo conoce es evidente. Ella había dicho siempre sólo que nuestra, así llamada, tía del Titisee lo conocía y, de hecho, conocía perfectamente a su familia desde que nació.

Pero eso no basta, naturalmente, había pensado yo exactamente igual que mi madre, que había pensado esos pensamientos todavía mucho más profundamente que yo, pero no había podido evitar aquella boda porque Caecilia se había obstinado, por primera vez en su vida se había plantado, como suele decirse, y había cometido un crimen contra nuestra madre, porque mi madre había calificado ese matrimonio desde el principio *nada más que de crimen de Caecilia*, cometido contra ella y nada más que contra ella, verdad es que nuestra madre sólo se había atrevido a pensar ese pensamiento en secreto y entre nosotros, para no perder la cara. Sus hijas, según había pensado ella, imaginándose también como un hecho indiscutible, debían estar toda la vida a su servicio en su proximidad inmediata, o sea en Wolfsegg, y su matrimonio quedaba completamente excluido. Hasta que la tía del Titisee se había impuesto con aquella idea absurda, así mi madre con mucha frecuencia, en contra de todo lo previsto. Pero ese matrimonio es contra Amalia, había pensado yo, porque mis hermanas, como me consta, se habían jurado siempre, aunque no expresamente, una fidelidad para toda la vida, lo que significaba simplemente que ninguna de las dos tomaría marido, porque tomar marido significaría como es natural su separación, que ahora se había producido a causa de aquel, como pensé otra vez, absolutamente *curioso matrimonio* que mi madre sólo calificó siempre, de la forma más pérfida, de *enlace*, una palabra que, hasta ese matrimonio, en Wolfsegg sólo se había pronunciado siempre con el mayor desprecio. El fabricante de tapones para botellas de vino, sin embargo, no decía nunca *matrimonio* sino siempre *enlace*, porque, por su región de Baden y por su ambiente, le parecía corriente y nunca penoso, como a todos los que no están familiarizados con nuestra ironía, pensé. Yo no lo considero un sinvergüenza ni un especulador, sino un zoquete que se esfuerza por conseguir lo que se llama algo más alto y mejor, como los que encontramos a miles por todas partes en la calle y nos convierten cualquier establecimiento y, en definitiva, cualquier reunión algo numerosa en un infierno insoportable. Para ser un sinvergüenza le faltaba astucia, lo mismo que para ser un especulador, es el honrado hombre ambicioso con sus complejos, me dije. La verdad es que hubiera podido obligarle a explicarse, me dije, no me habría sido difícil cortarle el paso, pero de eso no tenía ganas. Quizá tampoco quería enfrentarme con su lenguaje grotesco, pensé, con el alemán del suroeste, con la forma de hablar de Baden. La cordialidad badense, que conocí por varias estancias en la Selva Negra con mi tía del Titisee, siempre me ha disgustado, no encuentro en ella nada de agradable, lo mismo que tampoco en la llamada cordialidad vienesa, cuya diabólica estupidez me ha repelido siempre también, lo mismo que el concepto de cordialidad me ha irritado al menos siempre, pero la mayoría de las veces deprimido, porque la, así llamada, cordialidad no es otra cosa que un trato vulgar con la vida, un trato vulgar con la naturaleza humana, si queremos llevar la cosa al extremo, un tratamiento absolutamente abyecto de nuestra concepción del mundo. No puedo decir que el fabricante de tapones para botellas de vino se haya introducido subrepticamente en Viena, porque al fin y al cabo mi

hermana, de forma totalmente deliberada, lo ha llevado a Wolfsegg en contra de su madre, cometiendo con él contra ella un crimen capital. Un hombre que nunca ha oído hablar de Max Bruch, dijo mi madre una vez en la mesa, cuando se hablaba del fabricante de tapones para botellas de vino y nada más que del fabricante de tapones para botellas de vino, ella, que no tenía ni idea de música y para quien el concierto de violín de Max Bruch fue, durante toda su vida, el mayor embeleso musical, si he de decir la verdad, precisamente ella tuvo que dejar en ridículo a su futuro yerno más aún de lo que estaba, no sólo a causa de ella sino de todos nosotros, desacreditándolo precisamente con el dudoso nombre de Max Bruch, pensé. En Roma, ante mis amigos, no había dicho nada del fabricante de tapones para botellas de vino hasta que la boda fue más o menos segura, y entonces, por decirlo así, les había contado su historia al revés, a Zacchi, Gambetti, también a Maria, que no podían contener la risa ante mis descripciones. Sólo más tarde tuve conciencia de la bajeza con que había actuado al hacerlo, y de que no había hablado contra él, mi nuevo cuñado, sino en el fondo sólo contra mí, denunciándome a mí mismo. No había podido hablar en serio sobre mi cuñado, siempre sólo de esa forma irónico-amarga a la que recorro cuando no soporto lo serio. Pero son precisamente los hombres como el fabricante de tapones para botellas de vino los que siempre me han irritado, sacándome en definitiva de mis casillas, como suele decirse, porque, más que nadie, muestran la insoportable caricatura del ser humano, su deformación, su ridiculez vulgar, que no debe confundirse con la torpeza. Lo mismo que hay también una diferencia si tengo ante mí a un hombre sencillo o a un proletario, el uno es soportable, tranquilizador, el otro absolutamente insoportable, intranquilizador, caricaturesco, pensé. El proletario es el hombre de la industria, que no existía antes de la industrialización y el esclavo de la máquina que es envilecido ininterrumpidamente por la máquina y no puede defenderse contra ese envilecimiento, y al que la máquina vuelve innoble, mientras que el hombre sencillo, tal como yo lo entiendo, nunca se ha convertido en esclavo de la máquina, no se ha dejado envilecer por ella y, por consiguiente, tampoco destruir y aniquilar, pensé. El pequeño burgués y el proletario son productos dignos de lástima, pero insoportables, del maquinismo, y nos espantamos al tenerlos delante, porque tenemos que pensar en lo que las máquinas y las oficinas han hecho de ellos. Las máquinas y las oficinas han destruido a una gran parte a la mayor parte de los hombres, pensé, el fabricante de tapones para botellas de vino ha sido destruido y aniquilado, hecho insoportable, por su oficina de tapones para botellas de vino y sus máquinas de fabricar tapones para botellas de vino, pensé mientras, aunque estaba ya en el primer piso, me había detenido al final de la escalera. No puedo saber qué impulsó a mi hermana a hacer precisamente de ese hombre el hombre de su vida. Por otra parte, sé que no encontró a nadie que se hubiera casado con ella, al fin y al cabo todos sus intentos, e hizo muchos de esos intentos, fracasaron, tuvieron que fracasar con una madre que siempre prohibió a sus hijas los hombres y, en general, el trato con los hombres, mis hermanas tenían ya unos treinta años y tenían que respetar esa

prohibición materna, no se atrevían a infringirla porque temían que, en tal caso, su madre las echara y privara de sus derechos. Siempre se las amenazó con *ser desheredadas* si no cumplían las órdenes maternas, y por consiguiente las cumplían, porque nada temían más que verse desheredadas, ya que, por sí solas, se sentían realmente desvalidas, puedo decir sin miedo que sentían que no eran nada. Cuando Caecilia expresó una vez el deseo de ir a Salzburgo con un amigo, como dijo desgraciadamente, sólo por dos días, se le prohibió salir de casa siquiera durante una semana. A Amalia no le ocurrió otra cosa cuando tuvo deseos de hacer esas excursiones peligrosas, así mi madre. Pero cómo me voy a comportar ahora, en esta situación, con el fabricante de tapones para botellas de vino, pensé, oyendo al mismo tiempo las voces de los míos, los tres, aunque, allí de pie a la entrada, no comprendía de qué hablaban, indudablemente discutían algo que guardaba relación con los funerales, eso me resultó enseguida claro. ¿Cuál será la mejor forma de proceder?, me pregunté, ¿cómo portarme ya desde el principio al entrar en escena? Esas reflexiones no llevan la mayoría de las veces a nada, sólo lo hacen todo mucho más difícil, complican lo que, en definitiva, es al fin y al cabo muy sencillo, por complicadísimo, por embrolladísimo que parezca. Yo sabía que todo, como suele decirse, se desarrolla siempre solo y que es inútil pensar en ello en los casos que, en general, se califican de más difíciles, como por ejemplo el primer encuentro cuando, informados de alguna desgracia, como aquella de la que se trataba, volvemos a casa y los testigos o los primeramente afectados por la desgracia nos esperan ya. Sabemos que todo se desarrolla solo, pero nunca confiamos en ese hecho, lo pasamos siempre por alto y hacemos de nuestra cabeza un infierno. Si mis hermanas estuvieran solas, pensé, no tendría la menor dificultad, entonces haría ya tiempo que estaría con ellas, discutiendo sobre el futuro inmediato, pero el fabricante de tapones para botellas de vino me impedía esa espontaneidad natural de mi entrada. Se interpone ya en mi camino, pensé, me obstaculiza ya lo que me es natural, pensé. Ahora, una semana después de haberse celebrado, esa boda se revela ya como un error grande y grosero, pensé, es una cuña clavada entre Caecilia y Amalia, pensé, que las separara a las dos definitivamente, de una forma fundamental, no de la caprichosa que ha hecho que Amalia se instale por cierto tiempo en la Casa de los Jardineros, para castigar a Caecilia, por un tiempo ridículamente breve. Ahora está ahí el fabricante de tapones para botellas de vino, con ellas, discutiendo lo que, en realidad, sólo deberían discutir conmigo, pensé. Se entromete donde no se le ha perdido nada, posiblemente dirige ya Wolfsegg a su estilo, con su debilidad mental, con sus concepciones y puntos de vista pequeñoburgueses, que nunca pueden convertirse en percepciones. Apenas una semana después de la boda, se ha instalado ya en Wolfsegg, apoderándose de él, pensé, y me situé de forma que pudiera oír casi todo lo que hablaban los tres, en el fondo preocupado siempre únicamente por captar de repente algo sobre mí, lo que fuera, pero sólo los oí hablar del empleado de pompas fúnebres, que había estado ya tres veces y con el que no acababan. Que ya habían llegado ochenta coronas y



cuarenta ramos. Que habían enviado grandes esquelas no sólo al *Oberösterreichischen Nachrichten* y a otros periódicos de la Alta Austria, sino también a los periódicos de Viena y Múnich, y pensaban si no deberían insertar una en el *Frankfurter Allgemeinen*. Hablan muy bajo para que nadie los oiga, pensé, pero yo oía todo, por primera vez había hecho el descubrimiento de que en el pasillo de fuera se oía también casi todo cuando se hablaba dentro absolutamente en voz baja, de la forma más baja, y eso me asustó, porque hasta entonces había creído siempre que fuera no se oía lo que se hablaba dentro. Ese descubrimiento es uno de los más importantes, pensé, me obliga a adoptar las máximas precauciones en lo que se refiere a mi propia forma de hablar en el llamado salón. Están seguros de que no los oyen, y se les entiende cada palabra, pensé. El fabricante de tapones para botellas de vino no decía todo el tiempo más que *sí* o *no* a las preguntas menos importantes, y mis hermanas llevaban la discusión, eso me tranquilizó un tanto. De pronto dijo, sin embargo, que el catafalco debía estar un poco más alto, lo que, como es natural, me hizo escuchar todavía más atentamente. El catafalco, dijo, estaba demasiado bajo, y los visitantes tenían las mayores dificultades para ver los cadáveres expuestos, lo que sólo podía evitarse poniendo nuevos tacos para levantar el catafalco. Discutieron un buen rato hasta que los tres se pusieron de acuerdo en poner nuevos tacos al catafalco. Luego hablaron de los jardineros, luego de los cazadores, luego de que habían reservado, para los invitados al duelo que se habían anunciado de todas partes, todas las habitaciones en todos los mesones, no sólo en el pueblo de abajo sino también en Ottnang, varias veces surgió el nombre de *Gesswagner*, el nombre del mesón en el que más me gustaba comer cuando me escapaba de la cocina de Wolfsegg. En *Gesswagner* tenían grandes habitaciones de camas antiguas, en las que todos los invitados alojados allí por nosotros, en las ocasiones más diversas, se habían sentido siempre bien, no en balde es ese mesón famoso, lo mismo que la carnicería que le pertenece. La palabra *Gesswagner* me recordó al instante que había pasado muchas horas felices en el mesón así llamado, en compañía de los de Ottnang, a los mineros, los campesinos, los carpinteros y peones camineros que lo frecuentan les debo haber avanzado ya muy pronto en mi forma de contemplar. En ningún otro mesón he conocido nunca un alborozo y una alegría tan perfectamente naturales, en ese sentido, la palabra *Gesswagner* es para mí una palabra mágica. Es el centro de Ottnang, pueblo que es conocido y famoso por sus habitantes alegres y francamente divertidos y por la mejor de todas las bandas de música, dejando aparte la de nuestro pueblo. Pero la palabra *Gesswagner*, naturalmente, sólo tiene ese sentido feliz para mí, que conozco sus connotaciones. De pronto empezaron a hablar de mí, no podían explicarse por qué, hasta entonces, no había dado señales de vida, cuando al fin y al cabo me habían enviado el telegrama inmediatamente después de conocer la desgracia. *Ni una llamada, nada*, dijo Amalia. En ese instante tuve que entrar. Puestos de pie, fueron incapaces de decir nada, yo abracé a mis hermanas y estreché la mano de mi cuñado. Sin decir nada más, bajé entonces con Caecilia a la *Orangerie*.

Mi primera impresión de ellos fue que me respetaban como heredero universal de los fallecidos, no tenían otra opción, así reciben a alguien en quien ponen ahora todas sus esperanzas, había pensado, y un instante también que, ahora, estaban en mis manos, que dependían de mi ayuda, sobre todo que tenían que escucharme. Un instante, que no estaban ya en condiciones de existir sin mí, que contaban ahora con mi generosidad, todo con la certeza de que yo era el heredero natural de los difuntos, en torno al cual ellos, a los que la desgracia había dejado completamente desvalidos, se agrupaban ahora. El rebelde, el paria, el maldito, el odiado se había convertido de pronto, por decirlo así, en el único que decidía, en el mantenedor, en el salvador. En ese primer instante en que nos volvíamos a ver, lo apostaban todo por mí, exigían de mí que, más o menos obligado por la necesidad, olvidara de repente, para salvarlos, todo lo que me habían infligido, insoportablemente, ellos y los difuntos. Yo tenía indudablemente esa intención y se lo di a entender, no con palabras, sino sólo con mi comportamiento, que no puede explicarse más. Mi cuñado se veía totalmente empujado con ellas a la misma posición, y esperaba de mí que lo protegiera ahora con mis hermanas, incluyéndolo también enseguida, como es natural, en mis reflexiones sobre el porvenir. Pero lo mismo que ellos no podían saber qué iba a ocurrir, tampoco lo sabía yo, porque todavía no había reflexionado lo más mínimo sobre el hecho de que todo el complejo de Wolfsegg, con todos sus efectos exteriores e interiores, hubiera recaído sobre mí, ni el día anterior en Roma, ante aquel telegrama indudablemente chocante, ni hasta el momento de mi partida, que al fin y al cabo había estado ocupado totalmente por ella, sin dejarme tiempo para reflexionar sobre ese complejo de Wolfsegg futuro; en cualquier caso, no me había concedido tiempo para ello, no lo había querido, porque no quería, ya antes de que mis padres y mi hermano hubieran sido enterrados, dejarme agobiar y oprimir, por decirlo así después de ellos, por ese complejo de Wolfsegg, para eso, además, la noticia de la muerte de mis padres y de mi hermano había llegado a Roma demasiado inesperadamente, al fin y al cabo el choque, como ya he dicho, no sólo me había conmovido sino que, al contrario, me había dejado al principio en una disposición de ánimo incluso indiferente hacia aquella desgracia indudablemente espantosa, a la que no tenía fuerzas ni, por tanto, tampoco deseo de renunciar. Sólo había puesto las fotografías sobre el escritorio y, como puedo decir sin miedo, fantaseado sobre esas fotografías, para apartarme más o menos del horror, ese método había sido el mejor, como ahora veía, después del telegrama con la noticia de la muerte me había sentido más sereno que conmovido, como suele decirse, me había dominado totalmente y mi cabeza, como suele decirse, había permanecido clara, pero como es natural no había analizado en todos sus detalles y en todo su peso las consecuencias de aquella noticia de la muerte, porque quería protegerme, tenía que protegerme, no podía ni quería dejarme abrumar por el hecho de la muerte de mis padres y de mi hermano. Al ir hacia la *Orangerie*, Amalia había ido delante, yo había pensado que mis hermanas y mi cuñado dependían ahora totalmente de mí, que habían cambiado ya

completamente hacia mí, por absoluta necesidad. De repente, después de la muerte de mis padres y de mi hermano mayor, yo interpretaba el papel, para ellos realmente siempre inimaginable, de mantenedor y alimentador. Pero, sin embargo, yo soy el mismo que antes, pensé, yo no he cambiado, yo no cambiaré, aunque ellos lo esperen ahora de mí, tienen que creer en ello para no desesperar enseguida y perder lo que tienen en las manos. La realidad es que, yendo hacia la *Orangerie*, por triste que, como es natural, fuera para mí también, pensé que pagaría su parte de la herencia a mis hermanas, que no tenía intención de dejar que siguieran en Wolfsegg, tampoco permitiré que Wolfsegg siga siendo administrado como antes, pero naturalmente no podía saber de qué otro modo, sólo que no seguiría como durante siglos había sido hasta entonces. Amalia, intencionadamente, quizá realmente como hija y hermana *rota* por la súbita muerte de sus padres y hermano, me había precedido hacia la *Orangerie*, vestida de negro, con un vestido de lana ceñido y el cabello recogido en un moño, tenía muy buen aspecto, como por cierto también Caecilia, según pensé, a la que el negro le sienta igualmente bien. Si por lo menos no anduvieran siempre por ahí con esos espantosos *dirndl*, pensé, si se vistieran de negro, resultarían más agradables, pensé. El cuñado, al lado de Caecilia, sólo me había hecho en el primer momento una impresión de absoluto desvalimiento, no era ya el recién casado, por una parte triunfador y por otra lleno de complejos, de una semana antes; la desgracia y sus repercusiones inmediatas no le permitían ocultar en lo más mínimo su insignificancia y su tontería, estaba allí delante de mí, con toda su deprimente falta de importancia. En lugar de sostener a Caecilia, como hubiera sido lo natural, era ella la que sostenía a su marido, por lo menos ésa fue mi impresión en el momento de entrar en el llamado salón, mirando primero a Caecilia y a su marido, y sólo después a Amalia, que me pareció todavía la más serena. Dijeron que lo habían dispuesto todo, yo no pude imaginarme qué quería decir eso, pero pensé que habían puesto en marcha todas las cosas necesarias que ahora había que hacer. Antes de que llegáramos a la *Orangerie*, Caecilia dijo que había enviado también un telegrama a Spadolini al mismo tiempo que a mí. A quién había que informar aún de la desgracia, aparte de los que habían sido ya informados, dependía de mí. Ella había considerado lógico enviar un telegrama a Spadolini. Ahora me resultaba también evidente que Caecilia sabía muy bien cómo había que clasificar la relación de nuestra madre con Spadolini. Mis hermanas habían estado siempre al corriente, pensé. El fabricante de tapones para botellas de vino me resulta ahora en general un estorbo, pensé al mismo tiempo, pero no puedo excluirlo, al contrario, tengo la impresión de que Caecilia lo va a empujar expresamente al primer plano, por decirlo así como protector suyo, pero ése no fue para mí un pensamiento molesto, porque, aunque fuera ahora mi cuñado, no temía al fabricante de tapones para botellas de vino, seguirá siendo un personaje marginal sin ninguna influencia, pensé. Demasiado evidentemente con el fin de situarlo en primer plano, Caecilia, cuando entré en el salón, se había colocado detrás de él, por decirlo así como detrás de un escudo. De todas formas, ya desde el primer momento me

pareció ridículo, por no decir de mal gusto, no respondía a ningún impulso interno natural el que ella, cuando observó que yo entraba en el salón, se colocara, ya mientras se levantaba, detrás de su marido, era indigno de ella, pensé. Sin proseguir ese pensamiento, al fin y al cabo en aquel momento no era importante, pero sin embargo me había irritado, a pesar de toda mi comprensión por el trastorno en aquella situación. Mis hermanas se habían esforzado por mostrarse ante mí cambiadas, teniendo en cuenta la nueva situación en Wolfsegg, pero sólo habían conseguido a medias fingirme su cambio, porque no habían cambiado, eran las mismas de antes, sólo había pensado que habían cambiado, pero era un error por mi parte al que había cedido al principio, pero que sin embargo se había aclarado pronto ya en el instante en que dije que quería ver ahora a mis padres muertos, a mi hermano muerto. Antes de que llegáramos a la *Orangerie*, pensé aún que mis hermanas, probablemente, no iban a exigir de mí otra cosa que una abdicación total. Ahora, aunque las protejas lo mejor posible, tienes que estar alerta, porque si no te llevarás la peor parte, al fin y al cabo aprendieron con tu madre y saben explotar incluso una tragedia así para sus fines innobles. En aquel instante me horroricé de ese pensamiento mío, pero no lo había pensado sin razón y había sido absolutamente necesario. Los míos, también mis hermanas, nunca habían retrocedido ante nada si respondía a sus fines, por qué tenían que ser ahora distintas, me dije y, al mismo tiempo, qué grande y profunda debe de ser mi desconfianza hacia ellas para, en este instante, poder pensar así, y tuve horror de mí mismo. La desconfianza fue siempre la regla entre nosotros, cada uno por su cuenta la había desarrollado mucho más allá de lo normal, convirtiéndosela en una costumbre absolutamente necesaria contra todos y contra todo. Sin embargo, yo sólo sentía esa desconfianza en Wolfsegg y siempre sólo hacia los míos, normalmente no la sentía, en ningún otro lugar me trabajaba así, pensé, apenas estaba en Wolfsegg allí estaba, formaba parte de Wolfsegg, formaba parte de él como todas las demás, así llamadas, *cualidades indeseables*, que en el fondo son sólo un medio totalmente natural de afirmarse, de no hundirse. En Roma había pensado, me voy a encontrar con unas hermanas pusilánimes, que reaccionarán ante todo nerviosamente, pero, como pude comprobar, eran la tranquilidad misma, o bien me engañé y sólo vi su tranquilidad exterior, sin percibir su intranquilidad y nerviosismo interiores. En Roma había pensado, voy a llegar a una casa agitada, pero la casa no estaba agitada y pensé, cómo debe ser realmente de grande una desgracia para trastornar a los míos, para *paralizarlos*, pero no estaban trastornados, no estaban paralizados, no sólo habían conservado su flema, como suele decirse, sino que estaban totalmente despiertos cuando entré en el salón. Ni siquiera tuvieron la idea de preguntarme por qué había venido tan tarde de Roma, si en tren o en avión, era tan natural que yo estuviera allí ante ellos precisamente en aquel instante y no en otro. No me han hecho una sola pregunta, pensé, tampoco me han ofrecido nada, han exigido de mí inmediatamente que sea el que dirige, el que lo tiene ahora todo en sus manos y tiene que ser fuerte; el que yo, posiblemente, no estuviera en condiciones,

por decirlo así, de asumir mi nuevo puesto, caído sobre mí de improviso, eso, por lo menos en apariencia, no se les había ocurrido. Al instante me lo han dejado todo a mí, pensé, aunque en este instante ellas saben más que yo, posiblemente han sido testigos de la desgracia, en cualquier caso las primeras que han sabido de ella, antes que yo, al fin y al cabo, al ir hacia la *Orangerie*, *no sabía* siquiera cómo había ocurrido, tenía reparo en preguntar cómo, no estaba en el estado de ánimo necesario para preguntarlo. Pero el accidente sólo puede haber sido un accidente de coche, pensé, a mis hermanas no se les ocurrió tampoco informarme sobre el tipo de accidente, lo habían evitado en los primeros minutos de mi regreso de Roma, ninguna había querido ser la primera en comunicarme la verdadera causa de la muerte de mis padres y mi hermano, como si estuvieran condenadas al silencio al respecto, de forma que se comportaban como si se hubieran puesto de acuerdo sobre ese punto delicado, sobre esa cuestión penosa realmente horrible; como ellas no hablaban, hablé yo, diciendo que me había sido imposible venir antes, aunque era mentira, pero, como pude ver, me creyeron, ellas conocen la situación en Italia, que es siempre caótica en lo que se refiere a los medios de transporte, los sindicatos se ocupan de que haya huelgas casi diarias y, por consiguiente, una situación diariamente caótica en toda Italia, eso lo saben ellas porque les he explicado a menudo esa situación caótica y la conocen también por sus periódicos; así pues, pude decir sin miedo que no había podido venir antes, porque ellas tuvieron que pensar inmediatamente en esa situación caótica y no en una mentira mía. Al fin y al cabo, la palabra *Italia* ha sido siempre para los míos la palabra para situación caótica, para *el* país de la situación caótica, y a menudo me han preguntado por qué me he asentado, por decirlo así, en Italia, donde sin embargo reina la situación más caótica desde hace decenios. A eso les había dicho que era precisamente esa situación caótica la que me había hecho hacer de Italia mi residencia, precisamente Roma, donde la situación caótica es mayor, *las cosas imprevisibles, las cosas imposibles*, como les había dicho siempre. Precisamente porque Italia es el país más caótico de Europa, probablemente el país más caótico del mundo entero, les dije, es mi residencia, Roma, el centro del caos, eso no lo comprendieron y yo no tuve ganas de darles más explicaciones sobre mis intereses allí. *Una gran ciudad sola no me basta*, les había dicho a menudo, *tiene que ser una ciudad caótica, una urbe caótica*, por decirlo así. Pero con esas ideas como, en general, con todas mis ideas, nunca supieron qué hacer. Pero no me han preguntado siquiera si quería tomar un té o un vaso de agua, pensé, aunque luego los había disculpado, teniendo en cuenta toda la situación, porque sin duda se pregunta a alguien que viene directamente de Roma a Wolfsegg, lo que, en cualquier caso, es muy cansado, si tiene hambre o sed, aunque ellos no me lo habían preguntado. Ellos estaban tomando café, pero no me habían ofrecido, hubiera debido servirme sencillamente una taza de café, pensé, pero no lo hice, porque en el fondo quería ir por el camino más rápido abajo, a la *Orangerie*, para ver a mis padres y Johannes muertos, no quería aplazar más aquella cosa terrible e inevitable. Realmente, Caecilia

se asombró entonces, cuando estuvimos en la *Orangerie*, de que yo no diera la mano a los jardineros, no cambiara una sola palabra con ellos, porque al fin y al cabo no sabía que, por lo menos media hora antes, si es que no más tiempo antes, había hablado con los jardineros, hacía tiempo que los había saludado e incluso preguntado cómo estaban, sin embargo, le pareció extraño cómo me comportaba con los jardineros, ahora que habían traído otra vez grandes coronas de la Granja, allí estaban delante de la *Orangerie* para dejarnos pasar primero, a los señores, por decirlo así. Yo entré en la *Orangerie*, Caecilia se había quedado en la puerta. Me sorprendió enseguida que los cadáveres de mis padres y de mi hermano estuvieran expuestos de distinta forma, mi padre más alto que mi madre y Johannes, y que, lo mismo mi padre que mi hermano, tuvieran el féretro destapado, mientras que el féretro de mi madre estaba cerrado. Me volví hacia Caecilia, como si quisiera al instante, antes aún de acercarme a los féretros, una explicación de esa peculiaridad, pero luego pude explicarme por mí mismo la causa de aquella exposición desigual, el cadáver de mi madre estaba en un estado que hacía imposible exponerlo. Más tarde me dijeron que mi madre, como había supuesto, en el accidente de tráfico, como suele decirse, había quedado tan mutilada, *hasta ser irreconocible*, como escriben los periódicos y como Caecilia dijo entonces, que hubo que cerrar inmediatamente su féretro. Mi madre había resultado en el accidente más o menos decapitada, mientras que en mi padre no se podía ver nada en absoluto y tampoco en Johannes, los dos habían golpeado sólo contra el parabrisas y se habían roto el cuello de una misma forma fatal. A mi madre, una barra de hierro de aquel camión de Linz le había golpeado en la cabeza, de tal modo que su cabeza había quedado casi totalmente separada del tronco, precisamente allí, en el centro del coche, atrás, donde siempre se sentaba cuando viajaban los tres, la barra de hierro había penetrado en el interior del coche, golpeando mortalmente a mi madre. Ninguno de los tres *había sufrido nada*. Cuando, después de esa primera ojeada al féretro cerrado de mi madre, me volví, vi que Caecilia tenía lágrimas en los ojos. Detrás de ella estaban los jardineros. Me quedé dos o tres minutos delante de los muertos, y luego me di la vuelta y salí de la *Orangerie*. De pie ante los cadáveres, había respirado exactamente el olor característico de los cadáveres expuestos y, para evitar las náuseas, había preferido salir de la *Orangerie*, también había tenido la impresión de que era mejor no seguir de pie ante aquellos cadáveres, que conmigo, eso pensé mientras estaba allí delante, nada tenían que ver. Su vista me asqueaba, estaba muy lejos de sentirme conmovido, como suele decirse, de sentir nada que no fuera asco y horror. Mis vínculos eran con mis padres vivos y con mi hermano vivo, pero no con aquellos cadáveres pestilentes, pensé. Me guardé naturalmente de revelar mis sentimientos a mis hermanas o a nadie, como es natural. Los rostros descubiertos de mi padre y de mi hermano no los reconocía siquiera como tales, estaban tan cambiados como si fueran extraños que no tuvieran nada que ver con mi padre y mi hermano. Vámonos, le había dicho a Caecilia delante de la *Orangerie*. Volvimos al edificio principal. En ese camino me irritó que la bandera negra que colgaba

impúdicamente del balcón central no cayera exactamente desde el centro del balcón, y se lo hice notar a mi hermana, yo siempre había aborrecido esa clase de imprecisiones. A mi llegada antes, cuando, todavía solo e inadvertido, había mirado el edificio principal desde la puerta del muro, no había descubierto aún ese hecho, ahora me molestaba más que cualquier otra cosa en aquel instante. Mi hermana hizo un gesto a uno de los jardineros y él se acercó, y ella le dijo que colocara la bandera exactamente en el centro del balcón, que no era tan difícil. Mi hermana dijo sólo que había habido que hacerlo todo tan deprisa, lo que sonó a excusa en relación con la bandera negra, que el jardinero colocó enseguida en el centro del balcón, como vi desde abajo, yo le dirigí desde allí, diciéndole dónde estaba exactamente el centro del balcón del que tenía que colgar la bandera. Con ese motivo descubrí en mí un creciente nerviosismo, que sin embargo traté de reprimir diciendo a mi hermana Caecilia lo bien que le sentaba el vestido negro que llevaba en aquel momento, *el negro es lo que mejor te sienta*, le dije, no lo dije con mala intención pero ella, naturalmente, lo entendió así, no me consideraba capaz de un comentario razonable, sin malicia, y creyó enseguida que era algo infame, de forma que no respondió a mi cumplido. No, le dije, sinceramente, ese vestido negro te sienta estupendamente. Ella no se convenció. Levantó la vista hacia las palomas, que estaban posadas en los alféizares de las ventanas, y aquel año habían ensuciado ya de tal forma todos los alféizares que éstos hacían una impresión repugnante. Las palomas eran un gran problema en Wolfsegg, año tras año se posaban sobre los edificios, ensuciándolos y echándolos a perder. Siempre he aborrecido a las palomas. Levantando la vista hacia las palomas de los alféizares, le dije a Caecilia que tenía ganas de envenenar a todas las palomas, echaban a perder los edificios, olían mal y, además, no había casi nada que me resultara tan repugnante como su arrullo. Ya de niño había aborrecido el arrullo de las palomas. El problema de las palomas era realmente un problema de siglos que nunca se había resuelto, sólo se había hablado y maldecido de él, pero sin llegar nunca a una solución. *Siempre he aborrecido a las palomas*, le dije a Caecilia, y comencé a contar una a una las palomas, en un solo alféizar había trece, muy apretadas en medio de su porquería. Las muchachas deberían al menos limpiar la porquería de las palomas de los alféizares, le dije a Caecilia, y me maravillé de que no hubieran limpiado ya esa porquería de las palomas antes de la boda. Lo habían limpiado todo pero, evidentemente, no los alféizares de la porquería de las palomas. Una semana antes no me había dado cuenta. Caecilia no dijo nada a mis observaciones sobre las palomas. Los jardineros habían dejado a unos vagabundos pasar la noche en la Villa de los Niños, me dijo entonces tras una pausa bastante larga, en la que yo había tenido de repente la idea atormentadora de si había dado a Gambetti los libros acertados, si no hubiera sido provechoso darle también la *Effi Briest* de Fontane, y los vagabundos habían hecho una hoguera y, como consecuencia, había ardido la habitación de la planta baja en que habían pernoctado los vagabundos. Sin embargo, los jardineros habían podido extinguir el fuego, los

vagabundos habían desaparecido poco antes de declararse el incendio, adónde, no lo sabía nadie, pero al fin y al cabo era indiferente, porque de todas maneras no se los encontraría ya, la habitación quemada era aquella en que habíamos guardado las marionetas de nuestra infancia, todas aquellas marionetas se habían quemado, dijo Caecilia. Al mismo tiempo miraba por encima del pueblo la montaña. Precisamente las marionetas de nuestra infancia, pensé, precisamente ellas, sin poder decir nada ante ese incidente. Que hubieran sido vagabundos los que habían pernoctado en la Villa de los Niños, causando el incendio, me impresionó de forma más bien agradable, porque no hubiera pensado que había todavía vagabundos, pensaba que se habían extinguido hacía tiempo. Y pensé que, naturalmente, eran los jardineros los que habían dejado a esos vagabundos pasar la noche en la Villa de los Niños. Caecilia esperaba ahora probablemente que yo dijera algo contra los jardineros, pero, muy al contrario, con gran sorpresa por su parte, elogí entonces a los jardineros muy especialmente, que eran los más fieles, dije, los más dignos de confianza, los más naturales, los que más me gustaban. Precisamente porque Caecilia esperaba entonces de mí algo contra los jardineros, hablé bien de ellos, los elogí, como yo mismo me di cuenta, sin que viniera a cuento en absoluto. Haré restaurar la Villa de los Niños, dije de pronto, y esa manifestación, según creía, totalmente anodina, tuvo un efecto de choque sobre Caecilia, levantó la vista hacia mí y me miró directamente a los ojos. Realmente, con aquella declaración me había convertido en Señor de Wolfsegg, porque había dicho literalmente, *haré restaurar la Villa de los Niños*, nunca había dicho antes que haría restaurar nada en Wolfsegg porque hasta ese día no había tenido ningún derecho a ello, al contrario, allí se me había privado siempre de todo derecho, había estado privado de derechos desde hacía decenios, nunca había disfrutado, desde el principio, del menor derecho sobre Wolfsegg, ésa es la verdad. La Villa de los Niños es *una joya*, dije, hay que reponerla al estado en que estaba en otro tiempo, exactamente como en los antiguos grabados, dije. Y tuve la idea de comenzar la restauración de la Villa de los Niños en el plazo más breve, tenía las mayores ganas de hacerlo. También la Granja debe reponerse a su estado original, dije, la Granja está completamente abandonada. Cuando tenemos tanto dinero, dije, Caecilia guardaba silencio y me dejaba hablar. Ése era su antiguo método, dejarme hablar hasta que yo había hablado mucho más de lo que me convenía, más de lo que hubiera sido inteligente, hasta que había parloteado excesivamente, y entonces ella triunfaba. También esa vez hablé demasiado, traicionándome. Haré venir también a mi restaurador de Viena, para que haga el inventario de nuestros cuadros y determine su valor, dije. Apenas había dicho eso, me resultó penoso, e intenté desviar la atención. No había creído, dije, que volvería tan deprisa a Wolfsegg. No quería volver en mucho tiempo, dije. Roma es para mí lo ideal. No puedo vivir en ninguna otra ciudad, y en el campo mucho menos. Wolfsegg no se plantea ya para mí, dije. Quizá no hubiera debido hacer tampoco esa observación, pensé. La Villa de los Niños es mi edificio preferido, dije. ¿Te acuerdas aún de cuando representamos *Confucio*, que



nosotros mismos habíamos imaginado y escrito? No sabíamos en absoluto qué o quién era *Confucio*, pero la palabra *Confucio* nos inspiró una obra de teatro. ¿Adónde han ido a parar, por cierto, aquellas obras de teatro que escribimos?, le pregunté a Caecilia. Ella no lo sabía. Deberían estar en el desván de la Villa de los Niños, dije. La última vez las vi en el desván de la Villa de los Niños. Para *Confucio* pintaste tu decorado más bonito, dije. Y Amalia fue una espléndida Confucia. Hay que abrir las bibliotecas, dije. Todos esos libros tienen que salir al aire puro. Ni siquiera sabemos de qué tesoros se trata, sin ventilar, polvorientos, dije. Poco a poco Wolfsegg tiene que ser otra vez un Wolfsegg vivo, tal como me lo imagino, dije. Caecilia guardaba silencio. Durante decenios mis padres lo han tenido todo cerrado, dije. Volví a mirar a los jardineros, dos cazadores entraron por la puerta del muro, me vieron y me saludaron desde lejos. Sólo la caza, siempre sólo la caza, dije y pensé, ahora estoy todavía más solo que antes. Las palomas se arrullaban de tal forma que otra vez levanté la vista hacia las ventanas, sobre todo las del piso de arriba. Cuando va a llover se arrullan siempre de una forma especialmente aborrecible, dije. Por cierto, mi discípulo Gambetti, dije, aborrece también a las palomas. Roma está llena de palomas, aniquilan en Roma todo lo que es hermoso, toda la arquitectura. Hay que diezmar a las palomas, dije, aunque al instante me resultó penoso haber pronunciado la palabra *diezmar*. Uno de los jardineros se acercó a nosotros y me preguntó si había que alzar con tacos realmente el féretro cerrado. Sí, dijo mi hermana, aunque el jardinero me había preguntado expresamente *a mí*. Él se fue a calzar con tacos, con un compañero, el féretro de mi madre. Lo mejor que hay en Wolfsegg son los jardineros, le dije a Caecilia. Ella hizo como si no me hubiera oído. El accidente se *produjo*, como suele decirse, el miércoles. En la cocina había un montón de periódicos abiertos que se habían procurado las chicas de la cocina, yo había entrado en la cocina para tomarme al menos un café del llamado de la casa, y mi vista había caído inmediatamente en el montón de periódicos de la mesita de cocina situada junto a la ventana. Aunque al principio me resistí a hacerlo, no había podido luego dominarme y me había sentado en el taburete para echar una ojeada a los periódicos. De la misma forma repulsiva y abyecta que siempre, los periódicos informaban ahora de nuestra desgracia con la desvergüenza y, al mismo tiempo, la precisión en todos los detalles que son características de nuestros periódicos, la brutalidad con que trataban nuestra desgracia, para causar sensación, era la cruel, así llamada, impasibilidad, que al leer sobre otras desgracias siempre he temido pero, al mismo tiempo, admirado siempre, la que, en esos casos, se difunde y es devorada ansiosamente por los lectores, y no me excluyo, porque siempre he sido uno de esos ávidos lectores de periódicos, en lo que al sensacionalismo primitivo se refiere, ya de niño, lo mismo que hoy; pero, aquella vez, las noticias sobre nuestra desgracia provocaron enseguida, como es natural, mi asco. Mis padres habían ido con Johannes a Steyr para examinar, en casa de un vendedor de máquinas agrícolas allí establecido, el nuevo modelo de una trilladora americana, como todas las máquinas agrícolas de

Wolfsegg, también la trilladora deseada tenía que ser una McCormick. Mis padres, a quienes llevaba en su coche Johannes, pasaron toda la tarde en Steyr, visitando amigos y haciendo compras, Steyr es bueno para las compras, y hacia el atardecer fueron a Linz, para asistir en la llamada Brucknerhaus, a orillas del Danubio, una de las llamadas casas de la cultura que hay, a un concierto de obras de Bruckner, dirigido por Eugen Jochum. Después del concierto, llevando el coche mi padre, volvieron enseguida a Wolfsegg y allí, *poco después de Wels*, en la nacional 1, donde la carretera se bifurca hacia Gaspoltshofen, *en el cruce mismo*, tuvieron el accidente. Cómo se produjo exactamente el accidente no lo saben siquiera los periódicos, que no han ahorrado fotos horrorosas. Incluso publicaron una grande, en la que aparece el tronco sin cabeza de mi madre, contemplé la foto bastante rato, continuamente con miedo, como es natural, de que alguien entrara en la cocina y me descubriera haciéndolo. Me bebí el llamado café de la casa que, como había estado sobre el fogón encendido, estaba aún caliente, y fui abriendo un periódico tras otro, todas las primeras páginas mostraban ya al menos una foto del accidente, y los titulares eran exactamente de la bajeza y la abyección que los periódicos de provincias han mostrado siempre. Porque al fin y al cabo no tienen ningún motivo para temer por su nivel, ya que precisamente es eso lo que los distingue ante sus lectores, el no tener absolutamente ningún nivel, eso garantiza al fin y al cabo sus tiradas, que son muy grandes y producen a sus editores muchísimo dinero. Pude sentir entonces la absoluta abyección e igualmente abyecta falta de inhibiciones de esos periodicuchos de provincias, por decirlo así no sólo en mi propia carne, sino en mi propia cabeza y cuanto más, sentado en el taburete, hojeaba y leía esos periodicuchos de provincias, tanto más repulsivos me resultaban. Cada periódico creía que tenía que superar ampliamente a los otros en su abyección. *Extinción de una familia*, y debajo, *Tres aficionados a los conciertos, mutilados hasta quedar irreconocibles*, decía uno de los titulares. *Reportaje detallado en páginas interiores*, leí y busqué enseguida ese reportaje. Actuaba con la mayor desvergüenza imaginable, tengo que decir, hojeando continuamente el periódico que anunciaba el reportaje en su primera página y mirando a la puerta de la cocina, con miedo de ser descubierto en mi crimen, indudablemente repulsivo, no debo sumergirme totalmente en esas noticias sobre el accidente, me dije, porque si no, probablemente no me daré cuenta de si alguien entra en la cocina y me descubrirá. Así leí, por primera vez me temblaban las manos, aproximadamente todo lo que los periódicos habían publicado sobre los míos y, mientras leía, tuve la impresión de que los periódicos escriben desde luego con la mayor mendacidad, pero sin embargo también la verdad, escriben con la mayor bajeza imaginable, pero al mismo tiempo también nada más que los hechos, que desde luego mutilan en esas noticias hasta que quedan irreconocibles, como ellos mismos escriben del cadáver de mi madre, pero que al mismo tiempo no son más que auténticos. Por mentiroso que sea lo que dicen los periódicos, me dije también durante esa lectura, es verdadero en realidad, al fin y al cabo los periódicos escriben, cuando escriben mendazmente, nada más que la

verdad y, cuanto más mendazmente escriben, tanto más verdad es. Esa comprobación tengo que hacerla siempre al leer periódicos, que los periódicos no son más que mentirosos, pero al mismo tiempo no escriben más que la verdad, a ese absurdo no he podido escapar nunca cuando leo periódicos, ni tampoco entonces al leer las noticias sobre la desgracia que nos afectaba, indudablemente una de las más horribles en la historia del tráfico de la Alta Austria. En una de las fotos se veía la cabeza de mi madre, todavía unida al tronco sentado en el coche, por un delgado colgajo de carne y debajo el periódico escribía: *La cabeza separada del tronco*. Como es natural, el accidente había dado también a los periódicos la posibilidad de escribir algo sobre Wolfsegg, tonterías, como cabe imaginar. Sobre mis padres escribían que eran una *pareja felizmente casada, que había dedicado su vida al trabajo y el bien común*, a mi hermano lo calificaban de *uno de los mejores cazadores del país*, mi padre era una vez *un propietario forestal conocido por su perspicacia*, otra *un consejero económico reputado* y una tercera *el cazador estimado, el abnegado Presidente de la Federación de Agricultores de la Alta Austria*. Un periódico publicaba la foto que muestra a Johannes en su velero en Sankt Wolfgang, escribiendo debajo, *Una imagen de tiempos felices*; no sé cómo llegó esa foto a la mesa de la redacción del periódico, me resulta inexplicable. El *Linzer Volkszeitung* había impreso en rojo el titular *Dos generaciones extinguidas*. En ningún artículo faltaba la indicación de que se trataba de una *familia cristiana*, en el caso de nuestra familia, de un *benefactor de la Iglesia*, en el de mi padre, y de una *buena esposa*, en el de mi madre. *Los sobreviven un hijo que vive en Roma, donde trabaja como investigador, y sus dos hermanas*, escribía el *Linzer Volkszeitung*. *El sepelio tendrá lugar en la tarde del sábado*, leí. *Wolfsegg ha perdido su cabeza*, leí. *La viga de hierro atravesó el coche de parte a parte*, como puede verse claramente, separando la cabeza de mi madre del tronco y estrellándose contra la ventanilla de atrás del coche, los tres, mi padre, Johannes y también mi madre, permanecieron en sus asientos. El coche se precipitó con todo impulso contra el camión que, según se supone, frenó de pronto en la desviación hacia Gaspoltshofen. El cargamento de vigas iba destinado a una empresa de Schwanenstadt. Los periódicos hablaban de la *culpa del conductor del camión*, de la que sin embargo *no respondería judicialmente*, porque *siempre es culpable el que choca contra otro vehículo*. La población *compartía hondamente* la desgracia, leí. *La bendición será dada por el arzobispo de Salzburgo, amigo de la familia*, leí. El arzobispo de Salzburgo fue con mi padre al colegio, los dos estuvieron internos en el Instituto de Lambach. *Todo un pueblo de luto*, leí. Oí pasos en el pasillo y me levanté. Volví a poner los periódicos en la mesa, tal como los había encontrado, y sobre los periódicos las gafas de la cocinera. La cocina es una gran sala abovedada, de niños fue durante años el sitio en que preferíamos estar, sobre todo en invierno, porque en la cocina, incluso en la estación del año más fría, hacía siempre calor, a diferencia del resto de la casa, donde la calefacción era siempre muy mala. Y la cocina fue siempre también para los niños el lugar más entretenido, hasta los cinco o los seis años, hasta

que conocí bien a los jardineros y me hice amigo de ellos, y Johannes a los cazadores, por los que se decidió. La cocinera está con nosotros desde hace decenios. Me llamó al instante *Señor*; para ella, ese apelativo pasó de forma totalmente natural de mi padre a mí. Ese apelativo había estado destinado a mi hermano, ahora era yo quien tenía que llevarlo. Todavía no tenía conciencia yo de lo que ese título significaba para mí, en todo su alcance. Que si el Señor quería tomar un café, me preguntó la cocinera, y yo le dije que acababa de tomar del café de la casa. Que si el Señor quería leer los periódicos, me preguntó en el mismo tono. No, dije, me había refugiado inmediatamente en la mentira, aunque al mismo tiempo pensé, la cocinera sabe sin duda que entretanto he leído sus periódicos, que me he precipitado ansiosamente sobre ellos, otra vez dije, *no, gracias*, lo dije de una forma totalmente increíble. Las llamadas gentes sencillas tienen, como queda dicho, buen oído para el tono falso, para el uso mendaz del lenguaje. No sabía aún cuántos invitados vendrían a los funerales, dijo la cocinera, eso le daba quebraderos de cabeza, pero probablemente *el Señor* tampoco lo sabría. Dije que no lo sabía, no sabía prácticamente nada, acababa de *llegar, de Roma. Sí, de Roma*, dijo la cocinera. Entretanto se me ha olvidado cómo hablar con las gentes sencillas, sostener una conversación con ellas, pensé, eso me deprimió, se me ha olvidado, he olvidado en Roma el contacto con las gentes sencillas, pensé. Antes me hubiera resultado fácil hablar con la cocinera, preguntarle algo, escuchar su respuesta y volver a preguntarle otra cosa y así sucesivamente. De repente no tenía ya esa capacidad. Con los jardineros había tenido suerte, entonces había conseguido sostener una corta conversación con ellos de la forma más natural, con la cocinera fracasé, probablemente porque todo el tiempo pensaba, sabe que me he precipitado ansiosamente sobre los periódicos, lo que por lo menos ha debido de encontrar inconveniente, que me ha descubierto haciendo algo abyecto, me ha sorprendido en una bajeza, por otra parte pensé que era de lo más natural, en una situación así, totalmente dominada por el espanto, estar uno mismo espantado y agitado y no ser capaz de las cosas normales más sencillas, como hablar con la cocinera de la forma más sencilla; la verdad es que, por ello, yo no me hacía ningún reproche ni tampoco me asombraba, pero encontraba humillante haber sido descubierto por la cocinera en una bajeza, como si hubiera cometido un crimen estaba ante la cocinera, que entretanto había notado que sus gafas no estaban ya en el montón de periódicos como las había puesto ella, es posible que me lo imagine, pero yo creía que ella sabía que yo había revuelto el montón de periódicos, devorando ansiosamente todo lo que había sobre el accidente en ellos, con la voracidad que tengo siempre cuando se trata de periódicos, aunque esa voracidad se ha amortiguado ya, no es tan grande como antes, pensé. La cocinera ve que soy innoble y abyecto, pensé, me lo nota, utiliza esa certeza contra mí, pensé, al contemplarme tan inquisitivamente, lo que en una persona, así llamada, sencilla, y por añadidura mujer, pensé, es *insólito*. Al hacerlo, ella escondía las manos a la espalda, como si estuviera atándose la cinta del delantal, pero sólo fingía hacerlo por desconcierto, al ser

descubierta por su parte en una falta de respeto, en una falta de respeto que no es propia de ella en absoluto, según pensé, por su parte, ella muestra su abyección, pensé, su bajeza, al mirarme inquisitivamente. No hay que mirar así al Señor, pensé, pero cómo se me ocurre eso. Por otra parte, yo sabía que estaba en una situación mucho más penosa, porque mi bajeza había sido la primera, la suya, al fin y al cabo, sólo una reacción a la mía, mi desvergüenza en absoluto comparable a la suya, su desvergüenza es ridícula, pensé, comparada con la mía, que es fundamental, porque no hubiera debido permitirme mirar los periódicos, imponerme de su contenido, aunque entonces eso hubiera sido *una falsificación de mi carácter*, que exigía ese rápido hojear los periódicos. La cocinera miró el montón de periódicos de tal modo, que tuve la sensación de que me había descubierto, de eso no hay duda. Por un instante la aborrecí. Luego vi, sin embargo, que *ella* tenía miedo de mí, lo que me hizo adoptar hacia ella al instante otra actitud, no una de aborrecimiento directo, porque indudablemente ella había podido leer en mi rostro que yo me sentía culpable y pensaba que ella me había calado. Sin embargo, hubiera sido una tontería imperdonable tener miedo de una persona como la cocinera, ni por un instante, de alguien que, al fin y al cabo, *depende de mí* y, en definitiva, es tonta de la forma menos peligrosa. Si he de ser sincero, no me gustan esos rostros de aldeano hinchados y rosados, en los que la tontería, por decirlo así, se concentra. En el fondo siempre los he aborrecido, aunque eso sea injusto, porque precisamente en esos rostros de aldeano rosados e hinchados se encuentra también la bondad, como en ningún otro. Pero precisamente esa bondad me ha resultado siempre sospechosa, como en general la idea de bondad, con la que no sé qué hacer y que en el fondo me repele. La cocinera me conoce ya desde niño, pensé, no tengo que fingirle nada, no puedo fingirle nada, por qué me excito tanto por ella, pensé. Ella me conoce perfectamente. Pero naturalmente, pensé, también a ese respecto me equivoco, porque qué sabe esa cocinera sobre qué y quién soy, es ridículo hacerse ideas siquiera sobre la relación de la cocinera conmigo. *No*, dije, *no quiero más café*, lo había dicho de mal humor, y salí de la cocina. Caecilia vino a mi encuentro, detrás de ella Amalia, y detrás de Amalia el fabricante de tapones para botellas de vino, mi cuñado. A tu cuñado y a la palabra *cuñado* tendrás que acostumbrarte, pensé. Los tres estaban de repente ante mí, como si quisieran acusarme. No sabía cómo había tenido esa idea absurda, pero, pensé, de pronto están ante mí como acusadores, porque van a acusarme quién sabe por qué razón, posiblemente por todas las razones. Pero Caecilia dijo sólo que querían ir al otro lado, a la Granja, allí tenían que discutir con los cazadores que debían cargar al hombro los féretros y llevarlos durante el entierro, había que discutir quién llevaría qué féretro y así sucesivamente. Como sólo se hablaba de los cazadores para llevar los féretros, yo dije que, naturalmente, también los jardineros tenían que llevar los féretros, me irritaba tener que hablar continuamente de féretros, eso era lo insólito de toda la conversación, una y otra vez decíamos *féretros*, cuando lo normal es hablar sólo de un féretro en esas ocasiones.

Los cazadores no son capaces al fin y al cabo de llevar todos los féretros, dije. *Los cazadores y los jardineros llevarán los féretros*, dije, *dos de los féretros serán llevados por los cazadores, y un féretro por los jardineros*. El féretro de mi padre lo llevarán los cazadores, naturalmente también el féretro de mi madre, dije, los jardineros llevarán a Johannes. Durante esa conversación sobre quién llevaría los féretros, Caecilia y Amalia habían apartado al fabricante de tapones para botellas de vino; de repente había quedado en segundo plano y no había podido decir nada. Es lógico, dije, que el féretro de nuestra madre lo lleven los cazadores, y al decirlo pensaba en la relación que había tenido mi madre con los cazadores, y que nuestro padre sea llevado por los cazadores es también evidente, porque él era *su* cazador y también, durante decenios, *montero mayor del país*, como suele decirse. Ese título se lo dieron en la época nazi y lo conservó hasta dos decenios después de la época nazi. Primero llevarán los cazadores a nuestro padre y nuestra madre, y detrás llevarán los jardineros a Johannes, es muy sencillo, dije. Mis hermanas se aferraban ahora a mí de repente como lapas. Lo descargaban todo sobre mí, me pareció como si hiciera ya tiempo que hubieran descargado todo Wolfsegg sobre mí. Cuando las veía a las dos juntas con sus vestidos negros, me producían la misma impresión cómica, y al mismo tiempo repulsiva, que con sus *dirndl* de mal gusto. Lo burlón había desaparecido de sus rostros, lo amargo había quedado, de repente tenían unos rostros grisáceos totalmente enfermizos, que como es natural, a causa de los vestidos negros que mis hermanas llevaban, resultaban todavía más deprimentes. Cuando una hablaba, la otra no podía esperar para hablar también, una le cortaba la palabra a la otra, como si allí no hubiera cambiado nada. Se habían peinado el cabello hacia atrás de la misma forma, vi que llevaban los mismos zapatos. Amalia, que había vuelto de la Casa de los Jardineros, pensé, era otra vez por completo la hermana de Caecilia, conjurada con ella. Pero ya no contra mí, sino de pronto por mí, según sentí, pero precisamente eso me repelía, su oportunismo desvergonzado que, con la muerte de mis padres y de mi hermano, se había proyectado totalmente sobre mí. Las hermanas para quienes he sido durante decenios el *monstruo*, el *rebelde* innoble, se aferran ahora a mí, interpretando la comedia del desamparo. Sin embargo, no debía ir demasiado lejos en ese sentimiento y en ese pensamiento, para no perder el dominio, pensé, me portaré con mucha tranquilidad. Poco a poco querían informarme de la forma de producirse el accidente, cuando ya estaba informado por los periódicos, una cortaba continuamente con sus palabras las palabras de la otra, y mi cuñado no tenía la menor posibilidad de decir nada. Las dejé hablar, comprobando al hacerlo que relataban el accidente de forma muy distinta que los periódicos, por decirlo así, cada uno relataba *su* accidente, cómo lo ve *él*, cómo lo ven los periódicos es al fin y al cabo a su vez muy distinto de cómo lo ven mis hermanas y de cómo lo ve probablemente mi cuñado, sobre un mismo accidente no relatan todos en absoluto lo mismo, cada uno relata a su modo un accidente distinto, cuando, sin embargo, se trata del *mismo* accidente, *siempre de una forma distinta*, de modo que, en definitiva, se trata de

tantos accidentes como personas lo relatan. Cada uno relata el accidente tal como lo ve por sus impresiones y se trata siempre, desde luego, del mismo accidente, pero también, sin embargo, de un accidente distinto, pensé. Caecilia relataba un accidente muy distinto del de Amalia, Amalia interrumpía continuamente el relato de Caecilia, y a la inversa, Caecilia el relato de Amalia. Mi cuñado no tenía nada que decir. Mientras que Amalia hablaba siempre de una *barra de hierro* que había separado del tronco la cabeza de nuestra madre, Caecilia hablaba siempre de una *viga* que había atravesado la cabeza de nuestra madre. Yo no decía nada, porque no quería revelar que conocía ya todos los relatos de los periódicos, y que había leído en la cocina todos esos relatos de los periódicos no debía descubrirlo en ningún caso, no tenía la intención de quedar lo peor posible precisamente ya el primer día. De forma que mis hermanas creyeron que no sabía del accidente prácticamente nada, y dieron rienda suelta a su charla, *a su estilo*, soltándolo todo con voz muy alta y de forma totalmente indisciplinada. La gendarmería de Lambach era la que primero se lo había comunicado. En aquel momento estaban a punto de acostarse. En lugar de irse a la cama, tuvieron que emprender el camino de Lambach *e identificar los cadáveres*, como lo expresó Amalia. El coche estaba completamente destrozado, en la oscuridad que reinaba en el lugar del accidente, y tuvieron que, bajo las lámparas de los gendarmes, obligadas por ellos, meter la cabeza en el interior del coche, totalmente destruido, para identificar sin lugar a dudas a los tres muertos. Durante ese relato, no me había sido difícil pensar que el carácter de mi hermana era todavía mucho más abyecto que el mío. Su nerviosismo durante el relato no había podido ocultar su sangre fría. Había sido *risible*, como dijeron las dos casi al mismo tiempo, que nuestros padres y Johannes fueran transportados al principio en una ambulancia de Wels, cuando hacía tiempo que estaban muertos. La gendarmería se había portado bien. Naturalmente, el accidente había causado sobre el terreno una gran sensación, y muchos campesinos del entorno habían acudido. Algunos en camión apenas abotonado, así Amalia. Que también mi cuñado estaba con ellas no lo mencionaron en absoluto al principio, aunque había sido quien las llevó en su coche al lugar del accidente. Aunque tuvieron que cumplir enseguida todas las formalidades imaginables, se vieron condenadas luego a una inactividad completa hasta la tarde siguiente. Amalia fue primero a Correos para enviarme el telegrama. Al fin y al cabo, hubieran podido también telefonarme, pero se evitaron ese horror enviando el telegrama, lo que comprendo. A mi cuñado lo habían enviado luego a la Granja, para buscar las banderas de luto, y fue él también quien había colgado la primera bandera, *dejándola caer desde el balcón*. Al principio hubo un terrible silencio, dijo Caecilia. Amalia fue primero a ver a los cazadores y les informó del accidente, ellos se habían preguntado ya dónde estaría el coche con el que los señores habían ido la tarde anterior a Steyr. Caecilia avisó a los jardineros. Caecilia le había dicho a Amalia que, al mismo tiempo que a mí, enviara también un telegrama a Spadolini, el texto del telegrama a Spadolini decía: *Madre fallecida. Caecilia. Amalia*. Contaban sin falta

con que Spadolini asistiría a los funerales. Incluso habían tenido al principio la idea de hacer que el propio Spadolini oficiara el funeral, el arzobispo Spadolini, pero luego, sin embargo, estaban seguras al respecto de mi conformidad, se habían decidido por el arzobispo de Salzburgo, *por sus buenas razones*, así Amalia. También la llamada bendición la impartiría el arzobispo de Salzburgo. Spadolini se mantendría sin duda en segundo plano, dijeron. Por otra parte, pensaban que rehusar a su madre Spadolini para officiar la misa e impartir la bendición haría pesar sobre ellas una culpa irreparable, pero ese pensamiento, al fin y al cabo expresado ante mí, era un pensamiento hipócrita, como comprendí enseguida. Era verdad, realmente era oportuno hacer que el arzobispo de Salzburgo oficiara la misa de difuntos e impartiera la bendición, pero pude contenerme y no decir a mis hermanas que era lógico que Spadolini oficiara la misa e impartiera la bendición, me guardé para mí la falta de delicadeza de decir que el amante de nuestra madre debía officiar la misa e impartir la bendición *sin falta*. No debía, con una declaración tan impertinente, hacerme culpable para toda la vida, de manera que les dije a mis hermanas que la cosa quedaría así y el arzobispo de Salzburgo officiaría la misa de difuntos e impartiría la bendición, al fin y al cabo ellas lo habían decidido ya hacía tiempo *sin mí* y no había por qué cambiarlo. Con esa claudicación y dándoles mi asentimiento conseguía una ventaja, y dije además que, al fin y al cabo, además del arzobispo de Salzburgo y Spadolini vendrían al entierro, sin duda, *por lo menos otros tres obispos*, concretamente el de Linz, de quien mi padre era tan amigo como de los otros dos, los de Innsbruck y Sankt Pölten. Con esos obispos fue también mi padre al colegio y el trato entre ellos y mi padre no se rompió nunca, mientras vivió mi padre, tampoco en la época nazi, pensé, mientras les decía a mis hermanas que los obispos habían tenido siempre buenas relaciones con nuestros padres, incluso durante la época nazi. Esa observación no había podido contenerla, y la verdad es que fue oportuna, porque evitó que la entrevista con mis hermanas se volviera demasiado sentimental y, por consiguiente, hipócrita. En el fondo, me aterraba aquel entierro más que ningún otro, en comparación, todos los que se habían realizado en los últimos años en el entorno de Wolfsegg no eran nada, de repente vi muy claramente lo que me esperaba el sábado, el día del entierro. Qué cierto es lo que le he dicho a Zacchi por teléfono, que se ha abatido sobre mí una catástrofe, pensé, mientras mis hermanas se volvían hacia mi cuñado, más o menos, como pensé, para darle una orden, le dijeron que se adelantara hasta la Granja, para ver si no había allí, en el desván, dos de los llamados sudarios, como afirmaba Caecilia, en una gran caja con la inscripción *Sunlicht*, hubiera podido soltar la carcajada ante aquella palabra, *Sunlicht*, pronunciada por ella en aquel momento de una forma totalmente espontánea y con su característico tono necio, pero me dominé. *Pone Sunlicht en la caja*, dijo Caecilia a su marido, que inmediatamente se fue a la Granja. Sin embargo, había sido sólo la intención de ella, como pensé, de quedarse sola conmigo y con Amalia la que la había inducido a enviar a mi cuñado a la Granja, sencillamente quería desembarazarse de él, el intruso,



como pensé y como quizá pensó incluso ella misma en esos momentos, también ella, la esposa, siente de pronto a mi cuñado como un cuerpo extraño introducido por matrimonio, pensé, pero la idea no me divirtió tanto como hubiera merecido, era penosa. El fabricante de tapones para botellas de vino iba a la Granja sólo con el fin de que Caecilia, más o menos sin ser molestada por él, pudiera hablar conmigo y con Amalia, pensé. Mientras el fabricante de tapones para botellas de vino se alejaba de nosotros, no se había apartado aún veinte pasos, Caecilia dijo que su marido le atacaba los nervios, siempre estaba aferrado a ella y no podía estar sola un instante. Esa observación me asombró, porque hasta entonces había tenido siempre la impresión de que era ella, Caecilia, la que se aferraba a su marido, mi cuñado, pero no, *él* era la lapa y no a la inversa. Una semana después de la boda ella encontraba ya que su marido era una lapa y, por añadidura, lo decía delante de nosotros. Amalia sólo había podido reprimir la risa con dificultad, según vi. Con qué facilidad le viene a uno a los labios una risa así, incluso en una situación horrible, pensé. Efectivamente, una situación horrible así provoca precisamente esa clase de risa, pensé. Quien se encuentra tan tenso en un caso de desgracia como el nuestro se refugia rápidamente en la risa, pensé. Amalia dijo que mi cuñado no las había ayudado lo más mínimo en su desesperación, se había quedado en su cuarto, junto a la ventana, y no habían podido conseguir que hiciera nada, varias veces le rogaron que las ayudara, por ejemplo telefoneando a la empresa de pompas fúnebres de Vöcklabruck que habían contratado, pero no había ayudado lo más mínimo, así Amalia. Sólo hablaba siempre del choque que le había causado la desgracia, sin pensar que, en definitiva, la desgracia era un choque mucho mayor para su mujer y para su hermana, las cuales, sin embargo, no podían encerrarse en sus habitaciones, como él en la suya, más o menos para no hacer nada. Las personas del tipo de mi cuñado, dije, nunca están a la altura de esas desgracias, esas personas se ven abatidas por una desgracia fundamental así y no tienen fuerzas para levantarse, no como nosotros, dije, a quienes una desgracia así afecta de una manera mucho más profunda y fundamental aún, y abate también, pero nos volvemos a levantar y la superamos. Esa manifestación la lamenté al instante, pero no podía ya retirarla, que *la superamos*, había dicho realmente, y los otros no, con ello sólo quería decir que sabemos manejar una situación así, aunque sea la mayor, la más innoble, pero el *pequeñoburgués* no; naturalmente no pronuncié la palabra *pequeñoburgués*, que apuntaba deliberadamente a mi cuñado, sólo la pensé. El *pequeñoburgués*, pensé, se ve aplastado por una desgracia así y exhibe por completo su sentimentalismo al respecto, nosotros no. El *pequeñoburgués*, y también el proletario, se desgracia por así decirlo en una desgracia así, nosotros no. El *pequeñoburgués*, como el proletario, no tiene nunca la fuerza que nosotros tenemos para soportar una desgracia fundamental así, pensé. Les dije a mis hermanas que una desgracia así era superior a las fuerzas de mi cuñado, pero eso no lo entendieron en absoluto, no comprendieron lo que quería decir con ello, tampoco lo que tenía de despreciativo lo comprendieron.

A personas como mi cuñado, dije, había que dejarlas totalmente fuera después de una desgracia fundamental así, y la nuestra era una desgracia fundamental. Pronuncié esa frase en el momento en que el fabricante de tapones para botellas de vino ni siquiera había desaparecido en la Granja, todavía lo veía dirigirse a la Granja. Personas como nuestro cuñado, dije sin embargo, son en el fondo demasiado comodonas para los casos de desgracia, porque en definitiva son demasiado comodonas para todo, no tienen esa mirada fría sobre el mundo que nosotros tenemos cuando es necesario. No había vacilado en decir lo que pensaba entonces, y les dije a mis hermanas, *mi cuñado no encaja con nosotros*. A eso Amalia hizo sólo una mueca, y Caecilia se volvió, en silencio, sin duda para mirar a mi cuñado, pero él había entrado ya en la Granja. Personas como ese honrado fabricante de tapones para botellas de vino tienen un concepto de la vida completamente sentimental, pensé sin decirlo, que nosotros no tenemos. Ese sentimentalismo es lo que es repulsivo en ellas. Ese sentimentalismo es también, sin embargo, la bajeza que practican durante toda su vida, en perjuicio de todos. El sentimentalismo de esas personas, que hace que todo les resulte tan cómodo, es la desgracia del mundo. Ese sentimentalismo con el que se presentan siempre y que los hace repulsivos para los que son como nosotros, pensé. Les dije a mis hermanas que mi cuñado *se había adentrado en terreno resbaladizo* en Wolfsegg. Amalia encontró motivos para reírse, Caecilia, que guardó silencio, no y, después de esa manifestación por mi parte, se volvió sólo hacia mí, mirándome fríamente a la cara. Con ello confesaba su error en lo relativo a aquel matrimonio absurdo, esa mirada no me engañó. No han pasado ocho días, pensé, y la escena ha cambiado por completo, no podría ser más diabólica. Sólo un loco podía casarse contigo, le dije a Caecilia, no lo había dicho con tanta dureza como ella lo sintió al instante, y lamenté que mi frase, que había pretendido ser un chiste, la hubiera afectado profundamente, Caecilia me sigue odiando, pensé, sigue siendo la de siempre. Y Amalia la apoyaba en su odio de hermana hacia mí. Pero ahora tendré que enfrentarme con las dos, pensé, y lo lamenté al mismo tiempo, porque aunque, desde luego, no tuviera una idea aproximadamente exacta, por no hablar de precisa, de lo que mis hermanas tendrían que soportar en los próximos tiempos, sí tenía en cambio una sospecha, y que esa sospecha no tenía nada de bueno me resultaba evidente. De repente, a Caecilia, que lo había traído a Wolfsegg desde la región de Baden para ofender a su madre, castigarla a su modo, aquel hombre de Friburgo de Breisgau, baluarte católico entre todos los católicos, le resultaba molesto. Una semana después de la boda lo ponía ya, por decirlo así, de vuelta y media, porque la razón por la que se había casado con el fabricante de tapones para botellas de vino, es decir, mi madre y su forma de comportarse contra Caecilia y Amalia en lo relativo a los hombres, había desaparecido de pronto, no existía ya, la muerte de nuestra madre había quitado a ese matrimonio todo fundamento, me dije, el fabricante de tapones para botellas de vino se había vuelto ya superfluo, sólo él mismo no se daba cuenta aún; en mis hermanas, es decir, no sólo en la cabeza de Caecilia, pensé, había empezado a trabajar lo que,

como es natural, no se atrevían todavía a expresar, pero manifestaban ya claramente por sus maneras, por su comportamiento hacia el fabricante de tapones para botellas de vino, la idea de cómo librarse del que, de la noche a la mañana, resultaba inútil. *Me ataca los nervios todo el tiempo*, dijo Caecilia varias veces, Amalia, ante eso, se calló. No se podía mantener ya la fachada en lo relativo al fabricante de tapones para botellas de vino, detrás no se distinguía ya más que una aversión constante que se hacía cada vez más profunda. Habían enviado afuera a mi cuñado con un pretexto ridículo, para desahogarse sobre él conmigo, como pensé, de la forma propia de mis hermanas, a sus espaldas. Que le ataque ya todo el tiempo los nervios sólo prueba que siempre le ha atacado ya todo el tiempo los nervios, que ella, sin embargo, lo atrajo y lo llevó a Wolfsegg, y la tía del Titisee la apoyó, en su bajeza sin límites, sólo para castigar a su cuñada, nuestra madre. La tía del Titisee vendrá de la Selva Negra y se abrirá paso hasta la primera fila de los deudos, consciente de su triunfo, pensé. Aunque el matrimonio de Caecilia con su marido pudiera considerarse ya como fracasado, el triunfo de la tía del Titisee sólo resultaba por ello más espléndido, al fin y al cabo había conseguido lo que quería, asestar un golpe a su cuñada con esa boda, al principio sugerida a su sobrina, mi hermana, pero luego realmente consumada muy rápidamente. El que aquella contra quien iban dirigidas la conspiración y la jugada esté ahora muerta, pensé, no disminuye en lo más mínimo el triunfo de la tía del Titisee, sólo mi hermana tiene que pagar ahora por su abyección. El fabricante de tapones para botellas de vino estaba allí y había empezado a desempeñar su papel, por ridícula que pueda resultar la entrada en escena de ese personaje, pensé, será difícil deshacerse de él, en cualquier caso, Caecilia tendrá las mayores dificultades para ello, a mí en definitiva puede resultarme indiferente, porque al fin y al cabo haré que se vaya pronto de Wolfsegg, sin más, cuando quiera, es sólo cuestión de decisión por mi parte, no tengo intención de aguantarlo más tiempo en Wolfsegg, me dije, tampoco mi hermana estará ya pronto en Wolfsegg, quizá siente lo que yo pienso, pensé, incluso lo sabe quizá con seguridad, no es cosa mía romperme la cabeza al respecto.

Cuando alguien se casa de una forma tan grotesca como ha hecho mi hermana, contra todo sentido común y, por añadidura, de forma plenamente consciente, quien se casa y, por consiguiente, ella misma y completamente sola, tiene que soportar las consecuencias, pensé. El casamiento con un fabricante de tapones para botellas de vino no puede dejar de tener consecuencias de una forma dolorosa. Esas consecuencias dolorosas, incluso torturadoras, se han hecho ya claramente visibles. Nosotros advertimos, pero no nos escuchan, pensé, decimos una y otra vez lo mismo, pero los oídos a los que se dirige lo que decimos no escuchan, los oídos de mi hermana Caecilia no oyeron, pensé, lo que le dije, apártate de ese fabricante de tapones para botellas de vino, apártate de esa especie perversa de bajeza contra nuestra madre. Así, nuestra tía del Titisee se hizo al mismo tiempo doblemente culpable, pensé, hacia nuestra madre e igualmente hacia Caecilia, hacia todos nosotros. Nunca pudo olvidar el haber sido, por decirlo así, proscrita por mi madre de Wolfsegg hace treinta años, no haber sido tolerada por mi madre junto a mi padre, su hermano, haber sido proscrita a la Selva Negra, a un pequeño coto de caza que nos ha pertenecido siempre. Hay que ver la que ha organizado tu querida tía del Titisee, le dije a Caecilia. Ella me comprendió. Al hacerlo, mi tono no era consolador, sino claramente ese tono reprobatorio que no se perdona. Me ataca ya los nervios todo el tiempo, dicho exactamente con esas palabras y por mi hermana, no significaba otra cosa que el primer signo de aversión hacia su marido. Ella quería deshacerse de él y lo ha enviado al desván de la Granja, en donde ya puede buscar, pensé, porque Caecilia sabe muy bien que allí arriba, en el desván de la Granja, no hay ninguna caja con los llamados sudarios. Y en definitiva era al fin y al cabo una desvergüenza enviar a su marido allí arriba, cuando arriba sólo se enviaba siempre a los criados. *No se aparta de mi lado* sólo significaba que mi hermana detestaba ya al fabricante de tapones para botellas de vino. Yo no puedo dormir con las ventanas cerradas, decía ella, mientras que él sólo quiere dormir con las ventanas cerradas, a cada momento abro las ventanas de par en par, decía ella, él las vuelve a cerrar, durante toda la noche. En su voz no había más que rebelión, nada más que decepción, el odio puro estaba ya allí, apenas quitados los adornos de la boda, al fin y al cabo, aquí y allá colgaban aún restos de esos adornos de boda, que habían sido olvidados en la precipitación de los preparativos de los funerales, como vi, por ejemplo, en la propia Granja, en donde, detrás de los faroles de la puerta de entrada, seguía habiendo claveles blancos cuando, en el fondo, un laurel fúnebre hubiera sido lo apropiado. Sólo faltaba que mi hermana dijera que él olía mal, como es natural no lo dijo, pero fue como si lo hubiera dicho de él también hace tiempo. Nuestra madre no hubiera tenido que pensar tanto en cómo separar de la forma más rápida ese matrimonio, que al fin y al cabo ella sólo calificó siempre de *grotesco*, hubiera podido ahorrarse esa idea, pensé. Ese pequeño triunfo se lo concedía yo ahora a la difunta, que no podía vivirlo ya, el que el matrimonio que ella, con todo su corazón, como dijo una vez, no soportaba, y que le habían impuesto la tía del Titisee y Caecilia, pero más la tía del

Titisee, ya en los primeros días después de la boda, como suele decirse, hubiera fracasado. Mientras el fabricante de tapones para botellas de vino buscaba los sudarios en la caja con la inscripción *Sunlicht*, su esposa lo denigraba, sin avergonzarse en lo más mínimo, no tenía conciencia en absoluto de lo innoble y de lo abyectamente que actuaba. El delgado hilo que había unido con Wolfsegg al fabricante de tapones para botellas de vino había sido ya cortado, sin que él mismo lo supiera. Caecilia se había puesto de mi lado y los cálculos de su hermana Amalia eran igualmente faltos de escrúpulos, pensé, ahora querían salvar lo que se pudiera salvar, y para eso tenían que unirse a mí, porque habían cobrado ya conciencia, con demasiada claridad, de que era yo solo quien tenía en la mano los hilos de Wolfsegg. *El Señor* en quien nunca habían pensado y, si lo habían hecho, sólo con el nombre de Johannes, se había vuelto de repente realidad; como nunca se habían mostrado conmigo más que hostiles, no esperaban nada bueno. Sin embargo, antes tenían que mostrarse *débiles* conmigo, pensé, para poder mostrarse luego fuertes ante mí, pensé, así lo veía como su única táctica posible, y no me equivoco, me dije. Como tenía necesidad de darme un baño o, por lo menos, una ducha, dejé a mis hermanas solas y subí al primer piso. En el camino, vino a mi encuentro una de las chicas de la cocina con mi billetera que, según dijo, me había olvidado antes en la cocina. No podía imaginarme cómo había ido a parar mi billetera a la mesa de la cocina, pero probablemente me la había sacado sin pensar, como suele decirse, del bolsillo de la chaqueta, poniéndola sobre la mesa, y la cocinera, con la que había hablado primero, la había encontrado debajo de los periódicos. Ahora me he traicionado, me dije, porque la billetera colocada sobre la mesa con los periódicos es una prueba irrefutable. Me guardé la billetera y fui a mi habitación. Creemos que la mentira nos facilita el camino sencillamente y que no quedaremos por mentirosos, pensé, y entonces nos descubre por decirlo así un indicio de nuestro propio aturdimiento. Sin embargo, el viaje en avión y en tren de Roma a Wolfsegg había producido su efecto, de pronto estaba cansado. En mi habitación parecía que acabara de marcharme de ella. No la había ordenado al irme a Roma y, entretanto, tampoco la habían arreglado, no habían contado con mi regreso inmediato y así descubría yo otra vez su negligencia. Por otra parte, pensé, me resulta agradable entrar en la habitación y que todo esté más o menos desordenado por allí, no se ha arreglado nada, nadie hubiera creído ahora al ver mi habitación que, entretanto, había estado una semana en Roma, nada lo indicaba, todo parecía como si sólo la hubiera dejado por poco tiempo, por unas horas o por un tiempo más corto aún. Ni siquiera estaba hecha mi cama, con la excitación por todo, pensé, se olvidaron luego también de hacer mi cama. Seguramente no saben nada de mi cama deshecha, pensé, la hubieran hecho, no la han hecho y nuestro, así llamado, *fanatismo del orden*, así Caecilia siempre, se nos ha vuelto así poco digno de crédito. Tiré mi ropa al suelo y fui desnudo al cuarto de baño. Me duché. Quería afeitarme, pero no tenía crema de afeitar, de forma que recorrí el pasillo, desnudo como estaba, sólo con una toalla de baño echada por

encima, y fui a la habitación de mi padre para buscar su crema de afeitar que, como pensé, él no necesitaba ya ahora y, como pensé igualmente, se le había vuelto superflua. En el cuarto de baño de mi padre todo estaba como si mi padre lo hubiera dejado recientemente, como si en cualquier instante pudiera volver. Tampoco allí habían puesto orden, pero qué se imaginan, pensé, ellas que, por lo que sé, tienen poco que hacer el día entero y ni siquiera ordenan el cuarto de baño de su padre, ni siquiera cuando ha muerto consideran que vale la pena poner orden en su cuarto de baño, se me ocurrió la expresión *piedad filial*, pero la abandoné inmediatamente por su carácter repulsivo, la excluí sencillamente de mis reflexiones, sólo pensé que resultaba siniestro tener que ver que, casi dos días después de la muerte de nuestro padre, el cuarto de baño de mi padre no estaba ordenado, que ellas habían olvidado también *eso*, aunque el, así llamado, luto las justificaba, pensé. Al principio no encontraba la crema de afeitar y rebusqué en el armario del baño hasta encontrar la crema de afeitar, también mi padre se afeitaba por decirlo así por principio, como yo, siempre con agua, detestaba el, así llamado, afeitado eléctrico, pero tampoco mi piel puede someterse a un afeitado eléctrico así, me dije, y volví a mi cuarto de baño con mi crema de afeitar. En el pasillo, a mitad de camino, por decirlo así, entre la habitación de mi padre y la mía, me encontré con Amalia, que se sobresaltó al verme totalmente desnudo, yo me había quitado la toalla de baño que al principio me había echado por encima en el cuarto de baño de mi padre y luego me había olvidado, totalmente desnudo estaba delante de Amalia que, aprovechando la semipenumbra que reinaba, se limitaba a mirarme fijamente, en absoluto como una hermana, según pensé. Como se había quedado allí y no hacía intento alguno de desaparecer de mi presencia, me adelanté hacia ella, como estaba, y le dije si alguna vez en su vida había visto un hombre desnudo. Ahora puedes ver, le dije, qué aspecto tengo, no está tan mal, verdad, y le saqué la lengua, y entonces ella se dio la vuelta y bajó al vestíbulo. Hacía treinta años que no le sacaba la lengua a mi hermana Amalia, ahora lo había hecho de nuevo por primera vez, y eso me divertía. Con todo el cuerpo refrescado, y animado incluso por ese incidente, me puse a afeitarme. Al hacerlo pensaba en lo deformadas que estaban mis hermanas, en lo que había hecho de ellas mi madre, dos adultas completamente deformadas, no sólo deformadas en lo que al cuerpo se refiere, desequilibradas en fin de cuentas, según pensé, sino también espiritualmente deformadas y desequilibradas por completo. Me di crema en el rostro con la brocha y me vi en el espejo como un farsante, que se sacaba la lengua a sí mismo y a quien ese sacar la lengua divertía tanto, que enseguida lo repitió varias veces, por decirlo así para divertirse. No hay nada más agradable que afeitarse después de un viaje así, aunque corto, sin embargo fatigoso. Así desnudo ante el espejo, sacándome a mí mismo la lengua, no tenía la sensación de ser alguien con una esperanza de vida inferior a la normal, como hasta entonces había creído. Fui a mi habitación y me vestí, pensando continuamente, totalmente de negro o no, y entonces me decidí por un traje de diario completamente discreto y muy normal, por una vieja

chaqueta romana de color pardo verdoso y por unos pantalones a juego. Si mis hermanas fueran de otra forma, pensé, no tan solteronas, me dije, quizá fuera posible vivir con ellas en Wolfsegg, pero así, sin embargo, pensé en cómo irían las cosas sin ellas, porque me resultaba evidente que no se quedarían en Wolfsegg. Caecilia y Amalia deben irse, es lo mejor para ambas partes, pensé. Se establecieron en Wolfsegg para toda la vida, pero ahora tienen que irse, a donde sea, pero irse, pensé, por su propio bien. Más o menos, el espectáculo ha terminado aquí, pensé, los personajes secundarios como mis hermanas, al haber muerto los personajes principales y estar de cuerpo presente en la *Orangerie*, no tienen ya nada que hacer en este escenario. Ha caído el telón, pensé. No del todo aún, pensé, por decirlo así ha comenzado la obra satírica. La más difícil de todas. Al encontrarme abajo en el vestíbulo a mi hermana Caecilia, me rogó que me pusiera una corbata negra, al principio me negué, pero luego le di la razón y volví a subir a mi cuarto y me puse una corbata negra. Ahora llevaba, por decirlo así, el atuendo adecuado para ese día, fui a la ventana y vi al fabricante de tapones para botellas de vino ir con una gran caja de la Granja a la *Orangerie*. Mi cuñado ha encontrado realmente la caja con la inscripción *Sunlicht* y los sudarios, pensé. Y yo que había creído que esa caja no existía. Pero la bajeza de mi hermana sigue existiendo, pensé. Había enviado a su marido, que entretanto, como tuvo que decirme, le resultaba repulsivo, al desván de la Granja, con el único fin de estar conmigo y con Amalia, *por fin*, como ella lo expresó, sola. El fabricante de tapones para botellas de vino tiene una forma de andar desgarrada, desagradable, pensé, cuando lleva un peso como una caja así, su forma de andar es todavía más desagradable que normalmente, entonces tiene las piernas zambas, pensé. La caja casi lo aplasta, aunque no pesa nada, él la sostiene como si tuviera sobre los hombros esa caja, no una cabeza, pensé, era un espectáculo cómico. Delante de la *Orangerie* uno de los jardineros lo desembarazó de la caja, y entonces se quedó allí como si no supiera qué hacer ahora, el desvalimiento en persona, al fin y al cabo hubiera podido dirigirme a él y ayudarlo, pero no lo hice, porque a esas personas no se las puede ayudar, esas personas siguen siendo cómicas y nunca saben lo que hay que hacer. Los jardineros que habían venido de la Granja hablaron brevemente con él, pero luego tuvieron que dejarlo plantado, porque estaban ocupados. Oía otra vez jirones de ensayos musicales, ahora estaban ya muy adelantados con su Haydn. Una música pesada, pensé. Mi cuñado se adelantó hasta el muro, para mirar al pueblo allí abajo, yo lo observé mientras trataba de parecer más alto de lo que era, intentando buscar apoyo en un saliente del muro, pero no lo logró, y se volvió con miedo de que alguien hubiera observado su percance y podido ver su ridiculez, a mí no podía verme, porque estaba tras la ventana de mi habitación y no se puede ver a través de ella desde el exterior en esas condiciones de luz de la tarde, se puede ver la ventana, pero no lo que hay detrás. A esa hora puedo situarme sin miedo junto a la ventana y observarlo todo fuera, me dije, a mí no pueden verme. El fabricante de tapones para botellas de vino se limpió los zapatos y la chaqueta,

ensuciados en su fracasado intento de subirse al muro, mirando otra vez a todos lados, tiene, pensé en esa ocasión, los brazos demasiado cortos, sus trajes, aunque de sastre, están cortados de una forma provinciana, por añadidura del sur de Alemania, torpe, de mal gusto, las telas que elige son las telas repulsivas del pequeñoburgués que, porque cree que queda bien, ha convertido en principio el esforzarse día y noche por lo más alto, ininterrumpidamente, y está sencillamente obsesionado por ese esfuerzo. Ese cuñado nos lo ha metido la tía del Titisee, pensé. El degustador de vino de Baden, el aficionado a las costillas de Baden, el camisa blanca de Baden. La declaración de Caecilia de que su marido era el mejor de los maridos sólo podía provocar ahora una carcajada burlona, que no debía soltarse aquella tarde sino ser reprimida tras los cristales de la ventana. Cualquier cosa menos piedad era lo procedente con aquel hombre, que no entró en absoluto de forma inocente en esa relación, pensé, y del que está ya totalmente harta mi hermana una semana después de la boda. El asunto es un episodio que debe superar Caecilia sola. No me mezclaré en él, lo que no quiere decir que interrumpiré mis observaciones y dejaré de pensar en ello, pensé. Pero resultaba francamente insoportable la idea de tener que pasar por ejemplo velada tras velada precisamente con aquel hombre, y por añadidura con mis hermanas, que al fin y al cabo no saben de qué hablar conmigo, y a la inversa tampoco yo lo sé. El choque del accidente sólo bastará unos días para superar *lo que* me horroriza ya ahora, pensé, esos rostros amargados de mis hermanas, y por añadidura el rostro estúpido, el rostro estúpido que se ríe a cada instante sin sentido alguno por cualquier insignificancia, de mi cuñado a mi alrededor. En cualquier caso, pensé enseguida, el orgullo no es el medio apropiado para hacer frente a un entorno al que se menosprecia y, por ello, resulta insoportable. Pero si no fuera por el orgullo, estaríamos perdidos, al fin y al cabo no es otra cosa que un recurso contra un mundo que, de otro modo y, por consiguiente, sin ese orgullo, se nos comería crudos. Nos trataría sin ninguna piedad. Tenemos que adelantarnos con nuestro propio orgullo, aplicándolo donde nos salve de ser devorados. Porque no debemos engañarnos, pensé, los llamados estúpidos, los que, por decirlo así, menospreciamos, son los más despiadados, no les preocupa qué sentimos, con tal de que puedan molestarnos y destruirnos y finalmente aniquilarnos. El orgullo es un medio francamente apropiado para enfrentarnos con ese mundo que está contra nosotros, ese orgullo lo teme y lo respeta, aunque sólo sea un orgullo fingido como el mío, según pensé. Ponemos el orgullo por delante para poder afirmarnos, ésa es la verdad, yo soy orgulloso para sobrevivir, eso es algo consecuente. Evidentemente, pronto no sabemos ya si nuestro orgullo es fingido o un orgullo real, pero no es necesario hacerse continuamente esa pregunta, al fin y al cabo eso nos volvería locos y, en definitiva, dementes. Que mi cuñado no sepa quién es Max Bruch me resulta indiferente, porque si él lo hubiera sabido entonces, cuando mi madre, en la mesa, lo dejó en ridículo delante de todos, eso no lo hubiera hecho mejor, mi madre hubiera podido preguntarme también esto o aquello y yo no hubiera sabido responderle, por mi parte, hay tantas cosas que no sé y



entiendo de tan pocas cosas como el fabricante de tapones para botellas de vino, y al fin y al cabo es totalmente indiferente hasta qué punto es alguien, por decirlo así, culto, al contrario, alguien tan culto que mi madre hubiera admirado sería sin duda, en el fondo, una persona espantosamente sin espíritu, un tonto ilustrado, como digo yo siempre, pero la verdad es que el fabricante de tapones para botellas de vino cree que es importante saber quién es Max Bruch, que es importante saber quién es Friedrich Kienzel, etcétera. Aunque él no supiera quién es Kant, sería completamente indiferente en lo que se refiere a su carácter. Pero el fabricante de tapones para botellas de vino no tiene carácter, pensé. De esa falta de carácter del fabricante de tapones para botellas de vino he dudado siempre, de esa desvergüenza, por decirlo así camuflada de torpeza, que no tiene escrúpulos en el camino hacia las altas esferas. Caecilia ha sido víctima de un engaño, pensé, observando a mi cuñado junto al muro. Cuántas cosas podría hacer él, en dónde no podría echar una mano, como suele decirse. Pero luego pensé que, si realmente hiciera algo, echara una mano, lo haría en cualquier caso de forma deficiente, en pocas palabras, para ponerse aún más en ridículo. Si no careciera también de carácter, pensé, se hubiera hecho querer por lo menos, hace tiempo, por los jardineros, pero los jardineros lo evitaban, señal de que había en él algo raro, pensé, porque los jardineros tienen un instinto increíble en lo que se refiere a las personas. Los jardineros sienten en quién se puede confiar y en quién no, al fabricante de tapones para botellas de vino lo habían evitado desde el principio, como yo había visto ya antes de la boda, literalmente desconfiaban de él, pero no como normalmente de alguien que es forastero, sino de una forma totalmente decidida, a ellos no debía de parecerles torpe, sino falto de carácter, pensé. Siempre ha sido interesante cuando los jardineros confiaban en alguien, nunca se han equivocado. Ya la forma en que, por ejemplo, le han quitado antes la caja es característica de su desconfianza hacia mi cuñado. De pronto me pareció ridículo estar de pie junto a la ventana precisamente tanto tiempo observando a mi cuñado, y bajé al vestíbulo, no sin detenerme antes bajo el retrato que representa a mi cuarto tío abuelo Ferdinand. Mi Descartes, dije para mí, ha perdido entretanto algo de su talla filosófica, con esa cara no puede haber escrito los *Ensayos*. Amalia salió de la cocina y dijo que ahora, a última hora de la tarde, subirían probablemente las primeras visitas de pésame, por la mañana habían sido ya una docena, no sólo del pueblo de abajo, como el maestro superior, como el médico municipal, a cuya disposición, por decirlo así, debíamos estar, lo mejor sería ya en las proximidades del vestíbulo, si no en el propio vestíbulo, la capilla o también la cocina eran los lugares apropiados, porque ninguna de las visitas de pésame había querido subir al primer piso, también era lo mejor intercambiar sólo unas palabras con la gente, nada más, y despedirlas enseguida, eso era lógico. Me horrorizó la idea de que ahora subirían a vernos sucesivamente *precisamente las gentes* que en el fondo detesto tanto, las gentes de clase media de las pequeñas ciudades circundantes, que no dejarían de coger la oportunidad por los pelos, por decirlo así con todo derecho, para visitarnos sin haber

sido invitados, y por añadidura para entrar desvergonzadamente con sus coches hasta dentro del parque. Ya veía sucesivamente a los curiosos bajar de sus coches y molestarnos con sus repulsivos pésames, a los que tendríamos que poner buena cara. De todas formas, estrecharé esas manos más fríamente, pensé, que he estrechado ninguna, de forma que en ningún caso eso traiga consigo un refuerzo de los lazos de esa gente con nosotros, pensé. Mentalmente ensayaba ya esos apretones de manos y repetía las palabras insulsas que tendría que decirles, según pensé. Pero no era a esa gente a la que temía, los despacharé de esa forma breve que, al fin y al cabo, no me irrita lo más mínimo, pensé, tenía miedo de los dos ex, así llamados, *gauleiter*, que se habían anunciado ya para los funerales, como sabía, y de los, así llamados, *obersturmbannführer* de las SS, más o menos numerosos que se presentarían, que yo había creído durante decenios que estaban muertos hacía tiempo o, por lo menos, cumpliendo sus condenas respectivas, pero que, como había sabido de pronto hacía años, ya en la clandestinidad en que se habían refugiado habían tenido un contacto de decenios con los míos, con mis padres, con muchos otros de nuestros parientes, y que ahora utilizarán esos funerales, me dije, para aparecer en público, por primera vez, de una forma totalmente abierta. Pero no tengo posibilidad de impedir la participación de esas gentes en los funerales, pensé. Vendrán, lo quiera o no. Los antiguos *gauleiter* no permitirán que se les impida. Sé de uno que envió a miles a nuestras prisiones y establecimientos penitenciarios nuestros y alemanes, e igualmente a miles, con su firma, a Buchenwald, Dachau y Auschwitz, de otro que llevó por lo menos a otros tantos, judíos en su mayor parte, a los campos de concentración húngaros y checoslovacos. Por no hablar de la llamada *Kameradschaftsbund*, que desfila como algo lógico en todos los entierros, y que no es otra cosa que una organización nacionalsocialista, según pienso, porque piensa de una forma totalmente nacionalsocialista y, al fin y al cabo, esa gente, adondequiera que va y está, lleva otra vez hoy continuamente en el pecho sus condecoraciones nacionalsocialistas, sin la menor vergüenza, y precisamente hoy otra vez con la mayor desverguenza, de una forma totalmente abierta. A los *gauleiter* los temía realmente y no sabía cómo recibirlos, a esos amigos de mi padre, primero compañeros de escuela, *amigos para toda la vida*, como él los llamaba siempre, con los que, después de la guerra, como he sabido, tenía los contactos más estrechos, aunque él sabía que se trataba de delatores y asesinos; sabiendo eso, les dio asilo, les suministró víveres, les dio todo lo que necesitaban para salir del apuro, como lo calificaba mi padre. Al parecer, los escondió durante años en la Villa de los Niños, sin que los niños tuviéramos la menor idea, durante años, como recordé luego, no tuvimos acceso a la Villa de los Niños, y la solución del enigma está ahí, nuestros padres, en los años de la posguerra, escondieron a sus amigos nacionalsocialistas en la Villa de los Niños. Habían sabido hacer que la Villa de los Niños pareciera totalmente deshabitada, dejarla desmoronarse exteriormente mientras que, en su interior, los delatores y asesinos y caballeros de la *Orden de la Sangre* buscados, según pienso, se daban la buena vida,

porque los míos nunca sufrieron carencia de víveres y tuvieron siempre de todo, como suele decirse, incluso en la guerra y después de la guerra, con exceso, mientras que *el resto de la gente*, como la calificaba mi madre, *pasaba hambre y privaciones*. La Villa de los Niños había sido el escondite de los dos *gauleiter*, y probablemente, así pienso, también los numerosos *obersturmbannführer* de las SS, que eran amigos de mis padres, disfrutaron de lo que a nosotros nos sobraba, al fin y al cabo, poco a poco conocí esa época, que para nosotros, los niños, había sido siempre lo que se llama *griego*, como cabe imaginar. Pero nos habían dicho siempre expresamente que no debíamos poner los pies en la Villa de los Niños. Aproximadamente hacia los quince años nos la abrieron, porque en aquella época, recuerdo, representábamos en ella nuestras obras de teatro. Pero hasta hoy, aunque siempre me ha gustado, la Villa de los Niños me ha resultado siempre siniestra a causa de los que la ensuciaron. Probablemente, pienso, mis padres no sólo escondieron y mantuvieron a sus correligionarios nacionalsocialistas, como puede decirse, sino que los alojaron también en nuestros diversos pabellones de caza, incluso en el que se encuentra sobre Weieregg, según pienso, que es casi inaccesible. Pero sobre todas esas cosas siniestras guardaron siempre silencio nuestros padres y tampoco se les podía sacar nada, se negaban a dar cualquier información, y sólo su correspondencia regular con todas esas personas, hasta su muerte, probaba lo estrecha que había sido su vinculación con todas esas personas. Mientras ellos cenaban con los americanos y brindaban por el General Eisenhower ya en sus desayunos con champaña, los *gauleiter* estaban unos centenares de metros más lejos en la Villa de los Niños, probablemente no menos alegremente reunidos, sin tener que renunciar al menor lujo en la comida y la bebida, pienso. Wolfsegg fue siempre un Wolfsegg perverso, y mis padres llevaron al extremo ese Wolfsegg perverso, pienso. Probablemente los cazadores conocían ese secreto, indudablemente el más perverso de Wolfsegg, pienso, y sin duda no se atrevieron a revelárselo a los jardineros, pienso. A esa gente, pensé entonces, tendré que recibirla, no habrá otro remedio. Hoy, toda esa gente vive en buenas condiciones, realmente tranquila por completo, en los más diversos y más hermosos rincones, como suele decirse, del país y percibe además cada uno una pensión exorbitante del Estado. Pero la sociedad actual se merece esa situación, pensé, merece esa perversión, porque ella misma es completamente perversa. En el fondo, pensé, son precisamente esas personas, esos *gauleiter* y *obersturmbannführer* y *caballeros de la Orden de la Sangre* los suyos, pensé, es a ellos a los que, por decirlo así, no todavía hoy, como suele decirse, sino *precisamente hoy* en grado mucho mayor, aún consideran como modelos mis llamados compatriotas, es en esos nacionalsocialistas en los que, como suele decirse, se miran y los que son sus dirigentes secretos. Tendré que estrecharles la mano, pensé, a esos dirigentes secretos de mis compatriotas. No podré impedir que esos dirigentes secretos de mis compatriotas se coloquen en primera fila cuando el cortejo fúnebre se ponga en movimiento. Esa situación penosa, que veía venir como *un horror*, me asqueaba ya.

Al fin y al cabo, con una alegría maligna en el rostro, mis dos hermanas me habían enumerado los nombres de los que, entretanto, se habían anunciado, y los dos ex *gauleiter* y los *obersturmbannführer* de las SS y los caballeros de la Orden de la Sangre figuraban entre los primeros. Pero tengo que superar esa situación, me dije terminantemente en secreto. Al fin y al cabo, no sólo durante días sino durante semanas, como me consta, esos *gauleiter* y esos *obersturmbannführer* de las SS y caballeros de la Orden de la Sangre estuvieron y anduvieron por Wolfsegg, dejándose mantener por mis padres, durante decenios, lo que al fin y al cabo hizo horribles las estancias de mi tío Georg en casa de sus padres, lo mismo que las mías, que me vi más o menos obligado siempre a irme porque decían que esa gente vendría de visita. El Nacionalsocialismo es el mayor azote austríaco, junto al Catolicismo, pensé, como lo es el Fascismo en Italia junto al Catolicismo. Pero en Italia, sin embargo, todo es distinto, los italianos no se han dejado devorar hasta ahora ni por el Fascismo ni por el Catolicismo, a diferencia de los austríacos, que han sido devorados hace tiempo por esos dos azotes. Detrás de los obispos, entre los que al fin y al cabo habrá dos arzobispos, pensé, porque Spadolini es al fin y al cabo *el* arzobispo, irán los *gauleiter* y los *obersturmbannführer* de las SS y los caballeros de la Orden de la Sangre, *con paso mesurado*, como suele decirse. Y luego, detrás de ellos, seguirá nuestro pueblo nacionalsocialista-católico, pensé. Y nuestra banda de música nacionalsocialista-católica los acompañará. Y los morteros nacionalsocialistas dispararán desde la rampa del cementerio y las campanas de las iglesias católicas los acompañarán. Y si tenemos suerte, pensé, brillará durante toda la ceremonia nuestro sol nacionalsocialista-católico o lloverá, si no tenemos suerte, la lluvia nacionalsocialista-católica. Mis hermanas, lo mismo que tampoco mi hermano Johannes, no habían sido iniciadas en ese Wolfsegg, como yo lo llamo, ni siquiera cuando éramos ya todos adolescentes, había sido sobre todo la tontería de mis hermanas la que había impedido a mis padres dejar traslucir lo más mínimo al respecto. Porque cuando tuvimos quince o dieciséis años y, de repente, se nos dejó entrar en la Villa de los Niños, preguntamos naturalmente, curiosos, por qué hasta entonces no se nos había dejado entrar, se nos había prohibido hasta entonces poner el pie en la Villa de los Niños, incluso *prohibido acercarnos a ella*. Nuestros padres, antiguos miembros del Partido, no nos respondieron. Pero naturalmente no pudieron conservar su secreto durante toda la vida, un día se descubrió todo, concretamente cuando uno de los *gauleiter* vino a Wolfsegg y, ya en el vestíbulo de abajo, empezó a hablar de la época de la Villa de los Niños, *los mejores años de su vida*, como lo expresó en mi presencia. Yo estaba a su lado y tuve que enterarme de que aquel *gauleiter* y caballero de la Orden de la Sangre había vivido unos cuatro años con sus compañeros, por decirlo así a todo tren, en la Villa de los Niños, y de *cómo* había comido y de *cómo* había bebido, y de *cómo*, por decirlo así, por su famosa gratitud infinita hacia mi madre, no podía calmarse, porque mi madre, como yo estaba al lado, no quería saber nada, pero el *gauleiter* se lanzó a una verborrea de gratitud cada vez

más fuerte y entusiasta, sin que se le pudiera frenar. Alababa sobre todo una y otra vez el aire puro y los huevos frescos que nuestra propia madre les llevaba diariamente a la Villa de los Niños, a él y a sus compañeros, y la leche fresca igualmente diaria de nuestras vacas Wolfsegguianas. Todo el vestíbulo se llenó de las *carcajadas estruendosas del gauleiter*, con las que interrumpió varias veces su discurso de agradecimiento, para inmediatamente después volver a dominar con ellas. Hoy vive en Altaussee y disfruta de la pensión que le paga mensualmente el Estado, que, como todas las pensiones de nuestro Estado, es aumentada cada seis meses en un cuatro o un cinco por ciento y que el Estado le concedió hace ya exactamente treinta años, después de sofocar sus atrocidades y de cerrar su expediente, como suele decirse y, como suele decirse también, sin pestañear. Y yo pensé en el minero Schermaier de Kropfing, bajo Wolfsegg, al que iba a ver siempre para salvarme de mi desesperación Wolfsegguiana, que, durante toda su vida, cultivó con su mujer una pequeña granja con tres vacas, en aquel hombre al que estoy más unido que a nadie todavía hoy en las proximidades de Wolfsegg y al que visito siempre, cuando estoy en Wolfsegg, al que uno de sus vecinos inmediatos denunció en los años de la guerra, *porque oía la emisora suiza*. Su mejor amigo de la escuela denunció a Schermaier, llevándolo ante los tribunales y finalmente al penal de Garsten y a una sucursal holandesa de un campo de concentración alemán. Ese vecino inmediato y en otro tiempo su mejor amigo lo expulsó de su casa por dos años a esos presidios y establecimientos de exterminio que esos *gauleiter* que vendrán mañana llevan sobre su conciencia. Schermaier fue denunciado y enviado a los penales y presidios y campos de concentración, destruyendo con ello más o menos su vida, pensé, y nadie se ha interesado después por ello ni ha recibido él la menor indemnización por esos años de atrocidad. Quien lo denunció y llevó a los penales y presidios y campos de concentración le suplicó de rodillas, después de terminar la guerra, que no se vengara de él. Schermaier no se vengó, no habla ya de ello, con nadie, sólo a veces su mujer, cuando estoy con ellos, comiendo con ellos su sencilla comida, se echa a llorar, porque todavía hoy no puede soportar aquella época; Schermaier no ha sido indemnizado, o ha sido sólo compensado, por decirlo así, por el Estado de los sufrimientos que le causó el fanatismo nacionalsocialista con una suma ridícula y modesta, mientras que al varias veces asesino, que hoy vive en Altaussee, ese mismo Estado le pasa una enorme pensión cada primero de mes, que le garantiza una vida de lujo, pensé. Schermaier fue humillado para toda la vida, sin ser liberado nunca de esa humillación por ese Estado, pensé, el varias veces asesino que vive en Altaussee fue repuesto por ese mismo Estado en todos sus, así llamados, derechos cívicos, poco tiempo ya después de terminar la guerra, viéndose confirmado así en su forma de pensar y de actuar. Odio ese Estado, pensé, no tengo más remedio que odiar ese Estado y no quiero tampoco tener nada que ver con ese Estado o, por lo menos, sólo lo que sea absolutamente necesario, pensé. Ese Estado ha demostrado tantas veces su absoluta falta de carácter, que no es posible ya aceptarlo, aunque todos los días y en

todos los lugares imaginables y en todas las ocasiones imaginables se llame Estado socialista, Estado progresista, Estado democrático, lo que sea, es un Estado horrible, un Estado sin carácter, un Estado desvergonzado, pensé, que nunca se ha avergonzado de ese horror y esa falta de carácter y esa desvergüenza suyos, sino que se atreve incluso a vanagloriarse de esas atrocidades tuyas cada vez que se presenta la ocasión. ¿Qué clase de Estado es éste, me pregunto, que envía a domicilio al varias veces asesino una jugosa pensión y lo cubre de honores, de alabanzas, y no se ocupa más de Schermaier? ¿Qué clase de Estado es ese que permite vivir en el lujo al varias veces asesino y ha olvidado a Schermaier?, pensé. En cuanto pueda, iré a ver a Schermaier, pensé, y salí al aire libre. La banda de música ensayaba Haydn, los jardineros trajeron el coche fúnebre de Wolfsegg desde la Granja hasta detrás de la *Orangerie*, el fabricante de tapones para botellas de vino estaba en su camino y le dijeron que se apartara, y él se retiró a un segundo plano. Mis hermanas estaban en la *Orangerie*. Me pregunté si debía entrar o no. Schermaier no es un hombre católico ni nacionalsocialista, pensé. No hay muchos de esos Schermaier, pensé, pero los hay. Cuando se los busca, no se los encuentra, pero los hay. Finalmente entré en la *Orangerie*. Mis hermanas estaban delante de los féretros, ocupadas en arreglar las cintas de las coronas de forma que pudiera leerse el texto impreso encima. Los *gauleiter* habían enviado ya sus coronas. Si me hubiera sido posible, habría levantado la tapa del féretro en que yacía mi madre, pero *naturalmente* no me era posible, sin embargo tuve esa idea, una y otra vez aparecía esa idea en mi cabeza, la idea de que quería mirar dentro del féretro en que yacía mi madre, al mismo tiempo encontraba grotesca la palabra *yacer*. Mi padre tenía ahora el rostro totalmente hundido, gris, en el que se habían formado manchas amarillas que no había observado la primera vez que entré en la *Orangerie*. Johannes estaba irreconocible. Su rostro era sólo extraño, repulsivo. Bajo los paños negros, los jardineros habían amontonado grandes bloques de hielo para detener el proceso de descomposición, que podía verse ya claramente y estaba muy avanzado, la estación del año no era favorable para los cadáveres. Habrán traído los bloques de hielo de la cervecería Grieskirchen, pensé. Los féretros debían de haber sido caros, probablemente son los más caros, pensé. Pero por lo menos no tenían adornos. Madera y nada más. A mi padre y a Johannes les habían juntado las manos, porque es costumbre, me dije, pero sólo encontré repugnante la vista de las manos cruzadas de mi padre y de mi hermano. Habían puesto a mi padre lo que se llama un traje de la Estiria, el de las franjas anchas, pensé, el de los grandes botones de cuerno de ciervo en las solapas, y a mi hermano su querido traje de caza, que se había comprado en Bruselas. Me acerqué más aún a los féretros, mis hermanas se habían echado a un lado, en aquel instante no me molestaban. La seguridad con que yo estaba ahora delante de los féretros debía de repelerlas, por lo menos irritarlas, me di cuenta de que yo estaba completamente inmóvil. Aunque había creído que iba a temblar, nada se movía en mi cuerpo. Contemplé los cadáveres expuestos como si no me afectaran en nada, como si fueran extraños. Ya no tenían rasgos en el rostro, ni

siquiera tenían ya rostro. Se descomponen rápidamente, pensé. Habrá que enterrarlos pronto, si no, apestarán el aire, la *Orangerie* estaba ya llena de su olor, de ese olor a carne que es tan dulzonamente repugnante, que ya de niño no podía soportar cuando iba con mi madre a ver cadáveres expuestos. Los cadáveres expuestos me resultaban insoportables ya de niño, pero mi madre me enfrentaba siempre con ellos, me llevaba con ella a los entierros y, por consiguiente, a los cadáveres expuestos, pero no a Johannes, no puedo explicarme por qué siempre a mí y a Johannes no. Por ello, los cadáveres expuestos no me resultaron ya pronto extraños, pero fui siempre obligado por mi madre a verlos, voluntariamente no los hubiera visitado nunca, naturalmente. Mis hermanas estaban de pie detrás de mí, oía cómo respiraban, pero no sabía qué pensaban, sin duda piensan que soy una persona fría, la persona insensible que he sido siempre para ellas, por lo menos me llamaban siempre *frío, insensible*. Si tenían razón o no, no puedo decidirlo. Sin embargo, no permanecí frío, como suele decirse, ni insensible ante los féretros, al contrario, *conmovido*, podría decir, si esa palabra no fuera tan vulgar, pero no me movía, mi cuerpo no se movía. Nunca deseé la muerte de mis padres, me dije, de pie ante sus cadáveres, el pensamiento de que deberían estar muertos no lo pensé nunca ni por un instante, estaba delante de ellos y me decía que siempre los había maldecido, incluso despreciado siempre, no menospreciado, sino sencillamente despreciado siempre, y que tenía todas las razones para despreciarlos, a fondo, como suele decirse, pero que nunca les había deseado la muerte. Su muerte es indudablemente una muerte terrible, pensé. Y, en lo que se refiere a Johannes, he perdido a un amigo de la infancia, pero como esa infancia queda tan atrás, mucho más de treinta años, pensé, tampoco tengo ahora motivo para llorar a ese Johannes muerto, incluso me hubiera gustado llorar en esos instantes, aunque sólo fuera porque mis hermanas estaban detrás de mí y, posiblemente, esperaban que llorase, sollozase, como suele decirse, que se me saltaran las lágrimas como suele decirse, pero no lloré, no sollocé, sencillamente no me moví. Me acerqué al féretro de mi madre y traté de levantar la tapa, no sé por qué súbito impulso, pero no conseguí levantar la tapa, estaba ya atornillada. Cuando renuncié a ese intento, sentí la molestia que mi intento había causado a mis hermanas, y me di la vuelta y miré, de forma inesperada para ellas, porque me había vuelto intencionadamente muy deprisa, sus rostros amargos, incluso espantados. No me resultó ya posible permanecer más tiempo delante de los féretros, me di la vuelta y salí de la *Orangerie*. Dije a uno de los jardineros que por qué estaba atornillado el féretro de mi madre. La respuesta que recibí fue que el féretro había sido llevado ya a Wolfsegg atornillado por la empresa de pompas fúnebres, los otros dos no estaban atornillados, pero el de mi madre sí. Sí, naturalmente, le dije al jardinero, lógicamente. A la mutilada, la decapitada, la colocaron sin demora en el féretro y atornillaron el féretro, pensé. Para que nadie tuviera la idea de mirar otra vez a la mutilada. Aunque yo he tenido esa idea, me dije. Pero, naturalmente, no haré que abran ya el féretro, pensé. De repente tuve la idea de hacer abrir el féretro otra vez, y pensé ya en la forma de dar la orden

de ello, pero luego me prohibí tener siquiera el pensamiento de hacer abrir el féretro, haciendo visible a la mutilada, lo que hubiera sido una monstruosidad, pero no podía librarme de ese pensamiento de hacer abrir otra vez el féretro por los jardineros, pensé, cuando no lo vieran mis hermanas: no podía deshacerme del pensamiento de hacer abrir el féretro de mi madre, y con ese pensamiento paseé largo rato de un lado a otro por delante de la *Orangerie*, mientras mis hermanas permanecían en la *Orangerie*. Tenía que renunciar a ese pensamiento y traté de distraerme de ese pensamiento por ejemplo haciendo un gesto a un jardinero para que se acercara y preguntándole si los bloques de hielo de debajo de los cadáveres bastarían hasta la mañana siguiente, el entierro estaba fijado para las diez, normalmente se celebraban siempre a las once, pero cuando se enterraba a uno de los nuestros se fijaba siempre para las diez. Los bloques de hielo bastarían para cuatro días más, me dijo el jardinero. Se sorprendió de que lo llamara por su nombre, la gente cree que, cuando hemos estado unos años ausentes, no sabemos ya sus nombres, pero yo siempre he tenido buena memoria para los nombres, naturalmente conocía el nombre del jardinero y también el de los otros. Por medio del breve intercambio de palabras con el jardinero sobre los bloques de hielo había querido distraerme de mi monstruosidad de hacer abrir el féretro de mi madre, pero naturalmente no lo había conseguido en tan poco tiempo, y arrastré al jardinero que se ocupaba de limpiar la grava de delante de la *Orangerie* a una conversación, diciéndole que sin duda se acordaría de la época en que íbamos juntos a la escuela, a lo que dijo que sí. Le mencioné algunos nombres de compañeros de escuela, y pudo relacionar inmediatamente esos nombres con aquellos a los que pertenecían, recordé al jardinero incidentes agradables pero también, así llamados, divertidos, y lo hicieron reír al instante, aunque esa risa se interrumpió inmediatamente al aparecer mis hermanas que, sin saber que yo estaba delante de la *Orangerie* hablando con el jardinero, habían salido de ella. Mientras seguía arrastrando al jardinero, con independencia de que mis hermanas estuvieran ahora a mi lado, a la conversación sobre la época en que íbamos juntos a la escuela, según me pareció con mayor determinación, con el único fin de distraerme del pensamiento de hacer abrir el féretro de mi madre, estaba sin embargo cada vez más obsesionado, como suele decirse, por ese pensamiento, sobre todo había pensado que era necesario comprobar lo que había realmente en el féretro, si, al enterrarlo, enterraríamos también realmente a nuestra madre, por decirlo así entera y no sólo a una parte de ella, al preguntar al jardinero cuánto pesaba un bloque de hielo, pensaba en el fondo sólo incesantemente que al fin y al cabo era posible que en el féretro, en el que, por decirlo así, suponía a mi madre entera, no estuviera realmente entera, pero naturalmente no me hubiera atrevido nunca a expresar ese pensamiento, ni siquiera para mis adentros. Mis hermanas se mantenían apartadas sin participar en la conversación con el jardinero, nunca habían hablado con los jardineros de nada privado, y tampoco se habían interesado nunca por los jardineros en lo referente a sus condiciones de vida, tampoco habían recordado nunca sus nombres, ningún nombre,



creo, de ningún servidor de Wolfsegg, no se les hubiera ocurrido hablar con los jardineros de nada que no fuera el servicio, simplemente por esa razón prolongué mi conversación con el jardinero y le pregunté, pensando desde luego en mis hermanas pero al mismo tiempo haciendo por completo caso omiso de ellas, cuándo había muerto *su* padre, que hacía decenios me había tallado un silbato de avellano, cuando yo tenía cinco o seis años. Hace dos años, dijo el jardinero, en el fondo no me interesaba nada saber cuándo había muerto el padre del jardinero, la pregunta era sólo un medio para distraerme de mi monstruosidad en relación con el féretro de mi madre, y al mismo tiempo de darles la espalda a mis hermanas, castigarlas por algo que, en aquel instante, no sabía en absoluto qué era. Durante todo el tiempo hablé con el jardinero sin poder deshacerme del pensamiento de abrir el féretro, hice caso omiso de mis hermanas y arrastré más aún al jardinero a mi conversación, que al fin y al cabo era asombroso, le dije, trabajar tantos años en Wolfsegg, en condiciones que no eran fáciles, le dije al jardinero, sabiendo muy bien que, con ello, había llegado a mis hermanas, que se mantenían apartadas. Las condiciones en Wolfsegg habían sido siempre de lo más difíciles, dije, sin explicarme más, tampoco lo necesitaba, porque por el tono en que había dicho que las condiciones en Wolfsegg habían sido siempre difíciles, al fin y al cabo estaba dicho todo lo relativo a esas condiciones de Wolfsegg que quería decir, el jardinero comprendió también enseguida lo que quería decir, que los señores lo habían hecho allí todo siempre difícil desde hacía decenios, incluso desde hacía siglos. Por otra parte, dije que era una suerte para nosotros, y con ello quería decir los míos en conjunto, tener trabajadores tan buenos como él. Mis hermanas me escuchaban con la mayor atención. Se colocaron de forma que no tuvieran que mirarnos al jardinero y a mí, por consiguiente, nos daban la espalda al jardinero y a mí, Caecilia clavaba la punta de uno de sus puntiagudos zapatos en la tierra, junto al camino, como si quisiera dibujar una letra en el arriate, como había tenido por costumbre de pequeña, hablaba con Amalia de algo que yo no podía entender, pero era sólo un pretexto, porque las dos habían dirigido toda su atención a lo que yo hablaba con el jardinero, de esa forma, durante un rato, los tres pusimos en juego nuestros pretextos para acecharnos y espiarnos mutuamente, y yo pensé, lo mismo que yo, en definitiva, abuso del jardinero en este momento, porque al fin y al cabo sólo debía servir para distraerme de mi forma de pensar monstruosa en relación con el féretro de mi madre, así abusan ellas cada una de la otra, para poder acecharme. Dejé al jardinero y me reuní con mis hermanas, pensando, mis hermanas serán capaces de disuadirme de mi pensamiento monstruoso, de hacer callar en mí mi pensamiento inoportuno, su locuacidad más o menos ininterrumpida, probablemente provocada por la horrible situación causada por la desgracia, me distraerá. Les dije a mis hermanas que me acompañaran a la Villa de los Niños. Yo mismo no sabía por qué había hecho esa propuesta. Los tres fuimos a la Villa de los Niños. Al ir hacia la Villa de los Niños pensé que Schermaier nunca había hablado sobre su reclusión en los penales y prisiones y en el campo de concentración holandés, y que, aunque él no

hablara de ello, algún día escribiría sobre ello en la *Extinción* que proyectaba, pensé, escribiré sobre Schermaier, sobre la injusticia que se le hizo, sobre el crimen cometido contra él. La mujer de Schermaier no hacía más que llorar siempre cuando tenía que pensar en aquella época tan infeliz y amarga para los dos, pero tampoco decía nunca por qué lloraba. Por eso tengo el deber de hablar en *Extinción* de ellos y de llamar la atención sobre ellos, en representación de los muchos que no hablan de sus sufrimientos durante la época nacionalsocialista, y sólo se atreven a llorar por ella de vez en cuando, sobre los Schermaier que el pensamiento y la actuación nacionalsocialistas tienen sobre su conciencia, esa criminalidad nacionalsocialista sobre la que todo el mundo calla hoy como muerto, después de haberla reprimido sistemáticamente durante tantos decenios. Escribiré sobre Schermaier sólo que la sociedad nacionalsocialista, de forma totalmente impune, pudo destruirlo para toda la vida aunque no aniquilarlo. Me hice esa promesa al ir hacia la Villa de los Niños, que proporcionaría a Schermaier en *Extinción*, si no los derechos de que esa sociedad le había privado, sí atención, a mi manera. *Extinción* me ofrecerá para ello la mejor oportunidad, si soy capaz de llevarla al papel, pensé. Al recordar a Schermaier, me olvidé de la monstruosidad de hacer abrir el féretro de mi madre, al llegar a la Villa de los Niños, les dije a mis hermanas, que abrieron la Villa de los Niños, que los Schermaier, que también ellas conocían bien, no se me iban de la cabeza, que precisamente contra ellos, que no temía calificar de las mejores personas que conocía, el Nacionalsocialismo había desencadenado toda su atrocidad, *espectral*. Su mejor amigo de la escuela lo denunció, dije, mientras Caecilia abría la Villa de los Niños, lo denunció de la forma más innoble, lo llevó al campo de concentración, eso no se me iba de la cabeza, en Roma estaba echado muchas veces en la cama y tenía que pensar en ello, que nuestro pueblo se había hecho culpable de millares, incluso de decenas de millares de esos crímenes, y los silenciaba. El silencio de nuestro pueblo sobre los millares y decenas de millares de crímenes es el mayor de todos esos crímenes, les dije a mis hermanas. El silencio de ese pueblo es lo siniestro, dije. El silencio de ese pueblo es lo espantoso, ese silencio es todavía más espantoso que el crimen mismo, dije. Cuando pienso que tengo que recibir a esos asesinos, dije. Me niego a darles la mano, dije. No puedo excluirlos de los funerales, dije, pero no les daré la mano. Porque si no, cometería yo también un crimen. Precisamente en la Villa de los Niños, el edificio favorito de mi infancia, dije, habían escondido nuestros padres a esos criminales innobles, proporcionándoles incluso una vida de lujo, precisamente en una época de la mayor penuria. Y ni siquiera se avergonzaron nunca de ello, dije. Al contrario, se jactaban de esa bajeza, dije. Mis hermanas habían permanecido todo el tiempo silenciosas. Nuestros padres se hicieron culpables, dije, al albergar y esconder a esas personas innobles, que deberían ser llevadas ante los tribunales y condenadas. Naturalmente castigadas con la pena de muerte, dije. Qué deben sentir hombres como Schermaier, dije, que ven cómo tratan a sus asesinos, que esos mil veces asesinos andan por ahí y, por añadidura, pueden llevar una vida de lujo innoble y baja,

mientras que ellos mismos tienen que representar el papel de los olvidados y, por añadidura, el de los olvidados de la forma más lastimosa. Este Estado es como mi familia, hecho francamente para la criminalidad nacionalsocialista. Y la Iglesia católica, dije aún, no es mejor. Siempre actúa sólo en su propio interés, se calla cuando hay que hablar, dije, y se atrinchera, cuando le resulta demasiado peligroso, detrás de un Jesucristo explotado durante milenios. Me horrorizan esas personas, dije, que irán detrás de los féretros con la cabeza baja, sin ser molestadas en absoluto, al contrario, como las personas más respetadas de nuestra sociedad. Yo, dije, me sustraeré a mi estilo de todas esas personas a las que siempre he aborrecido, no dejaré que se me acerquen, no soy nuestro padre, no soy nuestra madre, dije. La Villa de los Niños estaba casi vacía. Pensé, adónde han ido a parar los hermosos cuadros que hace sólo un año vi aquí en el vestíbulo, a izquierda y derecha, en las paredes de las habitaciones de la planta baja. Mi madre había vendido esos cuadros, pintados por lejanos antepasados, a un anticuario de Wels, como pude comprobar enseguida, *malvendido*. La incompreensión de mi madre, precisamente ante obras de arte especialmente singulares, me había resultado siempre amarga. Mi padre no apreciaba en absoluto los cuadros, o sólo cuando le decían que eran sumamente valiosos, lo que impresionaba también a mi madre, nada más. Ninguno de los dos tenía gusto para las obras de arte. Así, las paredes de la planta baja de la Villa de los Niños eran de repente frías y poco acogedoras, cuando, como pensé, un año antes habían sido todavía tan atractivas. Pero al fin y al cabo, la Villa de los Niños, por el hecho de que durante mucho tiempo hayan vivido en ella dos múltiples asesinos, ha quedado en cualquier caso envilecida, incluso imposible, pensé. Por otra parte, pensé en aquel momento también en restaurar precisamente la Villa de los Niños, y ese pensamiento fue de pronto el mejor, me gustó de repente ese pensamiento, y les dije a mis hermanas, da igual lo que haya ocurrido aquí, la Villa de los Niños es el primer edificio que quiero restaurar, de arriba abajo, debe ser de nuevo como era antes de su envilecimiento. La Villa de los Niños es el más hermoso de todos los edificios de Wolfsegg, dije. Y el verano la mejor época para una restauración. El dinero de Wolfsegg debe circular entre la gente, dije, dejarlo enmohecerse en los bancos es una demencia. Mis hermanas no me comprendieron. De todas formas hay que ventilar aquí, les dije a mis hermanas, quería decir que abrieran conmigo todas las ventanas de la Villa de los Niños, al fin y al cabo el aire de la Villa de los Niños está espantosamente enrarecido, dije, y pensé, mientras mis hermanas abrían poco a poco, porque era un día tan hermoso y cálido, las ventanas de la Villa de los Niños, primero en las habitaciones de abajo y luego, despacio, también en las de arriba, durante lo cual guardamos un silencio absoluto, tampoco Caecilia y Amalia se habían hablado de manera audible durante ese abrir de ventanas, que sólo tres o cuatro días antes había hecho a Gambetti una buena descripción de la Villa de los Niños, de eso tuve la prueba con ocasión de abrir las ventanas, las habitaciones son realmente tan grandes como se las había descrito a Gambetti, aquellas altas ventanas, precisamente la

llamada Villa de los Niños tiene unas ventanas tan altas como sólo tiene nuestro edificio principal, pero no la Casa de los Cazadores ni la de los Jardineros, y los techos tienen exactamente los estucos que traté de describirle a Gambetti, nada más que escenas de obras de teatro clásicas como el *Nathan* de Lessing o *Los bandidos* o el *Primer Fausto*. Nadie puede decir ya quién hizo esos estucos, pero yo pienso que fueron los numerosos artistas, así llamados, ambulantes del siglo pasado, que a menudo se establecían durante meses o incluso años en un lugar, sólo a cambio de una buena comida y un par de zapatos, para hacer esas obras de arte. Hay grandes grietas en esos estucos y ha llegado con creces el momento de repararlos, pensé. Mis hermanas no tenían la menor idea del contenido de los estucos, yo dije del *Nathan*, pero, como comprendí enseguida, eso no les decía nada, el *Primer Fausto* lo conocían sin duda, pero no recordaban ninguna de las escenas representadas en el techo, de *Los bandidos*, lógicamente, habían oído hablar, como yo, en el colegio, pero habían olvidado la obra misma, recordando sólo el título, nada más, y que se trataba de *algo clásico*. Intenté darles alguna información sobre *Los bandidos*, pero renuncié enseguida a explicarles nada al respecto, porque comprendí la inutilidad total de mis esfuerzos. A Gambetti, como veía ahora, le había hecho una descripción bastante exacta de aquellos estucos, él me había escuchado atentamente y durante mucho rato. La influencia de la escuela de Roma en ese arte anónimo, le había dicho a Gambetti, es imposible de desconocer, en general, en todos los estucos al norte de los Alpes, así yo a Gambetti, la influencia de Italia es inmediatamente reconocible, los italianos han sido siempre los mejores estucadores, le había dicho a Gambetti, ahora recordaba muy bien todo lo que le había dicho a Gambetti en relación con aquellos estucos de la Villa de los Niños. Puedo recordar los cuadros y también los estucos contemplados una vez detenidamente, pensé, durante años y decenios, con todos sus detalles y de la forma más precisa, y reproducirlos también con palabras llegado el caso, de una forma auténtica, mi retrato reproducido coincide por completo con lo visto en otro tiempo. Sólo necesito ver una sola vez un cuadro o un estuco como los de la Villa de los Niños y estudiarlos al mismo tiempo, y conservo esa imagen de forma precisa durante años, como ahora veo, durante decenios. A mis hermanas no les decía nada mi observación de que precisamente entonces acababa de hacer un descubrimiento interesante, a saber, que tengo la capacidad de retener por completo los cuadros vistos una vez, para hacer años más tarde una descripción, por decirlo así, una exposición decenios más tarde, porque, en primer lugar, no podían seguir mi pensamiento y, en segundo, no conocían a Gambetti, sólo me habían oído hablar de él casualmente una y otra vez, y como, más o menos sólo por oposición a mí, no les interesaba nada todo lo romano, que para mí, naturalmente, siempre ha sido algo querido y que siempre me ha fascinado, incluso cuando todavía no había estado en Italia y Roma, no me comprendieron en absoluto y yo pensé, no me comprenden de forma totalmente deliberada, han convertido en principio, en costumbre de toda la vida, el no comprenderme, no querían, no lo toleraban, y tampoco hoy lo quieren ni lo toleran.

La Villa de los Niños lo representaba para mí en Wolfsegg casi todo, para ellas más o menos nada. Por eso les resultaba también bastante indiferente lo que les había contado antes sobre la Villa de los Niños en relación con los dos llamados *gauleiter*, consideraban mi relato dirigido sólo contra la familia, en particular contra nuestros padres, y especialmente repulsivo que yo, precisamente ahora, cuando apenas llevaban dos días muertos, acusara a cada instante a nuestros padres, y no que yo sufriera por el hecho de ver la Villa de los Niños, mi edificio más querido de Wolfsegg, la arquitectura más querida de todas, ensuciada de repente otra vez por los *gauleiter* nacionalsocialistas, en general un proceso mental de esa clase les resulta extraño, incluso imposible. Cuando habíamos abierto todas las ventanas de la Villa de los Niños y realmente entró a raudales el aire puro esperado, les dije a mis hermanas que ahora dejaría las ventanas abiertas varios días, *para que durante varios días pudiera entrar el aire fresco en la Villa de los Niños*. Estaban agotadas por la tarea absurda, como debían pensar, que les había impuesto y se habían sentado en el desván más alto, a la izquierda, las dos juntas en un banco forrado de terciopelo verde. De repente tenían ahora otra vez los rostros burlones de la foto que yo había guardado en mi escritorio, en mi piso romano de la Piazza Minerva, me mostraron ahora por un instante aquellos rostros burlones a la clara luz del mediodía y luego se volvieron, mirando por la ventana, por encima del pueblo, a las montañas. De forma mecánica habían vuelto la cabeza al mismo tiempo en dirección a las montañas, como si dos marionetas encadenadas se hubieran vuelto hacia las montañas de la lejanía, pensé. Les hubiera podido ordenar entonces todo lo imaginable, pensé, y ellas habrían cumplido mi orden. Las tenía totalmente en mis manos. Sin embargo, no lo consideré como un triunfo sino como una carga insoportable. Se habían, así pensé de repente, colgado de mí. Esas dos te darán que hacer aún, pensé, como suele decirse. ¿Y si hay tormenta?, preguntó Amalia. ¿Qué tormenta?, pregunté a mi vez. ¿Si hay tormenta y se rompen todos los cristales?, dijo entonces Amalia. No habrá tormenta, dije, en muchos días no habrá tormenta. Tenía muchas ganas de hacerles a mis hermanas un relato, ahora, en el momento en que estaban sentadas, agotadas, en el banco de la Villa de los Niños, de contarles algo de Roma, por decirlo así algo chocante, para poder soportarlas, porque tenía la sensación de que no las soportaría ya, pero luego renuncié enseguida otra vez a esa idea, no servirá de nada, me dije, sólo empeoraré la situación. Dirigí sobre todo mi atención a Caecilia, que parecía haber olvidado a su fabricante de tapones para botellas de vino. Si nuestro cuñado no fuera tan torpe, dije. A eso no tuve respuesta de Caecilia. Amalia hizo como si no hubiera oído en absoluto mi observación. La infamia tiene límites, dije yo entonces, quería decir que el odio a una persona, con lo que quería decir a nuestra madre, no debía llevar a casarse con un zoquete sólo para castigar a la persona odiada, eso, naturalmente, no lo dije, lo pensé sólo. De todas maneras, sí pronuncié entonces la frase: *debes ocuparte de tu marido, no puede ser que lo dejes completamente solo en el sentido más exacto de la palabra. Desde que estoy aquí, no hace más que andar más o menos por ahí por el parque,*

*sólo molestando a la gente.* Caecilia se levantó y salió de la habitación y bajó y atravesó todo el vestíbulo para salir afuera, Amalia, que se había puesto en pie, y yo la vimos cómo se alejaba de la Villa de los Niños, se escapa de nosotros, pensé, la muy pava, que ha echado a perder su vida. Había querido decir para mí la muy pava, pero lo dije tan fuerte que Amalia lo oyó. Por qué nuestros padres te bautizaron Amalia y a Caecilia Caecilia, no lo entiendo, le dije a Amalia. Estos románticos católico-nacionalsocialistas, pensé. Acto seguido salí con Amalia de la Villa de los Niños y fui a la *Orangerie*, donde estaba mi cuñado, la inactividad personificada, pensé cuando lo vi. Al fabricante de tapones para botellas de vino le resultaba desagradable ser descubierto en esa inactividad personificada, y precisamente por mí. Pero ahora tienes que hablar con él, pensé, y fui directamente a él, no se veía a Caecilia a la redonda, pensé, y tampoco se veía ya a Amalia, ahí está realmente él abandonado por todos, y no sabe dónde está su sitio, pero desde luego no aquí en Wolfsegg, pensé. Le invité a ir conmigo al edificio principal, tengo hambre, le dije, en la cocina encontraremos alguna cosa, dije, y la camaradería, por decirlo así, con que había dicho esas frases me asombró a mí mismo. La verdad es que no había querido decirlo así, pensé, pero *lo había* dicho así, el fabricante de tapones para botellas de vino iba a mi lado, lo he salvado por algún tiempo de su situación imposible, pensé, por qué no. Por un instante me dio incluso pena, como suele decirse, pero sólo por poco tiempo, porque al cabo de sólo unos pasos lo encontré otra vez importuno, cómo se comportan esas personas, pensé, al no comportarse en absoluto sino, sencillamente, dejarse llevar. No había nadie en la cocina, busqué para el fabricante de tapones para botellas de vino y para mí algo de comer, y descubrí lo mejor en la nevera llena hasta rebosar. Por una parte despreciamos a esa gente, me dije, sentado frente al fabricante de tapones para botellas de vino, por otra parte envidiamos la despreocupación, la naturalidad con que no se imponen ninguna traba, por ejemplo, cuando comen, no se contienen, al principio titubean un poco sólo, pero luego, de repente, sin la menor vergüenza, se tragan y engullen más o menos todo lo que les hemos puesto delante. Aquellos gruesos dedos carnosos me repelían de nuevo, el anillo de sello metido a la fuerza en el meñique, que el fabricante de tapones para botellas de vino probablemente no podrá quitarse ya, aunque quiera, pensé. Él había cruzado las piernas bajo la mesa y apoyado el vientre contra el tablero, sus gemelos de puño son todavía mayores que el anillo de sello, pensé, hacían juego. Me pareció que él esperaba que yo le dijera algo, como si me acechara, pero yo no tenía ganas de iniciar una conversación con el fabricante de tapones para botellas de vino, pensé que yo le había dicho a Zacchi que dentro de tres o cuatro días estaría otra vez en Roma, lo que no será factible, pensé, una semana, probablemente más tiempo, tendré que quedarme en Wolfsegg, ya veo que seguramente una semana no bastará. Porque lo molesto no vendrá hasta *después* del entierro, me dije, tendré que ir a los bufetes de abogados, a las más diversas oficinas, como jefaturas de distrito, etcétera. En el fondo, al fin y al cabo veía entonces sólo la punta del iceberg

de aquella desgracia. La verdad es que era extraño, le dije a mi cuñado, ver a mi padre y mi hermano expuestos, pero a mi madre no. Por otra parte, dije, esos rostros expuestos no tienen ya nada que ver con los auténticos, son rostros extraños que no me afectan, dije. *Tienen que desaparecer lo antes posible bajo la tierra.* Que él apenas había conocido a sus suegros y sus cuñados, le dije, y ya estaban muertos, al mismo tiempo vi las palabras  *fueron víctimas de* en el periódico que estaba abierto ante mí en el montón de periódicos, que entretanto había aumentado en algunos ejemplares, las palabras  *fueron víctimas de* eran tan ridículas como todo lo que escriben los periódicos. Que si había leído ya los periódicos que informaban sobre la desgracia, le pregunté a mi cuñado que, aunque yo hacía tiempo había dejado de comer, seguía metiéndose en la boca grandes pedazos de pan con salchicha, pero mi cuñado se resistió, sacudiendo la cabeza, a echar siquiera una ojeada a los periódicos, no podía hacer eso delante de mí, pensó, no podía permitírselo, yo le acusaría de un imperdonable mal gusto si él miraba ahora los periódicos con las noticias del accidente, sacudiendo la cabeza rechazó, por decirlo así, el informarse más sobre nuestra desgracia, sobre su forma exacta de producirse, precisamente en aquel cruce habían ocurrido ya tantos accidentes mortales, dije yo totalmente al estilo de los periódicos, no está ni falto de visibilidad ni es, por lo demás, identificable como especialmente peligroso, y una y otra vez hay tantos accidentes, la mayoría mortales, dije, mi cuñado hacía el papel de moralista, mientras engullía los pedazos de pan con salchicha, unas veces recogía sus piernas más o menos cruzadas y luego, otras veces, replegaba su brazo extendido sobre el tablero, siempre preocupado de que sus gemelos de puño no entraran en contacto con los panes con salchicha preparados por mí, cómo podía tener yo siquiera la idea, me pareció indicar masticando su pan con salchicha, de que él tendría la frescura de leer en mi presencia o, en general, ahora, en aquellas tristísimas horas para la familia, aquellos periódicos insulsos con sus atroces relatos, había echado despreciativamente una ojeada a las primeras páginas con las fotos de los accidentados, como vi, despreciativo por un lado, decepcionado, por otro, por no poder mirarlas sin inhibiciones porque yo estaba allí, pero fingiendo que nunca sería capaz de hacerlo, cuando hasta yo había sido capaz de hacerlo sin más, según pensé, echando una y otra vez una ojeada y masticando el pan con salchicha, sobre todo cuando creía que yo no lo observaba, echando una ojeada sobre aquellos periódicos indudablemente interesantes que él, probablemente, si estuviera ahora solo, habría desplegado inmediatamente y mirado y leído con la mayor desvergüenza, así, sin embargo, se veía impedido de hacerlo por alguien de quien tenía que suponer que nunca había sido capaz de pensar siquiera en una desvergüenza así, por no hablar de hacerla, mientras yo pensaba que, al fin y al cabo, yo había tenido esa desvergüenza hacía ya mucho. El  *ahora no* de mi cuñado era tan repulsivamente hipócrita como si lo hubiera dicho yo mismo, porque yo mismo hubiera podido decirlo exactamente igual en ese momento, me salí con la mía porque lo había dicho él, no yo, yo estaba allí como el honrado, el dueño de sí, él tenía que ponerse en

escena antes como alguien honrado y dueño de sí con aquel abismalmente hipócrita *ahora no*, que a él mismo, apenas lo hubo pronunciado, tuvo que parecerle inmediatamente como abismalmente hipócrita, porque tan tonto no es este hombre, pensé, como para no saber inmediatamente lo que su *ahora no* era en realidad y, en definitiva, también, qué efecto me producía, que yo había calado su *ahora no* le había resultado sin duda también enseguida claro, y como, al fin y al cabo, le había venido a la boca de una forma bastante torcida, había perdido ya toda su fuerza de convicción en el camino desde su cabeza al aire libre. Ahora, como mi cuñado estaba allí como alguien a quien se había calado, como hipócrita en una situación profundamente triste que era real y literalmente una *situación mortal*, yo podía ir un paso más allá y mostrarme generoso, tendiéndole los periódicos por encima del plato de pan con salchicha que todavía no había acabado de comer él, y ofreciéndole echar sin embargo una hojeada a los periódicos para hacerse una idea del accidente, tal como lo veían los periódicos. Que los mirase tranquilo, le dije, echándome hacia atrás, como si no quisiera molestarlo en su lectura, recordé la observación que Zacchi hizo una vez sobre mí, de que yo era un taimado disimulador de mis atrocidades, abismal. Me divirtió entonces todavía lo que Zacchi había dicho en otro tiempo de mí, fue en el *Ancora verde in Trastevere*, habíamos ido con Maria para discutir una excursión que proyectábamos a Castelgandolfo y, al mismo tiempo, *Las palabras* de Sartre, que nosotros, los tres, habíamos leído al mismo tiempo y realmente sin conocer ninguno de los tres esa simultaneidad. El fabricante de tapones para botellas de vino hojeaba los periódicos mientras masticaba concienzudamente los últimos restos de pan con salchicha, abría unas veces una página ilustrada y luego otra página no ilustrada, y entretanto había estirado las piernas de la forma que es en general característica de los lectores de periódicos, realmente se toma con tranquilidad la desgracia y sus explotadores, pensé. No se veía en su rostro ningún signo de escrúpulos, tenía ya vista cansada y veía mal de cerca, pero evitaba, así pensé, llevar gafas, los periódicos los sostenía tan lejos de sí y tan directamente ante la luz de la ventana que le era posible asimilarlo todo, en el fondo debería llevar hace tiempo gafas, lo que se llama gafas de leer, pensé, como llevo yo desde hace años, pero esa gente rechaza las gafas por vanidad, pensé, a Caecilia le diré que su marido tiene que agenciarse a toda prisa unas gafas de leer y no le ocultaré que ha leído en la cocina, en mi presencia, los periódicos que hay sobre la mesa en relación con la desgracia, atentamente, con la mayor naturalidad, sin avergonzarse, le diré a Caecilia, pensé, como si se tratara de un plato delicado, mientras que, al mismo tiempo, sentado conmigo a la mesa, comía panes con salchicha, tres o cuatro, no podría decirlo exactamente ya. Hasta las grandes fotos de esa noche de espanto, así le diré, pensé, han causado dificultades a tu marido, por suerte él estaba sentado junto a la ventana de la cocina de forma que la luz caía en el ángulo adecuado sobre la hoja que fuera. Yo observaba ahora a mi cuñado y reflexionaba sobre la forma en que, ante su mujer, mi hermana, aprovecharía esa escena contra él, entusiasmándome incluso con ese



proyecto, me lo representaba totalmente como una escena teatral, cómo iría a ver a mi hermana y le informaría de la avidez de periódicos de su marido, pondría en su conocimiento que, muy en contra de sus afirmaciones y totalmente de acuerdo con mis propias conjeturas, en el caso del fabricante de tapones para botellas de vino se trataba de un hombre de bastante mal gusto. Tu marido estaba frente a mí sin inhibiciones, me oía decirle a Caecilia, leyendo los periódicos y sin darse cuenta siquiera de que estaba yo allí, que tenía que discutir con él algo importante, ni siquiera me escuchaba. Realmente soy capaz de una vileza como esa falsificación, pensé, observando a mi cuñado, me creo perfectamente capaz de semejante vileza y he cometido esas vilezas ya cientos de veces, incluso me las he convertido en costumbre y método, en método acostumbrado, pensé. Mi cuñado, aunque ávido, sin embargo con mi permiso expreso, por decirlo así, y no sin una vacilación que, aunque simulada, fingía buenos modales, leía realmente los periódicos, mientras que yo, como es natural, sólo los había recorrido rápidamente, como suele decirse, cuando estuve en la cocina unas horas antes, él miraba las fotos con toda calma y sin avergonzarse, mientras que yo las había mirado sólo apresuradamente, siempre con la espantosa sensación de ser descubierto en una desvergüenza y realmente una falta de vergüenza, con conciencia plena de estar cometiendo un crimen, mientras que mi cuñado podía permitirse ahora, ante mis ojos por decirlo así generosos, con mi indulgente bendición dada de antemano, disfrutar de los periódicos, veía en él que le resultaba un placer hojear los periódicos por su orden y examinarlos. Cualquiera otro hubiera cerrado los periódicos al cabo de un rato breve y se hubiera dirigido otra vez a mí, pensé, pero mi cuñado no tiene ese tacto, él no pensaba para nada en mí, mi permiso era para él, como me dije, equivalente a un acuerdo ilimitado por mi parte, prefería también meter la cabeza en los periódicos y digerir sus panes con salchicha que dejarse arrastrar conmigo a alguna conversación que sólo podía resultarle desagradable, eso no sólo lo sentía, eso lo sabía y había pretextado los periódicos para escapar de mí. Porque que me evita continuamente es la verdad, no que busque el contacto conmigo, como he creído por un instante cuando lo he visto de pie ante la *Orangerie*, inútil, embrutecido, eso parecía, sin saber qué hacer de sí mismo. En eso me había equivocado fundamentalmente y, sin duda, había sido también un error creer que tenía que hablar a quien se aburría totalmente delante de la *Orangerie* y llevármelo a la cocina, poniéndome a su disposición. Pero en realidad sólo lo he traído conmigo, al fin y al cabo, para no perderlo de vista, pensé, no por altruismo, no, en absoluto. Yo lo había llevado conmigo a la cocina sólo para seguir averiguando cosas sobre su persona, con el pretexto de querer agasajarlo, había querido sonsacarle esto y aquello contra Caecilia, su mujer, y contra él mismo. Este zoquete es por lo menos un productor de tonterías y divulgador de toda clase de secretos, había pensado, y por esa razón me lo había llevado a la cocina. Pero, en el fondo, ahora no tenía ninguna gana de sonsacarle nada, me bastaba con observarlo y luego, más tarde, en un momento apropiado, hacer de esa observación una comunicación para mi

hermana Caecilia, dicho sea sencillamente, falsificar sencillamente esa observación, para mis fines, contra los dos. Él seguía allí todo el tiempo sentado, haciéndome esperar, le diré a Caecilia, pensé, que le han interesado especialmente las fotos hechas de la cabeza separada de su madre. La foto en que nuestro padre muerto está sentado en el coche, echado hacia atrás, y a su lado la cabeza interiormente al menos totalmente destrozada de Johannes, le diré, le interesó a mi cuñado, tu marido, muy especialmente. Cómo se atreve un hombre así, diré, a sumergirse en mi presencia en la suciedad de los periódicos en estas horas para nosotros tan tristes, no diré *trágicas*, porque *tan trágicas* es una formulación teatral, mientras que *tan tristes* suena más humano. Estoy seguro de que mi hermana se espantará de mi innoble cuñado. Pero ¿es eso lo que quiero?, me pregunté entonces. Mi cuñado se convertirá así en un personaje más importante de lo que es, me dije. Por otra parte, no podré prescindir de él en mi proyecto de eliminarlo y expulsarlo de Wolfsegg, aunque también me resulta evidente que para ello no tendré que hacer el menor esfuerzo, de eso se encargará él mismo y mis hermanas ayudarán, a su estilo solapado. Los días de mi cuñado están contados, pensé. Él estaba allí sentado y era devorado por los periódicos, no a la inversa, como suele decirse. Y yo estaba sentado frente a él, envidiándolo, porque él podía hacer aquello de lo que yo tenía que abstenerme, él podía leer los periódicos sin avergonzarse, sin molestarse, incluso bajo el patronato de su cuñado, ahora de repente todopoderoso, porque lo mismo que él es el mío, ahora soy al fin y al cabo el suyo, me dije, pero yo soy el cuñado temido, me dije, tal como me lo figuraba, el que decide nada menos que el futuro de Wolfsegg, ésa es la diferencia entre cuñado y cuñado, el que decidía se sentaba, pues, ante el carente de importancia, que no tiene nada que decir, así mi pensamiento. El fabricante de tapones para botellas de vino de Baden podía disfrutar de los periódicos en grandes dosis, yo tenía que negármelos. La situación de esa gente es siempre la cómoda, pensé, la que no exige esfuerzos, a la que nosotros no llegamos nunca. A mí hubiera podido invitarme cualquiera a hojear los periódicos en esta situación nuestra, naturalmente hubiera rehusado esa invitación, hubiera tenido que dejar que los periódicos se me escaparan, dejarlos estar ante mí, sin tocarlos, mi cuñado, tras una breve vacilación, aprovecha la propuesta y se lanza literalmente sobre la desgracia impresa extendida ante él. *Atroz, verdad*, fue la única observación que le hice a mi cuñado, mientras él estaba sumido en los periódicos, dos veces le dije *atroz*, esa palabra, que es una de mis palabras favoritas cuando se trata de algo así como esos artículos de periódicos sobre nuestra desgracia, *atroz* es para mí la palabra adecuada para esas situaciones, yo la empleo a menudo, demasiado a menudo, me dije, demasiado a menudo también en contextos en que esa palabra *atroz* no puede ser oportuna, pero ahora era otra vez la palabra ideal, dije *atroz*, pero mi cuñado no levantó la vista, no se dejó molestar por la palabra *atroz* pronunciada por mí, no se dejó detener, por decirlo así, en su ansia de sensacionalismo. Mi padre debía de conducir demasiado deprisa, dije. Mi cuñado hizo como si no hubiera oído lo que había dicho. Nadie sabe por qué conducía mi

padre y no Johannes, dije, porque normalmente era al fin y al cabo Johannes quien conducía siempre. Mi padre era ya miope desde hacía tiempo, dije. A las personas de más de sesenta años habría que retirarles el permiso de conducir, dije. Los de más de sesenta años causan todos los accidentes, *provocan estragos en las carreteras*. No tienen ya la necesaria capacidad de reacción, dije, y me resultó penoso, frente al fabricante de tapones para botellas de vino, haber pronunciado *así* esa frase, como si la hubiera escrito para alguno de aquellos periódicos que había sobre la mesa, aquella frase típica de periódico. Los redactores de periódicos no son más que unos puercos, dije. Pero enseguida: que nos arrojan a la cara su propia porquería. En el fondo, el mundo que nos muestran los puercos de los periódicos en sus periódicos es el auténtico, dije. El mundo impreso es el real, dije. El mundo de suciedad impreso en los periódicos es el nuestro. Otra vez dije: lo impreso es lo real y lo real nada más que algo real pretendido. No podía pedir que mi cuñado me comprendiera. Probablemente ni siquiera me había escuchado, porque no reaccionó en absoluto a lo que yo acababa de decir, no hacía más que mirar la foto en que se veía la cabeza de mi madre separada por lo menos treinta centímetros del tronco, sobre una mesa de disección de mármol blanco. Después de todo es absurdo que se transporte a los muertos en ambulancia, dije. Mi cuñado no levantó la vista. Pensé que, ya antes de la boda y, por consiguiente, después de haberlo visto una sola vez, se lo había descrito y pintado a Gambetti. Como un hombre gordo, que no había cumplido los cuarenta años y que, como realmente engorda cada vez más, lleva siempre trajes demasiado estrechos y, a consecuencia de esa obesidad por comer demasiado, tiene dificultades respiratorias, incluso cuando habla, y cuya forma de hablar es una forma de hablar forzada por esa obesidad a frases muy cortas y que no puede permitirse las frases largas. El hombre respira haciendo ruido, le había dicho a Gambetti y, cuando se va con él, se detiene a cada instante, señala luego con la mano extendida algún objeto y, cuando no hay nada que señalar, señala sencillamente en alguna dirección como *si fuera un paisaje interesante*, para distraer de su falta de resuello. Todo en él está subordinado a su obesidad, le había dicho a Gambetti y, ante Gambetti, había denigrado de tal modo a mi cuñado que a mí mismo me resultó penoso y le dije a Gambetti, *mi bajeza me desconcierta*, pero inmediatamente después me disculpé con él por esa repulsiva expresión *me desconcierta* porque, como profesor suyo, no hubiera debido emplear nunca una fórmula tan insulsa, recuerdo muy bien haberle dicho a Gambetti que continuamente nos irritamos cuando los otros utilizan fórmulas insulsas, pero nosotros mismos tenemos esa horrible costumbre. *Me desconcierta* era absolutamente inconveniente, le dije entonces a Gambetti y, de mi cuñado, que correspondía exactamente a lo que la gente del sur de Alemania llama el vividor de Baden, el pequeñoburgués medio que ha logrado cierto bienestar y lo muestra y está interesado en ser grueso y graso y, por consiguiente, en resumen, un personaje rollizo que se pueda ver; la delgadez, le había dicho a Gambetti, se considera en esas regiones embrutecidas signo de enfermedad y peligro, se la teme por ser tan parecida al diablo,

lo ascético es para esa gente lo repulsivo, el hombre gordo es para ellos el ideal que los tranquiliza, y los del suroeste de Alemania, y por consiguiente especialmente en Baden, lo mismo que todos los alemanes, dan la mayor importancia a la tranquilidad. Confían en los gordos, hacen de los gordos sus modelos, siempre han desconfiado de los delgados. En definitiva, Gambetti acogió mi teoría sólo riéndose, y yo compartí su risa. Pero esas gentes son también espantosamente perezosas, pensé ahora, sentado frente a mi cuñado, pero no con *esa* pereza que yo califico de creadora, sino que son estúpidamente perezosas, como el cerdo, pensé, que posiblemente hoy es ya más humano que el hombre, que cada vez más se ha convertido en cerdo en los últimos cien años. No se podía alterar la calma de mi cuñado y aproveché la situación para dar libre curso a mis pensamientos, porque no estaré mucho tiempo sin que me molesten, pensé, porque, eran aproximadamente las cuatro y media, los que vendrán a darnos el pésame no se harán esperar mucho. Probablemente estar con mi cuñado en la cocina es la última oportunidad de estar más o menos solo, según pensé, aunque mi cuñado estaba sentado delante de mí. *Atroz*, verdad, dije, pero mi cuñado no reaccionó ante eso. Esa gente se presenta continuamente como la cordialidad misma, como conocedores de vinos, como compañeros de juergas, le había dicho a Gambetti, pero en el fondo son cualquier cosa menos cordiales, porque exigen la cordialidad a cualquier precio y son implacables cuando se rechaza su cordialidad, entonces todo se convierte en ellos en odio, le había dicho a Gambetti. Con su cordialidad oprimen y sojuzgan a su entorno y hacen del lugar en que, a todo trance, quieren tener cordialidad, un infierno. Por lo menos lo siento siempre así, le había dicho a Gambetti, cuando la gente quiere imponerme su cordialidad. Yo observaba a mi cuñado y, al mismo tiempo, veía imágenes romanas y finalmente creí realmente que estaba en mi gabinete de trabajo de Roma, mientras que, sin embargo, estaba sentado frente a mi cuñado en la cocina de Wolfsegg. Con toda su pesadez. Su mala vista fue en definitiva fatal para mi padre, dije. Ahora entregarán las trilladoras, dije, y quién sabe si necesitamos siquiera una nueva trilladora. Esa frase la dije totalmente con el tono del propietario de Wolfsegg, por decirlo así como agricultor, en mi memoria escuché aún varias veces sucesivas esa frase dicha por mí, me dejaba estupefacto en ella su resonancia evidentemente agricultora. Como si esa frase la hubiera pronunciado mi hermano, pensé. Con esa frase me había convertido al instante en el agricultor que, sin embargo, no quería ser, probablemente todos exigen ahora de mí que sea agricultor, que lo sea *ya*, pensé, la frase me lo había hecho pensar, lógicamente lo piensan, pensé, mientras que durante toda mi vida hasta hoy he querido ser cualquier cosa, salvo agricultor, ahora esperan lógicamente de mí que renuncie a todo lo demás, lo que no quiere decir otra cosa sino que renuncie a todo para darles ahora el agricultor que, como pensé al mismo tiempo, tienen que tener de todas formas, porque es necesario aquí. Que renunciaré a Roma piensan sin duda, y andan ya por ahí con esa alegría maligna, pensé, que renunciaré a todo lo que para mí se relaciona con Roma, que seré capaz de ello, pero ése es un pensamiento totalmente

absurdo, pensé, aunque sin embargo se me grabó el pensamiento de que realmente podían creer, porque sencillamente tenían que creerlo, que yo renunciaría más o menos a todo para ser su agricultor de Wolfsegg, el heredero natural, lógico por lo tanto. Sin embargo, eso no se planteaba en absoluto para mí. Gambetti, Zacchi, Maria, incluso Spadolini y todos los demás, pensé, no hay ni que pensar en que renuncie a *ese* ambiente a cambio de una *pesadilla heredada*. En sus rostros, sin embargo, en los rostros de mis hermanas, pensé, se ve ya ininterrumpidamente esa alegría maligna por el hecho de que ahora me afecta lo que antes no hubieran pensado ni por un momento, lo más absurdo de todo, yo, agricultor en Wolfsegg y, por consiguiente, con todo Wolfsegg sobre mi cabeza y colgado del cuello, y ellas, mis hermanas, las beneficiarias de ese horror. Mi cuñado, sumido en los periódicos, no sospechaba lo que pasaba dentro de mí y podía dar libre curso a su pasión por el sensacionalismo. También era él el beneficiario de mi violación, pensé, de mi abnegación, fabricante de tapones para botellas de vino de Friburgo de Breisgau, con sus cuarenta y cinco trabajadores y empleados que, según pienso, se ciscaban en él continuamente, como suele decirse. Pero mis hermanas verdaderamente no me conocen, me dije, creen realmente que recogeré mi herencia tal como está prescrito. El testamento lo hemos conocido todos siempre, no hace falta abrirlo para comprenderlo bien. Mi querido Gambetti, le había dicho a éste por teléfono, la verdad es que usted no sabe lo que me espera, porque la verdad es que usted no sabe lo que es Wolfsegg, lo oía ahora claramente, mientras mi cuñado estaba todavía cautivado por los periódicos y, como podía ver yo, fascinado por el accidente descrito en ellos, me oí decirle a Gambetti la frase: *Wolfsegg no me matará, de eso me cuidaré yo*, y pensé que, posiblemente, Gambetti no me había comprendido, él, Gambetti, creía que yo le había llamado por teléfono para rehusar una invitación a cenar con sus padres, mientras que yo sólo tenía que comunicarle brevemente que mis padres y mi hermano Johannes habían muerto, *víctimas de un accidente de coche*, le había dicho a Gambetti, es decir, algo totalmente inadmisibles en un, así llamado, profesor de alemán. Pero al fin y al cabo, con Gambetti, nunca me he calificado de profesor de alemán, siempre sólo de profesor, lo mismo que a él siempre sólo de discípulo, no soy ningún profesor especial, pensé ahora, sólo le transmito estos y aquellos conocimientos, que en cualquier caso tienen que ver con la literatura alemana, y trato de hacer bien mi trabajo, como es lógico, me esfuerzo por transmitirle conocimientos que valen más que los honorarios que me paga, y que al fin y al cabo sólo le acepto, por decirlo así, *pro forma*, porque por principio exijo que me pague por principio, aunque sólo sea para mantener nuestra mutua relación profesor-discípulo a la distancia absolutamente necesaria; yo podría renunciar a toda clase de honorarios, pero eso sería de lo más tonto y el primer paso contra esa relación nuestra, pensé, mientras observaba ahora de forma todavía más atenta a mi cuñado, podía hacerlo sin ser molestado en absoluto, porque, entretanto, él había hecho caso omiso de mí por completo, él estaba allí sentado como si hiciera tiempo que yo me hubiera levantado e

ido, saliendo de la cocina, si *me hubiera* levantado e ido hacía tiempo, él, pensé, ni siquiera se habría dado cuenta. Lo horrible de nuestra desgracia ha sido al fin y al cabo reemplazado hace tiempo por lo que tiene de sensacional, me dije, enfrente de mí está la prueba viviente. Mi cuñado procede de una familia cuyos antepasados fueron primero campesinos y luego habitantes de una pequeña ciudad con ambición de subir, sea eso lo que sea, que siempre lo hicieron todo para librarse del campesinado, primero en favor de una pequeña ciudad y luego de una pequeña ciudadanía en favor de algo más alto, que no puedo decir qué es realmente. Mi cuñado es, por decirlo así, el último en ese proceso de intensos esfuerzos, que como es natural está condenado al fracaso. Esas gentes lo ponen en definitiva casi todo en juego para salir de ellos mismos, pero tampoco salen de sí mismos, porque les falta completamente la necesaria energía espiritual, porque, por decirlo así, todavía no han descubierto el espíritu, ni el que está a su alrededor ni el que está dentro de ellos, es decir, no han dado siquiera el primer paso, que es condición previa del segundo. Entonces se quedan en seco de repente, como mi cuñado ahora, y no saben ya en absoluto qué hacer con el mundo y con ellos mismos y, en ese estado, atacan los nervios a todo el mundo. Wolfsegg tiene sencillamente un nuevo personaje cómico, me dije, observando a mi cuñado, pero la comedia no se ha hecho por ello, en absoluto, más soportable y más interesante. Desgraciadamente, ese personaje cómico no es gracioso sino gravoso, pensé y, a partir de ese juego de palabras, desarrollé enseguida un rompecabezas filosófico. Por un instante pensé, la verdad es que hubiera debido traer a Gambetti, pero Gambetti, indudablemente, no se hubiera prestado a ser mi escudo espiritual en Wolfsegg contra todo lo adverso. Probablemente, pensé entonces, Gambetti me resultaría incluso molesto, aunque me protegiera de todo, sólo tendría fastidios con él, cuando la verdad es que estoy ya hasta arriba de fastidios. Porque, aquí, sin duda sería en todo con Gambetti muy distinto que en Roma, en Wolfsegg no podría dedicarme nunca a él con tanto rigor y cuidado como en Roma, aquí, todo lo que hace un placer estar con él no sería posible, el aire de Wolfsegg no es el aire romano, la atmósfera de Wolfsegg en absoluto romana, Wolfsegg, en pocas palabras, no es Roma, hubiera cometido el mayor de los errores si hubiera traído a Gambetti a Wolfsegg. El atuendo adecuado para el entierro, teniendo en cuenta las condiciones climáticas, sería sin duda mi abrigo de caza, pensé, pero no me pondré el abrigo de caza, me pondré alguno de mis abrigos romanos que hay aquí en Wolfsegg, aunque sólo sea para distinguirme de los otros, que llevarán todos sólo abrigos de caza en el entierro, todos, también los *gauleiter*, incluso los obispos asistirán con abrigos de caza, que se pondrán sobre los hábitos eclesiásticos si hay la más insignificante corriente de aire, y siempre la hay en el cementerio. Los príncipes de la Iglesia, pensé, tienen siempre miedo de los enfriamientos, y llevan siempre sobre sus hábitos eclesiásticos, en las ceremonias al aire libre, abrigos de caza, y todos los demás, con seguridad. Con uno de mis abrigos romanos me distinguiré de todos ellos, pensé, probaré de antemano que no soy ya un

Wolfseggiano sino un romano, me presentaré inmediatamente como el romano que me llaman ya desde hace años, mi entrada en escena será la entrada en escena del romano. Pensé en el abrigo que me había comprado en Padua el año anterior. Mañana me presentaré como el hombre de la gran ciudad. Me pondré zapatos romanos y me ataré al cuello un pañuelo romano. Así me aseguraré ya exteriormente contra la sociedad de los abrigos de caza, que en el fondo aborrezco, que siempre he aborrecido. La sociedad de los abrigos de caza lo hará todo para aplastarme, pero sabré defenderme, pensé. El romano de mañana será fuerte y no se dejará anexionar por la sociedad de los abrigos de caza. Todavía sentado con mi cuñado en la cocina, oí cómo los primeros invitados a los funerales llegaban, no los que sólo venían a dar el pésame, como me dije enseguida, sino los que *se alojarían en Wolfsegg* decididamente una noche, yo me había levantado, e igualmente mi cuñado, que todavía estaba aturdido por la lectura de los periódicos, y entonces golpearon ya en la puerta, sólo entonces pensé dónde estaban las chicas de la cocina y las cocineras, dónde estaban realmente mis hermanas, los primeros invitados a los funerales que se alojarían allí habían entrado hasta el fondo del vestíbulo sin que nadie los recibiera y habían llamado a la puerta. Eso me resultó inmediatamente penoso y también más tarde les pedí explicaciones a mis hermanas sobre cómo era posible no recibir a los primeros invitados ya fuera, ante el portón, les dije, dejarlos entrar hasta el fondo del vestíbulo sin saludarlos, cuando, sin embargo, mis hermanas habían asegurado antes que recibirían a los invitados, tanto a los que venían a dar el pésame como a los que se alojarían, cuando, como había visto la última vez en una de esas ocasiones, habían depositado una, así llamada, lista de alojamiento en una de las mesas del vestíbulo, en la que se indicaba muy claramente dónde se alojaría cada uno de los invitados a los funerales la noche siguiente o, llegado el caso, más tiempo, en el pueblo de abajo o, si se trataba de los parientes más próximos o de los amigos más íntimos, como Spadolini, en el edificio principal o, en cualquier caso, en la Casa de los Cazadores o de los Jardineros, en donde, al parecer, estaban preparadas todas las habitaciones. A Spadolini querían alojarlo en el edificio principal, eso lo descubrí enseguida cuando eché una ojeada a la lista. Habían llegado parientes paternos a los que apenas conocía, incluso tuve que presentarme a ellos porque no se acordaban ya de mí, aunque los había visto una vez, en Múnich, en donde habitaban, había olvidado la ocasión. Llegaron completamente de negro, echaron una ojeada a su alrededor, un tanto, según pensé, altanera y quisieron saber enseguida dónde estaba la capilla y si los difuntos estaban expuestos en la capilla, *no*, les dije, *en la Orangerie*. Allí quisieron entrar enseguida para ver a los difuntos, cuando la boda de Caecilia esa gente no estaba, pensé, me hubiera dado cuenta. No tenía intención de llevarlos yo a la *Orangerie*, mi cuñado, cuando había visto a esa gente, había desaparecido otra vez al instante en la cocina, de manera que busqué con la mirada a mis hermanas, que incomprensiblemente me habían dejado totalmente solo y le dije a aquella gente que fueran solos a la *Orangerie*, que yo me hubiera ocupado de ellos si no fuera

absolutamente imprescindible arriba en el primer piso, dije, era una excusa, pero aquella gente me había hecho tan mala impresión en el primer momento, que no quería estar más tiempo con ellos, me habían tendido la mano uno a uno sucesivamente y yo había tenido que estrechar aquellas manos, traté de ocultar mi aversión hacia esas gentes, no sé si lo conseguí, no siempre lo consigo, sobre todo no cuando se trata de personas que me son tan evidentemente antipáticas, su petulancia era lo repulsivo, la ropa cara que se habían comprado evidentemente sólo para aquel entierro y que llevaban ahora ya, por decirlo así como en un ensayo general, con ostentación, y al mismo tiempo de una forma descomunadamente arrogante y con repugnante autosuficiencia, les dije dónde estaba la *Orangerie*, eran cinco personas en total, padres e hijos de unos veinte años, ya totalmente podridos, según pensé, nada más que superficiales, tontos, insolentes, no caracterizaba a aquella gente la menor reserva, aquella gente, que además hablaba tan fuerte como si estuviera en su casa, no sé si habían estado nunca en nuestra casa, pero probablemente sí, mi madre tenía al fin y al cabo predilección precisamente por esa clase de gente, pensé, precisamente por ésa, por sus iguales. *Ahí enfrente está la Orangerie*, les dije, y les dejé que fueran a la *Orangerie*. Mi cuñado se había trasladado a la cocina y bromeaba con las chicas de la cocina, que entretanto se ocupaban de preparar un bufé que mis hermanas habían encargado ya por la mañana, de todas partes traían ahora grandes bandejas con todos los canapés ya preparados y grandes platos con todas las ensaladas imaginables, incluso de la capilla, que estaba siempre fresca y, por consiguiente, resultaba especialmente apropiada para conservar alimentos, trajeron platos llenos de salsas y cremas y bandejas en las que se apilaban los canapés. Al fin y al cabo, había que alimentar a los que llegaban. Como es natural, éstos no esperaban una, como suele decirse, cena caliente, pero sí al menos un bufé frío, y la verdad es que mis hermanas saben preparar esos bufés fríos, aunque no sepan cocinar. Los bufés fríos de mis hermanas eran siempre apreciados. No sé quién los sabe hacer mejor, Caecilia o Amalia, las dos siempre elogiadas por sus bufés fríos, yo mismo he sido siempre bastante indiferente hacia esos bufés fríos, en general hacia la comida, pero que la comida austríaca no es la mejor de todas lo sé, naturalmente, no se puede comparar con la romana. Todo el vestíbulo olía ahora a ese bufé frío. Mientras las gentes de Múnich, que eran realmente parientes próximos míos, iban a la *Orangerie*, llegaron ya de la Granja los próximos, y la cadena de los que llegaban no se rompió luego, es decir, desde las cinco aproximadamente de la tarde hasta muy entrada la noche llegaron las gentes más diversas, de todas las regiones imaginables, ya la víspera de los funerales había muchos más en definitiva que en la boda de Caecilia, probablemente unos ciento veinte o ciento treinta, en definitiva no los conté ya y renuncié a ocuparme de cada uno de los que llegaban, dejé esa tarea que, en el fondo, me resultaba sumamente desagradable, incluso repugnante, a mis hermanas, que en fin y final de cuentas se situaron ya abajo en el muro de la puerta para recibir a los que llegaban, con la lista en la mano, en la que estaba indicado dónde debía alojarse



cada uno. En cualquier caso, los menos estaban alojados en el edificio principal, la mayoría en la Casa de los Cazadores, pocos en la Casa de los Jardineros y una gran parte abajo en el pueblo, en los más diversos mesones. La mayoría venían de negro, lo que formaba un hermoso cuadro severo. Precisamente Spadolini no había venido de negro, llevaba un abrigo gris verdoso, así llamado, de entretiempos, que yo sabía había comprado con mi madre en Roma. Lógicamente, en la Via Condotti. Pero sobre Spadolini volveré más adelante. El fabricante de tapones para botellas de vino se había visto sumergido pronto por los muchos que llegaban, una y otra vez lo buscaba Caecilia, su mujer, una y otra vez oí a Caecilia gritar su nombre, para mi gusto demasiado alto habida cuenta de la situación, y esos gritos constantes de mi hermana producían un efecto cómico en los invitados a los funerales que, en gran parte, como el tiempo se prestaba a ello, estaban fuera en el parque y que ahora tenían oportunidad de conocerse mutuamente, porque la mayoría no se conocía aún, como pude comprobar enseguida. Pero también en el vestíbulo se habían quedado muchos, sobre todo los de edad avanzada y los ancianos, que apreciaban la proximidad de la cocina y la proximidad de la capilla. Muchos creían, naturalmente, que los cadáveres estaban expuestos en la capilla, y se dirigían antes que nada a la capilla, es decir, entraban en el vestíbulo y se sorprendían mucho de que los cadáveres no estuvieran expuestos en la capilla, como durante tanto tiempo no habíamos tenido que organizar funerales, desde los funerales de mi abuelo paterno, la mayoría no tenían idea de nuestra costumbre de exponer a nuestros muertos en la *Orangerie*, y por consiguiente iban en gran parte primero al vestíbulo y la capilla y sólo luego a la *Orangerie*, que entretanto estaba adornada con tantos ramos y coronas, ya delante de la entrada, que los jardineros tenían dificultades para colocar todos aquellos ramos y coronas, que de hora en hora aumentaban, una y otra vez entregaban esos ramos y coronas en la Granja de enfrente. Entretanto habían encendido también en la *Orangerie* todas las velas. Las chicas de la cocina destinadas a ello, a las que no se necesitaba en la cocina misma, servían a los invitados vino y agua hasta en el parque, y también se encargó a dos cazadores que proveyeran de bebidas a los invitados, así como de *pequeños tentempiés*, como suele decirse. En el crepúsculo, el cuadro que formaba fuera en el parque esa reunión, que sólo conversaba siempre en voz baja, era, sobre todo desde mi ventana del primer piso, un cuadro hermoso, elegante. Yo entré en mi habitación para no tener que exponerme continuamente a todas aquellas gentes, pronto me resultó insoportable tener que decir siempre las mismas frases, y aproveché la primera oportunidad para retirarme a mi habitación. Desde arriba, tenía una vista más o menos sobre el conjunto. Entretanto, mis hermanas habían encargado a mi cuñado que se situara junto a la puerta del muro y dijera a los invitados dónde pasarían la noche. Los funerales siempre me han atraído más que las bodas, todo me gustaba realmente más que la semana anterior, cuando la boda, pero, en el fondo, yo veía ahora en gran parte, mirando al parque desde mi ventana, a la misma gente de una semana antes. Sólo que estaban claramente cambiados, más reservados por decirlo

así, a causa de la ocasión. Estaban allí abajo en grupos y charlaban, como si se tratase de la fiesta de una noche de verano, pensé un instante. El negro de sus ropas ocultaba su mal gusto normalmente insoportable. Lástima, pensé, que la ocasión para un cuadro tan hermoso y elegante sea triste, debería organizarse de vez en cuando, sólo por ese cuadro hermoso y elegante, una reunión así ahí abajo en el parque como la que ahora presencio, como me repetí a media voz, lo perfectamente estético es lo que tiene de atractivo, pensé. Pero ay de nosotros si comprendemos lo que en esa reunión se dice, pensé. Durante todo el tiempo me imaginaba, de pie junto a la ventana, que aquella gente preguntaba por mí, por el hijo, por el hermano, pues, por el heredero, por el nuevo Señor, etcétera, que no estaba entre ellos ni se mostraba, aunque se dijera siempre que, evidentemente, estaba allí. No había encendido la luz de mi habitación para poder mirar a la gente totalmente inadvertido, para no ser descubierto. En aquellos momentos Spadolini no había llegado aún, yo lo esperaba ininterrumpidamente pero no vino hasta mucho más tarde y, como cabe imaginar, causó mucha sensación. Como me había resultado ya demasiado larga la espera, fui de mi habitación a la de mi padre. Me senté ante la mesa de juego que mi padre había utilizado siempre como mesa de tocador. De la puerta colgaba aún la bata de mi padre. Me levanté y me la puse, porque, de repente, tuve frío. Me até la bata y me situé ante el espejo de la pared. Mi fatiga, de la que había hecho caso omiso al principio, abajo en la cocina, sentado con mi cuñado, había quedado ahora superada, como suele decirse, ya no estaba cansado. Pero no tenía ninguna gana de dejarme ver. De forma que me senté en el taburete del tocador de mi padre y estiré las piernas. Me di cuenta, en esa ocasión, de que entretanto la habitación de mi padre había sido limpiada y dejada reluciente, realmente a toda velocidad. En la mesa de delante de la ventana había flores en un florero, no puedo decir qué clase de flores, estaba ya oscuro, y al instante pensé que la habitación había sido preparada para Spadolini. Recordé lo que le había dicho a Gambetti por teléfono, que Spadolini, no sólo probablemente sino con toda seguridad, vendría a los funerales y pasaría la noche en la habitación de mi padre. No me había engañado, pensé. Ante la cama estaban las zapatillas inglesas que mi madre había comprado una vez a mi padre en Viena, pero que mi padre no llevaba nunca porque para él, como decía siempre, eran *demasiado decadentes*. Unas zapatillas muy blandas de cabritilla, negras, como había añadido mi madre, sumamente elegantes, sin estrenar, aguardaban ahora a Spadolini. Y la bata que llevo, también, pensé. Me puse de pie y me quité la bata, volviendo a colgarla de la puerta. El gancho de la puerta, pensé, lo atornilló mi padre con sus propias manos contra la voluntad de mi madre, ella se oponía pero él no se dejó disuadir de *desfigurar* la puerta con ese gancho, como lo expresó mi madre. En el cuarto de baño de mi padre todo había sido limpiado también, por todas partes había ropa limpia, los grifos centelleaban, las muchachas han hecho un buen trabajo, pensé. Aquí han hecho un buen trabajo, pensé, mientras que en mi habitación no han hecho absolutamente nada, mi habitación había quedado tal como yo, por decirlo así en la furia de la

partida, la había dejado una semana antes, en el fondo rabioso con mis padres que, en el último día de mi estancia, me habían abrumado de reproches sobre mi forma de vivir en Roma, todavía tengo en los oídos sus frases, pero no quería seguir repitiéndomelas. Entonces descubrí también el juego de tocador de plata sobre la mesa de tocador de mi padre, que mi madre había traído a mi padre una vez de París, le traía siempre algo, pero de ese juego de tocador mi padre sólo decía siempre que era demasiado *femenino*, *demasiado femenino para mí*, decía siempre, utilizaba precisamente esas palabras para despreciar el juego de tocador. Nunca lo utilizaba. Ahora lo habían sacado de la cómoda y lo habían puesto en la mesa de tocador para Spadolini, pensé. Mi madre había hecho grabar las iniciales del nombre de mi padre en ese juego de tocador, y eso lo calificó mi padre sólo de *ridículo*, como recuerdo. Mi madre no había podido quitarle su gusto, en resumidas cuentas bueno, pensé. Y pensé, sentado otra vez en el taburete, que yo siempre había admirado a Spadolini, en general su existencia absolutamente extraordinaria que comenzó en una ciudad del norte de Italia en las proximidades del lago de Como, hijo de un abogado, fue destinado pronto al sacerdocio, de una familia de cinco hijos, que habían estudiado todos llegando a ser algo, como suele decirse, Spadolini era indudablemente, el más extraordinario. El sacerdote había ido pronto a Florencia y luego a Roma, ya a los veinticinco años, y había hecho carrera. Era agradable de ver y de oír y, allí donde aparecía, mejoraba el ambiente, elevaba también, por decirlo así, el nivel de cualquier reunión, a los treinta años era consejero de la Nunciatura en Viena, a los treinta y ocho le confiaron en el Vaticano un alto puesto financiero, a los cuarenta años fue Nuncio en el Asia oriental y luego en Sudamérica, habla español y portugués tan sin acento como el inglés y el francés, y con él se puede hablar realmente de todo, no hay nada que le cause la menor dificultad. Conoció a mi madre en una recepción en la Embajada belga en Viena. Quizá para Spadolini fue mi madre realmente siempre *el ser natural*, como la calificaba siempre ante mí, ahora ese ser natural está muerto, pensé, *el ser natural tan querido* por él está de cuerpo presente en la *Orangerie*, lo ha dejado a él *solo*. Pero Spadolini nunca ha estado solo, siempre ha estado rodeado de gente y siempre en los centros del mundo, eso se le nota enseguida, pensé. Su entrada domina al instante la escena, dondequiera que sea, en la reunión que sea. Por todas partes, pensé, en todas las épocas se lo han disputado, como suele decirse. La mesa a la que se sienta en un banquete es la más divertida. Mi madre lo invitaba al menos dos veces al año a venir a Wolfsegg, pero no sólo allí arriba en Wolfsegg, sino también a las costas meridionales más diversas, para estancias de placer de varios días o incluso de varias semanas, y Spadolini, hasta donde puedo recordar, nunca la rechazó, aquel Príncipe de la Iglesia viajaba a todas partes donde lo esperaba mi madre, lógicamente en los mejores hoteles de los entornos más agradables, en primera clase y en avión. Unas veces lo sabía mi padre y otras no, finalmente le resultó indiferente cuándo y dónde se reunía mi madre con Spadolini, y muy a menudo estaban incluso los tres, por ejemplo en Badgastein o en Taormina o en Sils

Maria en Suiza, en donde se alojaron en el Hotel Waldhaus, el mejor situado. Allí se ponía Spadolini los esquís de fondo y remaba, por decirlo así, de la forma más elegante por el lago de Sils hacia el paso de Maloja, por ese cuadro, por decirlo así, que ha hecho célebre Segantini. El arzobispo, que tiene tres pasaportes, uno vaticano, otro italiano y otro lo que se llama diplomático, y que utiliza esos pasaportes alternativamente según sus necesidades, se había sentido siempre en presencia de mi madre, eso hay que decirlo, mejor que en ninguna parte, eso decía a menudo y era verosímil, pensé. Qué simples son por comparación nuestros obispos austríacos, pensé, sentado en el taburete, qué simple incluso nuestro cardenal de Viena. Spadolini es, por decirlo así, *el Príncipe de la Iglesia nato*. Hay que ver cómo habla, hay que ver cómo come, pensé. Y cómo se viste. No es el hombre de Iglesia salido del pueblo, que ha trepado con esfuerzo ingenuo por la escala clerical, es, como queda dicho, *el Príncipe de la Iglesia nato*, ese *Príncipe de la Iglesia nato* me lo repetí varias veces a media voz, sentado en el taburete. Su influencia en el Vaticano es de las mayores, con los papas mismos ha tenido siempre una relación distante, *demasiado* distante, como él mismo ha dicho de vez en cuando, lo que hasta ahora le ha costado el llamado capelo cardenalicio. Spadolini, el hombre de mundo, pensé. Posiblemente, me dije, la muerte de mi madre me ofrezca ahora la posibilidad de renovar mi amistad con Spadolini, de reforzarla incluso, de hacérmela completamente libre. Porque Spadolini no fue la menor de las razones de que yo fuera siquiera a Roma, el que me presentó a Zacchi, que me consiguió mi piso de la Piazza Minerva, el que me guió por Roma y el que, por decirlo así, me introdujo en la sociedad romana, me *explicó* primero más o menos Roma. Porque al principio no tuve en Roma al fin y al cabo más que a Spadolini, me confié totalmente a Spadolini de quien, por cierto, mi tío Georg tenía también una opinión muy alta, aunque sabía que *frecuentaba* a mi madre de una *forma muy curiosa*, como decía siempre mi tío Georg. Spadolini estuvo también con frecuencia en Cannes, y una vez con el tío Georg en el Senegal, en donde los dos organizaron una exposición de pintores del sur de Francia y, al mismo tiempo, mantuvieron conversaciones durante semanas *de un modo filosófico*, así mi tío Georg. Spadolini es también un artista, pensé sentado en el taburete, es en gran medida un artista aunque no pinte, aunque no haga música. He recorrido con él muchas veces Roma y él me ha salvado de los *humores sombríos*, de todas las desesperaciones imaginables, sobre todo en mi primera época romana en la que no sabía muy bien qué hacer y caí en la cavilación y en insomnios de meses, incluso en pensamientos de suicidio. Hasta que Spadolini me hizo despertarme, renovar sobre todo mis esfuerzos científicos, y fue Spadolini también, al fin y al cabo, quien me puso en contacto con Gambetti. Spadolini es amigo desde hace años de la familia de Gambetti. Spadolini ha dado conmigo muchos paseos por el Pincio, con el único fin de sacarme de mis desesperaciones mediante *ejercicios intelectuales*, como él los llama siempre. Él me ha recordado mis capacidades, mi *capital intelectual* por decirlo así, que yo mismo había olvidado ya, con qué fin había ido si no a Roma, me dijo, *si no es con ese fin*

*tuyo intelectual*. Al fin y al cabo, mis *pasiones intelectuales* estaban ya atrofiadas, casi totalmente desaparecidas, cuando Spadolini volvió a despertármelas, Spadolini y nadie más. Habíamos hecho juntos ejercicios intelectuales y muy a menudo hemos ido a comer bien al Trastevere, pensé, *comer bien por un lado, pensar bien por el otro*, ésas eran a menudo las palabras de Spadolini, que él me ha metido en la cabeza. Y que indudablemente me han salvado. Muy a menudo se tomó la molestia de salir conmigo al campo, por la Via Appia sencillamente, por decirlo así hacia el infinito, con el fin único y exclusivo de salvarme, y tengo que decir que Spadolini ha sido el único que me ha *reconocido*. A mi madre intentó aclararle una y otra vez qué y quién era yo, qué clase de inteligencia, por decirlo así, pero ella nunca prestó oídos a sus esfuerzos orientados hacia mí, aquel *ser natural* lo dejaba hablar sin escucharlo, pensé, sentado en el taburete y contemplando el juego de tocador de París. Cómo era posible que Spadolini hubiera estado tan seducido por mi madre, la hubiera querido realmente más o menos y evidentemente comprendido, y mi madre en absoluto, nunca hubiera querido comprenderme, me dije, sentado en el taburete. Spadolini me comprendía, comprendía a mi madre, pero mi madre estuvo siempre contra mí, aunque Spadolini estuviera siempre a mi favor, pensé. Spadolini no consiguió inducir a mi madre a preocuparse siquiera de mí, una vez él me dijo, *no tiene contigo ninguna relación, eres para ella completamente extraño*. Sin embargo, como mi madre acogía más que cualquier otra cosa todo lo que venía de Spadolini, resulta incomprensible que todo lo que, por decirlo así, le decía una y otra vez sobre mí no lo acogiera, no lo oía porque no lo quería oír. *Me gustas y me gusta tu madre, pero tu madre no te comprende*, me dijo Spadolini, *incluso te aborrece y, a la inversa, a ti tampoco te gusta tu madre y odias a tu madre*. Spadolini nunca ha vacilado en decir los hechos y las verdades. Spadolini tenía que ser el Príncipe de la Iglesia que puede permitírselo, él tiene su propia concepción de la Iglesia católica, pensé. Los Spadolini son todos espíritus independientes, pensé. Y también el Príncipe de la Iglesia Spadolini. Lo spadoliniano, como lo monárquico, pensé, puede realizarse en la Iglesia católica como corresponde, pensé. Incluso hoy. En la habitación de mi padre olía aún a mi padre. Me levanté y abrí el armario ropero y, de una sola ojeada, conté doce trajes que colgaban en aquel armario ropero. Todos estaban hechos por Knize, su sastre de Viena, pero, como mi padre es mucho más pequeño que yo, *era* más pequeño que yo, me corregí, no puedo ponerme esos trajes, pensé, y reflexioné en quién podía entrar en consideración para los trajes de mi padre. Dárselos a los jardineros sería absurdo, pensé, a los cazadores no se los daré ni, en general, a ningún pariente, me dije, volviendo a cerrar el armario. En el armario de los zapatos tenía siempre mi padre unos treinta pares de zapatos, abrí el armario de los zapatos, el número cuarenta y dos no le está bien aquí a nadie, pensé, y volví a cerrar el armario de los zapatos. Pero me quedaré las mejores de sus camisas, pensé. Tienen *buen corte*, me están bien. Habían vaciado para Spadolini un armario, pensé. Mi padre tenía en su escritorio fotografías de la familia, sobre todo una foto de nosotros, en

esas fotografías todos damos la misma impresión insignificante, inofensiva. Esas fotografías tranquilizan, no asustan, no daban pretexto para la menor reflexión, todo lo más sobre cómo es posible que todos los representados en esas fotografías den la misma impresión de insignificancia. Mi padre se levantaba a las cinco de la mañana, se sentaba a las cinco y media al escritorio, para trabajar, *resolver los problemas de la casa*, como lo llamaba él, para desayunar luego hacia las siete y media con mi madre en el, así llamado, *gran salón*, como mi madre llamaba a la antigua *habitación verde* y, cuando hacía bueno, con las ventanas del balcón abiertas de par en par. Esos desayunos los utilizaban la mayoría de las veces para decidir la jornada, y así surgían las primeras peleas y malentendidos. En los últimos años, esos desayunos de mis padres se desarrollaban casi siempre sólo en silencio, no se oía en ellos más que el ruido de los cubiertos. Al fin y al cabo, mi padre no era un hombre hablador, mi madre de lo más habladora, de lo más *locuaz*, pero en los últimos años había renunciado a su habladería y locuacidad, al menos con mi padre. Mi padre estaba enfermo y ella contaba en secreto con su muerte temprana. Siempre pensó que él moriría pronto. Lo pensó durante años, creía poder leerlo en los rasgos de su rostro. Cuando contrariaban a mi padre, ella decía siempre, *dejadlo tranquilo, al fin y al cabo está enfermo y se morirá pronto*. Se acostumbró tanto a esa observación, que ni siquiera la contenía en presencia de él, también en presencia nuestra decía ella una y otra vez, *dejad a vuestro padre en paz, al fin y al cabo está enfermo, el y se morirá pronto* lo reprimía de todas formas, no lo decía, lo pensaba sólo, a cada instante se podía oír por la casa, cuando él estaba ausente y abrumado, *dejad a vuestro padre en paz, está enfermo y se morirá pronto*; si estaba presente, *dejad a vuestro padre en paz, está enfermo*. Siempre que podía, ella iba a ver a Spadolini, el Brillante, como mi padre lo llamó una vez. No era un mal calificativo, pensé ahora. Cada tantas semanas, a ella le resultaba demasiado el Opaco enfermo y que pronto se moriría, y se reunía con el Brillante, para luego, cuando el Brillante no tenía ya tiempo para ella, volver otra vez al enfermo opaco y que pronto se moriría, la mayoría de las veces de noche, con todo sigilo, para que los criados no se dieran cuenta, los cuales, sin embargo, como me consta, se dieron siempre cuenta de todo, porque en definitiva los criados se dan cuenta siempre de todo. Se cree que los criados no se dan cuenta de nada, pero se dan cuenta de todo, hasta de lo más insignificante, incluso de lo que se les cree incapaces de darse cuenta. Y por eso lo saben todo también. Siempre creemos que hemos excluido a los criados, que los hemos engañado en cualquier ocasión, inducido a engaño, pero sin embargo se han dado cuenta de todo. Spadolini, el Brillante, fue el ardiente deseo ininterrumpido de mi madre durante tantos decenios, pensé. Al final, mi padre no prestaba atención ya a ese ardiente deseo, en los últimos tiempos no le preguntaba ya dónde había estado cuando volvía a casa de noche, porque al fin y al cabo ella le hubiera respondido sólo burlescamente, *con Spadolini*. Pero el agricultor opaco, a diferencia del Príncipe de la Iglesia, del Brillante, había sido en fin de cuentas siempre el tranquilizador, *el apoyo*. Mi madre se apoyaba a

veces en mi padre y decía que sabía muy bien lo que *tenía* en él. Y que le estaba agradecida de que le perdonara todo. Mi padre, sencillamente, la dejaba hablar. Había abandonado ya el escenario en que se interpretaba *Spadolini*, aquella comedia ridícula, como él mismo la llamaba. Desde hacía tiempo se trataba sólo de una obra de dos personajes. Mi predilección por las habitaciones casi totalmente a oscuras la he conservado hasta hoy, pensé, pero tampoco encendí la luz por una razón, en Wolfsegg en esa época del año absolutamente imperiosa, por los mosquitos que, atraídos inmediatamente por la luz, convierten las habitaciones de Wolfsegg en un infierno. Casi no veo nada, me dije, eso es lo que prefiero. Después del desayuno, mi padre iba a la Granja para echar una ojeada, luego se subía la mayoría de las veces a uno de los tractores y desaparecía en los bosques, nadie sabe lo que allí buscaba, nada más que la paz lejos de su mujer y del resto de los suyos, pensé. A última hora de la mañana se veía en algún lado el tractor, que él había dejado sencillamente para recorrer a pie kilómetros por sus propias tierras, lo que le causó siempre el mayor de los placeres. Al fin y al cabo siempre quiso *ser sólo campesino*. Nunca había tenido lo que se llama ambiciones más altas. Cuando prevaleció la cuestión de la sucesión, la cuestión del heredero, se casó con aquella mujer de una pequeña ciudad, hija de un comerciante al por mayor de legumbres que, por decirlo así, metía en tarros y botellas la landa de Wels, para vender esos tarros y botellas en Viena. Mi padre, incluso después de la boda con mi madre, prefería estar en las cochiqueras que en la *habitación verde del balcón*, bautizada por ella como *gran salón*, la compañía que prefería estaba más en la Granja, en la Casa de los Cazadores, pensé. Pero aquel campesino tuvo lógicamente siempre un porte completamente señorial. Ya su primer hijo fue el que deseaba, capaz de heredarlo, Johannes. De mí, como queda dicho, *tomó nota* como heredero de repuesto, y también de mis hermanas hubiera preferido prescindir, esas rezagadas nunca tuvieron ninguna oportunidad con él, y por eso también, como es totalmente natural, se vieron enseguida encadenadas a su madre. Las dos, tanto Caecilia como Amalia, eran lo que se llama *niñas guapas*, que luego, como pretende la sabiduría popular, se volvieron cada vez más feas con el tiempo. Insignificantes. Por lo menos para mí. Pero, de todos los hijos, yo era el que había estado siempre, sin embargo, en la situación más difícil, pensé ahora. Por decirlo así, no encajaba en ninguno de los corazones de mis padres y, con el tiempo, renuncié también definitivamente a abrirme paso en sus corazones, porque vi que en ellos no había sitio para mí. Pero mi padre me estuvo desde el principio más próximo que mi madre, a la que temía ya desde muy niño, mientras que en mi padre siempre tuve confianza, primero la confianza del niño, luego la del adolescente y luego la del adulto, hasta el final. Al fin y al cabo, mi padre fue siempre para mí, durante toda mi vida, lo que se llama una *autoridad paterna*, sea eso lo que sea, a mi madre, sin embargo, sólo pude sentirla siempre como nociva para mí. Durante toda mi vida he tenido la sensación de que, para ellos, sólo estaba ahí para que un día, como queda dicho, pudieran recurrir a mí. No lo pensaron mal, como prueba esta desgracia, pensé

ahora, sentado en el taburete, pero no contaron con su propia muerte. Si en el coche hubiera estado sólo Johannes, me dije, habrían podido recurrir ahora a mí, habrían tenido razón en sus previsiones. Pero, por decirlo así, se mataron con su primer heredero, sin poder disfrutar del segundo. Pensé, sentado en el taburete, que yo era el segundo heredero dejado por ellos, y me sentí también como tal. En las palabras *segundo heredero* barruntaba mi oportunidad. Pero ¿cómo aprovecharla?, pensé. El pensamiento de que Spadolini iba a venir me resultaba agradable. La verdad es que en Spadolini tengo a alguien con quien puedo hablar de todo, pensé. En Spadolini tengo una cabeza clara, una cabeza más clara que la mía, turbada por esta catástrofe mortal, como pensé. Spadolini será en los próximos días, posiblemente ya en las próximas horas, mi interlocutor, pensé. Eso me lo debe, mostrarme la salida que yo no veo. Yo tenía ideas sobre el futuro inmediato, pero no sabía aún cómo reunir las en una sola que fuera razonable. Puedo esperar de Spadolini lo que de nadie más puedo esperar, pensé, que me diga qué debo hacer ahora. Pero, por otra parte, no sé qué Spadolini vendrá aquí, si vendrá a Wolfsegg el que me es útil o el que me es nocivo, porque no podía excluir que Spadolini pudiera serme ahora también nocivo, al contrario, temía *esa* posibilidad. Pero entonces tendría que equivocarme por completo con Spadolini, pensé luego. Probablemente, me dije sentado en el taburete, Spadolini está ya ahora, mientras viene en tren, pensando esos mismos pensamientos en sentido inverso, y que él, *a su manera* reflexionaba *ya ahora*, mientras se aproximaba a Wolfsegg, sobre el futuro de Wolfsegg, sobre cómo podría ese Wolfsegg superar su desgracia. Pero ¿necesito realmente a Spadolini?, pensé de pronto, ¿no tengo mi propia cabeza? No necesito a Spadolini en lo más mínimo, me dije ahora, levantándome y yendo a la ventana y mirando a la gente de abajo en el parque, a los invitados a los funerales que, entretanto, no eran más numerosos, sino menos, porque la mayoría de los llegados se habían dirigido ya a sus alojamientos para la noche, vi que la reunión empezaba a disolverse por completo. Spadolini sigue sin estar ahí, pensé. Pero vendrá todavía hoy con seguridad, pensé. De forma totalmente deliberada vendrá más tarde, para no tener que presentarse a toda esa gente, para evitar esa cosa penosa y, en cualquier caso, no favorecerla. En el centro de la reunión de los invitados a los funerales, que se disolvía y no había vacilado en pisotear el césped, como pude comprobar desde la ventana, estaba el fabricante de tapones para botellas de vino con una bandeja. Totalmente abandonado. Caecilia gritó su nombre, y entonces él se dirigió a ella, que probablemente estaba en el portón. Aquí, junto a esta ventana, mi padre se pasaba a menudo la mitad de la noche cuando no podía dormir. Durante toda su vida lo atormentó el insomnio, del que nunca se quejó mi madre. Para cansarse, se quedaba de pie junto a la ventana, pero ni siquiera cuando el estar junto a la ventana lo había cansado al cabo de dos o tres horas le era posible dormirse. Por eso se acostumbró, sobre todo en marzo y abril, a salir ya a las tres de la mañana e irse al bosque. *Soy un hombre del bosque*, decía a menudo. Es en el bosque donde prefiero estar. *Preferiría morir en el bosque*, era también una de sus



expresiones, pensé ahora, pero ese deseo suyo no se cumplió, murió de la muerte hoy cotidiana, de la que era precisamente contraria a él, como millones, totalmente como el hombre moderno de hoy, sencillamente en un instante de falta de concentración en la carretera. Spadolini me hizo prestar atención al carácter de Gambetti, me explicó a Gambetti, por decirlo así, cómo tenía que acercarme a él, cómo podía ganarme su confianza, porque, así Spadolini, tratar con Gambetti, así lo calificó, era de lo más difícil. Gambetti le había expresado a él, Spadolini, el deseo de tener a un austríaco como profesor de literatura alemana, expresamente, *no un alemán*. Y yo había aparecido en Roma en el momento oportuno, así Spadolini una vez, como *profesor ideal*. Gambetti ha considerado siempre a Spadolini como su padre espiritual, se ha unido a él en todo. El padre de Spadolini fue siempre amigo del padre de Gambetti, pensé, sentado ahora otra vez en el taburete, con los ojos cerrados ahora, disfrutando de la tranquilidad en la habitación de mi padre, percibiendo por la ventana abierta que el número de los asistentes a los funerales se había reducido ya a unos pocos que sostenían una conversación con mis hermanas abajo, conversación que, sin embargo, no podía entender, sólo comprendía palabras aisladas, que sin embargo no tenían para mí ningún sentido, las palabras corriente de aire, angina de pecho, anarquía, atroz, tiempo lluvioso, como recuerdo muy bien, dependía totalmente de las condiciones del viento cómo llegaban hasta mí esas palabras, a veces muy claras y distintas, y luego otras veces en estado de confusión, apenas comprensibles, pero todas ellas pronunciadas de una forma discreta; Spadolini había estado destinado desde el principio a *una posición muy alta*, como él mismo me dijo una vez, sobre todo su padre había sido el ambicioso que lo había hecho estudiar para que en el Vaticano avanzara rápidamente, subiendo en la jerarquía vaticana, así el propio Spadolini una vez, mientras que la madre de Spadolini no estaba interesada al parecer en esa progresión y ascensión dura y consecuente en el Vaticano, pero, en el caso de Spadolini, así mi madre, la ascensión había sido inmediata y sin interrupciones, una *brillante carrera*, como al fin y al cabo, y sobre todo en la Historia de la Iglesia, rara vez se observa, así mi madre. Gambetti me puso a prueba primero *a mí*, y no a la inversa, para saber si yo era apropiado como profesor suyo, así Spadolini a mí. Era Gambetti quien había dispuesto un método de prueba muy determinado, relativo a mí, o sea, relativo a mi capacidad como profesor. Esas pruebas, sin embargo, las había superado ya a su plena satisfacción, así Spadolini citando a Gambetti, pensé, sentado en el taburete. Creemos ser desde el principio el profesor del discípulo y, en realidad, somos puestos a prueba durante meses por el discípulo, pensé. Gambetti, ya desde el principio de mi relación con él, me había hecho muchas *preguntas extrañas*, insólitas, como me llamó la atención, pero no sabía por qué las hacía. Al principio, Spadolini y Gambetti y yo nos reuníamos a menudo sólo para cenar en las proximidades de la Piazza Minerva, en donde sólo sirven monjas que, naturalmente, prestaban a Spadolini siempre una gran atención que a él mismo le resultaba más bien penosa, en un restaurante que había repelido tanto a Maria que sólo estuvo en él una vez

conmigo, realmente aquella noche con Maria las monjas desarrollaron una horrible actividad en torno a los eclesiásticos, que esa noche eran numerosos en el restaurante, de forma que a Maria le resultó insoportable, yo me había encontrado con ella para hablar de sus poemas, especialmente del llamado *bohémio*, que entretanto se ha hecho famoso en el mundo entero y es, sin duda, uno de los poemas mejores y, al mismo tiempo, más bellos de nuestra literatura. Aquel día le dije a Maria, *con ese poema has escrito ahora el poema más bello y mejor que haya escrito nunca una poetisa en nuestra lengua*, no estaba pensado como un cumplido, yo decía la verdad, que ahora conoce también, desde hace tiempo, el resto del mundo. Siempre me han gustado los poemas de Maria, porque son austríacos pero, al mismo tiempo, están más impregnados que cualquier otro del mundo entero y del entorno de ese mundo. Y porque los escribió la poetisa más inteligente que hemos tenido nunca, incluidas todas las demás de la Historia. Totalmente antisentimentales, pensé ahora, son los poemas de Maria, totalmente distintos de los de los otros, que no tratan todos de otra cosa que no sea el sentimentalismo austríaco, por salvajes y obstinados que sean, los poemas de Maria son *antisentimentales y claros*, y tienen el mismo valor que los poemas de Goethe, y precisamente los poemas de Goethe que más aprecio. Maria tuvo que irse a vivir a Roma para poder escribir esos poemas, me dije, sentado en el taburete y pensando luego otra vez en Spadolini, al que debo a Gambetti, la persona que me es más querida y valiosa en Roma. Qué sería de mi existencia romana sin Gambetti, pensé, que me enfrenta todos los días con sus nuevas ideas, que cada día me hace nuevas preguntas, que me renueva todos los días al enfrentarme diariamente con los auténticos problemas de nuestro mundo, Gambetti, el que me pregunta continuamente, profundizando sin interrupción, el que no me deja en paz, pensé, el que viene a mi piso y luego, durante toda la noche y hasta el amanecer frío y claro me pregunta, y del que no puedo escapar. Gambetti, que siempre quiere saberlo todo pasando por la literatura alemana, pero que prefiere siempre saber de todo lo demás, Gambetti el anarquista, que sólo por mí se ha convertido realmente en anarquista, a quien probablemente he educado yo como anarquista contra sus padres, contra su entorno, contra sí mismo, pensé, y que, al mismo tiempo, estimuló mi elemento anarquista, movilizándolo otra vez en Roma, como pensaba ahora. Gambetti, que arroja sobre mi escritorio y, por decirlo así, me arroja a la cara periódicos como el *Corriere della Sera*, haciéndome preguntas sobre todas las cosas, Gambetti, el joven a quien Maria quiere más que a mí, Gambetti, el mayor escéptico que he encontrado nunca, que en su escepticismo me sobrepasa con mucho, que ha convertido su escepticismo en principio y cuyo escepticismo ha empezado a serrar en pedazos el mundo entero para poder estudiarlo realmente, como me dijo una vez. Gambetti, que querría más que nada hacer saltar todo por los aires pero, al mismo tiempo, recorre Roma vestido sólo con un jersey rojo, con los libros de Jean Paul y Kleist y Wittgenstein bajo el brazo, durante horas, obsesionado por ese hacer-saltar-por-los-aires y por el serrar en pedazos el mundo. Gambetti, por otra parte, que cena por las

noches con sus padres en el Hôtel de la Ville y deja a sus padres tranquilos en su conservadurismo, que se lo compra todo en la Via Condotti y cuya habitación no sólo está decorada con gusto sino dominada por una vasta cultura. Gambetti, a quien yo me aferro exactamente igual que él a mí. Gambetti, pensé, sentado en el taburete, la quintaesencia de una cabeza investigadora, lo mismo que de los sentimientos fríamente calculadores, Gambetti, el joven mago del medio ambiente, pensé. Miré la *Orangerie* iluminada desde el interior, es decir, un cuadro que nunca había visto antes. Sólo quedaban pocos de los llegados en el parque, no podía reconocerlos. Hubiera sido mi obligación presentarme a ellos, pensé, bajar, estrecharles la mano, pero de eso no era capaz, había dejado esas formalidades sencillamente a mis hermanas, se las había impuesto, la verdad es que eran más aptas que yo para someterse a esas formalidades, en definitiva son las hijas y saben cómo tratar con sus iguales, pensé, yo he olvidado hace mucho tiempo el trato con sus iguales, me dije, en el fondo fascinado por la *Orangerie* iluminada por la débil luz de las velas. El prólogo, por decirlo así, se acerca a su fin, pensé, Spadolini sigue sin llegar y, en el fondo, los otros no me interesan nada, no tengo absolutamente nada que ver con ellos, pensé, no me afectan, toda esa gente sólo me resulta molesta, los desprecio y ellos me desprecian. De pronto creí que mi sobrino Alexander había entrado en el parque, sin su mujer, y pensé, naturalmente, mis hermanas han enviado también un telegrama a Alexander, a Bruselas. Pero no había pensado en él en todo el tiempo, pensé, era Alexander quien se dirigía ahora a la *Orangerie*, lo observé, dio la mano a muchas personas que estaban delante de la *Orangerie*, a su estilo, que enseguida volvió a ganarme, elegante y al mismo tiempo extraordinariamente natural, y yo pensé, Alexander, mi *Visionario*, tiene ahora los mismos años que yo, nos separamos hace treinta años, salió prematuramente del internado, se fue con sus padres a Bélgica pero nunca hemos dejado que se rompiera el contacto entre los dos. Su casamiento con su mujer, al principio considerado por mí, como tengo que decirme ahora, con desconfianza, reforzó más nuestra amistad, no nuestro parentesco, al que nunca prestamos ninguna atención, al contrario. He estado a menudo en Bruselas, ya la primera vez que fui a Londres, luego siempre de camino hacia París, y los dos, cuando me he alojado con ellos, me han llevado siempre a casa de sus amigos belgas en la campiña belga, en los alrededores de Bruselas, a Ostende, me han dado a conocer el arte de Ensor y el arte de Delvaux, y me han enseñado las hermosas casas de campo del entorno de Bruselas. Pero, sobre todo, he pasado noches enteras con Alexander en su gabinete de trabajo, oyéndole disertar *sobre lo divino y lo humano*, como suele decirse. En esas noches, el filósofo Alexander me ha pintado en la cabeza por decirlo así su imagen filosófica, que luego siempre, durante semanas después, no me dejaba encontrar la paz. Con Alexander he ido a pie por Bruselas a ver a sus amigos, que vivían todos en barrios miserables y eran todos casi totalmente carentes de recursos, procedían de los más diversos países europeos, sobre todo de Polonia y Checoslovaquia, de Hungría, de Rumania, y eran lo que se llama europeos del Este

que habían huido de sus regímenes a Bélgica, a los brazos de Alexander, como *refugiados políticos* por decirlo así. Alexander había tenido su primer contacto con esos refugiados políticos en una oficina cercana a la estación de Luxemburgo en Ixell, ofreciéndoles su protección y defendiéndolos del encarcelamiento que los amenazaba por haber venido ilegalmente a Bélgica desde sus países natales. En pocas palabras, su tarea era ayudar a esos refugiados políticos. Para eso era el más apropiado. Como aquella gente comprendía muy pronto que, en realidad, él quería ayudarlos por su *excelente carácter* y por ninguna otra razón, era importunado, como suele decirse, por ellos, lo acosaban día y noche, pero al fin y al cabo eso era lo que él quería, pensé, de pie junto a la ventana de la habitación de mi padre, observándolo. Llegado de Bruselas, parecía como si viniera de un paseo por detrás de la Granja o la Villa de los Niños, naturalmente con la ropa más sencilla, totalmente discreta, no había en él ni rastro de pretensión. Su entorno lo calificó muy pronto de loco, porque, para ellos, era siempre *demasiado natural*, no aborrecía sus formalismos, como yo, pero era capaz de oponérseles siempre con ironía, pero sólo lo calificaban así por mala conciencia y porque no comprendían su filosofía, pensé. La filosofía alejandrina, como la llamaba para mí, es de todas maneras de las más difíciles, sobrepasa las condiciones de cabezas ordinarias, pensé, exige un espíritu atento e incorruptible, implacable, nunca he estado a la altura de ese espíritu, pensé, siempre había perecido en ella, en espíritu, mis visitas a Bruselas, por hermosas que fueran siempre, zozobraban en el espíritu alejandrino, pensé. Alexander enseñaba, pensé, y yo no comprendía al Visionario. Durante uno o dos minutos observé a Alexander, que lógicamente se alojaría en el edificio principal, según pensé, y bajé corriendo al vestíbulo y al aire libre hacia él, que entretanto había entrado en la *Orangerie*. Desde hacía años no había visto a Alexander, él no venía a Austria, que no soportaba ya por las mismas razones políticas que yo, yo no iba a Bélgica, a causa de las condiciones climáticas que allí reinan, aunque había pasado allí unas semanas tan hermosas y útiles, incluso meses, con un ritmo mantenido más de dos decenios, alojándome en el cuarto piso de la casa de la rue de la Croix que, hacía ya tres decenios, había alquilado mi primo. Allí arriba, en el cuarto piso de la casa de Bruselas, escribí también algo sobre Pascal, que entonces me gustaba más que nadie, y sobre los poemas de Maria, sobre los versos de esa poetisa a la que entonces no conocía aún. También escribí un pequeño ensayo allí arriba, en el cuarto piso, sobre mi querido *Bohuslav Martinu*, pero tiré enseguida ese artículo. Alexander, por decirlo así, me presentó en sociedad en Bruselas, y la mitad de la jornada recorría con él a pie los espléndidos bosques de los alrededores de la ciudad. En aquella época tuvo los primeros ataques de su, así llamada más tarde, *enfermedad crónica*, que intentaba combatir no sólo con cortisona sino también mediante recorridos de dos horas realizados por la playa de Ostende, agotadores, realmente excesivos para él, en los que a menudo participaba yo. Pero esas carreras por la playa en el aire salado, que hubieran tenido un efecto curativo en él, no fueron en definitiva la terapia que él se

había prometido, incitado por uno de esos médicos belgas que, como se sabe, son los peores de todos, los médicos belgas están desacreditados en toda Europa como los más tontos, como luego he sabido. Desde hace ya dos decenios mi primo vive de la cortisona y de nada más, como él mismo dice una y otra vez. Junto a mi tío Georg y antes de mi época romana, mi primo Alexander, aunque de mi misma edad, había sido mi profesor de Filosofía. En el instante en que yo iba a entrar en la *Orangerie* para reunirme con él salía él precisamente, no había estado más de medio minuto en la *Orangerie*. Me apretó la mano con la suya, y fuimos unas cuantas veces de un lado a otro por delante de la *Orangerie*, sin preocuparnos en absoluto de la gente que había aún delante de la *Orangerie* y que probablemente nos conocían a mi primo y a mí, lo que sin embargo no nos interesaba, porque en el fondo no nos importaba nada. Él había salido *inmediatamente* de Bruselas, me dijo Alexander, solo, porque su mujer había enfermado. Por lo demás, estaba contenido de pasear conmigo unas cuantas veces de un lado a otro por allí, delante de la *Orangerie*, porque tenía la intención de retirarse enseguida al mesón que, por decirlo así, le habíamos *asignado* en el pueblo, para terminar un trabajo que se había traído, *una solicitud*, me dijo, *que tengo que dirigir ¡al Gobierno y al Rey de Bélgica!*, en relación con mis refugiados, a los que el Gobierno de Bélgica trata como animales. El *Visionario* me preguntó por mis hermanas y, después de hacer aún una observación que me divirtió sobre los circunstantes, que éstos naturalmente no oyeron pero que, si la hubieran oído, los hubiera herido profundamente, irritándolos contra nosotros dos, según pensé, sin decir una palabra sobre el accidente ni sobre los cadáveres expuestos en la *Orangerie*, desapareció. Que encontraría el camino, no necesitaba a nadie, mañana aparecería en los funerales y luego se volvería *al instante* a Bruselas, en el tren de la noche, había dicho aún. No tuve ya ocasión de decirle que deseaba que se alojase en el edificio principal, lógicamente en nuestra proximidad más próxima, siempre había sido su estilo retirarse sin ningún cumplido pero aquella vez había batido realmente una marca al respecto. No ha cambiado, pensé, ha seguido siendo el mismo, el *Visionario* querido por mí. Los circunstantes eran dos familias de Wiener-Neustadt, como veía ahora, que estaban incluso emparentadas conmigo por mi madre y a las que, lógicamente saludé, les pregunté incluso si su viaje había sido *agradable*, con un tono, para mi gusto, demasiado amable, que al instante me disgustó, precisamente con aquella gente, porque aquel grupo de personas me era en conjunto antipático. Aquella gente estaba allí como si exigiera de mí ahora que me dedicara a ellos por completo, como si fueran por decirlo así los únicos allí de los que tuviera que ocuparme, pero precisamente de ellos quiero desembarazarme lo antes posible, pensé, y otra vez me disculpé, con algunas frases otra vez demasiado elegidas, por el hecho de tener que dejarlos enseguida a causa de un asunto inaplazable. Dejé plantado sencillamente al grupo de Wiener-Neustadt y me fui a la Granja y luego a la Casa de los Cazadores, sin saber para qué. Entré en la llamada Oficina de mi padre, en la que se conservan todos los expedientes relativos a Wolfsegg y toda la contabilidad. Esa

Oficina ha sido siempre una pesadilla para mí, lo mismo que, en general, todo lo que me recuerda aunque sea de lejos a una oficina. La Oficina de Wolfsegg tiene el olor que tienen todas las oficinas y en el que, ya al cabo de poco rato, tengo inevitablemente la sensación de tener que asfixiarme si no salgo a toda prisa, pero entonces, sin embargo, me senté incluso en nuestra Oficina, lo que no había hecho nunca; me senté frente al escritorio, sobre el que estaba todavía el correo del día anterior, dirigido a mi padre. Facturas, relativas a la administración de Wolfsegg, impresos en los que se hacía propaganda de máquinas agrícolas. Aborrezco los impresos. Aborrezco lo que se llama la correspondencia comercial. Aparté el montón de cartas tanto como pude, para poder poner una hoja de papel en el escritorio. En la hoja escribí con mayúsculas ALEXANDER, MI VISIONARIO, exactamente en el centro de la hoja, sin saber siquiera por qué había escrito la palabra ALEXANDER en aquella hoja. Sin motivo alguno, según me pareció. Yo estaba, como suele decirse, nervioso en extremo. De repente tuve conciencia, sentado en el sillón de la oficina, de que al fin y al cabo estaba ahora sentado en *mi oficina*, no en la oficina de mi padre, acometido por una súbita fatiga, al contemplar las paredes de la Oficina, me asquearon esas paredes de la Oficina. Los centenares de archivadores de las estanterías de las paredes, en los que no podía leer siempre más que la palabra *Wolfsegg* escrita en ellos, y un año. Hasta que casi me volvió loco, según pensé. Mi padre fue también exageradamente ordenado, pensé. Esa letra suya, así llamada, cuidada siempre me repelió, esas frases paternas en definitiva primitivas. Adoptó y conservó una caligrafía que revela a un hombre insoportablemente ordenado, pensé. Y, a lo largo de toda su vida, trató de hacer de Johannes un hombre también insoportablemente ordenado, durante toda su vida trabajó en el doble que le sucedería. Consiguió, me dije, hacer de Johannes su doble. Pero los dobles son repulsivos, pensé. Esa caligrafía paterna fue escrita en el papel por un cerebro árido, pensé. Por el hombre árido que fue mi padre. Muchas veces quiso mi padre escapar a esa aridez pero no lo consiguió. La aridez estaba ya demasiado avanzada. Mi padre tenía la escritura típica de un excelente maestro, como escriben los maestros de las pequeñas ciudades, esa escritura atildada de pequeñoburgués, pensé. Una escritura así denota también un carácter pusilánime, un carácter oprimido. Mi padre fue un hombre oprimido, un hombre oprimido a la vez, despiadadamente, por Wolfsegg y por mi madre, su mujer, pensé. Esa letra de maestro de escuela es lo que ha quedado de mi padre, pensé, nada más. Había tenido esa idea porque había encontrado en el escritorio de mi padre una carta comenzada por él, pero no terminada, dirigida a una empresa de abonos artificiales de Lustenau del Vorarlberg, evidentemente se trataba de solicitar una oferta. Así escribe un auxiliar de comercio, pensé, no el Señor de Wolfsegg. Leí varias veces la carta comenzada de mi padre, pero la carta siguió siendo igualmente primitiva. Mi padre no era un buen escritor de cartas, pero escribir *así*, pensé, no debe hacerlo nadie. También la forma en que dejaba sobre el escritorio el llamado recado de escribir es deprimente, pensé. Así es como los maestros y los

auxiliares de comercio dejan su recado de escribir, pero no un hombre con personalidad. ¿Era mi padre un hombre con personalidad?, me pregunté. El cansancio me hizo formularme otras preguntas análogas sin sentido, en relación con mi padre. ¿Qué es, después de todo, la personalidad?, me pregunté finalmente. La vista de los archivadores, que se remontan a principios de siglo, me deprimía profundamente. Te escapaste de ese mundo para ser precipitado ahora en él de cabeza *por un golpe de fortuna*, pensé. La expresión *golpe de fortuna*, con toda su asquerosidad e hipocresía, acabó de rematarme, como suele decirse, y me levanté y fui a la ventana. Desde allí, quien mira por la ventana ve directamente un cuadro al óleo sobre plancha de zinc, en el muro de enfrente de la Granja, que representa a la Virgen con el Niño. El cuello de la Virgen en ese cuadro es tan largo como no he visto nunca un cuello pintado, contradiciendo por completo todos los datos de la anatomía. El Niño Jesús del cuadro es hidrocéfalo. Desde siempre, la vista de ese cuadro me ha divertido y también me divirtió entonces. Tuve que soltar la carcajada, me daba lo mismo que me oyeran o no. Caecilia apareció en la puerta, venía a buscarme para una cena temprana, según dijo, preparada sólo para nosotros con independencia del bufé de los invitados. Sin embargo, inmediatamente le pedí explicaciones de por qué había alojado a Alexander en el pueblo, porque precisamente Alexander hubiera tenido que estar lógicamente con nosotros en el edificio principal, le pregunté en cuál de los mesones del pueblo había hospedado a Alexander, si tenemos a Spadolini en la casa, le dije, es lógico que también Alexander esté alojado con nosotros en nuestra proximidad más próxima, le dije al irnos de la Casa de los Cazadores, y que era grotesco tener en la casa al fabricante de tapones para botellas de vino y a Alexander no. No pudo decirme dónde había alojado a Alexander, realmente no lo sabía, así ella varias veces, durante todo el camino le hice reproches a causa de Alexander, y le dije también que había alojado precisamente en el edificio principal a gente que me era insoportable, y enumeré algunos nombres de personas a las que había encontrado ya antes en el edificio principal, de las que tenía que suponer que pasarían allí la noche, precisamente *esas personas repugnantes*, le dije, *de la rama materna*, ya sabes que esa gente me ataca los nervios, y Alexander abajo en el pueblo, eso es abyecto, había pronunciado la palabra *abyecto* y lo sentía ya, no he querido ofenderte, le dije entonces a Caecilia, pero todos estos funerales me atacan ya los nervios, estoy a punto de perder completamente el dominio, antes me he reído del cuadro de la Virgen, dije, pero fue una risa nerviosa, más bien enfermiza ya, dije, como si quisiera disculparme con esa observación por ese *abyecto* dicho antes a Caecilia, que me había venido a los labios demasiado deprisa, realmente de forma inconveniente, porque, indudablemente, no era yo sólo al fin y al cabo quien había llegado al límite de mis nervios, sino también mis hermanas, y dije entonces, cuando llegamos al portón, en el vestíbulo había ya otra vez invitados a los funerales recién llegados, que sentía haberla herido, muy en contra de mi voluntad, en mi estado de máxima tensión no me había sido posible comportarme como se debía exigir de mí, *se debía* había dicho, y entonces entramos

en el vestíbulo y tuvimos que estrechar otra vez la mano de los recién llegados y decir las frases funerales ya convertidas en costumbre, antes de que pudiéramos subir al primer piso para aquella cena temprana. Lástima, les dije a mis hermanas, que Alexander no se siente con nosotros a la mesa, indudablemente hubiera sido mucho más divertido. Cómo podemos haberlo abandonado a sí mismo en uno de esos mesones de abajo, dije. Pero mis hermanas perseguían un fin determinado al comer a solas conmigo. Por decirlo así, querían ahora sondearme, sin testigos los tres. Pero no había nada que sacar de mí. Mientras se oía, abajo, que los que pernoctaban en el edificio principal se dirigían al bufé preparado en la cocina, aquí arriba comíamos más o menos lo mismo los tres, además, Caecilia había cerrado con llave la puerta de acceso a nuestro piso, por deseo mío, *para que no entren los fantasmas*, había dicho yo, y ella, sin discutir, había ido a la puerta y la había cerrado. No soporto a esa gente, dije, y luego empecé a hablar otra vez de Alexander, mientras que, sin embargo, esperaba a Spadolini, que a cada instante tenía que llegar. Después de mi última estancia en Wolfsegg, les dije a mis hermanas, la verdad es que no quería volver *nunca* a Wolfsegg, dije *nunca* aunque había pensado *en mucho tiempo*, pero ese *nunca* produjo mayor efecto en mis hermanas, y por eso lo repetí varias veces, en Roma estoy en mi casa, aquí no, les dije a mis hermanas, y que Alexander hubiera debido ser alojado sin falta aquí en la casa. En lugar de enviar abajo al pueblo a toda esa gente repugnante de Wiener-Neustadt y de Wels y Múnich, hemos enviado abajo a Alexander, eso era una bajeza imperdonable, *precisamente a Alexander*, dije varias veces, y ya pensaba si no debía bajar al pueblo y hacer subir de allí a Alexander, pero mis hermanas no sabían siquiera en qué mesón paraba Alexander. Es una desvergüenza, dije, cenar bien aquí y exponer a Alexander a esa bazofia de mesón, dije. Cuando yo, en su casa de Bruselas, he sido siempre recibido de la mejor forma, me han alojado allí y me han dado de comer durante semanas de la forma más generosa. Les dije a mis hermanas que habían alojado a Alexander en el pueblo *adrede*, porque mi relación con Alexander no les gustaba, nunca les había gustado y habían querido hacerme una bajeza. Sin embargo, decir aquello era sin duda exagerado y, probablemente, una sospecha infundada por mi parte. Enviar al pueblo a un hombre tan valioso, dije. Y era infame hospedar aquí a aquellas personas abismalmente falsas y embrutecidas de Wiener-Neustadt y Wels y Múnich, por decirlo así pared con pared con nosotros. En la medida en que trataba de convencer una y otra vez a mis hermanas en relación con Alexander, esa cena en común tras la puerta cerrada con llave no fue agradable, para ninguno de los tres. Mis hermanas guardaban silencio dejándome hablar y, por ello, tenían ventaja, durante esa pequeña cena me dejaron, por decirlo así, adentrarme pesadamente cada vez más en lo claramente injusto, observaron el proceso y trataron luego de aprovecharlo, haciéndome varias preguntas relativas al futuro inmediato y abrumándome nada más que con preguntas relativas al futuro inmediato de Wolfsegg. Pero yo no respondí a una sola de sus preguntas, dicho sea con franqueza, porque no conocía las respuestas,



porque desconocía el futuro inmediato de Wolfsegg tanto como ellas. La verdad era que todos habíamos sabido siempre lo que decía el testamento de nuestros padres, que no solamente estaba en la caja fuerte de Wolfsegg sino también depositado con nuestro abogado de Wels. En lo relativo a ese testamento de nuestros padres nunca había habido secretos, y por consiguiente tampoco nunca vaguedades. Wolfsegg, con la muerte de mis padres y de mi hermano, recaía sobre mí automáticamente, *en su totalidad*, con la obligación de dar a mis hermanas el puesto que les correspondía en Wolfsegg y cederles la parte que les correspondía o, simplemente, indemnizarlas, y desde el principio yo había pensado más en pagar a mis hermanas su parte que en compartir Wolfsegg con ellas. Ellas querían que les dijera qué pensaba yo exactamente sobre ese futuro de Wolfsegg, pero no se lo dije, las dejé totalmente en la vaguedad, la decisión me corresponde a mí, no a ellas, había pensado, y que, en el fondo, ya en el mismo instante de la noticia de la muerte, tengo que decirme, me había decidido por la indemnización y no por la división. Todavía tenía el telegrama en las manos y me había decidido por la indemnización, pensé, apenas había leído el telegrama hasta el final, y me veo junto a la ventana de mi piso de Roma, mirando abajo a la Piazza Minerva, a las ventanas de Zacchi enfrente, a la cúpula del Panteón y diciéndome, lógicamente estoy por la indemnización y no por la división. Por cierto, ese pensamiento de indemnizar a mis hermanas había sido el primerísimo pensamiento que había pensado después de recibir el telegrama. Mis hermanas me preguntaban ininterrumpidamente qué había que hacer ahora, qué pasaría con ellas, pero yo a eso no decía nada, no me lo preguntaban con palabras, sólo con todo su comportamiento en la mesa, porque en realidad no dijeron una sola palabra en todo el tiempo, dejándome, como ya he escrito, hablar. Durante mucho rato no me había llamado la atención que faltara mi cuñado, para quien, al fin y al cabo, como había visto de repente, habían puesto también lógicamente un cubierto, y pregunté por mi cuñado y Caecilia dijo que había bajado al pueblo, probablemente a alguno de los mesones, dijo, él, mi cuñado, en esa semana de después de la boda se había acostumbrado ya a bajar al pueblo en lugar de cenar con la familia. Eso es típico de esa gente, dije, que ni siquiera se someten a una obligación tan sencilla, ni siquiera cenar con su familia y prefieren comer y emborracharse en un mesón, dije. Caecilia guardó silencio ante mi observación, Amalia también. Es algo imposible, dije, que ese hombre se independice sencillamente, y les pregunté a mis hermanas por qué no habían impedido que mi cuñado bajara al pueblo y, por decirlo así, se mezclara con la gente, precisamente en un día así, dije. Mis hermanas guardaron silencio y siguieron sin decir palabra. La verdad es que ese hombre nos lo va a hacer imposible en el pueblo, dije. Sencillamente no puede ser, dije. Al fin y al cabo es monstruoso. Inmediatamente después dije que, sin embargo, podía comprenderlo y que, al fin y al cabo, yo tampoco aguantaría a aquellas hermanas y a aquella familia que, sin embargo, no existe ya, dije. No existe ya, repetí, a lo que mis hermanas me dirigieron una mirada de castigo. El cuñado anda por los mesones dejándonos en ridículo, dije.

Cuando él volviera le diría mi opinión, como se merecía, en la primera ocasión, dije. Entonces Amalia dijo que el fabricante de tapones para botellas de vino no subía del pueblo hasta después de medianoche, es decir, cuando los mesones habían cerrado. A eso Caecilia no tuvo nada que decir. Yo me formé mi propia opinión. Podía comprender a mi cuñado, dije, pero en un día así su conducta era en cualquier caso imposible. Pregunté si, cuando nuestros padres vivían aún, por la noche, en lugar de cenar con ellos, él bajaba ya al pueblo para emborracharse allí, y Caecilia respondió afirmativamente a mi pregunta. Pero era ella quien se había echado encima a aquel fabricante de tapones para botellas de vino, dije. Eso me llevó a la tía del Titisee y pregunté si estaba ya allí; la tía del Titisee había llegado hacía tiempo y se había ido ya a la cama, dijeron mis hermanas, como es lógico, se alojaba en la habitación de nuestra madre. Sí, dije yo, en la habitación de nuestra madre, lógicamente. Pero es grotesco que la tía del Titisee pase la noche precisamente en la habitación de mi madre, pensé. Yo no la había visto. No la he visto siquiera, dije. Es una persona desvergonzada, dije. Entonces las hermanas me atacaron despiadadamente, acusándome de no haberme ocupado en absoluto de los que llegaban y habérselos endosado a ellas, cuando lo lógico hubiera sido que yo los hubiera recibido, y de hecho a todos, sin excepción, oí decir entonces a Caecilia, y Amalia la apoyó. Lógicamente, todos habían preguntado por mí nada más llegar, antes aún de ir a la *Orangerie* para acompañar a nuestros padres y nuestro hermano, por decirlo así, en su última morada, pero yo me había sustraído cobardemente a todas esas gentes, escondiéndome, unas veces me habían buscado aquí, otras allá, y me habían hecho buscar también continuamente, pero, como había sido mi estilo *ya siempre*, yo me había sustraído a aquellas formalidades, como es natural molestas, mediante un taimado jugar al escondite. Pero ¿es que hubiera tenido que estar quizá todo el tiempo en el portón, para estrecharles la mano y repetir una y otra vez la misma frase?, dije. Eso era sin embargo lo que hubieran exigido de mí, es decir, que estuviera con ellas en el portón y recibiera a los que llegaban con una seria expresión adecuada en el rostro. Pero no os he dado ese gusto, les dije a mis hermanas, de eso no era capaz. Ya en Roma había decidido no ponerme en el portón, les dije. Ya en Roma había visto cómo iban a desarrollarse aquellos funerales, *espantosamente*, dije, con todas las atrocidades imaginables. Pero pasará, dije, todas las atrocidades pasan. La hipocresía no tenía nada que hacer allí y entonces. Todo aquello no tenía nada que ver con el luto, sólo con el teatro, dije. Nuestros padres no están ya allí, en la *Orangerie* hay unos *cuerpos entregados a la putrefacción*, dije, que no tienen que ver ya nada, dije, con las personas a las que esos cuerpos representaron un día. Todo ahora no era más que teatro. Y yo no tenía ninguna gana de interpretar en ese teatro el protagonista al que se mira con la boca abierta, para eso me faltaban las ganas absolutamente necesarias. Como es natural, todo lo habíamos dicho en voz baja para no ser oídos, para que no se entendiera lo que decíamos si, lo que al fin y al cabo era posible, según pensé, nos escuchaban. La verdad es que de vez en cuando llamaban a la puerta

cerrada, pero luego, aunque sin duda no comprendían nuestra forma de actuar, la gente dejó de llamar a la puerta. Aquella cena de tres, al fin y al cabo, había sido sólo un pretexto para, como habían pensado probablemente mis hermanas, poder estar los tres sin ser molestados, lo que sin embargo no había ocurrido, porque el continuo llamar-a-la-puerta apenas nos había dejado en paz, y en el fondo, los tres, como es natural, nos irritábamos, como cabe imaginar. Unas ochenta personas habían venido para pernoctar allí, les oí decir a mis hermanas, y yo dije que la mayoría sólo asistían a los funerales con el fin de tomarse unas vacaciones en nuestra hermosa Naturaleza y nada más, aquella estación del año era la apropiada para ello, dije, y que aquellas vacaciones eran además para todos más o menos gratuitas, porque las cuentas de todas esas personas las pagamos después de todo nosotros, dije, se pagan con los fondos de Wolfsegg. A todas esas gentes, les dije a mis hermanas, les hubiera pagado de buena gana unas vacaciones en otro sitio, sólo para no tener que verlas, y ahora las tengo en la casa, no había dicho, ahora las tenemos en la casa, había dicho, ahora las tengo en la casa, hablando totalmente como el propietario de todo. *No tenemos que engañarnos*, dije, *los funerales son siempre sólo un teatro*. Inmediatamente después pensé sin embargo que había ido demasiado lejos en mis manifestaciones y que hubiera preferido no hacerlas, que hubiera preferido no decir una sola palabra y había dicho tantas, tantas palabras disparatadas, que me presentaban de una forma realmente imposible. Cuando se me oye hablar, deben pensar que soy verdaderamente la peor persona que existe, pero sin duda las hay mucho peores. Por eso quise de repente distraer la atención de mis accesos de furia, sobre todo contra los asistentes a los funerales hospedados en la casa, y les dije a mis hermanas que para mí Roma lo era absolutamente todo, y que sólo podía existir ya en Roma. Entonces se despertaron de repente y no me comprendieron. Realmente, dije, sólo con pensar en Roma, no veo ya el momento de volver a estar en Roma y sólo llevo aquí unas horas. Que esta mañana temprano estuviera todavía en Roma es para mí lo más inverosímil, dije. Y luego, que si habían hablado por teléfono con Spadolini. Ellas dijeron que sí, él había telefonado desde Roma que, lógicamente, vendría enseguida, aquella misma noche, cómo, no lo sabía aún muy bien, pero llegaría ese mismo día a Wolfsegg. De modo que todos seguíamos esperando a Spadolini, al arzobispo, al amante de nuestra madre, el Brillante. Gambetti me reprocha también siempre que no sé dominarme, les dije a mis hermanas, pero siempre he sido el que no sabe dominarse, con el que no se puede contar y que siempre ha contado con que se comprendiera que no sabía dominarse. Que no se podía contar con él. Y que, como consecuencia, podía ser brutal. Pero, naturalmente, eso es pedir demasiado, les dije a mis hermanas. Pero en Roma soy muy distinto, dije, allí no me irrita tanto, no soy tan incapaz de dominarme, tampoco soy alguien con quien no se pueda contar. Roma me calma, Wolfsegg me exaspera. En Roma se calman mis nervios, aunque sea la ciudad más agitada del mundo, en cambio en Wolfsegg estoy siempre agitado, aunque aquí reine siempre la mayor calma. Soy una víctima de ese hecho paradójico, les dije a mis

hermanas. En Roma tenía otra forma muy distinta de expresarme, les dije, hablaba también con todo el mundo de una forma muy distinta, eso me lo dijo una vez Gambetti, que yo, cuando volvía de Wolfsegg a Roma, tenía al principio una forma de hablar muy agitada, que sólo tenía cuando había estado en Wolfsegg. De eso tenían la culpa los míos, le dije entonces a Gambetti, quien pretendía que, en Wolfsegg, mi pensamiento perdía siempre el ritmo, por decirlo así, mi *ritmo romano*. Gambetti decía a menudo que yo, cuando volvía de Wolfsegg, estaba irreconocible, con alguien como era yo cuando volvía de Wolfsegg a Roma nunca hubiera podido hacer amistad, decía, porque, cuando volvía de Wolfsegg, yo era alguien completamente distinto, alguien, por decirlo así, opuesto al romano. Él, realmente, sólo podía estar con el romano, no con el de Wolfsegg. Yo necesitaba siempre varios días para, al volver de Wolfsegg, hacer de mí otra vez el hombre romano que a él, Gambetti, mi discípulo, le era útil, de quien podía ser amigo y discípulo, interlocutor, porque con el hombre de Wolfsegg no podía ser nada de eso. Wolfsegg es para mí nocivo, ha dicho siempre Gambetti, les dije a mis hermanas. Bastaba que yo estuviera dos o tres días en Wolfsegg para que me desequilibrara durante muchas semanas, me había dicho Gambetti, les dije a mis hermanas. Y nunca he sabido qué es lo que siempre me desequilibra en Wolfsegg, si el paisaje o los hombres o simplemente el aire, que sin embargo es el mejor de todos los que conozco, dije, el aire de Wolfsegg es el mejor de todos. ¿Son más los muros o las personas?, pregunté, no lo sé. Es Wolfsegg en conjunto, dije. Pero no sólo pensar todo aquello sino expresarlo incluso, decírselo, resultaba sin embargo imposible teniendo en cuenta que ahora era el heredero de Wolfsegg *de la noche a la mañana* y había tomado posesión de Wolfsegg, como tenían que pensar, no sólo tomaría posesión sino que había tomado ya posesión, como pensé. Ellas tenían que tomar en serio el orden de sucesión, y en verdad sólo podían imaginarse que yo lo seguiría. Y, de hecho, en todos sus detalles y con todas sus consecuencias. Sin tener en cuenta que, al fin y al cabo, ellas no habían oído la mayor parte de lo que yo pensaba y, por consiguiente, no habían podido seguir la totalidad de lo pensado por mí, les dije entonces de repente, en voz alta, *pero yo no soy un agricultor, no soy alguien que se siente en un tractor como nuestro padre. No soy un hombre de tractor y no tengo ninguna gana de pelearme con los directores de los depósitos por un saco de abono artificial porque ese saco de abono artificial esté sólo medio lleno y yo lo haya pagado entero. No soy Johannes*, dije. Nuestros padres no tuvieron en cuenta que yo no soy Johannes. Ante esa última observación mía hubiera querido decir aún algo más explícito, pero entonces llamaron a la puerta tan obstinadamente que Caecilia se levantó y fue a la puerta para abrirla. El fabricante de tapones para botellas de vino quería entrar. En silencio se sentó a la mesa, donde habían puesto el cubierto para él, te has equivocado, pensé, no ha bajado al pueblo, no a los mesones. Mi cuñado estaba realmente sobrio y su mujer le puso un pedazo de carne en el plato y le sirvió un vaso de vino. Había estado en la Casa de los Jardineros todo el tiempo, dijo entonces mi cuñado, disculpándose, se había retirado por puro

cansancio a la Casa de los Jardineros y se había quedado allí dormido. Al fin y al cabo se había levantado ya a las tres de la mañana, al menos eso dijo, porque mis hermanas lo habían enviado abajo, al pueblo, a los artesanos y comerciantes más diversos, todo en relación con el accidente. Además, había tenido de pronto *dolor de cabeza*. La fresca Casa de los Jardineros le había resultado agradable. Que si todo iba bien, preguntó, poniéndose a comer enseguida como si tuviera un hambre atroz, cuando sólo dos o dos horas y media antes había comido conmigo en la cocina, según pensé. Como no podía soportar ya la forma en que comía mi cuñado ni cómo, mientras tanto, él guardaba silencio, me levanté y salí. Pensé, si me alejo de mis hermanas y de mi cuñado, evitaré volverme agresivo, y bajé al vestíbulo, sin preocuparme de las personas que había por allí y que enseguida se volvieron a mirarme. Yo había adoptado una expresión de dolor, como suele decirse y, de forma muy ostentosa, entré en la capilla y me senté en uno de los bancos del centro. En la capilla hacía fresco y se estaba agradablemente. Que, por ese motivo, se utilice como despensa es más que comprensible, pensé. Sin pensar en nada, me había *arrodillado* en el banco y, cuando me di cuenta de ello, *me senté* otra vez en el banco. De pronto tuve la sensación de que la tía del Titisee había entrado en la capilla. Me volví, no me había equivocado. Ella tenía a su lado a su acompañante permanente, una de sus sobrinas, de doce o trece años. La tía del Titisee llevaba velo, en atención a su hermano muerto se había envuelto casi completamente de negro. Como me sentía observado por ella de una forma innoble, me levanté y salí otra vez de la capilla, no sin besar a la tía del Titisee la mano que ella me había tendido desde su envoltura. A través del vestíbulo y del parque fui solo a la *Orangerie*. Dos cazadores velaban allí a los difuntos. Me pareció que, entretanto, el olor a putrefacción había aumentado. Levanté los paños negros para inspeccionar los bloques de hielo que había bajo los féretros, evidentemente habían renovado entretanto los bloques de hielo. Sólo había podido permitirme una breve ojeada a los rostros de los difuntos, no había soportado mirarlos más tiempo. Los dos cazadores habían adoptado, como suele decirse, una postura militar al entrar yo en la *Orangerie*, lo que me repugnó. Al salir, encontré aquello todavía más ridículo que antes, pero no tenía posibilidad de cambiar nada en todo aquel ceremonial repulsivo, que mis hermanas, sobre todo Caecilia, habían organizado estrictamente de acuerdo con lo prescrito, sin dejar que nadie más ejecutara, hasta en los menores detalles, todo lo previsto en el llamado plan de funerales. Por otra parte, pensé al mismo tiempo que toda aquella ceremonia estaba muy de acuerdo con Wolfsegg y que sería absurdo destruirla. Todo es correcto aquí, pensé, sea o no chocante. Indudablemente, sin embargo, los cazadores a ambos lados del catafalco eran personajes cómicos, como de plomo, ataviados por algún sastre apasionado por el teatro. Los jardineros, mientras yo estaba de pie junto a los féretros, cambiaron el agua de las cubas de flores. Otra vez había podido ver claramente la diferencia entre los cazadores y los jardineros, los cazadores eran los ridículos, los artificiales, los jardineros los naturales. Eso puso en movimiento en mí otra vez

también, enseguida, un pensamiento comparativo que, sin preocuparme del hecho de que estaba ante los cadáveres expuestos, desarrollé enseguida con el mayor placer, sobre qué son los cazadores a diferencia de los jardineros y qué representan en su diferencia. Al fin y al cabo, me dije, no se puede ver por fuera lo que pienso ni que estoy reflexionando en la diferencia entre cazadores y jardineros ni mucho menos sobre la mentalidad de los cazadores y sobre la mentalidad de los jardineros y sobre las relaciones recíprocas entre esas dos mentalidades. La gente piensa que pienso en los funerales, pensé, pero yo no pensaba lo más mínimo en los funerales mientras estaba delante de los féretros, inmediatamente delante de los cadáveres. Los jardineros son los que tienen los nervios sensibles, pensé, los cazadores representan el mundo brutalizado. Si empleamos a esos dos grupos juntos, a causa de las condiciones de Wolfsegg, tenemos el atractivo que, naturalmente, constituye también Wolfsegg. Wolfsegg tiene un gran atractivo para quien sólo está decidido a ver en él ese atractivo. Al fin y al cabo, la gente viene aquí siempre y dice qué atractivo tan grande y especial tiene para ella Wolfsegg. Wolfsegg puede verse también así, como lo más atractivo que puede imaginarse en calidad de propiedad rural. Pero esa forma de contemplar no me resulta ya posible, nunca me ha sido posible, pensé. No puedo tenerla ya. Me la estropeé, pensé, al marcharme. El parque estaba desierto. El resto de la familia sigue cenando, pensé, levantando los ojos a las ventanas que había sobre el balcón. También *ellos* son tres, me dije, mi cuñado, Caecilia y Amalia. Y posiblemente se han cerrado con llave. ¿Cómo escapar a esa continua exasperación que hay en mí?, me pregunté. Mi actitud debe de haber ofendido al fin y al cabo a todos, no sólo a mis hermanas, no sólo a mi cuñado, los he ofendido a todos, pensé. Pero en verdad no soy en absoluto alguien que ofende, como me llamaron desde la infancia, pensé, pero también, inmediatamente después, que sin embargo sí que soy alguien que ofende. A Gambetti le había dicho, discutiré ahora todo muy prudentemente con mis hermanas y tendré que incluir a mi cuñado en esas discusiones, abordarlo todo con prudencia, Gambetti, le había dicho en Roma, y lo mismo había dicho también, una y otra vez, a Zacchi y a Maria, que ahora tendría que actuar con prudencia en Wolfsegg, pero hasta entonces no había actuado con prudencia en lo más mínimo, pensé, al contrario, no he tenido consideración por nada, por nadie, y no es de extrañar que tengan que considerarme desconsiderado, incluso innoble, a causa de mi actitud, que no es más que desconsiderada. Pero, sencillamente, no hubiera podido adoptar otra actitud, me dije, sencillamente no he tenido otra posibilidad con ellos. No estoy a la altura de toda esta situación, y al fin y al cabo no tengo la culpa de esta situación, no la he *provocado*, pensé. En ese momento llegó Spadolini. Lo llevé enseguida arriba con mis hermanas y Caecilia fue con él a la habitación de nuestro padre, en donde, como lo expresó él, quería lavarse un poco. Entretanto me había retirado a la biblioteca de arriba a la izquierda, había estado cerrada con llave y yo le había pedido a Caecilia las llaves de todas nuestras bibliotecas, que abriría las cinco bibliotecas a la mañana siguiente, pensé, antes

incluso de que empezaran las llamadas ceremonias fúnebres. Me había sentado con el *Siebenkäs* en el sillón de la ventana pero, naturalmente, no tenía para ello la calma necesaria, y tampoco se me quitaba Spadolini de la cabeza, la impresión inaudita que me había causado otra vez era más fuerte que el *Siebenkäs* y dejé el libro. Que el *Siebenkäs* estaba en esa biblioteca lo sabía, allí estaban los libros del período de Jean Paul, en algún momento, alguno de nuestros antepasados había ordenado los libros en las bibliotecas, nadie puede decir ya quién. Pero debían de ser cultos aún, pensé, los de ahora no son nada cultos. Pero ¿qué quiere decir *ser culto*?, me pregunté. Cuando decimos, éstos son cultos, los otros no, es absurdo, pensé, lo decimos sin pensar. Spadolini sólo llevaba en la mano una pequeña bolsa de viaje negra, pensé, sentado en el sillón de la ventana. Entonces oí cómo se duchaba, porque la biblioteca está al fin y al cabo contigua a la habitación de mi padre, me lo imaginé a él, Spadolini, bajo el chorro de agua, el sibarita Spadolini, sólo conozco al sibarita Spadolini, pensé. Estiré las piernas, apagué la luz y pensé en mi entrevista con Maria, a quien había dado un manuscrito para que lo examinara. Como todos mis manuscritos, está escrito descuidadamente, cuando esté otra vez en Roma lo discutiré conmigo, lo descuartizará y entonces lo tiraré, como todo lo mío que le he dado a leer alguna vez. He tirado más manuscritos que los que he conservado, pensé, los conservados no puedo mirarlos ya, me deprimen, sólo reproducen lo pensado por mí de una forma ridícula, de la que no vale la pena hablar. Mis manuscritos no valen nada, me dije, pero no he renunciado a intentar una y otra vez reflejar por escrito, por decirlo así, atentar contra el espíritu, pensé. Maria es la insobornable, que trata mis manuscritos como se merecen, pensé. Cuando he tirado los manuscritos revisados por ella me he sentido aligerado, pensé. Entonces la abrazo y los dos miramos cómo el manuscrito arde en su estufa. Estar con Maria es siempre un punto culminante, un estado de felicidad, pensé. Nadie, salvo Maria, es capaz de demostrarme que mis manuscritos no valen nada, que deben ser arrojados al fuego. El *que ataca a la Filosofía*, me llamó ella una vez, *el que peca contra el espíritu*. Ella quería sólo gastarme una broma, pero yo tomé esa manifestación suya como la amarga verdad. Pero no he renunciado, me dije. Otra vez tengo algo en la cabeza. *Extinción* se llamará probablemente, pensé, con ello trataré de extinguir todo lo que se me ocurra, todo lo que escriba en esa *Extinción* quedará extinguido, me dije. Me gustaba ese título, de ese título se desprendía para mí una gran fascinación. Cómo se me ocurrió, no lo sé ya. Creo que es de Maria, que al fin y al cabo me llamó también una vez *extintor*. Que soy un *extintor*, afirmó. Y que lo que llevo al papel es *lo extinguido*. En Roma intentaré escribir esa *Extinción*, pero me exigirá un año y no sé si tendré fuerzas para mantenerme dispuesto *un año sólo para esa Extinción*, pensé. Para concentrarme en ella. *Escribiré esa Extinción* y, una y otra vez, discutiré con Gambetti lo que se refiera a esa *Extinción*, y con Spadolini y Zacchi y naturalmente con Maria, pensé, sin que sepan que tengo esa *Extinción* en la cabeza, *debatiré* con ellos todo lo que se refiera a esa *Extinción*. Mi nostalgia de Roma era mayor que todo lo demás. Lo que

más me hubiera gustado habría sido volver enseguida otra vez con Spadolini a Roma, pensé. Me dolía tener que darme una respuesta negativa. Ésa es tu cadena perpetua, pensé. Cenar con Maria, me dije, eso sería lo que tendría que hacer ahora, hablar con ella de sus nuevos poemas. Escucharla. Confiar en ella. Servirle vino. Volví a coger el *Siebenkäs*, lo abrí, encendí la luz y pensé si no había sido equivocado, un completo error, haberle dado a Gambetti el *Siebenkäs*. Que le haya dado *El proceso* es acertado pero no que le haya dado el *Siebenkäs*. Y, en lugar de *Esch o la anarquía*, hubiera debido darle *otra vez el Schopenhauer*. Ahora se habrá puesto ya a leer el *Siebenkäs*, para sumergirse en la lectura del *Siebenkäs*, pensé. Me lo imaginé en su gabinete de trabajo y cómo, protegido por sus padres, se podía entregar totalmente a su afición, es decir, la literatura alemana, totalmente en paz. Y cómo, sin embargo, no tiene en la cabeza otra cosa que serrar el mundo en pedazos y hacerlo saltar por los aires. Quizá oiga alguna vez un horrible estampido, pensé, y Gambetti habrá hecho saltar realmente el mundo por los aires, habiéndose tomado en serio por lo tanto sus pensamientos. Él mismo sólo sueña hasta hora con hacer saltar al mundo por los aires, que lo sierra en pedazos y lo hace saltar por los aires. Pero las gentes como Gambetti, me dije, me corregí enseguida y dije, esas personas, realizan un día lo que, durante decenios, sólo han soñado, cuando se les da la posibilidad de hacerlo. Gambetti no es sólo el *soñador* nato, es también *el realizador nato de sus sueños*. Siempre aguardo el gran estampido, pensé, había extendido las piernas, escuchaba y oía a Spadolini bajo el chorro de agua. En la biblioteca había encerradas miles de moscas, todas muertas, yacían en el suelo, de muchos años, en varios montones bajo mis pies. Nunca las ha barrido nadie, no entraban en las bibliotecas, ahora tengo las llaves en la mano y las abriré, pensé, pero no hoy, hoy estoy demasiado cansado para eso, mañana, ya al amanecer, antes aún de que se levante el sol. *Abriré para siempre* las cinco bibliotecas, pensé, y con ese pensamiento me levanté y me acerqué a la ventana, mirando a la *Orangerie* al otro lado. Para Maria ese espectáculo sería algo totalmente grandioso, pensé, inspiración no sólo para un poema. Los jardineros seguían yendo a la *Orangerie* con nuevos ramos y coronas, hoy no van a terminar de trabajar, pensé. Tendrán que estar ocupados toda la noche. La escena era completamente teatral. Y, como creí que Spadolini necesitaría con seguridad por lo menos media hora más para su aseo, salí de la biblioteca y bajé al vestíbulo. Eran las ocho y media, ya no había nadie allí. Entré en la capilla, la tía del Titisee se había retirado hacía tiempo a su habitación. Me senté exactamente en el sitio en que se había sentado antes la tía del Titisee con su joven y, tengo que decir, bella acompañante. La anciana y la chica joven, pensé, la protectora y la protegida, y a la inversa. Me arrodillé de nuevo, tan sin pensar como antes, volví a sentarme y pensé que los príncipes de la Iglesia, en conjunto, juegan un mal juego porque consideran a la Iglesia sólo como un monstruoso espectáculo universal en el que ellos interpretan el papel principal. Y todos esos príncipes de la Iglesia se dirigen al proscenio y alardean. Ya pueden decir lo que quieran, naturalmente saben que se trata del mayor,



y al mismo tiempo, el más mentiroso espectáculo que se haya representado nunca. Spadolini sólo actúa siempre en la rampa, siempre en la proximidad más próxima del principal actor, el Papa. Pero, sin embargo, no *tan* cerca que pueda morir y desaparecer con él. Ha sobrevivido a tres papas, pensé, arrodillado en el banco de la capilla y, como también el actual padece ya una enfermedad mortal, como es sabido, sobrevivirá también a este cuarto y aparecerá más brillante aún que antes. Spadolini es alguien totalmente obsesionado por el espectáculo de la Iglesia. Al principio había pensado, tengo tiempo para ir a la Granja, para visitar los establos, lo que siempre, cuando lo hacía, hacía a esa hora, cuando los animales se han tranquilizado por completo, pero entonces pensé, no puedo ofender a Spadolini dejándolo solo, también había querido inicialmente ir al pueblo para buscar a Alexander pero a eso había renunciado sin embargo enseguida, porque no quería exponerme a las miradas de las gentes del pueblo, no ese día, no esa noche. Había reunido una vez a Spadolini y a Alexander en Bruselas, pero el experimento, es decir, que los dos, el Príncipe de la Iglesia y el Visionario hablasen hasta que estuvieran de acuerdo, no tuvo éxito, por decirlo así, había apostado conmigo mismo y perdido la apuesta. Unas veces había sido Spadolini superior a Alexander y otras Alexander a Spadolini, había sido un placer escuchar a los dos, verlos triunfar mutuamente, aquella lucha intelectual, como quiero llamarla, había acabado en empate. Spadolini ha manifestado a menudo que quiere volver a encontrarse con Alexander y, a la inversa, también Alexander que le gustaría ver otra vez a Spadolini. Qué situación más desgraciada, pensé, era que Spadolini, el príncipe de la Iglesia, se alojara con nosotros y Alexander, el Visionario, hubiera sido proscrito por mis hermanas al pueblo de abajo. Por un instante tuve la idea de, luego, cuando Spadolini estuviera listo, bajar con él al pueblo para buscar juntos a Alexander, pero renuncié otra vez a esa idea, eso no podía esperarlo de Spadolini, el que ya en su primera hora, antes de haber tomado siquiera un bocado, fuera conmigo a buscar a Alexander. Y la verdad es que Spadolini hubiera rechazado mi oferta, eso se lo debía él a mis hermanas, que entretanto estaban sentadas en el llamado salón, esperando sólo a Spadolini, Su Eminencia de Roma. Por un instante me pareció perverso estar sentado precisamente en la capilla en la que, una vez, me había sentado con Maria, después de un paseo por el bosque, hacía tres años me había encontrado una vez allí con Maria, cuando ella volvía de París a Roma y yo la había invitado. Mis padres estaban de viaje, mis hermanas contaron a mis padres, cuando volvieron y hacía mucho tiempo que yo estaba otra vez en Roma con Maria, tonterías, mentiras, pensé ahora. A Maria, como es natural, le había entusiasmado Wolfsegg, *el mejor aire que he respirado nunca*, me dijo, yo había dado con ella dos extensos paseos, uno hasta Haag, desde donde volvimos en ferrocarril. Johannes nos recogió en Lambach del tren. De Johannes había dicho Maria que era *una persona simple, pero amable*. Las veladas las pasábamos en el pueblo, en el mesón Brandl, bueno siempre para calmar los nervios, pero una vez estuvimos también en Ottwang, en Gesswagner, ese sencillo mesón que me gusta, y Maria se volvió en él

inauditamente habladora, entablando relación enseguida con los propietarios, con todos los huéspedes, eso era completamente extraordinario, porque siempre tenía dificultades para entablar relación con las gentes sencillas, más que yo, que en el fondo nunca las he tenido, en cualquier caso no en lo que se refiere a las *gentes sencillas*, con los *proletarios* es distinto. Sobre todo se entendió bien con la mujer de Gesswagner, contándole incluso, lo que normalmente no hace nunca, cosas de su vida. Resultó que Maria había tenido una infancia análoga a la de esa mujer, a la que yo sólo había conocido siempre de buen humor. *Wolfsegg*, me dijo Maria entonces, *me gusta, pero tu familia no me gusta*. Esa frase pronunciada por ella la tengo todavía hoy en los oídos. Maria no se dejó convencer para que volviera otra vez a *Wolfsegg*. No es para mí, dijo. En *Wolfsegg* no había escrito nada. Tampoco semanas después de haber estado en *Wolfsegg* había escrito nada. *Wolfsegg* no es una región para la poesía, dijo. Para *su* poesía no, pensé ahora y me levanté y salí de la capilla. Spadolini estaba ya con mis hermanas. Le había hecho incluso una sopa caliente la cocinera a la que ordenaron ir a la cocina, y le habían servido un asado caliente. Mi cuñado estaba sentado frente a él, asombrado, como vi enseguida, con la boca muy abierta, ésa es la verdad. En su vida se había sentado frente a un verdadero arzobispo, una *auténtica Eminencia*, y se vio condenado al silencio durante todo el rato que siguió a mi entrada. Yo me había sentado junto a Caecilia, me bebí un vaso de vino y luego otro, y disfruté realmente oyendo a Spadolini y cómo había sido capaz de iniciar enseguida y dirigir una conversación. Es, nos dijo, como si en cualquier momento vuestros padres fueran a entrar. *Como si vuestra madre fuera a entrar en cualquier instante*.

Realmente, como cabe imaginar, desde la muerte de nuestros padres no había cambiado allí nada aún, no se apreciaba el menor cambio, cuando en realidad todo había cambiado ya dentro de nosotros. También en Spadolini eso era lógico. Había estimado mucho a nuestro padre, había sido alguien *noble*, dijo, como italiano, podía permitirse ese *noble* y la *forma* en que pronunció ese *noble* era característica en él, acentuando por igual la primera y la segunda vocal, consciente de haber pronunciado bien la palabra, mirando a su alrededor y disfrutando del efecto. Con nuestro padre lo había unido *una amistad de toda la vida*, otra vez *una noble amistad*. En cualquier otra boca, aquella fórmula hubiera resultado insoportable, pronunciada por Spadolini no era otra cosa que excelente. Había conocido a nuestro padre antes aún que a nuestra madre, en una cena en la Gentsgasse de Viena, en el palacio del embajador de Irlanda, inmediatamente después de la guerra, como él decía, *en la época de la mayor penuria*. Nuestro padre le había llamado la atención enseguida entre todos los invitados como el más extraordinario, como un *personaje distinguido, una persona sumamente bien educada*. Había preferido conversar con él, y mi padre le había invitado entonces enseguida a Wolfsegg, *en aquella época era yo aún consejero de la Nunciatura*, así Spadolini. Wolfsegg lo había *fascinado*, en su vida había visto antes nada parecido, unas edificaciones de tal elegancia y grandeza austríacas, majestuosidad y, al mismo tiempo, naturalidad, *unas personas tan amables y una comida tan excelente*. Nuestra madre lo había acogido *como a un hijo*, así Spadolini. Nuestro padre le había visitado en Roma con Johannes, con motivo de un viaje a Palermo, y él les había enseñado Roma a los dos, pero al mismo tiempo no había podido dejar de pensar en Wolfsegg, en su magnificencia. Cuando los italianos dicen la palabra alemana *Herrlichkeit* (magnificencia), suena como *Ehrlichkeit* (sinceridad), varias veces creyó Spadolini decir magnificencia y, sin embargo, dijo siempre sinceridad, eso me divirtió, lo mismo que a mis hermanas, pero no en el sentido de hacernos reír, sino como algo agradable, encantador. Además, Spadolini habla de una manera muy musical, pienso. Describió a nuestro padre como a un hombre reflexivo, que fue todo bondad para los suyos, nunca se daba importancia y se hacía querer en todas partes adonde iba. Los caballos, dijo Spadolini, eran sus animales favoritos. Era con los animales cuando nuestro padre era más feliz, sólo con poder estar con sus animales. Y la caza, dijo Spadolini. Él había ido a menudo a cazar con nuestro padre, aunque vuestra madre tenía siempre miedo entonces. Los cazadores son imprevisibles, dijo Spadolini, con una *r* doble o incluso triple, es decir, *imp rrr* evisibles. Nuestro padre había sido *un auténtico príncipe*, un auténtico aristócrata. Y un hombre inteligente. De una gran cultura. Spadolini veía a otro padre distinto que yo y también a otro distinto que mis hermanas. Todo el mundo ve siempre a otro distinto, aunque describa al mismo, pensé. Hay tantas personas que describen como personas que ven, cada una desde un punto de vista distinto, cada una desde un ángulo distinto, a la misma persona, y por consiguiente tantas formas de ver a una única y misma persona, me dije, y Spadolini tiene también otra distinta de la

nuestra, en cualquier caso inusitada, pensé, insólita, que, sin duda teniendo en cuenta también su muerte, ha situado a nuestro padre indudablemente más alto de lo que realmente podía sentirlo él, incluso durante su relato de ahora. Nuestro padre había sido más inteligente que otros, *interesado por tantas cosas* como rara vez *una persona de su clase*. Nuestro padre había sido el *hombre más tranquilizante* por una parte, *el más intranquilo* sólo unas frases más tarde. Un ejemplo de *hombre honrado*. *Un gran señor*. *Un filósofo*. *Un hombre inteligente*. *Un hombre generoso*. *Un hombre que lo mantenía todo unido, sensato, bueno, y al mismo tiempo dueño de sí y querido*. Spadolini no escatimó calificativos elogiosos en relación con mi padre. Lo encontré en El Cairo, juntos *trepamos a la pirámide de Keops*, dijo Spadolini, cada vez más alto por las planchas de madera, hasta quedar agotados. Desde Alejandría nos enviaron una postal que nunca llegó. En Roma iba siempre con nuestro padre a la Via Veneto, porque a nuestro padre le gustaba la Via Veneto. A vuestro padre le gustaba Roma, afirmó Spadolini. Era *tan agradable ir a beber vino con vuestro padre*, dijo. Vuestro padre era *un hombre filosófico*, dijo. Tenía *una gran cultura política*. En el fondo pensé que todo lo que Spadolini decía entonces sobre nuestro padre, mientras se tomaba su cena en nuestra presencia, era falso, todo lo que Spadolini ha dicho ahora sobre nuestro padre es completamente falso. Yo hubiera dicho que no era ni sensato, ni dueño de sí ni un hombre filosófico, y así sucesivamente. Spadolini pintó un padre que no existió, pero que debía de tener ahora en la cabeza, pensé. Pero aunque sea falso todo lo que Spadolini ha dicho sobre nuestro padre, pensé, tenía sin embargo apariencia de auténtico. A menudo oímos decir de alguien nada más que cosas que no son ciertas y falsedades, pensé, y creemos que es lo auténtico sobre él, sencillamente la verdad, porque lo ha dicho alguien tan convincente como Spadolini. Pero en aquel caso Spadolini no me convenció, de forma totalmente evidente ha trazado de mi padre un retrato que es el que él *quería* tener de él, no el que corresponde a la verdad y realidad, pensé. Mi padre era completamente distinto del que Spadolini acaba de esbozar, pensé. El padre spadoliniano había sido idealizado por Spadolini con la mayor naturalidad y ni siquiera idealizado con mal gusto por Spadolini, pensé, porque Spadolini ha trazado su esbozo de mi padre de una forma encantadora, sin descuidar el acento de tristeza que ahora resultaba oportuno habida cuenta de que mi padre sólo llevaba dos días muerto, de forma que el auténtico mal gusto de su falsificación no podía aparecer, como él mismo sabía, porque era demasiado inteligente para no darse cuenta de hasta qué punto, en definitiva, había resultado de mal gusto el retrato que nos había trazado de nuestro padre, que sin duda era honrado, como había dicho Spadolini, tranquilizante, probablemente un señor también, pero todo lo demás no. Mis hermanas, sin embargo, estaban pendientes de los labios de Spadolini, como si sólo anunciaran la verdad y la realidad, como demostraban sus rostros. Spadolini evitó largo rato empezar a hablar de nuestra madre y se detuvo mucho tiempo con nuestro padre, nuestro padre, aunque en el fondo en absoluto suficientemente interesante para hablar de él tan larga y

detalladamente, era un medio para desviar la atención de nuestra madre, de su amante. Y, sin embargo, Spadolini sabía muy bien que, mientras hablaba de nuestro padre, todos esperábamos que hablase de nuestra madre. Con nuestro padre había hecho una vez una *ascensión al Ortler*, dijo, y allí nuestro padre le salvó la vida, al arrojarle a él, Spadolini, en el último momento, una cuerda en una pared rocosa, *en el ultimísimo momento*, así Spadolini. No le molestaba lo más mínimo ser el último en comer y que nosotros sólo estuviéramos sentados a su lado. Nosotros pensábamos sólo que la cena le gustaba. La cocina se había esforzado especialmente por Spadolini, no le habían servido una comida rápida sino una cuidadosamente preparada, como vi enseñada. En Sitten, en Suiza, o sea, en el valle del Ródano, había entrado con nuestro padre en una pequeña iglesia, *en una iglesia románica*, como dijo Spadolini, y en esa iglesia habían visto un cuadro de Cristo, que mostraba al Hijo de Dios con un rostro curiosamente contraído, *un rostro enfermizamente contraído*. Al parecer, nuestro padre le dijo a él, Spadolini, que el cuadro le había impresionado más que ningún otro cuadro que hubiera visto nunca. Nuestro padre había sido *un gran experto en arte y también amigo de los artistas*. La palabra *artistas* gustó a Spadolini y la repitió varias veces seguidas, sólo para alegrarse de ella. Era *un hombre de la Naturaleza*, dijo Spadolini. *Un hombre de la Justicia*, dijo luego, y que nuestro padre había tenido una sana relación con su fe. *Vuestro padre era un buen católico*, dijo, mirando a mis hermanas. Con esa observación terminó de caracterizar a nuestro padre y, al mismo tiempo, dejó de comer. Nadie se limpia tan elegantemente la boca con la servilleta como él, pensé. Caecilia le sirvió vino, él se echó atrás en la silla y dijo que al día siguiente por la noche tenía que estar otra vez en Roma, el Papa lo había convocado, pero con aquel papa nunca se sabía si recibiría realmente a la hora convenida a quien había convocado. En Roma reinaban ahora las condiciones más fatales, el ambiente político se había endurecido, los comunistas y los fascistas aspiraban ahora a apoderarse pronto del poder, dijo. Cuando salía de casa no sabía si volvería vivo, los fascistas disparaban sencillamente contra la gente, daba igual que tuvieran que ver algo con su causa o no, sólo para llamar la atención, dijo. Era *una época inquieta, espantosa*. Por otra parte, también *la más interesante que ha conocido nunca Italia*. Estoy tan vinculado a Roma, dijo, que no puedo imaginarme irme de allí, aunque yo mismo no pueda decidir si me quedaré o no. *Estoy entregado a los poderes superiores*, dijo. Me pregunté en qué consistía mi admiración por Spadolini. Él mismo da la respuesta, sólo con su presencia, pensé. Cómo dice algo y al mismo tiempo se exhibe, y no *lo que dice*, es lo que suscita mi admiración, pensé. Él lo dice todo de una forma distinta que todos los demás, pensé. Sin sentirse en absoluto molesto habló entonces de pronto de nuestra madre. Aunque no se la podía describir, así él, la describió. Siempre elegante, había sido *ella* quien lo llevó por primera vez a la Ópera de Viena, al *Caballero de la Rosa*, gracias a ella había conocido a las cantantes más famosas que cantaban en la Ópera y, hasta entonces, había conservado un contacto amistoso con esas cantantes, gracias a nuestra madre

había conocido la música austríaca, porque ella lo había llevado a los conciertos filarmónicos cuando estaba en Viena, acompañados por nuestro padre habían ido a la llamada *Musikverein* y a la *Konzerthaus*, pero sobre todo tenía que agradecer a nuestra madre haber oído tanto en Viena a Mahler, sobre el que nuestra madre le llamó la atención y que ella adoraba realmente, había ido a todos los conciertos de Mahler con nuestra madre, dijo, nuestra madre había tenido *mucho sentido musical* y él siempre había lamentado que ella no tocara ningún instrumento, aunque, probablemente, según él, se habría convertido en *una gran pianista*, él había lamentado sobre todo que lo hubieran trasladado de Viena porque, de repente, sobre todo a causa de sus destinos en ultramar, se había visto separado de la Música. Nuestra madre había remontado con él el Danubio hasta Dürnstein, en Wachau, lo había guiado por Salzburgo, le había enseñado el *Salzkammergut* y, ya poco tiempo después de su primer encuentro, lo había invitado a París, en donde, en aquella época, no había estado aún. Como consejero de la Nunciatura, no tenía aún las posibilidades de viajar que tuvo luego como Nuncio y había estado aún bastante, así él mismo, *encerrado*. Nuestra madre lo había invitado a Florencia, en donde pasaba con nuestro padre varias semanas de otoño, y le había mostrado bien por primera vez Florencia, él había estado ya antes, a menudo, en Florencia, pero nuestra madre le había enseñado a *querer a la ciudad de los Uffizi*. De que conociera tan bien la Alta Austria el mérito era de nuestra madre, esos *soberrrrbios lagos y montañas, la Montaña Muerta, el Alto Priel*, dijo. Y todos esos *sobe rrr bios castillos* que no hay en ninguna otra parte. Toda esa *sobe rrr bia* región de la Alta Austria, la más hermosa de todas las austríacas, declaró. A nuestra madre la había venerado siempre profundamente, sí, no podía dejar de gustarle su extraordinaria forma de ser. Aquella amistad de más de treinta años, sin paralelo. Nuestra madre le había *devuelto la salud*, dijo, una y otra vez le había dado las mejores medicinas, lo había visitado siempre en sus horas más difíciles, cuando estaba *en el lecho del dolor*, más o menos en un estado desesperado, abandonado por los médicos. Nuestra madre fue siempre el mejor médico, me llevaba a Roma *esas hierbas de la Alta Austria* que me curaron, dijo. Debo la vida quizá sólo a esas hierbas de la Alta Austria, declaró, que nuestra madre me llevaba a Roma, no regateó esfuerzos para visitarlo, hasta en las circunstancias más difíciles fue a Roma para salvarlo. *Con sus hierbas medicinales me salvó la vida*, exclamó Spadolini y declaró que las hierbas medicinales de la Alta Austria de nuestra madre lo habían *conservado para la Humanidad*, literal y bastante enfáticamente, pero sin embargo sin que resultara en lo más mínimo penoso, porque lo había manifestado con el mayor encanto. Si resultara necesario, le recomendaré al Papa esas hierbas medicinales de la Alta Austria, dijo. A continuación guardó un silencio de varios minutos que ninguno de nosotros se atrevió a interrumpir. Mi cuñado se sentaba frente a Spadolini, completamente perplejo, como suele decirse. Mis hermanas se habían sometido totalmente a ese silencio de Spadolini situado precisamente en el momento exacto. Entonces dijo Spadolini que sólo la semana anterior había convenido con nuestra

madre un viaje a Calabria, lo que ahora no tenía ya sentido. A los *trulli*<sup>[7]</sup>, dijo. Calabria había sido un antiquísimo sueño de nuestra madre, que ella había querido realizar a principios del verano. Pero de repente, dijo Spadolini, todo es distinto. Entonces se puso a hablar de una excursión al Etna que había hecho con nuestra madre y conmigo, desde Taormina, hacía bastantes años, creo que hace unos cinco o seis años mi madre vino a verme a Roma, durante días enteros recorrí Roma con ella, buscando para ella un par de zapatos que se le había metido en la cabeza, tenían que ser azules y de una piel de cerdo muy determinada, tan delgada y blanda como el cuero de guantes y realmente, después de buscar durante días, encontramos el par de zapatos que le convenía. Se compró tres pares. Me arrastró más o menos a varias cenas con personas que ella conocía pero no emparentadas con nosotros, sólo para tener una coartada con nuestro padre, a fin de poder disimular ante él que estaba continuamente con Spadolini, lo que nadie le reprochaba en el fondo y, en fin de cuentas, se conocía, pero que tenía que esforzarse ininterrumpidamente por mantener en secreto. Me llevaba a aquellas espantosas cenas, de las que no volvía conmigo a casa, porque quería pasar las noches con Spadolini y las pasaba realmente. Yo no reprochaba a mi madre esos encuentros con Spadolini, sólo la compadecía por depender de esos encuentros, como había tenido que comprobar. Spadolini la esperaba siempre después de esas cenas en algún lugar del Trastevere, como me consta, e iban a algún piso de amigos de Spadolini y se quedaban juntos hasta el amanecer. No compadecía sólo a mi madre, compadecía también a Spadolini. Por otra parte, los despreciaba a los dos. Sin embargo, la excursión al Etna, a finales de enero, la habían hecho conmigo. En Taormina, naturalmente, paramos en el Timeo. Alquilamos un taxi y fuimos con él hasta el límite de las nieves. Desde allí fuimos con el teleférico hasta la meseta del Etna. El cráter principal estaba completamente envuelto en niebla y no se podía ver. Los tres éramos las personas más felices que cabe imaginar. Ahora, Spadolini describió esa excursión al Etna así: fuimos con el teleférico hasta las alturas y entramos en el restaurante. Allí, sin embargo, hacía tanto frío que no quisimos quedarnos más que el tiempo necesario para tomar una taza de té. Entonces tu madre y yo, me dijo, decidimos bajar el Etna a pie, mientras que tú te negaste, tenías miedo, ¿te acuerdas?, me preguntó. Sí, dije, tenía miedo. Tú tenías miedo, dijo Spadolini, pero nosotros no teníamos miedo. Cogí de la mano a tu madre y bajamos por el Etna, dijo. Tú volviste con el teleférico. Te vimos desde abajo en el teleférico y tú nos viste desde el teleférico, dijo. De pronto hubo una tempestad de nieve, dijo. La tempestad de nieve se hizo tan violenta que no podíamos verte ya, nosotros no te veíamos ya y tú a nosotros tampoco, dijo Spadolini, no podíamos ver ya el teleférico, tú, que estabas de pie en el teleférico, no podías vernos ya. Dijiste que el teleférico había oscilado tanto que habías tenido miedo de que se desprendiera de sus anclajes, dijo Spadolini. Dijiste que nos buscaste en la nieve bajo el teleférico pero no nos viste ya. El teleférico oscilaba tanto que creíste que había llegado tu última hora, dijo Spadolini. Nosotros tampoco habíamos podido ver nada en la

tempestad de nieve, y nos metimos en una grieta del hielo. La ventisca nos cubrió casi de nieve en unos minutos. Como en los Alpes, dijo Spadolini, como en los Alpes. Habíamos pensado que pereceríamos como parece la gente en los Alpes. No veíamos ya nada en absoluto, dijo Spadolini. Pero, si no queremos congelarnos, pensé, tenemos que continuar. De manera que agarré a tu madre y continué. Pero entonces me sentí enseguida agotado, y tu madre me agarró a mí, y así sucesivamente, dijo Spadolini. Hacía tiempo que tú estabas abajo en la estación del valle, pero la tempestad de nieve no había amainado. Entonces informaste a los gendarmes. Pero los gendarmes no subieron, porque la tempestad de nieve era demasiado fuerte. Estábamos en una fisura de la lava, dijo Spadolini, y creíamos que nos íbamos a despeñar, no nos movíamos. Pero tu madre no hacía más que decir, tenemos que continuar. Me agarró y me empujó hacia delante, me empujó sin cesar hacia delante, me empujó sin cesar hacia delante, dijo Spadolini. Finalmente nos acurrucamos en otra fisura de la lava y pensamos, ahora vamos a morir. Recé, dijo Spadolini, para mí, sin que vuestra madre lo supiera. Sólo para mí. Entonces la tempestad de nieve se calmó, dijo Spadolini, y nos salvamos. Tú nos advertiste, me dijo ahora Spadolini, no hubiéramos debido bajar a pie del Etna hasta el valle. Muchos han muerto ya de esa forma, dijo Spadolini. El Etna es una montaña fatal, dijo patéticamente. Pero tu madre y yo nos sentimos tan felices. Esa excursión al Etna me resulta inolvidable, dijo Spadolini. Entonces volvimos en coche a Taormina. Los semicongelados, dijo, se acostaron, por agotamiento. Por la noche entramos ceremoniosamente en el comedor, dijo Spadolini, como si no hubiera pasado nada. Hubiera debido escucharte, dijo Spadolini, pero mi afecto por tu madre me enloqueció. Si tu madre no me hubiera agarrado siempre y apartado, dijo, me habría precipitado simplemente desde el Etna, dijo. Tu madre era, cuando hacía falta, una mujer, como suele decirse, *intrépida*. Enérgica, dijo Spadolini, resuelta. Y por las noches, una persona elegante. Llevaba un vestido persa, ese de color crema, dijo, sin duda lo conoces. ¡Dios santo, qué aspecto tenía vuestra madre con ese vestido!, dijo. Quizá no recordáis a vuestra madre como yo, dijo. Yo tengo de ella el mejor recuerdo. Esto ha sido para mí una noticia horrible, dijo Spadolini, la noticia más espantosa, la noticia más espantosa en mucho tiempo. Cuántas veces me ha salvado vuestra madre de la muerte, digo la verdad, al invitarme a Wolfsegg. Aquí tenía la calma necesaria para salvarme, dijo. Esta casa y este país me son más queridos que ningún otro. Esta cultura elevada, dijo Spadolini, que se encuentra aquí por todas partes y que nos salva de la desesperación. Cuando estaba de Nuncio en el Perú pensaba siempre sólo en Wolfsegg, en vosotros y en vuestra madre. Ese pensamiento me permitió sobrevivir *allí*. Pero el Perú es un país sobe *rrr* bio, dijo Spadolini, sobe *rrr* bio, sobe *rrr* bio, sobe *rrr* bio. Esta noticia es realmente la más triste, dijo y se levantó, dando a entender que ahora estaba decidido a ir a la *Orangerie* a ver a los difuntos. A mí se acercó otra vez, antes de que los cinco saliéramos de la habitación, y me dijo que la muerte de nuestra madre había sido *la mayor de las pérdidas*. No



pierdas el dominio de ti mismo, me dijo, y que yo era ahora el Señor de Wolfsegg. Para Spadolini ése era exactamente el momento apropiado para ir a la *Orangerie*. Todos los demás invitados a los funerales se habían retirado hacía tiempo a sus habitaciones, sólo en la cocina se oían ruidos, por lo demás todo estaba silencioso. Caecilia iba delante como si corriera, pero no corría, abrió todas las puertas, fue la primera en llegar a la *Orangerie*, unos diez o doce metros antes de la *Orangerie* aflojó el paso y recorrió luego, con especial dominio, ese último trecho hasta la *Orangerie*, sin entrar en ella inmediatamente, porque naturalmente esperó a Spadolini, que la había seguido, lógicamente sin perder la compostura. Él llevaba los zapatos más elegantes que he visto nunca, esos zapatos suyos me habían llamado ya la atención cuando lo acompañé al primer piso yendo detrás de él, Spadolini ha dado siempre la mayor importancia a los zapatos más elegantes, era siempre un placer verlo comprarse zapatos, naturalmente también sólo en la Via Condotti, nunca en el Corso, en donde yo me compraba siempre los zapatos, yo miraba asombrado sus zapatos en la hierba verde, que, a la luz de los faroles del catafalco que, desde la *Orangerie*, iluminaban también una parte del parque normalmente oscurecida, quedaban especialmente realzados. Spadolini quiso al principio hacerme entrar primero en la *Orangerie*, o al menos a Amalia, pero nosotros le cedimos el paso. Spadolini cogió del brazo a Caecilia y entró. Se situó delante de los féretros, apretando a Caecilia contra sí. Detrás de Caecilia se había situado mi cuñado, detrás de Spadolini, Amalia, y detrás de todos, en segundo plano, yo. Los que velaban a los difuntos no se movían, como si se tratara de una capilla ardiente eminentemente militar, los dos cazadores que montaban la guardia no hicieron ningún gesto. La escena me recordaba el Monumento al Soldado Desconocido de Varsovia, que vi una vez con Johannes, con el que me reuní en Varsovia para visitar luego Cracovia, él había estado cazando en Zakopane y yo había visitado a unos parientes en las proximidades de Wilanow. Todos estuvimos unos minutos allí, inmóviles. De pronto quise ver los rostros de mis hermanas, de mi cuñado y de Spadolini, no los de los difuntos, ya totalmente ajenos a los de mis padres y mi hermano, y me acerqué a los féretros, haciendo como si quisiera comprobar el estado de los bloques de hielo. Miré bajo los paños mortuorios, levantándolos y dejándolos caer de nuevo, mientras que, sin embargo, sólo me interesaban los rostros de Spadolini, de mis hermanas y de mi cuñado. Pero en sus rostros no vi ningún indicio de lo que pasaba en aquel instante en el interior de los propietarios de aquellos rostros. No me revelaban nada. Estaban completamente inmóviles y eran como cortinas, detrás de las cuales, por decirlo así, lo escondían todo. Yo había esperado que aquellos rostros revelaran todo lo que había detrás, mientras que, en realidad, ocultaban completamente todo lo que había detrás, ocultaban todo lo que hubiera sido interesante para mí. Son todos ellos astutos, muy dueños de sí mismos, pensé, cuando todavía estaba delante de ellos, por un instante inseguro, preguntándome si quizá habrían descubierto mis intenciones. Spadolini era muy capaz de ello, lo mismo que mis hermanas. El único que había mostrado su

verdadero rostro, sin echar las cortinas por así decirlo, había sido mi cuñado, el fabricante de tapones para botellas de vino, que no había echado ninguna cortina para ocultar su estupidez y que tampoco tenía conciencia alguna de esa estupidez, según pensé, todos los demás habían echado las cortinas de sus rostros, pero mi cuñado, el fabricante de tapones para botellas de vino, era el único de los que estaban en aquel instante ante los féretros que no me interesaba en absoluto. Sin embargo, detrás de las cortinas echadas de sus rostros tienen sin duda los pensamientos más interesantes para mí, me dije. Y sé *qué* pensamientos, no tengo que abrir de par en par las cortinas para saber *qué* piensan ahí detrás, *qué* pasa ahí detrás, pensé. Cuidadosamente, como correspondía a la ocasión, levanté otra vez uno de los paños mortuorios para volver a dejarlo con toda calma sobre los bloques de hielo, mientras tenía conciencia sin embargo de mi infamia al tratar de averiguar sólo lo que había de innoble e infame detrás de las cortinas echadas de los rostros. Lógicamente, Spadolini había cogido del brazo a Caecilia. Una escena de cine, pensé. Rostros de cine, pensé. Rostros de actores de cine. Retrocedí rápidamente, como si en aquel instante hubiera tenido conciencia de haber perturbado un acto solemne al acercarme, y me situé otra vez detrás del grupo funeral. Los cazadores estaban irritados, pero trataban de no perder el dominio de sí mismos a pesar de esa irritación. Una escena de cine, pensé. Los cadáveres expuestos eran ya como de cera, de un gris sucio ya. Habría que lavarlos, aquellos rostros hundidos de un gris sucio, por la mañana, pensé, daré la orden, que no se me olvide. De pronto Spadolini se arrodilló ante el féretro de nuestra madre. La escena era penosa. Mis hermanas no pudieron hacer otra cosa que arrodillarse también. Yo, naturalmente, me quedé de pie. Durante dos o tres minutos, mucho tiempo en una situación así, Spadolini y mis hermanas estuvieron arrodillados ante los féretros. Una escena de cine, volví a pensar. Antes de entrar en la *Orangerie*, el arzobispo Spadolini ha recuperado fuerzas con una cena, pensé. Primero cenar, luego rendir honores, pensé. Con qué elegancia se pone en pie, pensé entonces, a diferencia de mis hermanas, que lo hacen con unos remilgos francamente torpes. Spadolini se volvió hacia mí, como si quisiera preguntarme, ¿y ahora qué? Yo me dirigí a la salida. Spadolini salió de la *Orangerie*. Fuera estaba de repente por completo oscuro. Sin duda nuestra madre había resultado tan gravemente herida, dijo Spadolini en voz muy baja, que no se la había podido exponer como a nuestro padre y a Johannes. Y luego, unos pasos más allá, yendo hacia el edificio principal, que cómo se había producido el accidente. Mis hermanas fueron incapaces de darle una explicación. Yo, sin embargo, le dije a Spadolini lo que había leído en los periódicos, con frases cortas, como si me limitara a ordenar los titulares de los diarios. *Después de un concierto*, dije. *Ah, después de un concierto*, dijo Spadolini. *Nuestras vidas están en manos de Dios*, dijo. *Y, naturalmente, no comprendemos a Dios. No tenemos fuerzas para comprenderlo. Dios os dé fuerzas para enfrentaros con vuestras vidas*, dijo. Luego quiso sólo irse a su habitación, retirarse hasta los funerales. *Rogaré por los difuntos*, dijo. *Nuestros queridos difuntos*. Como mis hermanas habían creído que Spadolini

pasaría con nosotros la velada, se sorprendieron mucho cuando Spadolini las dejó sencillamente plantadas. Así quedaban bruscamente otra vez reducidas a mí y dijeron que podríamos beber aún un vaso de vino arriba, en el salón. Mi cuñado se mostró dispuesto. Yo, sin embargo, quise terminar el día a mi modo y no volver a ver a los míos. Dije que me iba a mi habitación y dejé a mis hermanas y a mi cuñado sencillamente plantados, exactamente igual que Spadolini antes que yo, y me fui a mi habitación. Allí me cerré con llave al principio, pero no tenía intención de irme a la cama enseguida, eso hubiera sido de lo más tonto, porque no podía pensar en dormir. Lo que Spadolini ha dicho sobre nuestra madre es al fin y al cabo superficial, pensé, ha pintado a nuestra madre como quería mostrárnosla ahora, vista por él en el momento actual, pensé, esa contemplación superficial suya ha mostrado a nuestra madre como quería verla ahora, sentado con nosotros a la mesa, y no como la veía realmente, esa madre amante de Austria, amante de la Música, amiga del género humano, incluso amiga de los artistas en calidad de madre, de tal forma que a mí mismo, en atención a Spadolini, me había resultado penoso, aunque no a mis hermanas, que habían tomado en serio las palabras de Spadolini que, sin embargo, no se podían tomar en serio, aunque la verdad era que había hecho una descripción francamente buena de la excursión al Etna, pensé, se había esforzado por describir la excursión al Etna *de tal manera* que yo, más o menos, no había tenido nada que objetar, pero sin embargo la había descrito de tal manera que, sin embargo, sólo podía calificarse de episodio superficial por los que habían oído su descripción y que, al fin y al cabo, no habían sido testigos de ese episodio, a diferencia de mí, que sin embargo tenía en la cabeza también lo diabólico de ese episodio del Etna, como pensé, sentándome en el sillón, sin encender la luz y dejando que la oscuridad me hiciera efecto, él había descrito el episodio del Etna como algo anodino más o menos sin importancia, contándolo como si no tuviera *nada de diabólico* en sí, según pensé, cuando sin embargo fue diabólico, *completamente diabólico*, pensé ahora. Spadolini contó una inocente excursión de Taormina a Catania y sobre el Etna, pero fue cualquier cosa menos una excursión inocente. El descenso de los dos desde la meseta del Etna había sido *diabólico, maquinado* por los dos, pensé, tanto por mi madre como por Spadolini. Aprovecharon la tormenta de nieve, pensé. Aprovecharon las fisuras del hielo. Tuvieron en cuenta los remolinos de nieve y, deliberadamente, descendieron en medio de aquella tormenta de nieve, pensé, me abandonaron de forma desvergonzada en la meseta del Etna sin que supiera nada, como pensaron, porque al fin y al cabo los dos eran siempre cualquier cosa menos inocentes, pensé, y siempre tuvieron el cálculo por principio. Spadolini había descrito a nuestra madre en la mesa como si ella hubiera sido realmente alguien inocente, alguien que lo quería a él inocentemente, que lo veneraba, pero nuestra madre no era así, pensé. No era alguien inocente que había hecho con Spadolini una inocente excursión al Etna, sino alguien astuto, cuya astucia no cedía en nada a la de Spadolini, al contrario, la astucia de nuestra madre era mucho más *retorcida*, pensé, porque nuestra madre fue siempre

*retorcida*. Esa fea palabra me pareció en aquel instante la más exacta y no vacilé un instante en utilizarla. Los dos fueron *siempre retorcidos*. Mi madre había sido descrita por Spadolini como si se tratara en su caso de una mujer superficial, que sólo tuviera aspectos positivos, que no conociera el mal, se protegiera del mal, no lo dejara acercarse, pensé, pero mi madre era totalmente distinta, *ella era el Mal*, pensé, sin vacilar en desarrollar ese pensamiento, continuarlo ahora, sentado en el sillón. Mi madre era *el Mal personificado*, pensé, y Spadolini no había podido dejar de ver ese Mal personificado de nuestra madre, para eso era demasiado inteligente, demasiado *adiestrado en lo intelectual*, como me dije, para utilizar una expresión acuñada por el mismo Spadolini. Había descrito a mi madre durante aquella pequeña cena como una mujer de mundo incluso, por decirlo así, lo que ella no fue nunca, porque mi madre era típicamente provinciana, una arribista, alguien absolutamente anticultural, pensé, ese concepto me pareció de repente más aplicable a mi madre que ningún otro, a quien nunca gustó Mahler, que, en general, no admiraba a ningún compositor y siempre abusaba de la Música sólo como un medio que le permitía exhibir sus más recientes vestidos de mal gusto en una sociedad que ella adoraba, aunque no había nada que adorar, porque es la más repulsiva que existe, pensé. Para quien ningún cuadro significaba nada, ninguna obra de arte en general, que despreciaba todo lo que tenía que ver con el arte. Spadolini nos había presentado una madre que le había enseñado a querer a Florencia, cuando nuestra madre sólo de mala gana iba a esa antigua ciudad, sólo de mala gana a las iglesias antiguas como obras de arte, sólo de mala gana a cualquier concierto, a cualquier exposición y, al fin y al cabo, nunca leyó un buen libro, lo que era también típico, me dije. Spadolini nos había servido una madre totalmente falsificada, me dije. Qué insulso me pareció de repente el discurso de Spadolini sobre nuestra madre, totalmente hipócrita, mentiroso, totalmente hecho a medida para la ocasión, que en la mesa calificó siempre además de *triste suceso*, sin sentir al hacerlo verdadera tristeza, de eso no era capaz. Al fin y al cabo, mi madre era de repente, no a los ojos de Spadolini sino tal como la había descrito, una persona de mucho gusto, totalmente alegre, como él dijo, optimista, una mujer interesada por todo, una buena madre, una educadora nata. Y por añadidura un ama de casa nata, pensé. Spadolini la había calificado varias veces de *el alma de Wolfsegg*, pensé. De competente observadora de la Naturaleza, y también de señora hospitalaria, *señorra hospitalarria* había dicho. Spadolini nos hablaba de alguien que, con el tiempo, había hecho de Wolfsegg un paraíso para todos nosotros, caracterizado por la bondad y la alegría de vivir, de alguien a quien *teníamos* que querer. Spadolini hablaba de alguien para quien ser querido por su entorno había sido, por decirlo así, la cosa más natural del mundo. *Vuestra madre era la bondad personificada*, nos dijo Spadolini, ella lo mantenía todo unido aquí. Vuestra madre era *un alma de Dios*, había dicho literalmente, y ahora me preguntaba aún de dónde había sacado esa expresión insulsa. En el discurso de Spadolini una mentira tiraba de la otra, por decirlo así, pensé. Pero Spadolini no es un mentiroso sino *alguien totalmente calculador*, pensé. La forma en

que ha dicho ese *alma de Dios* es realmente inimitable. Nadie que yo conozca, pensé, sería capaz de decirlo con una suavidad y una nobleza tan naturales. Sólo el arzobispo Spadolini, pensé, sentado en el sillón, absorbiendo la oscuridad. Al fin y al cabo, era un placer para mí repetir palabra por palabra para mí los cálculos de Spadolini, su acento, estudiar el arte oratorio de Spadolini. De Spadolini puedo aprender mucho, pensé, siempre de nuevo. La forma en que había pronunciado la palabra *Caecilia*, cuando vio a Caecilia por primera vez después de su llegada, la palabra *Amalia*, la palabra *cuñado*, que le había venido a los labios con una torpeza tan increíblemente calculada, pensé. La forma en que se dio la vuelta cerca de la *Orangerie* y miró al edificio principal, para decir: *ese edificio soberrrbio, esa obra de arte extraordinaria*. La forma en que le dijo a Amalia: *tu madre me ha hablado mucho de ti, sólo bien*. Y a Caecilia: *tu madre te dedicaba siempre elogios*. Y a mí: *tu madre lo esperaba todo de ti. También había hablado de Johannes, hablando de él como hombre piadoso, que había sido el mejor parecido que había visto nunca, la personalidad más pura, el interlocutor más reservado. El hermano tranquilizador, abnegado*, había dicho Spadolini. Johannes le había *llegado al corazón*, como también mi padre, los dos, desde el principio, le habían *llegado al corazón*. A Johannes le enseñé una vez los palacios vaticanos, dijo Spadolini, y le presenté al Santo Padre, dijo. *De repente se ha producido aquí un vacío*, había dicho también Spadolini pero, inmediatamente después, que *personas nuevas se harán cargo de Wolfsegg* y todo será para bien. Entretanto, probablemente le habrán planchado también la chaqueta, como él deseaba, pensé, los pantalones, mis hermanas le plancharán la ropa, mientras él, en la habitación de mi padre, reza por todo lo que nos afecta, pensé. Antes iba a la capilla a rezar, pensé, pero hoy teme que le molesten los invitados que, como él, pasan la noche en la casa. El duelo es una hermosa virtud, ha dicho, pensé. El Todopoderoso cierra una puerta para abrir otra, dijo. De repente me asquearon sus palabras, que desde luego conocía demasiado bien pero que sin embargo nunca había sentido antes con tanta claridad como asquerosas. Después de haberse comido el asado, después del relato del Etna, pensé, él había dicho también que la última vez mi madre lo había visitado en su despacho, *llorando y sintiéndose miserable*, así él mismo. Llorando y sintiéndose miserable vino a verme a Roma, había dicho, buscando en mí ayuda. Todavía hoy no sabía el motivo de su desesperación. Quiso saber si conocíamos el motivo de la desesperación de nuestra madre. Algo que tenía que ver con vuestro padre, dijo. Algo que a él, nuestro padre, lo había afligido en relación con Wolfsegg. Ella, nuestra madre, había sentido siempre *las mayores preocupaciones por Wolfsegg, las mayores de todas por sus hijos*, por nosotros. Con nadie había podido hablar mejor que con nuestra madre, que sabía también escuchar muy bien, y era exactamente lo contrario, pensé, nuestra madre nunca supo escuchar, interrumpía siempre, nunca dejaba a nadie terminar de hablar, destruía siempre toda conversación desde el principio. No soportaba las conversaciones. No dejaba que surgiera ninguna conversación, pensé. Con la mayor

falta de escrúpulos se apoderaba de la escena, destruyendo cualquier conversación. Eran tan tontas sus observaciones, pensé, con las que aniquilaba cualquier conversación. Era una de sus cualidades insoportables el aborrecer toda conversación, y más aún cuando se trataba de una conversación, así llamada, intelectual, por decirlo así, de una conversación *más elevada*, eso no lo soportaba y la hacía más o menos pedazos con su tontería. Ella era la que hacía pedazos nuestras conversaciones, pensé. Todos padecían por ello. Spadolini había trazado su retrato de nuestra madre de la forma más desvergonzada, pensé, como lo trazan los que quedan para presentarse ellos favorablemente. Ha dicho que ella *escuchaba a Mahler como un ángel*, cuando se aburría mortalmente en todos los conciertos, se tocase lo que se tocase, sólo cuando era de lo más superficial se le iluminaba el semblante, pensé. Sólo cuando era el libro más superficial leía unas páginas, tampoco más, porque aborrecía la lectura más que nada. Fingía en todas y cada una de las cosas y se apoderaba de todo, pensé, lo falsificaba todo desconsideradamente y al mismo tiempo lo degradaba, no tenía el menor respeto por las creaciones del espíritu, pensé. Por eso aborrecía a mi tío Georg y por ese motivo me aborrecía también, aborrecía todo lo que tenía que ver con el espíritu, pensé. Spadolini había ido lejos, demasiado lejos, pensé, cuando dijo que nuestra madre era, cosa insólita en una mujer, dijo además con su pasión característica, alguien interesado en todo lo espiritual, *una persona con sensibilidad artística*, dijo. En verdad, a nuestra madre no le interesaba en absoluto el espíritu y estaba a millas de distancia de ser una persona con sensibilidad artística, hasta mi padre, a quien en el fondo le era indiferente si su mujer estaba interesada o no en el espíritu, si era una persona con sensibilidad artística o no, la llamaba al fin y al cabo a cada instante *palurda sin espíritu*, y mi padre, pensé, el *compañero de su vida*, debía de haberla conocido al fin y al cabo mejor. Spadolini enriqueció aún la glorificación de nuestra madre con la observación de que nuestra madre había tenido una *fibra filosófica*, *fib rr* a dijo unas cuantas veces, lo que dio incluso a su hipocresía un acento amable, cuando dijo esa palabra, *fib rr* a, pensé aún que había dicho la palabra *fib rr* a de una forma especialmente amable, sin reflexionar en lo que realmente expresaba con la palabra *fib rr* a. En él, el cómo tapaba siempre el qué, pensé. No podía faltar que calificase también a nuestra madre de persona devota, una auténtica hija de la Iglesia, una buena cristiana. En Roma, nuestra madre, naturalmente en la Via Condotti, le había comprado un camisón de seda que, sin embargo, él llevaba sólo *en los auténticos días de fiesta*. Ella lo había elegido, dijo, y había elegido lo más bonito y lo mejor. Vuestra madre me cuidaba como una madre, dijo de pronto. Muy a menudo ella se sentía infinitamente sola, abandonada de todos, dijo. En Wolfsegg, entre vosotros, dijo Spadolini, totalmente sola, realmente sola. Un ser solitario también, dijo sobre mi madre, que huía más que nada de la soledad a un mundo que aborrecía por aburrido, como, a diferencia de Spadolini, me consta. De Spadolini, curiosamente, pasé a Goethe: al Goethe granburgués que los alemanes han cortado y cosido convirtiéndolo en Príncipe de los Poetas, le había dicho la última

vez a Gambetti, al bueno de Goethe, el coleccionista de insectos y aforismos, con su empanada filosófica, así yo a Gambetti, que naturalmente no comprendió la palabra *empanada*, de forma que tuve que aclarársela. A Goethe, el pequeñoburgués filosófico, a Goethe, el eterno oportunista, del que Maria decía siempre que no había puesto el mundo de cabeza sino que se había metido él de cabeza en los jardincillos de verduras alemanes. A Goethe, el clasificador de minerales, el astrólogo, el que se chupa filosóficamente el dedo de los alemanes, el que les metió su mermelada espiritual en tarros para todos los fines y ocasiones. A Goethe, que empaquetó perogrulladas para los alemanes y se las hizo vender por Cotta como bien supremo del espíritu, haciendo que los profesores se las metieran por los oídos hasta taponárselos definitivamente. A Goethe, que traicionó el espíritu alemán más o menos para siglos apoyándolo en la mediocridad de los alemanes con esa laboriosidad que calificué delante de Gambetti de laboriosidad goethiana. A Goethe, el flautista de Hamelín filosófico, como le dije a Gambetti la última vez. Goethe era el alemán de uso corriente, le había dicho a Gambetti, los alemanes toman Goethe como una medicina y creen en sus efectos, en su virtud curativa; Goethe no es en el fondo otra cosa que el curandero de los alemanes, le había dicho a Gambetti, el primer homeópata alemán del espíritu. Por decirlo así, ingieren Goethe y se encuentran bien. Todo el pueblo alemán ingiere Goethe y se siente bien. Pero Goethe, le dije a Gambetti, es un charlatán, como son charlatanes los curanderos, y la poesía y la filosofía goethianas son la mayor charlatanería de los alemanes. Tenga cuidado, Gambetti, le dije a éste, guárdese de Goethe. Levanta el estómago a todo el mundo, le dije, salvo a los alemanes, ellos creen que Goethe es una de las maravillas del mundo. Y, sin embargo, esa maravilla del mundo no es más que un pequeño hortelano filosófico y burgués. Gambetti soltó la carcajada cuando le expliqué qué era un pequeño hortelano. Eso no lo sabía. En resumen, le dije a Gambetti, la obra goethiana es un huertecillo filosófico burgués. Goethe no ha alcanzado lo más alto en nada, le dije, en todo ha dado sólo la media. No es el mayor poeta lírico, no es el mayor prosista, le dije a Gambetti, y sus obras teatrales son, comparadas con las de Shakespeare, como un enorme perro pastor de los Alpes frente a un raquíptico perro salchicha de las afueras de Fráncfort. El *Fausto*, le había dicho a Gambetti, ¡qué megalomanía! El intento totalmente fracasado de un megalómano escritor, le había dicho a Gambetti, a quien se le subió a la cabeza francfortense el mundo entero. Goethe, el francfortense y weimariense megalómano, el granburgués megalómano en sus relaciones con las mujeres. Goethe, el que hizo perder la cabeza a los alemanes, el que los lleva sobre su conciencia desde hace ya ciento cincuenta años, tomándoles el pelo. Goethe es el enterrador del espíritu alemán, le dije a Gambetti. Si lo contraponemos a Voltaire, Descartes, Pascal, le dije a Gambetti, a Kant, pero naturalmente también a Shakespeare, Goethe resulta espantosamente pequeño. Príncipe de los Poetas, qué concepto más ridículo y, por añadidura, radicalmente alemán, le había dicho a Gambetti. Hölderlin es el gran poeta lírico, le había dicho a

Gambetti, Musil el gran prosista y Kleist el gran autor dramático, Goethe no es ninguna de las tres cosas. Entonces volví otra vez a lo que Spadolini había dicho sobre mi madre, que ella era alguien especial y pensé, Spadolini tiene razón en la medida en que todo el mundo es especial, sin excluir a mi madre, pero él, Spadolini, no lo ha dicho en ese sentido, Spadolini ha falsificado a mi madre *de una forma oportunista*, nos la ha presentado, durante la cena, como alguien especialmente bueno, especialmente culto, alguien especialmente interesado por todo, lo que no era, porque, en el fondo, mi madre era totalmente ordinaria, nada especial en absoluto, no había en ella nada de extraordinario, por no decir que era especialmente despiadada y especialmente tonta en mi opinión, especialmente vanidosa de una forma primitiva y, eso pensé también, especialmente avara. Pero quizá Spadolini no sabía eso, no podía saberlo. Si pienso sólo en los muchos, así llamados, pisos en propiedad que nuestra madre adquirió *en secreto*, en todas las ciudades imaginables, en su mayor parte a espaldas de mi padre que, posiblemente, no sabía nada de la auténtica avaricia de ella, no la valoraba de una forma que le permitiera descubrir esa avaricia, pensé. Pienso sólo en el perverso entusiasmo de ella por las acciones de bolsa. Spadolini, durante esa cena, nos ha falsificado a nuestra madre de una forma inadmisibile, nos ha presentado, por decirlo así, una madre opuesta a la real, de una forma encantadora, como él sabe hacerlo, pensé, ha idealizado a nuestra madre mucho más aún que a nuestro padre, a quien al fin y al cabo había idealizado ya antes de la forma más insoportable, por cálculo. Y lo que nos ha dicho a nosotros, a mis hermanas y a mí, pensé ahora, conduce también, en el fondo, a una idealización de nosotros mismos, una idealización totalmente inadmisibile que, sin embargo, yo he calado, pensé, que no se me ha escapado porque, entretanto, tengo buen oído para los acentos de Spadolini. El Spadolini calculador era el que se sentaba frente a nosotros en esa cena, el Spadolini calculador fue con nosotros a la *Orangerie* para representarnos entonces en la *Orangerie* una comedia fúnebre igualmente calculadora, pensé. Y ha idealizado Wolfsegg, porque el Wolfsegg que nos describe no tiene nada que ver con el real. El hombre de Iglesia, ya en sus primeras horas aquí, ha hecho florecer su indescriptible arte del cálculo, pensé, su calculado arte de la falsificación, ante nuestros ojos y oídos, por decirlo así, ha hecho de zoquetes, intelectuales, y de malvados, santos, de analfabetos, filósofos y de verdaderamente abyectos, caracteres elevados. De la fealdad, belleza, de la abyección y bajeza, grandeza interior y exterior, de seres inhumanos por decirlo así, seres humanos, para ser exactos. De un país atroz, un paraíso y de un pueblo embrutecido, uno digno de admiración. Spadolini ha levantado a los muertos ahí expuestos a una altura que en ningún sentido les corresponde. Los ha *falsificado básicamente*, pensé, y nos ha vendido esa falsificación de una forma totalmente inadmisibile, como real y verdadera. Por decirlo así, ha abusado de nuestros ojos y oídos al engañarlos deliberadamente, sólo para presentarse lo más favorablemente posible, para quedar lo más tranquilo posible, ponernos de su parte, lo que, sin embargo, ha sido un completo error por su parte, me



dije, porque ha llevado demasiado lejos sus falsedades y falsificaciones. Spadolini nos ha subestimado, pensé, también a mis hermanas, que en definitiva no son tan tontas como para dejarse sugerir e imponer por Spadolini ahora unos padres, y por añadidura un hermano, magníficos y dignos de elogio, lo que tampoco fueron nunca para ellas, para eso no son suficientemente tontas, para dejarse engañar por Spadolini, para caer, por decirlo así, en la trampa de sus falsificaciones, pensé, también mis hermanas han tenido sin duda la sensación de que Spadolini disparataba, de que no estaba soltando más que un disparate oportunista y superficial, lo mismo que es costumbre en esas situaciones que los deudos, *en presencia de la muerte*, como suele decirse con tan mal gusto, hagan de repente deliciosos a los difuntos que, sin embargo, durante toda su vida, fueron intragables e insoportables. También él se ha sometido a la norma, me dije, de presentar a los muertos bajo una luz que no les sienta bien, pensé, Spadolini ha puesto ahora a los difuntos expuestos bajo una luz tan clara que resultan francamente poco apetitosos. El muerto ha llevado una vida real, me dije ahora, sea la que fuera, y nadie tiene derecho a falsificarla, a convertir de repente la naturaleza que fue en una antinaturaleza, porque le resulte útil, porque con ello quiera presentarse en escena favorablemente. Spadolini ha querido presentarse en escena favorablemente con la descripción de mi madre, como con la descripción de mi padre, como con la descripción de mi hermano, pensé. El hombre de Iglesia se ha presentado en escena favorablemente, de una forma que me ha horrorizado todo el tiempo, ésa es la verdad, pensé. Spadolini ha creído probablemente que éramos tan primitivos como para dejarnos engañar por él, que tenía que pintarnos a los muertos como nos los ha pintado en la mesa, deformados, del revés, pensé. Spadolini ha pintado seres humanos que nunca había visto, no ha vacilado en presentar una mentira tras otra a nuestros oídos, a nuestros ojos, que sin embargo siempre han oído bien y han visto bien, según pienso, y por consiguiente algo totalmente distinto que Spadolini. Spadolini es el falsificador nato, me dije ahora, el oportunista nato, por consiguiente el Príncipe de la Iglesia nato. De repente comprendí por qué había hecho Spadolini una carrera tan increíble, por qué se había desarrollado ésta *tan vertiginosamente deprisa*, hasta las más altas alturas. Ésa es la ventaja que tiene Maria sobre mí, pensé, su mirada realmente insobornable que no se deja engañar por ningún signo exterior, nunca se ha dejado engañar por los signos exteriores de Spadolini, por su arte depurado de la persuasión, pensé. Nunca, pensé. Maria ha valorado siempre exactamente a Spadolini, no lo ha admirado como yo, siempre se ha sentido repelida por él. Spadolini me resulta antipático, para ti es peligroso, me ha dicho muy a menudo. Spadolini es peligroso para todo lo que toca, ella lo ha llamado siempre también el *peligroso Spadolini*. Hoy hemos tenido a la mesa a ese *peligroso Spadolini*, pensé. Tenemos en la casa al que Maria califica de *peligroso Spadolini*, pensé. Canonizamos enseguida a los muertos para sentirnos seguros y tranquilos ante ellos es también una frase de Maria, pensé. Como tantas veces, pensé que me había equivocado con Spadolini. El repulsivo Spadolini. Al fin y al cabo, en este estado

estoy también en Roma una y otra vez, me siento repelido por Spadolini, y luego, al día siguiente, a la hora siguiente, otra vez fascinado por él. Esas personas repelen continuamente y fascinan otra vez, pensé. Spadolini es un ejemplo de una persona que repele y fascina y, muy a menudo, no estamos seguros de si estamos ahora fascinados por él, o repelidos, debemos, podemos dejarnos fascinar ahora por él o tenemos que sentirnos repelidos por él. Sin embargo, no podemos renunciar a una persona así, nos decimos, y yo nunca he podido renunciar a Spadolini. Luego, en Roma, pensé, iré otra vez a verlo y me dejaré repeler y fascinar, pero sin embargo siempre me dejaré más fascinar que repeler y él es para mí el Indispensable, pensé. Yo sólo he tenido siempre al *Spadolini indispensable*, pensé y, al mismo tiempo, que en aquel instante, sin embargo, el repelente estaba en la habitación de mi padre, ocupado probablemente a su estilo, a su estilo spadoliniano, en llevar adelante tanto como podía, hasta el límite, sus cálculos en relación con el mundo. Spadolini va siempre en sus cálculos hasta el límite, no tiene miramientos consigo mismo, pensé, antes de irse a la cama se traga media docena de pastillas y se observa en el espejo. Posiblemente lleva el camisón de seda que mi madre le compró, duerme con él, las faltas de gusto de Spadolini son las opuestas a las faltas de gusto de nuestra madre, pero son faltas de gusto. Durante la cena, él ha evitado penosamente, como suele decirse, recordar, por algún error suyo, sus innumerables encuentros secretos con mi madre, aunque al fin y al cabo conozco casi todos esos encuentros, y también mis hermanas. Yo pensaba todo el tiempo, qué hábilmente habla de un encuentro conocido, pasa de largo otro, por decirlo así desconocido, pasando de largo sencillamente también con el pensamiento, y de esa forma le ha sido posible apartar sencillamente los encuentros secretos. Pero no hubiera debido apartarlos, pensé, ha sido mucho más penoso, como suele decirse, apartar precisamente esos encuentros secretos que hablar de ellos abiertamente, Spadolini se habría ahorrado entonces mucha tensión nerviosa, pensé, hubiera podido contarlos todo mucho más tranquilamente, no hubiera tenido que presentar con una prudencia tan excesiva sus esbozos ante nosotros, que al fin y al cabo sabemos posiblemente más sobre sus encuentros secretos con nuestra madre que sobre los, por decirlo así, difundidos. Pero Spadolini ha sido siempre un hombre excesivamente prudente, y precisamente *por ello* el Admirable, no sólo el por mí admirado, pensé, no sólo el diplomático nato. Spadolini ha hablado de la excursión al Etna, pensé, que fue interesante, pero sin embargo no tan interesante como la excursión a Siracusa, como la excursión a Trapani, por no hablar del viaje a Malta que hizo con mi madre, a mis espaldas. Contar esos viajes y excursiones hubiera sido indudablemente más interesante, en cualquier caso para mí, aunque también mucho más penoso para él, Spadolini, pensé. Tuve que pensar en las muchas cuentas de hotel que nuestra madre se dejaba una y otra vez en su habitación, en las que siempre se incluía a dos personas, esa segunda persona era Spadolini, al que mi madre, en todos esos viajes y excursiones, lógicamente, como suele decirse, *mantenía*. El arzobispo viajaba a costa de ella y ella

se salía con la suya. Al mismo tiempo yo pensaba que, sin embargo, había que sentirse altamente conmovido al pensar que ella hizo excursiones y viajó con Spadolini durante más de treinta años y, en ese tiempo, ni Spadolini se cansó de ella ni mi madre de Spadolini, como me consta, su relación no se debilitó nunca, al contrario, al envejecer los dos sólo se intensificó. Para mi padre esa relación fue siempre conveniente, pensé, gracias a ella pudo reprimir a mi madre cada vez más. Mi padre era el resignado consciente que, en ese papel, que representaba en secreto, también delante de los dos, resultaba magnífico, como me consta. Mi padre no tuvo nunca nada contra esa relación, quizá muy al principio, pero sin embargo debió de pensar que la culpa era suya, porque fue él quien presentó a mi madre a Spadolini, de quien tenía que saber cómo era. Mi padre contempló durante treinta años, con la mayor naturalidad, cómo evolucionaba esa relación desde una relación infame y turbulenta hasta una necesaria para la existencia, como tenía que pensar, tranquilizado, a la que había que dejar en paz. Spadolini, durante la cena, se había guardado todo lo que realmente le resultaba más querido de su relación con nuestra madre, sólo mencionó y ponderó lo accesorio, eso nos lo echó, por decirlo así, como pasto, dejándose quitar, pero no lo que le era precioso. Sin embargo, Spadolini hubiera podido decirlo todo tranquilamente y, por consiguiente, reconocerlo, pensé, al fin y al cabo nosotros estábamos en el secreto desde hacía años y, por ello, nos tuvo que resultar penoso una vez más su comportamiento, cuando para nosotros, desde hacía tiempo, nada nos resultaba ya penoso. Pero Spadolini no había llegado a pensar que sabíamos más que él, me dije, que desde hacía tiempo habíamos sacado conclusiones de ese saber más, cada uno por su cuenta, yo a mi modo, mis hermanas al suyo y que para nosotros era ya cosa pasada lo que para Spadolini seguía siendo una razón para guardar reserva, quiero decir para cerrarse y encerrarse, para guardar el secreto. En ese sentido, resultaba también ridículo ser testigos de los recuerdos que Spadolini tenía de nuestra madre. Spadolini se las arreglará muy bien sin nuestra madre en el futuro, pensé ahora, en el fondo hace tiempo que ha terminado con ella, sólo tiene aún pendientes las formalidades de los funerales, pensé. En Roma me contará aún muchas historias de mi madre, pensé, tomará a mi madre como pretexto para recibir también de mí más dinero, como pensé de repente, para sacármelo por el rodeo de mi madre muerta. Sin embargo, ese pensamiento me horrorizó al instante y me horroricé profundamente de mí mismo, y me habría sentido feliz si no lo hubiera pensado pero, en el curso de mis reflexiones en relación con la cena con Spadolini, no había podido ya contenerlo ni apartarlo. Tenía que ser pensado, me dije, como tantos otros pensamientos que no quieren ser pensados pero tienen que ser pensados por nosotros. No había que pensar en dormir y, como es natural, tampoco quería tomar ninguna pastilla, teniendo en cuenta el madrugón que me esperaba, de forma que traté de pasar el tiempo leyendo, ese método acreditado millones de veces, al que me he acostumbrado desde hace decenios. Pensé en *Kierkegaard* y en su *Enfermedad mortal* y, como tenía idea de que el libro se encontraba en la librería más próxima a mí, la de

arriba a la derecha, salí de mi cuarto, haciendo el menor ruido posible, para buscar el libro de Kierkegaard, había leído la *Enfermedad mortal* hacía muchos años, por lo menos veinte. Sin embargo, al ir hacia la biblioteca me pareció ridículo querer leer precisamente la *Enfermedad mortal* y precisamente un libro de Kierkegaard, teniendo en cuenta las circunstancias y, consciente de que Spadolini estaba en la proximidad más próxima, que realmente era una idea perversa querer leer entonces a Kierkegaard y su *Enfermedad mortal*, pensé, y me di la vuelta ya antes de la biblioteca, porque me pareció absurdo, en general, leer cualquier libro entonces; la verdad es que no podía imaginarme qué libro podría interesarme realmente, incluso cautivarme, pensé quizá un Jean Paul, un Börne, luego quizá un Kleist, quizá Heine, pensé otra vez, o *directamente un Schopenhauer*, pero no había sido buena la idea de querer leer algo, en general, en lugar de quedarme tranquilamente en mi cuarto y, sencillamente, reflexionar; cuánto tiempo hace que no me he estado tranquilo, reflexionando sencillamente, me dije, y volví a mi cuarto, me senté y, con las piernas estiradas, cerré los ojos. Sin embargo, estaba ya demasiado intranquilo para poder quedarme sentado tranquilamente mucho rato en el sillón, había perdido la ocasión, ya no era posible, de forma que me levanté y fui de un lado a otro por mi cuarto, pero tampoco con ese ir de un lado a otro podía tranquilizarme, porque tenía continuamente en la cabeza el pensamiento de cómo pasar la noche, aquella noche indudablemente más terrible que todas las noches, como pensé, que no acabará nunca, sin que pueda hacer nada para acortarla, ya puedo reflexionar lo que quiera que no podré acortarla, y la verdad es que nada temo más que esas noches que no acaban nunca, que no pueden acortarse, yo, que me domino y que, desde hace ya tiempo, no tomo ya pastillas; apenas pienso que no podré dormirme son ya las doce y media o la una y media de la madrugada, y entonces no tomo ninguna pastilla y el problema se resuelve, porque ahora no puedo tomar una pastilla de ningún modo, según pensé, porque tenía que levantarme como muy tarde a las cuatro para iniciar el día de los funerales. Abrí la ventana para dejar entrar aire fresco pero no entró aire fresco, el aire que entró era cálido y pesado. Curiosamente, el aire de la habitación era más puro que el de fuera, y cerré otra vez la ventana. Spadolini puede permitirse tomar una pastilla, pensé, lo envidié por eso, él puede quedarse en la cama hasta las ocho o las nueve, pensé. Y mis hermanas han dormido siempre bien, las muy tontas, pensé. En su vida han tomado nunca una pastilla. Sin embargo, como no podía tomar una pastilla ni quería leer nada, porque en aquel momento me asqueaba también cualquier clase de literatura, también la francesa, incluso la inglesa, según pensé, de la que normalmente, cuando no soportaba ya la alemana, abusaba sin más, por decirlo así como medio de superar la noche, según pensé, tenía que ocurrírseme algo distinto, porque quedarme sencillamente allí sentado o ir de un lado a otro resultaba por una parte insuficiente, y por otra imposible, como al fin y al cabo había visto ya. Pensé si no sería mejor salir del cuarto e incluso de la casa, y me puse la chaqueta y salí del cuarto y bajé al vestíbulo. Eché una ojeada a la cocina, en donde las chicas de la

cocina no habían recogido en absoluto el bufé totalmente revuelto por los invitados, lo que me dio que pensar, porque eso revelaba una negligencia de las chicas de la cocina y naturalmente, de forma indirecta, también una negligencia de mis hermanas como señoras, en cualquier caso una situación de descuido que habría que cambiar, y descubrí que la pila de periódicos seguía estando sobre la mesa. Me senté a la mesa y cogí los periódicos tal como me venían a las manos, y creí poder leer y mirar ahora esos periódicos con tanta desenvoltura como hacía unas horas mi cuñado, que al fin y al cabo me había enseñado ya cómo podían leerse esos periódicos con desenvoltura y sin vergüenza, pero yo no estaba en condiciones de hacerlo. Mientras que mi cuñado había sido literalmente absorbido por los periódicos, incluso de la forma más desvergonzada, yo me sentí inmediatamente repelido por esos mismos periódicos, lo que me había imaginado como placer no era de pronto más que nauseabundo, y tiré los periódicos y salí de la cocina. En el vestíbulo flotaba el olor de las personas que pasaban aquí la noche, según me pareció, sobre todo el olor de la tía del Titisee. La capilla tenía el olor de la tía del Titisee cuando entré. Posiblemente eran ya hacia las doce, ya no lo sé. La capilla me había dado siempre miedo, porque, como queda dicho, me había parecido *siempre una sala de juicios*, no sólo de niño, también más tarde, ya de mayor, y ahora tenía la misma sensación de que no podría quedarme más tiempo en ella sin verme afectado, de forma que tuve que salir. La chaqueta me daba ahora demasiado calor, me la quité, me la eché sobre los hombros y me dirigí a la *Orangerie* atravesando el parque. La *Orangerie* estaba naturalmente abierta y pensé, el parque entero está ya lleno del olor a putrefacción que despiden los cadáveres. Entraré sencillamente en la *Orangerie*, pensé, y entré en ella. Los cazadores, que seguían estando allí y no habían sido relevados, se cuadraron inmediatamente cuando me vieron entrar, mi entrada los había sorprendido por completo porque me había acercado a la *Orangerie* muy silenciosamente. Esas gentes son personajes teatrales, pensé al verlos, quien los tiene en sus manos puede hacer con ellos lo que quiera, en definitiva cumplirán cualquier orden, también la de menos sentido, la más absurda, al fin y al cabo es lo militar que hay en ellos, pensé, se les ordena salir y obedecen, se les ordena entrar y obedecen, se los envía a la muerte y obedecen. Mi padre seguía siendo aún para ellos el *Coronel*, pensé, que al fin y al cabo fue en la guerra, en la época nazi. Sin embargo, el *Coronel* no ha caído, por decirlo así, conforme a su rango, en el llamado *campo del honor*, sino que ha resultado muerto por el choque de su cabeza contra el parabrisas de su coche en el cruce de carreteras de Lambach, pensé. Otra vez quise saber si habían cambiado los bloques de hielo y si había simplemente suficientes bloques de hielo, pero para ello no hice un gesto, como hubiera sido natural, a uno de los cazadores para que se acercara, sino que me dirigí a uno de los dos y le pregunté si habían cambiado los bloques de hielo y si, simplemente, había suficientes bloques de hielo, a lo que me respondió el cazador que montaba la guardia diciendo que sí con la cabeza. Mientras hablaba con el cazador, me había sometido totalmente al ceremonial implantado allí por mis, en

resumen, diligentes hermanas. Según nuestro antiguo plan de capillas ardientes y funerales. Otra vez no pude dominarme e intenté levantar la tapa del féretro de mi madre, pero la tapa estaba realmente bien atornillada. Lo penoso de ser observado por los dos cazadores al intentar levantar la tapa me resultaba ahora ya indiferente, lo había aceptado. Al fin y al cabo, ya no sabemos lo que hacemos, me dije, cuando tenemos los nervios tensos al máximo, de forma que creemos que pueden romperse en cualquier momento. Después de retroceder desde los féretros y únicamente para no resultar imposible ante los cazadores al dejar al instante despreocupadamente la *Orangerie*, me inmovilicé otra vez ante los féretros, pero pensando sólo que los cazadores son repugnantes, los más repugnantes que existen, que no soporto ya ver sus uniformes, que detesto sus rostros y sus fisonomías me han sido siempre antipáticas, y de repente tuve miedo del día que se acercaba. Pero *todo irá como una seda*, me dije enseguida con palabras de mi hermana Caecilia, que en las últimas horas había dicho ya varias veces *como una seda*, según pensé, en lo que se refiere a las formalidades de los funerales. Puedo confiar totalmente en mis hermanas, me dije, sobre todo en Caecilia. Seguro que ella no duerme, está echada en la cama y ve desfilar ya por delante de ella el cortejo fúnebre, vigilándolo de la forma más minuciosa. Y no se le escapará nada que sea molesto o pueda hacer un efecto molesto, pensé. El arte de la composición, del arreglo, lo ha heredado Caecilia de nuestra madre, pensé, por decirlo así, de la escenificación. Y va a escenificar los funerales exactamente igual que los hubiera escenificado nuestra madre. Y al hacerlo, tendrá siempre la sensación de que nuestra madre vela por que todo se escenifique como ella quiere y no de otro modo. Se representan unos funerales, pensé, los funerales, además, de nuestros padres y nuestro hermano, puesta en escena: Caecilia, en aquel instante vi ya un anuncio de teatro en el que se indicaba exactamente lo que se iba a representar. Título, actores, puesta en escena y así sucesivamente, pensé. Los cazadores no habían perdido su dominio, ni yo tampoco, porque me quedé bastante rato ante los féretros, imaginándome el estreno que me esperaba aquella mañana, escenificado por mi hermana, y disfrutando incluso de él. De pronto pensé, qué ocurriría si, a pesar de todo, se abriera la tapa del féretro de mi madre y obligara a Spadolini a mirar el contenido del féretro, pero interrumpí ese pensamiento, violentamente. Para no dejar que surgiera de nuevo, salí de la *Orangerie*. Pero el aire fuera era ahora casi peor que antes, sofocante, casi irrespirable. Creí que si iba entonces a la Villa de los Niños, por primera vez de nuevo solo, mi estado de ánimo mejoraría, y fui a la Villa de los Niños pero antes me detuve aún en la Granja. Los animales yacían en los establos como muertos, su vista era nauseabunda, yo no soportaba las emanaciones de los cuerpos de los animales, no era como Johannes a quien siempre atrajo el olor de los animales, a quien le gustaba ese olor. No soy Johannes, pensé. Tampoco se desprendía para mí ninguna calma de los animales, como todo el mundo pretende siempre que se calma con los animales, al contrario, siempre me ponía nervioso cuando estaba con los animales y tenía que respirar el olor

de esos animales. Con el llamado amor a los animales no he tenido nunca ninguna relación, y con el paso del tiempo tampoco lo he aprendido. Los animales me han angustiado siempre. Mis sueños estaban siempre poblados de animales que me acometían y me devoraban, mi infancia me produjo siempre esos horribles sueños de animales. Una y otra vez he comprobado que, a diferencia de Johannes, los animales siempre me han causado inquietud, miedo y espanto, como suele decirse. Todavía hoy me persiguen, me atacan o me devoran los animales en mis sueños. Sin embargo, una y otra vez he intentado calmarme con los animales, porque todos los demás lo consiguen, según he pensado al respecto, pero mis esfuerzos en esa dirección, puedo decirlo, han fracasado toda mi vida. Por lo menos inquietantes me han resultado siempre los animales, hasta los más pequeños, los más insignificantes, y todavía seguía temiendo el contacto con los insectos, por ejemplo, por no hablar de los peces, que mi hermano capturaba él mismo con el mayor placer, los agarraba por la cola para romperles la cabeza y los arrojaba, todavía hoy veo a menudo los peces muertos por mi hermano bajar por el arroyo que hay detrás de la Villa de los Niños, con sus costados expuestos a la luz del sol centelleando plateadamente. Los niños de los criados no daban ninguna importancia a cortarles la cabeza a las gallinas en el tajo, al contrario, les producía el mayor placer, y también a Johannes, a quien se lo habían prohibido nuestros padres, pero que precisamente por ello lo hacía muy a menudo para su propio placer, cortar la cabeza a las gallinas. Ya de niño conseguía de un solo golpe de cuchilla cortarle la cabeza a una gallina y mirar cómo el cuerpo de la gallina, separado de la cabeza, volaba aún por el aire unos veinte o treinta metros en su loca agitación mortal. A Johannes le causaba también siempre el mayor placer mirar cómo mataban a los cerdos y cuando se sacrificaban vacas *para nuestro puchero*, como decía siempre nuestro padre. Yo lo he mirado asombrado y asistido también, pero nunca me ha causado el placer que a Johannes, a mí todo eso me ha espantado siempre, pensé. No soy Johannes. En la vaquería conté de una sola ojeada noventa y dos reses, *la cifra ideal*, así mi padre. Por lo menos aquí la explotación está aún intacta, pensé. Las conducciones de leche por encima de las cabezas de las vacas costaron trescientos ochenta mil chelines, pensé, lo recordé, mi madre lo había subrayado una vez especialmente. Naturalmente, pensé, vale la pena echar una ojeada a la lechería. Luego fui a la Villa de los Niños. Realmente habían dejado abiertas todas las ventanas de la Villa de los Niños, pensé, pero no porque yo hubiera dicho que las ventanas debían permanecer abiertas durante días, sino porque se habían olvidado de cerrarlas. No ha habido tormenta, pensé, pero indudablemente una tormenta así flota en el aire. Ahora tampoco puedes ir ya a buscar a Alexander, pensé, y me senté en el banco de la Villa de los Niños. Si hubiéramos tenido también a Alexander en la cena, Spadolini no se hubiera explayado tanto, pensé. La cena se hubiera desarrollado de una forma totalmente distinta, Spadolini se hubiera mostrado muy distinto. Alexander, sencillamente, hubiera soltado la carcajada y dejado a Spadolini en ridículo ante muchas observaciones de Spadolini, que hubiera tenido

que seguir una táctica totalmente distinta en presencia de Alexander. Spadolini me pareció entonces el malo, Alexander el bueno. Pero si digo que Alexander es el bueno y Spadolini el malo, pensé, tampoco es justo. Por lo que se refiere a Alexander, su hombre bueno, por decirlo así, oculta muchas cosas malas que nunca se ven. Por ejemplo, una brutalidad francamente obstinada, que Alexander utiliza cuando quiere imponer a alguien su pensamiento, la forma en que, a quien no le complace, lo castiga con un silencio de días enteros, se encierra en su habitación, amenaza con suicidarse, ese hombre bueno es un hombre amenazador, brutal, pensé, que, por algún pensamiento indudablemente ridículo por él pensado, puede llevar a un hombre a la desesperación y, llegado el caso, matarlo, pensé. Pero ese Alexander diabólico queda oculto por el querido, siempre amable, siempre servicial. Si contemplamos cierto tiempo a un hombre, por amable que sea, aunque sólo sea en nuestra cabeza, en lo que no juega ningún papel la distancia que separa al contemplado de nosotros, se convierte, cada vez más, de hombre bueno en malo, no nos damos tregua hasta haber hecho de un hombre bueno, amable, uno malo, indigno, cuando nos conviene, porque estamos dispuestos a ese abuso, como al fin y al cabo estamos dispuestos a toda clase de abusos, para, por ejemplo, salvarnos de estados de ánimo horriblemente torturadores en los que hemos caído sin saber por qué. Realmente, al fin y al cabo al instante, pensé, probablemente porque Spadolini no me bastaba ya, y tampoco todos los demás me bastaban ya para ello, abusé de Alexander a fin de salvarme, me apoderé del buen Alexander sencillamente y lo transformé para mis fines, poco a poco, en un hombre malo, malvado, como todos los demás que me habían parecido antes apropiados para ello. No nos basta ya con la lectura, tampoco con ir-de-un-lado-a-otro, tampoco con mirar-por-la-ventana, de forma que tenemos que recurrir a nuestros amigos más íntimos y entrañables para salvarnos de un estado de ánimo despiadado, pensé. Eso lo observaba en mí una y otra vez, que cuando ese estado de ánimo despiadado se apodera más o menos totalmente de mí, voy tomando sencillamente, una tras otra, a todas las personas imaginables, para despedazarlas y denigrarlas en mi cabeza, destruirlo todo en ellas para salvarme, sin dejar de ellas más o menos el menor elemento positivo para, en definitiva, poder respirar de nuevo. Cuando no fueron ya mis padres y mis hermanas, porque no me bastaban ya, pensé, y tampoco Johannes y todos los demás, he sido yo mismo, como último recurso y consecuencia, el destruido por mí a mi manera, que puedo calificar después de todo como la más brutal de todas. Y entonces, en ese momento, era precisamente Alexander, porque mis hermanas y Spadolini y mi cuñado no bastaban ya para mi abuso. Ésa es la verdad. Para aliviarnos, la verdad es que marchamos realmente sobre cadáveres, pensé ahora. En la Villa de los Niños buscaba mi infancia, pero naturalmente no la encontré. ¿Con qué fin exactamente, pensé, voy a restaurar la Villa de los Niños? Cuando ya no hay nadie que pueda disfrutar de la Villa de los Niños, aprovecharla, pensé y, luego, que era absurdo, como me había propuesto hasta ese instante, restaurar la Villa de los Niños, volver a hacer de ella la Villa de los



Niños que fue en otro tiempo *para nosotros los niños*, pensé, eso es absurdo, simplemente pensarlo, porque la infancia no se puede restaurar ya al restaurar la Villa de los Niños, pensé, había creído que, al restaurar de arriba abajo la Villa de los Niños, al renovarla, como dicen mis hermanas, restauraría otra vez mi infancia, la renovaría por decirlo así de arriba abajo. Mi infancia está ahora tan abandonada como la Villa de los Niños, pensé. Las habitaciones de mi infancia han sido vaciadas y dilapidadas, han sido saqueadas exactamente igual que la Villa de los Niños, pero mi infancia no como la Villa de los Niños, por mi madre, sino por mí mismo, yo he saqueado y dilapidado mi infancia con una brutalidad mucho mayor aún que mi madre la Villa de los Niños, sobre todo malvendido los más hermosos objetos de mi infancia, exactamente igual a como mi madre los más hermosos objetos de la Villa de los Niños, y de nada sirve ya que abra de par en par las ventanas de mi infancia, sería tan ridículo como abrir las ventanas de la Villa de los Niños, pensé. He explotado mi infancia hasta lo último. Buscamos por todas partes nuestra infancia y sólo encontramos por todas partes el famoso *vacío absoluto*, pensé, creemos, cuando entramos en una casa en la que hemos pasado horas o incluso días tan felices de nuestra infancia, que miramos esa infancia, pero sólo miramos el famoso-tristemente famoso *vacío absoluto*. Entro en la Villa de los Niños quiere decir sólo, al fin y al cabo, que entro en el *vacío absoluto*, lo mismo que, si entro en el bosque en el que fui tan feliz en mi infancia, no significa otra cosa que entrar en el famoso *vacío absoluto*, lo mismo que cuando entro en todas partes en donde fui feliz de niño y sólo se me muestra el *vacío absoluto*. Dilapidamos nuestra infancia como si fuera inagotable, pero no lo es, pensé, se agota muy pronto y sólo deja atrás ese famoso *vacío absoluto*. Pero eso no me pasa sólo a mí, pensé, eso le pasa a todo el mundo y sentí como consuelo instantáneo que ese conocimiento no se le evitara a nadie, en ese instante concedí ese conocimiento a todo el mundo. Buscar nuestra infancia, cuando somos más viejos o viejos, no es otra cosa que mirar el famoso-tristemente famoso *vacío absoluto*, que nos horroriza más que cualquier otra cosa. En ese sentido había sido una suerte tener la idea de entrar en la Villa de los Niños creyendo que, con ello, entraría en la infancia misma, que eso era posible, lo que ahora se había revelado como error saludable, porque, a partir de ahora, no creeré ya que sólo necesito entrar en la Villa de los Niños para entrar en mi infancia. Que sólo necesito entrar en el bosque de mi infancia para entrar ya en mi infancia, entrar en el paisaje de mi infancia y creer que entro otra vez en mi infancia, porque sólo entro en ese famoso-tristemente famoso *vacío absoluto*. Y no me expondré más a esa espantosa confrontación con ese famoso-tristemente famoso *vacío absoluto*, pensé. En Roma me parece cada vez, cuando pienso en Wolfsegg, que sólo tengo que ir a Wolfsegg para entrar en mi infancia. Y esa idea se ha revelado siempre como un error, como un error totalmente innoble, abyecto, pensé. Si visitas a tus padres, he pensado a menudo en Roma, visitarás a los padres de tu infancia, pero al final habrás visitado sólo ese famoso-tristemente famoso *vacío absoluto* al visitar a tus padres. No puedes visitar ya

tu infancia porque no existe ya, me dije. La Villa de los Niños te muestra *sin piedad* que tu infancia no es ya posible. Tienes que resignarte a ello. En general, cuando te vuelves, no ves más que el *vacío absoluto*, pensé, no sólo en lo que a tu infancia se refiere, da igual lo que sea, cuando ha pasado, no es más que el *vacío absoluto*, me dije. Por eso es bueno que no te vuelvas ya en absoluto, no debes hacerlo, aunque sólo sea para protegerte a ti mismo, no volverte ya, eso debes saberlo, pensé ahora. Si te vuelves hacia el pasado, sólo ves el *vacío absoluto*, pensé, si miras hacia el ayer, no es ya más que el *vacío absoluto*, pensé, incluso cuando miras el instante que acabas de vivir no ves ya más que el *vacío absoluto*. Has querido entrar en la Villa de los Niños para entrar en tu infancia, pensé, que durante decenios has tirado por la ventana como si fuera inagotable, agotándola así por completo, la has gastado sin reflexionar, pensé. Has cedido a un sentimentalismo totalmente primitivo y, después de haber agotado totalmente todas tus otras posibilidades, has tenido esa idea sobre la Villa de los Niños. Pero esa idea se muestra ahora en todo su horror y terror, la Villa de los Niños es de repente una pesadilla. Al pensar y decir además a tus hermanas que harías restaurar la Villa de los Niños, creíste realmente que era posible restaurar, al mismo tiempo que la Villa de los Niños, también tu infancia. Por decirlo así has creído realmente que, lo mismo que la Villa de los Niños, podías hacer pintar también tu infancia, por decirlo así limpiarla de arriba abajo, ponerle un tejado nuevo, etcétera. Cuando, sin embargo, has vivido ya cien veces con esa forma de pensar la derrota de tu infancia, pensé, porque eso de hacer restaurar la Villa de los Niños y, al mismo tiempo, tu infancia, no es la primera vez que se te ocurre, pensé. Eso lo has practicado ya a menudo, has impuesto también esa idea a otros y has visto cómo fracasaban con esa idea, con esa idea más absurda que cualquier otra. De un modo totalmente consciente los has empujado a esa forma de pensar condenada al fracaso, les has silenciado tu cruel experiencia con esa idea más absurda que todas las ideas absurdas y, con ese silencio, los has dejado solos. Infame. Dejé atrás la Villa de los Niños y fui a la Oficina. La Casa de los Cazadores no estaba cerrada, probablemente para que los cazadores pudieran entrar y salir libremente, teniendo en cuenta que montaban guardia junto a los féretros, pensé. Que, con toda seguridad, no iría como mi padre todos los días a la Oficina ni me quedaría allí para despachar la *correspondencia comercial*, hablar con el granjero al que hubiera llamado, con los empleados en general en aquel aire sofocante. No consideraré como mi padre la Oficina, en el futuro, como mi auténtico espacio vital, pensé. Los archivadores no comprimirán mi existencia como comprimieron la existencia de mi padre, aplastándolo por fin. Los archivadores comprimieron al principio la existencia de mi padre, pensé, y luego se precipitaron un día sobre él y lo aplastaron. No es imaginación, pensé, es la realidad. La correspondencia comercial hizo de mi padre un esclavo de la explotación comercial, sometiéndolo totalmente a esa diaria correspondencia comercial, pensé. Sus padres, mis abuelos, lo encerraron al principio en la Oficina, y luego la Oficina, sencillamente, lo aplastó, pensé. A mí no me

aplastará, no me dejaré aplastar por ella, pensé. No encendí la luz para no ser descubierto. Pero naturalmente los cazadores han notado hace tiempo que estoy en la Oficina, pensé. Nunca pondré el pie en la Oficina como agricultor, no soy agricultor, la agricultura no me interesa en absoluto. En uno de los archivadores se conservarán también los datos sobre cuándo y cuánto me han enviado desde Wolfsegg en todos estos decenios que llevo fuera de Wolfsegg. Me levanté y busqué el archivador correspondiente, pero no encontré ninguno con mi nombre. Todos los nombres imaginables estaban escritos en los diversos archivadores, pero no el mío. ¿Cómo es realmente de grande *la enorme suma* de que hablaba siempre mi padre, *la enorme suma* que mi madre, pero más malignamente aún mis hermanas, me han reprochado siempre? Que yo *me había dejado siempre mantener por Wolfsegg*, no había vacilado en *exigir cada vez más de la caja de Wolfsegg*, las había poco a poco *extorsionado*, como dicen ellas, pensé. Ahí, me dije, debe estar el archivador en que está consignada *la enorme suma*, ahí, ahí, ahí, pero no lo encontraba. Saqué varios archivadores, los hojeé, pero no encontré el correspondiente y mortal para mí, porque recordé que mi madre me había dicho una vez que *me moriría al instante* si viera lo alta que era ya la suma que habían gastado en mí. *En el vago*, pensé, como siempre me llamaban, el que abusa de Wolfsegg para sus *fines dudosos, incluso nauseabundos*, para sus nauseabundos fines intelectuales, según pensé. *Mi querido hijo se pasea por Roma mientras aquí trabajamos*, decía mi padre a todo el mundo cuando estaba mal dispuesto hacia mí y, en los últimos años, cuando resultó evidente que yo no tenía intención de volver ya a Wolfsegg y me quedaría en Roma, en cualquier caso muy lejos de Wolfsegg, en una región intelectual por decirlo así, mi padre sólo estaba siempre mal dispuesto hacia mí, pensé. No vacilaba en denigrarme delante de todo el mundo a causa de la mensualidad que me pasaba y que me correspondía, como pensé ahora. En cuántas tonterías tiraban ellos siempre el dinero por la ventana, pensé, si pienso sólo en la manía de los vestidos de mi madre, en la hipócrita manía de subvencionar asociaciones de mi padre y en la manía de los barcos de motor y de vela de Johannes, que costaban mucho más dinero que yo jamás. Es verdad, pensé, que mis hermanas han sido siempre las que menos han costado, pero tampoco valen más, pensé. Lástima de cada *groschen* que se les ha puesto en la mano, pensé. Mi padre se encontraba más o menos a sus anchas en esa espantosa oficina mal ventilada. Esa tabla del escritorio era, por decirlo así, la tabla de salvación con la que se salvaba de los suyos escribiendo cartas de negocios tan absurdas como la que, de su puño y letra, había todavía sobre el escritorio, se escapaba de los suyos. Por una parte se sentaba en el tractor y aceptaba el mal olor y la mortífera trepidación del tractor para escapar de los suyos, por otra, por la misma razón, huir, iba todos los días a la oficina. Mi padre era un hombre totalmente abandonado al final horroroso de su vida, pensé. Digno de compasión. Pero enseguida pensé también que él mismo se había puesto en esa situación digna de compasión, de forma totalmente consciente, sin hacer nada en contra. Mi padre nunca hizo nada en contra, era demasiado débil

para hacer algo en contra, de lo que fuera, ese *en contra* no fue nunca algo de mi padre, pensé, prefirió seguir el camino lamentable de la atrofia innoble, total, pensé. Una Naturaleza tan descomunal, pensé, y una propiedad realmente tan descomunal, y mi padre llevaba una existencia tan lamentable de escritorio. La Oficina hizo de su rostro el rostro inexpresivo que últimamente tenía, pensé. La Oficina lo aniquiló, en definitiva. Los, así llamados, viajes culturales realizados dos veces al año no servían ya. Los emprendía sólo fatigado y volvía fatigado de ellos, hastiado del intento fracasado de escapar de sí mismo. Entonces su oficina era otra vez su refugio, pensé. Poco a poco, y totalmente en segundo plano, fue aniquilado por una parte por los suyos, que preveían esa aniquilación, pensé, y por otra por aquella oficina, en la que toda la estupidez burocrática se había acumulado con el único fin de aplastar a mi padre y su existencia. Sin embargo, mi padre se refugiaba también en esa estupidez burocrática, pensé, de su histérica mujer, nuestra madre, allí en la Oficina, en la que se encerraba la mayor parte del tiempo, como pensé. Sólo los cazadores tenían acceso libre a la Oficina, nadie más. Los miembros de la familia tenían que anunciarse; si llamaban a la puerta sin ser anunciados, no se los dejaba entrar, mi padre les impedía la entrada a aquellos, por decirlo así, destructores implacables. No me dejaré destruir ni aniquilar por esa oficina, pensé, no será *mi* refugio. No convertiré los archivadores, como mi padre, en mis compañeros silenciosos y secretos durante medios días o días enteros, y a menudo también, de la forma más repulsiva, durante medias noches o noches enteras. No será *mi puente de mando*, así mi padre muy a menudo sobre su oficina, pensé, y al instante sentí aún como una humillación infame hacia mí que mi padre, conscientemente o no, llamara a su oficina su puente de mando, cuando la verdad es que nunca ejerció un auténtico poder de mando en Wolfsegg, porque el mando allí sólo fue ejercido siempre por mi madre. Ella había dejado a mi padre pronunciar sin más la expresión *puente de mando*, incluso en sociedad, porque sabía lo ridícula que le resultaba al instante la expresión *puente de mando* pronunciada por él. No, no, ésta no será mi oficina, pensé. No me dejaré dominar por los archivadores. Millones de personas son dominadas por los archivadores y no pueden salir ya de esa humillante dominación, pensé. Millones de personas son oprimidas por esos archivadores. Toda Europa se deja oprimir desde hace un siglo por los archivadores y esa opresión de los archivadores se acentúa, pensé. Pronto Europa entera no sólo será dominada sino aniquilada por los archivadores. Al fin y al cabo, eso le dije también una vez a Gambetti, sobre todo los alemanes se dejan oprimir por los archivadores. Hasta la literatura de los alemanes es una literatura oprimida por los archivadores, le dije una vez a Gambetti. Todo libro alemán que abrimos y que haya surgido en este siglo, le dije a Gambetti, es un libro oprimido por los archivadores. Los alemanes escriben una literatura oprimida y ya casi totalmente aniquilada por los archivadores, le dije a Gambetti. En Alemania todo está dirigido por los archivadores, le dije a Gambetti. Y esa literatura actual, oprimida por los archivadores, es por ello, como es natural, la literatura más lamentable, nunca ha habido antes una literatura tan torpe y

lamentable, le dije a Gambetti. Es una literatura de oficina ridícula, dictada por los archivadores, así me lo parece al menos cuando leo algún libro escrito hoy. Todos esos libros son infinitamente lamentables, le dije a Gambetti, porque vienen de la cabeza de personas que se dejan dominar completamente por los archivadores, durante toda su vida, Gambetti, le dije. Tenemos ante nosotros una literatura de funcionarios pequeñoburguesa, tampoco los grandes ejemplos de esa literatura alemana son otra cosa, Gambetti, Thomas Mann, incluso Musil, le dije, a quien sin embargo sitúo en el primer puesto entre todos esos creadores de literatura de funcionarios. Pero tampoco Musil ha escrito otra cosa que una lamentable literatura de funcionarios. Esa literatura es totalmente burguesa, en gran parte pequeñoburguesa, le dije a Gambetti en el Pincio, también la de Thomas Mann, también la de Musil, que al fin y al cabo se dejaron dominar completamente por los archivadores en cada línea que escribieron. Cuando leemos esa literatura, vemos cómo la escribe un funcionario, un funcionario unas veces más y otras menos pequeñoburgués, cuya pluma han guiado en el fondo y en definitiva sólo los archivadores. El granburgués Thomas Mann escribió una literatura totalmente pequeñoburguesa, le dije a Gambetti, que está destinada y escrita absolutamente también para el pequeñoburgués, los pequeñoburgueses devoran esa literatura con placer, Gambetti, le dije. Desde hace por lo menos cien años no hay más que esa que llamo literatura de oficina, una poesía de funcionarios pequeñoburguesa, le dije a Gambetti. Y sus maestros fueron Musil y Thomas Mann, por no hablar de otros. Si dejamos aparte a Kafka, le dije a Gambetti, que era realmente empleado, pero es el único que no escribió una literatura de funcionarios y empleados todos los demás no han escrito otra cosa, porque no eran capaces de ninguna otra cosa. El empleado Kafka, le dije a Gambetti, es el único que no escribió una literatura de funcionarios y empleados sino una gran literatura, lo que no se puede afirmar de todos los, así llamados, grandes escritores alemanes de este siglo, si no se quiere alinear uno con los millones de periodistas charlatanes que, desde hace cien años, han hecho de los periódicos una cocina popular periodística en la que cuecen una y otra vez hasta la saciedad sus errores, que ponen los pelos de punta, Gambetti. En el fondo, le dije a Gambetti, los alemanes no han producido en este siglo más que una literatura dominada por los archivadores, que quiero calificar francamente de literatura de archivadores para no resultar culpable en una época que, un día, comprenderá que esa literatura de archivadores es una literatura de archivadores y la vaciará donde debe estar, en los cubos de basura de la Historia de la literatura, Gambetti. Por otra parte, esa literatura hoy escrita es la nuestra, le dije a Gambetti y, lo queramos o no, tendremos que vivir con ella, porque *nos la hemos prescrito*, como le dije a Gambetti de una forma bastante patética, no nos queda otro remedio. Realmente, tenemos al fin y al cabo tantas, por decirlo así, cumbres imponentes en nuestra literatura, le dije a Gambetti, pero por ejemplo no podemos compararlas con Shakespeare. Gambetti me escuchó atentamente, pensé, me prestó atención, como puede decirse, pero sin

embargo, según creo, no me tomó en serio, y yo pensé, qué pena que, precisamente en ese punto, en relación con la literatura alemana actual, no me tome en serio. Por lo demás, al final de mis explicaciones, por decirlo así para tranquilizarlo, le dije, salvo Maria, con ello quería decir que Maria había escrito poemas que, en pocas palabras, son mejores que todo lo demás producido en lengua alemana en su época y, por consiguiente, en la nuestra. Él pudo tomarlo por una amistosa broma encantadora por mi parte, pero yo había pensado que le decía la verdad, que siento por completo que los poemas de Maria son una cumbre de nuestra literatura, y no sólo de estos miserables decenios, sino de este siglo nuestro que, así le dije a Gambetti, pasará probablemente sin depararnos ninguna cumbre literaria, ésa es totalmente mi opinión, Gambetti, le dije, los alemanes y nosotros estamos tan debilitados, por lo menos para medio siglo, que ni ellos ni nosotros podremos producir ya una de esas cumbres. Porque creer en milagros, Gambetti, no me lo permito ya desde hace tiempo. Y mucho menos en un milagro literario. Por lo demás, le dije a Gambetti, es improbable que, al final de este siglo, este mundo, tal como lo conocemos y tenemos que digerir cada día, siga existiendo, eso lo dudo decididamente, todos los signos son de que ese mundo cambiará tanto, en el plazo más breve, que será ya irreconocible, será cambiado de arriba abajo y, realmente, destruido de arriba abajo. Todo apunta a ello, le dije a Gambetti. Pero, le dije a Gambetti, la posibilidad de error va incluida también en esa visión. Entonces Gambetti se rió, con su risa gambettiana fuerte, sin obstáculos ni inhibiciones. A menudo nos dejamos llevar de tal forma a la exageración, le dije luego a Gambetti, que consideramos luego esa exageración como la única realidad consecuente y no percibimos ya la auténtica realidad, sólo esa exageración desmesuradamente llevada al extremo. Desde siempre me ha aliviado ese fanatismo de la exageración, le dije a Gambetti. A veces es la única posibilidad, es decir, cuando he transformado ese fanatismo de la exageración en arte de la exageración, de salvarme de la miseria de mi estado de ánimo, de mi hastío intelectual, le dije a Gambetti. Me he adiestrado tanto en ese arte de la exageración que, sin más, puedo calificarme del mayor artista de la exageración que conozco. No conozco a nadie más. Nadie ha llevado nunca tan lejos su arte de la exageración, le dije a Gambetti, y luego que, si me preguntaran un día de improviso qué soy realmente y en secreto, sólo podría responder eso, el mayor artista de la exageración que conozco. Entonces Gambetti soltó otra vez su risa gambettiana y me contagió esa risa gambettiana, de forma que esa tarde nos reímos los dos en el Pincio como nunca nos habíamos reído antes. Pero también esa frase es, naturalmente, una exageración, pienso ahora, mientras la escribo, y característica de mi arte de la exageración. Aquel día le dije a Gambetti que el arte de la exageración es un arte de la superación, a mi parecer, un arte de superar la existencia, le dije a Gambetti. Mediante la exageración, finalmente mediante el arte de la exageración, soportar la existencia, le dije a Gambetti, hacerla posible. Cuanto más envejezco, tanto más me refugio en mi arte de la exageración, le dije a Gambetti. Los grandes superadores de la existencia fueron

siempre grandes artistas de la exageración, da igual lo que fueran, lo que produjeran, Gambetti, lo fueron en definitiva sólo gracias a su arte de la exageración. El pintor que no exagera es un mal pintor, el músico que no exagera es un mal músico, le dije a Gambetti, lo mismo que el escritor que no exagera es un mal escritor, aunque pueda ocurrir también que el verdadero arte de la exageración consista en *mini* mizarlo todo, entonces tenemos que decir, él exagera la minimización y convierte así la minimización exagerada en su arte de la exageración, Gambetti. El secreto de la gran obra de arte es la exageración, le dije a Gambetti, el secreto del gran filosofar también, el arte de la exageración es en suma el secreto del espíritu, le dije a Gambetti, a ese pensamiento indudablemente absurdo que, al examinarlo más detenidamente aún, tenía que revelarse como el único exacto, renuncié sin embargo y me alejé de la Casa de los Cazadores en dirección a la Granja y me dirigí a la Villa de los Niños, pensando al hacerlo que era la Villa de los Niños la que me había llevado a ese pensamiento absurdo. *Extinción*, pensé en el camino de vuelta de la Villa de los Niños a la Granja, por qué no. Pero no será enseguida. Para eso necesito mucho tiempo. Más de un año. Quizá dos, quizá incluso tres años. Al fin y al cabo nos creemos sin duda, de vez en cuando, capacitados para un trabajo intelectual, incluso para un trabajo de escritura como esa *Extinción*, pero luego retrocedemos una y otra vez ante él, porque sabemos muy bien que, probablemente, no aguantaremos y luego, cuando estemos quizá bastante avanzados ya, fracasaremos en él de repente y todo se habrá perdido entonces para nosotros, no sólo todo el tiempo que habremos aprovechado y, por consiguiente, desaprovechado para ello, como se revela entonces brutalmente, sino que nos habremos desacreditado, además, de la forma más espantosa, si no ante el mundo entero sí al menos ante nosotros mismos. No queremos provocar sin remedio ese fracaso y, aunque tenemos la sensación de que podríamos comenzar un trabajo intelectual así, nos resistimos a comenzarlo, lo aplazamos, como si quisiéramos aplazar un monstruoso descrédito, un monstruoso *autodescrédito*, pensé. Exigimos de los demás que hagan sus cosas por lo menos bien, en el fondo, que las realicen extraordinariamente, pensé, y nosotros mismos no terminamos lo más mínimo, ni el más ridículo producto intelectual escrito, así es sin embargo, pensé, exigimos de todos lo más alto y lo máximo y no producimos nosotros ni lo más mínimo. No queremos exponernos a esa horrible humillación del propio fracaso, y por eso aplazamos una y otra vez nuestra idea para ese producto intelectual escrito, por todos los medios, con todos los pretextos, con todas las bajezas que nos vienen bien para ello. De repente somos demasiado cobardes para empezar con ello. Pero por otra parte tenemos siempre en la cabeza un trabajo intelectual así y queremos realizarlo a toda costa. Nos lo hemos *propuesto*, decimos, y con ese concepto de *propuesto* vamos de un lado a otro, durante días, durante semanas, durante meses, durante años, llegado el caso durante decenios, pero no nos sentamos para empezar realmente. Lo que proyectamos es algo inmenso, nos decimos y, llegado el caso, porque somos demasiado vanidosos para callárnoslo, se lo

decimos también a otros, pero sin embargo sólo somos realmente capaces de algo absolutamente ridículo. Escribiré una obra inmensa, me digo, y al mismo tiempo tengo miedo de ello y, en ese instante del miedo, he fracasado ya, en la imposibilidad absoluta de poder empezar siquiera con ello. Decimos enfáticamente que lo que proyectamos es algo inmenso y único, no retrocedemos en absoluto ante una manifestación así, pero al mismo tiempo nos vamos con la cabeza baja a la cama y tomamos un somnífero, en lugar de comenzar lo inmenso y único. Así somos, le dije una vez a Gambetti, pretendemos ser absolutamente capaces de todo, hasta de lo más alto y lo más grande, y ni siquiera estamos en condiciones de coger la pluma para llevar al papel aunque sólo sea una palabra de ese algo inmenso y único anunciado. Todos padecemos manía de grandezas, a fin de no tener que pagar por nuestra ininterrumpida bajeza. *Extinción*, pensé, pero, dicho sinceramente, incluso después de años, sólo tenía una concepción aproximada, no pienso al respecto en algo inmenso, le dije a Gambetti, ni tampoco en algo único, pero sin embargo sí en algo más que un esbozo, más que un esbozo de existencia, en algo que se pueda mostrar. Sólo en algo que se pueda mostrar y de lo que no tenga que avergonzarme, le dije a Gambetti. Me considero capacitado y competente para escribir lo que me parezca digno de ser escrito, porque es importante para mí y, por añadidura, me causa un gran placer, según pienso. Al fin y al cabo no soy realmente escritor, le dije a Gambetti, sólo un intermediario de la literatura y, concretamente, de la alemana, eso es todo. Una especie de corredor de fincas literarias, le dije a Gambetti, actúo, por decirlo así, como intermediario de propiedades literarias. Y aunque hoy cualquier escritor de postales se llama escritor, le dije a Gambetti, yo mismo, a pesar de los cientos de obras que he ensayado y que he redactado ya, no me califico de escritor. Por lo demás, aborrezco a la mayoría de los escritores, le dije a Gambetti, y quiero a muy pocos, pero a éstos con tanto fervor como puedo. A los escritores, los que levantan actas, como me gusta llamarlos, sobre todo a los alemanes, le dije a Gambetti, los he evitado durante toda mi vida y durante toda mi vida tampoco me he sentado a una mesa con ellos, porque, así yo a Gambetti, conocer a un escritor y sentarse con él a una mesa me lo imagino como lo más repugnante que cabe imaginar. La obra sí, le dije a Gambetti, pero su creador no, le dije a Gambetti. La mayoría tienen mal carácter, si es que no un carácter francamente increíble y repugnante y, al conocerlos personalmente, sean quienes sean, reducen a la nada en cualquier caso su creación, la extinguen, le dije a Gambetti. La gente se esfuerza por conocer a los escritores que quiere o venera, o incluso aborrece y, con ello, aniquila su obra por completo, le dije a Gambetti. El mejor método para liberarse de la obra de un escritor que, en el sentido que sea, no nos deja en paz, ya sea porque se la tiene en la más alta estima, ya sea porque se la aborrece, es conocer a su creador. Vamos a ver al creador de una obra literaria y nos libramos de ella, le dije a Gambetti. Los escritores, en conjunto, son la gente más repugnante que hay, le dije a Gambetti y, al principio de mis estudios, visité realmente a escritores, me abrí camino hasta ellos, como tengo que reconocer,



los sorprendí y en definitiva asalté, como tengo que reconocer, le dije a Gambetti, incluso me introduje en casa de algunos para espiarlos. Después de mis visitas, los aborrecí sin excepción y no pude leer ya ninguna de sus creaciones, Gambetti. A todos esos escritores que visité o más o menos espíe los considero hoy como abyectos, sí, innobles, sí, tontos, que han conseguido cierta fama literaria, le dije a Gambetti, pero a cuya compañía puedo renunciar, porque sólo me dan su mediocridad. Todo en esa gente es mediocre, le dije a Gambetti. Todo en esa gente es pequeñoburgués y lamentable. Todo en esa gente apesta a maldad innoble y a la bajeza del clásico burgués que, por añadidura, se ha adentrado en la megalomanía. En fin de cuentas, todos ellos son absolutamente burgueses, lo mismo que lo que escriben y lanzan al mercado, le dije un día a Maria. Es como si, desde hace cien años, sólo los provincianos se hubieran adentrado en la literatura alemana. Hoy tenemos una literatura provinciana y nada más, le dije a Maria, sólo la tuya, Maria, es la grande, la única, la que quedará y de la que no tendremos que avergonzarnos ni dentro de cien años. No, le dije a Gambetti, nunca quise ser escritor, nunca se me ocurrió esa idea, pero sin embargo siempre he tenido la idea de escribir algo, sólo para mí. Que luego haya sido publicado aquí o allá, lo lamento. Pero no soy *realmente* escritor, Gambetti, le dije, en absoluto. A través de las ventanas semiabiertas de la Granja oí la respiración de las vacas al pasar y pensé que muchas veces recordamos bien detalles, las, así llamadas, trivialidades, cuando las captamos e incluimos en nuestra contemplación. Cuando estamos disponibles para esas trivialidades y esos detalles, mirándolos primero *exterior* y luego *interiormente*, por ejemplo, cuando había observado exactamente, al ir de la Villa de los Niños a la oficina, cómo las nubes de detrás de la Villa de los Niños habían tomado la forma de un dragón con la boca muy abierta. También en el recuerdo puede una de esas trivialidades resultarnos luego clara, vemos luego, llegado el caso, semanas más tarde, durante meses, años más tarde, el desarrollo exacto del movimiento de esa formación de nubes, pienso, lo evocamos en nuestra memoria sin la menor dificultad, lo hacemos por decirlo así obedeciendo a una orden de nuestro cerebro, como por ejemplo también el movimiento de un rostro que vimos una vez, años atrás, no nos causa la menor dificultad, tampoco me causa la menor dificultad ver ahora exactamente los rostros de los míos, cómo eran de pie ante los féretros, cómo se mostraron a mí entonces, cuando los vi, con todos sus movimientos exactos, porque también lo que se llama un rostro petrificado está totalmente en movimiento, porque no está muerto, incluso un rostro muerto porque en realidad no está muerto, y así sucesivamente. Años después podemos ver y oír aún con precisión si dominamos ese mecanismo que nos lo hace posible. Y lo mismo actúa el sentido del olfato, como nos consta. Vamos en París por la calle y un olor nos llama la atención sobre algo que, realmente, se remonta a veinte o treinta años o incluso más, y vemos ese objeto o ese acontecimiento o ese encuentro con todos sus detalles, aunque no los hayamos visto ya en veinte o treinta años. Ese mecanismo lo he convertido de natural en un arte,

pienso, que ejercito todos los días y en ese arte me perfeccionaré aún. Las vacas de la Granja respiraban y, de pronto profundamente agotado, me fui a mi habitación. Era la una y media. Corrí las cortinas. Naturalmente no pude dormirme y, durante mi insomnio, sólo pensaba, ¿qué va a pasar ahora con todo? Con Wolfsegg y con todo lo que le pertenece. Durante más de dos horas me ocupé sólo de ese pensamiento, no pensaba entonces *¿qué pasará con Wolfsegg?*, sino *¿qué voy a hacer con Wolfsegg?*, que, por la muerte de mis padres, había caído sobre mi cabeza ahora realmente y en el sentido más exacto de la palabra, y que ahora amenazaba aplastarme, Wolfsegg ha caído sobre mi cabeza con todo su inmenso peso, pensé. Era una locura tratar de convencerme de que podría calmarme dando vueltas en la cama, unas veces de un lado y otras de otro, mi situación sin salida de la que, de repente, había tenido conciencia en todo su horror no me dejaba en paz, no me permitía pensar ningún pensamiento razonable y ni siquiera estaba en condiciones de permanecer un rato, por lo menos un minuto, echado de costado, porque tenía el corazón sumamente agitado. De forma que pasé el resto de la noche observando tensamente mi corazón, contando continuamente los latidos, las irregularidades que alteraban una y otra vez el ritmo de esos latidos del corazón con intervalos cada vez más cortos, de forma que estaba sumido en la mayor angustia. La verdad es que mi internista de Roma me ha inspirado realmente un espanto incurable, pensé, persuadiéndome de que no me quedaba una vida relativamente larga sino sólo corta, con una desvergüenza y una brutalidad sin igual, como ahora pensaba, sin la menor sensibilidad. Los médicos, pensé, quieren verse confirmados en sus juicios y prefieren hablar de un próximo fin que prometer uno más prolongado en el tiempo, para no desacreditarse, porque de nada tienen más miedo los médicos que del descrédito causado por una muerte súbita, inesperada, que no hayan previsto, y por eso prefieren continuamente predecir *sólo una vida corta, sí, de lo más corta*, para evitarse ese descrédito, como mi internista romano. Pero tengo que decir que los médicos romanos son mejores que los austríacos, a los que sólo puedo calificar de faltos de escrúpulos y totalmente insensibles. Así que mi internista romano me ha prometido sólo una vida corta y por eso, echado en la cama, sin poder dormir, pensé qué haría realmente con Wolfsegg, lo que naturalmente no podía resultarme claro y mucho menos dadas las circunstancias, todo el tiempo observaba la rapidez de los latidos de mi corazón, sus irregularidades. Naturalmente oímos lo que dice el médico, en un caso así, el internista, pero no lo creemos, hemos oído lo que ha dicho, pero no lo creemos, hacemos caso omiso de ello. Quizá ese hacer caso omiso sea el mejor método, pienso ahora, pero como es natural sufrimos ininterrumpidamente por lo que el médico nos ha dicho, que no nos queda mucho tiempo de vida y, por eso, huimos continuamente de sus palabras, de sus frases aniquiladoras, porque la verdad es que queremos vivir, aunque hablemos mal de la vida y la despreciemos posiblemente, nos aferramos sin embargo a ella y queremos en realidad tenerla eternamente. Durante todo el tiempo, durante semanas, pensé, no había cobrado conciencia de mi verdadero estado de salud, pero sí ahora,

con la mayor brutalidad, mientras estaba echado en la cama, sin dormir, agitado *por todo*. Cuando tendría que hacerlo todo para cuidarme, con la idea de escribir aún quizá esa *Extinción* que se me ha metido en la cabeza, me dejo ahora agitar de una forma que, si no mortal, sólo puede perjudicarnos, pensé. Que en Roma me había acostumbrado a un *ritmo que sentaba bien a mi enfermedad*, pensé, también en lo que se refiere a las clases de Gambetti había adaptado ese ritmo exactamente al estado de mi enfermedad, lo había subordinado todo en Roma al estado de mi enfermedad, y que ahora me dejaba agitar de una forma que en ningún caso podía permitirme, pensé. Pero siempre, cada vez que en los últimos años había venido a Wolfsegg, me había agitado y exigido demasiado de mi corazón, pensé, lo que siempre le ha sido sumamente perjudicial. La verdad es que, siempre, después de mis visitas a Wolfsegg, he visitado siempre a mi médico romano y él ha comprobado que había exigido demasiado de mi corazón sólo por mi estancia en Wolfsegg, por mi estancia en Austria, como me puntualicé. Todas esas estancias en Austria y en Wolfsegg de los últimos años han sido sumamente perjudiciales para mi corazón, llevándolo siempre hasta el límite de sus posibilidades. Pero tampoco he tenido nunca consideración con mi corazón, pensé, y por eso, al fin y al cabo, ha llegado mi corazón a ese punto, porque nunca he tenido consideración con él, desde mi infancia, una naturaleza como la mía no la soporta un corazón, me dije, pronto enfermó, se debilitó, porque desde la infancia se abusó de él, he abusado de mi corazón desde la primera infancia y exigido siempre demasiado de él, pensé, no concediéndole nunca reposo. Mi corazón no ha conocido nunca el reposo que hubiera debido tener, pensé, ahora está hecho trizas. Pero, en lugar de cuidarlo, de cuidarlo en Roma, con mi ritmo subordinado a él, como pensé, vengo a Wolfsegg de la forma que le es más perjudicial y lo agito de nuevo terriblemente. Pero al fin y al cabo se trata sólo de este día, me dije y, aunque sólo sea por mi corazón, volveré a Roma tan pronto como pueda, a casa, como me dije, porque en Roma estoy en casa, no aquí en Wolfsegg, y entonces cuidaré otra vez mi corazón, *no le pediré demasiado*, como ha dicho el internista y como dice Maria una y otra vez, le pides demasiado a tu corazón, dice ella siempre, ten cuidado con tu corazón, la escucho siempre cuando dice eso, pero sin embargo no pienso en nada, aunque ella tiene razón, pensé. Maria, mi doctora romana, pensé, mi gran poetisa, mi gran médica, mi gran artista de la vida, cuando estoy agitado corro a ver a Maria, pensé. Como no podía seguir echado en la cama con mi agitado corazón, me levanté, me refresqué en el baño y me senté, todavía en bata, en el sillón de la ventana, había cogido de la estantería una, así llamada, *Monografía sobre Descartes*. Contra toda esperanza, Descartes pudo distraerme súbitamente de todas mis angustias, ya después de las primeras frases, no *sobre* sino *de* Descartes, estuve salvado. Leí esas frases y me distraje, no quiero decir que me calmé, pero sí que me distraje. Los grandes filósofos son mis salvadores, pensé, lea lo que lea de ellos me distrae, me salva, pensé. Al parecer, ningún conocimiento es posible mientras no se conozca al creador de la propia existencia, leí, y me distraje, me salvé. Con esa frase pude pasar esas

horas junto a la ventana hasta que tuve que levantarme y bajar porque los funerales habían comenzado. Ya durante bastante rato había observado desde mi ventana a mis hermanas, que estaban delante de la *Orangerie* hablando con los cazadores y jardineros y con los asistentes a los funerales, por decirlo así con cargo oficial, que entretanto habían aparecido en gran número, y también con mi cuñado, pero sin embargo no había bajado a reunirme con ellos, tenía la impresión de que me esperaban pero sin embargo no bajé a reunirme con ellos porque no quería interrumpir mi observación, que podía intensificar de una forma ideal desde mi ventana sin ser molestado en absoluto. Estaban haciendo ya muchos cumplidos delante e, indudablemente, todavía más cumplidos dentro de la *Orangerie*, y en dos grandes carros habían cargado enormes montones de coronas y ramos, y esos carros habían sido empujados por los jardineros y por dos mozos de establo, ¡todavía los tenemos en Wolfsegg!, hasta el muro de la puerta, de forma que el coche fúnebre pudiera pasar sin obstáculo por delante, todo lo que yo veía desde mi ventana parecía desarrollarse exactamente de acuerdo con el plan de funerales del que había hablado siempre nuestra madre, como si nada ocurriera al margen de ese plan, ni mucho menos contradiciéndolo o contraviniéndolo. Era un día lluvioso pero no llovía y yo pensé, tampoco lloverá. La gente iba toda más o menos, por decirlo así, de luto, cuando no totalmente vestida de negro, mucha gente del pueblo de abajo se había congregado ya delante de la *Orangerie*. Vi también ya a los primeros músicos de la orquesta de viento del pueblo ocupar sus puestos. Los instrumentos centelleaban, los uniformes de la orquesta eran de un verde negruzco, mi color preferido. Caecilia, como veía yo desde la ventana, dominaba el espectáculo que, poco a poco, se iba haciendo impresionante. A cada instante decía algo al oído de Amalia o de su marido, el fabricante de tapones para botellas de vino, que cumplían entonces en la *Orangerie* esas órdenes indudables, de qué órdenes se trataba no podía decirlo. Evidentemente, habían apagado las luces de la *Orangerie*. Ahora se trataba de poner en movimiento los funerales, susurrar a todos una vez más, por decirlo así, las necesarias consignas, puntualizar otra vez sus entradas. La directora escénica tenía ya ahora sus grandes momentos, aunque no todavía sus puntos culminantes, pero esos puntos culminantes, pensé, están ya en la proximidad más próxima. Como en un ensayo, los músicos se habían dispuesto delante de la *Orangerie*, separándose luego otra vez, los jardineros y cazadores habían acercado los dos carros con las coronas y los ramos, deteniéndolos otra vez enseguida, también como en un ensayo, todo controlado por mi hermana Caecilia, como vi. Amalia seguía estando detrás de ella y también mi cuñado. Cada vez más gente salía de la Granja, venía de la Casa de los Cazadores, subía del pueblo. Pero de los, así llamados, notables no se veía aún a ninguno, al fin y al cabo tenían tiempo. Finalmente, Caecilia vino corriendo al edificio principal, lo que me hizo comprender que tenía que dejar mi habitación y bajar a reunirme con ella. Cuando bajaba me encontré con la tía del Titisee, la saludé pero la evité luego, y durante todos los funerales la seguí evitando tanto como pude. En la cocina había preparado

para mí un desayuno, que me tomé más o menos apresuradamente con mi cuñado, el cual me hizo compañía. Qué hombre más estúpido, francamente sin alma, pensaba yo mientras tanto, observando cómo cogía el pan y untaba encima la mantequilla y la mermelada con movimientos pesados, pero esa gente, al fin y al cabo, no puede hacer nada para evitarlo, pensaba durante todo el tiempo de mi observación, no puede hacer absolutamente nada para evitarlo, pensé que esa gente no podía hacer nada para evitarlo hasta que me di cuenta de que estaba pensando eso e interrumpí toda mi observación porque en aquel instante me pareció inconveniente, no injusta, sino inconveniente, y me resultó a mí mismo profundamente repulsivo por ese pensamiento. No debemos observar a esas gentes continuamente, vigilarlos de cerca sin interrupción, me dije, eso no conduce a nada, sólo a que nosotros mismos tengamos que despreciarnos luego profundamente. Caecilia dijo que debía ponerme una corbata negra, lo que hice entonces sin resistencia, porque pensé que era lógico aparecer en los funerales, si no con un traje negro, sí, al menos, con una corbata negra. Me había puesto antes zapatos negros y un traje gris, porque realmente nunca he tenido un traje negro y tampoco he tenido nunca la idea de comprarme un traje negro, ni siquiera durante esos dos días horribles. Que se contentaría ya con que me pusiera una corbata negra, dijo Caecilia. Al decirlo no me hizo ninguna impresión malévol, al contrario, como pensé, una llena de comprensión. Mi hermana me pareció de repente llena de comprensión, por eso se muestra ahora llena de comprensión conmigo, pensé, porque ahora está en su elemento. La gente más diversa, cuya presencia no había sospechado en absoluto, estaba de repente en la cocina para comer algo pero no hablé con ninguna de aquellas personas. Aunque en aquel acontecimiento fuera yo el principal personaje, no me consideraba como tal. La gente me miraba fijamente pero yo apartaba la vista de ella. Hubiera debido dar la mano a muchos, pensé, pero no di la mano a ninguno. Cómo voy a estrechar la mano a toda esa gente, pensé. Presentarme como un hipócrita, lo que no era mi intención. Me tomé una taza de café y me comí un pedazo de pan y salí al vestíbulo, mis hermanas estaban allí con el alcalde, que acababa de llegar en ese momento para dar el pésame, según vi, varias de esas frases insulsas, consabidas cuando se trata de un pésame dijo el alcalde a mis hermanas, que se comportaron como se esperaba de ellas, a diferencia de mí que, de acuerdo con mi naturaleza, no me comporté en absoluto en todo el tiempo como se esperaba de mí. Mis hermanas recibieron aún una serie de pésames en el vestíbulo, de todas las gentes a las que se llama bien situadas, imaginables e inimaginables, cargos públicos, como pensé, durante todo ese tiempo me mantuve completamente apartado, en el ángulo más oscuro de la puerta de la capilla, en donde se puede estar sin ser reconocido. Por lo menos, pensé, que no me reconozcan mientras estoy ahí, y la verdad es que no me reconocieron, porque de otro modo toda aquella gente, al fin y al cabo, se hubiera precipitado sobre mí y no sobre mis hermanas, sobre el hijo, como es debido, y no sobre las hijas. Así, sin embargo, todos se precipitaron enseguida sobre las hijas, dejándome en paz. Una y otra vez

preguntaron por mí pero mis hermanas no respondían a esas preguntas, porque temían que, a causa de sus respuestas, pudiera *pedirles explicaciones después de los funerales*, según pensé, *aunque* sabían o *porque* sabían que yo estaba al fin y al cabo delante de la capilla. No tenía ya ganas de seguir contando la gente que entraba, como había hecho al principio, pronto me resultaron demasiados. Finalmente entraron empujándose manadas enteras, yo tenía posibilidad de poder observar desde mi ángulo, sin ser molestado, a toda aquella gente. Pero entonces, de repente, la multitud se abrió porque había llegado el obispo de Linz. A ése tengo que recibirlo, pensé, no tengo otro remedio, de forma que fui a recibirlo y saludé al obispo de Linz. Detrás de él estaba ya el obispo de Salzburgo. Tuve que quedarme entonces con los obispos. Los conduje arriba, al primer piso. El hábil Spadolini no aparecerá hasta el último momento, pensé, y así fue también. Yo llevaba hablando por lo menos media hora con los obispos cuando entró Spadolini con Caecilia, que lo acompañaba. Los obispos saludaron a Spadolini como si el rango de él fuera muy superior al de ellos, no se levantaron *poniéndose de pie* para saludarlo sino que se levantaron *dando un salto*. *Una ocasión triste*, dijo el obispo de Linz, y Spadolini, entonces: *una terrible desgracia*, sentándose todos después. Hablaron entre ellos y no pude participar en su conversación, hablaban de Roma, lo que hizo mucha impresión a los obispos austríacos, todo lo que decía Spadolini era nuevo para ellos y Spadolini sabía lo que tenía que decir para suscitar el asombro de los obispos. El abad de Kremsmünster, que entretanto había aparecido, se había sentado con ellos en silencio, sin ninguna ceremonia. Era gordo y parecía un mesonero bien alimentado de la región del Inn. Durante media hora había hablado Spadolini de Roma y del Vaticano, diciéndolo todo, por decirlo así y, sin embargo, nada, luego Caecilia rogó a los obispos que bajaran. En el vestíbulo, los obispos, cuya cabeza era indudablemente el elegante Spadolini, esperaron una señal que daría Caecilia cuando llegara el momento de ir a la *Orangerie*, por decirlo así para comenzar los verdaderos funerales. Salvo los obispos no había nadie más en el vestíbulo, la multitud estaba ya en la *Orangerie* y se extendía ya hasta mucho más allá de la gran puerta del muro, probablemente, pensé, hasta el pueblo de abajo, de forma que realmente no se podía hablar de cortejo fúnebre, porque el cortejo era probablemente tan largo como todo el trecho desde la *Orangerie* hasta el cementerio. La bendición, como estaba previsto, no se impartió en la capilla sino en la iglesia del pueblo. Los obispos hablaron primero de Roma y luego de Wolfsegg, después de haberse dirigido exclusivamente a mí y de que Spadolini se hubiera presentado a ellos como uno de mis mejores amigos, como *mi mejor amigo romano*, según dijo. Desde hacía decenios había sido un gran amigo de la casa, había sido con frecuencia invitado a ella y siempre se había sentido entusiasmado por Wolfsegg, un *paisaje tan soberrrbio*, un *edificio tan soberrrbio*, una *vida tan soberrrbia*, dijo. Los obispos no se cansaban de verlo y oírlo, llevaba la ropa más elegante que probablemente habían visto nunca. Mi papel era el del profundamente emocionado y consideré ese papel como el más ventajoso. No tenía

que decir casi nada y cuidar sólo de tener la cabeza, en lo posible, siempre baja cuando me observaban, lo que no quiere decir que todo aquello me dejara completamente frío, aunque realmente no sentía nada más que en otros funerales, el hecho de que fuera mi familia a la que fueran a *dar tierra* ahora no me conmovía, porque el espectáculo era demasiado grandioso para permitir siquiera esa emoción, pero tampoco había sentido aún esa emoción, sólo la sentiré, me dije, cuando todo haya pasado, el choque lo he tenido, pero la emoción vendrá aún, así pensé, de pie en el vestíbulo con los obispos. Ellos admiraban mi actitud, pero esa actitud no era, como creían, la de alguien que domina una inmensa desgracia, sino que esa actitud era la que yo me había propuesto, pertenecía a mi papel. Yo mismo sentía que, por lo menos hasta aquel momento, había representado mi papel, aunque con repugnancia, de una forma excelente, el actor, si es bueno, sabe cuando es bueno, no necesita que se lo digan, pensé. Spadolini tuvo la frescura de señalar a los obispos varias veces mi *espléndida actitud*, precisamente Spadolini, que sin duda me había calado, pero no hacía más que decir a los obispos, de una forma unas veces más y otras menos repugnante para mí, lo espléndidamente que me comportaba, habida cuenta de que estaban dando tierra a mis padres y a mi hermano. Yo me comportaba de acuerdo con mi papel. Caecilia invitó a los obispos a ir a la *Orangerie*. Allí habían cerrado ya y cargado los féretros. Los obispos siguieron a los féretros que, sobre carros tirados por dos caballos, cada féretro en su propio carro, daban exactamente, sin ningún adorno floral, la impresión de pobreza prevista en el plan de los funerales, los obispos seguían y luego yo y, a mi lado, mis hermanas y detrás de nosotros todos los parientes, Alexander, lógicamente, en primera fila. Detrás de los parientes seguían, como me había temido, los antiguos *gauleiter* y otros personajes nacionalsocialistas, que me inspiraban el mayor aborrecimiento y el mayor miedo, como tengo que decir. Habían aparecido con todas sus condecoraciones nacionalsocialistas en el pecho. Detrás de ellos se había situado la, así llamada, *Kameradschaftsbund*, una asociación de antiguos combatientes de tendencia absolutamente nacionalsocialista. Otros grupos diversos se unieron, se había formado un cortejo de muchos centenares de personas que apenas podía ponerse en movimiento porque era realmente tan largo como todo el recorrido, y sólo podía atribuirse al talento organizador de mi hermana Caecilia el que tal cortejo pudiera siquiera formarse; ella había hecho que la multitud se situara detrás de la Granja y delante de la Villa de los Niños. Como es natural, los carros con los féretros descendían lentamente al pueblo, no en el cortejo fúnebre sino pasando por delante de éste, que los contemplaba asombrado, porque no hubiera sido posible de otro modo, la gente retrocedía cuanto podía a los lados de la carretera de grava que subía del pueblo para dejarnos pasar a los carros con los féretros y a nosotros, el plan de Caecilia se desarrollaba, todo *encajaba*, realmente había podido formarse un cortejo fúnebre y ponerse en movimiento, ella iba a mi lado como la inquietud personificada, temblando con todo el cuerpo, como yo notaba, porque ahora, como tenía que formar parte ella misma del cortejo, había dejado de la mano,

como suele decirse, la ceremonia. Pero no tenía nada que temer, el plan se cumplía aun teniendo en cuenta a todos aquellos cientos de personas. Si a un entierro completamente corriente en el campo van por lo menos cien personas, en el nuestro eran posiblemente, según pensé, miles los asistentes, no lo sé. El arzobispo de Salzburgo celebró, como estaba previsto, la misa de difuntos. Mientras lo veía decir la misa, colocaron los féretros delante del altar, y pensé que hacía ya más de veinte años que yo me había salido de la Iglesia, como suele decirse. Por consiguiente, podía permitirme ahora una contemplación totalmente independiente del desarrollo litúrgico de los funerales. Que yo me saliera de la Iglesia no pudieron perdonármelo nunca los míos, ésa fue quizá la razón principal de que me condenaran, pensé. Pero me salí de la Iglesia exactamente en el momento en que ya no tenía nada que ver espiritualmente con la Iglesia, como me dije ahora otra vez, y tampoco quería tener nada más que ver. Los obispos sabían, naturalmente, que yo había salido de la Iglesia hacía ya más de veinte años. La circunstancia de haber salido tan pronto de la Iglesia y no estar ya vinculado a ella me afectó agradablemente durante toda la misa, ves ese magnífico espectáculo pero no te concierne, pensaba todo el tiempo, hueles el incienso pero no se te sube a la cabeza. Oyes las palabras pero no tienen en ti un efecto destructor. Durante decenios, toda tu infancia y tu primera juventud, pensé, temí al clero católico, ahora no lo temes. No tienes por qué temerlo ya. El espectáculo es grandioso, pensé, y con toda su grandiosidad te ataca sin embargo los nervios pero no te emociona ya. Y de tus padres y de tu hermano te despediste ya, más o menos breve y concisamente, cuando recibiste el telegrama, pensé. El entierro no es más que un drama que te han impuesto y cuyo título, *acompañar a la última morada*, sólo te repele en el fondo, porque es mentiroso. Pero todo drama es mentiroso, pensé. Y esa clase de dramas, la más mentirosa. Un entierro así es el drama más grandioso que se puede pensar, pensé. Ningún escritor dramático, ni siquiera Shakespeare, pensé, ha escrito nunca un drama tan grandioso, en comparación toda la literatura dramática mundial es ridícula, pensé, cuando vi y oí al arzobispo de Salzburgo decir la misa de difuntos y a la multitud delante de él. Qué suerte es que me sustrajera tan pronto a la Iglesia católica, pensé. Estaba sentado en el primer banco, a mi izquierda Caecilia, a mi derecha Amalia, exactamente según lo prescrito, junto a Amalia tomó asiento Alexander. Spadolini se sentaba donde se sientan normalmente los sacerdotes, con el abad de Kremsmünster y los obispos de Linz y Sankt Pölten, por decirlo así en un lugar elevado, al lado mismo del altar, separado del vulgo. Es el actor principal del conjunto, pensé, no el arzobispo de Salzburgo que celebra y que, hacia el final de la misa de difuntos, pronunció una breve alocución, más bien una plática, en la que sin embargo habló de nuestro padre como del *amigo fallecido de forma tan trágica*, de la *madre de buen corazón* y del hijo *igualmente de buen corazón*. Los arzobispos tienen una forma de hablar muy peculiar, pensé, salmodian todo lo que dicen, al haber ido al seminario han ido en realidad a la escuela de arte dramático católico, pensé, incluso las almas simples entre los obispos, como los de Salzburgo y Linz, hablan



salmodiando como si fueran actores consumados, verdad es que como actores de provincias queridos y considerados, no como Spadolini que, en cada palabra que dice, cada gesto que hace, es, por decirlo así, un genio de la escena que supera a todos esos actores de provincias, un teatro universal absolutamente católico, por decirlo así. Spadolini se ha sumido en su papel silencioso, pensé, con la cabeza hundida se sentaba en el banco reservado sólo para él con conciencia de su genio dramático, de su genio arzobispal, pensé. Que hubiera venido de Roma le daba, en nuestra iglesia de pueblo, un aura suplementaria, incluso realmente inmensa. La gente de la iglesia lo admiraba a él, el arzobispo venido de Roma y no al celebrante de Salzburgo, que a su lado tenía que parecer mucho más simple aún, realmente más primitivo de lo que era en realidad. La orquesta del lugar, después de la misa, cantada por la coral del pueblo, tocó precisamente la pieza de Haydn que había ensayado la tarde del día anterior, muy serenamente y sin errores, según pensé. Spadolini había aparentado recogerse en sí mismo por completo para esa misa de difuntos, ni siquiera se permitió levantar la vista una vez. Con las manos juntas estaba, por decirlo así, totalmente sumergido en su dolor y, cuando se habló de mi madre, se hubiera dicho que ese dolor suyo no era representado sino auténtico, pero sólo me lo pareció un instante, inmediatamente después pensé, domina impecablemente su papel. Realmente lo quería cuando lo veía en esa actitud, porque quería en él al gran actor Spadolini, no conozco a ninguno mayor, ninguno con mayor presencia escénica, como suele decirse. De pronto se me hicieron presentes los muchos viajes que había realizado él con mi madre y también conmigo, o sea los tres. Spadolini, que hizo de todos esos viajes un placer tan grande, que convirtió todos esos viajes, a su manera, en algo mágico, como suele decirse, veía a Spadolini el encantador, al hombre de mi mundo de quien mi madre se enamoró por completo, según pensé. Mientras lo observaba a él, no al arzobispo de Salzburgo, lo veía recorrer Roma, ir a las tiendas más elegantes, los restaurantes más caros, cómo entraba en esas tiendas, cómo se presentaba en esos restaurantes, lo veía en el Pincio, en los jardines Borghese, lo veía destacar en las embajadas y brillar en las exposiciones, como suele decirse, todos se agolpaban en torno al elegante hombre de mundo católico, que puede titularse arzobispo y nuncio y deleitar a muchos cientos de amigos, pensé. Spadolini, pensé, a quien mi madre pagó todos esos viajes, le financió dos viajes a América, una estancia que él deseaba en El Cairo, un viaje a Persépolis y un viaje a Túnez porque deseaba ver Cartago más que nada, le compró una gran parte de su guardarropa y le instaló una biblioteca entera. Spadolini, que sabe, con mayor elegancia que nadie, tener un libro en la mano y beber un vaso de vino, Spadolini, a quien acosan las señoras de la llamada alta sociedad exactamente igual que los funcionarios comunistas de la ciudad de Roma, por cuyo alcalde comunista es amablemente recibido cada tantas semanas. Spadolini, que mantiene correspondencia con el mundo entero y con todas las clases sociales, Spadolini, que conoce el Vaticano al dedillo, lo mismo que la ciudad de Roma, que lo venera y que lo ha convertido en el Spadolini venerado y realmente querido de todos.

Lo observaba de perfil, como se contempla a un gran actor, estudiando cada uno de sus movimientos, indudablemente es arte grande el suyo, pensé, no muestra ninguna debilidad, no se permite el menor descuido. Lo mismo que en el teatro los papeles más difíciles de todos son los que no tienen texto, no los locuaces, los parlanchines, así ha asumido Spadolini en este espectáculo, indudablemente, el papel más difícil de todos, pensé, y el traje que él mismo ha elegido es, para ese espectáculo, el más ideal y el más perfecto. Ver a Spadolini sin venerarlo al instante, si es que no se le quiere también sin reservas, es imposible, pensé. Todo el que ve a Spadolini queda sometido inmediatamente a su fascinación, pensé. Gambetti me dijo una vez que, para él, Spadolini era el más extraordinario de todos los actores, de todos los actores del mundo que conocía, incluidos los más seductores, y que era una lástima que sólo actuara en la Iglesia católica y no en nuestros mejores teatros. Ningún director de escena puede enseñar nada a ese Spadolini, me dijo Gambetti, él lo sabe ya todo, puede hacerlo ya todo, lo es ya todo. Recordaba esa declaración de Gambetti mientras contemplaba a Spadolini de perfil, con desenvoltura, como tengo que decir, totalmente desinteresado de mi entorno inmediato. Automáticamente, como los otros, me había levantado también, siguiendo el ceremonial de la misa, había vuelto a sentarme cuando todos los demás se sentaban, pero en verdad sólo había admirado el arte de Spadolini. Como si me hubiera seducido otra vez ese arte spadoliniano, lo mismo que tantas veces. Es como si el mayor actor de su época hubiera venido a un pueblo desconocido y más o menos también totalmente insignificante para interpretar a un Hamlet archicatólico, pensé, observando a Spadolini. Al terminar la misa, sacaron los féretros de la iglesia, primero el féretro de mi padre, luego el féretro de mi madre y luego el de Johannes. Realmente me temblaron de pronto las rodillas cuando los jardineros sacaron el féretro de Johannes de la iglesia, pasando por delante de mí. Se lo habían echado al hombro muy hábilmente, como si se echaran al hombro todos los días un féretro, pensé. Los cazadores habían sacado de la iglesia el féretro de mi padre y el féretro de mi madre, a Johannes, por deseo mío expreso, lo sacaron los jardineros. Caecilia no lloraba, no había tenido ocasión de mirar a Amalia a los ojos, el fabricante de tapones para botellas de vino, como cuñado nuestro, había puesto, por decirlo así, a mal tiempo cara buena y torpona. Era realmente *quien estaba fuera de lugar* en el conjunto, reconocible ahora mucho más claramente que nunca antes como ese alguien totalmente fuera de lugar. Por una parte, todas las miradas se habían fijado en mí, por otra, en Spadolini. Caecilia obligó a su marido, nuestro cuñado, no a mí, a que, como es natural, la sostuviera, y el fabricante de tapones para botellas de vino acompañó a Caecilia, junto a mí, fuera de la iglesia, a mi lado iba Amalia, durante esos días de duelo se había acostumbrado a llevar la cabeza baja, pensé, observándola. Los rostros burlones de mis hermanas se transformaron primero en rostros amargos, y ahora en llenos de dolor, pensé. Caecilia era, como es natural, la que se dominaba mejor de las dos, Amalia parece siempre mucho más joven de lo que es realmente, pensé, pero nunca parece atractiva. Eso es

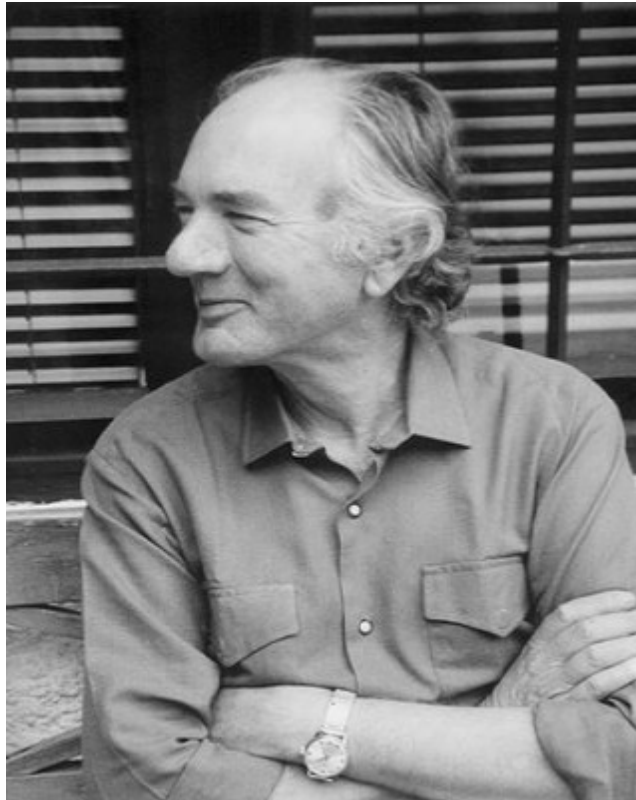
también lo que hasta ahora la ha mantenido sola, pensé, porque ningún hombre se ha sentido hasta ahora atraído por ella, ni siquiera alguien del tipo del fabricante de tapones para botellas de vino. Por un instante Amalia me dio pena, pero inmediatamente después tuve que pensar en la forma realmente torpe con que se presenta en todas partes, donde sea, según pensé. Amalia no podrá convertirse nunca en una persona feliz, ni siquiera contenta, pensé, pero tampoco Caecilia, al fin y al cabo lleva ahora realmente a su desgracia del brazo, pensé, y vi de perfil al fabricante de tapones para botellas de vino, el rostro de alguien por debajo de la media, pensé entonces, que ha conseguido introducirse en Wolfsegg. No pude reprimir ese pensamiento. La banda del pueblo tocaba ahora otra vez la pieza de Haydn, mejor que antes, según pensé, el cortejo fúnebre se movía ahora más despacio aún hacia el cementerio, lo mismo que antes hacia la iglesia. Siempre he aborrecido los cortejos, los desfiles me repugnan más que nada, y más aún los acompañados por la música, toda la desgracia del mundo ha salido siempre de esos cortejos y desfiles, pensé. La idea de que no lejos, detrás de mí, iban los ex *gauleiter* del *Alto Danubio* y del *Bajo Danubio*, que me ensuciaron la Villa de los Niños y, en definitiva, me la echaron a perder para toda la vida, me resultaba repugnante, detrás de los ex *gauleiter* iban los miembros de la *Kameradschaftsbund*, algunos con muletas, los viejos luchadores y caballeros de la Orden de la Sangre por sus execrables ideales nacionalsocialistas. Y detrás de ellos, así me susurró Caecilia, poco antes de que el cortejo fúnebre se pusiera en movimiento, iba mi compañero de estudios Eisenberg, mi *hermano espiritual*, el rabino de Viena, con el que hablaré en cuanto termine la ceremonia, según pensé. Un cortejo fúnebre así es grotesco, pensé. Un cortejo fúnebre así es una infamia. Un cortejo fúnebre así prolongado no es sólo una insolencia sino también una monstruosa falta de gusto, pensé, sabiendo muy bien que nadie del cortejo fúnebre pensaba como yo, se atrevía a pensar, que nadie hubiera tenido la idea de pensar así, al contrario, si, por decirlo así, me hubieran visto y oído pensar, hubieran pensado todos que yo era el de peor gusto de todos. Quizá sea yo ese de peor gusto, pensé. Pero no sentí ninguna vergüenza, no hasta estar ante la cripta abierta. A Gambetti le había dicho una vez, cuando estamos ante una cripta abierta no hay en nosotros más que traición. Tuve conciencia de la perversidad de la ceremonia cuando el arzobispo de Salzburgo se acercó a la cripta abierta para pronunciar un discurso en el que, ya desde el principio, habló del *gran luchador valiente en el campo del honor*, con lo que el arzobispo de Salzburgo no se refería a nadie más que a mi padre. Sólo se habló de mi padre, mi madre no fue mencionada siquiera, tampoco Johannes, pero no intencionadamente sino por olvido, por presunción, por egolatría masculina y sobrestimación masculina, según pensé. Doce alocuciones fueron pronunciadas ante la cripta abierta por aquellos hombres que se las daban de ser los mejores amigos de mi padre, lo que, como es natural, nunca fueron, el arzobispo de Salzburgo y los obispos de Sankt Pölten y Linz lo pretendieron, los dos antiguos *gauleiter* lo pretendieron, dos *obersturmbannführer* de las SS lo pretendieron, y también el

llamado jefe de la Kameradschaftsbund, y también el presidente de la Sociedad de Caza. Durante una hora entera nuestro padre fue calificado siempre de mejor amigo precisamente por los que nunca hubieran debido permitirse tal petulancia, pero que, como es corriente en los entierros, no fueron contradichos. Hacía tiempo que los féretros estaban en la cripta. Por último se adelantó Spadolini y yo creí que diría algo, pero eso hubiera sido totalmente contrario al verdadero Spadolini, inmediatamente se replegó a una discreción total, como quiso hacer creer, lo que, sin embargo, precisamente porque él era el centro absoluto de la ceremonia, era una hipocresía; se situó, sin haberse hecho culpable de una sola vulgaridad, en la fila de los que se amontonaban al borde de la cripta. Casi había subestimado a Spadolini, pensé. El discurso del llamado jefe de la Kameradschaftsbund me pareció innoble, incluso abyecto, así, el jefe dijo de mi padre que, en realidad, *sólo había vivido para los objetivos de la Kameradschaftsbund*. Al principio ese discurso del jefe me había parecido innoble y abyecto, pero unos minutos más tarde ya no, porque tuve que decirme que el jefe, *hasta cierto punto*, había dicho *la verdad*. También el presidente de la Sociedad de Caza ha dicho la verdad, tuve que decirme, y también los dos antiguos *gauleiter* habían dicho la verdad, mi padre, el *miembro del Partido*, fue uno de ellos, había sido, para todos los que hablaban, uno de ellos. Una y otra vez me dije que, sin embargo, era penoso que, por descuido, no hubieran dedicado ni una palabra a mi madre. A Caecilia le dije aún ante la cripta abierta que nadie había considerado necesario molestarse en decir nada sobre nuestra madre. El mundo viril ha hablado, pensé. Mi madre no había sido tenida en cuenta por ese mundo viril. Y Johannes era un personaje totalmente carente de importancia en el conjunto, por su muerte temprana se había convertido en un personaje totalmente carente de importancia y también carente de interés. De él, salvo porque se había llevado su féretro, que se había bajado a la cripta, no se había tratado para nada. Mi padre era la gran personalidad a la que había que explotar ante la cripta y que era explotada por todos como es debido. Una vez más, mi padre era el útil para sus fines, nadie más, pensé. El arzobispo de Salzburgo y los obispos echaron otra ojeada a la cripta abierta y se fueron. Después de lo cual todo el mundo desfiló por delante de nosotros, de mí y de mis hermanas, como es costumbre. Ciento veinte leñadores, ahora son veinte, pensé, dos docenas de jardineros, ahora son siete, pensé ante la cripta abierta. Gigantescos daños en los bosques desde el norte hasta abajo en Gallspach, pensé, sólo a causa de la llamada *concentración parcelaria*, treinta y dos hectáreas de primera clase perdidas, eso enfureció a mi padre durante semanas. Por otra parte, pensé en el gigantesco fraude fiscal, gracias al asesor fiscal de Wels. Siempre me ha sido repulsiva la forma en que dice *Wolfsegg*, y también cómo la pronuncian los otros de Wels y de Linz y de Vöcklabruck y de Ebensee. Siempre detestada la palabra *Wolfsegg*, pensé ante la cripta abierta, siempre aborrecido todo lo relacionado con esa palabra de *Wolfsegg*, detestado y aborrecido. Por eso, todo lo que se relaciona con *Wolfsegg*, siempre aborrecido ya desde la infancia, ésa es la verdad, pensé. Unos

bajan hipócritamente de Wolfsegg al pueblo y al país, y otros suben del pueblo y del país a Wolfsegg. Me he replegado ya pronto *en mí*, repelido por ellos, pensé ahora ante la cripta abierta. Toda una gigantesca estafa Wolfseggiana, pensé, una sociedad criminal de siglos. La Iglesia primero temida, luego aborrecida, todo lo que procedía de la Iglesia primero temido y luego aborrecido, con un aborrecimiento cada vez más profundo, pensé. En definitiva, la Iglesia sigue dominándolo todo en este país y en este Estado, pensé ante la cripta abierta, el Catolicismo lo sigue dirigiendo todo en este país y en este Estado, gobierne quien gobierne. Católico, charlatán, pensé, padre espiritual de la hipocresía. No queremos tener nada más que ver con ello, decimos, y nos asquea. En este país y en este Estado, nada escapa aún al clero católico, pensé. Sustraerme, sustraerme a todo, pensé, no tenía ya otro pensamiento. Sufrir la ceremonia y luego sustraerme para siempre, pensé. Veía cómo me aborrecían todos, ni siquiera en secreto. Interés filosófico por una parte, desinterés filosófico por otra. Nauseabundo fanatismo del arte, pensé. La gente en Roma tampoco es distinta, mucho más hipócrita aún, pero con qué alto grado de inteligencia, pensé. Unos cientos de hombres no bastaban, tenían que ser unos millones, pensé, millones de hipócritas, no sólo cientos, millones de repugnantes, no sólo cientos. Por decirlo así tomar un baño espiritual en una ciudad como Roma y sumergirse en ese baño espiritual, pensé. Los pasos de los aborrecidos, las voces de los aborrecidos, pensé ante la cripta abierta, la absoluta repugnancia de los aborrecidos. El entierro es el punto final, pensé. No sólo me han ensuciado la Villa de los Niños, me lo han ensuciado todo, pensé. Al principio tuve miedo de la vida, luego la aborrecí, pensé ante la cripta abierta. Cuando nos imaginamos que Roma es la solución nos equivocamos también, como es natural. Nos aferramos a una persona como Gambetti, a quien posiblemente he destruido ya, o a una persona como Maria y nos perdemos también junto a esos personajes, pensé ante la cripta abierta. Ah, sabe usted, Gambetti, le dije a éste ante el Hotel Hassler, pensé ahora ante la cripta abierta, si somos sinceros, el proceso general de embrutecimiento está tan avanzado que ya no hay retroceso posible. Con la invención de la fotografía, o sea, con la iniciación de ese proceso de embrutecimiento hace más de cien años, el nivel intelectual de la población mundial desciende continuamente. Las imágenes fotográficas, le dije a Gambetti, han puesto en movimiento el proceso de embrutecimiento universal, que ha alcanzado esa velocidad realmente mortal para la Humanidad en el momento en que esas imágenes fotográficas se han hecho móviles. Estúpidamente, la Humanidad no contempla hoy ni desde hace decenios más que esas imágenes fotográficas mortales y está como paralizada por ellas. Al final de este milenio a esa Humanidad no le será ya posible pensar, Gambetti, y el proceso de embrutecimiento, traído por la fotografía y convertido en costumbre universal por las imágenes en movimiento, estará en su punto culminante. Existir en un mundo así, dominado nada más que por la estupidez, difícilmente será ya posible, Gambetti, le dije a éste, pensé ahora ante la cripta abierta, y será bueno que, justo antes de que ese proceso de embrutecimiento del

mundo se produzca por completo, nos suicidemos. En esa medida, resulta sólo lógico, Gambetti, que al final del milenio los que existen por el pensamiento y gracias al pensamiento se *hayan* suicidado. Mi consejo al hombre que piensa sólo puede ser suicidarse *antes de finales del milenio*, Gambetti, ésa es realmente mi convicción, le dije a Gambetti, pensé ahora ante la cripta abierta. Había seguido pareciendo como si fuera a llover en cualquier momento, pero no llovía. Yo me había hecho el propósito de no dar la mano a ninguno de los que desfilaban ante mí. Y así fue. Algunos intentaron darme la mano pero yo no les di la mano. Esa cosa penosa la asumí de forma totalmente consciente. Sólo pensar en esta Austria mutilada y degenerada y, en definitiva, acabada, pensé, le había dicho a Gambetti sólo unos días antes de aquel entierro de un mal gusto casi insoportable, produce ya náuseas, por no hablar de ese Estado completamente degenerado, Gambetti, cuya bajeza y abyección no tienen ejemplo no sólo en Europa, sino en el mundo entero; desde hace decenios, gobiernos estúpidos, innobles y degenerados, y un pueblo mutilado a muerte ya hasta ser irreconocible por esos gobiernos innobles y degenerados y estúpidos, le había dicho a Gambetti, pensé ahora. Primero ese *Nacionalsocialismo* innoble y abyecto, y luego ese *Seudosocialismo* innoble y abyecto y criminal, le dije a Gambetti en el Pincio, pensé ahora ante la cripta abierta. Esa destrucción y aniquilación *nacionalsocialista* y *seudonacionalsocialista* de nuestra patria austríaca, en colaboración con el *Catolicismo* austríaco, del que para esa Austria sólo han venido siempre desgracias. Hoy es Austria un país gobernado por especuladores sin escrúpulos de partidos sin conciencia, le dije a Gambetti, pensé ahora ante la cripta abierta. Ese pueblo austríaco engañado en todo, le dije a Gambetti, al que en los últimos siglos le ha sido extirpada la razón, de la forma más infame, por el Catolicismo, el Nacionalsocialismo y el Seudosocialismo, Gambetti, le dije a Gambetti, pensé ahora. La bajeza es la consigna, la abyección el motor, la hipocresía la clave de esa Austria de hoy, Gambetti. Cada mañana en la que nos despertamos tenemos que morirnos de vergüenza por esa Austria de hoy, Gambetti, le dije a Gambetti, pensé ahora ante la cripta abierta. Una y otra y otra vez me digo que queremos ese país pero aborrecemos ese Estado, Gambetti. En Roma y donde sea en el mundo, Gambetti, pensé ahora, le dije a Gambetti, esa Austria no nos concierne ya. A donde vayamos en esa Austria de hoy entraremos en la mentira, a donde miremos en esa Austria de hoy miraremos sólo lo hipócrita, hablemos con quien hablemos en esa Austria de hoy hablaremos con alguien mentiroso, Gambetti, le dije a Gambetti, pensé ahora ante la cripta abierta. En el fondo, no vale la pena hablar de ese país ridículo y de ese Estado ridículo, le dije a Gambetti, pensé ahora ante la cripta abierta, y todo pensamiento al respecto no es más que una pérdida de tiempo. Pero ¡ay de quien no está ciego en ese país, le dije a Gambetti, ni está sordo ni ha perdido la razón! Ser austríaco hoy es una pena capital y todos los austríacos están condenados a esa pena capital, le dije a Gambetti, pensé ahora ante la cripta abierta. Todo lo austríaco carece de carácter, le dije a Gambetti, pensé ahora. Volver a Austria produce cada vez un efecto de ensuciamiento total,

pensé ante la cripta abierta. Los caballeros de la Orden de la Sangre, los *obersturmbannführer* de las SS apoyados en sus muletas y sus bastones, los *héroes* nacionalsocialistas, por su parte, no se dignaron dirigirme, como suele decirse, ni una mirada. Se había rogado a los invitados a los funerales, con excepción de los arzobispos y obispos y de nuestros parientes más allegados, que fueran a los mesones Brandl y Gesswagner. Allí tocó para ellos la orquesta enviada por mi hermana Caecilia, por una parte a Brandl y por otra a Gesswagner. Se había *invitado a comer*, como suele decirse, arriba en nuestra casa, a los arzobispos y obispos y los parientes. La mayoría de ellos se quedaron hasta últimas horas de la tarde. Spadolini se fue a Roma aquella misma noche, al principio pensé que me iría enseguida con él, pero ese pensamiento, como comprendí enseguida, era de lo más absurdo. Nos veremos dentro de unos días en Roma, le dije. De forma totalmente discreta, desapareció. Me retiré con Alexander a mi habitación y, para estar con él, cerré con llave la habitación, no quería que me molestaran. Alexander estaba otra vez obsesionado por una de las *ideas de su vida*, quería pedir al Presidente de Chile que liberase a todos los presos políticos de Chile, de esa dictadura, la más atroz de todas. No le molestó que le dijera que no tendría ningún éxito en su petición. Volvió a Bruselas una hora después de Spadolini. Yo me quedé hasta la noche encerrado en mi cuarto y no salí de él hasta estar seguro de no encontrar ya a ninguno de los invitados a los funerales. Durante ese tiempo había pensado en qué haría con Wolfsegg que, como entretanto se había comprobado irrecusablemente, me pertenecía ahora de forma exclusiva, *con todos sus derechos y obligaciones*, como se dice jurídicamente. Tenía ya un plan en la cabeza para el futuro de Wolfsegg y de todo lo que le pertenecía también en la Baja Austria y en el Burgenland y en Viena, cuando hablé con mis hermanas sin dejar participar a mi cuñado, a lo que me había negado expresamente, hasta las dos de la mañana, sobre el futuro de Wolfsegg. Al final de la conversación, no pude decir a mis hermanas qué sería de Wolfsegg, aunque en ese momento lo sabía ya les dije a ellas, que durante toda la conversación no tuvieron nada que decir pero sin embargo me mostraron siempre sus rostros burlones y amargos, que no sabía qué sería de Wolfsegg, que no tenía la menor idea al respecto, mientras que, sin embargo, estaba firmemente decidido a concertar una entrevista con Eisenberg en Viena, en la que le ofrecería todo Wolfsegg, tal como es y está. Y todas sus *dependencias*, como donación totalmente incondicional a la comunidad israelita de Viena. Esa entrevista la tuve ya con Eisenberg, mi hermano espiritual, sólo dos días después del entierro, y Eisenberg aceptó mi donación en nombre de la comunidad israelita. Desde Roma, en donde estoy ahora otra vez y en donde he escrito esta *Extinción*, y en donde me quedaré, escribe Murau (nacido en 1934 en Wolfsegg, muerto en 1983 en Roma), le di las gracias por su aceptación.



THOMAS BERNHARD. Poeta austriaco nacido en Heerlen, Holanda, en 1931. Hijo de un agricultor austríaco, tuvo una infancia marcada por la pobreza y la enfermedad, superada gracias a los cuidados de su abuelo materno quien lo condujo a cursar estudios secundarios en Salzburgo, donde más tarde estudió violín, canto y musicología. A partir de 1957 inició su fulgurante carrera literaria como narrador, poeta y dramaturgo, situándose como uno de los mayores escritores contemporáneos.

Su obra poética consta de importantes publicaciones contenidas en los siguientes títulos: "Así en la Tierra como en el Infierno" en 1957, "In hora mortis" en 1958, "Bajo el hierro de la luna" en 1958, "Ave Virgilio" en 1959-60 y "Los locos. Los reclusos" en 1962.

Obtuvo importantes galardones literarios, entre los que se destacan el Premio Nacional Austriaco de Literatura en 1968, el Premio Literario Internacional Mondell en 1983 y el Premio Médicis en el año de 1988.

Falleció a la edad de cincuenta y ocho años en la ciudad de Gmunden, el 12 de febrero de 1989.



# Notas

[1] Las ediciones originales en papel de las novelas reunidas en este ebook presentaban el texto de forma continua, sin interrupciones ni cortes, en un solo párrafo en el caso de *Hormigón* y en dos, correspondientes a las dos partes de la obra, en el de *Extinción*. Debido a limitaciones técnicas, en la presente edición electrónica ha sido necesario introducir un número limitado de cortes a lo largo del texto. <<

[2] «Diario Agrícola de la Alta Austria.» (*N. del T.*) <<

[3] Traje típico austríaco. (*N. del T.*) <<

[4] Juego consistente en hacer deslizarse un disco o piedra sobre el hielo . (*N. del T.*)

<<

[5] Sturm Abteilung o Sección de Asalto. Las SA fueron sustituidas desde 1934 por las SS. (N. del T.) <<

[6] Jefe de una demarcación territorial nacionalsocialista. (*N. del T.*) <<

[7] Casas de piedra redondas, de techo cónico, típicas de esa región. (*N. del T.*) <<